

Efraín Huerta

AUROLA ROJA

Crónicas juveniles en
tiempos de Lázaro Cárdenas

Edición de
Guillermo Sheridan

1936-1939

Efraín Huerta

AUROLA ROJA

Efraín Huerta

Aurora roja

Crónicas juveniles en
tiempos de Lázaro Cárdenas
(1936-1939)

Edición de
Guillermo Sheridan

Recopilación y apoyo de investigación
de Maribel de la Fuente, Maribel Torre,
Gustavo Jiménez Aguirre y Eliff Lara.

México, 2006



pecata minuta

Efraín Huerta

Aurora roja

Crónicas juveniles
(1936-1939)

Edición de Guillermo Sheridan

Proyecto para la documentación de la historia
de la literatura mexicana

Efraín Huerta

Aurora roja

Crónicas juveniles
(1936-1939)

Edición de Guillermo Sheridan

Recopilación y apoyo de investigación de Maribel de la Fuente, Maribel Torre y Gustavo Jiménez Aguirre.

Ayudante de investigación: Eliff Lara.

Instituto de Investigaciones Filológicas
Universidad Nacional Autónoma de México
2006



El *Proyecto para la documentación de la literatura mexicana*, con sede en el Centro de Estudios Literarios del Instituto de Investigaciones Filológicas de la Universidad Nacional Autónoma de México, se inició en 1990 con objeto de recuperar, en archivos, bibliotecas y hemerotecas, material pertinente para el estudio de la historia de la literatura mexicana moderna.

El equipo que lo forma, dirigido por Guillermo Sheridan, ha realizado ediciones críticas del *Diario* de José Juan Tablada (UNAM, 1993), la *Correspondencia con Eduardo J. Correa y otros escritos juveniles* de Ramón López Velarde (FCE, 1991), la *Correspondencia (1918-1928)* entre José Gorostiza y Carlos Pellicer (Ediciones del Equilibrista, 1993), la *Correspondencia (1918-1940)* de José Gorostiza (CONACULTA, 1995), *El México que yo viví, memorias de Julio Jiménez Rueda* (CONACULTA, 2001), y la edición crítica *México en 1932: la polémica nacionalista* (FCE, 1999).

ESTA ES UNA EDICIÓN NO VENAL DE LA QUE SE IMPRIMEN CINCUENTA EJEMPLARES
FUERA DE COMERCIO, DESTINADOS EXCLUSIVAMENTE A BIBLIOTECAS PÚBLICAS

© del prólogo, Guillermo Sheridan.

© de las notas, Maribel Torre, Maribel de la Fuente, Gustavo Jiménez y Guillermo Sheridan.

© de la portada y el diseño, Lorena Howard-Neale.

ISBN 970-32-3985-4

Impreso y hecho en México

Índice

EFRAÍN HUERTA EN TIEMPOS DE CÁRDENAS

por Guillermo Sheridan

	11
Boceto de vida	13
Otro San Ildefonso	16
Primeras letras	18
El amigo Octavio	21
Periodismo juvenil: las pasiones	28
La república española	32
Visión o rebelión	35
Otros temas	40
Notas	45

NOTA SOBRE LA EDICIÓN	47
-----------------------	----

AGRADECIMIENTOS	49
-----------------	----

1936	51
1. Sobre el XIII Congreso Nacional de Estudiantes.	51
Resoluciones fundamentales	
2. Esquema del fascismo	53
3. Si Garcilaso volviera...	55
4. Crónica cinematográfica	56
5. Divagación forzosamente sentimental	59
6. Los días y las noches de Yucatán	61
7. La fe social de los artistas y escritores	64

8. El mar y la muerte de García Lorca	66
9. Cartas de los intelectuales	67
10. Reseña metropolitana	69
11. Cuando los viejos ídolos se rompen	70
12. Primera conferencia nacional de los estudiantes comunistas	72
13. Diálogo oído en un café	74
14. Carta de Adolfo Hitler al general Franco	75
15. Perspectivas de un gran congreso	77
Notas	81
1937	89
16. Este caos que vivimos	89
17. Stendhaliana	90
18. El problema de la poesía	92
19. El problema de la LEAR	95
20. Lady Jane y la poesía	98
21. El poeta asesinado	100
22. Mentalidad poética fachista	102
23. Por una poesía de la juventud	105
24. La paz rebelde de los campos	107
25. La rosa blindada (un gran poeta argentino)	108
26. Teoría del cavernícola	111
27. Carta lírica a Paz, Cortés y Novaro	113
28. Releyendo a Stendhal	114
29. Las cosas turbias	116
30. La hora más hermosa	118
31. Tipos de mujeres	120
32. Años de aprendizaje y alegría	121
33. Crónica metropolitana	123
34. Poesía y pobriedadismo	125
35. Discurso en un jardín	127
36. El niño furioso	129
37. Atorrantes y cavernícolas	131
38. Ciudades en el aire	133

39. Discurso de un joven frente al cielo	134
40. Elogio de la tarde	136
41. Muerte a la <i>postcard</i>	137
42. Fábrica de sueños	139
43. Sombra y palabras de <i>El sonámbulo</i>	141
44. Llanto en la sangre	142
45. Los enemigos de la ciudad	144
46. Plástica de la alegría	145
47. El oso blanco del invierno	147
48. Laudanza de Michoacán	148
Notas	151
1938	161
49. El año poético	161
50. La lectura del poema	163
51. Elegía a ciertos poetas vivos	165
52. <i>La realidad y el deseo</i>	168
53. El mundo del quebranto	170
54. Fiesta del surrealismo	171
55. Recuerdos a la bien plantada	173
56. La revolución agredida	176
57. Arturo Serrano Plaja (1)	177
58. Arturo Serrano Plaja (2)	179
59. Rehabilitación de las palomas	180
60. Henri Klotz en el valle de México	182
61. Desventuras y suicidio de Henri Klotz	184
62. Voto por Carlos Pellicer	186
63. El fantasma del nerudismo	188
64. "Voy raramente al cine"	190
65. Coetáneos de la alquimia	191
Notas	195
1939	201
66. Panorama de México. Toluca la guapa (1)	201
67. Panorama de México. Toluca la guapa (2)	202

68. Fauna contemporánea. El aprendiz de nazi	204
69. Fauna contemporánea. Las mujeres asnas	205
70. Fauna contemporánea. El orientador	207
71. Itinerarios. Tampico: ida y vuelta (1)	209
72. Itinerarios. Tampico: ida y vuelta (2)	211
73. <i>Close-ups</i> de la ciudad. Sainete al aire libre	213
74. De entrega inmediata. Postal neoyorquina	214
75. Pláticas de arte y otras cosas. En torno a Walt Disney	216
76. Los grandes poemas: “Caballero solo”	218
77. Los grandes poemas: “Oda a Walt Whitman”	220
78. Los mejores poemas: “Yo era un tonto y lo que he visto me ha hecho dos tontos”	222
79. Los grandes poemas: “Esquemas para una oda tropical”	224
80. Españoles en México. José Bergamín	226
81. Panorama de la ciudad. Invitación a Chapultepec	228
82. Los héroes mandan. La ciudad enlutada	230
83. El cazador de nubes: Emilio Prados, poeta	233
84. Los mejores poemas. La balada de las hojas más altas	235
85. Poemas españoles. Los de Miguel Hernández	237
86. Españoles en México. Antonio Sánchez Barbudo	239
87. Españoles en México. Juan Gil-Albert	241
88. Trifulca en la poesía. Hablemos de los antipoéticos	244
89. Pequeño guiñol. Introducción al estudio de Blasfemo y Masiosare	246
90. Pregunta sin respuesta: ¿el drama del siglo?	248
91. Pequeño guiñol. El chuan y el petimetre	251
92. Pequeño guiñol. Masiosare se exalta	253
93. Estampa semifrívola. “Mujeres que pasáis...”	255
94. Pequeño guiñol. Murmuraciones de Blasfemo	257
95. Pequeño guiñol. “¡Qué grande es el infinito!”	259
96. Revista poética. Poesía de <i>Taller</i> .	262
97. Impresiones de un real de minas. La ciudad pródiga	266
98. Revista poética (1)	269
99. Revista poética (2)	273
100. Revista poética (3)	278
101. Las rabias irritantes de Enrique Heine	282
Notas	287

Oh dios, ay dios de heridas y puñales,
dios de piedra punzante, hubo una hora en que
todo pareció como el estallido del alba
y las sonrisas esplendieron como pétalos
y el amor era magnífico hasta la belleza total.

EFRAÍN HUERTA. “Agua del dios”

Efraín Huerta en tiempos de Cárdenas

Guillermo Sheridan

¡Oh juventud, espada de dos filos! ¡Juventud
medianoche, juventud mediodía,
ardida juventud de especie diamantina!

EFRAÍN HUERTA, “Borrador para un testamento” (1965)

La década de los años treinta concentra las pasiones del siglo veinte. En asunto de poesía, sus contradicciones, sus formas de fe y sus mitologías se expresaron en disputas e himnos legendarios. Apretó el ímpetu de las vanguardias previas, y procedió a replantarlas en un escenario de profundas tensiones sociales y políticas. Un frenesí creativo y libertario acorde a tiempos en que se replanteaba la naturaleza misma de la sociedad, y cuyas discusiones sobre el sentido de la literatura afectarían al resto del siglo.

Esa tirantez se halla determinada por el apogeo de las ideologías políticas (todas en crisis) y de sus diversas, rijosas traducciones: la aparición de las “masas” como actor histórico, la crisis del capitalismo, el protagonismo del intelectual como conciencia moral y del poeta como su traductor, la mitificación y vulgarización de la ciencia, la crisis final de los viejos imperios nobiliarios y el surgimiento de los imperios militares, el colapso de las convicciones religiosas... Un adecuado caldo de cultivo para incubar la atracción de los totalitarismos y su traducción en las guerras externas e internas del “valle oscuro” que fue esa década, para usar la frase de Piers Brandon.¹

El reflejo de esos conflictos en el terreno de las ideas provocó un hervor crítico de magnitud tal que el resto del siglo palidece ante ese periodo. Aunque su reverberación

sacude al mundo entero, sucede esencialmente en Europa y en los Estados Unidos del *new deal*. Nacida con la gran depresión de 1929, parida por una guerra mundial y ya preñada de la siguiente, la década roja contiene todas las discusiones que definieron la modernidad, sus modelos sociales en pugna, los arquetipos más representativos de sus extremos ideológicos, las catástrofes y heroísmos definitorios, los horizontes insuperables del horror. ¿Cómo enumerarlos siquiera? Stalin, Hitler y la lógica concentracionaria; Musolinni en Abisinia y Franco en España; el imperialismo japonés, la abulia francesa, el heroísmo inglés y, al final, la sórdida coronación de Hiroshima y Nagasaki.

Pero los treinta son años cenitales en producción de artes y letras igual de fervorosos y críticos. Contienen el *grand finale* de las vanguardias; las luchas y deificaciones del propagandismo; el escritor comprometido lleno de laureles en el Kremlin o en la Mutualité y el escritor disidente de escupitajos en el gulag, en Auschwitz o en Saint Cyprien; el apogeo de la propaganda y la publicidad; las querellas sobre la función de las ideas y el papel de los escritores; las corporaciones de intelectuales y la seducción de los “tontos útiles” (como les llamaba Stalin); los encontronazos definitorios entre la conciencia creativa individual y las corporaciones políticas: Gide y D’Annunzio, Serge y Drieu La Rochelle, Breton y Louis Aragon...

El ámbito mexicano, en su escala, refleja esa intensidad y la traduce a sus propias circunstancias y necesidades. Lo hace con un empeño que desata a la vez comedias vergonzosas y prácticas de innegable nobleza. En una atmósfera en la que prevalece cierta teatralidad (de la que hablaré más adelante), hay sin embargo ingredientes nuevos y encomiables. La principal: que México y su cultura artística y literaria vivan como propias, por primera vez, querellas que escapaban los límites de su nacionalismo, y que vivan una fraternidad intelectual inédita con el mundo, dada la naturaleza internacional de los conflictos. Pero también el hecho de que el apogeo de los nuevos medios de comunicación e información, al divulgar esa experiencia, atiza las correspondientes responsabilidades. Durante la década de los treinta, la cultura mexicana se asume como parte del mundo, no como su excepción, y vive intensamente la expansión de los imperialismos, el drama civil de la democracia española y la segunda guerra mundial. Una ebullición ejemplar en la que se viven y discuten ideas económicas, políticas, sociales y morales de toda índole y coloratura: la vulgarización de las ideas de Freud o Einstein alteran los paisajes mentales, el apogeo del cinematógrafo y la radio socializan la experiencia del mundo exterior, el atractivo de la ciencia, la cultura del turismo, la instauración definitiva del reino de la publicidad, modifican todos los esquemas en la asombrada conciencia de ser parte de la modernidad.

Pródiga y prodigiosa, la versión mexicana de la década de los treinta no ha sido suficientemente estudiada desde el punto de vista de la historia de las ideas literarias, y comprendida menos aún. Ocupa en la imaginación apenas una capilla dudosa de la iglesia contestataria, poblada de santitos apresuradamente canonizados que escuchan oraciones

generalmente vacías. Pero en no pocos aspectos, esa década es la matriz de conflictos, posiciones y sentimientos que aún pesan sobre la cultura mexicana actual y la modifican.

Este libro, que se propone colaborar a apreciar esa década desde una perspectiva singular: la de un muchacho poeta y revolucionario que vive y encarna intensamente esas contradicciones, quiere colaborar a ese conocimiento.

Boceto de vida

Efrén Huerta Romo nació en 1914, quinto hijo de Sara Romo y de José Mercedes Huerta, político y abogado de un pueblo llamado Silao de la Victoria en el rijoso bajío guanajuatense.

Fue demasiado pequeño para enterarse de las batallas entre las facciones que asolaron esos años la región natal. La familia se mudó por 1917 a la ciudad de Irapuato y se instaló en el comercial barrio de las Cuatro Esquinas, no lejos de la escuela donde el poeta estudiaría “parvulitos, primero y segundo de primaria”.² El matrimonio padecía una crisis terminal. En la misma evocación de su escuela, Huerta se refiere a esas desavenencias en términos curiosos: al principio “mi infancia son panes, melones, fresas”; más tarde, hubo que vivir “de atole, piloncillo, frijoles”. Este descenso en el insumo de calorías se debe, según José Emilio Pacheco, a que el abogado Huerta “abdicó de su status de clase media por seguir a la causa perdedora del villismo”.³ Huerta aporta testimonios que propician otra versión: los tiempos de panes y frutas corresponderían a la etapa en que la familia descansa en el padre, “cumplido juez municipal”, “gran lector” que es dueño de una “inmensa biblioteca” y que ejerce cierto poder en los asuntos políticos regionales: “Los políticos lo buscaban porque su opinión era decisiva en la elección de presidentes municipales y los políticos del centro lo apreciaban mucho. Irapuato fue su centro de operaciones”.

Los tiempos de atole y piloncillo fueron consecuencia de que “la familia comenzó a dividirse” por 1924: el padre se quedó en Irapuato y la madre y los niños se mudan a León, “donde la pobreza casi se acercó a la miseria”. El padre, mientras tanto, conserva una medianía de burócrata que, al parecer, no deseó compartir con su ex esposa. Luego de la separación, para sostener a sus hijos, la señora hace proezas para sostener a su prole vendiendo mercancía de puerta en puerta o viajando al montepío. El pequeño Efrén se puso a la altura de las nuevas circunstancias y aprendió “...a vender periódicos, a repicar las campanas en una iglesia cercana y a poner en su sitio los puentes de madera cuando llovía y las calles se inundaban”.

Tenía no obstante tiempo para afirmar su educación elemental en la vecina escuela modelo. Por las noches, mientras su madre cose y teje, Efrén lee para ella novelas y versos o le canta canciones. Al llegar las vacaciones, viaja a Irapuato con el padre que, para

hacerlas provechosas y educar al muchacho en las dificultades de la vida, le consigue trabajo como aprendiz en una imprenta donde aprende tipografía. Así, el chamaco se forja una agenda breve: “Por las mañanas, de seis a ocho, entrenamiento de fútbol; de ocho a tres, trabajo en la imprenta. Tarde y noche, lecturas”.

Las necesidades escolares de sus hermanos mayores obligan a la señora Romo a buscar una nueva alternativa, por 1927 o 1928, esta vez en Guadalajara. Una revuelta postrera, sin embargo, vuela las vías del tren en vísperas del viaje y obliga a la familia a permanecer en Querétaro. Huerta ingresa ahí al Colegio Civil mientras, secretamente, sigue empeñado en profesionalizarse como futbolista, deporte en el que hizo méritos de gambetero. Se vanagloria de ser “un idolillo” de la cancha, y de que las muchachas le confeccionasen porras especiales. Lleva dinero a su casa ejerciendo cualquier cantidad de oficios, e ingresa en la Academia de Bellas Artes local.

Una de esas chambas circunstanciales lo obliga a redactar en verso. En tiempos en que la publicidad sólo requería un producto, un medio impreso, un dibujante y un redactor, Huerta confecciona una cuarteta para la honrada cantina La Victoria que despacha “de día y de noche” vinos, licores “y cerveza refrigerada” en el centro de la ciudad:

Qué sería de este Querétaro,
bella ciudad colonial,
si no pudiera beberse
de “La Victoria” el mezcal...⁴

Entre prensas y rotativas elementales, quizás bajo el magisterio de algún par de viejos lectores de Saint-Simon, y en la cofradía de otros muchachos lectores de literatura socialista, Huerta abraza desde ese momento las posiciones de “la mejor izquierda, la primitiva”⁵ y debuta en una fe revolucionaria que conservará para siempre. A sus quince años, en 1929, entre otros “muchachos pobres como yo”,⁶ ingresa en una agrupación orondamente llamada el Gran Partido Socialista del Centro de Querétaro cuya existencia (seguramente precaria) habrá provocado relativo susto en esa sociedad recoleta. El deleite de erizar buenas conciencias bien pudo ser otro ingrediente de una rebeldía gremial atizada por las dificultades familiares. Cuando viaja en las siguientes vacaciones a Irapuato, ya en edad de antagonizar con su padre, se lleva su nueva fe en la maleta y se reencuentra con algunos viejos amigos “con los que hicimos el semanario *La Lucha*, donde atacué al ladronzuelo presidente municipal en varias columnas satíricas. Mi padre me pidió que regresara a Querétaro”.

Huerta tenía una nueva familia, la de clase, y un nuevo fervor, el del combate social. Además, junto a las majaderías utilitarias de la publicidad, Huerta comienza a redactar versos juveniles y engalana las páginas de *La Lucha* con un primer poema titulado

“El Bajío”. Simpático exabrupto chauvinista con retintín escolar, su primera estrofa se colapsa espectacularmente en un verso cojuelo y tan arbitrario, en el fondo, como cualquier sentencia de su paisano José Alfredo Jiménez:

Llanura sonora morena de cantos,
 llanura con horas que le marca el sol,
 un sol sólo tuyo, un sol muy distinto
 que no es de los mares ni las cordilleras;
 un sol más perfecto que el tuyo, Bajío,
no tiene el cielo de ninguna parte.

Cumplidos los modales cortesés de cualquier enamorado de su patria íntima, el bisoño poeta conscientizado celebraba luego el pundonor subversivo de sus lares:

...y tus campesinos no tienen fusiles
 para la insurgencia de Pedro Moreno;
 hoy son agraristas y usan recio máuser...

No es difícil verlo en el aprieto de buscar un varonil calificativo en dos sílabas. Llegar al rescate la fatídica Musa Inepta: ¡un *recio* máuser! Ya arrebatado por el entusiasmo, deriva hacia el imperativo complemento erótico: las colinas tienen “senos dorados” y se besan con las auroras mientras pasan por las calles “los cuerpos duros de tu mujerío”. Los tonos de lecturas más actuales comienzan, al final del poema, a rebasar los estragos del principio. Resulta curioso, porque “El Bajío” parecería contener, en el solo desarrollo de sus cincuenta y cinco versos, la progresión relativa del gusto poético de principios de siglo que la mente voraz del joven poeta acelera, a pesar de su desaseo, hacia una tenacidad modernizante. De ese modo, se puede saltar de un verso a la manera de José Santos Chocano (“tierra baja y noble de sangre que brilla”), a una sinestesia contagiada de Herrera y Reissig (“Campanadas de aire encienden el verde...”) y a otro casi clonado de Leopoldo Lugones (“la luna siguió rodando su madurez aérea”). El final del poema es interesante. Conjeturo que lo pudo redactar cuando, ya en 1931, o bien es uno más de los muchachos que llevan clase de literatura hispanoamericana con Carlos Pellicer, o es uno más de los que juran por su estilo, presente en la estrofa final:

La luna sembrará
 para la emoción nuestra
 muchas noches hermosas;
 y la voz campesina
 sonará a flor de llano

mientras beben los surcos
la semilla en su mano.

Muchos años más tarde, en “Amor, patria mía” (PCEH, 463), Huerta evocaría ese poema muchacho:

Escribió su Poema del Bajío
(ah, su primer poema)
y en él estaba la tierra negra
y relampaguearon los ojos de Hidalgo.

Otro San Ildefonso

Porque desde 1930 Huerta y su familia ya viven en el capitalino, abundante barrio de Tepito. Desde su llegada, Efrén procura ingresar en la Academia de San Carlos y continuar sus estudios de arte. Como su relación de materias provincianas es confusa, se le condiciona el ingreso a que actualice algunos créditos en la llamada “Perrera”, la escuela que pone al día a los emigrantes del interior. Aún así, la Academia lo rechaza, y Huerta no tiene más alternativa que buscar sitio en la Preparatoria Nacional de San Ildefonso. Lo logra en 1931 y se le envía al grupo A-1 donde conoce a Rafael Solana, su primer compañero interesado en las letras. (Hay otro compañero de relieve, boletero de un teatro frívolo, que les permite a sus camaradas asomarse gratuitamente a ver “a Lulú Labastida y demás formidables genios del desnudismo”).

Ignoro si estuvo en el grupo de Pellicer, pero sí llevó clases con Julio Torri, que enseña literatura española, y con Agustín Loera y Chávez, que enseña historia del arte. Para cumplir con las tareas de esa materia, Huerta y Solana realizan expediciones por las zonas históricas de la capital, o enfilan rumbo a Cuernavaca y a Taxco a describir y dibujar iglesias barrocas o rastros mudéjares. Es conjeturable también que haya llevado cursos con Alejandro Gómez Arias, Antonio Díaz Soto y Gama, Samuel Ramos y José Gorostiza —entre los maestros jóvenes del claustro— y con don Pedro Argüelles o Pedro de Alba entre los decanos... No temo equivocarme si propongo que no se inscribió en los cursos de los profesores “reaccionarios” como Antonio Caso y Roberto Chico Goerne.

Cuando Huerta llega a San Ildefonso, Octavio Paz y otros muchachos que, a pesar de tener la misma edad, se encuentran en un grado superior, están a punto de sacar el primer número de la revista *Barandal*,⁷ el año que Huerta perdió regularizando su trayectoria escolar le impide conocerlos y colaborar con ellos en ese momento. La amistad de Solana basta por lo pronto, complementada con la de algunas compañeras inteligentes, como Carmen Toscano. Naturalmente, Huerta se inscribe en la zona izquierda

de San Ildefonso en ese momento en que lo que más tarde llamaría “el chulismo nacional” se ha apoderado de la escuela. Cumplía con las exigencias académicas y llevaba —en unos cuadernillos de su propia factura— aliñadas notas sobre Karl Marx y Max Weber, o copias de poemas de Alfonso Reyes y Torres Bodet.

Generación incómoda, e incomodada, la de Huerta vive un México profundamente agraviado por la desigualdad, y una creciente decepción ante la forma en que la revolución se empeña en quedarse a medio camino, expropiada por el “Jefe Máximo” Plutarco Elías Calles y sus orondos generales. Huerta y sus camaradas abrazan temprano la idea de que la revolución mexicana es apenas el necesario preámbulo a la Revolución con mayúsculas. Pero si el mundo de las ideas se le impone académicamente, Huerta presiente desde temprano que su vida está más del lado de la acción, esa diosa desenfrenada que tanto engordará durante la década. Fuera de San Ildefonso, en ese momento álgido entre la revolución de los generales y la que promueve el Partido Comunista Mexicano (PCM), la acción callejera lo seduce y enciende con mayor entusiasmo que el salón de clases.

Si ya se había instalado en México para el 20 de marzo, Huerta habrá atestiguado la campaña que el gobierno desata contra los comunistas luego del atentado contra Pascual Ortiz Rubio; habrá discutido con Pepe Alvarado y su futuro compadre Ricardo Cortés Tamayo una rudimentaria bibliografía comunista; habrá vibrado en el clandestinaje juvenil del PCM, habrá estado entre quienes dan la bienvenida en Buenavista a Rosa Luxemburgo, y escuchado hablar a Tina Modotti, Valentín Campa y Juan de la Cabada; habrá marchado en las calles junto a Hernán Laborde y a David Alfaro Siqueiros. ¿Y habrá estado entre quienes —antes de la obligada corretiza— ovacionaron a los camaradas de la Confederación General de Trabajadores (CGT) que lograron colgar de una torre de la catedral la bandera soviética? La adrenalina del combate, el fervor de la célula, la convicción de poseer la razón histórica y el arrastre de la lucha imperativa, lo han reclutado ya en 1935 para la Federación de Estudiantes Revolucionarios (FER) y la Federación Juvenil Comunista (FJC),⁸ preámbulo de los colectivos de frente popular que aparecerán poco después con Cárdenas, como las Juventudes Socialistas Unificadas de México (JSUM).

Con San Ildefonso como sede, rodeado de una brillante generación de sensibilidades variopintas y posiciones ideológicas contrastantes, Huerta se bebe intensamente el exaltado despertar del protagonismo juvenil posterior a la revolución. Primogénitos de la reyerta civil, eran los primeros muchachos libres del México moderno:

Era entonces la etapa de la soberbia, de la estudiada pedantería, de las fáciles entregas sentimentales, de las pequeñas ambiciones, del despilfarro mental, del ensueño organizado. Era la dichosa y brillante época de los impulsos irrefrenables, del ansia, de la lujuria estallante, de la inercia también... y del cinismo.⁹

Delfines rojos, a estos muchachos la ciudad se les revela como un escenario impar para un protagonismo hasta entonces inédito. Auroleados por el fuero juvenil, estudian y trabajan, pero además recorren burdeles, fuman mariguana, improvisan mítines caóticos en las madrugadas del Zócalo, aterran hosteleros chinos, revientan los teatros de revista, flanean por la plaza Garibaldi, compran revistas europeas en Porrúa, toman cerveza en la cantina El Paraíso, van al Venecia a ver cine ruso, acuden al Salón México... Son los primeros que asumen las exigencias y protocolos de la primera generación de jóvenes criados por la revolución (para oponerse a ella): un laborioso catálogo de poses, hablas y modas calculadas para hacerse ferozmente de un papel en el reparto social y político de la tragicomedia mexicana: “Éramos muchachos pedantes que siempre andaban con el libro bajo el brazo. No sé si sólo nos sentíamos o en realidad la gente nos miraba como ‘poetas malditos’, pero nosotros asumimos ese papel”.¹⁰

Eran los hijos descarriados de Madero, pero también de Zapata y Flores Magón; la primera generación para la que el activismo estudiantil es una forma de vivir emociones que la cronología les ha regateado; la primera que se siente obligada a vivir roles paradigmáticos que lo mismo incluyen al ardiente jardinero Mellors de D.H. Lawrence que al melancólico Hans Castorp de Mann, a los héroes nihilistas rusos como Sashka Yegulev de Andreyev, o al intenso Malte Laurids Brigge de Rilke.

Primeras letras

Desde temprano, Huerta convirtió en un modo de vida su militancia en la fe libertaria; también en un estilo y quizás hasta en un personaje. En una fotografía de 1934 se le mira vestido de “obrero intelectual”, combinando su *yompa* ferrocarrilera de dril con una corbata sombría que cumple con la etiqueta estudiantil, y se deja una melena postrera como la de su amigo José Revueltas (“mi hermano, / mi tibieza, mi tiempo juvenil y / mi amor a la vida”¹¹). Durante la década, la imaginación libertaria y el fervor ideológico se han aliado para diseñar el paradigma del *poeta comprometido*, y el joven Huerta está decidido a encarnarlo en todos sus detalles.

Es un fervor de sentimiento social que riñe con el impulso poético de explorar el alma íntimamente, el culto de la recámara secreta y los laberintos de la conciencia que redacta, en esos mismos años, lo mejor de la generación de los Contemporáneos. Más o menos a regañadientes, Huerta asume las condiciones de su legado como poeta atareado en y con el amor, y practica un estilo enjundioso y álgido cuya temperatura no es difícil emparentar con algunos ramales obvios —sobre todo Neruda— que derivaban del troncal romántico. Pero a la vez se vuelca estrepitosamente en la plaza pública para, sólo ahí, encontrar el sentido de su vocación literario-libertaria. Subvertir la sociedad y acompañarla hacia la revolución es tarea que acarrea como valor agregado la apro-

piación de un ejercicio vital, una manera de *militar* en sus convicciones ideológicas y encontrar en ellas una superior alternativa a la salvación personal —o a su pérdida. Escribe Huerta:

Nosotros no tenemos derecho al egoísmo. Nos está prohibido como la compasión, la lástima. No podemos permitir que alguien repita por muy joven y tarambana que sea, aquello de “¡Primero yo, después yo, y siempre yo, en el desierto de egoísmo que llamamos vida!” porque lo condenaríamos a muerte moral, sin apelación.¹²

Efrén Huerta Romo, El Flaco Neuras —como lo apodan sus compañeros de la facultad de Leyes—¹³, vive intensamente esa renuncia al egoísmo que inflama sus poemas. Cuando comienza a asumir vocación de poeta, su amigo Rafael (Lape) Solana le aconseja cambiar el Efrén por un apelativo más eufónico y le propone un arcangélico Ephraím. Huerta acata sólo en parte el consejo, por fortuna. Ya rebautizado, conocerá con Solana a Octavio Paz y a Alberto Quintero Álvarez, que ya han publicado sus primeras *plaquettes*, respectivamente *Luna silvestre* (1933) y *Saludo del alba* (1934).

La lectura de poesía no es una actividad más del nuevo Efraín, sino el común denominador de la militancia y el activismo, un fervor sacralizante que reúne su fe política con la íntima edificación de sí mismo. Este fervor se vuelca en los versos que recluta para su primer libro, *Absoluto amor*, del que Miguel N. Lira publica trescientos ejemplares en 1935. Es un primer libro decoroso, pero nada más. Carece de timbre propio, hay descuidos notables y su mérito quizás sea la tenacidad con que persigue la forma para un estilo que, por lo pronto, titubea entre los modales decimonónicos y una poética de riesgo. Al principio se percibe un aliento casi escolar, castigado por la inercia de los tiempos y la retórica modosa de González Martínez, si bien levemente erotizada:

En medio de mis años
intimar tus corolas,
y en el claro de tu alma
deslizar mis delirios.

Ese aliento se rasga de pronto en violencias ruidosas y turbulentos arrebatos que delatan su empeñosa resistencia a la imaginación “bien hecha” y al gusto sereno en boga. Prefiere resolverse en asociaciones osadas y metáforas voluntariamente decepcionantes. El libro anuncia ya, desde luego, al poeta de voz propia que espera su turno para entrar en escena. Por lo pronto, hay un aliento que desearía ser visionario y arriesga elementos vagamente surrealistas que aprende de lecturas como la de Vicente Aleixandre, quizás la más notoria en ese periodo:

Labios como el sabor del viento en el invierno,
dientes jóvenes de luna consentida en la llama del abrazo.
Se endurecía la noche en tu garganta.
Espacio duro de tus senos. Amarilla y quemada,
la inesperada sombra de tus piernas en las alas de los pájaros
cuando tus dedos en un juego de látigos
hendían prisas de frío.¹⁴

O de García Lorca (pero no del gitanillo, como el que tanto —y tan mal— era imitado en México, sino el más inasible):

Mi palabra y mi sombra en el vacío
de muerte; mis pasos rompen lisas
figuras de recuerdos. Una desnuda roca frente al cielo
se muere de no ser automóvil.
La sangre de los pájaros decapitados ayer mismo
rueda y llora extrañando las rodillas lunares
y mi voz sin objeto bajo los senos oscuros de las nubes.¹⁵

O de Villaurrutia, entre los mexicanos:

Pulsando el ruido de tu cuerpo en mis brazos
la luz de tus senos y tus hombros
como si la perfección se encontrase en la palma de mis manos
y los ojos no fuesen sino bocas llenas de sed...

O de Pellicer:

He de buscar un día nuestra esperanza
unificada, ausente de tu boca,
inmóvil en los dedos del tiempo,
ansiosa de mi pecho [...]

Sus amigos (y seguramente sus maestros) tienen reservas ante el debut. Huerta mismo las tiene y, años más tarde, reconocerá que era una poesía “desordenada, irregular, brusca, desagradable. Una de las peores que se haya escrito en México”.¹⁶ Por su parte Solana, dedicatario de alguno de los poemas, reconoce que en el volumen “brilla su talento, pero como brillan las arenas debajo del agua, sin fijeza ni solidez”.¹⁷ Ambos tenían razón. La tenacidad comenzará, poco a poco, a rendir mejores resultados. En mayo de

1936, publica en *Taller poético* un poema titulado “Recuerdos del amor” —dedicado a José Revueltas— en el que los ímpetus se hallan notablemente más gobernados:

Primero fue la Muerte.
Era en el mes de junio y nuestras vidas parecían
inquietos ríos con fiebre,
soledades nacidas al calor de un helecho.
Sobre la Tierra tibia crecían hombres y árboles,
negras nubes, y rosas, y canciones.
Clarísima ternura como día amanecido.¹⁸

No es gran poesía tampoco, pero ya posee voz propia y anuncia el mejor estilo. La comparación de “nuestras vidas” con “inquietos ríos con fiebre” es arisca (que tengan fiebre deja sobrante el calificativo “inquietos”, por ejemplo). La comparación encabalgada de inmediato (“soledades nacidas al calor de un helecho”) es no sólo un desastre, sino un desastre innecesario, en el que el juego entre “helecho” y “lecho” resulta ingenuo. Y para terminar, esa mezcla del aumentativo en esdrújulo (“clarísima”) con la inevitable “ternura” (blasón del diccionario poético generacional) que cae finalmente en esa comparación con participio, tan nerudiana...

Unos meses más tarde ofrecía un nuevo libro, *Línea del alba* (1936). Es una exigente selección de poemas sobre un solo tema, y la mejoría es perceptible: una voz más personal y atildada a la hora de precisar las emociones. Su amigo Solana, llevado por el entusiasmo, sentencia que no falta ya música a su libertad de metro y de acentuación, y la elaborada factura de sus imágenes le otorgan valor de novedoso. Termina por declararlo “un poeta muy sincero y muy alto”, al grado de asegurar “que *Línea del alba* es el mejor libro de poesía publicado en México en 1936”. La *Línea del alba* no era, quizás, tan derecha. Los ocho poemas aún se deslavan, a veces, en supermetáforas inacabables, abstracciones inhóspitas, una violencia más gestual que moral, abundancia de estatuas, surrealismo balbuciente y, cada vez más notable, la sazón inconfundible del especiero de Neruda.

El amigo Octavio

Gracias a Solana y a Carmen Toscano, Huerta había conocido a los muchachos que editaban la revista *Barandal*, y sobre todo a su director. Paz, ya el joven poeta reconocido como el paladín de la generación, se interesa desde el principio en la poesía de su amigo. Años más tarde, dirá:

Muy joven aún, Huerta publicó una serie de poemas en los que, cegados por la literatura, sus amigos no vimos sino unas imágenes sorprendentes mezcladas a otras que prolongaban el surrealismo hispanoamericano y español. Ciegos y también sordos, pues no oímos la voz que hablaba por boca de Huerta —la otra voz, blasfema, anónima, la voz maravillosa de la transeúnte desconocida, la voz de la calle.¹⁹

Paz era también un militante y hacía méritos políticos, aunque lejos de la ortodoxa Federación de Estudiantes Revolucionarios (FER). Juntos, se suman a los intentos por rescatar a José Revueltas, remitido por el gobierno de Cárdenas a las Islas Marías acusado de practicar “actividades antisociales” en mayo de 1934, y juntos corretean por las calles con la policía en los talones. Quizás Paz estuvo junto a Huerta el 20 de noviembre de 1935 entre la “minoría ruidosa, la vanguardia gritona, inerme pero sin miedo” de la FER —escribe Huerta— y de las Juventudes Comunistas, “cuando hostigamos por todo Insurgentes, Juárez, Madero y el Zócalo a los camisas doradas, infantería y caballería fascistas financiada por los ricos regiomontanos”.²⁰

Los dos muchachos inauguran una amistad perdurable. “Más tarde —escribirá Paz— las pasiones políticas nos separaron y nos opusieron pero no lograron enemistarnos”.²¹ Es comprensible: habían pactado amistad en un momento en que ésta se asumía como una religión que no toleraba desviaciones. (Se impone recordar esa emotiva tarde del 9 de octubre de 1977 en el Palacio de Minería en que leerían poesía en público Paz, Efraín y Eduardo Lizalde. Los dos poetas mayores se saludaron con fuerte abrazo. Un actor leyó los versos de Huerta, ya silenciado por la enfermedad. Cuando llegó el turno de Paz, el infaltable simplón lanzó un decidido abucheo. Efraín, poniéndose de pie, lo aplacó de inmediato con una mirada fulminante que provocó una ovación y permitió seguir la lectura en paz...) En la memoria de su amigo Octavio, Efraín es siempre el “Efraín de nuestra adolescencia”, y siempre evoca “al poeta apasionado e irónico, al amigo un poco silencioso y afable. En su trato, Efraín era cortés y discreto, como buen mexicano. La violencia de algunos de sus poemas y epigramas contrastaba con su figura personal”.²²

La práctica de la que Huerta llama “la apasionada dulzura de mis amigos”²³ se había estrechado en la poesía y en la militancia cuando viven el paso de Rafael Alberti por México en 1934, con su esposa María Teresa León, en campaña de propaganda en favor del Socorro Rojo Internacional. Huerta y sus amigos sabían de memoria su declaración final en *Poesía 1924-1930* (1934): “A partir de 1931, mi obra y mi vida están al servicio de la revolución española y del proletariado internacional”, y lo convierten en penate central de su altar poético-político. Juntos, visitan al andaluz en el edificio Ermita en Tacubaya y lo acompañan, exaltados, en su gira de lecturas y conferencias. Recuerda Huerta que Alberti solía incluir en las lecturas su traducción de “La toma del poder”, el poema de Louis Aragon lleno de ira contra Francia y las democracias burguesas que le daban la espalda a España:

Lo decía en Bellas Artes, en los mítines, en las sobremesas. Crispaban los versos de Aragón contra su Francia y su bandera:

¡Salta, volcán colonial!
¡Cruje, imperio francés, rásgate, harapo tricolor,
rásgate!...²⁴

De regreso de los mítines, aún encendidos, hablan de poesía y Alberti lee la de sus jóvenes seguidores. Se entusiasma especialmente con la poesía amorosa de Paz y lo declara “el autor de la poesía más revolucionaria” que se escribe en México.²⁵ Huerta era de la misma opinión, orgulloso de ese amigo que “era fervor puro, inquietud pura; era un alucinado, un impetuoso, un hombre ardiendo, un poeta en llamas”.²⁶

La amistad entre los muchachos los llevará poco después a corresponsabilizarse de la revista *Taller* (1938-1941). A fines de 1937, Solana invita a comer a Paz, a Huerta y a Quintero Álvarez y les cuenta que ha decidido convertir *Taller poético*, recordará Paz, en

una revista literaria más amplia y en la que se publicasen también cuentos, ensayos, notas críticas y traducciones. Para esta idea, deseaba contar con nuestra ayuda. Aceptamos inmediatamente y así se formó el pequeño grupo de *responsables*, como se decía en esos años, de la primera época de *Taller*.²⁷

Muchos años más tarde, Paz publicará algunos poemas que evocaban esos días vertiginosos con su amigo. En “El mismo tiempo”, por ejemplo, alude también a esa flama que los quema, un estar *en llamas* que parece, más que una metáfora de intensidad encendida, una alegoría pentecostal. La vida —dice Paz— vibraba

...sobre nuestras cabezas en llamas
mientras hablábamos a gritos
en los tranvías rezagados
atravesando los suburbios
con un fragor de torres desgajadas...

Huerta replicará esas evocaciones en 1964, en su cumpleaños cincuenta, con un poema que dedica a Paz. Debe citarse completo, encendido por golpes de poesía luminosa. Cuadro de intensa pasión, se cimbra y exalta en el fermento de la amistad y el deseo, el exceso y la soledad, la exaltación y el agobio, la pobreza amarga y la ira que buscaba frenéticamente un derrotero útil. Es un testamento, pero también, aunque amarga, una celebración:

BORRADOR PARA UN TESTAMENTO²⁸

A Octavio Paz

I

Así pues, tengo la piel dolorosamente ardida de medio siglo,
el pelo negro y la tristeza más amarga que nunca.
No soy una lágrima viva y no descanso y bebo lo mismo
que durante el imperio de la Plaza Garibaldi
y el rigor en los tatuajes y la tuberculosis de la muchacha ebria.²⁹
Había un mundo para caerse muerto y sin tener con qué,
había una soledad en cada esquina, en cada beso;
teníamos un secreto y la juventud nos parecía algo dulcemente ruin;
callábamos o cantábamos himnos de miseria.
Teníamos pues la negra plata de los veinte años.
Nos dividíamos en ebrios y sobrios,
inteligentes e idiotas, ebrios e inteligentes,
sobrios e idiotas.
Nos juntaba una luz, algo semejante a la comunión, y
una pobreza que nuestros padres no inventaron
nos crecía tan alta como una torre de blasfemias.

Las piedras nos calaban. No nos calentaba el sol.
Una espiga nos parecía un templo
y en un poema cabía el universo del amor.
Dije “el amor” como quien nada dice o nada oye.
Dije amor a la alondra y a la gacela,
a la estatua o camelia que abría las alas
y llenaba la noche de dulce espuma.
He dicho siempre amor como quien todo
lo ha dicho y escuchado. Amor como azucena.
Todo brillaba entonces como el alma del alba.

¡Oh juventud, espada de dos filos! ¡Juventud
medianoche, juventud mediodía,
ardida juventud de especie diamantina!

2

Teníamos más de veinte años y menos de cien
y nos dividíamos en vivos y suicidas.

Nos desangraba el cuchillo-cristal de los vinos baratos.
Así pues, flameaban las banderas como ruinas.
Las estrellas tenían el espesor de la muerte.
Bebíamos el amor en negras tazas de ceniza.
¡Ay ese amor, ese olor, ese dolor!
Esa dolencia en pleno rostro, aquella fatiga
de todos los días, todas las noches.

Éramos como estrellas iracundas:
llenos de libros, manifiestos, amores desolados,
desoladamente tristes *a la orilla del mundo*,³⁰
víctimas victoriosas de un
severo y dulce látigo de aura crepuscular.
Descubríamos pedernales-palabras,
dolientes, adormecidos ojos de jade
y llorábamos con alaridos de miedo
por lo que vendría después
cuando nuestra piel no fuera nuestra
sino del poema hecho y maltrecho,
del papel arrugado y su llama
de intensas livideces.

3

Después,
dimos venas y arterias,
lo que se dice anhelos,
a redimir el mundo cada tibia mañana;
vivimos
una lluvia helada de bondad.
Todo alado, musical, todo guitarras
y declaraciones, murmullos del alba,
vahos y estatuas, trajes raídos, desventuras.
Estaban todos —y todos construían su poesía.
Diría sus nombres si algunos de ellos
no hubiesen vuelto ya a la dorada tierra,
adorados, añorados cada minuto
—el minuterero es de piedra, sol y soledad—;
entonces, no es a los vivos sino a mis muertos
a quienes doy mi adiós, mi para siempre.

A ellos y por ellos
 y por la piedad que profeso
 por el amor que me mata
 por la poesía como arena
 y los versos, los malditos versos
 que nunca pude terminar,
 dejo tranquilamente
 de escribir
 de maldecir
 de orar
 llorar
 amar.

1962 - 3 de octubre de 1965

El poema traza de manera formidable por qué en la década de los treinta un joven o era de izquierdas o no era joven. Contiene también el diccionario íntimo de Huerta (*alba, ardor, dulzura, comunión, redención, maldición...*); dibuja un paisaje en el que los demás son nuestro espejo y sus carencias las propias; la naturaleza colectiva de los apetitos, la militancia febril, el decálogo de la fe rebelde, los principios de una moral contestataria que prevalecerán para siempre en su obra. Los obreros de *Taller* juraban por los tres lados de esa moneda imposible: el amor, la revolución y la poesía.

Extraña la elección de la palabra *borrador* para nombrar esta poderosa, lúcida descarga. No me parece circunstancial. Creo que bautiza no sólo al poema en cuestión, sino a una actitud más honda y que, desde luego, es la de una poesía que explora con honestidad no sólo los estragos del tiempo, sino todo intento de hacer de ella un instrumento lírico verdaderamente personal. Luego de “Borrador para un testamento”, en 1971 otro poema titulado “Perra nostalgia” se habrá de referir nuevamente a esa liturgia generacional. El tono también abreva en la tristeza, pero con ribetes de una violencia interior propia de las decepciones profundas: la memoria se ha convertido en una perra danzarina; el quemante erotismo juvenil en una vergüenza avara; la fraternidad instantánea del alcohol en una práctica de “asnos en celo”; estudiar en una “mentada” y la pobre poesía en “una santa laica liberalmente emputecida hasta el cansancio”. Una estrofa que revive San Ildefonso, al levantar la nómina de sus amigos, parece salvarse de esta contabilidad en números rojos:

Estaba el primer libro
 de Rafael Solana
 el primero de Octavio

Se conspiraba se era pobre
 se empurpuraba la poesía
 porque queríamos ser
 recelar masturbar el viento
 aromar la algarabía
 al pie de los murales
 de Siqueiros y Orozco
 Vagar
 estudiar
 criminalmente.³¹

Dirá Huerta años más tarde que esa forma de vivir, sentir y pensar resultó a la larga insostenible. Y agrega que “la decepción es demasiado objetiva, demasiado visual para encontrar ya en aquel muchacho atolondrado un ejemplo a seguir”.³² ¿Por qué esta posterior amargura? La lectura de las crónicas que recoge este libro puede aportar una respuesta, no sólo para Huerta sino para muchos actores de esa puesta en escena del entusiasmo que fue el sexenio de Cárdenas.

Lo que años después serán las reconvenciones de ira y melancolía ante las expectativas truncadas o los amores derrotados eran, en el periodo que cubren estas crónicas, su decidido contrario: la convicción de que se vivía en la alborada de la verdadera historia, que la “liberación” era inminente, que la lucha contra el fascismo y la democracia burguesa era el último obstáculo hacia el mundo perfecto de la dictadura del proletariado, que los amores —por lo mismo— no sólo serían más amorosos que antes, sino un éxtasis perpetuo. Huerta se ha convertido, tenazmente, en un poeta comprometido.

Se levantaba cada mañana, igual que sus camaradas poetas o militantes, en una exaltación sincera que las crónicas reunidas en este volumen reflejan: cada beso fundaba repúblicas liberadas, cada viaje hacia el interior del país conducía hacia las verdades profundas de México, cada película vista, cada poema escrito o leído era un paso más en la marcha hacia una urgente libertad social, política y sexual (algo en lo que el joven Huerta suele poner énfasis, actor al fin de la idea de que una sexualidad sana era revolucionaria y colaboraría a refundar al país). Tendría que llegar el verano de 1968 para que en México se volviese a soñar y a combatir con el ímpetu que propició la década roja, y para que esos sueños se convirtiesen de nuevo en fe colectiva. Huerta y Paz vivirían por eso el 1968 como la reedición de un entusiasmo rebelde similar al de su juventud. En el caso de Huerta, esa celebración habrá de activarse de nuevo, ritual y febril, en su vida y su poesía, cada vez que una nueva causa (la revolución cubana, la nicaragüense, el triunfo de Salvador Allende) lo justificase, o una nueva atrocidad la urgiese.

Es un hecho que su fe en la luz del Soviet aparta a Huerta de una conducta intelectual responsable y que opta por esa fe sobre cualquier duda, como se advertirá en estas

crónicas. El entusiasmo de Huerta tiene desde temprano tintes religiosos: el amor incondicional a Stalin será una fe y un catecismo perdurables. Desde joven, se deja llevar ya por la línea del partido, ya por el fulgor cegador de una pasión lírico-justiciera que se proyecta sobre todos los temas que despiertan sus intereses de poeta o de cronista. Esta fe lo lleva a fortalecer emocionalmente sus convicciones frente a la responsabilidad, definitoria de la década de los treintas, de dudar con inteligencia. Pero Huerta no fue nunca un intelectual, ni quiso serlo. La única resistencia a su fe será el paso del tiempo, que termina por institucionalizar esa liturgia a contrapelo y por conducirla a la amargura del “Borrador para un testamento”. Bastaba con el culto de la acción, como tantos poetas admirados del periodo, que se le convierte en una liturgia escritural resistente al reparo crítico: la de suponer que el poeta es una voz colectiva que convive con la personal, mucho menos urgente. Le bastaba la fuerza de su doble fe en la revolución y en el amor, expresión íntima de su advenimiento inminente, como sostiene en un autoretrato disfrazado de relato en 1938:

Esto de la duda, en sí, jamás me ha inquietado. Ya se sabe que dudar, con todas las simplezas que trae consigo, es apenas un pequeño, inofensivo fervor, digno solamente de espíritus, a más de tímidos, hipócritas [...] La filosofía nunca ha sido mi fuerte. En general, me considero un simple aprendiz de todo [...] un Fausto maravillado. Asistiendo a la sorpresa diaria del planeta: crímenes bestiales, traiciones inenarrables, lealtad, nobleza. De pronto algunos países caen asesinados por el hacha de los bufones; repentinamente un amigo muere; al mismo tiempo cruza por la calle una mujer como un compendio de armonía...³³

Curiosa elección la de Fausto como paradigma del fervor. Un Fausto *maravillado* por el espectáculo de la indignación, seducido por la acción que, después, se disolvía en su intensa amargura de buen poeta en “borrador”, cuyas crisis íntimas, verdaderas y verosímiles, tendrán siempre una realidad que su poesía “militante” postergaba. Huerta era, en este sentido, la versión local de esa doble poética que sus maestros practicaron con solvencia (Neruda y Aragon, digamos). Si estos sentimientos y simpatías de “Fausto maravillado” se harán extensivos a su vida y serán útiles a su personaje de poeta justiciero, la poesía en “borrador”, como él lo sabía, será una verdad más perdurable, pero menos leída. No se puede dudar de sus buenas intenciones, pero sí sospechar que se acomodaban fácilmente a la excesiva gratificación de un medio urgido de liderazgos morales, propenso a la sentimentalización de las ideas y, fatalmente, a su manipulación.

Periodismo juvenil: las pasiones

Los artículos que recoge este libro son las *ilustraciones* periodísticas de la materia prima de ese fervor juvenil y, por lo mismo, la de esos poemas posteriores, cargados de amarga

reconvencción. Son los ecos en prosa del entusiasmo colectivo del cardenato, el desglose trabado de un “redimir al mundo cada mañana” que se convertía en tarea periodística semanal.

Desde el principio, como periodista —y en no pocas ocasiones también como poeta—, las suyas eran simpatías que surgían de un yo colectivizado y hacia él se dirigían convertidas en el fervor acicateado por la urgencia histórica; las simpatías que fijan los estrictos cotos de una fe militante y tumultuaria cuyo uso compulsivo de la primera del plural es una fe y una mística, un “reino de pronombres enlazados”, como decía Paz. Este *nosotros* de “estrellas iracundas” era estandarte, promesa y proclama de una nueva aurora y su correlato de convicciones y proyectos, gesticulaciones y doxias; un *nosotros* que celebrará imaginariamente el triunfo inevitable del comunismo, durante su juventud, y la nostalgia de su promesa, durante su madurez.

Es comprensible: vivir ese momento desde la ardiente *Weltanschauung* juvenil le agregaba pasión a una tarea que inflamaba corazones justos. Los jóvenes de la edad de Huerta se habían graduado muy de pronto, y muy de prisa, de jugar el papel de reservas del orden patriarcal a ser los protagonistas privilegiados, maestros de desinterés, activo de las esperanzas revolucionarias, promesa del futuro socialista, depositarios de la alegría y pureza cívica ambulatoria. El gobierno de Cárdenas, sin dejar de atizar esa fe, aprovechaba en su favor la capacidad de movilización juvenil, su energía militante, su libertad de desplazamiento y la energía de su activismo, y utilizaba a la “clase estudiantil” lo mismo para señalar derroteros colectivos, perfilar a sus adversarios, lanzar proclamas o inquietar a la opinión pública, que para apoyar con su presencia avasalladora proyectos gloriosos (como la política de privatización de la tierra) o, de ser necesario, hostigar a la reacción. Los jóvenes organizados como “clase estudiantil” se habían convertido en nuevos actores de los programas del gobierno y, de pasada, en nuevos clientes de su bolchevismo *sui generis*.³⁴

Esta voluntad de incendiarse en la fe revolucionaria y colaborar así al objetivo final subordinaban la zona militante del periodismo juvenil de Huerta al servicio del PCM. Como miembro primero de la Federación de Estudiantes Revolucionarios, luego de la Juventud Comunista, de las Juventudes Socialistas Unificadas de México, y finalmente como miembro del PCM y de la Liga de Escritores y Artistas Revolucionarios (LEAR³⁵), subordinó su voz a los imperativos del momento y metió su pluma al carril de un solo sentido. En el ámbito íntimo de su creación poética juvenil, si bien tales imperativos partidistas e ideológicos se sienten presentes, no apabullaron su aspiración de alzarse con una expresión poética personal, y Huerta se mantuvo al margen de la poesía servicial y pedagógica (sólo el problema español, como en el caso de Octavio Paz, podía suscitar versos abiertamente combativos), algo que en ese momento acusa una encomiable autonomía creativa.

En cambio el periodismo político juvenil, como habrá de verse, siguió la ruta inversa y desde el principio asumió la escritura como labor de propaganda. Es decir, más que

hacia la difusión de las líneas del partido, traducía esas ideas al código de sentimientos populares sancionados: la indeclinable fe en el comunismo guiado por la URSS, la reivindicación de los valores populares, los cánones de la idiosincrasia nacional (salvo la religión); el desprecio a la burguesía, el encomio de la acción, un esencial ejercicio de pedagogía accesible con su correspondiente antiintelectualismo; la celebración de la juventud como zona privilegiada de la alegría, la sinceridad y el desprendimiento; el amor que es al mismo tiempo pasión y *praxis*; y el odio a los diversos fascismos, foráneos y nacionales.

Desde sus pininos y durante los años siguientes, sus crónicas documentarán además otras emociones poéticas y escriturales y, a la par, las contradictorias atmósferas sociales e ideológicas en que se desenvuelve un joven comunista en el México de entonces. Huerta debuta como periodista en 1936, pero no en un activismo que lleva por lo menos tres años practicando en las organizaciones juveniles junto a sus camaradas Enrique Ramírez y Ramírez, Ricardo Cortés Tamayo y José Revueltas. Había dado muestras de disciplina y enjundia, practicaba una correcta conciencia de clase, estaba sinceramente arrebatado de entusiasmo revolucionario, acababa de adquirir su carnet del PC (apadrinado por Juan de la Cabada, en Mérida) y redactaba con solvencia. Todo esto tuvo que pesar en el momento en que Clemente López Trujillo, director del *Diario del Sureste* (franquicia en Mérida del oficialista *El Nacional*), lo invita a colaborar como editorialista.

La práctica del periodismo de combate es algo para lo que Huerta está predestinado. El gobierno del joven presidente Cárdenas sostiene una enconada lucha de propaganda contra la “reacción” y sus poderosos medios (periódicos y estaciones del naciente radio). El reclutamiento de “combatientes de la pluma” para los propios medios gubernamentales, en la capital y las provincias, es una de las tareas primordiales del poderoso DAPP, el Departamento Autónomo de Prensa y Propaganda (fundado por Calles y fortalecido por Cárdenas), que en ese México confuso se parece, más que al *agitprop* soviético, al *Ministero della cultura popolare*, el *Minculpop* de Mussolini. Esa agencia ve con buenos ojos la incorporación a sus tareas de un joven con buenas credenciales. Su labor, como será evidente, consiste en aportar a la página editorial el punto de vista de un muchacho comprometido que escribe para otros jóvenes comprometidos o para convertir indecisos.

Huerta cumple con los requisitos básicos de un periodista batallador en un momento en que el PCM se suma al Nacional Revolucionario bajo la consigna “Todos contra el fascismo”, que había recetado el Partido Comunista de la Unión Soviética (PCUS). Que el periodismo político juvenil de Huerta se redacta desde las “líneas” del PCM se advierte desde la crónica con que debutó: un editorial titulado “El XIII Congreso Nacional de Estudiantes: Resoluciones fundamentales” que publicó a los veintidós años de edad en el *Diario del Sureste* en septiembre de 1936. Explicar el debut de Huerta como periodista en ese momento y lugar, bajo esos patrocinios y con ese tema exacto, es pertinente para

ingresar a esta recopilación de sus editoriales toda vez que ilustra la combinación adecuada entre esos factores y las tensiones a que se hallaba sujeta su militancia.

La organización y los costos de ese congreso corrían a cuenta del gobierno. Huerta había llegado al puerto de Progreso con otros trescientos estudiantes provenientes de todo el país a bordo del *Querétaro*, cañonero de la armada nacional. De pronto estos muchachos, que tres años antes eran reprimidos sistemáticamente por la policía, eran activistas patrocinados por el gobierno. En el mismo lugar y durante las mismas fechas se llevaba a cabo la primera Conferencia Nacional de Jóvenes Comunistas, ante la que Huerta también figura como delegado. Durante el congreso se establece la premisa —de origen moscovita— que suele resucitar ritualmente desde entonces en los movimientos estudiantiles: la de que hay una “clase estudiantil” inscrita en el estamento proletario, cuyo “credo de la lucha dialéctica”³⁶ comparten y apoyan.

Cárdenas aprovechaba la energía juvenil desde antes. En 1933, aún en calidad de candidato, había propiciado la Magna Convención Estudiantil Pro-Cárdenas en Morelia. Huerta, cardenista prematuro en un momento en el que la izquierda aún no decide qué actitud tomar ante el michoacano, asiste a la convención y firma la proclama que aspira a “sustituir la enseñanza laica por la socialista en todos los niveles, socializar las profesiones, suprimir las escuelas particulares, implantar la educación sexual y lograr otra distribución de la riqueza”.³⁷

Cárdenas había visto también con buenos ojos las manifestaciones que en 1934 organiza la Federación de Estudiantes Revolucionarios que marcha por las calles con la consigna “Abajo la libertad de cátedra de burgueses y clericales”.³⁸ El candidato oficial aprovechaba la consigna que, desde 1920, el PCUS había lanzado en el sentido de que la fuerza revolucionaria estudiantil debía aprovecharse contra los Estados burgueses, y que, por lo que respecta a América, había estado en el origen de los primeros, míticos congresos estudiantiles del Uruguay y Argentina a principios de la década.

En México, debidamente supervisados por el gobierno, estos congresos se llevarán a cabo, año con año, hasta 1939. La intervención del gobierno en esos asuntos no desdora la militancia del joven Huerta: antes bien, por tratarse de un “gobierno popular”, la atiza y le otorga una significación que el lector atento a la historia del lazarato sabrá entender. Si bien el de Cárdenas no era, en la forma, un gobierno de “frente popular” (pues el concepto no se había acuñado aún durante su campaña y no había figurado en su plataforma ideológica), asumía en los hechos sus métodos y su ideología. El concepto “juventud progresista” es acuñado entonces y se aplica a la “clase estudiantil” que el PCM desea controlar por medio de una organización de frente popular (socialista, no comunista) llamada Juventudes Socialistas Unificadas de México (JSUM). No es azaroso, pues, que el primer tema elegido por el joven periodista —el activismo juvenil/estudiantil— coincidiese con un aspecto tópico de los años treinta mexicanos y del sexenio presidencial: una suerte de bolchevismo bisoño que sistematiza la rebeldía en abundantes corporaciones y sindicatos.

En Yucatán —escenario ostentoso de las nuevas políticas gubernamentales—, los estudiantes hacen las veces de la vanguardia social y, a la vez, caracterizan la nueva enjundia populista del régimen. Si bien el congreso se hallaba sujeto a un guión previamente autorizado por el gobierno, y obedecía al ritual de llegar sin trabas a las conclusiones que la convocatoria enunciaba como temas a discutir, Huerta y sus camaradas replantean la autonomía de las universidades “como posición revolucionaria”; se solidarizan con obreros, campesinos y soldados; insisten en la calidad “internacional” de la “clase estudiantil”; exigen la participación de los obreros en las utilidades de las empresas; apoyan los movimientos de huelga, la reforma agraria y se atarean en sostener, “ahí donde el régimen capitalista dé lugar, por todos los medios posibles, la colectivización de la tierra”. Al mismo tiempo, se trataba de perfilar, a fuerza de tajos enérgicos, el perfil del enemigo, la juventud burguesa que aprovecha a la Universidad para graduarse de explotador pequeño-burgués. Escribe Huerta:

Cerca de trescientos [estudiantes] que abordaban con inteligencia y cariño temas actuales, temas que vivimos y no asuntos de alta metafísica, inútil y cansada, en los que sí pueden entretenerse, ¡todavía!, en el otro extremo del país, unos cuantos jóvenes aristócratas, no digamos que desviados, sino simplemente estancados. Que ellos se engañen a sí mismos todo el tiempo que quieran; a la larga reconocerán que la razón estaba de parte de la juventud progresista.

El fervor —como casi siempre en Huerta— no decora estas posiciones: las define. Se entregaba a sus labores periodísticas con un denuedo proporcional a ese momento glorioso: está en Mérida, ha abandonado —como Paz— la escuela de derecho, los mítines son formidables, las mestizas son hermosas, los camaradas son leales, está enamorado, llora cada vez que piensa en el reciente asesinato de García Lorca, las reuniones alrededor de las fogatas cantando “La joven guardia” son fervientes, está decidido a ser un verdadero revolucionario, y además comienza a ganarse el pan escribiendo. No podía pedir más.

La guerra civil española

Cuando dos meses más tarde Huerta regresa a México, se entiende que Solana lo describa “con los ojos incendiados todavía por la luz yucateca”.³⁹ Se trataba de la misma triple moneda (revolución, amor, poesía) que pagará el peaje hacia un mundo a tal grado perfecto que —como había profetizado Engels— haría innecesarios el arte y la poesía.

En ese marco, su ingreso al periodismo es, además, una alternativa laboral suficientemente atractiva como para permitirle abandonar la carrera de leyes y, con ella, el

ingreso a la burguesía. Los organismos corporativos —como la LEAR— ya incluyen en su negociación con el gobierno reivindicaciones adecuadas para el gremio en materia de salarios y beneficios sociales. Es también la oportunidad de cumplir con un deber de propaganda que le brinda su partido y la decisión de trasladar sus convicciones a la palestra pública en un momento en el que a la aurora roja la opaca la niebla del fascismo.

El rechazo contra el alzamiento de Franco —que moviliza a la mayor parte de los escritores e intelectuales de valía en el mundo con una determinación no vista desde el *affaire* Dreyfus—, se convierte naturalmente en causa esencial para la pasión de los muchachos mexicanos. Les aporta la necesidad de ejercer una misión inmediata de acción política contra un enemigo real, de contornos netos y notorios; provee héroes y villanos; aporta de forma contundente los contornos de una “ideología” cargada de signos morales de signo infausto a la cual se opone la alternativa “humanista” del comunismo. Por otro lado, por coincidir con la postura oficial del gobierno mexicano, el antifascismo juvenil le permite al gobierno tener a sus mesnadas juveniles atareadas dentro de márgenes controlables. En ese sentido, la defensa de la república española es una constante que aparece compulsivamente en el discurso de los muchachos y, si es el caso, en su poesía y su periodismo. Es curioso, por ejemplo, que los amigos de Huerta que se van a Mérida (Paz, Ricardo Cortés Tamayo y Octavio Novaro) limiten su activismo político en la península a la causa de la república española, mientras se abstienen rigurosamente de escribir o hablar de política o problemas locales. Si el combate al fascismo local y el apoyo a la república española funcionan, la construcción del socialismo mexicano es una categoría menos aconsejable a las plumas juveniles; menos aún lo serían los comentarios sobre la política interna en Yucatán o en el país. Huerta acata esa encomienda, como lo hicieron sus camaradas en Yucatán, y convierte la lucha en defensa de la república —tanto en su crítica moral como en la literaria— en uno de los tópicos constantes de su periodismo.

La oposición al fascismo en la década roja es la segunda piel de (casi) todo poeta de renombre. Esta lucha lleva a Huerta a abrir otro frente editorial en el que su frenesí habrá de conducirlo a ciertas posturas que rayan en una intolerancia propia de las situaciones de emergencia. El “joven guardia” encomia el servicio a la causa de los camaradas o “compañeros de ruta”, pero no tarda en convertirse en fiscal de quienes, a juicio suyo o de su célula, la traicionan. Tal actitud no deja de estar propiciada también por la confusión que los precipitados cambios ideológicos provocan en el periodo presidencial de Cárdenas. Si en el terreno político el presidente, un general del ejército mexicano, parecía querer llevar al país del nacionalismo revolucionario al socialismo internacionalista, sin dejar nunca de ser lo que Luis González y González llamó “el Señor del Gran Poder”, en las letras el entrevero no es menor. Las querellas entre antiguos y modernos no se han acabado de resolver y aún se discute la naturaleza de la cultura mexicana luego de la revolución (nacionalismo *versus* cosmopolitismo; populismo *versus* esteticismo,

etcétera), cuando la década roja ingresa al debate el tema de la literatura “comprometida” y el “realismo-socialismo” casi como una teoría oficial que, desde luego, abomina de las posturas “esteticistas” e “indiferentes a la realidad”.

Estos conflictos generan en la prensa una pertinente internacionalización, digamos, de los debates sobre la naturaleza del hecho literario pero, al mismo tiempo, suponen la entronización en las izquierdas de posiciones dogmáticas, intolerantes, e invariablemente sujetas a una ortodoxia que emana de los grandes congresos dedicados a la literatura en Moscú o en la Europa solidaria. En la prensa mexicana del periodo se traducen abundantemente los dogmas teóricos, pero también sus escándalos derivados, como la transición de Vladimir Mayakovsky de poeta-héroe comunista a egoísta pequeño burgués que se suicida —en la versión oficial— por no entender las exigencias del compromiso popular; o la renuncia de André Gide al PC francés luego de su retorno de la URSS en 1937; las intensas discusiones en París entre surrealistas y comunistas sobre la libertad creativa. Todo esto suscita discusiones interesantes en México —gracias a la seriedad con que se involucran Jorge Cuesta o Luis Cardoza y Aragón— ante las que, lamentablemente, la izquierda prefiere las purgas, juicios sumarios y etiquetas simplonas, propias del frenesí “socialista” del sexenio.

En el ámbito de las letras, tan propenso históricamente a articularse alrededor de proyectos colectivos expresados en revistas y grupos, estas pasiones se extreman. El apogeo del radicalismo obedecía a razones que iban desde su carácter corporativo (por medio de la omnipotente LEAR) a la cínica promesa de “terrenitos” con que compromete al gobierno a cambio de su solidaridad, hasta el hecho de que no había guías evidentes ni un movimiento literario de perfiles netos. Como evocará Huerta años más tarde, “en aquellos momentos no había propiamente un maestro de ceremonias o un animador con la fuerza de convencimiento necesaria para conducir el programa poético con un orden”.⁴⁰ Ese liderazgo sería hallado por Huerta en Federico García Lorca, cuyo *Romancero gitano* es visto por él como “un animador” que, en lo poético, complementa a otros “animadores” de peso ideológico, como Alberti, Louis Aragon o Neruda.

Huerta y sus camaradas echan de menos un liderazgo moral en las generaciones anteriores, en las que no encuentran un guía a la altura de la emergencia en que sienten estar viviendo. Entre la disolución de las vanguardias y las imprecisas transiciones generacionales, aceleradas por la muerte temprana de López Velarde y los ajustes, exilios y deméritos que produjo la revolución, el escenario nacional carece de personalidades sólidas y confiables que abren el camino a ideólogos como José Mancisidor. ¿Y en poesía? El viejo Enrique González Martínez sigue siendo el decano, pero su estilo introspectivo y pudoroso lo paraliza en un carácter de prematuro monumento patrio. José Juan Tablada está en desgracia ideológica en Nueva York y Alfonso Reyes en Brasil, funcionario del régimen, jamás contagia su pensamiento literario con el virus de la política.

En cambio, desde la perspectiva de la izquierda, los adversarios abundan. Las polémicas anteriores (la de 1925 sobre el “afeminamiento” de la literatura mexicana o la polémica sobre nacionalismo de 1932) renuevan, ahora con la hoz y el martillo, lo peor del antiintelectualismo posterior a la revolución en sus facetas nacionalistas o derechistas. La LEAR, convertida en agencia distribuidora de certificados de solvencia política, se entregará con denuedo a su administración. Vicente Lombardo Toledano, David Alfaro Siqueiros y José Mancisidor, intermediarios semioficiales entre las corporaciones de “intelectuales” y la agencia de propaganda del gobierno, no tardan en instaurar una atmósfera inquisitorial. En el discurso inaugural del Congreso de Intelectuales y Artistas que organiza la LEAR en enero de 1937, Mancisidor aportaría los principios esenciales de la nueva alianza con el gobierno al proponer que los intelectuales y artistas debían “buscar sus motivos creadores en la lucha de clases... que a través de Carlos Marx ha encontrado su camino... que entiende que el presente es sólo un enlace del pasado al porvenir”.⁴¹ Acto seguido advierte que los oponentes a esa tarea, quienes no quieran unirse “contra las manifestaciones regresivas y contra las concepciones que quieren mantener al hombre en sus actuales limitaciones... habrán definido su postura reaccionaria y su inclinación fachistizante”.⁴²

La manera de lidiar con los *fachistizantes*, agregará Mancisidor sin mayor empacho, será la de Robespierre, quien supo en su momento “señalar la ruta a los escritores de su tiempo, aconsejándoles sumergirse en el alma del pueblo francés”.⁴³ Este inesperado *directoire* se instalará entonces en México. No sólo procuró guillotinar a cualquier cantidad de “reaccionarios” (prensa de derechas, liberales, católicos), sino también a cualquier escritor o artista que no se inscribiera en las filas learistas. Urgidos de un adversario contra el cual recortar el perfil de sus propias aspiraciones, a la LEAR le vino al dedillo lo mismo el tambaleo ideológico de Diego Rivera con su Frida, que (como siempre) el grupo de los Contemporáneos, esa cabeza de turco.

Visión o rebelión

Huerta no sólo apoyó esta nueva violencia contra los Contemporáneos, sino que —hay que reconocerlo— la practicó con un entusiasmo sólo equivalente al de su posterior arrepentimiento.⁴⁴ Su desprecio a los poetas no comprometidos podía representar, en la forma, una postura en el diálogo crítico de la hora (que además garantizaba un éxito fácil, pues desde 1932 los Contemporáneos han optado por no responder a los ataques), pero el grado de ensañamiento que aparece en algunos textos aquí recogidos incluía elementos abiertamente intimidatorios. Huerta denunciaba en esos poetas, en efecto, los mismos “errores” que vio unos años antes en los católicos: “Se ocultan con artificio de entretenedores estetas... y cuando se les llama, descaran su sordera de patriarcas envilecidos

por la inacción”;⁴⁵ su preferencia sexual (“homosexuales convertidos —invertidos— en dictadorzuelos de la literatura”)⁴⁶ o su estética “elegante”. Llegó al grado de acusarlos incluso de “toxicomanía”, algo que tenía un relente ya no inquisitorial, sino hasta policiaco. Los ataques de los nacionalistas a los Contemporáneos en 1932 se quedaban cortos ante los de Huerta:

...poetas a quienes podrían secárseles los sesos, como a los pajaritos, de tanto dedicarse al canto nocturno. Luego andarían volando, en círculo, sobre la ciudad, o adentro de su casa dorada o marfilina, atenaceados por la melancolía y cercados por un invisible hálito de impotencia. Pobrecillos poetas, pedazos de brisa, flores crepusculares, campanitas desafinadas, zenzontles palúdicos, peces tristes y lánguidos.⁴⁷

...entenados de Apolo, dignos de mejor suerte, poetas, escultores del sollozo y de la melancolía, pintores de la desesperación y del tedio, odiados como entes de otros planetas, desatendidos y despreciados como si fueran alimañas vulgares.⁴⁸

...los antipoéticos —nutrida fauna, vergüenza de todos los rumbos— jamás comprenderán que [la poesía] es necia, obtusa; está dentro de lo bestial, que no de lo primitivo... Para ellos sólo tiene existencia su propio medio tono de mediocridad. Son hermanos siameses de los malos poetas —recordad, nos ha dicho Eduardo de Ontañón, que fueron los malos poetas quienes asesinaron a Federico García Lorca—, de los rimadores de picardías, de los soneteros sin fortuna y de los plagiarios inveterados...⁴⁹

Cancelados los Contemporáneos, los únicos poetas no propagandistas que tienen para Huerta, además de prestigio, un currículum ideológico más o menos respetable son Carlos Pellicer y Luis Cardoza y Aragón. En el caso del primero, su militancia vasconcelista y el amago de fusilamiento que padeció por ella, su latinoamericanismo solidario contra los dictadores sureños y su abierto antifascismo, le perdonan la veleidad de su homosexualidad discreta y su catolicismo (que, por otro lado, nunca expresó simpatía por el movimiento cristero, ni indignación contra el gobierno que lo aplastaba). Cardoza, por su parte, tiene hasta 1936 una trayectoria adecuada de poeta izquierdista que los jóvenes celebran y respetan hasta su caída en desgracia ideológica como “desviacionista de izquierda” ese mismo año. Para los jóvenes, como escribe Paz, en Cardoza “se reunían al fin las dos mitades que a Efraín Huerta y a mí nos parecían fatalmente irreconciliables y, al mismo tiempo, inseparables: la visión y la subversión, la rebelión y la revelación”.⁵⁰

Pero Huerta, demasiado atareado con la “rebelión”, no tarda en resistirse a ingresar por la puerta de la “visión”. La simpatía de su amigo Cardoza por el surrealismo visionario, que Huerta comparte hasta cierto punto, y sólo en lo poético, habrá de entrar en conflicto con su culto a la subversión. Cuando Breton cae en desgracia ideológica en

1935 durante el *Congrès pour la Défense de la Culture* (o “de la Mutualité”, por su sede parisina), Huerta vivirá aún más profundamente el conflicto.

El “*affaire Breton*” fue uno de los episodios cenitales del conflicto sobre la conciencia del escritor en la década, junto al ya mencionado “*affaire Gide*”. Breton se había incomodado desde 1932 por el hecho de que ingresar a la *Association des Écrivains et Artistes Révolutionnaires* (AEAR) supusiese una correlativa subordinación a las líneas del PC francés (lo que no sucede en México, o al menos no tan obviamente, con la LEAR —más de “frente popular”— en su relación con el PCM). Durante el *Congrès*, Breton, que se empeña en discutir el encarcelamiento en la URSS de Victor Serge y de sostener que la libertad de expresión es obligación inalienable de los escritores —sobre todo entre *soviets*—, había desatado serios conflictos. Ilya Ehrenburg había movilizado a los radicales franceses, sobre todo a Aragon y a Henri Barbusse, en contra del surrealista. Breton denuncia a Stalin como un “dictador”. René Crevel se suicida, al inicio de las sesiones, horrorizado por el conflicto. Gide y Malraux defienden el derecho de Breton a pronunciarse ante el pleno y los soviéticos y el PCF se ven obligados a aceptar siempre y cuando no sea él quien lea la ponencia. Paul Éluard hace la lectura: Breton denuncia la prisión de Serge, ataca el pacto de ayuda mutua firmado entre la URSS y Francia y rechaza que el estado de emergencia exija de toda literatura asumir funciones de propaganda. Sólo la total libertad de expresión es revolucionaria y, por lo mismo, de oposición. Breton terminaba, por boca de Éluard, con su célebre síntesis: “*Transformar el mundo*, dijo Marx; *cambiar la vida*, dijo Rimbaud: estas dos exhortaciones, para nosotros, son una sola”.⁵¹

Al día siguiente, un furioso Aragon contesta que la única ruta es el “realismo-socialista” y sostiene la curiosa tesis de que la libertad de expresión conduce inexorablemente al fascismo. Poco más tarde, Breton rompería definitivamente con el PCF. La consigna “defender la cultura” le pareció atentatoria contra una libertad de expresión que los surrealistas seguirán usando, entre otras cosas, para

condenar al actual régimen que domina la Rusia soviética, y a su todopoderoso jefe, bajo cuya tutela ese régimen se convierte en la negación misma de lo que debería ser y de lo que ha sido. A ese régimen, a ese jefe, no podemos sino expresarles formalmente nuestra desconfianza.⁵²

Comento en detalle esta historia para entender su traslado a la posición del PCM y de la LEAR (y por tanto, de Huerta) ante algunos temas que aparecerán en las crónicas: el súbito desprecio al surrealismo, sus problemas con Cardoza —que de hecho jugaba en México en ese momento, guardando las proporciones, un papel similar al de Breton en Francia—, el combate contra Gide y sus “seguidores” y, de manera más amplia, sus posturas sobre la responsabilidad del escritor “comprometido” en México. Las dificultades con Cardoza actualizaban el debate, y el conflicto entre visión y subversión sacudía

la deseada unidad de los poetas jóvenes frente a la situación de emergencia. Paz y Cardoza buscaban llegar a la subversión por medio de la visión; Huerta invertía el orden de los factores. Se reproducían así las diferencias entre Breton y Gide ante la línea dura de Aragón y Barbusse. Huerta, claro, se alinea en la falange mexicana que se identifica con los últimos, descartando cualquier duda sobre la infalibilidad del partido. Huerta no tarda en cambiar a su amigo el visionario Luis Cardoza y Aragón por su casi homónimo, el rebelde Louis Aragon.

A pesar de su amistad, cuando Cardoza comenzó a enfrentarse, valientemente, con la LEAR, y a publicar sus ensayos sobre el muralismo o el surrealismo, se convirtió velozmente en su adversario. Creo que Huerta no dejó de lamentarlo, aunque comulgaba con la opinión de los *komisars* de la LEAR en el sentido de que el guatemalteco se había desviado y merecía la acusación de “poeta exquisito” que le lanzó Juan de la Cabada en público, para regocijo de los congresistas, cuyo subsecuente abucheo le impidió al poeta dar lectura a su ponencia.⁵³ En sus memorias, Cardoza recuerda cómo Paz, Huerta y José Revueltas “observaban tensos” el juicio sumario al que se le sometía y, después, el que sufrió también Jorge Cuesta, quien se atrevió a pedir al pleno un mensaje de solidaridad para Gide, cuya libertad de expresión se veía amenazada por los ataques a su *Rétour de l'URSS*. La provocación funcionó, Cuesta también fue abuchado y su propia libertad de expresión le fue sumariamente retirada por Mancisidor y sus huestes.

No dudo que Huerta haya estado “tenso”. Cardoza era su amigo, un poeta admirado y hasta compañero de labores en *El Nacional*. Pero nada de eso exculpaba su simpatía por los surrealistas ni lo libraba del marchamo de “trostkismo” que ya le asestaban en los mentideros. En su crónica del congreso, Huerta se abstuvo de comentar el maltrato a Cardoza y prefirió apuntar sus baterías hacia Cuesta, a quien despachó con una sentencia lapidaria de Waldo Frank: “A los fascistas y a los amigos y apologistas del fascismo sólo se les puede dar un nombre, que es el de degenerados”.⁵⁴ Para 1937, en la terminología de la LEAR, los “degenerados” son los surrealistas y los “neo-gide-trostkianos”. Urgido por la coyuntura del momento, Huerta había subordinado su libertad a las consignas del partido y a las posturas de la LEAR. El periodista subversivo postergaba al poeta visionario.

La querella entre *visión* y *rebelión* que aflora entre las posición de Huerta y la de Paz y Cardoza, el deseo de hacer una poesía que conciliase erotismo y revolución, incluye también la veta obligada —tan discutida en Francia y en España— sobre cómo el estado de emergencia obligaba a la poesía a la *acción*. La preeminencia que Paz otorga a la *visión* no tarda en crear también problemas con su compañero. Su resistencia y la de otros poetas de *Taller* a acatar la ortodoxia que derivaba de un “compromiso” tal como lo exigía la LEAR, y su decisión de rechazar el lastre “realista socialista”, así como su negativa a ingresar como militantes a los colectivos, habrá de culminar con un episodio que ejemplifica estas discordias.

Sucede poco antes del ya mencionado Congreso de Intelectuales y Artistas que organiza la LEAR en enero de 1937 (que imitaba los congresos de intelectuales antifascistas de Francia y Estados Unidos).⁵⁶ El gobierno presta el palacio de Bellas Artes para llevar a cabo las reuniones y conferencias que presiden Mancisidor, Martín Luis Guzmán, Genaro Estrada y Jesús Silva Herzog; se nombra “un presidium de honor” en el que figuran desde Albert Einstein hasta Thomas Mann y Rómulo Gallegos;⁵⁷ se invita a escritores importantes de España (Antonio Machado, Gómez de la Serna, Juan Ramón Jiménez y Menéndez Pidal que nunca llegan, a diferencia de José Moreno Villa, que sí lo hace y para quedarse) y de todas las Américas (el imprescindible Waldo Frank o los cubanos Juan Marinello y Nicolás Guillén). Sus jefes en el PC, Julio de la Fuente —secretario general— y Mancisidor, encargan a Huerta divulgar los objetivos del congreso en la prensa, cosa que cumple:

Tiene grandes propósitos dignos de la atención de toda la juventud intelectual honrada de México. Porque no queremos que ningún hombre o mujer con preocupaciones artísticas científicas o espirituales se desatienda del momento grave y trágico porque atraviesan las naciones del mundo, principalmente aquellas en las cuales el régimen fascista aplasta toda clase de libertades.⁵⁸

Pero Huerta ha recibido, además, otra misión: convencer a Paz y a los demás poetas jóvenes de que participen con una “ponencia colectiva”, procedimiento habitual para incorporar muchachos a los congresos. Los términos de la convocatoria señalaban una radicalización de las posturas que no atrae a los poetas jóvenes mexicanos (como la línea de “combatir todas las manifestaciones artísticas y literarias que impliquen una regresión en el pensamiento y en la concepción social de las masas y los individuos”) y se resisten a aceptar lo que de ahí se infería: que la única ruta no regresiva era la del “realismo-socialismo”. Pero Huerta confía en que habrá de lograr la participación del grupo de poetas jóvenes y llega a darlo como un hecho:

Se han comprometido a colaborar en el Congreso preparando una ponencia especial sobre poesía. Así lo han prometido y lo cumplirán. El problema de la poesía en general, la situación de los poetas jóvenes, las perspectivas maravillosas que se vislumbran, el gallardo ejemplo de los poetas españoles en la lucha contra el militarismo sangriento, etcétera, serán puntos a tocar en la ponencia que promete ser brillante, pues para elaborarla se han unido Octavio Paz, Octavio Novaro, Rafael Solana, Alberto Quintero Álvarez, Vicente Magdaleno y otros, llenos del entusiasmo juvenil y poético animador de toda inquietud auténtica.⁵⁹

Paz y sus amigos perseveraron en su negativa y Huerta así tuvo que reconocerlo poco después: “causa pena confesarlo, pero no hubo forma de convencer al mejor grupo de

poetas jóvenes”, pide perdón a Mancisidor y a De la Fuente y echa la culpa de su fracaso a los Contemporáneos que se atarean por llevarse a Paz a su bando (“ya sabemos cómo se las gastan aquellos que durante largo periodo fungieron a la manera dictatorial sobre el campo literario de México”).⁶⁰ Se adivina que Paz —que insiste en que es poeta, no político— se molestó con su amigo por su supuesto reclutamiento y aceptación a participar, ya que Huerta se disculpa subrepticamente un poco después:

Los comunistas no nos hemos aprovechado maliciosamente para decir que Paz es de nuestro Partido. Nosotros no intentamos que sea político. Es —¿qué más podríamos exigir?— un gran poeta que ha aceptado desde hace mucho tiempo los puntos más importantes, los fundamentales de nuestra lucha. Está contra el movimiento fascista y contra su consecuencia: la guerra. No es un simpatizante común y corriente, puesto que ha dejado de pertenecer a las élites del fastidio y la pedantería.⁶¹

Mancisidor, operario visible del gobierno durante el congreso, habrá de reiterar en su discurso de clausura que el único motivo legítimo de creación artística y literaria es “la lucha de clases que a través de Carlos Marx ha encontrado su camino, uno que entiende que el presente sólo es un enlace del pasado al porvenir”.⁶² Huerta acató la consigna; Paz acabaría de distanciarse de ella a su regreso de la España en guerra civil.

Otros temas

A pesar de redactarse en una época profunda y esencialmente señalada por la pasión política, el periodismo juvenil de Huerta no se limitó a esas cuestiones. Parejos a esa pasión, adecuados a la curiosidad de un joven poeta que vive una época ardua con laudable intensidad, abundan muchos otros temas en su agitado periodismo: el cine, el amor laborioso, los viajes, las atmósferas de las calles de la ciudad amada y aborrecida. Y, de manera esencial, la poesía. Pues es pertinente no olvidar que estas crónicas fueron escritas por un joven poeta y que, por tanto, todo lo escrito incide en su poesía, o la refleja. No es infrecuente que algunas de las crónicas registren temas, y hasta versos o imágenes que aparecen también en poemas que, quizás, redactaba al mismo tiempo, o bien comenzaban a vibrar en su imaginación en espera del momento de ser redactados. Muchas veces, también, son versiones en prosa de sus afanes por inventariar sus gustos y explorar su naturaleza, por esbozar los movimientos interiores de su alma. Se trata de sabrosos paseos por el deleite y la dicha de vivir y leer. En este sentido, el material aquí recopilado no es sólo una reflexión relevante sobre la vida en México en tiempos de Cárdenas, sino también una guía activa para ingresar al espíritu del poeta y hasta al taller de su profundo oficio.

El estilo de Huerta posee además, en las crónicas alejadas del hervor político, una voluntad de escritura que ansía en no pocas ocasiones alzarse en vuelo poético. Es un tono que contiene elementos tradicionales de la crónica literaria del México reciente, a su vez aprendida de Baudelaire y trasladada al país por la *Revista Moderna*, influencia que llega a su apogeo en las crónicas periodísticas de López Velarde, maestro de Huerta a la hora de narrar la experiencia de la ciudad en prosa:

El invierno es la estación del siglo, del siglo huesoso, heridor, áspero. Es la estación en que las cactáceas deben sentirse halagadas. Es la estación creadora de cierta constancia espinosa, redonda, erizada, aguda, casi brutal. Los días del invierno son desolados, con una desolación que parece estar patrocinada por las toses de los transeúntes y los zapatos abandonados a la orilla de las banquetas; son días con hipócrita bandera blanca, apenas flameante, altiva e insolente como el gesto que ponen los empleados de farmacia cuando les interrogamos sobre el precio de las inyecciones preventivas del fastidio.⁶³

Ávido de su país, Huerta levanta también crónicas de sus viajes al interior del país (Yucatán, Michoacán, Tamaulipas, Guanajuato), seguramente redactadas durante el cumplimiento de tareas políticas. La convicción de que no hay actividad que desmerezca parece regir sus propósitos; de este modo puede atarearse narrando una tarde dedicada a los deportes, o aportando la historia de sus amigos de la generación de *Taller*, o narrando la intimidad de su vida amorosa, o haciendo público una suerte de diario de lecturas, sobre todo de poesía: Pellicer, Raúl González Tuñón —otro de sus modelos—, o una serie dedicada a los poetas exiliados españoles, tan importante como otra en la que cuajó su buena idea de comentar sus poemas preferidos.

Su violencia deja aflorar otras virtudes, en especial su filosa ironía, como en la serie que protagonizan dos personajes emblemáticos, Blasfemo y Masiosare —versión del cura y el boticario de López Velarde—, cuyas charlas y rencillas ilustran y caricaturizan las posturas ideológicas de la hora; o bien los chistes privados, caricaturas de personajes estereotípicos del medio intelectual o político, o sus ejercicios de misoginia (entre broma y broma...). En ocasiones, más el reportero que el cronista, escribe sobre hechos de actualidad, como la muerte en el Potomac del legendario aviador Pancho Sarabia. Y su pasión por el cine, que lo lleva a discursar sobre la frivolidad de Greta Garbo o la ideología oculta en las caricaturas de Walt Disney, y a venerar con puntual ortodoxia al cine soviético (“en la URSS se hace el mejor cine del mundo”).

Esta ladera de su periodismo se incrementa en la medida en que las ilusiones políticas de 1937 se atenúan a partir de 1939, cuando el entusiasmo socialista se desbarata en las confusas postrimerías del régimen de Cárdenas. La república española ha sido derrotada, las democracias europeas tiemblan rumbo al matadero, Cárdenas ha elegido como su sucesor a un general inclinado a la derecha. Las crónicas de Huerta acusan

este desconcierto, gemelo al de su partido, que no tardará en desbaratarse durante el gobierno de Ávila Camacho. Huerta será expulsado del PCM en un momento asombroso del deterioro cuando —algo inusitado hasta en la URSS— ¡hasta los encargados de las purgas se autopurgan! La única ilusión restante es que la URSS gane la guerra y reinicie el proyecto revolucionario al que, en teoría, deberá sumarse el proletariado de la Europa liberada.

Las ilusiones que incubó Cárdenas, más que perdidas, eran arrasadas por el pragmatismo que impone la economía de guerra, el petróleo y la vecindad con los Estados Unidos, pero también por la aparatosa frivolidad y la inaudita corrupción que en México desatan la mentira y la gesticulación institucionalizadas. La revolución, detenida a medio camino desde 1917, se acababa en un esperpéntico “sálvese quien pueda” luego del quimérico interludio cardenista. ¿En qué medida esa institucionalización de la mentira como método arraigó en esa otra mentira —de signo contrario, pero igualmente delirante—, en esa otra gesticulación que durante el sexenio de Cárdenas (y no sólo en los ámbitos artísticos y literarios) elaboró un socialismo de mampostería? Había perdido el proyecto socialista, pero no poco de su retórica, de su existencia meramente virtual, abonaba el suelo de la esquizofrenia que México viviría a fuerza de institucionalizar la revolución. El giro hacia la derecha aprovechó en su favor la maquinaria corporativa, los liderazgos sindicales a perpetuidad, la retórica, los discursos sociales imaginarios, la perpetua inminencia del futuro promisorio, para entregarlos a los nuevos depredadores, los generales corruptos, los maximinos, la casta de *robber barons* nacionales y extranjeros cuyas *soirées* contaba Salvador Novo. En la retórica oficial, *internacional* vuelve a ser sustituido por *nacional*; *lucha de clases* por *unidad social*, *proletario* por *clase en ascenso* y, en suma, *socialismo* por *ideología exótica*. En un registro más subterráneo, mientras el PRI se pare a sí mismo y la izquierda se colapsa en su propia mentira oportunista, se preserva la fantasía de que el cuerpo de Lázaro habrá de resucitar un día y de que, mientras tanto, se sufrirá la nostalgia de un paraíso que no ocurrió.

Mientras llega el final de la guerra, Huerta parece inevitablemente condenado a regresar a una intimidad de poeta que, meses atrás, denunciaba como elitismo y pedantería. Terminado el sexenio rojo, Huerta carece de otra alternativa que una introspección que se percibe en las últimas crónicas de este volumen. Había ingresado a la verdadera mayoría de edad y sus ilusiones se tambaleaban. El juvenil “imperio de la Plaza Garibaldi” se deshacía en los periódicos serviles y en agrupaciones ceremoniales como la Liga Anti-imperialista o la Sociedad de Amigos de la URSS. En sus crónicas, Huerta se abstiene de analizar su desamparo ideológico. Su fe ciega en la aurora roja se fortalece en la medida del colapso de su alternativa mexicana y vive los años de la guerra escribiendo para *El Popular*, en la militancia en el PCM hasta su expulsión en 1943, o redactando poemas en favor del ejército rojo. Cuando termina la pesadilla nazi, su fervor resucita en su “Canto a la paz soviética” (1947):

Ciudades luminosas donde Lenin alienta.
 ¡País de la victoria, de la paz victoriosa!
 ¡Luz del Estadio Dínamo y de la Plaza Roja!
 ¡Joven país antiguo, virtuoso y venerado!
 Construir, reconstruir la vida a fuerza de vivirla.
 Ésta es la consigna. La más bella consigna.
 En el país soviético se marcha paso a paso:
 Mil Novecientos Cinco... Mil Novecientos Diecisiete...
 Y treinta años más tarde, un eléctrico canto
 se extiende por el mundo.

Ese “eléctrico canto” reviviría ya sólo circunstancialmente, en años subsecuentes, ante el nuevo adversario del imperialismo *yankee* (que inspira a Huerta su poema “¡Perros, mil veces perros!”), o bien en favor de la causa latinoamericanista o de los movimientos sociales y sindicales que en México luchaban por sacudirse el yugo de la manipulación gubernamental.

Abrazó definitivamente el periodismo como profesión y se convirtió en colaborador de cualquier cantidad de periódicos y revistas, ejerciendo todos los géneros posibles. Continuó trabajando en favor de la causa soviética durante la guerra fría y realizó después algunos viajes al Bloque del Este, al que nunca dejó de considerar anticipo del paraíso en la Tierra, a pesar de las crecientes evidencias en contrario. Un paraíso que revivía vicariamente en su versión privada, a veces, cuando la potencia de esos sueños ilumina algunos majestuosos poemas de amor (como “Apólogo y meridiano del amante”), o aquellos de profunda reflexión moral (como “El Tajín”), los ingeniosos “Poemínimos” y los amargos destilados postreros que, con una sonrisilla amarga, trazaban el mapa de ese perdurable amor civil, como en las primeras estrofas de “Amor, patria mía” o el fascinante, estremecedor epitafio que se dedica:

Los ciclos finales de su larga vida
 se los pasó causando lástimas
 en las antecámaras de los cardiólogos y otorrinos.
 Olía a hospital de mala muerte
 y a veces a persona mal educada
 a poeta despaciosamente exterminado.
 Su mujer y sus hijos lo cobijaron
 como a una gallina mojada
 o al último cisne con el cuello torcido.

Murió el 3 de febrero de 1982 en su Ciudad de México.

- 1 *The Dark Valley*, Londres, Pimlico, 2001.
- 2 “Primeros años (memorias)”, *La brújula en el bolsillo*, 6, febrero de 1983, pp. 25-28.
- 3 “Inventario: Efraín Huerta en la línea del alma”, *Proceso*, 275, 8 de febrero de 1982, p. 49.
- 4 Mónica Mansour, *Efraín Huerta: Absoluto amor*, México, Gobierno de Guanajuato, 1984, p. 4 (en adelante, *EHAA*).
- 5 “Efraín Huerta: 63 años de vivir con furia”, entrevista de Elvira García, *Proceso*, 26, 30 de abril de 1977, p. 73.
- 6 “Elusiones y asperezas”, entrevista anónima, en *Su otro yo*, 2, febrero de 1982, p. 5.
- 7 He trazado ya el perfil de esa generación en el capítulo “Los guerrilleros de la poesía” de mi libro *Poeta con paisaje* (México, ERA, 2004) sobre la juventud de Octavio Paz.
- 8 “Efraín Huerta, poeta, militante”. Entrevista de Beatriz Reyes Nevares, *Siempre!*, 1300, 24 de mayo de 1978.
- 9 *Aquellas conferencias, aquellas charlas*, prólogo de Mónica Mansour, Textos de Humanidades 35, UNAM, México, 1983, p. 28.
- 10 *EHAA*, p. 27.
- 11 Dice en “Revueltas: sus mitologías” (1976) en *Poesía completa*, compilación de Martí Soler, prólogo de David Huerta, Colección Letras mexicanas, México, FCE, 1988, p. 389 (en adelante *PCEH*).
- 12 *Aquellas...*, p. 28.
- 13 Elvira García, p. 73.
- 14 “La estrella”, *PCEH*, p. 17.
- 15 “La invitada”, *PCEH*, p. 21.
- 16 Reyes Nevares.
- 17 “El año poético”, *Diario del Sureste*, 1 de enero de 1936, p. 3.
- 18 *PCEH*, p. 95.
- 19 “Seis vistas de la poesía mexicana”, *Obras completas* de Octavio Paz, vol. 4, *Generaciones y semblanzas*, México, FCE, 1994, p. 125.
- 20 Reyes Nevares.
- 21 En “Efraín Huerta”, *Generaciones y semblanzas*, p. 287.
- 22 Ídem
- 23 “Precursora del alba”, *PCEH*, p. 93.
- 24 *Aquellas...*, pp. 37-38. Años más tarde, Huerta recordará que, durante el movimiento estudiantil francés de 1968, que Aragon condenaba, los estudiantes hicieron reimpresiones de *La toma del poder* “y se lo restregaron en la cara” (Ídem, p. 15).
- 25 “La juventud de la poesía mexicana”, *El Nacional*, 4 de febrero de 1937, p. 3.
- 26 “La hora de Octavio Paz”, en *Aquellas...*, p. 30.
- 27 “Antevíspera, Taller”, *Obras completas*, vol. 4, *Generaciones y semblanzas*, p. 96.
- 28 *PCEH*, p. 267.
- 29 Huerta dedica un poema a “La muchacha ebria” en *Los hombres del alba* (*PCEH*, p. 111). Conmovedor, intenso retrato de una muchacha que sobrevive entre las cantinas nocturnas, que una noche
me entregara su corazón derretido,
[...]
sus torpes arrebatos de ternura,
su boca que sabía a taza mordida por diente de
borrachos,
su pecho suave como una mejilla con fiebre,
y sus brazos y piernas con tatuajes,
y su naciente tuberculosis,
y su dormido sexo de orquídea martirizada.
- 30 Paz había publicado un libro con este título en 1942.
- 31 *PCEH*, p. 362.
- 32 *Aquellas...*, p. 28.
- 33 “Tramontar”, fechado en 1938, aparecido en *Taller*, 4, julio de 1939.
- 34 Utilizo el término bolchevismo en su sentido original de “mayoría” (*bolchinstvo*): la formación de organizaciones (partidos, sindicatos, ligas) que representan a “las masas” y, a la vez, las dirigen hacia la consecución de sus objetivos políticos y sociales en el marco de una relación clientelar con el Estado (cfr. “Retórica, ficción y espejismo: tres imágenes de un México bolchevique” de Beatriz Urías Horcaditas, *Estudios de historia y sociedad*, 101, Zamora, El Colegio de Michoacán, primavera del 2005).

- 35 La LEAR era versión mexicana desde 1933 de la *Association des Écrivains et Artistes Révolutionnaires* (AEAR) —frente popular, no comunista— fundada por André Gide, Henri Barbusse y André Malraux.
- 36 Rodolfo Jiménez Barrios, “El Congreso de la Confederación Nacional de Estudiantes”, *Diario del Sureste*, Mérida, 19 de septiembre de 1936.
- 37 Victoria Lerner, *La educación socialista 1934-1940*, tomo xvii de la *Historia de la Revolución mexicana*. México: El Colegio de México, 1979, p. 24.
- 38 Revista *Todo*, agosto de 1934.
- 39 “Descubrimiento de Yucatán”, *Diario del Sureste*, 19 de septiembre de 1936, p. 3.
- 40 *Aquellas...*, pp. 38-39
- 41 “El escritor frente a la vida” de José Mancisidor, *El Nacional*, 3 de febrero de 1937, p. 3. Se trata del discurso de clausura del mismo congreso.
- 42 “Lo que debe ser el Congreso de Escritores y Artistas de México”, *Frente a Frente* (órgano de la LEAR), 7, enero de 1937, p. 2.
- 43 Mancisidor, ídem.
- 44 En entrevista con Luis Terán (*El Gallo Ilustrado*, 350, 9 de marzo de 1969, pp. 2-3) lamenta “mis juveniles y despiadados ataques contra ellos”. Dice ahí que su posterior amistad con Villaurrutia duró siempre, y que cada 25 de diciembre, aniversario de su muerte, le llevaba flores a su tumba.
- 45 “Este caos que vivimos”, *Diario del Sureste*, 2 de enero de 1937, 2ª sección, p. 3.
- 46 “La fe social de los artistas y escritores”, en *Diario del Sureste*, 31 de octubre de 1936, 2ª sección, p. 3.
- 47 “Elegía a ciertos poetas vivos”, *El Nacional*, 15 de marzo de 1938, 2ª sección, pp. 1 y 4.
- 48 “Los grandes poemas: ‘Caballero solo’”, *El Nacional*, 19 de mayo de 1939, 1ª sección, pp. 4 y 8.
- 49 “Españoles en México: Juan Gil-Albert”, *El Nacional*, 14 de julio de 1939, 1ª sección, p. 4.
- 50 “Seis vistas de la poesía mexicana: Contemporáneos”, en *Obras completas* vol. 4, *Generaciones y semblanzas*, p. 82.
- 51 “Discours au Congrès des écrivains”, *Manifestes du Surréalisme*. Paris: Jean-Jacques Pauvert, editor, 1962, p. 285.
- 52 “Du temps que les surréalistes avaient raison”, íbid, p. 301.
- 53 Cardoza narra su “auto da fe” en sus memorias, *El río, novelas de caballería*, México, FCE, 1986, p. 582 y ss.
- 54 Crónica número 19 de esta edición.
- 55 *Frente a Frente*, 8 de marzo de 1937, p. 26.
- 56 El congreso mexicano copiaba la retórica y las premisas del *Congrès pour la Défense de la Culture* que preside Malraux en 1935 en París y los dos congresos norteamericanos de 1936, el de “American Writers” y el de “American Artists” (al que acude una delegación mexicana con Tamayo, Siqueiros y Orozco). He narrado la historia del congreso mexicano en el capítulo “El camarada Paz endereza el mundo” en mi ya citado libro *Poeta con paisaje*.
- 57 Los nombres y firmas eran administrados por organizaciones manipuladas por la *agitprop* soviética, por medio de organizaciones antifascistas europeas controladas y financiadas por el famoso operador Willi Munsenberg.
- 58 Crónica número 15 en este volumen.
- 59 Ídem
- 60 Crónica número 20 en este volumen.
- 61 Ídem
- 62 Discurso de clausura, “El escritor frente a la vida”, *El Nacional*, 3 de febrero de 1937.
- 63 Crónica número 47 en este volumen.

Nota sobre la edición

Este libro no recoge, desde luego, todo el periodismo de Huerta en el periodo. Nos limitamos a realizar una selección de cien editoriales/crónicas que nos parecieron las más pertinentes para nuestros objetivos: colaborar a una mejor comprensión del trato entre las letras y la política durante esos años aún nebulosos; aportar nuevas coordenadas para el estudio de Efraín Huerta; calcular con mayor precisión la forma en que, durante un periodo crucial del país, se ensayaron hablas, tópicos, estilos, pasiones.

Una tarea complementaria consistiría en recoger las colaboraciones de Huerta en el periódico *El Popular* durante la guerra, de 1940 a 1942, así como editar críticamente material periodístico que firmaba con seudónimo o con sus iniciales. Quizá lo más interesante sería una selección de las “Columnas del Periquillo”, que redactaba al alimón con Antonio Magaña Esquivel y otros para las páginas culturales del diario *El Nacional*: una suerte de crónica semanal, ácida y chismosa, de la vida culta de México durante la segunda guerra. (Aunque Huerta es el principal redactor, a lo largo de los años alimentaron al *Periquillo* Antonio Acebedo Escobedo, Raúl Ortiz Ávila, Juan Rejano, Héctor Pérez Martínez, Cardoza y Aragón y Cortés Tamayo.¹ Habían llegado los exiliados de España; muchos poetas y escritores latinoamericanos o se refugiaban en el país o lo encontraban más habitable que los propios, lo mismo que algunos europeos; la ciudad es un escenario a pequeña escala de las pugnas internacionales y está llena de espías, apátridas y agentes de todas las persuasiones ideológicas. La vasta población de escritores y artistas que viven, complotan, urden y tramam libros o cuadros, complots políticos o proyectos culturales, individualmente o en grupo, durante ese periodo, ofrecía material abundante de burla y trifulca que el “Periquillo” glosaba con pluma cínica y divertida.

Por lo pronto, hemos procurado enriquecer el panorama de un momento apasionante de la historia de México que, a nuestro entender, requiere de más y variadas ópticas. Las notas al final de cada apartado, con las que deseamos contextualizar las opiniones

¹ Cfr. Efraín Huerta, “Primeros años (memorias)”, *La brújula en el bolsillo*, 6, febrero de 1983, pp. 25-28.

de Huerta, remitir a otros asuntos públicos o a su obra poética, quieren acompañar al lector en una apreciación cabal tanto del poeta como del momento histórico. Deseamos que lo hagan de manera discreta y eficiente.

Agradecimientos

Agradezco la ayuda y la amistad de mis queridas amigas y colaboradoras Maribel Torre de Suárez y Maribel de la Fuente, y de mi amigo y colaborador Gustavo Jiménez Aguirre, pacientes investigadores en la hemeroteca y en la búsqueda de información para la anotación del material. Agradezco también a Eliff Lara, joven candidato a investigador de la UNAM, su lectura del material, sus observaciones y la búsqueda de información para redactar algunas notas.

Lamento que este libro, por decisión de David Huerta, hijo del poeta, limite su destino a las bibliotecas. No me parece mal: en nuestro país, hoy, las bibliotecas son uno de los escasos sitios respetables que restan. Quizás yo hubiera preferido que el libro saliera a la calle en pos de los lectores que merece, de los lectores que, quizás, merezcan decidir por sí mismos si tiene valor, si estas crónicas juveniles ayudan a leer mejor al Efraín Huerta poeta, si iluminan modos de ser, pensar y sentir una época determinante de la historia de México, la que ese muchacho vivió como se debía vivir: con una apasionada, auténtica, innegociable libertad.

Guillermo Sheridan
Centro de Estudios Literarios
Instituto de Investigaciones Filológicas
UNAM

I. Sobre el XIII Congreso Nacional de Estudiantes

Resoluciones fundamentales¹

Que se conozca por qué y para qué se hizo el XIII Congreso Nacional de Estudiantes, que se sepa cómo se llevaron a efecto los trabajos definitivos: las discusiones y debates sobre las cinco ponencias; y, al fin, que sean sabidas por el pueblo yucateco las resoluciones a que se llegaron, es lo que ahora nos mueve a presentar en forma concreta —a reserva de una edición definitiva de los acuerdos— los principales puntos que se aprobaron en los plenos del Congreso.²

De hecho, la organización estudiantil en la república estaba acéfala por el desconocimiento, por parte de varias federaciones, de los dirigentes clericales; la anarquía era una cosa palpable; la desbandada era inminente. Entonces, unificando su descontento y su futura línea de conducta, las diferentes federaciones ya independientes planearon la celebración de un congreso extraordinario en la ciudad de Mérida. El Congreso acaba de terminar. Se ha organizado la Confederación Nacional de Estudiantes por medio de un Congreso que primordialmente tuvo un aspecto inevitable de constituyente. Lo repetimos no por sistema, sino para que acaben de enterarse los que viven como sordos y ciegos a los problemas estudiantiles: la Confederación Nacional de Estudiantes acaba de organizarse en forma potente y vigorosa; acaba de iniciar una etapa. Y estamos seguros que ya en estos momentos las tareas han comenzado a cumplirse: aniquilar los últimos fragmentos de grupos católicos extremistas, terminar con la debilidad de los rezagados que siempre han adoptado una posición liberal, arrastrar a los gruesos núcleos de indiferentes, de emboscados, al verdadero movimiento de lucha por sus derechos como estudiantes, por sus derechos juveniles. Persuadirlos de la necesidad vital de unificarse. Cumpliendo tales tareas inmediatas podrá la Confederación Nacional de Estudiantes, poco más tarde, marchar como sobre ruedas haciendo efectivas las resoluciones que tomó en esta ciudad.

La composición, la estructura, el funcionamiento, serán esencialmente iguales a los de la antigua Confederación Nacional de Estudiantes, bien que con un sentido progresista desconocido hasta ahora, en cuanto a efectividad, por el estudiantado de la república.

Cuando se trató de la unificación estudiantil nacional fue aprobado el proyecto de integrar un frente único estudiantil mexicano antiimperialista y antifachista, como otro paso más para lograr la unidad del país. En cuanto al acercamiento estudiantil en América, la Confederación Nacional de Estudiantes luchará por que se realice poniendo en práctica todos los medios adecuados para que se efectúe un congreso de estudiantes centroamericanos, cuyas organizaciones serán adheridas a la Confederación Americana de Estudiantes Antiimperialistas que hace poco tiempo nació en la ciudad de Guadalajara.³

Ésta y otras interesantes mociones fueron elaboradas por los estudiantes centroamericanos, que conocen de las arbitrariedades de los tiranuelos como Ubico, Maximiliano Martínez,⁴ etcétera. Ya sabemos que en alguno de esos países existe un “delito social”, vago, indefinible, que permite al cacique que sea provocar las más feroces persecuciones contra aquellos —y son miles— que no tienen esclavizado el cerebro ni limitado el sentimiento de hombres.

En el XIII Congreso se habló de humanismo. Fueron puestos en ridículo los que abogan aún por un humanismo tipo siglo XIX, cristiano, conmisericordioso, y se declaró la lucha por un humanismo moderno, teniendo presente, sobre todo, esa maravillosa frase que asienta que todo movimiento proletario es un movimiento humanista. La encíclica *Rerum Novarum* ha pasado definitivamente al terreno de la anécdota.⁵

La educación no será confesional en nuestro país: la CNE reconoce que lo estipulado en el artículo 3º constitucional es tan sólo un paso adelante de la enseñanza laica. A este respecto, como en lo general puede verse, la Confederación Nacional de Estudiantes mantiene su carácter de organización independiente.

Una de las ponencias que más interés despertó entre los delegados fue la que trató sobre la Universidad. Realmente fue una exposición de gran contenido y valor, en la cual venía el siempre interesante tema que trata de la autonomía universitaria. La CNE pugnará por la conservación de la autonomía universitaria, estableciendo que la autonomía sólo se justifica como posición revolucionaria, como garantía que preserve a las universidades del despotismo y represalias de los regímenes imperantes en algunos países; como posición de avanzada.

Llegado el momento de tratar de la Revolución mexicana desde el punto de vista estudiantil, el pleno del Congreso aprobó por unanimidad sostener y apoyar, en los aspectos obrero y campesino principalmente, lo siguiente: participación de los obreros en las utilidades de las empresas, apoyar los movimientos de huelga y, en general, preservar a los trabajadores contra todas las ofensivas de los patrones. Apoyar la reforma agraria

y, ahí donde el régimen capitalista dé lugar, sostener por todos los medios posibles la colectivización de la tierra.

La quinta ponencia fue presentada brillantemente por los compañeros de países hermanos. Un trabajo sobre el imperialismo: seco, áspero, estadístico, aplaudido y ampliamente comentado por todos los congresistas y el pueblo que escuchaba —campesinos, obreros, soldados—, y que siguió el curso de los debates con gran interés y curiosidad. Se trataba nada menos que de un grupo de estudiantes, cerca de trescientos, que abordaban con inteligencia y cariño temas actuales, temas que vivimos y no asuntos de alta metafísica, inútil y cansada, en los que sí pueden entretenerse, ¡todavía!, en el otro extremo del país, unos cuantos jóvenes aristócratas, no digamos que desviados, sino simplemente estancados. Que ellos se engañen a sí mismos todo el tiempo que quieran; a la larga reconocerán que la razón estaba de parte de la juventud progresista.

Ahora bien, el XIII Congreso Nacional de Estudiantes ha tenido esta virtud indiscutible: ha logrado acercar a la masa estudiantil y juvenil de la península de Yucatán con la del centro y norte de la república. Acercamiento efectivo —y afectivo— que ya no podrá romperse. Y es que los problemas de la juventud no son sólo nacionales, sino internacionales. Ante engaños tan serios y tan hábiles como los del fascismo, la juventud reacciona en forma tremenda y decidida. En Francia, el eje principal del Frente Popular es la juventud; en la España de estos instantes, es la juventud como una rueda esencial en la lucha contra los pistoleros vendidos a Italia y Alemania. Y será la juventud la que contribuya, a la cabeza siempre, a liquidar el cuartelazo de los generalotes que, como Mola y Queipo de Llano,⁶ ansían volver a los tiempos viejos del oropel guerrero y a los latifundios intocables.

Larga vida y lucha incansable es lo que deseamos primero que otras cosas a la Confederación Nacional de Estudiantes.

Mérida, Yucatán, septiembre de 1936.

2. Esquema del fascismo⁷

Ahora, sólo un esquema del *fascismo*. Un esquema, digo, porque su perfil y entraña han sido cuidadosamente desmenuzados por quienes se han echado a la tarea de desenmascarar a los grandes asesinos y demagogos internacionales. Y no los hay peores que los voceros del nacionalsocialismo y el Estado fascista de Italia. Junto a los dictadores —más criminales que Napoleón o Clemenceau—, siempre encontramos a los ministros y jefes de propaganda, tipos con recursos inagotables dispuestos en cualquier momento

a sostener las teorías más absurdas: que si la sangre aria, que si los judíos, que si la esclavitud en Abisinia, que si el Reichstag lo incendió Ernest Thaelmann...⁸ etcétera, etcétera. Cosas así por el estilo, que invitan a la risa o la cólera, según. La sangre aria, lo vimos hace poco, quedó regada por los suelos, amarillenta y humillada, cuando el maravilloso negro Jesse Owens triunfó rotundamente en la olimpiada de Berlín. Entonces es cuando no podemos hacer otra cosa que reírnos de los teorizantes del nazismo, de esos bien llamados “ninfas egerias” del Estado fascista. Pero cuando ese gran luchador inquebrantable que se llama Thaelmann permanece aún en la prisión, acusado de haber hecho lo que ningún revolucionario haría, nos encolerizamos y gritamos al mundo la verdad: ¡ahí dominan las botas y los fuetes de los guardias de asalto, los demagogos bien cebados y los intelectuales mejor domesticados! ¡Dominan los mismos grandes capitalistas que ayudaron al partido nazi a escalar el poder!

La teoría del Estado fascista es la siguiente: en primer lugar, el Estado estima que el interés de la nación es superior a los intereses de los ciudadanos. Por tanto, cuando haya oposición a los grandes intereses de la nación, el Estado interviene sin limitaciones con el propósito de regular. Pero veamos: ¿qué es el interés de la nación? ¿Quién califica, quién juzga? Estas tareas son mías y me las apropio, dice el Estado. A nadie escapa, a nadie que no sea un cretino, que en tal caso el Estado no es más que la fuerza organizada de la clase dominante. Que el interés nacional es idéntico al interés de los grandes señores de la banca. Y es claro que el Estado tiene que ser forzosamente parcial.

Sigamos: la teoría fascista afirma que desconoce la existencia de una oposición entre patrones y trabajadores. (Muy alertas, pequeños fascistas criollos.) Pero el Estado fascista se cuida bien de llevar esa negación a su límite extremo. Ya hemos visto su habilidad demagógica. Porque, en todo caso, si existiese accidentalmente —¡accidentalmente!— una oposición, se buscará primero que todo una conciliación espontánea; si no, el Estado se verá en la “imperiosa” necesidad de intervenir para que no haya lucha. Situación criticable desde todos los puntos de vista. El Estado impide la lucha. Prohíbe la huelga. Desarma y aplasta a la clase trabajadora. (En otros tiempos existía el trabajo individual que daba por resultado una apropiación individual y un patrimonio en la medida de su trabajo; hoy existe el trabajo social, que produce una apropiación individual y un patrimonio desproporcionado a su esfuerzo.)

Creemos que el anterior paréntesis simplifica la cuestión. En realidad, el Estado fascista tiene por objeto principal sostener una situación insostenible e inaguantable por más tiempo. Mussolini —de quien se está construyendo en Padua una estatua de ochenta y dos metros de altura— reconoce que la contradicción del régimen capitalista es “dramática”. Y habiéndose puesto a meditar un remedio, encontró el estado corporativo. Nada menos que el “destino nacional” por encima de los intereses de los individuos y las clases... Sin duda, el gran hallazgo, el gran recurso para prolongar por algún

tiempo más un sistema que es ya indeseable. Último recurso de los que se ahogan en el mar de fango provocado por ellos mismos.

Mérida, Yucatán, octubre de 1936.

3. Si Garcilaso volviera...⁹

Garcilaso de la Vega cumple hoy cuatrocientos años de vida poética. Años de vida heroica y hermosa. Cumple cuatro siglos su poesía. Cuatro largas centurias preñadas de brillantes acontecimientos y amargos sucesos; esplendor y decadencia de estados europeos, revoluciones, guerras constantes, audaces conquistas, descubrimientos científicos, avances y variaciones en la literatura, modalidades y alternativas en el estilo de hacer versos. Siglos oscuros por voluntad de sus representativos; sangrientas décadas por obra de los que hoy son inmortales en las rotondas, los arcos de triunfo y las estatuas; años de empuje libertario debidos a recios paladines. Siglos de lirismo y realidades de sol y de penumbra, de vergüenza y gloria de los hombres.

Se cumple hoy el cuarto centenario de la muerte del poeta Garcilaso de la Vega. Y seguros somos que los escritores del mundo limpian sus máquinas para decir lo que deben decir, o menos o más. O nada. Todo depende de lo que nos rodea. Nuestra conciencia vive sujeta a un medio social del que no somos culpables, pero que debemos modificar en la medida de nuestras energías. Y si nosotros nos alistamos ahora, no es para competir ni quedarnos atrás, sino sólo para apuntar un recuerdo. Un recuerdo que debe ser magnífico.

Pensamos que no debe pasar inadvertido el aniversario de la ausencia definitiva —en hablando poéticamente— de un artista como el toledano Garcilaso, flor de rimadores y signo de guerreros de España. De la España hoy más que siempre fecunda. Sabemos que en El Salvador y en Costa Rica, y en Chile y Argentina, y en México y más regiones de limpio castellano, los sinceros amantes de la poesía memorizan hoy algún soneto de Garcilaso, o la Flor del Guido, o cierta epístola a Boscán. Y hacen bien. Hacen lo indicado.

Lo hacemos nosotros en igual forma: con el mismo cariño tierno y delicado, con la misma idea forzosamente retrospectiva y honradamente hecha a nuestro tiempo. Al tiempo que nos pertenece porque lo vivimos. Hacemos tal cosa sin dudas, sin vacilaciones y falsos temores. Lo hacemos pensando en la castiza Toledo de hace cuatro siglos y en la de estos momentos, arrasada e incendiada. Mutilada por los que claman a todos los rumbos por la conservación de una cultura que ellos mismos destruyen favorecidos por todos los medios.

Releemos a Garcilaso. Al sugestivo y atractivo poeta de las églogas y las canciones. Al hombre que tuvo todas las prendas posibles: las de caballero, poeta y cortesano. Recordamos al hombre que amó el agua, los árboles y las flores. Que los amó sencilla e infantilmente, con el entusiasmo de un niño principiando a querer, con el purísimo amor de quien presiente la muerte. Porque Garcilaso murió a los treinta y tres años, a la edad en que murieron Espronceda y nuestro Ramón López Velarde. Murió juvenilmente como correspondía a un hombre de su categoría.

López Velarde estaría a estas horas con nosotros... estamos seguros. Sería de las izquierdas en que militamos. Garcilaso estaría a estas horas con nosotros también. Sería nuestro. Nuestro como Rafael Alberti¹⁰ y Langston Hughes. Tan nuestro como Luis Aragón y Nicolás Guillén.¹¹

Si Garcilaso volviera... Si Garcilaso volviera tornaría pedazos de inmerecido cielo a los todavía cobardes; desmenuzaría a los enemigos de la cultura y el arte —a los bárbaros del siglo xx—; haría trizas a los que nos acusan de trascendentalistas y teorizantes; daría al traste con tanto y tanto desesperante poeta sensiblero; acabaría con los D'Annunzio y Marinetti,¹² con los viles farsantes de la verdadera poesía; si volviera...

Si Garcilaso volviera terminaría de una vez por todas con esas torpes lágrimas de los que a diario lloriquean y chillan unos labios perdidos; y sabrían lo que es hombría los de esa en cierto modo pintoresca fauna de homosexuales; lindarían en la locura y la historia los señoritos asnos, reyes con corona de la cursilería.¹³

1936. Ah, si Garcilaso volviera. Si dolorosamente asombrado viese lo que han hecho de su España esas bestias amamantadas en la selva negra del fascismo; si viese, al volver los delicados ojos al cielo andaluz, una sangre hecha finísimo polvo de lirios y mariposas: la morena sangre de Federico García Lorca,¹⁴ aceptaría sin rodeos la sugerencia bélica de Alberti: lucharía cuerpo, voz y nervios de cuatro siglos sudados de experiencia al lado de los que tienen la razón y la justicia.

Mérida, 10 de octubre de 1936.

4. Crónica cinematográfica¹⁵

MOTIVOS. Vértigo y tristeza causa a nuestro cuerpo el reposar violentamente una vida tomada así, con indiferencia; pero verdadera desolación nos motiva si esa vida nos perteneció; y un impulso al suicidio cuando la mentada vida nos sigue perteneciendo. Es desesperante, pero así es. Nunca hicimos lo indicado o, al menos, lo que ahora pensamos hubiera sido mejor hacer. Y es cuando vienen las tristes e inútiles lamentaciones: ah, si aquella vez yo, en caso de, si en vez de, en lugar de, etcétera. Y nada, que no

hay más que resignarse y cargar con un pasado más o menos indecoroso o solamente incoloro.

Somos jóvenes y a darle. Con la condición de no estar comenzando todos los días. Jamás como hoy hemos estado tan en contra de Jarnés cuando a propósito de disculpar a los poetas decía: “Seamos, pues, un poco farsantes...”.¹⁶ Y la farsa, bien que merece talento, es la postura más cómoda que pueda tomarse. Más alta y noble que la tomada por los simplemente neutrales o “situados al margen”. Como si en estos momentos de tremendos conflictos morales hubiese tiempo de adoptar posturas de estilista.¹⁷ Pero los hay, los hay... Los hemos visto por ahí, aburriéndose en los jardines o tomando aparatosas “grecas” todo el santo —para ellos— día.

Bueno, estamos llegando de un cine. Un cine que ha tenido la virtud —rara virtud en tratándose de cine americano— de pinchar la piel de nuestro recuerdo y hacer correr sangre repleta de remembranzas de niñez y adolescencia. Un pequeño filme con Charles Chase a la cabeza del “elenco”. Una cinta en la que se hace uso y abuso del *ralentí*. Chase sufre alucinaciones curiosísimas que le inducen a cometer las más tontas acciones en torno al idilio indispensable. Sufre ataques sencillamente.

Una enfermedad con la que negras se las vería el mismísimo Freud, si el caso le fuese conocido. Pues bien, esa serie de imágenes —de placas vivientes, vale decir— sirvieron para remover en el fondo de nuestra conciencia algo que ahí estaba a punto de fosilizarse: cosillas como recuerdos y no; asuntos varios de infancia sencilla y mediocre; temas determinados: cinematográficos de una vez.

Y Francesca Bertini, Pina Menichelli, Eddie Polo, el conde Federico William Duncan —*La moneda rota*, *Las calaveras del terror*, etcétera—, los buenos tiempos de Menjou y Lilian Gish, y Leatrice Joy —adorable por siempre Leatrice Joy—, y *Ben Hur*, con los albores de la Garbo, pasaron también en forma de inquietante *ralentí* por los canalillos de la memoria nuestra, despertando dormidos deseos pero impulsando al mismo tiempo a eso que tenemos todos los hombres de “profesores de energía”,¹⁸ a darnos y a dar, de paso, una buena lección de gusto cinematográfico.

SUMA. Eisenstein es ya un clásico de la cinematografía. Él y sus creaciones. Vive trabajando, es cierto, pero consideramos difícil que supere a lo ya hecho y consagrado. Actualmente, en la URSS y en América, ha hecho cintas maravillosas. Chaplin las hizo también con un profundo sentido social. Las sigue haciendo. *Tiempos modernos* es todo un documento humano. (Y en realidad no es tan falso que Chaplin sea el mayor filósofo del mundo.) Los franceses trabajan. Ya nos dieron *Remolino* y *La cabeza de un hombre*. Los ingleses trabajan activamente. Nos han mostrado excelentes películas históricas como *La vida privada de Enrique VIII*; obras maduras como *Treinta y nueve escalones*; o finísimas como *El fantasma se embarca*. España nos ha enviado lo peor que ha producido —*Sor Angélica* y *La hermana san “Suplicio”*, entre otras— y por desgracia desconocemos las grandes cosas de Luis Buñuel.¹⁹

Desde Suiza nos llegó *Maternidad*. Del centro de Europa, el checo Gustavo Machaty, admirable renovador de la técnica cinematográfica, nos mandó *Éxtasis*, una estupenda cinta, comparable sólo a *Las bodas del oso* y con un argumento semejante al de *Remolino* y la novela de D. H. Lawrence, *El amante de Lady Chatterley*, pero resuelto en tal manera que nos convencemos de la categoría verdadera que el cine debe tener como arte que es. Alemania nos ha dado algo que al mundo ha convencido del poco mérito del arte alemán —arte nazi, precisamente— en la triste hora de Goebbels como jefe de propaganda: nos ha dado muestras de impotencia y sucio afán de prestigiar un régimen desprestigiado por sí solo, podrido y nauseabundo desde su nacimiento. Italia, bueno, Italia nada. Basta imaginarnos a Benito Mussolini como argumentista de cine para pasar a otra cosa, precipitadamente. La Unión Soviética, donde se hace el mejor cine del mundo, ha logrado presentar a los públicos de los países capitalistas películas de la categoría de *Camino a la vida* y, en tiempos recientes, *Chapayev*. En la ciudad de México, la Universidad Obrera²⁰ está presentando *La juventud de Máximo*, última que de la URSS ha llegado. Con ansia esperamos ver lo más representativo del cine actual en aquel país. Ya José Revueltas²¹ nos ha conversado de *Tres canciones sobre Lenin*, pero queremos verla y oírla aquí mismo.

En Estados Unidos se sigue fabricando la mayor cantidad de películas. Por demás está comentar la “paja” sofocante que nos obligan a no gustar: desde las trivialidades de Bing Crosby hasta las vaciladas de la ilustre matrona Mae West, pasando por todos las dráculas y fu-manchúes imaginables. Pero sí logra darnos bastantes cosas dignas de su tenacidad. Recordemos *El delator*, entre las menos antiguas y, sobre todo, los números cortos salvadores de cualquier programa y en los cuales el Ratón Miguelito, héroe mundial, destaca como el primero. Y México. Ah, nuestro México cinematográfico. Pocos intentos serios se han hecho para dignificar una industria naciente y, antes que nada, un arte en vías de serlo. Nuestros productores son minúsculos hombres de presa; nuestros directores, con honrosas excepciones, son improvisados; nuestros artistas, hay que reconocerlo, son abnegados y empeñosos; todos hacen lo posible...

Chano Urueta²² lucha contra vientos y mareas para hacer algo de valor positivo; algo que no sea los dramones macabros o las cintillas de pistoleros que insisten en meternos hasta por las narices algunos necios productores; Gabriel Soria,²³ nos consta, está lleno de mejores intenciones, pero los que sueltan la plata no están en su caso. Es bochornoso pero así es. En *Celos* valió la escenografía. Pero sólo *La Opinión*, diario de Los Ángeles especialista en crítica de cine, se percató de ese raro suceso. Pero confiamos. Ya vimos *Janitzio* y *Redes*,²⁴ y ya vendrán otras muchísimo mejores.

Total: que nos agobia la película mala. Que protestamos como Voltaire “en nombre de la razón humana” contra esas películas que limitan el gusto de los públicos del mundo; contra esa cinematografía que en definitiva ha venido a sustituir a la Iglesia como adormecedora de las masas²⁵ que buscan elevación cultural y no falsas comedias

por donde desfilan tipos insultantes por su lujo y pedantería; contra esas insustanciales cintas producidas al por mayor y sin asomos de auténtica visión estética.

Y que se dé entrada a las películas soviéticas, modelo de lo que debería hacerse en arte cinematográfico; y que se haga una buena labor de censura con todo lo que se haga en México o llegue de fuera.

Mérida, Yucatán, octubre de 1936.

5. Divagación forzosamente sentimental²⁶

Nombres de mujeres. Es asombroso, pero en un inmenso tanto por ciento, los nombres de las mujeres se encuentran en armonía con ellas, con su presencia física, con su sabor de hembras, con su aspecto de pequeñas e imprescindibles diosas. Y no lo decimos por pura imaginación, sino por una especie de convicción que puede bien ser intrascendente o inútil, pero que sí es sugestiva y sobre todo inagotable. Inagotable hasta la voluptuosidad, como la convicción de sentirnos hombres jóvenes y demostrarlo en estilo juvenil —con *juvenilidad*, según dijo uno de los jóvenes más inteligentes de México y, más que nada, menos ostentoso, un joven líder revolucionario.

Hablar de las mujeres y sus nombres es como hacer política. Hablando de las mujeres y cómo se llaman, descansamos. Descansamos con la satisfacción de hacer una obra de provecho citando a determinada dama, a cierta mujer que se ha apoderado de nuestra atención por los métodos que todos pretendemos conocer de sobra pero no combatir. Nomás eso faltaba. No estamos de acuerdo con la frase napoleónica que sustenta la teoría de que en amor la mayor victoria es la retirada, ni con esa otra que asienta rotundamente, cruelmente: las mujeres asnas son la perdición de los grandes hombres, y que según nuestra memoria es del finísimo Julio Torri.²⁷

Continuando: la política descansa ampliamente. Ofrece más certidumbres que, por ejemplo, en arte. Así lo sostuvo hace bastante tiempo Jules Renard, agregando, oponiendo, los casos aislados de una caja de retiro obrero y el último paisaje del menos afortunado de los impresionistas. Descansamos, pues, hablando de las Cármenes y Lucilas; hablando limpiamente, sanamente, a la manera de la política que resultaría si los poetas la hicieran.

Y ya sobre el tema, nos inclinamos ante el nombre de Carmen.²⁸ Nombre árabe que indica lo florido, aquello que es florecido, lleno de jazmines, nardos, rosaledas —o rosadales—, y naranjales: Cármenes de Andalucía, vergeles, jardines, espejos tranquilos, nubes...

el mar sonríe a lo lejos
dientes de espuma...

Ante el nombre de Andrea.²⁹ Este nombre tiene una historia curiosa que, conocida, le quitaría ese tono a lo Petra, o Tacha, o Ignacia. Viene desde el renacimiento. La escuela florentina de pintura tuvo entre sus artistas más notables a varios Andreas —en aquel tiempo los hombres podían también llamarse así;³⁰ hoy nos molestaría que alguno de nuestros amigos se llamase Andrea González, por ejemplo—, al del Sarto, al Castagno y a otros. Después, Andrea se llamó la esposa de La Rochefoucauld. Y desde ella, sólo las mujeres pueden llamarse de esa manera. Por lo menos, no hemos encontrado posteriormente en ninguna parte algún tipo con ese nombre y, en cambio, si conocemos a varias hermosas mujeres que lo llevan dignamente, con soltura y hasta con orgullo. Cobra con ellas la palabra Andrea calidad de fluidez y elegancia: raro matiz de suavidad y gracia que nos encanta y “enfebriliza”.

Ante María y Mireya³¹ y Milena. Tres nombres perfectos y seguramente tres suntuosas mujeres. Mireya quiere decir María y es la heroína de la epopeya que con ese nombre escribiera Federico Mistral. Originalmente es Miréio o Mireilla, en un provenzal que distamos mucho de dominar. Y bueno, en último caso, también es lindo alterarles sus nombres a las mujeres:³² es acaso el placer menos comprometedor y más tierno que se dan los enamorados. Alterándose los nombres por capricho o eufonía o exceso de cariño —¿exceso de cariño?— los enamorados pasan desde ese momento a la categoría de palomitos —de tórtolos. Para ellos las noches de luna y los parques meridianos, tibios y alegres como en ninguna parte de la república; para ellos, los enamorados de siempre, el mundo maravilloso a cuya construcción dio los postreros toques Gustavo Adolfo Bécquer; para ellos la ternura absoluta que la poesía y la música derraman a chorros; para ellos las melodías de los romances y los sonetos escritos y por escribir.

Ramón López Velarde, salvación de la poesía mexicana moderna, comienza su poema “A las provincianas mártires” así:

Me enluto por ti, Mireya,
y te canto esta epopeya.

Alfonso Reyes, clarísimo guía de la literatura, en uno de sus poemas primeros exclama jubilosamente:

Mireya, ¡oh, mis amores!

Y la Mireya mistraliana cayó quemada por los rayos del sol y por el amor despedazado en su alma de zagala maravillosa.

Nos inclinamos ante las Aídas —o Aidas—, cantarinas y finas siempre. En México conocimos de vista a una Aída bellísima; seguramente era yucateca. Y las Olgas, acaso perezosas y lánguidas, con nombre de aves taciturnas en reposo. (“Lo natural sería que los pájaros dormidos se cayesen de los árboles”, insinúa Ramón Gómez de la Serna, maliciosamente.) Y las Nidias y Gildas e Hildas, tan sutiles como un trazo arábigo. Y las Celias, que devienen Chelas o Chulas merecidamente. Y las Darielas venenosillas y certeras como una flecha lanzada por Robin Hood.

Especialmente hacemos la caravana ante una Elda María, posiblemente rubia y sirena; ante una Susila, azul y cálida como una paloma aprendiendo a zurear; ante una Eneida María, misteriosa, virgiliana; ante una María Augusta, a quien llamaríamos reina, o emperatriz, o ave cesarina —cesárea—; ante una Linda. Miguel N. Lira escribió no hace mucho el “Corrido de Linda”. El autor se había rascado el apellido debidamente,³³ haciendo volar por los aires modulados acordes.

¿Y Teresa? Gracias a Eugenio D’Ors el nombre Teresa es sinónimo de *Bien Plantada*.³⁴ ¿Y las maravillosas Lolos, Pilares, etcétera, que en España combaten fieramente? Y, por fin, otra Aída. Aída Lafuente,³⁵ heroína de la epopeya asturiana de octubre de 1934, inmortalizada por los mejores poetas de la España revolucionaria —entre los cuales, claro, no se encuentra don José María Pemán y San Martín,³⁶ artífice de lo que de cursi tiene Sevilla: *El barrio de Santa Cruz* es la muestra y que hace poco habló a los obreros españoles patética y estúpidamente invitándolos a la sumisión y la esclavitud, condenando de paso, como quien no quiere la cosa, el “odioso marxismo” sostenido por el fantasmal “oro ruso”—, sino los poetas auténticos como Rafael Alberti, que la llama “Libertaria”, o como Arturo Serrano Plaja que pregunta al universo por ella.³⁷

Salud, pues, lindísimas mujeres de Yucatán. Y un recuerdo a las españolas viriles que escriben la historia con su sangre de positivas diosas de la *revolución mundial*.

Mérida, Yucatán, octubre de 1936.

6. Los días y las noches de Yucatán³⁸

Así era: niños, mujeres y hombres pidiendo misericordia a un cielo que nunca oye ni tendría por qué enterarse —si existiera— de los rezos y lágrimas que corren y vuelan por la tierra y el viento; tristes ojos de limpios indígenas inundados de ágiles hormigas y espinas envenenadas —púas de las pencas duras—; uñas desprendidas de los dedos, largas y morenas manos sangrando; miseria día a día más ofensiva; vida que no es vida: muerte lenta y bien estudiada por quienes la distribuyen desde sus palacetes de vibo-

rillas perspicaces; rencor floreciendo en el corazón de los hombres de los plantíos de henequén; ansia poco a poco puesta a la luz del sol de los obreros, ansia de los obreros poco a poco puesta a la luz del sol, así: Opichén.³⁹

Manifestaciones de campesinos exigiendo un derecho que sabemos les corresponde; ellos se rompen el cuerpo bajo el sol terrible que cae sobre la península, y los hacendados en tanto despilfarran miles en la capital de la república y en las grandes ciudades del extranjero, cuando no pasean ostentosamente en finas máquinas aerodinámicas por esas avenidas amplias y tibias de la cálida y amorosa Mérida.

Una noche estuve en Uxmal. Hacía un extraño frío otoñal y puntiagudo. La noche, abrumada de estrellas, tenía la solemnidad de un misterio por aclarar; era una noche como nunca los poetas la han descrito. Lamía la luna lentamente las piedras dolorosas por la edad y la contemplación. Millones de grillos daban música al enorme y conmovedor paisaje nocturno. Ahí supe de la soledad y el sacrificio de estos mayas a quienes he oído hablar cantando cantos de rebeldía y protesta en los locales sindicales y en las albas calles meridanas/meridianas. Uxmal fue para mí el primer encuentro con la noche, en el centro de una naturaleza devoradora. Porque en esa región los árboles caminan, con dientes y garras, despedazando y enterrando cuanto encuentran a su paso. Y tenía yo las manos húmedas de terror y de alegría.

Una mañana estuve en Chichén. Una mañana de piedras amarillas y juegos de eco en el juego de pelota; mañana ardiente y desesperada por el deseo de no regresar jamás a las ciudades; mañana de cansancio admirativo y amor recién nacido a una tierra que me habían contado que era seca y estéril como un desierto o un acantilado. Mentira imbécil la de esos que dijeron tal cosa de una región que nada le pide de transparencia y dulzura y vegetación uniforme, y cortesía a la región del altiplano que se me diga. No; porque yo creo haber conocido de Yucatán lo esencial y característico y puedo hablar con la sinceridad que aquí mismo adquiriré. Carlos Pellicer, primerísimo poeta mexicano, acaso con sangre yucateca, en sus “Esquemas para una oda tropical” habla de Chichén en la forma más sonora y expresiva que he oído. Pero él estuvo una tarde. Yo, la mañana más impresionable que he tenido. Una mañana hermana de la primera que viví en Taxco.

Pero también estuve en una finca henequenera.⁴⁰ Una mañana recia de septiembre. Con los campesinos ejidatarios y con los que no lo eran. Ellos pudieron ver en mí sólo a un joven de la ciudad que, comiendo “chinas”, está a curiosear, de paso y nada más. Por fortuna a mí y a mis camaradas nos identificaron como camaradas también. Se trabajaba en el plantel número 23. Lo vimos todo. Supimos lo que comen y hacen para sostenerse en su calidad de miembros de una cooperativa. Cómo usan las máquinas de la hacienda para ellos mismos y en qué forma laboran para mantenerse en su puesto progresista a pesar de las constantes trabas que se les ponen, oponiéndolos a los acasillados y, éstos, oponiéndose a ellos por las malas artes que no sólo allí se conocen sino que en

toda la zona henequenera acostumbran los administradores enseñarles criminalmente. Los mismos dueños de fincas personalmente echan a un grupo contra otro o se rompen la cabeza pensando qué hacer para conseguir desplazar a los sindicalizados. Son hábiles sin duda. Destrozan maquinarias o dejan de plantar para más tarde provocar serios conflictos. No es realmente muestra de habilidad eso de destroz ar maquinaria —calderas, por ejemplo— sino prueba de gangsterismo muy criollo y muy burgués. Son como los algod oneros de La Laguna, pero más refinados y atrevidos. Con la audacia más cínica que se conoce. Es que patean como cualquier ahogado. Ven ya muy cerca no sólo la total organización obrera y campesina en forma revolucionaria, sino la completa unificación. No duermen pensando en la Federación de Trabajadores de Yucatán, fantasma real y positivo en cuya construcción trabajan los grupos más orientados de trabajadores de la península.

Y la ciudad. Amanece en Mérida como si un chorro de cuchillos cayese de las alturas; como si nevara dulcemente; como si la ciudad se llenara minuto a minuto de una música blanca y suavemente azul. Después la mañana se precipita inundando jardines y avenidas; dorando esos bien cuidados templos que permanecen aislados y mustios como preparándose a su futuro papel de amplias bibliotecas o museos de las religiones.⁴¹ Los hombres hablan, no por hablar. Conversan de política y de la situación de España. Por cierto, hay cada fascista de paja que tiemblan mares y continentes. Dos yucatecos siempre tienen algo que contarse. Jamás permanecen callados un minuto. Nunca se aburren. Acostumbran en la conversación sabrosos giros de una plasticidad que se agradece. No hablan con vaguedades ni medias palabras. Saben que están viviendo una mañana más de su estupenda tierra.

Mediodía. Atardecer. Los cines se llenan de gente ávida e inteligente y comprensiva, menos la que aplaude un noticiario donde aparece Hitler —títere de los capitalistas alemanes— revistando a miles de soldados con botas y cascos. Y en el cinematógrafo se vive ampliamente. En estos locales por donde ha sido imposible que “pase” *Chapayev*, se respira un principio de noche perfecta y muy meridana.

El crepúsculo en la ciudad es cruel de tan claro. Su luz entra a través de todas las cosas. Sabe acariciar a las mujeres como los hombres no lo sabemos hacer. Penetra por los poros de la ciudad, dándole, inyectándola de perfume de mariposas y gardenias. Y la noche, especial —¡espacial!— y blanda, acogedora, como para los jardines y sus palmeras. Y sus muchachas.

Mucho, mucho de Yucatán se va conmigo a México. Lo guardaré en mi corazón como si éste se hubiera convertido, gracias al contenido que disfrutará, en un arca de oro. Me llevo la experiencia corta y honradamente poco vivida de sus luchas sociales, luchas que ya no son extrañas a nosotros, que estamos a mil kilómetros de distancia, luchas que algún día culminarán definitivamente en un triunfo para la clase que tiene la razón y la justicia. La clase con la que yo, de extracción pequeño-burguesa y actualmente

miembro de la juventud comunista de México, pretendo identificarme para siempre.⁴² En el proletariado está la razón, y estoy con él. Como están con él los jóvenes más despiertos de Yucatán.

Mérida, Yucatán, 25 de octubre de 1936.

7. La fe social de los artistas y escritores⁴³

Confesaba Henri Bergson, en uno de esos ratos poco frecuentes de los filósofos y que se traducen en una especie de sinceridad aérea, celestial, lo siguiente, que es de sí lo bastante significativo para comentarse: “La vida intelectual que me impongo me prohíbe, frecuentemente con arrepentimientos —pues la neutralidad es algunas veces cobardía—, salir de una reserva que por mi parte es, generalmente, ignorancia. Apenas sé lo que es un sindicato”. Conciso y significativo ese bergsoniano arranque de desesperación e incomodidad.

Es claro; no sólo en los filósofos como Bergson y otros se manifiesta esa actitud inquieta en determinados momentos de su desarrollo vital e intelectual; no es solamente en los que especulan con el conocimiento humano donde el desasosiego hace mella, caos y acción definida, no, sino también en los sectores correspondientes al arte, la literatura y la ciencia, frutos, obvio es decirlo, de aquel conocimiento, pero demostraciones más cercanas de él. Pruebas más accesibles, más nuestras: la pintura, la pedagogía, la música, la danza, el cine, el teatro, el periodismo, etcétera. Que son labores en las que estamos o nos rodean insistentemente, visualmente, plásticamente.

Tomemos posiciones. Situémonos de tal manera que esa efervescencia, ese caos hirviente nos hiera, nos lastime, a condición de hacer brotar después —la convalecencia es un estado especial de fecunda claridad mental—, a su tiempo, un fruto maduro, sudado y, aquí su mayor mérito, ejemplar.

No es posible eludir la lucha. Eludirla sería continuar más descastados que siempre. Evitarla sería caer en algunos de los bien fichados grupitos de *indiferentes*, encabezados por uno que es típico desde hace ya demasiado tiempo: el de los homosexuales convertidos —invertidos— en dictadorzuelos de la pintura y la literatura, principalmente.⁴⁴ Odiosa dictadura, como todas las dictaduras. Pero esos señores —llamémosles así por decencia— están sintiendo ya los dolores de una decadencia merecida. Están siendo castigados por las nuevas generaciones de escritores y artistas que en ningún momento tuvieron ese afán de pose europeizante, podrida y decididamente estéril. Las nuevas generaciones caminan afirmando su calidad de habitantes de este mundo. No son, como

nuestros *faeries*,⁴⁵ entes perrunos de inteligencia —no está por demás decirlo— de inteligencia suciamente domesticada por una burguesía ligera de gustos y hueca de aquello que es necesario para dignificar, por ejemplo, un poema sobre el valle de México o sobre los maizales del Bajío, o los henequenales de Yucatán, o los quemantes campos del algodón norteño; una novela acerca de un mero enfermo, o un simple relato de un desfile de obreros y campesinos. Aquellos literatos y pintores nunca hicieron ni harán lo debido.

Se divirtieron plagiando a Jean Cocteau, Jean Giraudoux, André Gide y otros; desvalijando descaradamente distintas épocas picassianas o de Chirico y, que es ya el colmo, de Cézanne; asaltando a los artistas norteamericanos alevosamente y sorprendiéndonos con una clase de literatura ajena por completo a ellos, a nosotros y al mundo entero. Literatura de “espectadores”, trucos de farsantes, malabarismos de cirqueros opacados para lo que se refiere a la entraña social en que nos agitamos combatiendo, despedazando, avanzando.

Y en México los escritores han tomado sus posiciones al lado de los artistas. Se han colocado a la vanguardia del movimiento artístico y literario, desplazando a los por siempre indeseables y fatuos lidercillos de un ciclo de tibieza y cobardía. Han integrado, fortalecido la LEAR, Liga de Escritores y Artistas Revolucionarios,⁴⁶ que con justicia y derecho guía certeramente a las nuevas generaciones de obreros de la pintura y la literatura. Silvestre Revueltas,⁴⁷ Sandi, Mancisidor,⁴⁸ Leopoldo Méndez, Juan de la Cabada, Pízarro Suárez —éstos dos últimos actualmente en Yucatán—, son apenas algunos de los muchos miembros de la LEAR recordados al vuelo, que hacen una labor de orientación de verdadero valor, encaminando el arte y la literatura por el rumbo deseado. Filial a la LEAR, funciona en Yucatán el grupo EAR —Escritores y Artistas Revolucionarios—,⁴⁹ con un programa amplio y bien definido de acción. El grupo EAR hará en Yucatán lo que en escala nacional viene haciendo la LEAR. Estamos seguros. Porque sus componentes poseen la necesaria cantidad de *fe social* y porque trabajarán de la mano con los hombres de los talleres y el campo, hermanos nuestros, camaradas que por años y años desconocieron un fruto literario o artístico. Camaradas tanto tiempo envilecidos por la habilidad de la burguesía dominante; hombres enviciados por los métodos burgueses ya clásicos, hoy más difíciles de usar contra los trabajadores por el mismo despertar consciente de éstos. Constante y fructífera labor esperamos de los Escritores y Artistas Revolucionarios.

El escritor argentino Eduardo Mallea lo dijo en un ensayo publicado en *Sur*: “sin duda es esta la etapa en que el hombre reclama salidas, demanda una existencia en que las conclusas islas vivas dejen de ser tales para fundirse en una fluidez universal que asegure a cada humana célula su fertilidad total, su fertilidad trascendente”.⁵⁰

8. El mar y la muerte de García Lorca⁵¹

Fue una casualidad —maldita casualidad entonces— el enterarme de la muerte de Federico García Lorca. Navegando rumbo al puerto de Progreso,⁵² cayó en mis manos un periódico de los primeros días de septiembre. Ahí, con sequedad cablegráfica, se daba la noticia desquiciante. En Granada, los fascistas habían fusilado al primer poeta español, por considerarlo enemigo de la “sagrada causa civilizadora” defendida por ellos en la forma en que lo estamos viendo desde hace más de tres meses. Se cubrían de gloria asesinando —*asesinando*— a uno de los hombres más inteligentes del mundo, a uno de los mejores dramaturgos del mundo, a uno de los más grandes líricos de los últimos tiempos: al granadino autor de *Canciones*, *Poema del cante jondo*, *Romancero gitano* —que había alcanzado ya cerca de diez ediciones—, y del *Llanto por Ignacio Sánchez Mejías*, al autor de *Yerma*, *Bodas de sangre*, *Doña Rosita la soltera o el lenguaje de las flores*, *La zapatera prodigiosa*, y otras obras teatrales que le estaban dando categoría de dramaturgo de primerísima línea; habían asesinado, como de costumbre y por sistema lo hacen, al creador de la “Oda a Walt Whitman”,⁵³ la “Oda al rey de Harlem” y la “Gacela de la terrible presencia”; habían sacrificado en aras de la barbarie del siglo xx al más significativo de los artistas de habla española; habían, por último, despedazado el cuerpo de un poeta que no se escondió jamás y que tiempo tuvo para hablar a los trabajadores del arte en un lugar que geográficamente es el centro de España. Y les habló como artista que no eludía la responsabilidad caída sobre él, como recio varón revolucionario y comprensivo del momento vivido.

En tanto, el mar continuaba lleno de inquietantes espumas, dando a mi sufrido cerebro un intento de consuelo pasajero y vano. No era posible; los pájaros caían muertos sobre cubierta, avisando de una tierra próxima, tierra ansiada y deseada, pero inexistente en tales momentos; la alegría de los camaradas seguía, reñida con el mal tiempo, con los mareados, con la corta comida y el ningún beber; seguía y seguía el mar, amplio, amoroso, como siempre debe ser, “viejecito” y lento, o furioso y rebelde, pero mi corazón daba vueltas; recordando lo que de Federico nos había contado Alberti; lo que de Federico nos había descrito Salvador Novo;⁵⁴ lo que de Federico sabíamos recientemente por los diarios de Sudamérica y las revistas españolas como *Caballo Verde para la Poesía*, que dirigía el chileno Neruda;⁵⁵ recordando con lágrimas casi las cancioncillas lindas que de memoria nos sabemos los interesados de verdad.

Y el mar continuaba exhibiendo sus espumas plateadas. Yo estaba positivamente desesperado; Héctor Montiel Sánchez Cárdenas y otros camaradas apenas lograron adivinar mi sentimiento. Me podía como joven la muerte de un poeta maestro, de un revolucionario de sangre y vísceras. Me dolía la muerte de García Lorca.

Pero los colmillos fascistas estaban listos para devorar más hombres. Persistían en su voracidad de hienas. Ese día, llegando a Progreso, sentí la presencia de Federico García

Lorca sobre la península de Yucatán. Ahora doy lo que en ese momento sentí. Lo doy, también, como revolucionario y artista.⁵⁶

Mérida, Yucatán, octubre de 1936.

9. Cartas de los intelectuales⁵⁷

Waldo Frank⁵⁸ escribe a M. León Blum una carta definitiva, contundente; Iliá Ehrenburg escupe merecidamente al “oso místico” Unamuno;⁵⁹ y aquí, en México, Héctor Pérez Martínez⁶⁰ conmina al escritor Ermilo Abreu Gómez a trabajar literariamente en el campo de la *dignidad* haciéndole la invitación de abandonar la arqueología sorjuanística.

Waldo Frank, “norteamericano de claro mirar”, militante comunista, autor de *América hispana* y *Redescubrimiento de América*, invita noblemente a León Blum a que reconozca lo que pasa en España y comprenda que no hay neutralidad posible.⁶¹ Pérez Martínez azota amistosamente a Ermilo Abreu Gómez. Su carta es razonable, pero un tanto extemporánea. Abreu está en su sitio de escritor honrado desde hace ya bastante tiempo. Es un intelectual de izquierda por convicción, por progreso vital. Acaso Pérez Martínez lo ignorara. Pero la carta es razonable.

La epístola de Waldo Frank quedará en la historia como un gran documento. No la opacarán siquiera las excusas de Blum ante el último Consejo Nacional del Partido Socialista. Más todavía: José Mancisidor, nuestro gran escritor revolucionario, escribió hace pocos días sobre “la traición de León Blum...”. El autor de *La callejuela de Moscú*, *El amor de Juana Ney*, etcétera, se encarga de Unamuno. Le grita cáusticamente que los escritores de España no van por su “camino de perdición”, citándole los honestos y viriles casos de los poetas Antonio Machado y Rafael Alberti, del maestro Ramón Gómez de la Serna, del filósofo José Ortega y Gasset. Esta carta de Ehrenburg repercutió grandemente en México. Todos reconocimos desde luego la ironía de acero del escritor soviético apuntada precisamente, no digamos ya que contra Unamuno, quien en último caso es simplemente un pretexto, sino contra todos los intelectuales de las derechas. Iliá Ehrenburg siempre ha escrito con brío y honradez.

Pero, oh sorpresa de sorpresas, he aquí que el infatigable “destructor” del materialismo filosófico, esa entidad infrahumana —bacteria nacionalista— que ha sido, es y será Rubén Salazar Mallén,⁶² se revuelve y contorsiona, digno —a su manera—, y airado —dadas sus posibilidades de clown—, contra una “insinuación” de Ehrenburg. Éste dice en su carta a Unamuno que Ortega y Gasset, “habiendo vacilado mucho, ha vuelto la espalda a los bandidos en esta hora decisiva”. Nada más. Salazar Mallén —ex-

comunista resentido y estupidamente amargado— asegura que Ehrenburg “insinúa” que Ortega es comunista o está con el comunismo. Nada sorprendente. Salazar Mallén, intelectual bien fichado y catalogado entre las filas de los de pensamiento prostituido, hace siempre lo mismo, gracias a sutilezas y razonamientos de víbora todavía no lo suficientemente pisoteada.⁶³ Sabe mucho marxismo. Es ya “maestro” de una generación. ¡Pobre generación! Y semana a semana pretende abatir el comunismo desde una trinchera periodística cuyas cualidades conocemos de sobra para saber a qué atenernos.

Veamos cómo está la cosa. La revista *Nueva Cultura* de Valencia,⁶⁴ revista de nítido carácter izquierdista, en una de sus páginas sobre los testigos negros de nuestros tiempos, y al pie de un fotomontaje cuya figura central es Ortega, dice textualmente: “el ilustre vidente don José Ortega y Gasset —de horizontes más amplios que los puramente egoístas e individualistas— garantizará su confianza en el futuro, profetizándole el fracaso de las masas en su intento de regir los destinos del mundo”. Al pie de otro grabado pone una frase del mismo Ortega: “Nada de masas. ¡Aristocracia, aristocracia!”. En otro número de la misma revista hay dos páginas dedicadas a “Fray Cangrejo”, o sea Maraño. ⁶⁵ Y frecuentemente se ataca a José Bergamín, llamándole jesuita o poco menos.

Ahora bien, Ortega y Gasset, Maraño y Pepe Bergamín han vuelto la espalda a los bandidos *en esta hora decisiva*. ¿Qué ha pasado?⁶⁶

Ha pasado que los intelectuales de España se niegan a estar del lado de las hordas fascistas. Pasa que el autor de *La rebelión de las masas* es un hombre decente, que Gregorio Maraño es un hombre decente, que el católico José Bergamín es un hombre decente. Sucede el caso de un presbítero madrileño hablando por radio contra los bárbaros y terminando su discurso con un viva a la democracia. Sucede que la cuestión se reduce tan sólo a la *decencia* y a la *dignidad*.

De nada le sirve a Salazar Mallén transcribir párrafos y párrafos de las obras de Ortega para demostrar que éste toda su vida ha sido anticomunista. Es inútil. Así es como se consigue lo que él quiere evitar con su artículo: el confucionismo. Pero por fortuna nadie hace caso de él, aun cuando hay momentos en que realmente se hacen necesarias las aclaraciones por el estilo de la que estamos haciendo. Porque no es honrado que un apologista del fascismo de Hitler y Mussolini se ponga porque sí a difamar a Iliá Ehrenburg, que es un verdadero intelectual y un verdadero hombre. Que es, en suma, un hombre de la URSS.

Salazar Mallén continuará en su labor. Pero para acallararlo, para silenciar a todos los de su especie, se hicieron las voces heroicas. Y voces heroicas son las de todos los intelectuales que se han opuesto a la invasión de España por moros, italianos y alemanes.

La voz de José Ortega y Gasset es de aquellas que se oyen atentamente, porque cabe en los oídos de la humanidad.

México, D.F., noviembre de 1936.

10. Reseña metropolitana⁶⁷

Bien me decía el amigo de Mérida: “que triste será la tarde, cuando a México regreses sin ver a López Velarde”, parafraseando la parte final del “Retablo” que en memoria del poeta zacatecano escribiera el viejo y querido creador del haikai, José Juan Tablada.⁶⁸ Y sí: algo triste la tarde moribunda, fría, cortante como una espada furiosa, de esta metrópoli cruel e imprescindible. Y, ya comenzando a reorganizar mi vida, apenas, florecen día a día mis sorpresas. Flores alegres, de esa alegría que pinta William Blake en las “Visiones de las hijas de Albión”.⁶⁹ ¿Quién puede decirnos dónde, en el dorso de cuáles ríos interminables nacen las alegrías? Y si respuesta hubiera, ¿cuál es el cementerio de las alegrías? Silencio. Pero claro, un silencio alegre. Ah, mi diaria sorpresa. Nuestra Señora la Sorpresa. Porque, así como hay que saber maravillarse —¿Platón?—, también debemos saber sorprendernos maravillosamente. Se vive fácilmente de la sorpresa diaria. Es el alimento de las tres vitaminas. El reconstituyente cumbre. Su defecto es cierta tibieza un tanto desalentadora, pero amortiguable. Toda sorpresa tiene mucho de canción justamente humana.

La tarde no ha sido triste. Simplemente otoñal. Seca, repleta de hojas caídas y poemas apenas bosquejados. López Velarde deambula por las calles de México, para la alegría nuestra. Rezando epopeyas, distraído, divino, sepulcral, estoicamente sensitivo, inundado de la gracia poética que ya en vida lucía. Y lo he visto, martirizado por los anuncios luminosos y el saber que la capital es todavía una ciudad en construcción, o en reparación. “Sonámbula y picante, mi voz es la gemela de la canela.” Exacto: sabía a canela la tarde que salió a encontrarme. Canela fría, sensual. Alegre canela del valle de México, con sus cinco lagos muertos,⁷⁰ pero con la misma claridad cariñosa y mansa.

Y hay, desde luego, un aire de frivolidad ineludible. Un aire sofocante, venenoso, ideal en el interior de los cafés y en el seno de algunas asambleas juveniles. Pero en éstas, la frivolidad cobra un aspecto de nobleza admirable y conmovedora. Es la sana alegría de un grupo de muchachos de veintiún años que se prepara a celebrar un gran acto en el que dos organizaciones se dan la mano estrechamente, haciendo a un lado posibles discrepancias ideológicas. Por ejemplo: cuando la heroica Juventud Comunista se fusiona con las Juventudes Socialistas por medio de una asamblea pública en el teatro Hidalgo.⁷¹ Acto sorprendente, ya que un Comité Pro Unificación existe desde hace varios meses y no ha dado los frutos que todos esperamos, tendientes a hacer de la juventud de izquierda un solo y poderoso núcleo listo a portarse debidamente cuando las circunstancias lo requieran. Y en ese acto, tomando la palabra dos milicianos catalanes.

Pero hay veces en que la frivolidad sorprende positivamente en forma alarmante. Escucho y estoy a punto de aprender una canción de Agustín Lara⁷² en la que se dice de la “sangre del alma...”. Un momento, que no voy por un camino torcido. Se da la casualidad que traigo un libro de Jean Cocteau.⁷³ Y en el libro, en cualquier página, el escritor

francés asegura que “hay también la sangre del cuerpo del alma”. Entonces la sorpresa momentáneamente deviene en un sentido de peligro. Los cancioneros componen con voracidad de fieras casi literarias. Hay ocasiones en que se siente uno tentado a dejar para siempre a los poetas consagrados y por consagrar por los “cancioneros” de a cinco centavos. Tal vez la gloria literaria del futuro se incubará en estas hojitas, y el premio Nobel ramifique unos cuantos centavos para inmortalizarlas; así lo creen, por lo menos, sus autores; no nos atrevemos a dudarlo.

Pero volvamos a López Velarde, cuya sombra deambula por el crepúsculo, alada de las negras alas del sombrero “tímidamente mosquetero”.⁷⁴ ¿Qué vería el gran bardo si consumara un nuevo y maléfico retorno? Tal vez encontraría a su suave patria un poco crecida. Su imagen, el Palacio Nacional, tiene un piso más que entonces; la estatura de niño es hoy de adolescente. Y san Felipe de Jesús se dedica a la pequeña industria de la exportación de sus higos, pasados y prensados, para otra tierra que, bajo el obús, más lo ha menester que la nuestra. Anacrónicamente, absurdamente, hacia el rosal se inclina hoy el nopal.⁷⁵

Si Ramón López Velarde volviera, entornando los párpados narcóticos asistiría con una sonrisa depravada a las ineptitudes de la inepta cultura. O bien uniría su garganta a la estentórea rechifla de los demonios sobre las bancarrotas chuscas de quienes, con una íntima tristeza reaccionaria, oyen crujir sus esqueletos en parejas, derribados por la exacta puntería de la hora actual, con su vientre de coco. Hace falta en estas calles, en esta ciudad que hoy recorro, de regreso de un viaje lleno de luz y de sonrisas, la silueta burlasca y angustiada de quien bien hubiera sabido interpretar el momento, y certeramente lo hubiera diagnosticado. Es verdaderamente triste la tarde sin la mano acogedora de aquel maestro, que nos hubiera llevado sobre nuestra Revolución, como Virgilio sobre el Infierno, en esta hora en que ruedan las quejas de la torre acribillada por los vientos de fronda, en este difícil momento, doloroso, pero transido de esperanzas como de puñales luminosos en que escuchamos, suave patria, inevitable, desastroso, definitivo, el sollozar de tus mitologías.

México, D.F., noviembre de 1936.

11. Cuando los viejos ídolos se rompen⁷⁶

No sentimos absolutamente nada, como él tampoco sintió por lo menos un lejano aviso cósmico antes de hacer lo que hizo. Nos referimos a José Vasconcelos y sus artículos aparecidos recientemente⁷⁷ y que han motivado justas aclaraciones —no tendencia siquiera a la polémica— de los intelectuales mexicanos, jóvenes y maduros. Mancisidor

y Enrique Ramírez y Ramírez hablaron por miles de mexicanos en artículos que tienen esa forma epistolar tan noble y certera, tan clara y vivaz, acostumbrada siempre que se trata de poner los puntos sobre las íes acerca de una cuestión llevada al confusionismo por hombres que deshonestamente viven de eso, por tipos encargados de alterar la verdad, de falsear una palpitación mundial.

José Mancisidor, fuerte y positivo valor de las letras mexicanas, toma casi a Vasconcelos como si de un pelele se tratara. Lo sube y baja en medio de una serie de frases sarcásticas, irónicas, muy merecidas, indiscutibles por auténticas, llamándolo “Divino Maestro”, conmisericordiamente. Con mucho derecho ha escrito Mancisidor esa carta al ex ministro de educación. Éste, inesperadamente, lanza los ataques más sucios y bajos al gobierno legítimo de España, atacando la política del Frente Popular Español y al sistema de él emanado, diciendo sin asomos de originalidad que en el “gobierno comunista” de España había “agentes rusos”, asegurando los disparates más solemnes sobre “guerra de castas” y “guerras de creencias religiosas”, insultando puerilmente a Marx y a Lenin. Pero Mancisidor le da su merecido en la forma que ya hemos apuntado, es decir, haciéndole los choteos más hábiles y mejor apuntados que hemos visto. Reivindicando a la intelectualidad mexicana, que algunos en muchos países del mundo creían representada por el autor de la *Metafísica*.

Ramírez y Ramírez, militante de la juventud comunista, publica en la revista de la Universidad Obrera de México una larga epístola también dirigida al ex hombre Vasconcelos. Con inteligencia, juvenilmente, invocando los nombres de Romain Rolland y Gide, Ramírez va poco a poco destruyendo uno por uno de los párrafos de los artículos de Vasconcelos. Pulverizando con método de joven intelectual de las izquierdas mexicanas. Enterrando ordenadamente a quien desde hace tiempo comenzara a cavar su propia fosa; porque Vasconcelos, lo sabemos, lo presentíamos, ya no tenía más salida que hacer lo que desesperadamente está haciendo: desengañar a los jóvenes que en él creyeron, hacer reír a medio México y envalentonar de manera torcida a nuestra odiosa burguesía amamantada en las ubres de una prensa que cada día se pone más grosera e inmundia, abusando de un régimen tolerante y de una libertad de expresión llevada incluso a las bajezas más vergonzosas y a la difamación. Prensa local o internacional, acogedora para los que han llegado a ser nada más que “símbolos”, como Vasconcelos, pero símbolos de lo que ningún escritor debiera pensar siquiera.

Un párrafo de la carta de Ramírez y Ramírez es el siguiente:

Sus argumentos sobre el Frente Popular nos son hartos conocidos, aunque los hemos visto expuestos con más agilidad. Es cierto, y esto se reivindica como un honor, que la Internacional Comunista es la iniciadora del Frente Popular en todo el mundo. Pero es totalmente falso que el Frente Popular sea un simple disfraz o *camuflaje* de los comunistas. Como dijo Marx, los comunistas no tienen por qué ocultar sus propósitos últimos.⁷⁸

Un ejemplo nomás de lo que este muchacho ha dicho y aclarado, no ya a Vasconcelos, sino a todos los que piensan erróneamente sobre la situación del Frente Popular en el mundo.

Al final de la carta, que será difundida ampliamente para que se conozca el pensamiento verdadero de la juventud mexicana, Ramírez y Ramírez dice honradamente que antes de cumplir 15 años participó en la campaña electoral de 1929, como un apasionado vasconcelista:

Lo fui porque mi concepción política de aquella época, demasiado confusa, no alcanzaba para más.⁷⁹ Pero lo fui con toda sinceridad. De entonces acá, afortunadamente, ha pasado algún tiempo y me ha sido posible evolucionar con más o menos rapidez, hasta llegar a ser comunista. Esta es la razón que puede dar autoridad a mis palabras.

Así es como deben hablar siempre los jóvenes. Así es como debemos hablar siempre. No importa que caigan y caigan viejos ídolos despedazados por su propia y equivocada labor de mendicantes de la Orden de la Reacción más detestable y necia.

A Ramírez y Ramírez damos las gracias y le felicitamos, porque ha dicho la opinión de la juventud de México acerca del “caso” Vasconcelos y derivados.

México, D.F., diciembre de 1936.

12. Primera conferencia nacional de los estudiantes comunistas⁸⁰

En el teatro Orientación de la Secretaría de Educación Pública habíamos estado en diferentes ocasiones. Admirando interesantes representaciones de teatro europeo y norteamericano⁸¹ y de no menos interesantes obras mexicanas y algunos festivales sencillos.

Aquí vimos piezas como *Amadeo o los caballeros en fila*, *Riders to the Sea*, *Vivamos un sueño*, *Antes del desayuno*, *El viajero y el amor*, etcétera; escuchamos una desoladora conferencia de don Enrique Fernández Ledezma sobre López Velarde;⁸² asistimos a diversos mítines de mayor o menor importancia.

Pero en estos momentos, noche brillante del 3 de diciembre, hacemos acto de presencia en el citado local asistiendo a la sesión inaugural de la Primera Conferencia Nacional de los Estudiantes Comunistas.

Enorme y significativo acto. Se hallan agrupadas aquí delegaciones de casi toda la república; se encuentran reunidos por primera vez camaradas del norte, centro y sur del país que luchan desde hace tiempo con fe en la doctrina y sin temor alguno a los cacicazgos de provincia que ven el comunismo como un monstruo de cien feroces ca-

bezas demoledor de todo, absolutamente todo lo existente sobre la piel de la Tierra. Se reconocen camaradas que nunca pensaron hablarse sino por medio de secas circulares y cartas políticas. Los de Matamoros y Monterrey nos preguntan quién de todos es Rafael Carrillo, quién Revueltas, quién Mondragón.⁸³ Los presentamos alegremente. Reímos y cantamos alborozados, encantados de nuestra filiación de jóvenes comunistas. Tenemos la alegría que desconocen los amargados y los eternamente tristes.

Presiden un miliciano catalán, el dirigente chileno Elías Lafferte, Ramírez y Ramírez, Ambrosio González, Enrique Encinas, Rafael Carrillo, junto a varios estudiantes de provincia. El teatro está a reventar. Resuenan nuestras canciones favoritas, *La joven guardia*, con sus dos tonadas, el *Primero de mayo*, nuestro *¡Alerta!* y los “Triquitritrics” como entusiastas hurras a la juventud comunista, al partido, a los estudiantes campesinos, al Frente Popular Español, a los heroicos estudiantes cubanos y centroamericanos, a los estudiantes egipcios y chinos que han demostrado su abnegación en la lucha contra el imperialismo y por la libertad de los pueblos oprimidos.⁸⁴

Hablan Carlos Sánchez Cárdenas y José Revueltas de la importancia de este primer congreso revolucionario, presidido a distancia por los jefes queridos, Stalin,⁸⁵ Dimitrov, Thaelmann. Agitan a la asamblea con sus voces nobles de jóvenes que día a día se agigantan destacándose como firmes dirigentes de masas juveniles. Recuerdan la olvidada línea errónea que tuvo la juventud comunista hace poco. “Nuestra antigua posición con respecto a los estudiantes ha cambiado —confiesa Revueltas— porque debemos atraer a otros grupos no proletarios del país desarrollando un trabajo popular de transformación, de unidad.”⁸⁶

Y pasa como una sombra trágica la verdad dolorosa: somos núcleos raquíticos apenas suficientes para oponernos a la reacción. La clase media organiza ya a la juventud más falsa de México. Organiza al chulismo nacional, a los jovencitos bien, a los niños borbones, para enfrentarlos al “pobre y equivocado marxismo...”. Pretende esa clase media oponer un indecoroso y estrecho nacionalismo al internacionalismo comunista, que es una consigna que nos enorgullece.

El resto de los oradores diserta ágilmente sobre temas de actualidad, enfocando con gran acierto la atención de los asistentes hacia el problema a resolver: el de la unificación total de la juventud de México, fraternizando con la de toda América y el mundo entero.

Se tocan las heridas causadas por lamentables desviaciones; se hace una severa autocrítica examinando realistamente la situación de las fracciones estudiantiles comunistas en el seno de las escuelas y dentro de la Universidad.⁸⁷ Se insiste a martillazos verbales sobre la indiscutible importancia de esta primera conferencia.

¡Qué vivos contrastes entre la deslucida actuación de la jovencita Julieta Rubio como único personaje de la obra de O’Neil *Antes del desayuno* —obra fuerte, magnífica, sin duda, pero empolvada por una mediocre dirección y una labor de actriz incipiente— y esta gran asamblea, rica en proyectos, poderosa por su tradición combativa y su heroicidad!

Es la tristeza de una farsa frente la solemnidad de un soberbio acto. No pretendemos en manera alguna ridiculizar esa obra teatral, no. Simplemente hacemos un difícil pero muy plástico paralelo entre la ficción y la realidad. Asegurando que la iniciación de esta primera conferencia de estudiantes comunistas de todas las regiones del país será otra bofetada más en el rostro de los reaccionarios mexicanos. Afirmando que tendrá resonancia merecida. Otra vez se está viendo que somos los comunistas jóvenes quienes honradamente luchamos siempre y en todo momento por la unidad de todos los elementos estudiantiles de la república.

¡Y que vengan ahora nuestros enemigos gratuitos a clamar que somos devoradores de niños y disgregantes de la sociedad...!

México, D.F., diciembre de 1936.

13. Diálogo oído en un café⁸⁸

Un largo silencio inmóvil, pero animador y estimulante. La ciudad colérica comienza a dormir sus horas reglamentarias. Del cielo caen sombras y más y más densas, formando inquietos grupos fantasmales que se aprietan contra los muros, invadiendo ventanas, puertas, rincones, jardines, fuentes, monumentos, vehículos, mercados. Sombras sangrientas sobre esta ciudad o páramo, sobre esta llanura o bosque. O desierto dormido, apenas con bien definidas venas derramando su líquido de alegría falsa y destructora. Ciudad de más de un millón de habitantes. Hombres, mujeres, niños. Fábricas, estaciones de ferrocarril, cines y cines, teatros, sindicatos, cafés, parvadas de prostitutas y maricas. Talleres, templos mudos, cervecerías llenas de humo y saliva.

El silencio sobre la ciudad. El chispazo de un anuncio con gas. Una puerta estrecha. Olor a pan de chinos. Un interior tibio, monótono. Café y cigarros, por favor.

He venido hasta aquí por “inercia”, por vacilación y hasta por cansancio. Sólo un artículo logré terminar ahora. Y mañana hay que ir al cine. Me dicen que *Motín a bordo* es una excelente película. Y hay que caminar por las mismas calles, oyendo las mismas frases de los amigos de siempre. Y que odiar esta ciudad, tan áspera y sorda.

Oigo una voz. Otra. Voces de hombres jóvenes. Conversan lánguidamente. Escucho, más por miedo a mi propio silencio que por interés.

—¿Y por qué no?

Hay una pausa que me parece grotesca.

—No, no es posible. Yo no te obligo, mejor, no te obligamos a romper con tus creencias religiosas. Te dejamos en libertad. Sigue siendo católico, católico ferviente, pero no un tipo obcecado y necio. Te pedimos que comprendas una situación dada y que te defines,

que te decidas, que intervengas, hermano, en una forma u otra. Tengo seis años de ser tu amigo y tres de ser izquierdista. Nunca lamentaré ninguna de las dos cosas. En serio. ¿Un *Alas*?

—Gracias.

Un chasquito seguido de un murmullo y después, creciendo, el silencio. ¡De todos los poros de la ciudad el silencio! No la angustia; el silencio. Jamás la soledad; el sofocante silencio vulgar y manoseado por tantos indecentes cronistas de medianoche o representantes de la nada, es decir, por entes deshabitados. Casi hombres, casi mujeres que viven de su divino cinismo, de sus abnegados e inconfesables placeres.

Y las voces vecinas me contestan.

—El silencio humano es como un justo medio. Es una cobardía.

—Un justo medio... Una cobardía... Pero, compréndeme, por Dios, ¿qué sé yo de todo eso que hablas? Fachismo, comunismo, los poetas, los maestros, los estudiantes, España, Rusia, etcétera, etcétera. Yo soy un simple empleado, y ya. Me gusta bailar y se acabó. Me intereso por la Simpson y el rey de Inglaterra,⁸⁹ por el partido de fútbol del domingo, por...

—Bueno, ya.

Pero un “bueno, ya” tajante, definitivo. Entonces comprendo: dos cuerpos, dos cerebros. Uno, ¿comunista, socialista? y otro blando, tibio, sin forma definida. Una voz grave, experimentada, intentando convencer. Convenciendo. Y una de fáciles diversiones, voz de *dancing*, voz esclava.

Y escribo. Escribo furiosamente. Mañana, dos poemas para María Esther; acabar con la *Antología de poetas españoles modernos* que me prestó Carrillo;⁹⁰ asesinar mi melancolía a la una de la tarde; ver a Salvador Corona —necesito las direcciones de todos los miembros de mi “sector”—; asamblea general en el local del partido a las ocho y media; y ya con la noche encima, las calles, la terrible ciudad sangrienta, dolorosa, rígida y desesperadamente fría. Este mismo sitio. ¿Volveré a oír las mismas voces?

En tanto, los hombres deshabitados⁹¹ bailan, alborotan, vegetan.

México, D.F., diciembre de 1936.

14. Carta de Adolfo Hitler al general Franco⁹²

General Francisco Franco, redentor de España: tengo todas sus informaciones, una a una, desde el sagrado día en que usted se dispuso a poner fin al odioso y miserable comunismo español arteramente dirigido desde el Kremlin; poseo también los detalles más pequeños de su campaña gracias a la buena disposición de los muchachos “falan-

gistas” que a diario me visitan. Gracias, general Franco, en nombre mío y en el de todo un pueblo que fraterniza con su causa, que es la causa de la humanidad y de la raza aria antes que ninguna.

Le escribo personalmente porque a mi buen Goebbels no le dan reposo sus duras preocupaciones de propaganda. ¡Este Goebbels es desesperante! Le he exigido por lo menos una buena película cada año. Nada ha hecho el pobre. Yo creo que es por el escozor que le dejara aquella carta del judío Eisenstein, de quien hasta hace poco tuve noticias verídicas y completos detalles.

Ese judío, como usted no debe ignorar, anduvo con los rojos en el incendio del Reichstag y ya he dispuesto lo necesario para su inmediata aprehensión. Aunque, la verdad, no sé si lo tengo encerrado en alguna prisión o concentrado en alguno de mis numerosos campos de veraneo para presos políticos. Espero que usted, a su deseado triunfo, plante también unos campitos como los míos. Son seguros y cómodos. Por mi parte, tengo en ellos a varios miles de tímidos simpatizantes míos que no han querido afiliarse a mi partido por tontas discrepancias. No sé qué demonios alegan en contra del gobierno alemán, pero son sus agentes quienes a diario vuelven locos con esa frasecita de “¡El Frente Rojo vive todavía!”.

Pero óigame, general Franco, ¿no se trata de tomar Madrid en serio? ¿Es que hay quienes se opongan a mis trimotores y tanques? Dígame, ¿qué clase de tipos son esos milicianos? Ya me están fastidiando, créame. Más de una noche los he soñado aquí, en mi finca de los Alpes bávaros en donde, desde luego, será usted debidamente recibido cuando nos honre con su presencia.

Entiendo que ya el *Duce* le envía unos cuantos camisas negras. Parece que sesenta mil. ¿Le bastarán? Si no, puedo mandarle mis mejores s.s.⁹³ a paso de ganso y para de una vez tomar Madrid. El problema está en Cataluña. Barcelona, Valencia, Bilbao, Santander y Madrid no se comparan con Burgos, se lo aseguro. Y ya, ya verán esos anarquistas catalanes. Arrasaremos la península. Es más cómodo, querido general. Sus encantadores marroquíes, sus abnegados varones del tercio, sus contundentes obuses, sus frailes rasos, etcétera, harán a un lado todo obstáculo.

No olvide invitarme a la “quema del libro”. Todo, todo incendie usted. Si encuentra a Picasso, guillotínelo; a Marañón, fusílelo; a Ortega y Gasset, que nos hizo el feo, incinérelo tranquilamente. (Hago este paréntesis para hablarle de Goebbels otra vez. El imbécil no encuentra cómo premiar a mis sutiles filósofos. Estos, bueno, han convencido al mundo entero de la verdad tanto tiempo buscada. ¿Cómo, nada sabe usted? Pues han descubierto que Jesucristo nació aquí, muy cerca, ¡en Frankfurt! ¡Es nuestro, general! Tanto como la Pilarica es española y Marinetti fascista. Ah, Cristo, qué gloria para nosotros. Era rubio como cualquier tendero ario, lacio como yo, alto como Schmeling, santo como Unamuno, cándido como Vasconcelos —sí, Vasconcelos, el gran mexicano desterrado por los comunistas del Zar Rojo Cárdenas—, y, sobre todo, mentirosillo

como cualquier Queipo o Luis Cabrera.⁹⁴ En fin, mi hábil ministro de propaganda, bombas y cohetes, Goebbels, encontrará el premio adecuado para mis grandes teóricos.)

Pero no es todo. ¿Se imagina cómo me he reído con ese relajo del Tratado de No-Intervención?⁹⁵ Bueno, es lo más cómico que he visto últimamente. Estupendo y morrocotudo.

Para terminar, mi general: no se olvide de tomar Madrid. Hombre, por Dios, ya vamos para cinco meses. Anímese y verá.

Suyo hasta el triunfo final.

HERR HITLER (firmado)

P. D. Resérveme un cortijo cerca de Sevilla, una finca en los Pirineos y un boxeador de peso ligero. Ya iré a dar mi vueltecita por allá.

México, D.F., diciembre de 1936.

15. Perspectivas de un gran congreso⁹⁶

Se trata del que ha sido convocado por la Liga de Escritores y Artistas Revolucionarios para el 17 de enero del año próximo, con grandes propósitos dignos de la atención de toda la intelectualidad honrada de México. Porque no creemos que ningún hombre o mujer con preocupaciones artísticas, científicas o espirituales se desatienda del momento grave y trágico por que atraviesan las naciones del mundo, principalmente aquellas en las cuales el régimen facha aplasta toda clase de libertades.

La LEAR continúa fortaleciendo su posición avanzada, redondeando el fuerte y cada día más vigoroso núcleo que la representa. Sin duda la presencia del maestro Juan Marinello⁹⁷ ha sido decisiva en el rumbo de la Liga. No quedándose atrás el dinamismo de Clarita Porset, de Julio de la Fuente y Enrique Gutmann,⁹⁸ de tantos otros que realmente son lo que se pudiera llamar la Vieja Guardia de la LEAR.

Ahora, los jóvenes que hacen labor editorial en *Barco*, *Simbad*, *Fábula*, *Taller Poético*, *Diana*,⁹⁹ etc. se han acercado a la LEAR. Se han acercado ya casi unificados y dispuestos noblemente a colaborar en el próximo congreso, en el cual estarán presentes Waldo Frank, Ramón Menéndez Pidal y, es casi seguro, el gran poeta Juan Ramón Jiménez. Juan Marinello confía en que Ramón Gómez de la Serna, actualmente en Buenos Aires, venga y oriente con su gran capacidad los trabajos de los congresistas.¹⁰⁰

Pero queremos insistir en la importancia que representa para la misma LEAR el hecho de que una gran mayoría de jóvenes literatos se acerque cada día más a ella. Jóvenes litera-

tos que habían permanecido indiferentes, tercamente indiferentes, al plástico problema social que se ha planteado desde hace tiempo. Jóvenes bien educados artísticamente, sin duda, bien preparados y no exentos de empuje y desinterés. La nueva generación, en suma, vigorosa y ardiente, decidida como pocas generaciones han habido. Generación de pintores, poetas, investigadores científicos, ensayistas, maestros.

Y son los poetas quienes más se destacan. Ellos están dispuestos a dar el ejemplo. Por eso, para eso se han comprometido a colaborar en el congreso preparando una ponencia especial sobre poesía. Así lo han prometido y lo cumplirán.

El problema de la poesía en general, la situación de los poetas jóvenes, las perspectivas maravillosas que se vislumbran, el gallardo ejemplo de los poetas españoles en la lucha contra el militarismo sangriento, etc., serán puntos a tocar en la ponencia que promete ser brillante, pues para elaborarla se han unido Octavio Paz, Octavio Novaro,¹⁰¹ Rafael Solana, Alberto Quintero Álvarez, Vicente Magdaleno y otros llenos del entusiasmo juvenil y poético animador de toda inquietud auténtica.¹⁰²

Es curioso, comentan no pocas personas, que estos jóvenes se encuentren unidos ahora, cuando no hace ni tres meses estaban bien distanciados, se lanzaban furiosas diatribas de grupo en grupo, se hacían sarcasmos y muecas literarias unos a otros, se levantaban falsos, en fin, se devoraban pacientemente sin más resultado que volver insoportable un ambiente que debe ser antes que nada de confraternidad y alegría; se han unido, sí, bajo la misma bandera.

¡Ya pueden empezar a temblar los cursis que aún viven en los callejones sin salida del sentimentalismo vulgar y desquiciante! ¡Ya pueden animar su temblor los viejos fantasmas de la retórica! ¡Es tiempo de que chillen los que vegetan en los jardines encantados por la muerte y sus derivados!

Transcribimos en seguida los puntos que tratará de resolver el congreso:

1°. Fijar, clara y definitivamente, cuál debe ser la posición de los intelectuales en la hora presente frente a los problemas vitales que conmueven al mundo y a la sociedad mexicana.

2°. Agrupar a todos los artistas, hombres de ciencia y escritores, con el objeto de discutir los problemas técnicos de sus intereses económicos, amparando, de esta manera, la eficacia de su función social.

3°. Fomentar la comunión de los intelectuales con las masas populares, a efecto de poder interpretar sus necesidades y aspiraciones.

4°. Difundir entre las masas populares, en forma adecuada y capaz de prodigar sus frutos, las esencias y las formas de la cultura universal y nacional.

5°. Combatir todas las manifestaciones que impliquen una regresión en el pensamiento y en la concepción social de las masas y los individuos.

6°. Defender las libertades democráticas conquistadas y procurar la adopción de normas sociales más acordes con la realización plena del hombre.

Bien claro están los propósitos expuestos en la *Convocatoria*. Así como la LEAR espera acrecentar el interés cultural y la preocupación de los intelectuales por su situación exacta en la hora presente.

México, D.F., diciembre de 1936.

- 1 *Diario del Sureste*, 19 de septiembre de 1936, 2ª sección, p. 3.
- 2 Apoyadas en la ley orgánica de 1933, durante el resto de la década las organizaciones estudiantiles cobran una fuerza inusitada y actúan en su seno la problemática nacional. Destacaban la Confederación Nacional de Estudiantes (CNE, de izquierda) que pretendía reunir a todos los estudiantes del país, y la Federación Nacional de Estudiantes (derechista), que prefería aglutinar a las sociedades de alumnos. El XIII Congreso Nacional de Estudiantes —organizado por la CNE— se realizó en Mérida el 3 de septiembre de 1936 con objeto de crear un “frente único” estudiantil y “batallones de milicianos” dispuestos a “encontrar fórmulas concretas para luchar conjuntamente con las clases trabajadoras del país” y de sumar la “clase estudiantil” a la lucha revolucionaria del presidente Cárdenas (*Diario del Sureste*, 19 de septiembre de 1936). Huerta ya tenía experiencia: en 1933 había participado con Enrique Ramírez y Ramírez (1915-1980) en la “Magna Convención Estudiantil pro-Cárdenas”, cuyos propósitos eran “sustituir la enseñanza laica por la socialista en todos los niveles, socializar las profesiones, suprimir las escuelas particulares, implantar la educación sexual y lograr otra distribución de la riqueza” (Victoria Lerner, *La educación socialista*, El Colegio de México, 1979, p. 24), y desde 1934 militaba en la Federación Estudiantil Revolucionaria (FER, de izquierda). En el congreso de Mérida, Huerta participó con una ponencia titulada “¿Por qué las masas deben organizarse?” (“La Confederación Nacional de Estudiantes se adhiere a la lucha revolucionaria”, *El Nacional*, 22 de septiembre de 1936). Más tarde (1 de octubre), en calidad de “estudiante Metropolitano”, pero ahora con la bandera de las “Juventudes Socialistas Unificadas de México” (JSUM, frente popular), Huerta participa en Mérida en un acto de propaganda con la conferencia “Las Juventudes Socialistas de México y su programa, y por qué la Juven-

tud debe organizarse” (Mónica Mansour, Efraín Huerta: *Absoluto amor*, Gobierno de Guanajuato, 1984, p. 16).

- 3 El Congreso Estudiantil Latinoamericano se llevaría a cabo en Guadalajara del 20 al 25 de agosto de 1937 con delegaciones visitantes de Latinoamérica y Estados Unidos.
- 4 Jorge Ubico era el dictador de Guatemala y Maximiliano Martínez de la República de El Salvador, ambos a partir de 1931.
- 5 *Rerum novarum* son las palabras que dan título a la Encíclica *De conditione opificum*, publicada por el papa León XIII el 15 de mayo de 1891.
- 6 Miembros de la junta de generales que apoyó a Franco contra la República.
- 7 *Diario del Sureste*, 8 de octubre de 1936, 2ª sección, p. 3.
- 8 El candidato del Partido Comunista alemán que se opuso a la candidatura de Adolf Hitler en las elecciones presidenciales de 1932 aparece también en el poema de Huerta “Presencia de García Lorca”, cuando se refiere a sus asesinos como

[...] esos bárbaros de cerebro de piedra
y maniobras de víboras cristianas;
contra esos que provocan a la URSS y asesinan
a Thaelmann y a Prestes lentamente
(*PCEH*, p. 44)

El poema de Huerta, como todos los que se citen en las notas de aquí en adelante con las iniciales *PCEH*, remite a la edición de su *Poesía completa*, Martí Soler (ed.), prólogo de David Huerta, México, Fondo de Cultura Económica, 1988.

- 9 *Diario del Sureste*, 14 de octubre de 1936, 2ª sección, p. 3. El título de la crónica alude a los versos de Alberti, aparecidos recientemente en *Marinero en tierra*:

Si Garcilaso volviera
yo sería su escudero;
que buen caballero era.
Mi traje de marinero

se trocaría en guerrera
ante el brillar de su acero;
que buen caballero era.
¡Qué dulce oírle, guerrero,
al borde de su estribera!
En la mano, mi sombrero;
que buen caballero era.

10 Huerta y sus amigos tratan de cerca a Alberti cuando pasa unos meses en México en 1935, en gira de propaganda en favor del Socorro Rojo Internacional, con su esposa María Teresa León. Recordará Huerta más tarde: “Alberti, entonces en la plenitud de su arrogancia, era más un huracán que un hombre; una tormenta marina mucho más que un poeta” (*Aquellas conferencias, aquellas charlas*. México, UNAM, 1983, p. 37. En adelante *Aquellas...*).

11 Novo y Villaurrutia habían traducido y divulgado al norteamericano Hughes en 1930. Era militante antifascista y los jóvenes lo admiraban, lo mismo que al cubano Guillén. El guatemalteco Cardoza y Aragón (1901-1992) había llegado a México en 1928 proveniente de París —donde publicó su primer libro de poesía, el extraordinario *Luna Park*, en 1923— y de Marruecos. Era colega de Huerta en el periodístico.

12 Los dos italianos simpatizaban con Mussolini.

13 El desprecio de Huerta a los que considera malos poetas (es decir, los Contemporáneos) irá creciendo a lo largo de este volumen. La idea de que los malos poetas “chillan” aparecerá en *Línea del alba*, poco más tarde: “chillan falsos poetas como becerros de año” (*PCEH*, 39); más tarde (1937), los “poetas” en general son una de las razones por las que, en “Declaración de odio”, destesta a la ciudad (*PCEH*, p. 104):

[...]por tus poetas publicistas,
¡por tus poetas, grandísima ciudad!,
por ellos y su enfadosa categoría de descastados,
por sus flojas virtudes de ocho sonetos diarios,
por sus lamentos al crepúsculo y a la soledad
interminable,
por sus retorcimientos histéricos de prometeos
sin sexo]

o estatuas del sollozo, por su ritmo de asnos en
busca de una flauta...]

14 Huerta está escribiendo en estos días (pues está fechado el 16 de octubre) su “Presencia de Federico García Lorca”, muy contagiado del tono de *Poeta en Nueva York*. Escribe:

Federico: son las seis de la tarde
en la ciudad de Mérida; la península nuestra
llora y se enluta por tu valiente sangre,
por tu sagrada sangre de mar, aurora y selva;
por tu estupenda sangre de saludable ángel
o demonio moreno; por tu madura sangre de
gitano]

y Hombre del Universo...
(*PCEH*, p. 44).

Años más tarde, le dedica a García Lorca su “Trova santiaguera” (*PCEH*, p. 318).

15 *Diario del Sureste*, 18 de octubre de 1936, 2ª sección, pp. 3 y 6.

16 La revista *Contemporáneos* había publicado mucho a Benjamín Jarnés, a quien admiraban los narradores del grupo: fragmentos de las novelas *Paula y Paulita* y *El profesor inútil* (1926), a la que se refiere Huerta. Jarnés, por cierto, llegaría a México en el *Sinaia* en 1939.

17 A lo largo de estas páginas, Huerta despreciará siempre la “tanta limpia belleza” de los “traidores, los huecos poetas/ que nos cantaron nanas deliberadamente”, como dice en “Los traidores” (*PCEH*, p. 533).

18 Rubén Darío había escrito en su oda “A Roosevelt” de *Cantos de vida y esperanza* (1905):

Eres soberbio y fuerte ejemplar de tu raza;
eres culto, eres hábil, te opones a Tolstoi.
Y domando caballos o asesinando tigres,
eres un Alejandro-Nabucodonosor,
eres un profesor de energía
como dicen los locos de hoy.

19 Buñuel había estrenado ya *Un perro andaluz* (1929), *La edad de oro* (1930) y *Tierra sin pan* (1932). Cuando el PC francés ordena aborrecer al surrealismo, a Huerta —como veremos adelante— ya no le parecerá una desgracia desconocer el arte de Buñuel.

- 20 Fundada por Vicente Lombardo Toledano en 1933.
- 21 Revueltas (1914-1975), ya militante del PCM, sobreviviente de dos visitas a la prisión en 1930 —una de ellas, por haber colgado la bandera soviética en una torre de la Catedral— es amigo cercano del grupo de jóvenes poetas. Huerta lo querrá siempre. Dirá a su muerte que Revueltas “fue mi hermano, / mi tibieza, mi tiempo juvenil y / mi amor a la vida” (“Revueltas: sus mitologías”, *PCEH*, p. 389).
- 22 Jesús Urueta (1895-1979) se inició como cineasta en Hollywood con el largometraje *El Destino* y el cortometraje *Gitanos* (1932). Al año siguiente, filma su primera película en México, *Profanación*. Hizo cine hasta la década de los sesentas.
- 23 Gabriel Soria (1908-1971), prolífico introductor del cine sonoro en México con películas como *Chucho El Roto*, (1934), *Martín Garatuza* (1935) y *Los muertos hablan* (1935).
- 24 *Janitzio* (1934) de Carlos Navarro, y *Redes* (1933) de Fred Zinneman y Emilio Gómez Muriel, con música de Silvestre Revueltas.
- 25 Las opiniones de Huerta sobre la Iglesia católica se registran también en algunos de los “Poemas prohibidos y de amor (III)”, escritos a mediados de los cuarentas (pp. 131-137 de su *PCEH*).
- 26 *Diario del Sureste*, 23 de octubre de 1936, 2ª sección, p. 3.
- 27 La frase aparece en “Mujeres”, una de las prosas de *De fusilamientos* (1984, 60). Huerta convertirá el tema de estas “mujeres asnas” en un tópico recurrente de estas crónicas y hasta de su poesía. En “Declaración de odio” aparecen enumeradas entre los homosexuales, las prostitutas, los poetas, “los jovencitos alcahuetes de talles ondulantes” y “los hombres vacíos” como emblemas de la ciudad odiada (*PCEH*, p. 103); y, años después, en materia del poemínimo titulado “Antitorri”:

Las mujeres
Asnas
Son la
Salvación

De los
Hombres
Inteligentes.

(*PCEH*, p. 346).

- 28 En *Absoluto amor*, Huerta dedica un poema a su amiga Carmen Toscano. En su relato “Tramontar” alude a una Carmen y a una Adela María (Salinas Quinard), “aquellas magníficas hadas de bondad y comprensión”. Carmen, “tenía la suavidad en los ojos. Miraba con un mirar vegetal, sabio. Escuchaba mis inquietudes con suma benevolencia...”.
- 29 El nombre íntimo que Huerta da a su novia Mireya Bravo, con quien se casará en 1941, madre de sus hijas Andrea Mireya y Eugenia, y de su hijo David. En “Tramontar”, el narrador cita una carta en que “Andrea” comenta: “Llueve, llueve, como si el cielo ya no quisiera guardar tanta agua”.
- 30 Andrea es, de hecho, un nombre masculino, Andrés, en italiano.
- 31 Unos días antes, en el mismo diario, el 11 de octubre, Huerta publicó su poema “El amor” con una dedicatoria, “A Mireya, en la Altiplanicie”, que perdió en la versión recogida en libro. En su *PCEH* se recoge un poema fechado en 1936, dedicado a ella: “Azucena y gloria” (p. 532).
- 32 En un poema de *Absoluto amor*, Mireya Bravo se convierte en “Andrea de Plata” (*PCEH*, p. 13).
- 33 Salvador Novo había dicho que, para escribir poesía, a Lira le bastaba con rascarse el apellido. Lira había editado el primer libro de Huerta, *Absoluto amor* (1935), para sus talleres de Fábulas (es decir, la cochera de su casa en la colonia Portales), y acaba de sacar el segundo, *Línea del alba* (1936), en las ediciones de Taller Poético.
- 34 *La Bien Plantada*, novela de Eugenio D’Ors.
- 35 Aída Lafuente, “La Libertaria”, militante comunista asturiana que murió en combate, es una de las figuras legendarias femeninas de la guerra civil. Arturo Serrano Plaja, como se verá más adelante, le escribió una “Elegía”.
- 36 En México, la revista fascista *Lecturas* (1936-1939) de Jesús Guisa y Acevedo solía publicar poesía de Pemán.

- 37 Arturo Serrano Plaja (1909-1979) publicó *El hombre y el trabajo* durante la guerra civil, libro que Machado saludó con entusiasmo. Cofundador de la Alianza de Intelectuales Antifascistas para la Defensa de la Cultura, combatió en el quinto regimiento del ejército republicano; en esa doble calidad es personaje en *L'Espoir* de Malraux. Perteneció al grupo de la revista *Hora de España* y fue uno de los principales redactores de la "Ponencia colectiva" en el Congreso de Valencia. En 1936 publicó *Defensa de la cultura*, interesante libro sobre la naturaleza del compromiso literario. A diferencia de sus camaradas de *Hora de España*, no se exilia en México. Estuvo primero en el campo de concentración de Saint Cyprien y, más tarde, en Chile y Argentina, antes de ir a morir a California. La mención al joven poeta español Serrano Plaja indica que Huerta ya lee la revista *Hora de España*, de la que es coreactor. Huerta usará un párrafo suyo como epígrafe de su "Declaración de odio" (*PCEH*, p. 102).
- 38 *Diario del Sureste*, 28 de octubre de 1936, 2ª sección, pp. 3 y 6.
- 39 Municipio henequenero del estado de Yucatán.
- 40 Los comercializadores del henequén tienen a los indígenas sumidos en condiciones atroces de miseria. El auge de la industria había terminado en 1916 y vivía una penosa agonía: la superficie sembrada se había reducido a la mitad entre el último año de don Porfirio y el primero de Cárdenas. En 1935, el gobierno inicia el reparto de las viejas haciendas y la entrega del equipo confiscado a los ejidatarios. Esto, claro, causa problemas entre terratenientes y campesinos que a veces se resolvieron con sangre. De hecho, al poco tiempo de la llegada de los jóvenes misioneros, en agosto de 1937, Cárdenas visitaría la península y, en un gran mitin, dará a conocer el decreto que entregaría los ejidos a los pueblos, reduciría la propiedad privada a ciento cincuenta hectáreas, expropiaría la maquinaria y los ferrocarriles regionales y publicaría un código agrario especial para Yucatán. La industria, no obstante, aceleró su decadencia.
- 41 En la URSS, las iglesias ya servían para esos fines.
- 42 Junto con José Revueltas, José Alvarado y Enrique Ramírez y Ramírez, Huerta será expulsado del PCM en 1943 por su secretario general, Dionisio Encina.
- 43 *Diario del Sureste*, 31 de octubre de 1936, 2ª sección, p. 3.
- 44 Se refiere a Novo y a Xavier Villaurrutia y a sus amigos pintores, en especial a Agustín Lazo y a Manuel Rodríguez Lozano.
- 45 La voz *faery* (literalmente "hada" en inglés), viejo apelativo para agraviar homosexuales.
- 46 La Liga de Escritores y Artistas Revolucionarios (LEAR) fue creada en marzo de 1934 con nombre y principios idénticos a los de las asociaciones soviética, norteamericana y francesa.
- 47 Años más tarde, Huerta evocará al músico en "Cementerio verano" (*PCEH*, p. 374).
- 48 Huerta evoca al novelista, periodista, maestro, editor (por ejemplo, de la revista *Ruta*) e ideólogo veracruzano: "su jovial sonrisa, sus bromas amables, sus suaves, paternales consejos... marchaba siempre hacia delante, recto y firme, lo mismo en la cátedra que en la conversación..." ("El maestro Mancisidor", en Prólogos, *Cuadernos de Humanidades*, número 19, Difusión Cultural de la UNAM, México, 1981, p. 7).
- 49 La LEAR tuvo filiales en Puebla, San Luis Potosí, Oaxaca, Campeche, Mérida, Mazatlán, Culiacán, Morelia, Pachuca, Jalisco, Saltillo, Torreón, Durango y Morelos. Juan de la Cabada y Fernando Achí fueron los responsables de la EAR del Sureste.
- 50 Mallea (1903-1982) había publicado sus *Cuentos para una inglesa desesperada* en 1926 y preparaba su *Historia de una pasión argentina* (1937).
- 51 *Diario del Sureste*, 1 de noviembre de 1936, 2ª sección, p. 3.
- 52 Huerta y sus camaradas estudiantes, rumbo al ya comentado congreso estudiantil de Mérida, viajaron de Veracruz a Progreso en un cañonero de la Armada de México, el *Querétaro*, aportado por el gobierno.

- 53 Más adelante, en la crónica 76, Huerta se extiende sobre este poema que, a partir de este momento, suele citar.
- 54 Novo y García Lorca se amaron durante algunos días en Buenos Aires, en 1933. El español ilustró el poemario de Novo, *Seamen Rhymes* (Francisco Colombo, editor, Buenos Aires, 1934). El mexicano dejó testimonio de su encuentro en *Continente vacío* (1933). Lorca intervino para que los Cahiers de la Barbarie tradujeran su *Nouvelle amour* (Túnez, 1936).
- 55 La revista *Caballo Verde para la Poesía* (octubre de 1935) fue dirigida por Neruda en colaboración con Concha Méndez y Manuel Altolaguirre.
- 56 Una versión reducida del ya comentado poema “Presencia de García Lorca” cerraba el artículo.
- 57 *Diario del Sureste*, 17 de noviembre de 1936, 2ª sección, p. 3.
- 58 El escritor socialista norteamericano Waldo Frank (1889-1967) había viajado por México y Chile. El presidente de Francia Léon Blum, que acaba de llegar al poder, propone en París la “no intervención” de las democracias europeas en la guerra civil española. La caída de Blum fue provocada por las divisiones de la izquierda a propósito de esa política de no intervención. La carta había aparecido en *Diario del Sureste* el 4 de noviembre.
- 59 La carta del escritor soviético Ilya Ehrenburg (1891-1967), agente en París de Stalin, se reprodujo en *Diario del Sureste* el 22 de octubre de 1936.
- 60 El periodista, escritor y político campechano Héctor Pérez Martínez (1906-1948) había participado en la querrela nacionalista de 1932 (véase mi estudio *México 1932: la polémica nacionalista*, México, FCE, 1998). Su carta a Ermilio Abreu Gómez se publicó en el *Diario del Sureste*, el 5 de noviembre de 1936, p. 6. Desde 1929, Abreu Gómez recoge, edita y prologa la obra de la poetisa.
- 61 El gobierno de frente popular de Blum ordena cerrar las fronteras con España el 8 de agosto y, en septiembre, participa en Londres en los trabajos del Comité de No-Intervención. Esto había desatado esa suerte de guerra civil mimética que Francia viviría durante los tres años del conflicto.
- 62 Rubén Salazar Mallén (1905-1986), novelista pionero con Mariano Azuela en el inventario del bajo fondo y sus hablas, se declara abiertamente fascista en sus artículos de *El Universal*. La violencia de adversario ideológico con que Huerta lo tratará a lo largo de estas páginas dará paso, muchos años más tarde, a una fuerte amistad. Salazar Mallén estará entre los dedicatarios del espléndido poema de Huerta “Barbas para desatar la lujuria” (*PCEH*, p. 306).
- 63 Unos días más tarde, el 1 de diciembre de 1936, en el mismo diario, Rafael Solana escribe que el de Salazar es “un nombre que significa lodo y suciedad, estupidez y mala fe”.
- 64 Vivió de 1935 a 1937, animada por Josep Renau y con Alberti, Max Aub, Margarita Nelken, Gil-Albert, Sánchez Barbudo entre otros colaboradores. Tradujo a Barbusse y a Céline, a Ehrenburg y al Gide pro URSS, a Malraux y a Maïakovski. Durante su segunda etapa, en plena guerra civil, colaboran en ella los mexicanos que asisten al Congreso de Valencia (Octavio Paz, Pellicer y Silvestre Revueltas). Existe edición facsimilar (Vaduz, Topos Verlag, 1977).
- 65 El doctor Marañón había huido a Buenos Aires, donde es recibido y protegido por Victoria Ocampo. Véase, más adelante, la nota 4 al artículo “José Bergamín” del 6 de junio de 1939.
- 66 Huerta se refiere a la muy discutida “adhesión” de los intelectuales, que aparece casi al mismo tiempo que el Manifiesto de la Alianza de Escritores Antifascistas para la Defensa de la Cultura (30 de julio de 1936), ambos redactados por Bergamín, quien además hizo las llamadas y cartas para solicitar las firmas. El texto de la adhesión se limitaba a decir: “Los firmantes declaramos que, ante la contienda que se está ventilando en España, estamos del lado del Gobierno de la República y del pueblo, que con heroísmo ejemplar lucha por sus libertades”. Firmaban, entre otros, Menéndez Pidal, Antonio Machado, Gregorio Marañón, Juan Ramón, Marichalar y Ortega y Gasset (*La guerra. Escri-*

tos: 1936-1939 de Antonio Machado, edición de Julio Rodríguez-Puértolas y Gerardo Pérez Herrero, Madrid, Emiliano Escolar, 1938). Por su parte, el Manifiesto de la Alianza de Escritores Antifascistas para la Defensa de la Cultura decía en su parte final: “Contra este monstruoso estallido del fascismo, que tan espantosa evidencia ha logrado ahora en España, nosotros, escritores, artistas, investigadores científicos, hombres de actividad intelectual, en suma, agrupados para defender la cultura en todos sus valores nacionales y universales de tradición y creación constante, declaramos nuestra identificación plena y activa con el pueblo, que ahora lucha gloriosamente al lado del Gobierno del Frente Popular, defendiendo los verdaderos valores de la inteligencia al defender nuestra libertad y dignidad humana, como siempre hizo, abriendo heroicamente paso, con su independencia, a la verdadera continuidad de nuestra cultura, que fue popular siempre, y a todas las posibilidades creadoras de España en el porvenir”. (Cfr. Hipólito Escolar, *La cultura durante la guerra civil*, Madrid, Alhambra, 1987.)

Pero Ortega y Gasset, quien ya se ha refugiado en París, escribe una carta diciendo que “en Madrid los comunistas y sus aliados obligaban, con graves amenazas, a los hombres de letras y a los profesores de Universidad, a autenticar con su nombre manifiestos redactados por los mismos comunistas”. En agosto de 1938, en la revista *Frente Rojo*, Bergamín relata entonces las circunstancias en que recogió las firmas en un ensayo titulado “Contestando a D. José Ortega y Gasset. Un caso concreto”, en el que desata un feroz ataque contra Ortega. El odio de Bergamín a ese comentario de Ortega continúa en México, donde publica de nuevo el ataque en un número de su revista *España Peregrina* (febrero de 1940, pp. 32-34). Bergamín, quizá, obraba un tanto acorralado ya por la sombra que arrojaba sobre él su acuerdo de comunista a la represión de los anarquistas del POUM (había prologado en 1938 el panfleto *Espionaje en España* de “Max Rieger”) así como los rumores —confirmados más tarde por los “archivos Ve-

nona”— de que Bergamín estaba al servicio de la URSS.

- 67 *Diario del Sureste*, 2 de diciembre de 1936, 2ª sección, p. 3.
- 68 Tablada (1871-1945) ensayó el haikú desde 1916. Adjudicarle su “creación” es excesivo.
- 69 Villaurrutia estaba traduciendo a Blake en esos momentos.
- 70 En su póstumo “Sueño de los guantes negros”, el jerezano sueña estar en “el más bien muerto de los mares muertos”.
- 71 El resultado serán las Juventudes Socialistas Unificadas de México (JSUM), manejadas por el PCM. José Revueltas y Enrique Ramírez y Ramírez están entre los dirigentes; Huerta formará parte de su Comité de Finanzas.
- 72 El “músico-poeta” ya era, en 1936, el compositor más querido de México, lo que sacaba de quicio a no pocos militantes de la LEAR, que consideraban que su música averiaba la sensibilidad popular.
- 73 En “La enferma”, poema de *Absoluto amor*, Huerta imagina “un cuerpo hermoso” que previene “los pasos de Verlaine a Cocteau”.
- 74 Sigue citando a Tablada.
- 75 Los párrafos que siguen están llenos de alusiones a poemas de López Velarde, a “El retorno maléfico” y a la “Suave patria”, sobre todo.
- 76 *Diario del Sureste*, 4 de diciembre de 1936, 2ª sección, p. 3.
- 77 Vasconcelos manifestaba su enérgico anticomunismo en las páginas editoriales del *Excelsior*.
- 78 Sobre el involucramiento soviético en el proyecto de los frentes populares europeos puede verse con provecho *El pasado de una ilusión* de François Furet (México, FCE, 1996).
- 79 De hecho, durante su adolescencia, Ramírez y Ramírez había sido anticomunista.
- 80 *Diario del Sureste*, 9 de diciembre de 1936, 2ª sección, p. 3.
- 81 En ese teatro se desarrolló una gran temporada del grupo Orientación, supervisado por Novo y Villaurrutia, con piezas vanguardistas, en 1933.
- 82 Conferencia en la que el amigo del jerezano narraba minuciosamente su muerte y aludía sesgadamente a su enfermedad terminal.

83 Carrillo había fundado en 1920 la Federación de Jóvenes Comunistas, y en 1924 había asumido la secretaría general del PCM. José Revueltas había regresado de su estancia en las Islas Marías (1932-1935), experiencia sobre la que escribiría su primera novela *Los muros de agua* (1941).

84 Los estudiantes cubanos sufren la represión de Machado; los centroamericanos son los que han muerto en Managua junto a Augusto César Sandino; más que a los egipcios, Huerta podría referirse a los etíopes, recién invadidos por Mussolini. Los chinos, por su parte, han sido invadidos por los japoneses.

85 El amor de Huerta a Stalin será duradero. En 1942, en "Los soviéticos", uno de sus *Poemas de guerra y esperanza*, escribirá:

Y hubo también un hombre
(ningún hombre en el mundo trabaja más que él),]

un hombre de ardoroso metal,
un hombre de sobrehumana calidad,
un soviético: Stalin.
Herederio, como las regiones eléctricas,
como las minas de carbón y los mantos de
aceite,]

de la visión profética de Lenin.
¿Qué perfil es el suyo, que a los hombres,
sus hombres, y que a nosotros,
plantas de limpia altiplanicie, seduce?
¿Y cómo es su palabra, su palabra soviética?
Pues no le oímos, no le vemos, no le tocamos
con emocionadas manos, y respeto y ternura;
sus ojos donde la inteligencia es flor
no nos miran, sonrientes,
ni podemos tocar, besar
sus prodigiosas canas de padre universal.
(PCEH, p. 68)

Años más tarde, en 1952, de viaje por la URSS para asistir al xx Congreso del PCUS, en el poema "Descubrimiento de Moscú" (p. 175), dirá que Stalin "es el único hombre del mundo que sabe lo que piensa" y que sostiene en alto "la azul bandera de la paz en el mundo". Todavía en 1966, en "Un hombre solitario" (p. 259) se

referirá con amargura al hecho de que el aniversario de la muerte de Stalin ha sido descartado del calendario oficial soviético. Más tarde aún, dirá que luego del xx Congreso el viaje a Moscú se volvió "turbio, torvo y gelatinoso", si bien no explica por qué.

86 En marzo de 1936, el comité ejecutivo de la Internacional Comunista ordena a las organizaciones juveniles que se conviertan en "organizaciones sin partido, pero revolucionarias en su esencia". El PCM obedece, deja la línea de masas (clase contra clase) adoptada durante el III Pleno de la Federación de Jóvenes Comunistas (octubre de 1934) y propicia ahora la línea de "frente popular" (todos unidos contra el fascismo), como se desprende de la cita de Revueltas.

87 La Nacional Autónoma de México, en poder de la clase media católica.

88 *Diario del Sureste*, 16 de diciembre de 1936, 2ª sección, p. 3.

89 Wally Simpson, la amante norteamericana del rey inglés Eduardo VIII, que dimitiría para casarse con ella.

90 Seguramente su amigo Ignacio Carrillo Zalce (1915-1985), estudiante de derecho, miembro del círculo exterior de la revista *Barandal*.

91 T. S. Eliot había publicado *The Hollow Men* en 1925. Huerta lo tiene en mente al usar esa frase.

92 *Diario del Sureste*, 18 de diciembre de 1936, 2ª sección, p. 3.

93 SS: Schutzstaffel, la policía a cargo de la seguridad interior.

94 Gonzalo Queipo de Llano, uno de los generales que se alzan contra la república. Luis Cabrera (1876-1954) escribía artículos furiosos contra Cárdenas en la revista *Hoy*.

95 Que acaban de hacer las democracias europeas ante el conflicto español.

96 *Diario del Sureste*, 25 de diciembre de 1936, 2ª sección, p. 3. Sobre este congreso véase el prólogo a este volumen. El número ocho (marzo de 1937) de la revista *Frente a Frente*, órgano de la LEAR, da cuenta del congreso y recoge varias ponencias y testimonios. Sobre la

- LEAR y su congreso pueden leerse con provecho los capítulos alusivos en *El río, novelas de caballería*, de Luis Cardoza y Aragón (México, FCE, 1986) y en mi libro *Poeta con paisaje. Octavio Paz* (México, ERA, 2004).
- 97 Marinello había llegado de Cuba exiliado por Machado un año antes. Huerta habrá de considerarlo poseedor de una figura “clara y lúcida como ninguna” (“Explicaciones”, en Prólogos, p. 15).
- 98 Dirigentes de sección de artes plásticas de la LEAR, Clara Porsett y el pintor Enrique Guttman (líder también de la Liga Alemana de México, antifascista); Julio de la Fuente llegó a ser secretario general del PCM.
- 99 La revista de Rafael Solana, *Taller poético*, apareció siete veces entre 1936 y 1938. Colaboraron en ella Paz y Huerta. *Fábula* era una revista, y una editorial de Miguel N. Lira que apareció en 1934; más tarde fundó la editorial Simbad que, entre otras cosas, publicó *No pasarán!* (1936) y *Raíz del hombre* (1937), las primeras plaquettes de Paz.
- 100 Ninguno de los españoles mencionados llegó al Congreso.
- 101 Octavio Novaro Fiora del Fabro (1910-1980), llamado “Novarito”, colaboró en *Taller* junto a Paz y Huerta. Publicó *Canciones para mujeres* en 1936, muy lorquianas, y no tardó en dejar las letras por la abogacía.
- 102 Más tarde se verá que Huerta se había comprometido con Julio de la Fuente a atraer a los jóvenes del grupo Barandal y, sobre todo, a Paz, que es ya el poeta joven relevante de México. Los jóvenes “barandales”, como se verá adelante, terminaron por negarse a presentar la ponencia.

16. Este caos que vivimos¹

Lento, apretado, conciso el caos que nos ha tocado vivir. Sin una aparente ranura de escape. Sin la solución fácil del quietismo, del quietismo ahora más absurdo y necio que siempre. Un caos repleto de sangre vertida por los “ordenadores”, de tibieza derramada por los “activos”, de traiciones ejecutadas por los “fieles”. Un caos vergonzoso del que saldrá algo, algo grande, sin duda, pero que por lo pronto nos retuerce la garganta hasta ahogarnos o hasta envilecernos.

Por eso estamos obligados a endurecernos los hombros, a limpiarnos el cerebro de vileza y mezquindades —dos medios que los hombres de buena fe utilizan como barato vehículo de cobardes huídas. Porque ya no es posible vivir de memoria, de ancianos y humillantes momentos históricos, vanos y falsos; porque ya no corre por las calles el azúcar que restaura las energías desgajadas. Pero hay en las plazas públicas —en el mitin, por ejemplo—, goteando, reanimando para la lucha, un fruto espléndido, sano, que debemos morder y asimilar con agilidad y cariño. Es un fruto anunciador de constantes inquietudes y perfectos anhelos.

Así, el poeta ya no vive en los jardines ni los pinceles del pintor se abren en estilo precioso junto a los valles antiguamente transparentes, hoy turbios y ennegrecidos a fuerza de soportar la retórica en polvo de tantos y tantos poetas agotados. Porque, después de todo, hay que confesarlo: la crisis poética existe.

Hay una poesía que se liquida poco a poco a sí misma: la que insiste todavía en castigar las formas aquellas puestas en desuso hace más de un cuarto de siglo: la poesía-joyel. Indudablemente con esa forma poética se hicieron maravillas. Pero ya no es posible seguir haciéndola. Se cae fácilmente en la cursilería machacando los tonos menores del romance insustancial y de la cancioncilla vana. Y sí, claro, sobrevive el soneto. En México son contadísimos los grandes soneteros: Pellicer, Fernández del Campo,² Paz y otros. Pero éstos que trabajan el soneto con amor y perfección le dan un contenido actual. No lo entorpecen con desenfrenos sentimentalistas. Dignifican la forma clásica.³

Existen versificadores que acostumbran beber y beber agua poética —lo que ellos consideran que es el agua de la poesía— sin levantar jamás la cabeza de la fuente. Se ocultan con artificio de entretenidos estetas. Viven a maravilla, inventándose una lírica falsa. Y cuando se les llama, descaran su sordera de patriarcas envilecidos por la inacción. Y así continúan pudriéndose de sospechosa vanidad.

Nosotros no queremos, ni mucho menos, esa “cultura”, esa “inteligencia pura” y ostentosa de dioses mayores de cartón piedra. No soportamos ese mutismo insolente que acostumbran. No aceptamos que se nos entregue con aires de protección una “verdad” insostenible por escasez de virilidad. No ambicionamos la tutela de quienes desvalijaron bonitamente las modas literarias y sexuales de Francia y Estados Unidos.

Mucho muy claramente se dirán bastantes cosas en la ponencia que presentaremos en el congreso de la LEAR.⁴

Pobres de aquellos que sin vivir el caos que nos ahoga vegetan cándidamente sobre las tersas y musicales plumas que la burguesía y la burocracia les acomodan con la cochina táctica de siempre. Ellos pasarán por el mundo en calidad de avestruces irremediables. Dirán sus palabras con la pedantería acostumbrada. Serán oídos por sus fieles discípulos únicamente. No les damos interés ni les aseguramos la trascendencia que ambicionan.

El rudo clamor que nos rodea sintetiza en firme la responsabilidad que tenemos. Cada hora como que se deshace en júbilo de llamadas a todos los trabajadores del arte. Cada momento es una segura instancia. Y bien, recojamos esa voz.⁵ Enviémosla a los pueblos que se duermen de tedio, a los pequeños talleres donde aún resuena en tono indebido la palabra de los amos, de los últimos amos. Mandémosla a las grandes fábricas donde ya la conciencia de clase es una formidable realidad, a las lánguidas alamedas donde los paraderos rumian su odio, perfeccionándolo.

Porque en el centro del caos que vivimos, que hierve y se agita, no es de hombres mantenerse en forma pasiva y quejumbrosa. Lancemos de nuestros ojos esas crueles raspaduras de vidrio que nos impiden ver lo que se mueve terriblemente, lo que debemos hacer morir, lo que tenemos obligación y derecho de desmoronar.

Que no seamos testigos consumidos, sumisos, del tiempo que nos pertenece. Demos venas y arterias y grito capacitado al motivo que perseguimos: a la idea suprema, al viejo y soberbio fantasma.

México, D.F., diciembre de 1936.

17. Stendhaliana⁶

La conocí una tarde en que el cielo estaba desesperadamente azul, como invitando al descanso en una playa, en un jardín con fresnos o a la sombra de viejos y sombríos mu-

ros. Iba sobre la luz, despacio, midiendo sus misteriosas sonrisas. Anunciaba el crepúsculo y el alba.⁷

Y hace apenas dos meses que leímos juntos *Le Rouge et le Noir* y la *Antología de la poesía romántica española*.⁸ Así, acaso tardíamente, celebramos a nuestro sencillo entender el centenario del romanticismo. Viviendo los magníficos veintitrés años de Julián Sorel y los poemas de [José de] Espronceda, [José] Zorrilla, [Ángel Saavedra] el Duque de Rivas, [Manuel José] Quintana, [Francisco] Martínez de la Rosa, [Gustavo Adolfo] Bécquer y Rosalía de Castro.

Andrea⁹ salió dulcemente agobiada de la lectura y durante tres semanas le brillaron los ojos de una manera especial y desconocida aun para ella misma frente al espejo. Y hoy confiesa que se aburre, que se fastidia, que se deshace de pereza, de cansancio, de tedio, de inacción... ¿Se aburre de no ser como Amiel o Manzana de Anís?¹⁰ Es posible. Todo es de esperarse de ella, tan incomprensible y sutil, tan silenciosa y llena de encantos. Vive desbaratando caracteres de héroes literarios. Ayer quería pasear con Julián por las calles de París, acariciar las nuevas palomas del Louvre; pero hoy amaneció odiando aladamente todo lo que suena a zurear de confiadas palomas y desea estar con don Manuel el perezoso en Venecia, tirando a pájaros el ruido del palomar, contemplando indiferente la fachada de San Marcos, sin acordarse de que existe Florencia y que aún pueden sonar a verdadera gloria las veinticinco campanas plateadas de la Giralda. No le importa Sevilla. Sólo le interesan algo, muy poco, los barrios parisienses. Estoy por creer que es la perfecta distraída. Distraída hasta el aburrimiento.

Imposible ahora, fatigoso viernes, anudar una tarea o dejar caer sobre los libros de estudio una confidencia o un secreto que quedaría estremecido entre ella y yo y del cual no tendrían noticias, en el remoto caso de que fuera expresado, ese paisaje siena y a veces amarillo decidido que nos observa a través del balcón. Pero su voz rompe el silencio.

—Anoche descubrí una auténtica greguería en *El camino de Swann*, que se refiere a la luna y a su entintado rol de primera actriz en plena decadencia.

De asombro, algo de mi cabello lacio se desmayó sobre su hombro izquierdo. Presiento la tormenta. Comenzará a hablar mal de Proust, de Swann, de Gilberta, de Bloch, admitiendo a Francisca y a Saint-Loup, como hace pocos días se dormía de alabanzas a Elstir, el pintor maravilloso.¹¹ Habla, escribe, estudia. Permanece silenciosa, hostil más de diez minutos.¹² La beso en la nuca, en la garganta, en el pecho. Me doy cuenta de su vestido nuevo, negro, con botones rojos y cuello y puños de un delicado encaje, tan raro que desde entonces la piel de sus manos creo que la tiene mateada interiormente, como algunas lámparas eléctricas, y que por ese motivo le brillan más y más, sobre todo cuando la noche apoya sus tibias mejillas sobre la ciudad y el cielo se ennoblece estrella por estrella. Esas manos tan suyas, que no son como lirios ciertamente y que siempre me parecen enfermas de algo, enfermas y afiladas por su extraña inteligencia de pequeña diosa estudiantil.

—¡Pobre Proust —intervengo—, lo estás dejando sin sentido!

—No; si lo que me parece grave es su genio, casi caminando a tientas. Prefiere el deslíz al asalto. Su timidez se opone a cualquiera de las clases de locura conocidas. Se duerme de una adolescencia desmenuzada. A veces me pregunto si no es el ambiente que describe Proust lo que me tiene tan cansada. Porque ¡qué espantosos medios burgueses y falsamente aristócratas pinta! ¡Qué bien se burla de esa *jeunesse dorée* tan detestable!

Andrea se atreve a decirme lo que piensa en el estilo de esos falsos poetas que confiesan haber agotado todas las formas y todos los temas desgadamente, marcando con claridad las comas y los puntos de sus frases. Pero lo que dice es interesante y cierto, y por vez primera en la vida que nos conocemos, atiendo a las palabras de Andrea más que a las líneas puras de su perfil.

—Stendhaliana...

Me mira fijamente. Mi frente, mi nariz, mi boca están a sus órdenes. Espero sus preguntas, sus proyectos, sus objeciones. No dice nada. Me sigue mirando, ahora sólo a la boca con curiosidad y casi con cinismo. Repaso mis frases anteriores y no hallo algo censurable. No me explico su actitud de analista o, en último caso, de sencilla distraída.

—¿Cómo me dijiste?

—Stendhaliana, querida.

—Prométeme todos los libros de Stendhal que tengas, para la próxima semana. Espero decirte algún día que no es *Rojo y negro* el mejor libro de ese autor.

—Perfectamente. Conocerás a Fabricio, a Octavio, al conde Mosca, a la finísima Armancia.¹³

—Bien.

Y como una naranja sobre la arena, rodó el silencio de un extremo al otro de la mesa de estudio. Solamente algunas páginas en blanco, las manos de ella y una elegante plegadera niquelada parecen no aceptar la ausencia de nuestras voces. Es tarde. Me despido de Andrea.

Ya en la calle, encerrada mi memoria en sus palabras y en sus caricias juveniles, la siento todavía sobre sus apuntes diciéndose musicalmente: stendhaliana... stendhaliana...

México, D.F., enero de 1937.

18. El problema de la poesía¹⁴

Ante el Congreso Nacional de Escritores y Artistas convocado por la LEAR, que hoy habrá de inaugurarse en esta ciudad, vayan estas pequeñas notas sobre el problema especial de la poesía mexicana, o mejor, de la joven poesía mexicana. Notas o puntos de

vista como pago del compromiso contraído con Juan Marinello y Julio de la Fuente. Porque, y causa pena confesarlo, no hubo forma de convencer al mejor grupo de poetas jóvenes de la necesidad de elaborar una ponencia sobre poesía.¹⁵ Ya sabemos cómo las gastan aquellos que durante largo periodo fungieron a la manera dictatorial sobre el campo literario de México, enmohecendo, desviando e incitando a la imitación de la imitación. Nada, nada de ellos si continúan en su petulante actitud de “dioses mayores”, si persisten haciéndose los entretenidos en esta hora de viriles resoluciones.¹⁶

Serían necesarios, en verdad, varios meses de estudio y trabajo para lograr una cosa perfecta referente a la poesía y sus problemas. Pero nunca se discutirá demasiado sobre su evolución; sobre su contenido y su forma; sobre la técnica clásica y el estilo licencioso de ahora; sobre la poesía como algo disparatado y, por tanto, no menos exagerado; sobre la poesía como una cosa infinitamente seria, según la frase d'orsiana. Y veamos: la poesía ha evolucionado, hasta si se quiere, en forma desesperante; dado un salto triple, crecida por el éxito de la pintura, la música y la ciencia; tomado posiciones, simplemente reforzando su expresión interna, desplazándose a lugares desconocidos, insospechados hasta hace menos de un cuarto de siglo, rompiendo las oxidadas barreras impuestas por los magníficos artífices de otros tiempos, creciendo y adquiriendo nobleza gracias a las imágenes —rebuscadas o no— que quienes la trabajan encuentran en todos los sitios del mundo; y llegado a ser, al fin, esa cosa tan llena de vitalidad misteriosa, rebosante de seriedad y hombría, habitada no pocas veces por secas imperfecciones, esa cosa rítmica, fluyente como un vigoroso río. Una poesía fortalecida por la dignidad de sus poetas. Pero esta forma de poetizar no es entendida por aquellos que se esconden detrás de una “mustia lira” o a la sombra de su pálido “estro”. Estos quisieran oír toda su vida rumorosos versos, tibios endecasílabos y escuchar la pirotecnia de sus canciones medrosamente escondidos en sus merecidas habitaciones de artistas domesticados.

Nos inclinamos por la poesía de auténtico contenido social. Afirmamos al mismo tiempo que un lastimoso noventa y nueve por ciento de esa poesía llamada “revolucionaria” no es tal cosa y sí una falsa y desenfrenada tendencia a despistar, a desmoralizar a quienes desean hacer con honradez obra de arte sobre las bases proporcionadas por la hora y los acontecimientos vividos.¹⁷ Admitamos las prodigiosas lindezas de los mejores sonetistas de México, las maravillas líricas de Carlos Pellicer, el enorme poeta de *Piedra de sacrificios*; admiramos los esfuerzos de los poetas de la Juventud Comunista y la angustia de sus poemas. Pero cuando Octavio Paz escribe “¡No pasarán!” y Vicente Magdaleno la “Canción del pequeño camarada” nos damos cuenta de las perspectivas ilimitadas de la poesía joven mexicana en un campo que no sea ya el estéril por demasiado trillado y en el que tantas naturalezas inteligentes se agotaron y se aniquilan. La poesía no debe ser consecuencia de un estar a la expectativa, sino producto de una decidida intervención con la sangre, las vísceras y el cerebro en la lucha social. La disciplina, la ética y el profundo sentido de responsabilidad de los jóvenes poetas son fórmulas

exactas, no vaguedades ni mentiras, para poder escalar las cumbres de la mejor poesía. La juventud tendrá resonancia y será ejemplar cuando la joven generación mexicana —encabezada por las Juventudes Socialistas Unificadas— tenga entre sus filas a poetas conscientes y maduros, no a monederos falsos sin oídos para el ritmo más elemental. De la poesía licenciosa, de ese montón informe de líneas de menos y más de cincuenta sílabas, de todo ese lirismo torrencial llegará a brotar, qué duda cabe, el estilo poético ambicionado. Rara vez un caos engendra otro caos. Y mundialmente conocido es el *Romancero de la guerra civil española*,¹⁸ en cuyas páginas resbalan los versos bien ceñidos a una forma clásica y con un tono asombroso de energía humana: como una crónica poética se nos antojan esas páginas del romancero, controlado por los más destacados poetas españoles.

Pero no sólo existen los problemas poéticos aislados y confusos. Vive también una serie de conflictos que día tras día se alarga y oscurece: se aclara, se refuerza. El caso concreto de los poetas como seres vivientes entre otros que no hacen versos, entre un pueblo que no ha tenido facilidades para emocionarse con una oda; el caso concreto de los poetas como entidades latentes en una situación social, en un mundo de tragedias, de grandes movimientos populares, de bruscas traiciones y gestos heroicos; el caso concreto de los poetas y su actitud ante un proletariado que asciende y asciende ante las maniobras de los bárbaros, es decir, ante las provocaciones de los fascistas.

En el llamado fraternal que el comité organizador del Congreso de Escritores y Artistas de México hace a todos los intelectuales del país, están tan claros los propósitos que los movieron a reunir a los hombres de arte y de pensamiento alrededor de problemas verdaderos y discutirlos, estando de acuerdo, de ser posible, en un criterio común que sirva de arranque.

Aseguramos que al Congreso irán los poetas, no en calidad de simples oyentes, sino dispuestos a enfocar la atención sobre sus problemas especiales: su situación en la hora presente, dentro y fuera de la sociedad mexicana; los problemas técnicos de su actividad y la defensa de sus intereses económicos;¹⁹ la ineficacia actual de su función social; su acercamiento a las masas populares, “en forma adecuada y capaz de prodigar sus frutos”; su interés en combatir las formas reaccionarias poéticas —desde la más baja cursilería hasta cierta “crítica” amparada en una sublime ignorancia y una mala fe descaradas—; su entusiasmo por la defensa de las libertades democráticas conquistadas y su ansia de nuevas normas sociales.

La poesía no es acaso “sino el caudal que arrastra el panorama del mundo, los ojos abiertos, la vida poeta”, según la afortunada definición de [Alberto] Quintero Álvarez;²⁰ no es otra cosa que una necesidad vital mezclada sonoramente con el llanto y los puñetazos, una urgencia humana revuelta con la alegre perspectiva de una paz realmente sólida; o una región terrestre, prometedora y fecunda, abierta al firmamento y clara a los hombres.

19. El congreso de la LEAR²¹

Sé que después del Congreso sólo una frase, frase ritual por cierto, se puede decir: el éxito ha coronado todos los esfuerzos. Pero no hay otra más objetiva y por eso la uso. El Congreso ha dado los resultados presentidos y ambicionados. Como anuncio o amenaza arriba, solamente me concretaré a dar una reseña repleta de impresiones, porque no sería posible transcribir todos los puntos resolutivos.

Aquella del domingo 17 de enero fue una mañana perfecta: una mañana clarísima y prometedora en que no había más salida que olvidar los bajos mundos del odio y el aburrimiento. Se inauguraba un Congreso Nacional de Escritores y Artistas. Estaban ya en México Waldo Frank, Joseph Freeman, Joe Jones;²² representantes de Cuba, Venezuela, Perú y de muchos estados de nuestro país. De un momento a otro llegaría Nicolás Guillén.

Aquella mañana hablaron Marinello, Hernán Laborde,²³ Mancisidor,²⁴ Gilberto Bosques,²⁵ Frank y el licenciado Luis I. Rodríguez,²⁶ quien en nombre del general Lázaro Cárdenas declaró solemnemente inaugurado el Congreso. Aquella pródiga mañana saludé a los delegados yucatecos, Alfonso Aguilar y Jaime Orosa Díaz; al escultor Rómulo Rozo, tan sencillo y afable; a Mireya, curiosa por ratificar un verso de Alberti: aquel que se refiere a “la voz firme y pura de Juan Marinello”²⁷ y ansiosa de oír *La Internacional*.

No he resistido al recuerdo en toda la semana. Sucede que hace tiempo, años, leí en un *Social* de La Habana unos versitos de [Baldomero] Fernández Moreno²⁸ a Waldo Frank,²⁹ fechados en 1929. Busqué entre mis papeles el poema y transcribo algunas líneas:

Norteamericano de claro mirar,
huésped admirable, dulce Waldo Frank,
¿cómo tan menudo,
cómo tan cordial,
cómo tan sencillo
y tan familiar,
cómo tan violeta,
cómo tan cristal?
¿No es todo en tu tierra
torre y tempestad?

Tal vez cuando esto aparezca Frank no se encuentre ya en México. Que siga entonces el argentino:

Te vas como siempre,
por tierra y por mar

con tu traje pardo
que es casi un sayal,
con tu cuello grande,
como tu bondad,
heroico minero,
vete, capitán,
te vas en la busca
de un reino ideal
donde ya florece
otra humanidad.
La hallaremos todos,
dulce Waldo Frank:
tú eres espolique³⁰
en la obscuridad.

Y al fin puedo apropiarme sólo dos versos del poema: “Pero yo me quedo, / pero tú te vas”. ¡Ah, dulce Waldo Frank, todos fuimos testigos en México de tu bondad y de tu heroísmo como guía que nos conduce por entre suburbios y tinieblas hacia una tonificante paz constructora! ¡En estos precisos momentos consideramos que eres un rostro amigo con el corazón de poeta abierto a todos los rumbos!

Nos habló del estado de guerra existente en el mundo y que sólo niegan los estados que lo han provocado; de la bancarrota del capitalismo; del ejemplo soviético y de su confianza en el futuro de aquel vastísimo país; denunció a Inglaterra —oh, esa pérfida Albión— como primer enemigo de España; habló de la viril lección mexicana en su ayuda al pueblo español; del papel del artista en “este largo asedio guerrero”, declarando que “nosotros tenemos que poner en práctica nuestra lealtad hacia la clase obrera, ya que nosotros mismos somos obreros”; consideró el contenido, el alma de la religión, habiendo hecho al final una invitación a la lucha: “si nosotros los artistas realizamos nuestra obra en *conjunción dialéctica* con los trabajadores, nuestra revolución tendrá que dar a luz un nuevo mundo”.

Para muchos de nosotros, Waldo Frank es un caso típico de intelectual de frente único. He de decir que no reaccioné a tiempo a lo largo de su estupendo discurso. Más reservas nacieron al borde de dos o tres cuidadosas lecturas del texto reproducido íntegramente por *El Nacional*; después de una pregunta capciosa de Rafael López Malo³¹ y al margen de una conversación con el “negro” de la epístola a Vasconcelos. En realidad, no fue totalmente antimarxista el discurso de Waldo Frank. Sí lo fue en varios aspectos —el de la religión, por ejemplo—, que el mismo Marx aclaró muy bien en dos de sus obras. Recuerdo una certera crítica que en *Cuadernos del Valle de México* hiciera José Alvarado³² al célebre libro *Aurora rusa*. Waldo Frank deformaba, rehacía a su manera y le

daba un sentido místico, especial, a la materia religiosa. Pero ¡qué gran visión política la del escritor norteamericano! Tuvo una frase rotunda: “Y muchos hombres que se creen socialistas o comunistas, son de estructura mental fascista”. Algunos, no muchos. Hay un tipo bien definido de universitario mexicano con esa característica, además del ya conocidísimo recién llegado.³³

José Mancisidor fue algo así como la revelación del Congreso.³⁴ Hace tiempo, Ramírez y Ramírez me dio a leer *La asonada*, un pequeño libro inmaduro pero significativo; después, *La ciudad roja* y *Nueva York revolucionario*,³⁵ libros más firmes, siendo el último de ellos una apreciación exacta de varias personalidades literarias que asistieron a un congreso celebrado en los Estados Unidos. Más tarde supe del viaje del veracruzano a la Unión Soviética. (Aquí cabe, protegida por gráficas medias lunas, una confesión: envidio a los que han estado en la URSS y a quienes en España combaten contra el “bruto desbocado”.) A su regreso, hemos aprendido mucho. Algo: él nos hizo conocer el positivo valor del joven poeta [José] Pla y Beltrán en aquella memorable discusión provocada por el inquieto Cardoza —“Yo fui el san Sebastián martirizado por la flecha bordada de tus medias”— y de la que salió todo menos lo que justamente esperábamos. Un pequeño cuento, “Una noche en Bakú”, es lo último y muy hermoso que conozco de Mancisidor.

Bueno, durante todo el Congreso Mancisidor fungió como presidente de debates y hay que reconocer que lo hizo como quien es, como un costeño legítimo... Ahí está, ya salió el metro del romance con el correspondiente saqueo al gitano asesinado.³⁶ Hubo quien acusara a Mancisidor de “tirano”, de “déspota” y de no sé qué más.³⁷ La verdad es que llevó las asambleas por el camino del orden y de la disciplina, no permitiendo escándalos, aunque detalles no faltaron de impulsivos congresistas que le obligaron a gritar un ¡Síntese! implacable y definitivo. Frecuentes ocasiones intervino Mancisidor para aclarar que el Congreso no era exclusivamente de artistas —“emplearé, en lo que sigue, la palabra artista para designar también a los escritores”— revolucionarios, ni precisamente de la LEAR, sino un Congreso Nacional de artistas poseedores de un sentido progresivo, es decir, con ciertas bases mínimas aceptadas. No es posible discutir mucho sin estar previamente de acuerdo en algo, dicho sea alterando la frase de Xenius.³⁸ Tampoco creí en el “procedimiento militar” de Mancisidor para encarrilar los plenos. Y cuando digo que Mancisidor fue como una revelación del Congreso, es porque pienso en su honradez como escritor de izquierda. En su tierra, Jalapa, hace lo que pocos han logrado hacer, y percibe claramente los panoramas políticos, sociales y literarios del mundo. Cuando Jorge Cuesta, en la Sección de Literatura, propuso un mensaje de simpatía a André Gide por su libro *Retour de la URSS* [sic], fue Mancisidor quien logró, con maestría y conocimiento de los hechos, que tal proposición fuera rechazada y colocó a Cuesta eso que en plástico español se llama una “paliza”. (Por cierto, al terminar Cuesta de leer su “ponencia”,³⁹ el compañero [Carlos] Zapata Vela sugirió enviarla, por confusa,

a una comisión de estilo.) A mí no me extrañó la proposición del codirector de *Letras de México*,⁴⁰ pues ya en una página del primer número de esa joven revista aparecieron párrafos del prólogo de Gide a su propio libro, anotados malignamente en forma anónima. Un buen discurso pronunció Mancisidor en el gran mitin de las Juventudes Socialistas Unificadas en el que también habló Waldo Frank: “A los fascistas y a los amigos y apolo-gistas del fascismo sólo se les puede dar un nombre, que es el de degenerados”.

Los días lunes, martes, miércoles vivieron en medio del justo interés de los congre-sistas. Nutrida correspondencia de dentro y fuera del país, gran número de adhesiones y saludos: uno de Juan de la Cabada enviado desde los límites de los campamentos chicle-ros en Quintana Roo; un saludo que a los mexicanos trae de los intelectuales de Venezu-ela el camarada Rojas Jiménez —¿Alberto?—. ⁴¹ Días de intensos trabajos de todas las secciones en que se dividió el Congreso. Anoté las juiciosas e inteligentes intervenciones de Mario Souza, de [Enrique] Gutmann —que es un excelente fotógrafo y no se apel-lida originariamente Guzmán—, de González Aparicio, que tuvo la siguiente frase: “No nos asustan las palabras ni las actitudes; nos asustan solamente las palabras que más tarde no estarán respaldadas por las actitudes”. Digna de mención es la ponencia que presentó a la sección de literatura el destacado intelectual don Genaro Estrada y que abordó el problema del escritor frente a los conflictos de neutralidad internacional;⁴² lo es también la presentada por Germán Lizt Arzubide⁴³ sobre cuestiones fundamentales de periodismo.

El jueves, el Congreso en masa salió a descansar a San Juan Teotihuacán. Excursión que inspiró al compañero Arizmendi una formidable tirada lírica semejante a la que Napoleón soltó a sus tropas desde lo alto de una de las pirámides egipcias.

El viernes por la tarde, Luis Córdova me presentó con el poeta cubano Nicolás Gui-llén.⁴⁴ Toda la América sabe quién es Guillén, aunque Xavier Villaurrutia no conozca otro que al insoportable Jorge de *Cántico*.⁴⁵ Y después de la presentación hecha a la asamblea por su compatriota Juan Marinello, ardo en deseos de conocer la “Elegía a un soldado vivo”.

Como he advertido desde un principio, sobre que daría solamente una reseña del Congreso, no tengo más remedio que suspenderla aquí. Supongo que ya han sido nom-brados los encargados de redactar la correspondiente *Memoria*. Es todo.

20. Lady Jane y la poesía⁴⁶

En cierta revista dedicada amorosamente a la mejor literatura que se hace en México, saldrá en breve una curiosa colaboración del poeta Octavio Paz. Son varios sonetos con tema erótico inspirados en la fragancia y claridad del mes de junio.⁴⁷ “¿Qué tendrá el mes de junio sobre los poetas?”,⁴⁸ nos preguntaba en una ocasión el crítico [Antonio]

Acevedo Escobedo.⁴⁹ Todo el mundo literario espera con ansia la publicación de un libro de versos de Carlos Pellicer que giran en torno del citado mes.⁵⁰ Y no sería difícil que en el contenido de ese libro viniera la respuesta definitiva a la cuestión planteada por el autor de *Sirena en el aula*.

Todo va a resultar muy bien. No nos cabe la menor duda. Sólo que, y aquí aparece lo chocante del asunto, no faltarán quienes se dediquen a vociferar contra un poema de Paz, conocido ya en América, en España y en la Unión Soviética, y de cuya importancia como documento artístico sería innecesario hablar ahora. Nos referimos al poema que lleva por título “¡No pasarán!”. Mucha gente, de nuevo, va a chillar contra ese poema y a favor de los poemas apolíticos —llamémosles así— escritos y por escribir, por Octavio Paz, por equis o zeta. De cualquier pretexto se asirán las gentes dedicadas a la ruin tarea de la difamación para atacar hasta la menor sílaba de ese gran poema que ha convertido en universal el valor de una consigna que era puramente local. Pero hagamos un poco de historia, bien que no intentaremos hacer una presentación formal del poeta, pues es conocidísimo⁵¹ y, más, pronto saldrá rumbo al Sureste a cooperar en la dirección de una escuela para trabajadores.⁵²

Paz hizo sus primeras armas literarias en la desaparecida revista *Barandal* en unión de Salvador Toscano, Rafael López Malo, José Alvarado y Enríque Ramírez y Ramírez. Ahí nos dio regulares poemas, pero su figura empezó a cobrar firmes contornos de joven valioso y pletórico de decisión. Después vinieron los *Cuadernos del Valle de México*, dirigidos por ese mismo grupo que pasará a la historia de la literatura con el significativo nombre de “grupo de los barandales”.⁵³ Porque es un grupo que vale, por su preparación y valentía. Y de ellos, quienes más se destacan en la actualidad son el comunista Ramírez y Ramírez y el poeta Octavio Paz. El resto permanece emboscado en las oficinas de la Universidad Nacional. Ah, nos parece haber olvidado por ahí un pequeño libro llamado *Luna silvestre*, editado para Octavio por don Miguel N. Lira.⁵⁴ No es un enorme pecado este pequeño olvido ya que el librito contiene poemas de los cuales nos figuramos Paz está arrepentido o en vías de hacerlo, poemitas insustanciales, por lo menos para la biografía poética de Paz.⁵⁵ Con una tipografía primorosa, *Luna silvestre* no es, no puede ser, y lo decimos a riesgo de contradecirnos, el punto inicial de la obra de Octavio Paz. Para nosotros es un detalle sin importancia esa “luna”.

Y a fines del año pasado escribe y publica inmediatamente “¡No pasarán!”. El poema más vigoroso y lleno de consciencia que se haya escrito en México en los últimos tiempos. Salazar Mallén, como de costumbre, fue uno de los que vociferaron contra esa poesía. Y hoy que Paz acaba de darnos *Raíz del hombre*, la gentuza adiestra su impotencia para demostrar que el poema social sólo fue un “desliz” del poeta, que se divirtió haciendo “una caja vacía”, que solamente hizo “una cosa siniestra y mala”. Textual.⁵⁶

Para nosotros, hablar de *Raíz del hombre*⁵⁷ es comentar a Lady Jane, aquella maravillo-sa amante del guardabosques Mellors. Constanza Chatterley, Lady Jane o simple-

mente Jane, es la única mujer en quien hemos pensado leyendo el último libro de Octavio. El contenido es puramente de cosas sexuales.⁵⁸ Es el caso del joven amante echando al viento sus gritos humanos y muy vitales. Porque él nos lo dice: “Que ardan todas las voces”, pero que una por lo menos sea escuchada. Si el poeta habló por nosotros oponiéndose con todas las fuerzas y recursos del arte a la feroz acometida fascista sobre el proletariado español, hoy clama con el poder de sus nervios juveniles por una perfección en el placer y una justa nobleza en la forma de manifestarlo. No hubo demagogia en el “¡No pasarán!”, ni los comunistas nos hemos aprovechado “maliciosamente” para decir que Paz es de nuestro partido. Paz nos ha dicho que no es político. Nosotros no intentamos que lo sea. Es, ¿qué más le podemos exigir?, un gran poeta que ha aceptado desde hace mucho tiempo los puntos más importantes, los fundamentales, de nuestro programa de lucha. Está contra el movimiento fascista y contra su consecuencia: la guerra. No es un simpatizante común y corriente, puesto que ha dejado de pertenecer a las élites del fastidio y de la pedantería.

De *Raíz del hombre* surge la voz del macho joven y dominador, potente y sensual. Y hemos recordado afanosamente a Pablo Neruda y sus poemas “Agua sexual” y “Material nupcial”. Pero más a la dulce y fogosa Lady Jane. Mucho más a la mujer que despierta repleta de energías y entusiasmo para el acto amoroso. Mellors es ya como un símbolo. Lady Jane es la vibrante poesía. ¡Cómo, desnuda y alegre, corría bajo el agua torrencial a través del bosque perseguida por el hombre deseoso y, al fin, es poseída victoriosa y salvajemente! ¿Un mito? No, desde luego. Una cosa real: un poema. Un arte revolucionario.

México, D.F., febrero de 1937.

21. El poeta asesinado⁵⁹

Vivía en la portentosa ciudad como podría vivir brevemente un pez en el aire. No era ciudad para él. Vagaba inquieto, con los azules ojos fuera de las órbitas y la boca con un sello de hastío. Nadie le miraba y a ninguna persona saludaba. Hosco, fiero, trémulo, repulsivo. Cuando tuvo amigos era llamado el poeta de las multitudes. Un mote irónico y cruel, ya que sus pobres versos sólo eran escuchados —eso sí, religiosamente—, sólo eran admirados por los clientes de la tía Gregoria. Esta tía vende aún café y “hojas” por la calle de San Ildefonso, desde las once de la noche hasta las siete de la mañana pasando, claro, por el alba. Pero en ese sitio de borrachines y policías incumplidos obtenía el cantor de las muchedumbres sus más escandalosos triunfos. Una ocasión le coronaron con ramas que cogieron del jardín de ahí enfrente. Fue el alba triunfal de Bernardo

Sotomayor. Yo lo supe al otro día por lengua de un pintor que asistió al acto. El asunto me causó una molesta tristeza, porque presentía el final de ese poeta maldito “bebedor de trago largo”, como Baldomero, el muerto que nunca subió al cielo.

Pero Bernardo, el ex dulce poeta casi angelical, vivía y vivía duramente en las callejuelas. De San Lucas a Peralvillo, de San Antonio Tomatlán al famoso puesto de Meche, sin olvidar a la institucional tía Gregoria, el hombre gastado arrastraba penosamente su carga de escepticismo y odio. Había militado en el Partido Comunista cuando las represiones más espantosas, pero como era débil y enfermizo desertaría poco después yendo a engrosar el número de los sin trabajo. Por eso se llamaba a sí mismo escéptico y cáustico y otras cosas más. Era, sencillamente, un amargado, un inválido moral. Era el perfecto tipo del fracasado. Y también odiaba con delirio, con brutalidad de impotente. Rumaba su odio, dura la frente y las manos en los bolsillos, a una sociedad que no le daba ayuda ni posibilidad para ver algún día impresos sus broncos versos. ¿Broncos? Bueno, es que no hay mejor calificativo. Ya he señalado que Bernardo fue en su mejor época un poeta angelical, delicado, tierno, sumiso, llorón y dado a la esclavitud. Pero ahora no poseía esas valiosas virtudes. Escribía, cuando podía escribir, y recitaba, tenía una regular memoria, en un estilo como de poeta o boxeador: a rechazos e izquierdazos, a golpes a la mandíbula y prohibidos, un fenomenal ritmo de puñetazos. Por eso gustaba en aquellos círculos de medianoche y por ese motivo le llamaron con tino “el poeta de las multitudes”. Por esa causa, también, vendría su muerte a la vuelta de la esquina.

(Un paréntesis, sí, tan sólo para recordar a aquel maravilloso poeta que se llamó Miguel Othón Robledo⁶⁰ y a quien llamaron el Verlaine mexicano. Poeta nacido para grandes cosas, pero por desgracia dueño de un tormentoso destino que lo condujo a una muerte prematura y fatal para las letras mexicanas.)

Y en sus versos hablaba Bernardo de injusticias y atropellos, de venganzas y asesinatos, de revoluciones y ríos de sangre, de obreros vencedores y burgueses aplastados. Gritaba contra la opresión capitalista sus mejores poemas y blasfemaba por esa atroz miseria de los barrios mexicanos —de los barrios, conste, no de las rumbosas colonias que dan al poniente de la ciudad—, de esa eterna inmundicia de la que él era veinte veces testigo. HorrORIZABA a sus oyentes —policías incumplidos, choferes maliciosos, borrachines cándidos y una que otra Magdalena desafortunada— con fantásticas descripciones del callejón de San Camilito, de los misteriosos escondites de La Lagunilla y La Merced, de la rapacidad de todos los “chulos”, de las frecuentes excursiones de los maricas a la plaza de Garibaldi en ansiosa búsqueda de muchachos proletarios en los cuales satisfacer sus arrebatos de bestias “supercivilizadas”... En fin, de docenas y docenas de truculentos episodios era Bernardo el narrador cumbre. Pero su aureola parecía de gas neón cuando intercalaba poemas en sus chismes. “Vengan a este refugio —decía casi parabólicamente— los que alimenten rencor y desesperanza, los que hayan sido pisoteados por la fiera burguesa y no tengan más remedio”... Lucía Bernardo una

voz de ocasión solemne, fuerte y... pedagógica. Una voz que fue su verdadero orgullo. Una voz bien gruesa, pero suavemente acariciadora, como si fuera la de un resucitado por frecuentes invocaciones. Y con aquella voz y el ritmo contundente de sus versos, era Bernardo Sotomayor el eje imprescindible de un grupo de figuras estáticas —extáticas también—, de cuerpos y manos que aplaudían con los ojos y asentían con gruñidos. Y todo, con un frío filoso e inconsecuente. Como decían, o dicen, en los llanos de Venezuela: “madrugadita, la hora del café volón”, se puede exclamar siempre que se vea un grupo de desvelados igualito al que escuchó por última vez al poeta plebeyo.

En un alba purísima, entre chispas lechosas y mensajes celestes, dijo Bernardo sus postreras maldiciones en verso. ¿Cómo fue? Nadie, nadie lo sabe. Ninguno de aquellos borrachos sabrá dar en su vida explicación aceptable de la muerte del poeta. Ni los “astutos” policías, ni los “cantadores”, ni la tía del puesto ni mucho menos cualquiera de las mujerzuelas asiduas al sitio del crimen sabrá, a lo largo de lo que les resta de miserable vida, cómo cayó, no lejos, a unos cincuenta metros, pesada y lentamente sobre el duro asfalto el cuerpo delgado y doloroso de quien en sólo siete años de combatir líricamente pronunció más verdades que muchos hombres nacidos para ese objeto. Fue él quien dijo con aliento incendiario la gran verdad sobre la podredumbre de la aristocracia criolla presumida y hueca, revistera e insultante como una fotografía de Mussolini; él quien pronunció con voz de tres de la mañana las condenaciones más feroces a una organización social inhumana que admite las más absurdas contradicciones; él quien azotó a las “juventudes doradas” de todo el país.

Una sombra, sí, una mala sombra en forma de un marihuano se echó encima de Bernardo aquella noche y le abrió un agujero en el pecho. De aquel caño salieron rojas palabras líquidas dando saltos en la noche y explicando a las estrellas lo que era la muerte. Pero nadie, nadie oyó la menor sílaba. Fue una muerte silenciosa por excelencia. Muerte de auténtico poeta.

Quienes escuchamos alguna vez sus “oraciones” le recordamos amorosamente y hacemos lo inaudito por la fresca conservación de su recuerdo. Descanse en paz el poeta asesinado.

México, D.F., enero de 1937.

22. Mentalidad poética fachista⁶¹

En la retaguardia de los “falangistas” españoles, o lavando y poniendo a secar los turbantes de los moros, o rezando en la catedral de Burgos, o en la redacción de *Gioventù Fascista* es donde deberían estar aquellos que, obedeciendo al fin a las imperiosas

órdenes de su pobre conciencia, han terminado por definir, de una vez para siempre, su estructura mental fachista.

Es lo que ha sucedido en México con unos cuantos escritores destacados, si no por su labor literaria, sí por las indiscreciones, epigramas y sonetos satíricos que les acomodan sus propios amigos. Es lo que le ha pasado al articulista Rafael Solana, quien no hace apenas un mes lanzaba los más furibundos ataques a los reaccionarios, a Franco el Africano, a Mussolini y demás bárbaros invasores de España, y a cuanto despidiera el más insignificante olor a fachismo. El triste y lastimoso caso del escritor Solana, tal vez demasiado joven para darse cuenta de sus fallas, es un fenómeno conocido desde hace tiempo por nosotros.⁶² Diego Rivera, Salazar Mallén, Islas García y dos o tres más son los ejemplares locales que, habiendo militado un tiempo en las filas revolucionarias, torcieron la ruta y se han convertido, uno, en ángel guardián del muñequito Trotsky;⁶³ otro, en apologista de los obuses italianos y el tercero en católico... Solana, por lo pronto, se ha declarado, bien que tibiamente, un poco nazi.⁶⁴

Vamos a ver los hechos: el sábado 13 de febrero el joven Solana publicó en esta misma página editorial un artículo titulado “La embriaguez y el sueño”.⁶⁵ Comienza invocando a Nietzsche —de paso a Dionisios y Apolo—, y sigue hablando de “desencadenamientos”, “fases” y “tumultos”, para acabar con que el “sueño” es lo único capaz de revelar “mundos superiores” al artista. Esto no importa por ahora, sino en la medida en que el articulista Solana nos convence otra vez de su calidad “apolínea” como poeta. Porque ya no será “artepurismo” el más hiriente dardo, compañeros de Yucatán, sino también este otro: “arte apolíneo”. (Hay otro término, más significativo, que es el de “arte señoritos”.) Ellos mismos nos dan las armas, para después quejarse de que los lastimamos demasiado.

Solana afirma que “la consigna del poeta ha sido modificada”, y altera una frase de Baudelaire sacando a relucir por arte de magia la cuestión, ríspida para sus oídos de esteta, de la política. Hoy se exige “que el poeta se embriague de política”, dice lastimeramente el joven Solana.⁶⁶ Y más adelante y más compungido, denuncia a los poetas que beben vino para “bestializarse un poco y explicar sus actos”... Esto mueve a risa, sencillamente. Seguramente el esteta Solana encontró ya una excelente puerta de escape —que no sea el oprobioso vino— para explicarnos sus calumnias —forma muy cómoda para bestialización rápida— a los artistas revolucionarios, a la juventud —de la que él automáticamente se excluye— y sus demandas inmediatas, a la línea política de los comunistas y la interpretación que hace de las dos palabras *Frente Popular*. No podrá explicarnos la menor cosa, lo sabemos. ¿Va a documentarse en Salazar Mallén para aniquilar a los poetas franceses, españoles, norteamericanos, cubanos, mexicanos y sudamericanos que están en las filas revolucionarias, no por abstracción frágil ni por misticismo, sino porque no pueden eludir las responsabilidades del mundo? Sólo los “apolíneos” del Café París⁶⁷ y de la calle de San Juan de Letrán se atreven a llamar “mamarrachos” a los poemas últimos de Rafael Alberti.⁶⁸ Ahora, ¿sabe el joven Solana cuáles son las demandas inme-

atas nuestras? Se las diremos: son las económicas, las estéticas y las sexuales. Si él tiene resueltos estos tres problemas, ya puede esperar, apoltronado, que Apolo venga a coronarlo de violetas. ¿Conoce Solana la línea del Partido Comunista o en sus ataques a los comunistas se ha inspirado en el artículo “El bridge y el comunismo”, del sabio Salvador Novo?⁶⁹ Nosotros dijimos hace tiempo que los poemas del poeta Enrique Guerrero no gustarían al “frente único de la mediocridad”. Y ahora viene el joven Solana a usar otro término, *Frente Popular*, esencialmente distinto al otro y de alcances ilimitados, para decir que los poetas, “renunciando a su dignidad intelectual [...] hacen frente popular con la mediocridad”. ¿Es el proletariado, para Solana, lo medular de la mediocridad? ¿Sabe el joven Solana cómo ha sido el proceso artístico de los poetas que hoy militan entre los obreros, entre los estudiantes progresistas, entre los campesinos? Que recuerde el revuelo que se levantó cuando el gran poeta Rafael Alberti escribió su maravillosa “Elegía cívica”.⁷⁰ Entonces, enero de 1935, dijo [César] Arconada lo siguiente: “Porque cuando el tránsito es fértil y representa una trayectoria, no responde nunca a una veleidad —veleidad es creerlo así—, sino a inquietudes más sustantivas, enraizadas en el fondo del poeta”. No; no estamos con el proletariado del mundo por veleidad ni por un “mezquino acto de táctica”. No seguimos a nuestros dirigentes por “fachismo” —¡Apolo que lo entienda!— sino “simplemente por Disciplina”. Hacerse uno disciplinado no es forjarse cadenas de esclavitud. El partido al que nosotros pertenecemos no nos esclaviza, como cree el joven Solana, sino que nos educa y forma: nos convierte en verdaderos hombres y no en lamentables víctimas de la sirenas del esnobismo y de la cursilería.

Hemos visto lo importante del artículo de Solana. El resto es inexplicable para las personas que desconozcan sus antecedentes de “revolucionario”. Lo que interesa es que se note la verdad de la frase de Waldo Frank: “Y muchos hombres, que se creen socialistas o comunistas, son de estructura mental facha”. Fácilmente se descaran, ya que los campos, día tras día, se van definiendo con más precisión. En España, el pueblo obedece las órdenes del general Miaja;⁷¹ aquí, el joven Solana asienta que hacemos poesía revolucionaria “reproduciendo” (textual) la consignas del defensor de Madrid, o “intercalando párrafos del *Plan sexenal*”, o haciendo aparecer a... Chang-Kai-Shek con su estado mayor. Sólo un chino de café que pertenezca al Kuomintang y el articulista Solana son capaces de comprender tales absurdos.

Para ser poetas revolucionarios no es obligatorio escribir cada semana una oda al Partido Comunista, como piensa —si eso es pensar— José Gorostiza.⁷³ Los revolucionarios no engañamos, nunca simulamos. Atacamos de frente. Decía André Gide en alguna página de *Los monederos falsos*: “Desconfío de los sentimientos que hayan demasiado pronto su expresión”. Por debajo del agua sólo atacan los resentidos y los antivitales, los que, como Juanito Sirope,⁷⁴ viven su “reino de los sueños”.

México, D.F., febrero de 1937.

23. Por una poesía de la juventud⁷⁵

Cuando en 1932 el periodista [Alejandro] Nuñez Alonso lanzó la pregunta concreta: ¿está en crisis la generación de vanguardia?,⁷⁶ el grupo aludido —el de los Contemporáneos— se sacudió un poco, alzó los hombros y contestó con vaguedades y evasivas. Sólo hubo una respuesta de trascendencia, la del poeta José Gorostiza, quien afirmó la verdad de la crisis en forma rotunda, pronunciándose por una inmediata rectificación. Rectificación que al principio, lenta y tenazmente (Gorostiza puede tomarse el tiempo que desee para pulir sus versos. No le negamos ningún derecho. Las citas siguientes corren de su cuenta). Pero las demás respuestas fueron altaneras y llenas de suficiencia; como de literatos endiosados.⁷⁷

En aquel tiempo los Contemporáneos estaban satisfechos de su obra, amenazaban a medio mundo con saetas satíricas, se disculpaban de la desorientación existente y decían estar “perfectamente sincronizados en el alma de todos los meridianos”, etcétera, etcétera. La verdad es que fue escasa su aportación. Con su conocimiento de lenguas, su sensibilidad y su cultura nos dieron —y ya es tiempo de acusar recibo— una serie de trabajos de la cual, dignamente, sólo un breve por ciento debemos considerar valioso.

¿Una ceñida revisión? No. Apenas un esquema. No creemos necesario ni fundamental un amplio y detallado estudio de las obras poéticas que hemos “heredado” de ellos. Porque, de hacerlo, tendríamos que separar, con heroicos desastres, a Carlos Pellicer —que se mantiene inconmensurable, seguro y gran poeta— y al mismo Gorostiza. No hablaremos de [Enrique] González Rojo ni de Jaime Torres Bodet, que son casos especiales y merecen, por lo menos el segundo, un estudio por separado. No mencionaríamos a [Bernardo] Ortiz de Montellano, que está insoportable. Ni a Cuesta por el mismo motivo. Menos a Efrén Hernández, también desertor, que vive desde hace mucho tiempo en un ideal —para él— y fantástico mundo de ángeles, serafines y similares. Quedarían, solamente, los poetas Salvador Novo y Xavier Villaurrutia como únicos representantes de la generación que fue de vanguardia. ¿Vamos a considerarlos como grandes poetas si apenas llenan un pequeño periodo de nuestra historia literaria? En fin, démosles un pequeño repaso.

Villaurrutia no nos deja mentir, no tiene consideración para su primer libro *Reflejos*, y exclama que de todo lo que ha hecho prefiere *Nocturnos*. Su reciente *plaque* es flojísima e insustancial,⁷⁸ sin nada positivo. *Nocturnos*, sin embargo, no hace de Villaurrutia el “finísimo” poeta que, dicen, es actualmente. Al principio se murmuró que Villaurrutia no hacía poesía realmente suya, sino que desvalijaba sin pudor a [Jules] Supervielle. Y en *Bosque sin horas*, vemos confirmada la murmuración.⁷⁹ Villaurrutia es un delicado y aprovechado alumno del poeta francés. Al menos Alberti preferiría a Villaurrutia en los originales, de los que es traductor. Así, entre espejos, escaleras, esquinas, estatuas, voces que maduran o queman, etcétera, Xavier Villaurrutia ha desperdiciado su

calidad poética, llegando a ser lo que es: un literato inteligente de quien algunos recuerdan cierto “Nocturno en que nada se oye”. Y nada más.

Novo, excelente prosista y traductor, ha escrito un poco más que el anterior. De sus *xx poemas*⁸⁰ muchos estamos de acuerdo en que “Diluvio” es el único que se salva, sin necesidad de arca. Los diecinueve restantes son aburridos, ingeniosos, huelen a poesía norteamericana regularmente expuesta. En *Nuevo amor*, un romance perfecto, justamente popularizado, se hallan cosas interesantes. Los poemas de *Espejo*⁸¹ son en verdad algo de auténtico valor, por su ejemplar sinceridad, por su inquietud y pureza. Mucho de juvenil y de poeta se desprende de ese pequeño y cariñoso libro. Y es el único, porque lo más reciente de Salvador Novo nada significa. Recordemos un poema —llamémosle así— que Guillermo Jiménez⁸² le publicó en la desaparecida revista *Número*, y otro infumable que salió en *Taller Poético*.⁸³

Nada que no sea un olímpico desprecio a lo que les rodea, es decir, al calor local, al tono sensorial, y un desenfrenado amor a la circunstancia inconfesable,⁸⁴ son los caracteres de la poesía que se llamó de vanguardia. De la poesía que hoy no tiene más remedio que refugiarse en grupitos más o menos selectos. De la poesía ni siquiera pura, sino *apolínea*.

Los jóvenes —la nueva generación— reclamamos algo más. Ni tan siquiera les pedimos cuentas a los poetas. No los instamos a salir de donde se hallan emboscados. No les exigimos que intervengan en un conflicto moral y social que a lo mejor ignoran. No ansiamos su firma al pie de un manifiesto condenando los actos bárbaros de los “brutos desbocados”. En cambio, sí les queremos aclarar que sus escasos discípulos y defensores no son lo mejor de la juventud mexicana, sino los desechos únicamente, la *jeunesse dorée* de la poesía; que los jóvenes estamos bien prevenidos contra los engaños y los plagios; que no intentamos poetizar “reproduciendo las consignas del general Miaja” —como torpemente imagina Rafael Solana— ni mucho menos colocando en líneas como versos determinada orden del día del Partido Comunista —según la ingenuidad de Gorostiza—; que todos los poetas españoles, Guillén, el desaparecido [Carlos] Gutiérrez Cruz,⁸⁵ Louis Aragon, [Paul] Éluard y muchísimos más continental o mundialmente conocidos son nuestros verdaderos maestros, porque son vitales, humanos, es decir, hombres capaces de una labor revolucionaria; que no esperen de nosotros una total revisión de su labor poética porque los consideramos históricamente liquidados, que no incitan, y a los que consideran los poemas revolucionarios como “cajas vacías” de palabras y llaman, por ejemplo, “mamarrachadas” a los de Rafael Alberti, a los de Octavio Paz, a los de Nicolás Guillén, —¡lean la parte séptima del *West Indies!*—⁸⁶ les participamos que sus “agudos” argumentos más parecen de aves tontas de la literatura que de críticos honestos del arte; que en su calidad de agazapados —actitud que es consecuencia irremediable de su esterilidad— con presunciones de sabios o simples informados, no les concedemos beligerancia, y que, dada su incapacidad psicológica para comprendernos, les negamos autoridad, voz y voto.

Si los poetas acasillados tienen alguna vez cosa pequeña o grande que decir, estaremos atentos.

24. La paz rebelde de los campos⁸⁷

Conocíamos tan sólo una gran parte de la Altiplanicie Mexicana, propicia como ninguna otra parte de nuestro país a la serena admiración y al entusiasta trabajo; estuvimos, no hace mucho, en la región yucateca. Es decir, de los llanos refrescantes del Bajío al caliente y durísimo suelo del Sureste, en un salto que a muchos ha descontrolado y a otros ha permitido una especie de resignación o previo sentido de la muerte.

Recordemos el campo del centro de la república y desfilan frente a nosotros viejas y lentas yuntas, pacientes labradores, mujeres, niños, rebaños y ríos pacíficos, y arroyos y vías de ferrocarril y caminos polvosos y llanuras interminables de mezquites y magueyes. Todo tan infantil, tan sugestivo y claro: plantíos de fresas, de lechugas; cañaverales de un tierno y cristalino verde, alfalfares casi negruzcos, rubios y quemados maizales. Entonces, acaso había calma. Una cristiana calma. Tal vez dijimos con el enorme poeta veracruzano: “el ponto es de azogue y apenas palpita”.⁸⁸ Seguramente descubrimos en aquel terso Bajío las más bellas puestas de sol desde el río Lerma, en Salamanca, o hacia el rumbo del cerro del Calvario, en León, o como quien va al rancho de Arandas, a dos legüas poco más o menos de Irapuato.

Y era la misma tierra negra que hoy tiembla, amorosa y febril, sangrando en otra forma las maravillas vegetales de siempre. Cambiada, sí, en cuanto ha dejado de pertenecer a contados “señores amos”, alterada también, ya que sobre ella destrozándola, envileciéndola, no pululan, como hace años, manadas de “cristeros”, o mejor, bandidos asesinos de agraristas. Es la misma tierra líquida, adorable, suave a la presión de los dedos, negra, negrísima. Es la fragante tierra del campesino rojo.

Recordemos el campo del Sureste. Y pasan Uayalceh, Ticupó, Temozón. Y sentimos que allí no hay, no puede haber la serenidad del centro, porque lo impiden el sol, las espinas, las púas de las pencas, el subsuelo, el sudor y las intrigas constantes de los henequeneros —hermanos de sangre de los feroces patrones regiomontanos— que no cesan de arrojar despiadadamente a los acasillados contra los ejidatarios. Pero la hora de los henequeneros está sonando y habrá de llegar el momento en que terminen sus bien organizados crímenes y sus ruines intrigas. En el Sureste sí se hace punzante verdad aquello de “la pavorosa paz rebelde de los campos”, como escribiera con gran acierto el hoy un tanto desviado políticamente André Bretón.⁸⁹ A varios kilómetros de las noches de Uxmal, a pocos pueblos de los atardeceres meridanos los campesinos se organizan sindicalmente, pese a todas las trabas de los que se enriquecieron con la fibra del henequén.

En el soneto v del “Idilio salvaje”, de Manuel José Othón, suenan dos versos que nos vienen ahora a la perfección:

Flota en todo el paisaje tal pavura
como si fuera un campo de matanza

Y aunque es cierto que Othón se refiere a las inmensas y difíciles llanuras norteanas, el ejemplo lo podemos aplicar a cualquier región de nuestro país, puesto que el movimiento de rebeldía, de reivindicación, es uno mismo en cada trozo de tierra. Es por el mismo motivo. Persigue el mismo objeto. Es una ebullición que nos importa a todos los mexicanos, campesinos o no. Que atañe hasta a los poetas —vean ellos cuántos miles de hectáreas se repartieron en el poético mes de junio de 1936—⁹⁰ que siempre han visto en el campo algo que éste no es, que nunca ha sido. Nos referimos, no a los poetas auténticos, sino a los falsos, que por desgracia abundan. Para nosotros existe una gran fraternidad entre los poemas “El sembrador” de Carlos Pellicer⁹¹ y “Primavera” de Carlos Gutiérrez Cruz. Son dos poemas maravillosos escritos por poetas de diferente estética. En nuestro mismo campo, un poco más tropical y fértil en Pellicer, un poco más “humano” en Gutiérrez Cruz. ¡Qué grandes y exactos poetas! ¡Qué campo tan rebelde el mexicano!

México, D.F., marzo de 1937.

25. La rosa blindada (un gran poeta argentino)⁹²

Cuando dimos a conocer el hermoso poema “La paloma y el jabalí”, de Raúl González Tuñón, un poema saturado de limpia fuerza y auténtica belleza, nuestros compañeros sintieron curiosidad por el poeta, por su obra completa, su origen y la verdad de sus intenciones. Nosotros no sabíamos ni una palabra más que ellos: el poema salió en *Noroeste*, de Zaragoza,⁹³ hace mucho tiempo, y poco después lo reprodujo *El Nacional* en uno de sus suplementos. Sin embargo, detalles claros y significativos nos dijeron la nacionalidad del poeta: argentino.⁹⁴ Un artista sudamericano haciendo magnífica poesía, en suma. Pero si bien el interés de nuestros camaradas desapareció al poco tiempo, el nuestro se hizo constante y activo.

Más tarde, a algún número de *Caballo Verde para la Poesía*⁹⁵ llegó más colaboración de González Tuñón, con poemas que coincidían con el tono del llamamiento de Neruda, es decir, hacia una poesía sin pureza: “Una poesía impura como un traje, como un cuerpo, con manchas de nutrición, y actitudes vergonzosas, con arrugas, observaciones,

sueños, vigilia, profecías, declaraciones de amor y de odio, bestias, sacudidas, idilios, creencias políticas, negaciones, dudas, afirmaciones, impuestos”, según las palabras del autor del “Canto a las madres de los milicianos muertos”.⁹⁶ Eran poemas excelentes pero que hacemos a un lado prefiriendo siempre, por ejemplo, “A las brigadas de choque”, esa grandiosa poesía tan plena de desprecio cuando habla del camarada Hevia, mutilado por verdugos bonoarenses; tan rebosante de alegría —alegría de alba motinera— al describir el Día de los Trabajadores de Todo el Mundo: “Ah, hoy es Primero de Mayo. Hoy cumple años nuestro antiguo dolor”. Pero los obreros cantan porque puede ser un día de banderas y risas, o de balas oscuras y caballería pretoriana; un poema que, al hablar de Lenin, se convierte en una tierna y fecunda invocación; poema que a veces es panfleto rencoroso, hinchado de veneno en el tema de la gran ciudad de Buenos Aires. Pero hay que aclarar: el poeta odia furiosamente porque su odio nace del desprecio que siente por lo abominable y necio que hierve en la ciudad; el poeta afirma que “éste no es un poema, es casi una experiencia”. Lo cual tendrá que disgustar una enormidad a los requeté⁹⁷ de la literatura. Dice que el tango es “sombrió, ronco y gangoso”, que “es un ángel oscuro que pudo haber volado”, que “es pesimista, compasivo y trágico”. Nosotros agregamos que es llorón y desquiciante. Pero sigamos. Ya para terminar el poema, González Tuñón fulmina a la monstruosa Buenos Aires, acusándola de criminal y sangrientamente egoísta:

Ciudad de bebedores de agua,
de donde Barret emigró por asco,
en donde Eugenio O’Neill trabajó de peón,
en donde Güiraldes fue escarnecido,
en donde Calou murió malogrado
y Carriego empequeñecido.
Y en cuya Universidad,
esquina pedagógica de la vulgaridad,
se gesta la turba de rastras y logreros,
pacota miserable y grandilocuente
que después va a llenar la pampa
de alambrados y de alcahuetes.

Y ahora, al fin un libro del poeta argentino: *La rosa blindada*, homenaje a la insurrección de Asturias en 1934. Un libro de la “segunda época” de la obra de González Tuñón. Un libro en que la revolución, la profunda sinceridad y el arte caminan rumbos cordiales, brillantes, dolorosos, heroicos. El poeta asienta al principio de su libro que “vamos hacia un arte sin trabas, hacia el auténtico arte puro, pasando por el arte revolucionario primero y el arte proletario después”, añadiendo más adelante: “si alguien

me preguntara ‘¿qué es la poesía?’ no tendría más remedio que contestar: ‘la poesía es la poesía, mas el mundo, mas el hombre, mas el poeta, mas la poesía’. Si alguien me preguntara ‘¿qué es un poema?’, contestaría: ‘hasta el líder de la llamada *neutralidad* ha dicho que un poema que no contenga nada más que poesía no es un poema’. He citado una frase de Valéry”.

Y a lo largo del sonoro y digno libro —como una cuenca en que corriera llanto y sangre— el poeta recuerda a los héroes, y añade otra “Elegía a Libertaria Lafuente”, que muy vigoroso se vería al lado de las de Rafael Alberti y Arturo Serrano Plaja,⁹⁸ tan bellísimas y desenvueltas a fuerza de pasión y coraje. Revela, todavía caliente la sangre de los mineros, “Algunos secretos del levantamiento de Octubre”: habla de cómo la muerte se derramó a la vista de la morisma y el tercio.⁹⁹ Cuenta —“No lloramos pero lloramos”— dos historias de niños, diciendo al final de ellas, con triste claridad: “Lo he oído contar a algún sobreviviente y supe que a la orilla de los niños sangrientos, reventados, a raíces, piedras y llamas, agujas y navajas, oh madres de la tierra del carbón y del oro, los guardias fusilaban a los muertos”. Sucedió en 1934. Está sucediendo en toda España desde mediados de 1936. Pero hoy son fusilados Badajoz, Irun, San Sebastián, Málaga, y es fieramente atormentada Madrid y la Siempreviva; hoy el cielo de España está turbio por el volar de trimotores asesinos: hoy el suelo español está quemado con brava sangre miliciana y envilecido y pardo por el golpear de botas invasoras: ¡los brutos desbocados! Y el grito de alerta es universal: lo oyen los hombres, las mujeres y los niños. Lo traen los vientos vertiginosamente desde las bocas de los madrileños hasta nuestros oídos: ¡los brutos desbocados!...¹⁰⁰

Ahora este poema, “El tren blindado de Mieres”, nos parece el más desbordante de tragedia, de muerte. Porque tiene toda la luz de las ametralladoras, de las lágrimas de las viudas y de los huérfanos. Y, a pesar de todo, el poeta pronuncia que los obuses sobre el tren blindado y la total destrucción de éste “es un hecho favorable al proceso de la perfección”, un “hecho histórico favorable, feliz a pesar del fracaso y de la muerte”. Y lo dice en un favorable, heroico y feliz lenguaje poético y tiene la razón.

Hay una gran parte del libro consagrada a los cementerios proletarios —pero sin cosa fúnebre o truculenta—; en todo él se ve, se siente, se adivinan trenes que corren, que silban, que descarrilan o son ametrallados. Hay también un poema elegíaco a René Crevel. De este poeta francés conocemos, más que la totalidad o gran parte de su obra, su vida de militante y de hombre que realmente se entregó a la causa de la reivindicación y de la justicia sociales.¹⁰¹ René Crevel, como Raúl González Tuñón, engrosó las filas del surrealismo por pura posición de inconforme y rebelde a lo blando, a lo acomodaticio. Por ese camino llegó a ser un activo militante en medio del proletariado: por su bondad y por su generosidad. Dice Guillot Muñoz de Crevel que “ponía en su acción revolucionaria el fervor y el entusiasmo que le brotaban de su sangre, sabía bajar a la calle el Primero de Mayo para dirigir la palabra a los obreros y exhortarlos, ante las

amenazas reaccionarias, a la solidaridad incommovible de los intelectuales y el proletariado”. Pero Crevel, como los dos enormes rusos, se dio muerte. Algo asesina lentamente a los poetas, algo les conduce al suicidio... Dice el argentino:

Ya amo las asambleas.
De la que tú nos ofreciste, muerta,
traigo una fe profunda y casi enloquecida,
un gran delirio revolucionario
y una nerviosidad extraordinaria.

Hay también, y es el último que comentaremos, un poema de añoranza, de lealtad y aprendizaje, y es el que se llama “Entierro de Barbusse”. Los que odian la guerra, el fascismo, y defienden a la Unión Soviética, que suma miles y miles en París, acompañaron al recio luchador de las manos huesudas:¹⁰²

25 muchachas
llevaban tus 25 libros como espadas.
Miles de niños
seguían la carroza florecida.
Detrás, los mutilados.
Y un viento de banderas.

26. Teoría del cavernícola¹⁰³

El chiste es magnífico: el cavernícola llega a la cantina y pide un cocktail Madrid. El *barman* responde “no se lo recomiendo; es intomable”. Pero el cavernícola insiste. Todos los cavernícolas insisten: destrozan, desmenuzan, invaden, pisotean, asesinan ancianos, acribillan mujeres, matan docenas de niños, bombardean Barcelona desde altamar, hieren Madrid. Así son en todas partes: cobardes y pedestres.

Aquí, en México, en la calzada de Nonoalco, hay una pulquería que se titula “El triunfo de Franco”. Bueno, pues no falta cavernícola criollo —pongamos, el jefe supremo de la Confederación de la clase media— que haga excursiones a la tal piquera exclusivamente para felicitar a los envenenadores por lo acertado —¡lo optimista!— del rótulo, y echarse de paso medio litrito de blanco o curado. Inocente; no sabe, o se hace, que el “triunfo” citado no es el imposible de Franco el Africano sino el ya casi olvidado de Ramón.¹⁰⁴ Pero repetimos, los cavernícolas conocen el arte de insistir. Así es la insistencia de un amigo nuestro, católico para más señas, que está empeñado —íbamos a

decir emperrado— en que *El Nacional*, por ejemplo, es un periódico reaccionario. Y lo dice sinceramente. Para él la Revolución está creciendo en cualquier cuartucho, debidamente perfumado con incienso y mirra del Arzobispado.

El cavernícola es esencialmente un personaje de los que se llaman “decentes” o “aristócratas”. Vive en los cafés elegantes, en espera ansiosa del “Oído del mundo”, de la prensa “seria” para pasar inefables momentos de exquisita confianza en la tal derrota de los leales hispanos y en la victoria de los que han salido a la defensa de la *Kultura* con la ayuda “desinteresada” de italianos, nazis, portugueses y moros. No se explica lo que nosotros nos explicamos fácilmente: cómo el pueblo español —¡uníos hermanos proletarios!—, coloca puntapiés tras puntapiés en el amplio trasero del ex general Von Franko. No entiende, su prensa no se lo dice, por qué no pueden los fascistas entrar hasta la Puerta del Sol. Y los moros palidecen de rabia, y Von Franko asegura que llueve demasiado y sus tropas no pueden maniobrar; y Queipo muge más y más; y Mussolini, *Duce* del fascismo y *Capo del Governo*, alarga la quijada y se desespera; y el bello Adolfo envía “voluntarios” declarando que son baterías de cocina.

El cavernícola odia frenéticamente al general Miaja. Para nosotros Miaja es el héroe universal más distinguido. Para él es un ogro, un viejo asesino... El mes pasado, desde la emisora del Socorro Rojo Internacional, el general defensor de Madrid pronunció las siguientes palabras: “Tengo que saludar al pueblo de Madrid, porque de aquí han salido batallones, formados de una manera rápida, constituidos por barberos, zapateros, sastres, albañiles; en una palabra: todo el pueblo que sin conocer un fusil ha sostenido la lucha contra los mejores jefes que tiene el enemigo”. Y hace unos cuantos días dijo: “¡Si es necesario iremos hasta Lisboa para arrojar a los fascistas al mar!”. Y el cavernícola se asusta, pero después aplaude las “hazañas” de los facciosos cuando bombardean instituciones de ancianos, como una que hasta hace poco se levantaba en el barrio de Argüelles, en Madrid. El cavernícola llora de alegría al conocer las canalladas de los “nacionalistas”. No quiere creer, se lo veda su acrisolada necedad, en la abnegación, en el patriotismo que las mujeres demuestran trabajando en la retaguardia de las filas leales. La diputada comunista Margarita Nelken¹⁰⁵ ha dicho ante el micrófono del Socorro Rojo Internacional: “No puede haber mujeres en España que tengan un hijo luchando, que tengan un compañero luchando, que sientan ellas mismas un movimiento espontáneo de gratitud al recordar el nombre de Elena Stasova, que desde aquel pueblo distante —la URSS y, sin embargo, tan próximo a nosotros— fraternalmente mueva la solidaridad para con los combatientes y la población cívica de España”. El cavernícola siente náuseas cuando oye la palabra “Pasionaria”, cuando oye hablar de las madrileñas, de las valencianas, de las catalanas, de Margarita Nelken, etcétera.

El cavernícola, poeta dionisiaco, cuentista cursi, escritorzuelo apolítico, periodista católico, jovencito bien de colonia residencial, nazi, italianizante, pederasta, *souteneur*,¹⁰⁶ toxicómano del Café París, etcétera, etcétera, danza el soberbio *fox* hitleriano que se

llama “¡Quiero colonias! ¡Quiero colonias!” y después busca la prensa que lo alimenta. El cavernícola es el que sonríe sarcásticamente por el “mediocre”, enormemente pobre, superficial, pueril y contradictorio —palabras de Romain Rolland— libro último de Gide sobre la Unión Soviética. Las anteriores y decenas más de caracteres distinguen al cavernícola. Cuando la cosa requiera algo más que estas líneas, la patología entra en funciones.

México, D.F., marzo de 1937.

27. Carta lírica a Paz, Cortés y Novaro¹⁰⁷

Llegó precedida por furiosos vientos marceños y rápidas lluvias que, más que refrescar, sólo bochorno y cansancio produjeron en el ánimo y cuerpo de los hombres de la fangosa ciudad. ¿Es necesario que declare otra vez mi odio a la ciudad, camaradas [Ricardo] Cortés, [Octavio] Novaro y [Octavio] Paz? Ustedes han huido noblemente al Sureste, a laborar con dignidad y entusiasmo en el ancho terreno de la enseñanza.¹⁰⁸ Parecen tres modernos mosqueteros de la revolución. Los envidio, sí: negarlo sería negar mis más íntimos deseos. ¿Qué hacer? Me vivo apenas como un vulgar Lagardère,¹⁰⁹ o como un simple Buenrevés, haciendo los honores a la joven y primaveral primavera. ¿Recuerdan, de algún libro de Alberti, este verso: “Le printemps pleut sur Les Anges?”. Está en “Harold Lloyd, estudiante”, segundo poema de *Yo era un tonto y lo que he visto me ha hecho dos tontos*.¹¹⁰ Pero es preciso aclarar que la cita no la he hecho por pedantería ni mucho menos, sino simplemente para avisarles que la poesía jotísima sigue “triunfando” en la calle de Gante y en el taller de Bordado. Que la poesía de toxicómanos tiene su mejor representante en el autor de *Nocturno de los ángeles*, preciosa *plaque* publicada bajo el signo de los hipocampos —caballos que hablan, nadan y escriben—, y en la cual se llega a la sorprendente conclusión de que los ángeles “cuando duermen sueñan no con los ángeles sino con los mortales”; el mismo autor, bajo idéntico signo, ha dado a luz “Nocturno mar”, vibrante ejemplo de lo puro y acendrado en poesía. Yo me pregunto, ¿escribió Villaurrutia este libro cuando su piel crecía en la piel de otro cuerpo, o cuando entre los negros de North Carolina,¹¹¹ “confundidos cuerpos y labios”, no se atrevía a decir “esta boca es mía”? Quién sabe, amigos. Pero la primavera llueve sobre Los Ángeles —ciudad californiana—, y encima de los ángeles —entes cuya encarnación misteriosa sólo es conocida por Carlos Luquín y similares.¹¹²

La primavera llueve sobre la ciudad de México, camaradas, y es injusto que la sienta en soledad, frente a Tlatelolco, a mil kilómetros de las hamacas vacías cantadas por Novaro, de la ironía desenfundada del que suspira por Munich [Cortés Tamayo], de la

seriedad artística de Paz, de la sonrisa de Clemente,¹¹³ de mi finísima amiga Chula, de... bueno, de tantas personas y cosas.

Lo de menos sería entregarme a charlar. Pero resulta que César Ortiz vive viendo crecer las bugambilias en Tacubaya, y Ramírez y Ramírez está internado, postrado en el lecho del dolor, esperando que alguien le componga un tango quejumbroso. Como ven, no existe comparación entre ellos y yo ante la integridad espiritual de ustedes. Resultan falsas ciertas versiones —a veces en forma de horrendos sonetos— acerca de una confabulación.

Sólo la primavera, la amistad de Nicolás Guillén y su libro inminente (*Cantos para soldados y sones para turistas*, editorial Masas), un amor vertiginoso y la lucha electoral en el 5° distrito me sostienen. Tal vez fue una casualidad, pero la mañana de uno de los domingos más limpios de este año lo pasé en un formidable mitin pro Laborde celebrado en el teatro que es feudo de Cantinflas y en la plaza de cuyo nombre prefiero no acordarme.¹¹⁴ Aquel domingo me convencí de todo lo que en un acto de agitación bien organizado se puede aprender: la intensa y sostenida emoción, el discurso político pronunciado con habilidad, el poema revolucionario, la canción combativa, etcétera, etcétera. Son ejemplos, son enseñanzas. Son esas cosas las que integrarían a la larga el eje esencial de nuestra vida.

(Antes de pasar al final, ¿recuerdan el corrido-son que Lira compuso como saludo a Nicolás Guillén? Hay versos así: “Cántale al agua de chía —Nicolás— Cántale a la chirimía —Nicolás—”. Y en realidad, a Miguel le faltó decir: “Tuércele el cuello al cisne —Nicolás”. La invitación habría estado completa.)

Por último, queridos mosqueteros, reciban mi saludo personal, el de todos los camaradas del barrio universitario, el de Héctor Pérez Martínez,¹¹⁵ y el de esta odiosa e imprescindible ciudad de las albas como vírgenes hipócritas, sobre la cual la primavera llueve —hace versos—, no ángeles, sino tibieza, vida, aburrimiento y, lo que es más extraño, algo de fresca y estimulante alegría.

México, D.F., abril de 1937.

28. Releyendo a Stendhal¹¹⁶

Todavía hace cuatro años pensábamos en Julián Sorel como en el perfecto símbolo a copiar para el desarrollo juvenil. Era entonces la etapa de la soberbia, de la estudiada pedantería, de las fáciles entregas sentimentales, de las pequeñas ambiciones, del despilfarro mental, del ensueño organizado. Era la dichosa y brillante época de los impulsos irrefrenables, del ansia, de la lujuria estallante, de la inercia también... y del cinismo. Era

el único tiempo propicio a las enseñanzas de Julián Sorel. “Era entonces la etapa marinera”, diría albertianamente don Miguel N. Lira. Mucho frío ha hecho en el mundo desde entonces. Ya hemos encontrado y hallado en nuestra ruta las molestísimas rocas del desaliento y el desengaño. Solamente una magnífica idea nos eleva y estimula.

Así, en un estado de sequedad espiritual —después de todo “espiritual” es una muy linda palabra— volvemos a leer *Rojo y negro*, caro a José Alvarado,¹¹⁷ a [Ignacio] Carrillo Zalce y a Benjamín Jarnés. Una nueva lectura del gran libro. Otro encuentro con la exquisita señoral de Renal, con la muy guapa y coqueta Matilde, con Fouqué el laborioso y con el joven Julián. La decepción es demasiado objetiva, demasiado visual para encontrar ya en aquel maravilloso atolondrado un ejemplo a seguir. Se nos hace agradable la profesión de preceptor, sí: atractivas las aventuras amorosas por lo que tienen de espontáneas e inmediato; sugerentes los caracteres —el del vicario general, el del marqués, el del director del asilo, el de Pirard—; muy curiosa la miedosa nobleza de la época; insoportable la vida en el seminario —recordamos *A.M.D.G.*, de [Ramón] Pérez de Ayala¹¹⁸ y *El convidado de papel*, del ya citado Jarnés—; pero nada más, porque todo lo anterior es paisaje, escenario, para el libre desenvolvimiento de Julián Sorel. Todos los tipos como que resultan instrumentos en las manos de Stendhal, y de paso, en el inquieto y prodigioso cerebro del joven estudiante de teología. La decepción deviene clarísima plástica.

Veamos: Sorel es un egoísta, un irredento egoísta; el egoísmo es su virtud medular. ¿Encaja el egoísmo de Julián con nuestros mejores deseos de ser generosos, bondadosos? No, desde luego. Nosotros no tenemos derecho al egoísmo. Nos está prohibido como la compasión, la lástima. No podemos permitir que alguien repita, por muy joven y tarambana que sea, aquello de “¡Primero yo, después yo, y siempre yo, en el desierto de egoísmo que llamamos vida!”, porque lo condenaríamos a muerte moral, sin apelación. Claro que hay todavía una especie de jovencuelos dedicados al virtuosismo egoísta, pero son precisamente lo que nosotros llamamos indeseables.

Y hay muchas señoras que suspiran por parecerse a la de Renal, que a fin de cuentas no es tan bovariana como creen algunos. Era una simple dama hermosota y tonta. Dice Stendhal: “La educación del autor, dada por una mujer que era la personificación de la ignorancia, fue para nuestro héroe una dicha”. Tal cosa sucede con alarmante frecuencia. Adquirimos educación sentimental por mediación de lindas, pero un tanto asnas mujercitas. Julián aprendió mucho de la alcaldesa. Aprendió a ser amado, a humillarse, a ser soberbio. Aprendió a pensar mal de todos los hombres. A ser desconfiado, a dudar, a ser artificioso. Todo un aprendizaje necesario. En París hizo gala de sus conocimientos diplomáticos, de su carácter tortuoso y vago. Ni su amor a Matilde, bien correspondido por cierto, le salvó de su tormenta interior, de sus fieros combates consigo mismo. Era cuando decía: “Sí, hundir en el ridículo a este ser odioso que llamo Yo, me servirá de solaz... ¡A trueque de distraerme sería yo capaz hasta de cometer un crimen!...”.

Hay en *Rojo y negro* dos magníficas observaciones, una sobre el amor y la otra sobre la tristeza. La primera: “El amor de cabeza tiene a no dudar más talento que el amor de corazón, pero sus momentos de entusiasmo son ráfagas, relámpagos que brillan y se extinguen: se conoce demasiado bien, se somete sin cesar al tribunal de la razón, piensa mucho... ¡como que su fundamento son los pensamientos!”. Y segunda: “Conviene aparentar aburrimiento, hastío; pero la tristeza siempre es de mal tono. La razón es muy sencilla: el hastío sigue a la posesión, el paso a la tristeza indica que falta algo, que suspiramos por lo que no lograremos alcanzar”.

El destino de Julián Sorel estaba en la guillotina. Sus errores, sus torpezas, sus equivocaciones, le hicieron perder demasiado temprano aquella cabeza de veintitrés años. Aquella cabeza fría y serena o llena de extraños delirios. Murió despreciando a Matilde y amando a su primera amante. Murió un día en que estaba al cielo desesperadamente diáfano.

México, D.F., abril de 1937.

29. Las cosas turbias¹¹⁹

Lo turbio, en los sótanos siempre. O en las habitaciones con cieno y niebla. Lo turbio, toda la vida puertas adentro. O en las aburridas cuevas donde dos verseros se amenazan con aparatosos poemas. Lo turbio, en el ambiente fastidioso de los cafés exclusivamente para literatos. O en el corazón de los hombres cuya desesperante neutralidad se mantiene a obcecación. ¡Ah, las cosas turbias! De ellas, de su vientre gris y lodoso, brotan escandalosas querellas. Ya ha brotado una: la de los intelectuales. Concretamente: la de los poetas. De los poetas mexicanos, en particular. Una querella curiosa. Varios poetas silenciosos batallan desde los sótanos o las cuevas: otros combaten en la claridad de las calles, puertas afuera. Aquellos respiran pestilentes aires de esterilidad —confesada por lo demás—; éstos se alimentan de luz de rebeldía, de desprecio, o de odio depurador. Los poetas del sótano —del sótano en frío, como el que descubriera Rafael Alberti—,¹²⁰ o de la cueva, son los inmovibles, los puros, los deshabitados; los poetas de la calle —no de la vía venenosa, desde luego—, o sencillamente de la ventana abierta, son los emocionados, los groseros e impuros, los de corazón a los cuatro vientos. La poesía nacida en el sótano es reseca, decrepita; la que salta en las calles, en el asfalto, en los muros, es juvenil y vivaz, colorida y humana.

Creemos que ahora sí es posible delimitar las generaciones de poetas. Líneas fijadas dividen y precisan los grupos. Uno, muy conocido, el de los Contemporáneos; otro, el constituido por la nueva y afanosa juventud que milita en el ancho estadio de la revo-

lución. Aquéllos son los conspiradores del silencio; éstos, los generosos, los sinceros. Los Contemporáneos han rebasado los treinta años, y no tienen en su obra completa nada que les distinga como habitantes de este mundo, como no sean pequeñas tragedias de puertas adentro. Los Contemporáneos no han oído, no oyen el intenso clamor que devasta al planeta.

En esa “Nocturna rosa” descubierta por Xavier Villaurrutia hay algo, hay algo más que el poeta hace a un lado despectivamente: hay un ambiente crudo y endurecido a fuerza de feos espectáculos y recios olores, hay otras rosas, hay gardenias —de las que en el día se secan sobre las sepulturas—, hay rojos geranios, y otras cosas que Villaurrutia conoce. Siendo “Nocturna rosa” el mejor poema que del autor de *Dama de corazones* hemos leído y oído declamar, queda, por su carácter de flor de invernadero, en el sitio donde lo intocable se inmoviliza y va dejando poco a poco de ser. La última *plaque* de x. v. se salva, bien que difícilmente. Basta su categoría nocturnal, caso de rosa maldita, para que veamos en ella un acercamiento al mundo no angelical ni falsificadamente marino.

Nosotros —[Enrique] Ramírez y Ramírez y yo— no atacamos “desenfrenadamente” a la generación anterior.¹²¹ No. La vemos con pasión, con entusiasmo por lo que podría hacer y no hace; la criticamos por su abstencionismo, por su pasividad. Cubre un grueso periodo de la literatura mexicana, pero lo cubre mal, lo barniza con aceite importado. La “saña” puesta al salir nuestros primeros artículos —en la ciudad de México y en Mérida— sirvió para recordar a muchas personas que todavía vive una generación muy bien preparada y muy capaz, pero sin responsabilidad ante los conflictos de su tiempo. Hay que reconocer que es una lástima que en México uno de los más fuertes grupos de escritores se mantenga sordo ante llamamientos ineludibles. Lo repetimos ahora: no les pedimos que hagan poesía revolucionaria ni que dejen de ser lo que son, sino únicamente les exigimos una actitud antifascista concreta. ¿Pueden tenerla y, lo que es más importante, declararla?

Por eso nos querellamos. Por eso nos produce risa cierta poesía para perder y hacer perder el tiempo, como la que sale en el tabloide *Letras de México*, contrastando con la utilidad de sus críticas, artículos sobre arte y fragmentos en prosa, o como la anchísima “democracia” del *Taller Poético*, que permite la entrada, ya no a simples aprendices de poesía —que al fin estos ansían perfeccionarse— sino a sencillos aficionados del verso. De un aprendiz es posible que salga un calificado: de un aficionado no sale nada. ¿Es justo poner al habilidoso Neftalí Beltrán¹²² —sólo tomado en serio por el Superfachista—¹²³ junto al auténtico poeta Octavio Paz? No, cuatrocientas veces no. Y a propósito: es por demás escribir, sutil y venenosamente, que el cuarto de los cinco sonetos que Paz presenta en el tercer *Taller*¹²⁴ da el tono de la hora de junio en que Pellicer se ha especializado. Veamos: son dos poetas mexicanos, viviendo en el mismo sitio geográfico, los mismos meses, etcétera. ¿A que andar buscando coincidencias? El tono es juvenil

y extraordinariamente poético. Pero nada más. El tiempo de creación es diferente: la cronología tiene derecho de aplastar cualquier insinuación hecha con perfidia y mala fe. Y otra cosa: aclaramos que el poeta Pellicer es ajeno en lo absoluto a lo que podríamos llamar “nuestra campaña en contra —en contra, según unos; en favor, dicen otros— de los ex menos de treinta años”; que el poeta Pellicer no es utilizado por nosotros como trinchera o saco de arena para disparar verdades. Él es un poeta estupendo, y sería indigno de nuestra parte ponerlo de barricada. Ni a él ni a nadie.

Deseamos que las cosas turbias se iluminen; que los poetas resecos salgan del sótano; que se comprenda. Ya decía André Maurois hace algún tiempo: “Me parece sano que una generación de escritores anhele hacer otra cosa que la precedente. Carente de tales rebeliones, toda literatura no sería sino una imitación bastante mediocre. Pero si el papel de la juventud es de renovar, el de la generación que envejece es comprender”.¹²⁵ Se trata, pues, de un anhelo nuestro de renovar, a condición de que los Contemporáneos COMPRENDAN.

30. La hora más hermosa¹²⁶

Los primeros meses del año tienen una ligereza casi infantil, como de aire purificado, como de sonrisa sincerísima. Mayo y junio tienen algo más: poseen la suavidad, la tersura, el cariño enaltecedor. El resto de los meses varía: entre lluvia, sequedad, frío, días oscuros, noches amenazadoras, fiestas detestables. Pero lo ágil, lo puro, lo encantador, solamente en junio. Una hora de junio es lo que Carlos Pellicer, el admirable poeta de Las Lomas,¹²⁷ nos entrega ahora, después del prolongado tiempo de silencio y perfección absoluta. Esta *Hora de junio* es la más hermosa de todas. Es el más bello libro del antiimperialista y antifachista poeta mexicano. Alberti y María Teresa [León] —o los Alberti nada más— decían que era una obra de arte, e insistían en que el poeta relevara varias veces el libro. Y es la verdad. Es una cosa redonda, acabada, pulida, estupenda. El armazón del volumen es un prodigio de arquitectura, y entre el mar, las nubes y el robusto trópico se nos pasa la vida en constantes indecisiones.

El primer poema, “Esquemas para una oda tropical”, lo reprodujo el *Diario del Sureste* en uno de sus suplementos dominicales. Los demás poemas son de idéntica calidad, sólo que el tono amplio, sonoro, varía y se convierte en algo más amable y acogedor. El trópico, sí, es nuestro, pero cómo le tenemos miedo por su lentitud y su poder de aniquilamiento, por su capacidad para ser hermoso en todo instante, y por su virtud destructora. El trópico es terrible, aparatoso: “En los estanques del Brasil diez hojas, junto a otras diez hojas, junto a otras diez hojas...”. Es el desbordamiento, el caos, la languidez.¹²⁸ Debe ser monstruoso sentir el alma embotellada. Sin embargo, Carlos

Pellicer es mariscal de campo del Sol, y tiene las manos llenas de todo lo que un grupo de palmeras, agua y nubes puede entregar.

¡Y el mar! Este mar idealizado por Pellicer se nos viene encima, arrogante, tumultuoso, declamatorio. Es algo solemne cuando a caballo se mete en las basílicas de los acantilados; algo convincente —¿quién recuerda ya el “mar viejecito” de Salvador Novo?¹²⁹ cuando tiende “su instante de camisas en las playas”. Y el mar desde los aviones, y el mar desde sus verdes pulmones, y el mar y siempre el mar.

Y entonces vienen los maravillosos sonetos: los mejores sonetos escritos en México de muchísimos años a esta parte del siglo. Son las frágiles horas de junio:

Hoy hace un año, Junio que nos viste
desconocidos, juntos, un instante.
Llévame a ese momento de diamante
que tú en un año has vuelto perla triste.

Es un amor desventurado en toda su delicia; es el amor en torbellino reñido al fin; es el amor que nos defrauda. Las palabras vienen rodando mesurada, pausadamente, en límpida espiral, se van, vuelven, se abrazan, claman devoradoras y angustiosas; es que junio ha dado su palabra al poeta: “Yo devoro mis propios corazones y juego con los ojos del paisaje”.

Ahora, las nubes agrupadas: “En el cielo hay país de primavera”. ¿Qué otra cosa podemos decir los poetas jóvenes después de lo que Pellicer les dice a las nubes? Para ejemplo: “prodigiosas actrices de la tarde, vaciadas en yeso de lo mejor del silencio”. O esta definición: “Playas de moda para el lucero Quetzalcóatl”. No es posible más. El poeta se ha adueñado de todo lo existente. Tiene a las nubes asidas por la garganta. Y no hay manera de que las suelte. ¡A nosotros también nos hacen falta, poeta!

Hay más figuras, las de dos obreros trabajando, casi el sudor mezclado con las nubes

En el piso 50
las viguetas de fierro paralelas,
vida cuadrangular dan al espacio.
Dos obreros azules remachan un amarre.
Los martillos enloquecen los átomos del fierro
y hacen brillar el hongo del tornillo

Son los trabajadores del espacio. Recordamos la frase, ¿de quién?, “aquel obrero del aire”. Así empezamos a verlos en lo alto de nuestros rascacielos:

Solos los dos obreros
desmoronan la altura a martillazos
y son azules y altos, vértigos prisioneros.

Y así tendríamos que hacer varias docenas de artículos: transcribiendo. Es que realmente los aspectos poéticos de Pellicer son múltiples y variadísimos. Con razón se le envidia y se le acusa de “monótono y aburrido”. Una voz como la del poeta de *Hora y 20* es apasionante. Esto no lo comprendieron los virtuosos del plagio del idiotismo. Carlos Pellicer es único e insuperable. Para bondad y gloria de la poesía mexicana.

México, D.F., mayo de 1937.

31. Tipos de mujeres¹³⁰

Confieso que es un tema difícil y peligroso, pero terriblemente atractivo. Fue una mujer quien me propuso tal ordenación. Y ya sé que al final el riesgo será mío; no así la aventura. Quiero creer que lo que hago es un ejercicio estético. Pero no; no me lo perdonarían ni la sombra altanera del marqués de Bradomín,¹³¹ ni la inencontrable personalidad de don Benjamín Jarnés. Es una simple clasificación hecha a la sombra de las muchachas en flor, prustianamente hablando. Andrea, Albertina, Alisa, etc., han sido las inspiradoras, las “culpables”. Mi responsabilidad es limitada.

Todos tenemos derecho a guardar seguridades y exactitudes; en estética, en moral, en amor, en la vida social. Pero el prestigio no nos lo aplican los demás. Y son libres de quitárnoslo cuando tengan a mal hacerlo. Ser un buen o mal aburrido es manifestar despreocupación vital en lo absoluto. Es un bueno aburrido. O malo que aburre. Y la elegancia para fastidiarnos y fastidiar a los demás es de por sí uno de los más absurdos derechos. (Espero no estar hablando por la herida.) Hay mucha distancia entre pensar y decir lo que nos venga en gana. Se puede fabricar una coraza de la moral, que nos defienda de las y de los morales. Así como se guarda una moral propia, puede desconocerse, con la misma facilidad, aquella moral que nos conviene y en la que no pusimos atención, que ya no puede pertenecernos, que la gente no comprendería en el catálogo de nuestro modo de ser, y de la que ella misma nos aleja. La moral más difícil, cuando la hay, es la de una mujer. Y de una mujer joven. Más todavía cuando se empeña en tenerla. El equilibrio posiblemente está en lo que carece de ética propia. (Pero hay todavía críticos que creen ver, gracias a su miopía libresca, un caso de poeta equilibrado en lo que no es más que un escritor rudimentariamente sensible y fatigosamente académico.) Anormalidad exquisita: amoralidad inteligente: moralidad indiferente. Sensualidad,

sensitividad, sentimentalidad. Todo eso es lo que marca los grados amatorios, amables, cariñosos, tiernos. Y la gracia no está en clasificar al arbitrio, sino en observar, analizar; primero los polos —asnas e inteligentes—, después los puntos intermedios, que son, al fin, los que podemos asimilar y sobre los cuales meditar. A la tarea, pues.

ASNAS. Bonitas, más rubias que morenas; sensibleras, candorosamente cursis; pasionales, ingenuamente soñadoras; amorales hasta parecer más sosas todavía; normales, hasta la tontería; coquetas necias, luego entonces más asnas; voluntariosas, bastas y lerdas; activas (afortunada y desgraciadamente abundan); cinematográficas, idiotas.

INTELIGENTES. Perezosas y hermosas, blancas y morenas, o rubias tostadas; sentimentales sombrías o claras; inmorales, sin llegar a formar escuela; anormales hasta el barroquismo; coquetas y finas, o clásicamente coquetas; abúlicas, grandes, imaginativas; sensuales, delicadamente sensuales. Este tipo de mujer abunda lo bastante como para llegar a confundirse con las primeras.

INTELECTUALES. Bellas o feas, desesperadamente histéricas; sensitivas hasta la hipersensibilidad; amorales o inmorales; normales, a veces estoicamente puras; coquetas artificiales, bruscas, imperiosas; abúlicas o voluntariosas; voluptuosas a un paso del absurdo. Estas mujeres existen, son inofensivas y tienen grandes cualidades para la comicidad.

SABIAS. Deben ser bellas o feas; deben ser anormales; deben ser amorales; deben ser ingenuas. Deben ser o estar o existir.

No estoy nada seguro de la clasificación que he tenido la osadía de escribir. Sólo comprendo que me he metido en un atolladero, del cual me será tan difícil salir como a un sonetista llegar sano al primer terceto. Pero que ellas me lo perdonen. Y ellos, mis camaradas en sexo. Los errores que tan ostensibles son en mi “ensayo” se deben únicamente a cierto raudo vuelo de la imaginación, y no, como cualquier malicioso pudiera pensar, a una tendencia a la misoginia. Precisamente porque son complicadas las amamos. Una mujer ingenua, clara, angelical, mañanera, sería la más tediosa del mundo. Multiformes, polifacéticas —esta no es una mala palabra—, es como las deseamos. Si así no fueran, que las generaciones venideras les pidan cuentas.

México, [abril de] 1937.

32. Años de aprendizaje y alegría¹³²

En estos meses, junio y julio, cumplimos varios jóvenes mexicanos algunos años —cuatro, cinco, seis— de serios estudios poéticos. Han sido años de aprendizaje y alegría, de inquietudes, de curiosidades, de desilusiones y de triunfos. Años de “macheteo”, hablando estudiantilmente.¹³³ La cosa, para el grupo al que pertenezco, empezó en las

aulas preparatorias, en el muy lejano año de 1931, con maestros de la talla de don Erasmo Castellanos Quinto y de don Agustín Loera y Chávez.¹³⁴ Algunos llegábamos de la provincia; otros habían nacido y crecido en la capital. Pero algo nos unió; y ese algo era la alegría, la juventud, la adolescencia anhelante y la sanísima ambición. Todavía algunos conservamos, a pesar de todo, esas tres virtudes primordiales. Otros se marcharon, como en los versos de Alberti, “con los ángeles, con los santos apóstoles y las engañadas vírgenes”; los menos están ahí, indecisos, cautos, precavidos, tibios.

Por ahora deseo solamente dar casi todos los nombres de los que quedamos en el campo abierto, pues no es llegada aún la hora definitiva del implacable balance. Desordenadamente: Mauricio Gómez Mayorga,¹³⁵ Enrique Guerrero [Larrañaga], Octavio Novaro, Rafael López Malo, Octavio Paz, Emmanuel Palacios,¹³⁶ Alberto Quintero Álvarez, Rafael Solana, Heriberto García Rivas¹³⁷ y yo. A los anteriores tengo que agregar los nombres de Alberto Arai, Guillermo Olguín, Carlos Villamil Castillo, Enrique Ramírez y Ramírez, Ignacio Carrillo Zalce y Ricardo Cortés Tamayo, dedicados a estudios literarios de otra índole que la poesía: la crónica, el artículo periodístico, el ensayo filosófico, el cuento y la crítica. En general, todos andamos entre los veinte y veinticinco años; raro el que ha cumplido el cuarto de siglo. De los poetas señalados, sólo Gómez Mayorga, Guerrero, Novaro, Paz, Quintero Álvarez, Solana y un servidor hemos publicado libros de versos con vías de adquirir responsabilidad.

Y quiero aclarar una cosa: creo que el optimismo es misión de la poesía; pero no su única misión. Porque la tristeza, el fastidio, la desesperación, la ausencia, la soledad, existen en forma de aplastante tragedia; porque también el crimen, la guerra, la miseria existen y se convierten en drama inevitable para el poeta. Todas esas cosas nos matan con frecuencia el optimismo. Para hacernos alegres tenemos que poner toda nuestra voluntad; en cambio, una elegía o una lamentación resultan fáciles, cruelmente fáciles. Es juvenil, pero muy duro, escribir: “por el hijo mío que nunca habitó en tus entrañas, por la estrella que no pudo alimentarse de tu sangre”, como hace López Malo; es triste el poema de Novaro al hijo nonato, pero muy cierto y poético. Son verdaderas las elegías: los muertos “existen”, los asesinatos suceden. Málaga-Almería, Bilbao-Santander, las dos carreteras sangrientas; el frente de Aragón, donde cayó muerto el camarada a quien Octavio Paz escribió una elegía;¹³⁸ Madrid, capital del mundo y del dolor; Sevilla, convertida en inmenso campo de concentración, como si fuera cualquier provincia alemana; nuestros campos mexicanos; nuestras montañas mexicanas; el trópico traga-hombres; los tiranos descalzos de Centroamérica; las masacres en Puerto Rico, las huelgas en los Estados Unidos, tan fieramente sofocadas por las bombas lacrimógenas de la policía, etcétera, etcétera. Y siempre lo doloroso, lo dramático.

Es agobiante reaccionar contra la tragedia. Pero es triunfal y digno de nosotros. La poesía nos da maravillosos medios de victoria, y más todavía cuando es “manejada” por jóvenes conscientes de su papel de habitantes de un planeta compuesto por nacio-

nes insolentes como las fascistas, y por estados democráticos o plenamente socialistas, como la Unión Soviética. El triunfo nos lo dará la poesía, repito. Somos el “cuadro” o la brigada de choque, adquiriendo experiencia, madurando en la refriega diaria contra los emboscados, contra los señoritos engañadores, contra los repugnantes requetés de la literatura, como se les llama en México.

Tenemos varios años de estudio. No estamos sino regularmente preparados artística e ideológicamente. Pero es bastante: tenemos la razón. Espero que en Europa nuestro poeta joven más distinguido hable de la nueva generación combativa que alienta en México: que Octavio Paz hable de lo que hacemos y deseamos.¹³⁹ Carlos Pellicer también lo hará, pero en otra forma, porque él es maestro consagrado, y Paz es camarada joven. Que Serrano Plaja, que Plá y Beltrán no ignoren nuestra labor. Que no crean los europeos en la inexistencia de algo valeroso y depurador en la poesía mexicana.

Sólo nos queda continuar en la labor comenzada. Nuestra poesía, luminosa y viril en la tragedia y en el canto de esperanza y vida, nos pondrá en el sitio que merecemos.

México, D.F., junio de 1937.

33. Crónica metropolitana¹⁴⁰

Verlaine, en estos momentos de esta ciudad, sentiríase poco menos que poseído por la angustia y la desesperación. Es que la lluvia cada día, cada tarde, es más pavorosa y cruel: cae al rato de anunciarse en densos nubarrones, como celeste maldición, como si fuese la última vez que habría de caer. El pobrecito cantor Verlaine vería su ruina en la temporada de lluvias que tenemos encima. “Llueve sobre la ciudad como llueve sobre el corazón...”¹⁴¹

Saltan la melancolía y el fastidio, arrollándolo todo, con uñas líquidas, feroces, afiladísimas;¹⁴² brota el cansancio, aparatosamente, sintiéndose dueño absoluto de la vacuidad, la ineptitud y el tedio. Son necesarios todos los esfuerzos humanos para salir limpios o menos sucios que otros, del ambiente que se desencadena por los callejones, las calles y las avenidas ciudadanas cuando la lluvia alcanza su mayor fuerza destructora de citas, compromisos, quehaceres y otras cosas no menos importantes.

Nos sentimos incapaces de sostener una conversación, por breve que ésta amenace ser, con el mejor de nuestros amigos; vivimos los instantes desmenuzándolos; creemos entonces en esas cosas de animalidad, de bajos instintos, de fierezas incomparables que deben habitar en los hombres; nos vemos dispuestos a los mayores crímenes y a las más horripilantes traiciones. ¡Va a llover! Y el grito angustioso y torturante se nos mete por todos los poros del cuerpo para hacernos pensar en un ejército de millones de alfileres luchando fachistamente en nuestra contra. ¡Viene por el peñón! ¡No, por

la Villa! ¿Llegará? Venga de donde venga, siempre logra llegar. Se nos arroja con todos los agravantes, como despiadada y sádica muchedumbre; nos asesina. Nos hace cata-lépticos.

Y una de dos: o nos metemos en alguno de esos atorrantes cafés para intelectuales, o volamos a casa a seguir paso a paso las increíbles aventuras de Julio Jurenito, el mexicano genial, con sus siete discípulos.¹⁴³ Si lo primero, hay que soportar al espontáneo que suelta sus últimos ensayos sobre “las causas desconocidas de la producción poética de don Manuel Gutiérrez Nájera”, o al poeta de moda con sus largas tiradas sobre William Blake, [Walt] Whitman y [Pierre] Reverdy, o al pesado diletante que ha llegado a decirnos sus impresiones del ensayo de José Gorostiza acerca de la “Poesía actual de México”; si lo segundo, que al final de cuentas es el recurso más cómodo y menos comprometedor, tendremos que enterarnos por la fuerza y calidad del libro qué fue lo que le pasó al hermano del negrito Aisha, qué fin tuvo la Necrópolis Universal de M. Dalais, cuáles son las ideas del alemancito irreverente Karl Schmidt, cómo hace *mister* Cool para sacar dinero de las partes menos inimaginables, cuán desventurado ha sido Alejo Spiridonovich a lo largo de su crispante vida, qué fin persigue Bambucci con sus descorteces escupitinas y cómo Eliá Ehrenburg halla siempre paz y consuelo al lado de su amadísimo Maestro. Al ambiente soporífero del café supracitado, preferimos las autorizadas opiniones de Jurenito acerca del amor, del hoy por hoy descuidado arte de fumar en pipa, de la libertad, de la muerte, del juego de ajedrez, de los judíos, de la sociedad en general y de otras muchas cosas no menos interesantes.

Es claro que a la oprobiosa realidad de los “intelectuales” cafeteros, a sus embustes y pedanterías, oponemos gustosamente la finísima sátira, la jovialidad, la sugestión de Julio Jurenito. Dejamos el ridículo aplastante de los literatos por ese aspecto positivamente abominable que el Maestro de siete discípulos internacionales nos presenta en la forma más original y provocativa.

Pero la costumbre se impone y hay que salir a la calle. Es vitalmente urgente saber el paradero de la aviatrix o aviadora Amelia Erhart; se hace necesario enterarse de la nueva canallada de los alemanes e italianos; se vuelve imprescindible leer los *Perifonemas* que el antiguo poeta don Porfirio Barba-Jacob,¹⁴⁴ inagotable concupiscente, lanza a los aires desde las columnas editoriales del vespertino cavernícola *Últimas Noticias*; de vida o muerte se convierte el encontrar, o no, a la mujer amada... Y todo eso tenemos que efectuarlo bajo la tensa y mortífera lluvia. ¿Qué poeta erótico de la última hornada —parece que ya está el pan, don Domingo Arenas—¹⁴⁵ hablaba en sus versos de “los deseos provocados” por la lluvia?¹⁴⁶ A su edad y malgastando su vena poética en tales apuros sexuales. Increíble, pero cierto diría enfáticamente John Hix.¹⁴⁷

En fin, Julio Jurenito sería nuestra salvación. Quédense el café, los *Perifonemas* y los poetas tabernícolas —hombres de las tabernas o viejos lobos de bar—,¹⁴⁸ en el sitio que les corresponde; nosotros haremos lo posible por imaginar la reciente e inevitable

bribonada de los fascistas, hasta la nueva mañana, en que sabremos qué piensa Tribilín Mallén¹⁴⁹ —agente X-9 de Hitler en el valle de México— del río Amur, de la LEAR nuevamente y de los bombardeos soviéticos.

México, D.F., julio de 1937.

34. Poesía y pobrediablismo¹⁵⁰

No hace mucho tiempo nosotros planteamos el problema de la poesía mexicana. Continúa insoluble. Confuso para ciertos poetas y críticos, claro, muy claro, para nosotros. Dentro de breves meses tendrá luz de mediodía. Y no lo aseguramos alardeando de aladinos, ni mucho más ni menos. Lo creemos, simplemente. El problema poético es un compromiso eludido por unos, abordado valientemente por otros. Alberto Quintero Álvarez nos escribió una carta sobre la poesía de la juventud;¹⁵¹ evitamos adrede toda respuesta porque él se colocaba en un plano absurdo: casi reñir con los poetas de su edad, sin causa sólida, y defender, por motivos que sólo él sabe, a la generación aludida por nosotros. Se situaba, con aires de viejo dómine, y protegido por Michaux y Marichalar —¿qué ha pasado con Reverdy?— en la falsa postura del intermediario zigzagueante Rafael Solana, que en una nota sobre la poesía cogida en el *Taller Poético* soluciona el problema en una forma fácil, pasiva, ambigua, que tan sólo le permite presentar en su excelente revista una poesía saturada de franca belleza, y otra, envenenada con vacuidad e inconsistencia. El poeta José Gorostiza, precisamente antes de marchar a Europa,¹⁵² nos dejó un serio y ponderado estudio sobre “La poesía actual de México”; a su tiempo lo comentaremos ya que tiene la gran importancia de los anteriores de Villaurrutia y Torres Bodet.

Cierta forma de hacer poesía sigue ahí, ¿la ven?, deslizándose sutilmente sobre papel de primerísima calidad, brillando como cualquiera de esas estupendas y altivas damas que con tanta y desesperante frecuencia nos encontramos por las calles, sufriendo su delicada y disfrazada impotencia, presumiendo de inalcanzables. Es la poesía de los hipocritillas. Es el arte del pobrediablismo. Los poetas que hacen esa poesía, ¿saben lo que hacen? Lo ignoran, o lo saben, criminalmente, demasiado bien. ¿Hacen auténtica poesía? Difícilmente y a medias. ¿Realmente se consideran poetas? Sí y no, es decir, que unos son regularmente honrados, y otros, los más, delictuosamente farsantes. Pero la gran mayoría no lo puede negar: es incapaz de sostener una trayectoria artística por mucho tiempo. ¿Que algunos la han sostenido? Sin disputa, pero ¡el trabajo que les cuesta! Es bien ostensible su miseria poética para que nos pase inadvertida: un poemita, pongan ustedes de veinte a cincuenta versos por *plaque*, en el cual aparecen determi-

nadas cosas bellas, bien trazadas, mejor decoradas, peor encaminadas; uno o dos o tres sonetos perfectamente contruidos que nada dicen —como que tales poetas parecen haber acaparado la fórmula del sonetismo—, hecho que nos recuerda los “versos” estos: “Posee un amuleto / de la forma impecable del soneto / con el cual lo transforma / todo a su guisa. / Da al ensueño forma / cincelada... Y de este sortilegio / él tiene, nadie más, el privilegio”. En número plural, y parecería escrito para todos ellos. Pero, es justo reconocerlo, son sabios, son antiguos niños prodigio y, sobre todo, no son culpables de que sólo el truculento Superfachista, con su prosa más aburrida que una tepachería, les defienda a capa y espada, como si de pupilos de Goebbels se tratase.

Se podría argumentar que a los poetas de “los labios sitibundos”¹⁵³ les molestan los vocablos que aparecen en la nueva poesía; que los incomodan ciertas palabras, determinados sentimientos. Parcialmente tienen razón: están, estuvieron acostumbrados a la “poesía” que se fabricaba en México hace algunos años, y que por desgracia es lo único que fuera de nuestro país se conoce. ¿Es necesario señalar a los culpables, a los demagogos, a los gruesos verseros del poema altisonante, pretencioso e imperdurable, cuando aun el acto de escribir sus nombres resultaría insultante? Por estos, por su miserable y desviada producción, la poesía revolucionaria es motivo de constante desconfianza. Esta desconfianza, y por todos los medios a nuestro alcance, es la que intentamos hacer desaparecer del ambiente mexicano.

Es mentira que la poesía revolucionaria se fabrique a base de ruindades, de incomprensibles odios, de vocablos ásperos, de expresiones hirientes, de versificaciones libérrimas, de sordidez; tenemos juventud, optimismo, alegría, deseos de ser generosos e invencibles, tenemos la vida en nuestras manos, y en el corazón una firme esperanza, una fe indestructible y el orgullo de ser jóvenes socialistas. Así es la poesía que pretendemos hacer, que estamos haciendo: clara, fuerte, sin contaminaciones, sin perversidades, sin lo que del Bravo a la Patagonia se llama “joterías”. Queremos una poesía que refleje nuestras demandas juveniles: económicas, sociales, estéticas, sexuales. Seríamos traidores a nuestra lucha si quisiéramos engañar deliberadamente a los que en nosotros confían, a los que nos oyen.

A la pobreza humana de ciertos poetas, a la cursilería irredenta de otros, a la peligrosa “poesía revolucionaria” de algunos más —aquí no cuentan los decididamente insoportables— oponemos nuestro entusiasmo, nuestra inquietud y nuestra obra. Esta es una región “donde se vuela sin alas”, y en ella viven miles de jóvenes, docenas de poetas adolescentes; y hay ciudades, ferrocarriles, automóviles; animales, paisajes; y también alienta el rencor y crece la envidia y el odio paraliza las respiraciones; y hay centenares de obreros y centenares de campesinos; y millonarios y burgueses detestables; y hasta fascistas. En esta región estamos palpitando al mismo tiempo que el resto del mundo, combatiendo artística y socialmente, un grupo de muchachos sin otras aspiraciones que la verdad, la justicia, la poesía y el amor. Y fijaremos nuestros versos en los muros de las

ciudades para que el pobrediblismo y la cursilería y la demagogia “atrincherada” se den perfecta cuenta de nuestro objetivo.

México, D.F., 1937.

35. Discurso en un jardín¹⁵⁴

Es la hora diamantina en que los jóvenes estudiantes, los muchachos obreros, los infantes campesinos y los adolescentes sin trabajo inician una de las luchas más importantes de todas las épocas; es el tiempo en que hay urgente necesidad de salir atropelladamente de las tabernas, de las aulas, de los talleres, de los campos roturados, de los locales de la beneficencia, para lanzar a la cara de nuestros explotadores, de nuestros tradicionales verdugos, la grande y poderosa verdad que alienta en el pecho de cada uno de nosotros. Esa verdad es pura, camaradas; es una inconmovible y vigorosa verdad que ahora poseemos y estará siempre defendida por nuestros estandartes, por nuestras insignias, por el glorioso lema de nuestra organización, que es “¡Jóvenes proletarios, uníos!”; esa verdad nuestra la conservaremos con nuestra sangre, como los camaradas españoles han estado haciéndolo desde hace ya un largo y doloroso año. Ellos, nuestros hermanos de la mil veces heroica España, defendiéndose defienden a nuestras Juventudes Socialistas Unificadas de México, en cuyo nombre hablo en estos momentos; defienden nuestro local, a la propia vida que tenemos. Para los camaradas españoles la hora es peligrosa; pero estén ustedes seguros que ganarán. Ganarán por el inmenso valor de su causa que es la nuestra, y porque tienen la razón y el prestigio necesarios.

¡Allá, en la vieja España que quería renovarse, las juventudes socialistas, comunistas, anarquistas, libertarias, católicas, están rompiéndose el alma contra el toser de las ametralladoras alemanas e italianas! ¡Vean: Barcelona, Valencia, Santander, Madrid —capital de la gloria, según el gran poeta Rafael Alberti—, Almería, Cartagena, expuestas a los obuses de los arios inventados por Hitler y sus filósofos de botas fuertes y macanas; son ciudades que se defienden, que se defenderán siempre con los puños apretados, vengadores de la sangre que ha corrido! Pero los fascistas, como en la canción de los milicianos “contra la España Republicana, que se defiende, se estrellarán, ¡se estrellarán!”.

No sería joven, no tendría derecho a serlo, aquel que no sintiera su cuerpo conmovido por el dramático aspecto que España está presentando al mundo entero durante los últimos doce meses. ¡Ahí hay fuerzas regulares de Alemania, Italia y Portugal, que se han colado por los puestos arrasados, como Málaga e Irún; hay ahí mahometanos de los

mismos que se rompieron los hocicos contra los mil novecientos hombres de la brigada internacional comandada por Kleber, en las puertas de Madrid, y que en vez de irse a dormir con las obreras madrileñas, se largaron a reposar para siempre sobre los blancos pechos de las huríes del Profeta; esos mismos moros que en estos momentos se estrellan contra la táctica genial del general José Miaja! ¡En España no existe ya la guerra civil; la guerra civil murió el veinte de julio de 1936, cuando los obreros anarco-sindicalistas de la capital de la generalidad de Cataluña, de Barcelona, reprimieron victoriosamente la intentona militarista; la guerra civil terminó en el momento en que los trabajadores de Madrid tomaron el cuartel de la Montaña! ¡Hay, eso sí, una descarada invasión extranjera, protegida por unos cuantos traidores y capitalistas —March¹⁵⁵ y Franco—, y proseguida, entre el escándalo de las democracias del mundo, y de la manera más cínica y retadora, por el *Duce* Botija Mussolini y por el Bello Adolfo, ídolos de los señoritos mexicanos y de las viejas beatas y gañanes que aquí en México celebraron “honras fúnebres en memoria de Emilio Mola”, y que fueron merecidamente apedreados por un grupo de obreros mexicanos! ¡España democrática, España del Frente Popular, combate sola contra las dos naciones más agresivas e insolentes del mundo! A la defensa del pueblo español han corrido centenares de hombres conscientes de todas las naciones, y han hecho ahí mismo, sobre la marcha, aprendizaje militar. Esto significa que España no está sola; que no puede quedarse abandonada a la agresión; que no es justo, humano, dejarla atendida a sus escasas fuerzas. Nosotros explicamos la presencia de norteamericanos, ingleses, suecos, checos, rusos, italianos antifascistas, alemanes del “Heil anti-Hitler”, mexicanos y sudamericanos, por el gran amor que por la España batalladora deben sentir, y sienten, todos los pueblos honrados de la Tierra. Los que pelean al lado del pueblo español no buscan las materias primas del suelo de España; no desean para su país ventajas económicas; no quieren las Baleares, ni las Canarias; ni ansían una recompensa de ninguna naturaleza. No. Son hombres libres, con la sangre sublevada por la iniquidad fascista.

Y mientras suenan voces de muerte, cerca del Guadalquivir,¹⁵⁶ el dulce río que canta, y los barrios obreros están rodeados por las alambradas en las ciudades conquistadas por el ejército italo-germano-moro, en Madrid los milicianos cubren debidamente la fuente de la Cibeles para protegerla de los bombarderos invasores. Mientras los fascistas venden en Argentina *El entierro del Conde de Orgaz*, obra maestra del Greco, los leales a la República salvan todas las pinturas y esculturas valiosas. ¡Camaradas: hay que recordar que mientras la barbarie se ensaña en las ciudades abiertas, bombardeándolas, los campesinos levantan sus cosechas, fusil al hombro, como una demostración de su lealtad y su amor a los poderes legítimos!

México, D.F., julio de 1937.

36. El niño furioso¹⁵⁷

“¿Sabe? no me gusta contar cuentos ni inventar historias, ni crear anécdotas. Me desagrada profundamente los chismes, por desquiciantes y perturbadores de la tranquilidad humana. Soy enemigo declarado de los embustes. Le será fácil comprender el porqué de mi elemental desprecio a cierta clase de poetas y absolutamente a todas las poetisas; a las puestas de sol y a los amaneceres; a los hombres que hablan con la mano en el corazón y a las mujeres de sonrisa espléndida, pero falsa a todas luces.

“Sólo creo en la alegría y en el cinematógrafo. El amor es otra cosa. Definirlo es aislarse; es confesarse deliciosamente estúpido, o que se tienen las manos atadas y los ojos en la estrella más lejana. Claro, claro que he amado. Y con exceso. Pero ella nunca se enteró, lo cual me conmueve hasta la locura. Sin embargo, esto no importa. Importa solamente el que usted me escuche con esa paciencia y esa bondad que le conocemos. Ah, usted sí es lo que se llama un hombre cabal. No se agite, hombre, no sonría así. Tengo confianza en su serenidad. Disculpe, pues.

“Decía... ¿qué decía? Exacto, gracias. Era no más que un prólogo. Quiero llegar a lo fundamental. ¿Ha oído hablar alguna vez del niño furioso? ¿No? Lo presentía, y es por hacerle un breve relato que le he llamado. Soy demasiado joven para entender ciertos hechos que he visto, que he sufrido, que me intrigan, y que sólo un hombre como usted, con su prestigio de militante revolucionario, de viajero, de casi sabio, puede desentrañar. Sé que los tipos como usted tienen esperanza en el advenimiento de tiempos mejores; sé que lo arriesgan todo; que aguantan cárceles, persecuciones, exilios; que están acostumbrados a ver correr la sangre; sé que ustedes jamás lloran; y sé, al fin, y por esto lo admiro, que están reinventando la alegría.

“Vea: el niño furioso tiene dieciocho años y una tonelada de incomprensibles ambiciones. Vive atropellando cuanto encuentra a su paso. No se respeta ni a sí mismo. Es amigo mío desde hace cuatro meses, y ya no sabría decir si yo soy él o él es yo. No, no exagero; digo lo cierto. Se ha apoderado de mi escasa voluntad como quien coge un libro, y, si quiere, lo lee, y si no, se lo mete bajo el brazo y a caminar por esas calles. Es mi sombra. Mejor: yo soy su sombra. Ya puede usted imaginar mi incomodidad. No soy dueño ya de lo que antes me daba placer. Me extorsiona, en suma. El dilema es claro: o nos reñimos, y alguno de los dos muere, o me largo de aquí. Es odioso, furiosamente odioso. ¿Cree usted que yo tengo la culpa de que se haya enamorado de Sylvia Sidney, la artista de cine? En lo absoluto. Al rato puede llegar a este café: saludará, pronunciará tres o cuatro frases, para después manifestarse melancólico y aburrido. Dirá que es apenas un niño, un incomprendido, un candidato al suicidio por asfixia. A los veinte minutos me verá obligado a salir con él, a calmarlo, ¡a decirle mentiras, fíjese! Pero lograré volverle a la razón y, cuando él esté tranquilo, me echaré a llorar, porque habrá llegado mi turno de hacerlo; amaré lastimosamente a la estrella norteamericana, me consideraré un

ser nacido a destiempo, etcétera, etcétera. Es horrible, insoportable. ¡Dígame! ¿Quién soy yo?... Gracias, amigo. Me ha devuelto usted al mundo. Quiero verle otro día. Tendrá usted que resolver el problema que le acabo de plantear. Sé que es idiota pedir consejos, y no lo he hecho sino por asunto de vida o muerte. ¿Ya ve? Me estoy volviendo hasta trágico, y yo nunca lo había sido.”

Y no habló nada más aquel joven. Ni lo he vuelto a ver. Días después de aquella charla suya tuve que salir violentamente a Monterrey a una convención obrera. Desde allá le escribí una carta bastante larga que no leyó seguramente, pues de otra manera, creo y seguiré creyendo, no hubiera asesinado a quien él llamaba el “niño furioso”.

Los detalles del asesinato son crispantes; los doy a conocer para que vean ciertas gentes los conflictos que, en las inteligencias jóvenes, nacen al frío de una sociedad despiadada y envilecedora. Aquel joven creía en la alegría. Quería ser dueño de su alegría, de su dicha, de sus veinte años, de su placer en el cinematógrafo. Recuerdo un verso que repetía con frecuencia: “Pues más dulce que la alegría es la espera de la alegría”. Era inteligente, audaz, lleno de esperanzas y buen gusto. Pudo ser un buen crítico de arte, o un brillante conferencista. Nada logró. Su línea vital sufrió un cambio funesto al aparecer en su fresca existencia el “niño furioso”. Éste, tipo del genial atolondrado, conquistó fácilmente aquella sana voluntad. Y empezó el drama. El furioso o podrido aplastó, con su desbordante y pegajosa locura, al sereno y bondadoso. La sociedad había lanzado uno de sus proyectiles, uno de sus desechos, contra un espíritu peligroso, contra un hombre a punto de convertirse en un rebelde con gran capacidad para el combate. No hablo en revolucionario porque sí; lo hago por la confianza que tenía en aquel estudiante de hermosas alegrías. Nunca intenté atraerle a la lucha. Pero en cualquier momento difícil habría estado con nosotros. Porque fue un joven sin dudas y sin vacilaciones, hasta que la tragedia se le echó encima en forma de un prodigioso demente sin escrúpulos, sin rumbo, sin vida, como todos los dementes.

Por tal motivo es que ahora creo más en la juventud, y niego existencia duradera de los “niños furiosos”, que no son más que entes poseídos de la neurastenia que a todas horas se inventan, como si para respirar fuera necesario, obligatorio, meter y sacar la cabeza en una fuente con intervalo de medio minuto. Es tonto creer en esa clase de bestias destructoras. Sólo los imaginativos caen en sus tentáculos. Y aquel joven que asesinó había mal educado su imaginación.

El tormento sufrido por el “niño furioso”, según el comentario de los periódicos, fue terrible. Él, que no era capaz de mirar una rosa quemada por el sol sin temblar de lástima, cortó la lengua de su inquisidor con unas finísimas tijeras; él, que una vez llorara de piedad —de piedad, sí—, al estar leyendo el *Romancero de la guerra civil española*, logró fuerzas suficientes para llenar con ácido nítrico los ojos de un simple tarambana; él, de espíritu terso, amplio y generoso, clavó siete alfileres en el corazón de su fantástico enemigo. Y en la prisión ha confesado que “lo volvería a hacer con todo gusto”.

Y yo sé que el asesino —no puedo llamarle de otra manera— entendía mis palabras, leía con entusiasmo realmente juvenil, con juvenilidad, los libros que le daba prestados; buscaba con curiosidad casi femenina los detalles de las personas, de la ciudad, de los animales. Pero tuvo que sucumbir. El salvajismo de ciertos instintos y sentimientos mató calculadora e inconscientemente una serie de ideas a punto de organizarse. Es la verdad: la furia, atrincherada en el cuerpo de un irresponsable, mordió con increíble sadismo el rostro de un hombre que pudo hacer maravillas en el arte de ser joven, en la “profesión general de hombre”. Una tumultuosa ferocidad se le arrojó al corazón, desangrándolo lentamente como quien exprime con trabajos una naranja inmadura. Aquella vez, la última vez, me dijo que yo era de los que están reinventando la alegría —¿a fuerza de no saber llorar?—. La alegría era, recuerdo, mi obsesión.

Pronto iré a verle a la cárcel. Adivino su fatiga, su miedo a la soledad, su temor al tedio. Jamás pensará en arrepentirse. Tal parece que su misión fue la de asesinar, pero asesinar precisamente a uno de esos destructores: a un “niño furioso”.

México, D.F., 1937.

37. Atorrantes y cavernícolas¹⁵⁸

Complicarse la vida en esta ciudad, ya de por sí agriamente complicada, no es cosa de otro planeta; ni siquiera asunto exclusivamente celestial.¹⁵⁹ Es algo que sucede por desquiciante fatalidad; algo que no podemos eludir; es una cosa irremediable. Nos pasa lo que a Edward Everest Horton, ese deshilvanado y simpatiquísimo tipo del cinema norteamericano;¹⁶⁰ es como andar de paseo con los sesenta sobrinitos del simbólico Ratón Miguelito o encontrarse a vuelta de esquina con el atorrante Pato Pascual,¹⁶¹ flor y espejo de la majadería ciudadana. La vida, si se quiere, es turbia; sencillamente, y sin desviaciones a la derecha. Pero vivir a secas, vegetar, es como llevar sobre los hombros una vieja pianola o una primitiva máquina de coser. Más todavía cuando es inevitable respirar y amar en una ciudad como la nuestra, tan embustera y llena de peligros, ¡ay!, tan maleada; una ciudad que no tiene vergüenza de albergar en sus casas de hormigón y tezontle a un relativo y odioso número de cavernícolas u hombres de las cavernas fascistas.

Ah, ciudad nuestra, irresponsable, virgen y protomártir: ¿qué esperas para escupir de tu averiado vientre, y por la vía más rápida, esas cosas enfermizas y pegajosas que acostumbran rezar docenas de rosarios y escribir centenares de cuartillas, rogando y cantando por el triunfo definitivo del maricón, beduino y traidorzuelo ex general Francisco Franco? ¿Qué hora luminosa aguardas para deshacerte de los angelicales [Alfonso]

Junco —gratuitos defensores del cursi [José María] Pemán—, renegados Mallén, concupiscentes Barba-Jacob y resentidos y amargados e ingenuos [Agustín] Aragón Leyva? ¿Cómo permites, oh ciudad bienaventurada y cínica, la existencia en tu seno de tan zoológicos personajes como las mujeres asnas y los admiradores desenfrenados del régimen de los campamentos de concentración?¹⁶² Te tuteamos, ciudad o invernadero, como si fueras una amiga de siempre; pero te respetamos. Te respetamos condicionalmente. Porque tienes todas las virtudes necesarias para volverte una ciudad sana y vigorosa; porque tienes en tu favor las indestructibles voluntades de millares de hombres que no nacieron con facultades para vivir como esclavos. Lo malo, lo verdaderamente gangrenoso, es que en tus oscuras callejuelas alientan, con el estilo venenoso que les caracteriza, individuos funestos clasificados por nosotros desde hace tiempo como integrantes de base de la plaga de cavernícolas y atorrantes. Plaga que viene a ser en ti lo que una imprevista mancha leprosa en el cuerpo de la mujer más hermosa del mundo. Esa plaga anda por ahí, cruzando tus calles y avenidas, ensuciando tu cálido ambiente de ciudad matinal, ennegreciendo lo que sin ella sería perfecta e indiscutible transparencia. Es una quintacolumna de cobardes francotiradores morales; es la plaga de los hombres que rezongan, gimen, difaman, envilecen, mienten y embaucan; son los maestros del falseamiento y la tergiversación. Son “como enemigos establecidos contra tu alma”; son —García Lorca los definió— los “de carne tumefacta y pensamiento inmundo. Madres de lodo. Arpías. Enemigos sin sueño del Amor que reparte coronas de alegría”.¹⁶³

Dominicalmente hablando, son algunos de los “monitos” villanos y canallas: los que atacan con aviones, tanques, ametralladoras y gases asfixiantes el territorio defendido tan brillantemente por el antiimperialista Tarzán; los que se ingenian para causarnos malestar y desasosiego, como Tin, Roque Pílon y Perendengue, Botija, Homicudo y compañía.¹⁶⁴ Ya quisieran tener la suprema candidez y vena humorística del “Reyecito” que dibuja Soglow, o el carácter bien rebelde del proletario Pedro Harapos, o la generosidad ilimitada del vencedor de Simbad: Popeye el Marinero. No. Ellos prefieren oscilar entre los estilos de Betty Boop, malcriada y chillona, y de don Federico Gamboa, venerable patriarca de las peores letras mexicanas. Es increíble como pueden tales langostas destructoras escribir determinados “editoriales” y hasta ilustrar los cables que reparten las agencias sometidas al sistema, a la campaña internacional de calumnias y sabotaje, al heroico y ejemplar pueblo español que tiene más de un año resistiendo las embestidas de las columnas del fascio.

Queremos decirte, ex ciudad de los cinco lagos muertos, que creemos haber nacido para defenderte, enaltecerte y darte. Te mereces todo; un sitio en nuestro corazón. Solamente tu carácter pasivo nos ha inclinado alguna vez al odio. Pero nuestro mismo odio es para tu provecho. Ya, ya verás las consecuencias de señalarte tus enemigos irreconciliables; ya llegarás a comprendernos. Por lo pronto, te deseamos una mayor inclinación a la pureza vivificadora, a la inefable pureza que es origen de las mayores obras de arte.

38. Ciudades en el aire¹⁶⁵

Ciudades con olor a cebolla mojada

PABLO NERUDA

Inventar ciudades, proporcionales habitantes apacibles y echarlas a rodar por el mundo como a criaturas irresponsables, es asunto comprometedor y peligroso, como que puede provocar voces de airada protesta y hasta sangrientos atentados dinamiteros. Porque tendrían que ser ciudades de cristal, tezontle y aluminio, con moradores prestigiados como liróforos de todos los matices, tonos, tendencias y virtudes. Inventar ciudades, ciudades para poetas, ciudades de aire, no es entretenimiento para agazapados, sino placer de seres que saben imaginar y maravillarse, que jinetean raudas nubes o se dedican al ratonero comercio del ideal.

Producto de un rato de inestable meditación fue el proyecto nuestro de una Ciudad Poética en la cual, hombro con hombro, trabajarían todos los obreros de la poesía —esos obreros del aire—, desde los ídolos que a cada momento están por derrumbarse hasta los peleadores mozos de la actualidad. Lo aventurado es la mezcla: riñas entre la sangre que es sangre y la que ya es agua simple; pleitos inevitables entre los viejos dragones y los nuevos guerrilleros que ante nada se asustan y contra todo arremeten; choques entre los que hacen artepurismo de guardarropa y aquellos que desean iluminar el mundo con un arte sin oscuridades ni servilismo.

Pero no la ciudad de México. Jamás esta ciudad con olor a cebolla mojada, donde la poesía tiene que andar de puntillas para evitar violaciones, o dormir debajo de las bancas de las alamedas, aterida, decepcionada, inútil. Todo, todo lo que Mónico Neck¹⁶⁶ quiere hacer poético en la ciudad nuestra es precisamente lo más antipoético de ella. Hay momentos en que pretender que los choferes sean poetas se nos antoja incomparable minuciosidad, indecible falta de respeto al encanto de la rapidez y el sentido del ritmo motorizado. Conocemos solamente poesía para choferes y cobradores de camión; poesía discreta, fina, de salón y de estribo; poesía de las rutas asfaltadas de la ciudad de México; poesía fabricada por canallitas y viciosos, buscadores eternos del mejor sistema para encanallarse más.¹⁶⁷

El resto “poético” es prosa absoluta, sin rima; es prosa de tabernícolas, de chismosos, de alarmistas, de fascistas descarados o subterráneos; es la prosa criminal de los falsarios con espíritu de sanguijuelas o percebes que, en vez de las emocionantes olas marineras, buscan los rincones de los bares o cafés para susurrar agitados vivas al barrigudo ex general Franco, y elogios disparatados al tipo más enfermo de América: el asustadizo Salazar Mallén. No; la ciudad de México, tan bella, tan acogedora y gentil, no es una ciudad poética. No lo es todavía. Y precisamente está incapacitada para serlo porque en ella existen, además del Casino Español,¹⁶⁸ la Confederación de la Clase Media y sus

Juventudes Nacionalistas¹⁶⁹ —¿qué clase de sacristán van a mandar a La Habana, a su pretendido Congreso Anticomunista?— junto a una larga serie de tipos más o menos definidos, cuya única ocupación es entregarse diariamente a la bien remunerada tarea de mentir y difamar.

Sería delicioso cantarle con amor a la ciudad; lo haríamos con el mayor gusto y entusiasmo. Estamos seguros, además, de que algún día tendremos que hacerlo. Pero la hora no ha llegado.¹⁷⁰ No han sonado aún las campanadas liberadoras de tanto sentimiento angustioso, de tanta confusa aleación de indeseables purezas y falsedades ostensibles. No es el tiempo de inyectar alegrías y vivezas a una cosa que tan sucia y embustera ha llegado a ser por causa de un ejército de pillos estériles, de asesinos de todo eso que para la juventud es indispensable y vital. Los hombres de la ciudad ven el asunto con un raro sentido de incomprensión y fastidio: llegan las mañanas, las tardes, las noches y, sin embargo, se observa que les falta una brizna de belleza para ser perfectas y redondas. Y entonces los culpables se esconden, huyen a las oscuridades de los roperos y a los rincones de las tabernas, a mofarse, a sonreír, a hacer leña del árbol que acaban de derribar. Ellos, los amarrados a su propia inconsciencia, son quienes nos han obligado a andar en busca de la felicidad y de sus derivados por todos los caminos y rutas. El odio que les tenemos nos ayuda a combatir sus instituciones y formas de vida. El desprecio insobornable que por su nefasta labor sentimos es el obstáculo para amar a la ciudad y poder convertirla en poética.

39. Discurso de un joven frente al cielo¹⁷¹

No se mide el desorden
Sin embargo
El hombre dura por la mujer
PAUL ELUARD

Y siguió el joven revolucionario hablando, con la sinceridad en el corazón y las manos, sin hacer caso de las risas arrinconadas de aquellos que, incapaces de iniciativas ágiles, creen hallar la emoción debajo de las camas, detrás de las sillas, en los cajones enmohecidos de los roperos, en los lavabos, o en cualquiera de esos puntos del mundo de lo destinado al fracaso y a la esterilidad.

Siguió diciendo que “algo se nos ha pegado y empaña la piel y la sonrisa”. Hay quien nos retuerce los dedos hasta las lágrimas; alguien que nos araña los pulmones; alguien que vuelve espeso el aire hasta que no se oye el grito. Sus palabras volaban, veloces, precisas como una frase de Lenin, y se nos metían por los poros de la epidermis como

si fueran trocitos de estío, frescos, irrefutables, sonoros como el día y, como el cielo, a punto de agrietarse y caer precipitadamente sobre nuestras cabezas. Crepitaban sus palabras como si en vez de sonidos normalmente articulados fuesen aire purísimo o simple verdad sin asperezas, y le escuchábamos con inusitada y merecida atención acogedora, quietos, apenas moviendo los párpados, como a la más autorizada voz poética. Y siguió. Pronunció reconfortantes frases en contra de los transeúntes que usan paraguas —en contra de los muy severos y secos personajes que se pasean por las calles que nunca han tenido el privilegio de gozar un poco de sol, y en contra también de los incontables canallas y de los cobardones que sólo saben murmurar, malquerer y despreciar el tiempo. Y ya para terminar, hizo culminar su discurso frente a las fuerzas celestiales con una tremenda requisitoria contra quienes, a pesar de ser un tanto nostálgicos y melancólicos, no se atreven a pulsar ningún sentimiento de calidad amorosa, ya no por clara ineptitud, pero sí por un afán sistemático de negar la influencia poderosa, arrolladora, constructiva, tierna y triunfadora que el amor es y ha sido desde su “fundación” hasta nuestros días. Hasta nuestros días, entre los cuales, y a veces a pesar de ellos mismos, estamos edificando algo potente, fantástico y perdurable.

Habló el joven con el más discreto de los desenfadados, insistiendo sobre el amor como si realmente éste fuera la más resonante de las experiencias. Que sí lo es, además. Si el amor llega bordando mansas pláticas y momificando neblinas y corazones débiles o mal conformados, no es nuestra la culpa. Que del amor entienda cada uno de los hombres lo que sea su voluntad. Pero que no adopten esas feas posturas de negadores impetuosos. “No. Y aquí, frente al infinito de arterias ágiles y sorprendentes vísceras, sostengo que nosotros, jóvenes ajenos por completo a los apetitos maquinales y a las danzas trastornadas, reinventaremos el amor, cuéstenos lo que nos costare. No reconoceremos dignidad que no tenga por base el amor.”

Después, una primavera subterránea se fundió con el cielo; un ambiente de paz perseverante cundió a nuestro alrededor. Y entonces comprendimos. Comprendimos un viejo sentimiento de culpables, y en mitad del alboroto que coronó las palabras del camarada solemnemente prometimos uniformarnos con el apostolado amoroso. Para compensar la antigua pobreza, era necesario no ser bruscos ni irracionales en los campos del amor y de la poesía, que desde un principio aprobamos colindaran estrechamente. Nuevas órdenes para ejemplarizar aparecerían en el planeta. Hasta pudimos escuchar la voz temblorosa de un antiguo tolstoyano que decía, ya casi entre lágrimas: “Volveré de esta misión regenerado y fortalecido, o no volveré”. Una fosforescente transformación comenzaba a operarse en el mundo. Nosotros, en un momento de calma pavorosa, logramos recordar las palabras del poeta francés: “Día llegará en que el hombre sabrá reconocerte como un solo dueño y honrarte hasta en las misteriosas perversiones de que te rodeas”. Paul Eluard le habla al amor, esperando, como nosotros esperamos ya, una nueva Edad de Oro, con magníficas exaltaciones, con ilimitadas manifestaciones de

amores absolutos, totales, amplios, que no dejen pasar por ningún motivo y por alguna hipócrita ranura la soberana estupidez y la venenosa rutina, causas éstas de que nos hayamos visto precisados a escuchar, con verdadero deleite y esperanza, un luminoso discurso, y que tengamos listos para llevarlos a cabo acuerdos y conclusiones de tentadora importancia para todos los hombres y, naturalmente, para la gran masa de jóvenes, víctimas inconscientes de amores incontrolables y desencaminadores.

Quizá la obra cimera de nuestra época sea la reinención del sentimiento amoroso, tal y como posiblemente lo entendieron los hombres en otros tiempos. Desarrollemos gestos y actitudes; prefiramos vivir con suma audacia el instante que nos ha tocado, sin temor a las asechanzas de los enmarañados mentales, sin miedo a las cuchilladas de los que sólo nacieron para contemplar... y ser contemplados. Nos basta un puñado de gallardía para vibrar libremente y conseguir un triunfo copioso, que sea como un nuevo latido en el clima espiritual de los hombres.

40. Elogio de la tarde¹⁷²

Mucho antes que la fiereza alada de la noche se nos eche encima y nos convierta en esos espectros errabundos, ingrátidos personajes de cuento de misterios, hay en la ciudad el grande y encantador momento de la tarde, el soberano instante de los grises melancólicos y de los amarillos lentos y acariciantes. Por la tarde la ciudad es una bellísima gacela coronada por una primorosa y ensoñadora guirnalda de bugambilias; es, mejor y más nuestra, una mujer que quisiéramos nunca terminara, ya por su serenidad de aterciope-lada doncella, o en todo caso por la inefable dulzura que de sus hombros se desprende como una agua limpia de cándido arroyuelo.

La mañana es una rubia salida de una llovizna; es una mujer de miel y rosas; es una amplia hembra, tersa, musical, sollozante, pero sollozante en el estilo de las magnolias y las camelias. La mañana es como una aldehuela que acabara de nacer; todo en ella es recién lavada; todo en ella oloroso y estimulante.

El mediodía es la hora de las angustias, de la agitación de sentirnos un tanto prisioneros, de sentirnos volando como cuerpos calcinados; el mediodía es el pavoroso segundo de la inquietud desorganizada, es el penetrante minuto del ruido doloroso, es el paréntesis de la emoción derramada en el asfalto que quema y adormece. Y la tarde...

Nos imaginamos “a la orilla de un mar fosfórico, sin luna y casi sin luz eléctrica”, como dijera el poeta del progreso. Y es verdad: en esa hora todo lo que sentimos es un lejano y amoroso sabor a mar, amor a selva domesticada, el rumor a la orilla del Amazonas, con ceibas, aves liras, caimanes y antílopes como personas del trópico devorador y sádico. No queremos pensar siquiera en lo que sería una tarde de Ceylán, leyendo la

obra completa del poeta de *Residencia en la tierra*.¹⁷³ Por lo pronto, nos bastan estas tardes del altiplano, olorosas a lago, a playa que se cansa de sueño, a beso prolongado con candela, dolo y buena fe. Nos bastan estos grises plateados, como de alba fracasada, como de luminosa vida frustrada. Aquí parecemos otra y muy diferente cosa que en las mañanas, los mediodías y las noches. Caminamos como sobre polvo de estaño; navegamos como sobre las aguas de un apacible canalito de esa cuidad silenciosa, casi yerta, que es Brujas. Perduramos organizadamente, sin creer que haya en el mundo canallas y falta de amistad o de amor; sin meditar en el desconsuelo o en la rutina de ciertas adolescencias; sin siquiera dudar de la hora que vivimos. Así vamos viviendo: sin pedir nada a los amaneceres, sin esperar una gota de las mañanas sin lluvia, dueños del momento, dueños de nosotros mismos, dueños (admitidas todas las reservas) de la mujer que camina colgada de nuestro brazo, sincera, comprensible, ágil de pensamiento y de alma, peinada con peine de carey, silenciosa —“¡Calla tanto y tan bien!”—, o hablantina como ave que duerme y que de pronto se entera de lo extraordinario que es la vida en todos estos recodos y veredas.

En este país del sol perenne y maravillosas lluvias, en este país que desconoce la nieve nortea, son las tardes quienes nos animan y entusiasman; sin ellas el sentimiento amoroso no cabría en el corazón. Por eso las amamos: por desinteresadas y modestas; por nobles y tranquilizadoras.

41. Muerte a la *postcard*¹⁷⁴

Con irritante sencillez callejera, se repite con frecuencia que tal o cual paisaje es un cromó, tarjeta postal o *postcard*. Todos lo dicen, fresca o sinceramente; y no se cansan de repetirlo. Pero ante los paisajes vistos por nosotros hace unos cuantos días no nos queda otro camino que el de la protesta, con la franca advertencia de que a la verdadera *postcard* le daremos su merecida localidad en el siglo. Los jardines, las fuentes y las estatuas, los lagos, los parques, las avenidas y las calles quedan en las postales decididamente mistificados, falseados hasta la recriminación sería a los fotógrafos traidores.

Michoacán es una tierra de interminables maravillas. Es esta una frase que Morelia, Uruapan y Pátzcuaro confirman, sin hablar —¿será absolutamente necesario?—, de incontables pueblecillos cuyo conocimiento nos llevaría varios meses de viaje antituristicó. Pero por ahora deseamos solamente situarnos en el maravilloso Pátzcuaro, en la deliciosa amplitud de su lago, y en las breves islas y dulces islotes que lo pueblan, salpicando en esta forma su extensión líquida con agradables puntos verdinegros que dan a la totalidad del paisaje una solidez y una serenidad que en ninguna otra parte hemos encontrado; y es entonces cuando en nosotros brota el férreo pensamiento de

dar muerte definitiva a la “tarjeta postal”, desencaminadora de gustos y sensaciones. Tal pensamiento ha nacido frente a estos azules delgadísimos, sobre la quietud aparente de esta agua —este agua, mejor— y debajo de este cielo tan bien construido y mucho mejor habitado. Construido a base de brillantísimos nubedales y habitado por los azules densos como si hubieran desaparecido del planeta y ahogádose los valientes y abnegados morados. Pues bien, creemos que aquel trozo de Pellicer es inmortal,¹⁷⁵ como es inmortal aquello de que “El amarillo junto al azul no cuesta caro: un charco de cielo y un ganso”, versos también pertenecientes al gran poeta de Las Lomas, hoy por hoy entregado a la lucha antifascista en el tuétano del viejo y gritón continente europeo.¹⁷⁶ Y es que no puede morir ningún color, porque morirían automáticamente todas las cosas correctas y decentes del mundo. Así, estos colores de Pátzcuaro no morirán; son eternos como la inefable música nocturna, como el signo amoroso, como las lágrimas de impaciencia o fastidio en las mujeres. En justa compensación, sí morirá —queremos infatigablemente que muera— la “tarjeta postal”, consabida “muestra de recuerdo y afecto” y de presunción, solo comparable al hecho de coleccionar estampillas y revenderlas como ingrata y vendada forma de vida humana...

Es la tarde. La respiración de los colores es poco a poco más lenta y apacible. Nos embarcamos en una lancha ligera. Remamos uno, dos kilómetros, en el momento en que los pescadores solitarios comienzan a perder la paciencia, los pájaros se embravecen buscando algo que no han perdido y las flores —¡esas dalias recién descubiertas, esas gladiolas blancas, rosas, rojizas, esas rosas amarillas!— estiran sus pétalos en una búsqueda silenciosa del “corazón del aire”. Ya la tarde es menos tarde. Se apunta ligeramente la noche por las densas sombras que se recuestan sobre las crestas de los cerros, por la intranquilidad soberbia de las olas y porque el monumento a don José María Morelos y Pavón, levantado sobre la isleta del Janitzio, se está volviendo borroso, impreciso, aéreo, como si se tratase de un poderoso ángel de cemento armado. Y, con el seco principio de la noche, el natural crepúsculo —“la nave de Jason hincha sus velas”—. Aquí está el escándalo celeste y acuático. Este islote, San Pedrito, parece arrancado del mejor paisaje japonista: unos roncosperrillos que ladran al chapotear de los remos, un pescador que fuma mirando hacia El Estribo, una dalia que se desprende dormidamente, una mujer silenciosa. Y un lento frío sincero. En tanto, los azules continúan cayéndose de cansancio y ¿tedio?, los grises se hacen un poquito más duros, los verdes plateados se ennegrecen apresuradamente, como si estuviesen jugando al campeonato del murmullo orquestal. El frío sedoso hace a las culebras de agua salir a flor de olas a burlarse de nosotros y del fecundo crepúsculo. Regresamos con el corazón asediado por múltiples e incontrolables motivos de color y silencio. El perfume se acentúa. Es la hora en que aparece sobre el cielo el venado azul de Pátzcuaro, sorbiendo los restos de la tarde.

Allá, a lo lejos: gritos, clarines, tambores. El vaporcito *Don Vasco* trae del otro lado del lago a ciento cincuenta excursionistas. El recuerdo de la *postcard* ha desaparecido

con la muerte. El cielo, el lago, el perfume, las culebritas, los clarines y la melancolía se han convertido en puro sueño. El paisaje está ya dentro de nosotros. La vida sigue creciendo, cayéndose de alegrías y desconsuelos.

42. Fábrica de sueños¹⁷⁷

Las fábricas de sueños se levantan a muy poca distancia unas de otras: son como una tela de araña sobre la gran ciudad, o como largos templos inundados con murmullos, voces y ruidos artificiales. Las fábricas de sueños se suceden por toda la ciudad sin interrupción, sin cansancio, proporcionando amplio y convincente refugio a los hombres, a las mujeres y a los niños. Un sueño amable, a veces frío y sudoroso, con frecuencia molesto y agitado, pero regularmente soportable y tibio, dedicado y tierno.

Las fábricas que nos ocupan conocen, como quizás ninguna otra organización, el desquiciante arte de la propaganda, al grado de que no hay mortal en el mundo, ignorante de lo que cualquier día, a tal hora y en determinada fábrica de sueños va a suceder. Hasta hay personas dedicadas exclusivamente a castigar a los indiferentes y a los profanos. Nadie, nadie escapa. No ha nacido quien pueda escapar. Las redes son poderosas, la atracción de los que en las fábricas de sueños trabajan es irresistible. ¿Quién ha logrado huír del cine? ¿Quien puede vanagloriarse de haber escapado de una sala de cinematógrafo, de una de esas fábricas de sueños, mentiras, bellezas, falsedades y amor? La respuesta, de llegar, sería tardía o no llegará nunca.

Se nos preguntará el por qué de nuestro empeño en titular a los cines *fábricas de sueños*. La razón es que sólo nos ha movido un pequeño deseo de comentar el bellísimo y no muy reciente libro de Eliá Ehrenburg nombrado *Fábrica de sueños* [1931], en el cual el gran novelista soviético derrama la más fina y más corrosiva sátira en contra y a favor del cine. *Fábrica de sueños* es un estupendo libro y una certera denuncia. Es favorable a lo que el cine podría hacer, y es implacable con lo que el cine produce deliberadamente mal. El libro de Ehrenburg es cáustico y terrible, oponiéndose a los turbios manejos de los potentados de esa industria; burlón y bondadoso para con los muñecos y muñecas, astros y asteroides, estrellas y satélites del universo cinematográfico. Y todo el volumen con el mismo estilo y sentido de crítica que hemos encontrado en *Citroen*, *Julio Jurenito*, *el mexicano extraordinario*, *El amor de Juana Ney* y otros más. No se puede negar la durísima bondad de las obras de Ehrenburg, y el que ahora glosamos tiene tantas ventajas como los que de paso hemos mencionado.

En las iglesias, los hombres rezan porque la divinidad les proteja en los trances difíciles, o murmuran o divagan; en la calle, los hombres critican o mueren atropellados; en sus casas, los hombres se pudren buenamente; y en el cinematógrafo sueñan,

pero sueñan porque a eso van, y a soñar se les obliga. En el cinematógrafo sienten y ven y oyen sueños hermosos, disparatados, inverosímiles y adormecedores. Los millares y millares de cines del planeta son otros tantos templos para los distraídos, para los obreros con o sin trabajo, para los pequeños empleados, para las jovencitas imaginativas y lindas, para los jóvenes aprendices de amor y sentimiento, para los críticos de arte, etcétera. Pero de esos templos ha brotado también el enorme capital de los magnates de la industria fílmica. Capital bochornoso y miserable, amasado gracias a la candidez humana y a la habilidad de las agencias de publicidad, de los directores de escena y de las “estrellas” de todas las categorías y tipos. ¿Qué hacer si el hombre necesita que le proporcionen maravillosos sueños sin poner de su parte el más pequeño esfuerzo intelectual? ¿Qué medidas tomar contra el escandaloso inicial —clarines y tambores ensordecedores— de las películas de la 20th Century Fox? ¿Cuáles caminos desafiar para librarnos de la desmayante melancolía de Greta Garbo, de la voz de Barbara Stanwyck, de los ojos de Elizabeth Bergner, de la pureza lineal que encierra el cuerpo de Dorothy Lamour? ¿Cómo huir, poetas de todo el mundo, de las escenas de *Madre Tierra* —“¡O-Lan, tú eres la Madre Tierra!”—, *Labios de ensueño* y *Horizontes perdidos*? Sería inútil. El noticiario, para ejemplo, nos entrega una tarde, o noche o matiné, las mejores vistas¹⁷⁸ de la coronación de Jorge VI, la espectacular carrera de caballos por la Copa de Melbourne, los más blandos aspectos de la huelga recién sofocada por los *policemen* armados de porras y gases lacrimógenos, lo más regio de la boda del hijo del presidente Roosevelt, el cumpleaños de las quintupletas Dionne, la apertura de la última exposición canina de París, la nueva moda en *maillots* y peinados, la máxima proeza del rapídísimo sir Malcolm Campbell,¹⁷⁹ etc. Y entonces nos convencemos de la corrección, discreción y docencia del Noticiario, incapaz de darnos escenitas de huelgas y huelgas, paros y paros, manifestaciones y manifestaciones, ya que quienes van al cine lo hacen con el irreprochable propósito de saborear el más suave aperitivo para pasar una dulce y tranquila noche. Las películas se fabrican para entretener a la humanidad, y esta deja hacer y pasar, indefensa, maniatada, ahogada casi. Don Adolfo Zukor habla a un camarada productor y millonario: “Observe usted a la gente: quiere ilusiones. Con eso puede ganarse dinero de una manera inaudita...”. ¿Quien puede negar que Zukor tiene razón y derecho para fabricar sueños en serie y adquirir el suficiente número de dólares para erigir en Nueva York el edificio Paramount?

Es terrible, pero cierto, lo que asienta en alguna página Eliá Ehrenburg: “El cine ya no es una innovación discutible; ya no es un barracón de feria para niños y criadas: es una necesidad social, como el correo y los cigarrillos”.

43. Sombra y palabras de *El Sonámbulo*¹⁸⁰

Sirio reposa sobre el agujero del paraguas

LUIS CARDOZA Y ARAGÓN

Una noche, en el centro de la hora menos atropellada, en el momento en que las miradas comienzan a acostumbrarse a la melancolía y al fastidio, al insomnio y al llanto, vagaba desmemoriadamente un hombre.

Parecía haber descendido de una cúpula o de un surtidor, o del paraguas de la mujer más hermosa del otoño. Un hombre fiel al espacio, a las islas y a las estrellas fugaces. Un poeta, en suma. No bastaban la aspereza de la noche ni la perpetua lluvia para obligarlo a desembocar en la calle perdida, en la vía donde las yedras son lentas como el fuego y los epitafios; no eran suficientes el asombro ni los lívidos presentimientos de la madrugada para retornarle a la cal viva de la realidad circundante. El poeta caminaba como un cuerpo durísimo a la mitad de un desierto, como una ola sin esperanza. Y en un cierto instante, una frase cortada, apagada, dirigida a las horas podridas, a las velas huérfanas de viento, a las piedras que se han alejado del arco: “¿Quién descansa sobre vuestro pensamiento como descansa el día en los surtidores?”. Y la luz, como un grano de trigo.

Una rápida corriente de lava y sueño, íntima y febril, sin rumbo, con burbujas, con alondras, sin decepciones, es lo que se contempla, lo que nos aprisiona, lo que sangra en este libro de Luis Cardoza y Aragón: *El sonámbulo*.¹⁸¹ He dicho que sombra y palabras. Y tan desmesurado título lo sostienen desde un principio una madrugada sudorosa y un escudo “triste y alto como la muerte de un héroe”. (Decía Manolo Altolaquirre que los héroes mueren como lirios.) Porque hay la madrugada que nos corroe las entrañas, que nos grita, para después abandonarnos en un relámpago, en una herida, en un imán, o sobre el adormecido estiércol de los astros; porque hay también el incendio que oprime “la flor de trapo que se marchita adrede si no la riegan mares de los mapas”; porque es el poeta en vigilancia, pero encadenado. Encadenado por aullidos, cometas, gaviotas, losas sepulcrales, llantos de rocas infinitos, gratitudes y lirios. El lirio es un personaje de *El Sonámbulo*; “porque en el cielo un lirio es aún arma prohibida”, “los celestes lirios de sangre sobre el lecho” y, ¿no es el lirio una flor de cristal de fuego del dolor?, ¿no es el lirio la flor más moderada?

Y es precisamente cuando “se echan a doblar las campanas y a llorar secretamente las reinas de las monedas”, es decir, cuando el paseo nocturno de las estatuas, que el poeta encuentra su tan buscada y rebuscada situación geográfica: el zodíaco, larvas, balas perdidas, hormigas, salamandras, luciérnagas, manantiales, hipogrifos, mitos, altares en ruinas, sombras “militarmente tristes como un viejo casco de barco”, lámparas, heliotropos. Es cuando se descubre el maravilloso clima de todos los poetas: el clima de los mártires.

Pero este libro de Cardoza y Aragón se nos viene encima como desenfrenado centauro, como arrecife motorizado, como evidente lobo feroz, como una fulmínea rúbrica al pie de un manifiesto sobrerrealista. Necesitamos entrar en él con la conciencia obstinada, con el pensamiento dispuesto al naufragio, con la creencia absoluta en el hervor de las estrellas. De otra manera nos inundaría la nostalgia de los paisajes adivinados diariamente. Nos convertiríamos en una aburrida personificación del sollozo. Y no; no es esto lo que deseamos. Deseamos en verdad deslizarnos confiadamente, como los rumores, sobre el peligro implícito en el crecimiento de los musgos, en “la pugna de sombra con cristales”, para hacernos ambiciosos como los telescopios y los sonámbulos, que no van sino siendo como el sueño, “sueño vivo de fuego muerto”.

Hay libros de versos navegables como largas vírgenes, libros fosfóricos, sin término. Este de Luis Cardoza y Aragón es uno de ellos. Así, después de una larga navegación por las amargas ondas de once poemas perdurables, llegamos a la región donde los faros, altos y puros, acogedores, alíanse con el descanso luminoso. La poesía, a pesar de sus interminables rebeliones, queda yerta “como una flor de hielo sobre un piano”.

44. Llanto en la sangre¹⁸²

La presente es una hora intranquila, asesinada pausadamente por los cuchillos ignominiosos y los gruesos insultos de los grandes y pequeños canallas de Asia y Europa; es una hora desenfrenada, beligerante, luchadora. No es la de los “tranquilos tiempos” de la hipócrita quietud y el recogimiento, cuando los hombres podían sollozar limpiamente de melancolía y fría y calculada tristeza. Y no es ésta precisamente una hora para las innobles lágrimas del despechado o del engañado por confiado. En los ya clásicos “tiempos tranquilos” las lágrimas, por ejemplo, corrían porque sí, por falta de pudor, por ostensible escasez de dignidad. Ahora no.

Ahora se llora de rabia, de impotencia algunas veces, de impulso loco las más; se llora despiadadamente por querer salvar una noble causa martirizada por las astillas de la traición. Los hombres conscientes tienen derecho a llorar ante la fría noticia cablegráfica de un bombardeo: Gijón, Lérida, Barcelona, Valencia, Madrid, Shanghai, etcétera. Y esto no es falso sentimentalismo, ni propensión infantil a la tragedia, ni ligera teoría construida para salvar dificultades, ni excusa para con ciertos acontecimientos presenciados aquí, en la ciudad de México. Esto es una explicación de la verdad herida, feamente lastimada por las lágrimas irrefrenables. Es una querella entre el llanto de las mujerzuelas y el de los hombres recios crecidos al calor de la poesía, de las represiones sangrientas, al tumulto de las batallas y los asesinatos, al crispante escándalo de los aviones fascistas de bombardeo, al desquiciante espectáculo de los niños convertidos en agujas de carne humeante.

Por algo ese gran poeta español, Emilio Prados, ha escrito su bellissimo libro *Llanto en la Sangre*,¹⁸³ por algo está prisionero el venezolano y gran poeta Miguel Otero Silva¹⁸⁴ en Puerto Cabello, expuesto a ser enviado a la selva amazónica, lo que sería su sentencia de muerte; por algo un pelotón de guardias civiles fusiló a Federico García Lorca; por algo Rafael Alberti tuvo una peligrosa odisea en la isla de Ibiza.¹⁸⁵ Por el dolor, por la angustia, la sublevación moral y material ante los crímenes; por el llanto de las mujeres y los hombres, por la desesperación y los gestos heroicos, la rebelión ante el bandidaje internacional. Pero Miguel Otero Silva será salvado por la presión de los intelectuales honrados del continente americano; y la memoria de Federico perdurará; y Rafael Alberti continuará en las avanzadillas poéticas españolas; y el libro de Prados tendrá en todas partes el asombro merecido.

Es *Llanto en la sangre*, hermoso título, uno de los ejemplos más claros y perfectos de la vivísima impresión, de la escultórica imagen que en el bronceado espíritu de los poetas españoles se ha fijado para siempre con el motivo —¡inmenso motivo!— de las luchas sociales. La primera parte, “Calendario incompleto del pan y el pescado” (1933-1934), está integrada por una sencilla serie de romances escritos para los sindicatos del puerto de Málaga, y en ellos, clara y justicieramente, el poeta explica, interpreta y alienta a los hombres trabajadores del campo y el mar:

Malas nubes. Tiempo fuerte,
nubes de sangre y espanto.
Malas nubes. Tiempo fuerte.
Mal tiempo para los amos.
[...]
Viento limpio, sol de fuego
trae la sangre alborotada...
viento limpio, mar de fuego,
¡nuevos tiempos se preparan!

La parte de “Llanto de octubre”, escrita durante la represión y bajo la censura posterior al levantamiento del año 1934, es un soberbio canto romanceado a la angustia poética. Un rojo chorro de sonora sangre ha saltado de la blanca memoria del poeta; una larga lamentación ha nacido en las entrañas abiertas del hombre adolorido por la presión de los ríos, la arena, la madrugada con aullidos y vientos gemidores, el silencio que rueda por las casas:

Me duele mi soledad;
pero que nadie me busque,
que aún lo que en ella me calma

en fuerza me disminuye:
no quiero amigo ni hermano
mientras la injusticia alumbra.
[...]
Más alta vuela mi angustia
que por el cielo las nubes.

Y al final, los estupendos “Romances de la guerra civil” (1936), con los cuales Emilio Prados cierra diez años de prodigiosa labor en el campo de la literatura española, encontrándose con todos sus camaradas en perfecta unión y sometimiento a la causa del pueblo que vive y lucha. Los de la guerra civil son los romances heroicos, los más imperiosos, y ya sin la voz tenebrosa del poeta que sufre en el silencio. Con ellos se inició el *Romancero general de la guerra de España*, del cual fue compilador el mismo poeta. Emilio Prados es de los primeros en que se encuentran la verdad y la justicia.

45. Los enemigos de la ciudad¹⁸⁶

Las grandes ciudades engullen, destrozan y lanzan a los cuatro vientos los desechos de la juventud descuidada, tan propensa a la disipación, caída en la timidez y el encogimiento. El anhelo juvenil más puro se pierde en la madeja peligrosa e hiriente de las grandes poblaciones ensordecedoras. Cuando, después de conocer la miserable pequeñez de una provincia desteñida, pasa uno a vivir la tumultuosa agitación de las urbes modernas, el cuerpo y la impetuosidad como que se convierten en sueños, en cosas demasiado frágiles y desengañadoras. Muere uno o cambia, según el grado de presión externa. Jamás vuelve un joven a ser lo que en la tierna y mustia provincia era. Caer en las redes de la gran ciudad es firmar, con los ojos abiertos, una sentencia de muerte: la propia. Y luego la desesperante agonía. Aquí vendría parejo el símil de los conejillos de Indias y el estilista, condenados de por vida al fracaso contemplativo y a la muerte rebuscada.

Estamos en el corazón de un pueblo grande. Las mentiras y los rencores pasan desapercibidos. Sólo la guerra y la paz son personas accesibles. Pero no la guerra ni la paz, acaparadoras de las primeras planas de los diarios. Si las batallas cruentas y la agobiante tranquilidad en las calles, jardines y plazuelas, alamedas y plazas, esquinas y contraesquinas de la que para nosotros ha logrado revelarse como la ciudad más tornadiza del mundo. No nace ni se desarrolla nuestra imaginación: simplemente se concreta a precisar, distinguir y valorizar.

México —los publicistas vociferantes dirán, dicen cosas distintas— es una ciudad turbia, desequilibrada, agotante. Es una ciudad con más virtudes que una salamandra,

pero con menos defectos que un erizo. Es tan fantástica, que no nos causaría un gramo de asombro la aparición de un brontosaurio en el crucero de Insurgentes con Chapultepec, ni la fuga del pavoroso Neptuno de la Alameda Central hacia la fuente más linda de la más petulante residencia de Las Lomas. Tanto placer nos provocaría la quieta presencia de Raschid-billah (siglo xii de nuestra era) en una ventanilla del Correo Mayor, como el inefable vuelo de los pegasos rumbo a la chata torrecilla de La Nacional.¹⁸⁷

Vivimos en México —¡prohibido hablar de los cinco lagos muertos!—, la ciudad latinoamericana más ilustre; la ciudad que actualmente guarda en su tibio seno la destemplada melancolía de catorce mil poetas y la cándida soberbia de quinientos directores de cine; la ciudad que se ha dado la propiedad honoraria del Iztacítuatl y el Popocatépetl; la ciudad o heroica cuna de las poetisas más cursis del planeta (¿hay, honradamente, alguna que no lo sea?); la zona terrible del aburrimiento más acabado; el territorio, que ni buscado con lente de aumento, de la tristeza perfecta. Habitamos una ciudad en pantuflas. “La ville folle qui remet tous les jours ses souliers”, que dijera el surrealista.¹⁸⁸ Es la nuestra una ciudad vigorizada con prolongadas tandas de emulsiones, pero expuesta a que en sus pulmones aparezcan, de vez en vez, ciertos molestos tumorcillos que los modernos hombres de ciencia han titulado —¡esos supremos ratos de ocio de los hombres de laboratorio!— sin gran esfuerzo intelectual, confederaciones y coaliciones patronales, confederaciones de la clase media, juventudes “nacionalistas” (12 de noviembre: jura de la bandera por las Juventudes Socialistas Unificadas de México), y periódicos con el amarillismo sujeto al grado de gangsterismo de sus directores. Pero no son más que aparatosos tumorcillos, inquietillos y vanidosos. ¿Es de mucho cuidado el hoy editorialista, ex poeta maldito Ricardo Arenales —el que se acercó a todas las verdades y ahora agoniza en todos los errores—, ex perseguidor del “trascendentalismo”? No lo creemos. Los enemigos de la Revolución se nos antojan poco menos que patos belicosos, animados tan sólo por la actitud sana y ponderada de un dirigente a quien temen y adulan. Los histéricos, detonantes y vulgarísimos enemigos de la Revolución pretenden, lo comprendemos a la perfección, quitárnosla porque nos pertenece, porque es herencia noble recogida por nosotros. No lo conseguirán. La juventud mexicana, sin los pasos de ganso de las pobres y bestializadas juventudes fascistas, camina serenamente, con el mejor entusiasmo, con la mayor energía, por la amplísima ruta revolucionaria que hace veintisiete años trazaron sus mayores.

46. Plástica de la alegría¹⁸⁹

Alegría al aire libre, la más pura, sana y eficaz, espontánea y sincera. Sobre la fresca tierra y bajo de un cielo iluminado por briznas otoñales y definitivos roces de invierno,

como de un invisible surtidor, brota la bulliciosa alegría, escandalizando juventudes, alarmando pulcras ancianidades y gritando a voz en cuello su magnífica superioridad. Allí la alegría, fundida a golpes de entusiasmo con los gritos jubilosos, con el aplauso de las multitudes y la risa entonada por miles de gargantas. Allí, en las despiertas calles y avenidas por donde desfilan centenares de atletas, docenas y docenas de maestros y nutridos y prometedores grupos de muchachas y niños.

No existe mejor medio para conocer la alegría por milímetros que ignorar las pequeñas mezquindades y ruindades, vilezas y traiciones deliberadas, como no lo hay más atinado para saber de un hombre que escucharle una tarde hablando de la sensibilidad ajena. ¿Que por qué precisamente una tarde, y sobre la extraña forma de sentir? Pues muy sencillo. Porque entonces no hay máscaras ni neurastenia, y sí, en cambio, una generosa inhabilidad para aparecer desnudo y mostrar a sus oyentes la calidad auténtica de su lenguaje interno. Y por las tarde, porque en ellas se es difícilmente rebelde; no hay polos contrastados. Sólo sobrevive la autocensura inconsciente.

Consideramos que la alegría se gana por merecimiento. No todos tenemos derecho a ella, porque no todos sabemos utilizarla, perderla y recobrarla. La alegría, como el amor y el odio, nos entra lenta, detenida y obstinadamente, sin apenas sospecharlo nosotros. Es como cuando nos ponemos a pensar, digamos, en la existencia del ave-lira o de las tarántulas tropicales —existencia tan sólidamente apoyada por Pellicer—, en que nuestro pensamiento llega a ser insondable, impenetrable como la selva amazónica y, por impertinente lógica, de una sublime pereza desmedida. Así la alegría, nacida de lo más arbitrario e insospechable, creada al amparo de la libertad —de la humana y lenta libertad— y el entusiasmo.

En los desfiles novembrinos son las ondulantes y acariñantes banderas, los rígidos y estrictos tambores, los clarines del mediodía, las mujeres bien plantadas, el rebrillar de los músculos de los gimnastas, los repetidos vivas, los aplausos y la grande y poderosa emoción de los corazones, los elementos precursores de la perfecta, impar alegría. Hay un momento en que las gargantas y los ojos están como intoxicados y las manos deshechas de placer. Es el momento cumbre de lo alegre, de lo orgulloso y sincero. Y la mañana es una fiesta multiplicada, repartida a los cuatro vientos en breves glosas de dinamismo y confianza. Futbolistas, esgrimistas, jinetes hacia la emoción, ciclistas deslumbrantes, muchachas y muchachas marchando con música de sonrisas y miradas amorosas, motociclistas raudos y desafiantes, todos, todos en una estupenda entrega de alegría y promesas por una juventud que se está cuajando.

En los parques de fútbol cabe el inquietante murmullo de centenares de espectadores, se agita la alegría, se agiganta solemnemente, deslizándose sobre el regado césped, o volando, saltando de una tribuna a otra, igual que duendecillo enfermo de nomadismo agudo. Sin mencionar las procacidades, que a ratos manchan, entorpecen el colorido de la pelea, son los gritos de animación y esperanza los dominadores en los campos de

fut. Por ejemplo: “¡Casarín, Casarín, tira!”.¹⁹⁰ Y Casarín, aprovechando codiciosamente un pase de Ortega, incrusta en la meta de los vascos la esférica, como diría un cronista deportivo. Y más: “¡Azpiri, Azpiri, despeja!”. Y Azpiri no deja que se lo repitan, y despeja con fuerza y seguridad, a pesar del asedio peligroso del tremendo chuteador que es Lángara. Y todavía: un ensordecedor homenaje al portero de los visitantes, el efectivo y cachazudo Blasco, o los bien ensayados gritos de la porra —tribuna poniente del Parque Asturias—, bien dirigidos, siempre alentadores, sintetizando la alegría verdadera, efervescente, no la alegría amerengada y chulesca de ciertos espectáculos cuyo nombre preferimos olvidar. Sí, y toda la vida, la alegría ligera y linda, como una serie de seguidillas albertianas.

Todo un complicado sistema de pesimismo y tristezas se derrumba, estrepitosamente, ante la presencia de la alegría, para dar paso al crecimiento y desarrollo de la mejor armonía plástica.

47. El oso blanco del invierno¹⁹¹

Estoy en medio de ese canto
en medio del invierno
que rueda por las calles.

PABLO NERUDA

Transcurrió el otoño como con pies de plomo a lo largo de la ciudad bienamada. Cayeron las hojas, tan clásicamente, que el telarañoso Hermes de la Alameda ni un milímetro de intranquilidad logró saborear; ni las Venus verdosas, ni el tembloroso y paternal Saturno, el de la mansa barba, ni los efebos lograron el más instantáneo minuto de ligereza.¹⁹² Otoño plomado, lento como “aguas lentas inundadas”, parsimonioso y severo como una crónica periodística sobre los banqueros que se enfermaron en el mes. Una estación más, sin alaridos románticos, sin otra cosa que lo ya consagrado por la pintura y la fotografía. (No se hable aquí de la poesía, instrumento el más penetrante y universal que sobre la tierra alienta, pese a las violaciones de que es víctima con tanta y tan calculada frecuencia.)

Creemos que el otoño muerto hace rato, no agregó nada a sus ilustres antepasados, porque su capacidad como que se agota y languidece, tal vez debido a que se le ha comparado demasiado con un ángel de cabeza amarilla, envejecido, derramando por la terrestre región una gentil dádiva de saludos y despedidas en forma de una ininterrumpida hojarasca, acompañada de vientecillos fríos y tenues lluvias rezagadas.

He aquí al invierno, acaso la época más desgarradora, hiriente y alevosa, cruda y golpeadora del año. Helo aquí, cabalgando impunemente sobre la melancolía ciudadana, fus-

tigando timideces y presumiendo —porque es mentira que sea la primavera la etapa anual más presumida— con la falsa idea de su utilidad como el mejor medio para despertar, inquietar y obligar a los hombres a la acción. A nosotros, miembros de una organización que no manufacturamos, porque si fuese obra nuestra sería distinta, tan arrebatada presunción nos recuerda la al parecer intocable santidad del Mikado y de sus atmosféricos representantes sobre la ciudad de Nanking y los barcos de guerra norteamericanos.

El invierno es la estación del siglo, del siglo huesoso, heridor, áspero. Es la estación en que las cactáceas deben sentirse halagadas. Es la estación creadora de cierta constancia espinosa, redonda, erizada, aguda, casi brutal. Los días del invierno son desolados, con una desolación que parece estar patrocinada por las toses de los transeúntes y los zapatos abandonados a la orilla de las banquetas; son días con hipócrita bandera blanca, apenas flamante, altiva e insolente como el gesto que ponen los empleados de farmacia cuando les interrogamos sobre el precio de las inyecciones preventivas del fastidio.

Pero se salvan las noches invernales, y no en una tablita precisamente. Las noches de invierno en la altiplanicie son amargamente claras; parecen túneles inundados con mariposas, espadas, exploradores del Polo Sur, bebedores de agua mineral, comedores de vidrio y hormigas plateadas. Y más cuando la luna, esa paloma sollozante o celestina en ascuas, asoma, “en medio del invierno deshonorado”,¹⁹³ su redondo rostro, enmohecido pero siempre fresco, y anegado de envidia. La luna, podría pensarse otra cosa, no es para nosotros una entidad sentimental gastada. No. Es únicamente un impenetrable pretexto, una agonía interminable y un excelente motivo para que, al cubrir su rol (íbamos a escribir *performance*), se immortalicen líneas como las que siguen: “cielos trágicos, los imprevisos de noviembre y diciembre, cuando llora la niebla, valsa el rocío, colora rosicler y canta la aurora”. La niebla con su voz profunda, el tímido rocío, rosicler emulsionado y la aurora —crispante patria de los hombres más desinteresados— rematando, en un alborotador “fin de fiesta por toda la compañía”, la actuación lunar.

Entonces, de frío y desamparo, alguna vez se deja oír, como signo de sufrimiento y virtud mal aprovechada, quizá la voz de un hombre rodeado de soledad y enfermo de posibilidades, dictaminando cómo terminar decorosamente un año y arremeter dignamente contra el próximo. “Sobre el invierno que ha llegado ahora, con un puñal entre las cejas duras”,¹⁹⁴ pueden caer miles y miles de sonidos. La sequedad es siempre la misma. La desolación invernal, cincelada en mármol tenebroso, continuará sorbiéndose la sangre.

48. Laudanza de Michoacán¹⁹⁵

Que la desnuda y estatuaria virtud de los colores, en medio y a favor de una calma inquietante, cobre su merecida serenidad sin falsos relieves ni refinadas espesuras de

sobrehumanismo; que un verde sea de veras el reflejo mágico de los herbazales; que, enseguida, un rosa pequeñito se adelgace hasta completar la línea del horizonte; que un azul, un azul afilado, perdurable, marinero, requerido, pulsador, caiga sobre el viajero, el viajero enemigo de complicaciones, que va a encontrarse con sus caminos, ríos, lagunas, pueblos y ciudades; que el fino y cordial escritor don Alfredo Mallefert,¹⁹⁶ descubridor, para nosotros, de la frágil y cristiana Manzanita de anís (¿olvidaremos algún día la amplia y luminosa sala de la Biblioteca Cervantes en que leímos *Rosario al sol*),¹⁹⁷ se sienta como en su legítimo territorio, al tumultuoso llover de los azules, rosas, verdes y más azules de las ciudades de Morelia, Pátzcuaro y Uruapan, de la misma forma y manera que nosotros, en leyendo su suave y mesurada *Laudanza de Michoacán*,¹⁹⁸ nos hemos imaginado en todos los momentos en cuidadoso recorrido por aquellas tierras, materialmente embriagados con el fuego cruzado de los paisajes verdiazules del antiguo reino de Michoacán.

Primero es la iniciación del viaje. La estación principado, los puntos intermedios, el misterioso encanto de los trenes nocturnos: el extraño paisaje alimentado y devorado por la noche, las cercanas o lejanísimas lucecitas vistas apenas desde la ventanilla o desde la plataforma del “raudo” convoy, como elementos primordiales de un cuadro en que lo renegrido y violeta sirviesen de fondo a miles de ojos amarillentos. Así, con frecuencia no tan repetida como sería nuestro deseo, hemos contemplado el tenue resplandor de las lámparas de la Casa de la Esperanza, dominadora de la inmortal Villa de Nopala, en instantes que nos conducen a la siempre atrayente aventura de la provincia guanajuatense. Y viajar con el recuerdo, con algo más de la gran ciudad que nunca nos decepciona, y llevárnosla en el *pullman*,¹⁹⁹ o mejor, en el fatigante carro de segunda, es demostrar simpatía y condescendencia para con el “ferroviario estrépito”, amable y paternal.

En segundo lugar son las ciudades. Morelia es la primera en complicar la atención del escritor, ya que hablar del cielo azul y la cantera blanca, de junio y de los meses invernales, de las iglesias y casonas, mantenedoras de su infancia, discernir, en suma, las facetas características de la ciudad en que tanto ha vivido, es problema conmovedor pero ineludible, necesario. Sigamos del brazo de don Alfredo, los enlazados patios, las aceras de quebradas losas, las famosas destiladeras que no faltan en ninguna casa, las campanadas de Catedral (“Claro que, con el cine —con Marlene Dietrich y con Norma Shearer— han perdido ya un poco de su prestigio, estas paternas, estas autoritarias campanadas”), alguna ancha y fresca bugambilia morada o, con encantadora frecuencia, imborrables imágenes de una “época maravillosamente remansada”. Otra vez es una cita de Azorín, o la descripción del palacio de gobierno y de los jardines morelianos: en ocasiones, nos viene a la memoria un par de versos de Amado Nervo: “Se bañan ya de sombra los muros del convento, / mientras que de la esquila solloza el ritmo lento”, o uno de Pablo Neruda: “como las lilas alrededor del convento”, o uno lopezvelardiano: “una íntima tristeza reaccionaria”. Y, para terminar con Morelia, transcribimos uno de

los rasgos más salientes del rostro de la antigua Valladolid: “el nevero es un hombre que sabe hacerse valer: el nevero, con su pesado bote de nieve, en equilibrio sobre la cabeza inmóvil y rígida, es el hombre de las horas de más calor; de las dos, de las tres... Se para en las esquinas, y lanza un grito refrescante, un grito que acá, dentro de las casonas, hace a sus moradores ir corriendo al comedor por los vasos...”.

La prosa de don Alfredo Maillefert es una llovizna amable, lenta y sabia, capaz, lo ha demostrado, de darnos la mayor delicia al visualizar esa ciudad de casas anchas, de muchos altibajos y recovecos que es Pátzcuaro, donde la diafanidad —Don Vasco en su mula blanca y el pescado blanco de la laguna—, logra su perfección admirada desde esa otra isla de juguetería: Janitzio;²⁰⁰ prosa que nos descubre nuevamente la alegría de Uruapan, “anacrónica, lluviosa”, donde otra vez aparecen las encendidas ramas de las bugambilias; una prosa que, al referirse a un vocablo del idioma que sonaba en la maravillosa meseta del Popocatepetl y el Iztacíhuatl. Es de otra lengua; otra lengua que sonaba, dulce y lenta, en el reino de Michoacán. Michoacán, el de los lagos, Michoacán, el de las montañas verdes y las redes doradas. Las redes que, después de pescar, se tienden, altas al sol, como para aprisionar las nubes: en Xarácuaro, en Tzintzuntzan, en Zirahuén. Michoacán, que quiere decir “lugar de pescadores”.

- 1 *Diario del Sureste*, 2 de enero de 1937, 2a sección, p. 3.
- 2 No encontramos a este “gran sonetero”... ¿Sería una broma de Efraín?
- 3 Los primeros sonetos escritos por Huerta forman parte de un largo “Canto a Obregón”, general que fue presidente de México de 1920 a 1924: “Joven rural y digno: alas de acero / te han nacido...” (PCEH, pp. 48-51).
- 4 El ya mencionado “Congreso de Escritores, Artistas, Hombres de Ciencia e Intelectuales”, convocado por la LEAR, está a punto de comenzar, el 17 de enero, en el Palacio de las Bellas Artes de la ciudad de México.
- 5 “Recoged esta voz”, había escrito Miguel Hernández en un famoso poema de la Guerra Civil, recogido en *Vientos del pueblo* (1936).
- 6 *Diario del Sureste*, 5 de enero de 1937, 2ª sección, p. 3.
- 7 Aparece por primera vez, en su prosa, esa palabra sagrada en el vocabulario íntimo de Huerta. El alba que es (“Línea del alba”, PCEH, p. 37) la

cuajada de cadáveres de lunas,
soberbia parturienta de plata,
fruta todavía niña:
cuelgan de tu cintura los insomnios,
los gritos de las vírgenes te ciñen.
Alba pausada,
alba precipitada,
alba tallada en alas de demonios.
- 8 Publicada por Manuel Altolaguirre en 1933.
- 9 El protagonista de la mencionada novela *El rojo y el negro*, de Stendhal. Huerta usará más tarde ese nombre como seudónimo.
Ya nos habíamos referido a “Andrea”, apodo de Huerta a su novia, Mireya Bravo, presencia en muchos poemas, como el intenso “Precursora del alba” (PCEH, p. 93) donde, por cierto, alude a *Manzana de Anís*, el cuento de Francis Jammes que citará enseguida.
- 10 *Amiel*, novela inconclusa de Stendhal. Villaurrutia había prologado una traducción juvenil de Torres Bodet de *Manzana de Anís* (Cvltvra, 1922).
- 11 Todos personajes de *En busca del tiempo perdido*.
- 12 “Andrea” se calla siempre... “Había un mundo de silencio en tu cuerpo”, le escribe Huerta en “La estrella”, PCEH, p. 17.
- 13 Los protagonistas de *La cartuja de Parma*.
- 14 *El Nacional*, 17 de enero de 1937, Suplemento Literario, pp. 2 y 10.
- 15 La ya anunciada renuencia de Octavio Paz y su grupo a participar en el congreso de la LEAR.
- 16 Según Huerta, la amistad de Octavio Paz con Jorge Cuesta y Villaurrutia afecta su buen juicio político.
- 17 Ahora se refiere a los poetas “sociales” que publican, sobre todo, en *Crisol*, órgano del Bloque de Obreros Intelectuales (BOI, marxista).
- 18 El *Romancero* circulaba por todo el mudo, en efecto, desde hace unos meses, con poemas de todos los grandes españoles de la hora, como Alberti, Altolaguirre, Pedro Garfías, José Bergamín, Miguel Hernández...
- 19 Uno de los temas de la convocatoria al congreso se refería a la necesidad de garantizar trabajo y salarios a los intelectuales y artistas (véase la “Convocatoria” en *Frente a Frente*, enero de 1937, p. 2). Escribía Marinello en el mismo número de esa revista: “deberemos estudiar los problemas técnicos y económicos que afectan a cada tipo de productor intelectual... entendiendo que el intelectual ha de realizar mejor su función mediata y permanente en la sociedad cuanto más estable sea su economía, por lo que se dará tiempo considerable en el Congreso al estudio de las cuestiones que le atañen como trabajador revolucionario” (“Lo que debe ser el Congreso”, p. 7). Previsiblemente, las suscripciones al Congreso —y a la LEAR— se multiplicaron.
- 20 (Guanajuato, 1914-1944). Interesante, inteligente poeta, debuta en 1935 con *Saludo del alba*. Miembro entonces del grupo Barandal, colaboró también en *Romance* y en el diario *El popular*.

- 21 *El Nacional*, 31 de enero de 1937, suplemento, pp. 2 y 3. Relato la historia de este congreso en el capítulo “El camarada Paz organiza al mundo” de mi libro *Poeta con paisaje*.
- 22 El escritor y periodista Joseph Freeman había estado entre los fundadores de las revistas *Masses*, *The New Masses* y *Partisan Review*. Conocía México desde 1929, cuando trabajó cerca de Diego Rivera y se casó con una modelo suya, Ione Robinson. Su libro, *An American Testament* (1936), había sido repudiado por el PC norteamericano dadas sus escasas alabanzas a Stalin. El malestar lo llevaría a abandonar el Partido y a mudarse a México en 1937. El pintor Joe Jones, amigo e ilustrador de Langston Hughes, era miembro del PCEH norteamericano.
- 23 Laborde (1895-1955) líder ferrocarrilero, había sustituido a Rafael Carrillo como secretario general del PCM en 1929.
- 24 Mancisidor acaba de regresar de la URSS, junto a Lombardo Toledano, donde recibió la medalla de la Unión de Escritores Soviéticos. Terminó su discurso de agradecimiento en estos términos: “Para terminar, la expresión de mi intenso amor por la Unión Soviética y mi respeto, cariño y admiración para Stalin, el recio camarada que ha sabido conducir a ustedes hacia los senderos del éxito, y señalarnos a nosotros el rumbo del porvenir” (*Frente a frente*, 4, julio de 1936).
- 25 Bosques era el secretario de acción educativa del Partido de la Revolución Mexicana (PRM). Poco más tarde, con cargo diplomático, será un activo promotor y operario del traslado de refugiados españoles a México. Más tarde, sería director del diario *El Nacional*.
- 26 Luis I. Rodríguez era el secretario particular de Lázaro Cárdenas.
- 27 En su poema “Son del mar hacia Cuba”, escrito durante su viaje por las Américas en 1934, antes de llegar a México, escribió Alberti:

Por el mar Caribe me bajaba al cielo
la voz firme y pura de Juan Marinello,
la desconocida de Pedrosa y el
recuerdo mojado de José Manuel.

Diez era de mayo cuando el *Siboney*
zarpó de la palma cubana al maguey...

- 28 Poeta argentino, autor de *Sonetos* (1929) y *Seguidillas* (1937).
- 29 El escritor Waldo Frank (1889-1967) cosechaba ya el cariño de la izquierda latinoamericana —y de Victoria Ocampo y Gabriela Mistral— luego de su *América Hispana: a Portrait and a Prospect* (1931) y recorría el continente militando en favor de las causas izquierdistas.
- 30 Un espolique es un criado que avanza a pie ante el caballo del amo.
- 31 Otro poeta (1915-2005) del grupo Barandal, hijo del viejo poeta Rafael López.
- 32 José Alvarado se refiere al libro de Frank, *Aurora rusa*, como “un débil acento de la inteligencia sobre el fuerte tono con que ha llenado la atmósfera occidental el acontecimiento de octubre”, en el primer número de *Cuadernos del Valle de México*, septiembre de 1933, pp. 29-31.
- 33 Imposible saber a quién se refiere Huerta en estos renglones *à clef*.
- 34 Mancisidor, que pronunció el discurso de clausura “El escritor frente a la vida”, se reveló también en otros sentidos: según Cardoza en sus memorias, Jorge Cuesta y Octavio Paz (en *Itinerario*, p. 53), Mancisidor era el sacripante que coordinaba el trato entre el gobierno de Cárdenas y el sector “intelectual”.
- 35 Los libros recientes de Mancisidor: *Asonada* (1931), *La ciudad roja* (1932), *Nueva York revolucionario* (1935).
- 36 “Me porté como quien soy / como un gitano legítimo”, dice Antoñito el Camborio en un romance de García Lorca.
- 37 Pudo tratarse de Cardoza que, empeñado en discutir asuntos de estética marxista, una vez más fue acallado por la turba. Véase el prólogo de esta edición sobre el papel de Cardoza en ese momento. Cardoza es a tal grado maltratado que en sus memorias acusa a la LEAR de “linchamientos ideológicos: se quemaba al hereje, se le leía el catecismo... la Santa Inquisición”, y agrega: “que yo recuerde nunca he conseguido

- pugnacidad tan unánime y brutal”. Cardoza trataba en vano de leer su ponencia ante una sala que ya había sido precavida de antemano contra cualquier ataque a la URSS: el poeta trataba de defenderse en vano, exigiendo a gritos que las estenógrafas registrasen sus argumentos (Cardoza, *El río...* p. 583).
- 38 Seudónimo del escritor catalán Eugenio d'Ors.
- 39 Cuesta se halla ausente lo mismo de los boletines publicitarios que de la memoria del congreso (el número 8, marzo de 1937, de *Frente a frente*). Si bien comentó —y criticó duramente— la conversión de Gide al comunismo en 1933 (“Gide y el comunismo”, *Obras II*, México: El Equilibrista, 1994, pp. 265 y ss.), no se conserva esta “ponencia” en la que podría haberse vanagloriado de ver cumplidos sus vaticinios sobre la duración de ese compromiso.
- 40 Octavio G. Barreda fundó *Letras de México* (Gaceta Literaria y Artística) en enero de 1937. El artículo de referencia, “Gide y la URSS” (1, p. 5), cita in extenso el proemio al libro, con un breve comentario anónimo a manera de introducción y sin las notas malignas que Huerta señala. Cuesta no era subdirector de la revista, contra lo que propone Huerta.
- 41 No: Óscar. Poeta venezolano del grupo “Viernes”.
- 42 Genaro Estrada, que muere ese mismo año, además de buen narrador, fungía como subsecretario de Relaciones Exteriores. Huerta habría de dedicarle poco después su poemario *Línea del alba*.
- 43 El poeta estridentista (1898-1998).
- 44 Nicolás Guillén (1902-1989) había publicado *Motivos del son* en 1930 y *Sóngoro cosongo* un año más tarde. De México partirá directamente a España, sumado a la delegación de la LEAR que acude a solidarizarse con la república amenazada.
- 45 Es decir, Jorge Guillén, que había publicado *Cántico* en 1928.
- 46 *Diario del Sureste*, 14 de febrero de 1937, 2ª sección, p. 3.
- 47 El soneto cuatro, de los cinco recogidos en *Bajo tu clara sombra* (1937) a que alude Huerta, empieza así: “Bajo del cielo fiel Junio corría” (Paz, *Obra poética I*, pp. 26-29).
- 48 Huerta mismo incluye su poema “Verdadero junio” en *Absoluto amor* y, más tarde, en *Los hombres del alba*, el poema “Recuerdo del amor” donde junio de nuevo aporta el escenario de la gran pasión.
- 49 Huerta y Acevedo Escobedo colaborarán juntos en *El Nacional* más tarde, en la redacción de una columna que revisaba la vida cultural —chismes e información— titulada “Las columnas del Periquillo”.
- 50 *Hora de junio* (1929-1936), Ediciones Hipocampo, 1937.
- 51 En su conferencia “La hora de Octavio Paz” (recogida en *Aquellas conferencias...*) Huerta narra un poco su amistad y retrata “sus claros ojos, su boca de finos labios, su nariz casi recta, su ancha y sabia frente y su cabello pajizo y ondulado. Ya en la Prepa y en Leyes, Octavio era comparado con un Lord Byron. ¿No le llamamos alguna vez el Lord Byron de Mixcoac? ¿No le hicimos chistes terribles, comparándolo con personajes de *La montaña mágica* y de *A la sombra de las muchachas en flor*? [...] Era fervor puro, inquietud pura; era un alucinado, un impetuoso, un hombre ardiendo, un poeta en llamas. Era un hombre animado por una pasión, consumido por una pasión” (p. 30).
- 52 Paz y sus amigos Octavio Novaro y Ricardo Cortés Tamayo habían aceptado dirigir y enseñar en la Escuela para Hijos de Trabajadores de Mérida. Paz se refiere a ese viaje en el volumen 2 de sus *Obras completas*, p. 525 y ss. Yo narro la aventura en un capítulo de mi *Poeta con paisaje*.
- 53 Huerta se referirá con mayor detalle al grupo en su conferencia “La hora de Octavio Paz”, recogida en *Aquellas conferencias...* (pp. 24-35).
- 54 *Luna Silvestre*, *plaque* de 1933, recogida en el volumen 13, *Miscelánea I* de las *Obras completas*.
- 55 Así lo haría Paz, que se refiere a aquellos años como “torpes y ardientes balbuceos de la ado-

- lescencia... Me siento muy lejos de mis primeros poemas.", *Obras completas*, vol. II, p. 17.
- 56 Rubén Salazar Mallén propuso que Paz había escrito ese poema sólo para aumentar su prestigio entre la izquierda y hacerse, de ese modo, de un boleto para viajar a España. Y agrega: "Lo que hubiera podido aprovecharse para forrar ideas poéticas, no forra sino las más baratas y vulgares ideas políticas, tan baratas y vulgares que, redondeadas por el uso, casi ya no son ideas", dice (*El Universal*, 21 de enero de 1937). Paz, furioso, habría de desmentirlo desde Europa. Puede leerse el episodio, con los documentos, en el capítulo cuatro de mi citado *Poeta con paisaje*.
- 57 Simbad, Cuadernos de poesía, 1937.
- 58 En la novela de Lawrence, la "raíz del hombre" son los testículos; "Lady Jane" es el nombre íntimo que Mellors y Constanza le dan a la vagina; el nombre del pene es "John Thomas".
- 59 *Diario del Sureste*, 21 de febrero de 1937, 2ª sección, p. 3. El mismo día, pero en *El Nacional*, Huerta publica "Invitación al alba", una versión levemente distinta del mismo asunto.
- 60 Othón Robledo había muerto en 1922.
- 61 *Diario del Sureste*, 24 de febrero de 1937, 2ª sección, p. 3.
- 62 No tanto: en *Absoluto amor* (1935), todavía le dedica un poema. El segundo libro de Huerta *Línea del alba* (1936) acaba de salir publicado por Solana en las ediciones de *Taller poético* y, como ya vimos, declarado por Solana el mejor libro de poesía de 1936.
- 63 Lo de "muñequito" ¿alude a la protección del Estado mexicano? Años más tarde, en 1960, Huerta hará el encomio del pintor: "cuando digo Diego, digo Digno. Digno de México y digno de Diego. Gigantes ambos. México con estatura de patria atropellada, de patria que quiere salvarse, de patria dolorida, de patria que le duele el genio. Diego Rivera, con estatura de patriota, de genio salvado, de genio amoroso, de genio al que le duele aquella patria" ("Digno Mexicano Rivera", en *Prólogos*, p. 9.)
- 64 La amistad de Solana descalabra ante las fiscalizaciones de su amigo. Pronto se restañará, no sin que Solana replique a este juicio en "Los escritores revolucionarios" (*Diario del Sureste*, 17 de febrero de 1937) donde ataca a los poetas que "ponen el epíteto revolucionario en sus tarjetas y lo ostentan con incansable vanidad", o que hacen "un papel secuaz y esclavo", subordinando su pluma a las consignas de un partido. Lo de "un poco nazi" se lo había ganado Solana en otro editorial donde había juzgado "injusta la repulsa de los escritores revolucionarios al libro de André Gide, *Retorno de la URSS*".
- 65 Al discurrir sobre arte apolíneo y dionisiaco, Solana proponía que la política era otro motivo de embriaguez. A su parecer, esto generaba una especie de nuevo color local: "donde antes había que describir majas y toreadores, es necesario hoy reproducir las consignas del general Miaja. Donde antes se ponía un charro llevando serenata a su china, hoy hay que intercalar párrafos del plan sexenal".
- 66 Baudelaire había convocado a embriagarse en "Enivrez-vous" (*Le spleen de Paris*, XXXIII): "Mais de quoi? De vin, de poésie ou de vertu, à votre guise. Mais enivrez-vous".
- 67 En ese café se reúnen los Contemporáneos y sus amigos.
- 68 Alberti acaba de publicar "Trece bandas y cuarenta y ocho estrellas" y "Poema del mar Caribe" (1936).
- 69 Recogido en *La vida en México en el periodo presidencial de Lázaro Cárdenas* (México, Empresas editoriales, 1966).
- 70 El título de la elegía era "Con los zapatos puestos tengo que morir (elegía cívica)", fechada en 1930, recogida en *Poesía* (1924-1934) publicada por Cruz y Raya de Madrid en 1935.
- 71 El general José Miaja preside en ese momento la Junta de Defensa de Madrid, con el liderazgo del Ejército Popular del Centro y ayudado por el general Vicente Rojo. Los madrileños le cantan los versos de Plá y Beltrán (con música de Lan Adomian):

Madrid noble;
tus calles un fortín:
ya nadie pasará

tus trincheras.
 ¿A quién tienes
 en tu defensa?
 ¿Tienes al general Miaja!

- 72 En el artículo, Solana se burla de los poetas comprometidos que insultan a Chiang Kai Shek para mostrar su corrección política. El general chino, líder del Kuomintang (partido nacionalista), se acababa de unir al comunista Mao Zedong para contrarrestar la invasión japonesa.
- 73 No está documentada, por escrito, esa opinión de José Gorostiza.
- 74 Sospecho que “Juanito Sirope” (¿Johnny Syrup?) protagoniza un anuncio de moda.
- 75 *El Nacional*, 9 de marzo de 1937, 2ª sección, pp. 1 y 3. Un mes antes, el 9 de febrero, en el mismo diario, Ramírez y Ramírez había publicado “La juventud de la poesía mexicana” dedicado a ensalzar a Octavio Paz, cuyo *Raíz del hombre* le parece una síntesis adecuada de la poesía juvenil revolucionaria, aún siendo un libro de poemas de amor.
- 76 El periodista español llegó a México en 1930, y fundó las revistas *Imagen*, *Mapa*, *Arte y Plata*. Escribió un par de novelas: *Mujeres de media noche* y *Kaiko*.
- 77 La pregunta provocó discusiones muy interesantes, como puede verse en nuestra recopilación y estudio de la polémica: *México en 1932: la polémica nacionalista* (México, FCE, 1998).
- 78 Se refiere a *Nocturno mar* (Ed. Hipocampo, 1937) fundida en *Nostalgia de la muerte*, Buenos Aires, Sur, 1938.
- 79 Un grupo de poetas españoles —Alberti, Altolaguirre, Salinas y Guillén— habían traducido la antología del montevideano, *Bosque sin horas*, en 1932.
- 80 *xx poemas* había aparecido en 1925.
- 81 *Especie* es de 1933.
- 82 El periodista y diplomático había editado la revista literaria *Número* en 1933. En 1937 hacía columnas en *El Universal*.
- 83 “Fragmento”, en el primer número (mayo de 1936).
- 84 Léase: al amor homosexual.
- 85 Militante del PCM y cofundador de la LEAR, colaboró en *Crisol* con artículos sobre arte nacionalista y malos versos que reunió en *El libro de la amada* (1920), *Sangre roja* (1924) y *Dice el Pueblo versos revolucionarios*. (1936). Es autor del famoso poema que dice: “Tortilla, / proletaria al fin / pues eres masa”.
- 86 *West Indies, Ltd.* es el último poemario de Guillén en ese momento.
- 87 *Diario del Sureste*, 18 de marzo de 1937, 2ª sección, p. 3.
- 88 Se refiere a “Idilio”, de Salvador Díaz Mirón.
- 89 Breton ya ha sido declarado trotskista por el Partido Comunista Francés, desde el Congreso de la Mutualité en 1935, por su exigencia de liberar a Victor Serge y sus denuncias del estalinismo.
- 90 En los primeros tres años del régimen cardenista (1934-1940), se aplicó el nuevo código agrario en la comarca lagunera, Yucatán, Baja California y Sinaloa. En 1937 se implementaron las reformas que podían ampliar los radios de afectación e incluir a los núcleos que no hubieran solicitado ejidos, o ampliar éstos últimos sin más restricciones que el respeto a la pequeña propiedad.
- 91 Recogido en 6, 7 poemas (1924) dedicado a José Vasconcelos (*Poesía completa*, vol. I, p. 138 Ediciones del Equilibrista, México, 1996).
- 92 *El Nacional*, 25 de marzo de 1937, 2ª sección, pp. 1 y 4.
- 93 Un “cartel de letras y arte” que publicó catorce números entre 1932 y 1936 con cientos de poetas como colaboradores, consagrados y no. Aparecen en ella los latinoamericanos Neruda, Luis Enrique Delano, Raúl González Tuñón y Carrera Andrade.
- 94 González Tuñón (1905-1974) comenzó a publicar poesía en la década de los veinte, en la revista *Proa* de Buenos Aires. *La rosa blindada*, su libro más reciente (1934), pesará enormemente sobre el estilo de Huerta.
- 95 La revista (1935-1936) de Neruda, editada por Manuel Altolaguirre y Concha Méndez, que tiró cuatro números con los mejores poetas españoles del momento, adversa a la “poesía

- pura” y a la “inmensa minoría” de Juan Ramón Jiménez.
- 96 Es decir, Neruda. La cita está tomada de “Sobre una poesía sin pureza”, que apareció en el primer número de *Caballo verde para la poesía*. El referido “Canto” forma parte de *España en el corazón. Himno a la glorias del pueblo en la guerra* (1937), a su vez parte de la *Tercera residencia*.
- 97 Los “requetés” eran los carlistas que se alzaron contra la república.
- 98 Uno de los fundadores de *Hora de España*, Serrano Plaja (1909-1979), publica en los treinta *Destierro poético* (1934) y *El hombre y el trabajo* (1938); posteriormente da a conocer sus *Versos de guerra y paz* (1945).
- 99 La morisma: los batallones africanos al servicio de Franco; el tercio era la brigada de requetés.
- 100 Esta misma indignación resuena en un ambicioso poema de Huerta escrito este año, “Ellos están aquí” (pp. 46-47 de las *PCEH*) que ensaya su noción del poema comprometido y poético. El poema habría querido hacer mancuerna con “¡No pasarán!”, el de Octavio Paz, en la tarea de dejar muy en claro la postura de los jóvenes ante la guerra de España. Los que “están aquí” son “los cadáveres, las lágrimas, los quejidos, / la sombra de Madrid”. El poema parece reaccionar a una serie de fotografías que vienen de los frentes españoles:
- Ved a este miliciano: campesino,
veinte años, una herida en el vientre;
tiene ojos castellanos y mirada de fiebre.
Duerme su noble sombra con nosotros;
duerme su joven cuerpo bajo ruinas...
- 101 René Crevel (1900-1935), cuyo *Mi cuerpo y yo* (1925) es hoy tan estudiado en los cursos de “literatura de género”. No deja de asombrar que Huerta escatime el hecho de que Crevel se suicidó en 1935, en vísperas del ya mencionado Congreso de la Mutualité, desesperado por el rechazo comunista al surrealismo.
- 102 Henri Barbusse (1873-1935) se había hecho famoso en el mundo con su novela *Infierno* (1908). *El fuego* (1916), que le valió el premio Goncourt, es una gran novela de guerra. Luego de su ingreso al PC francés, viajó a la URSS, se entrevistó con Stalin y escribió el famoso libro en que prácticamente lo canoniza: *Stalin: un mundo nuevo visto a través de un hombre*, que publicó poco antes de morir en 1935.
- 103 *Diario del Sureste*, 26 de marzo de 1937, 2ª sección, p. 3.
- 104 El aviador Ramón Franco, que voló sin escalas de España a Brasil por 1930.
- 105 Margarita Nelken (1894-1968) fue diputada de las cortes españolas en dos periodos, 1931 y 1936, militó en el Partido Socialista Obrero Español y apoyó a Largo Caballero. Llegó a México en 1940 y llevó una doble vida: como crítica de arte en Excelsior y como agente de la KGB, según los Archivos Venona.
- 106 *Souteneur*: chulo, padrote.
- 107 *Diario del Sureste*, 12 de abril de 1937, 2ª sección, p. 3.
- 108 Ya se mencionó que los amigos viajan a Mérida en marzo de 1937 para encargarse de la Escuela Secundaria Federal para Hijos de Trabajadores con un nombramiento firmado por el general Cárdenas. La escuela dependía del Instituto Nacional de la Educación Superior para Trabajadores, organismo pionero del proyecto de educación socialista de Narciso Bassols, “diseñado científicamente y revolucionariamente, paradigma, representación viva, potente, de los mejores anhelos del movimiento de 1910” (*Diario del Sureste*, 24 de noviembre de 1937, p. 1).
- 109 El Chevalier de Lagardère fue un famoso espadachín justiciero inventado por Paul Féval en su novela *Le Bossu*, de la que Alexandre Dumas tomó prestados personajes, por lo que no es raro que se le atribuya a él su paternidad.
- 110 Libro de 1929, la etapa “surrealista” de Alberti, donde algunos de los poemas aluden a personas o personajes del cine mudo. Más adelante encontraremos una crónica dedicada a este libro.
- 111 Alude a “North Carolina Blues”, el poema de Villaurrutia dedicado a Langston Hughes.
- 112 Carlos Luquín y su hermano escritor, Eduardo, eran amigos cercanos de Villaurrutia y de Gorostiza.

- 113 Clemente López Trujillo dirigía el *Diario del Sureste* en Mérida.
- 114 El teatro-carpa Folies Bergere en la plaza Garibaldi.
- 115 Pérez Martínez (1906-1948) había debutado en la revista *Vértice* (1929). Su libro más conocido, *Juárez, el imposible*, había aparecido en 1934.
- 116 *Diario del Sureste*, 15 de abril de 1937, 2ª sección, p. 3.
- 117 José Alvarado había llegado del norte (Nuevo León) a fines de 1929. Estudiaba en la Facultad de Leyes de la UNAM y comenzaba a publicar, por ejemplo, en la revista *Barandal*.
- 118 Novela de 1910, *A. M. D. G.* (Ad Majorem Dei Gloria), sabrosa crítica de la vida en las aulas jesuitas madrileñas.
- 119 *El Nacional*, 23 de mayo de 1937, 2ª sección, pp. 1 y 4.
- 120 En *Sermones y moradas*, escribe Alberti: “En frío, voy a revelarlos los que es un sótano por dentro...”.
- 121 Poco antes, en “Sobre poesía y revolución” (*El Nacional*, 16 de marzo de 1937, p. 1), Ramírez y Ramírez se había molestado con los poetas que “faltos de aliento, se refugian en la repetición y el desmenuzamiento de asuntos diminutos y abstractos: el aire, la sombra del aire, el aire del espejo, la sangre del aire, la estatua de la sangre, la sangre de la sombra, la sangre del espejo...”.
- 122 Poeta veracruzano, nacido en 1915, colaborador de *Taller*. El FCE publicó su *Poesía completa* en 1977.
- 123 Es decir, por Rubén Salazar Mallén.
- 124 En *Taller Poético* (marzo de 1937), pp. 33-38.
- 125 La cita viene de *Le cercle de famille* (1932).
- 126 *Diario del Sureste*, 30 de mayo de 1937, 2ª sección, p. 3.
- 127 La famosa Casa Azul en la colonia Lomas de Chapultepec, donde Paz, Huerta y los demás poetas jóvenes solían visitarlo.
- 128 De aquí en adelante, Huerta parafrasea versos de ese libro de Pellicer.
- 129 Dice Novo en “El mar”, uno de sus *xx poemas*.
- 130 *Diario del Sureste*, 20 de junio de 1937, 2ª sección, p. 3.
- 131 El sabio personaje, “feo, católico y sentimental”, de las *Sonatas* de Valle-Inclán.
- 132 *Diario del Sureste*, 29 de junio de 1937, 2ª sección, p. 3. Huerta completa y corrige en este artículo otro de Antonio Magaña Esquivel, “Vida y poesía”, aparecido unos días antes (13 de junio) en *El Nacional*, en que sostiene que la “nueva generación” identifica “al poeta con lo colectivo, la comprensión de los nuevos valores de humanidad que explica el nuevo sentido de la poesía revolucionaria”.
- 133 Se dice en México, entre estudiantes, que estudiar con rítmico, mecánico tesón, equivale a machetear, a cortar caña con machete.
- 134 Legendarios maestros de literatura en la Preparatoria Nacional. Don Erasmo (1879-1955) ensayó versos en *Del fondo del abra* (1919). Loera y Chávez colaboró en *México moderno* (1920) con el Dr. González Martínez, que además editaba con su hermano Rafael en su editorial Cvltvra. Editó también la revista de Vasconcelos, *El Maestro*.
- 135 Gómez Mayorga (1913), arquitecto, escritor y poeta, participó en la revista *Taller*. Entre sus obras, olvidables: *Virgenes muertas* (Fábula, 1934); *Palabra perdida* (Taller poético, 1937) y *Nombre del invierno* (Chápero, 1938). Publicó también ensayos sobre arquitectura.
- 136 Emmanuel Palacios, editor de la revista *Bandera de provincias*, acaba de publicar su poemario *Vida a muerte*.
- 137 El Lic. García Rivas dejó la poesía y se dedicó a enseñar y a escribir biografías de mexicanos célebres.
- 138 Se refiere a José Bosch, compañero de Paz desde la secundaria. Expulsado de la preparatoria, regresó a España. Cuenta Paz que un día él y sus compañeros leyeron su nombre en una lista de caídos. Paz escribió su “Elegía a un compañero muerto en el frente de Aragón”. Durante su viaje a España en 1937, lo reencontró, vivo, en Barcelona, escondido y aterrado de los soviéticos, como todos los miembros del POUM. En la dedicada a Paz (*Aquellas conferencias...*),

- años más tarde, Huerta declara que este poema “debería abrir franca, rotunda y valientemente la obra completa de Paz” (p. 33).
- 139 Huerta llegó a ser considerado por la LEAR como un posible viajero a España y todavía a fines de mayo de 1937 se daba como un hecho. Cuando la esperanza se frustró, Huerta le encargó su representación —y la de todos los jóvenes poetas— a Paz, que cumplió el compromiso leyendo poesía de sus camaradas en una de sus conferencias en España, “Noticia de la poesía mexicana”.
- 140 *Diario del Sureste*, 12 de julio de 1937, 2ª sección, p. 3.
- 141 Huerta recuerda “Il pleut deuccement sur la ville”, el poema de Verlaine.
- 142 En estos mismos días Huerta pudo haber escrito “Acerca de la melancolía” (*PCEH*, pp. 193-194):
- [...] la melancolía,
la aceitosa melancolía:
humo blanco en las venas,
como ligeros pétalos clavados
en los nervios y músculos.
- 143 Ehrenburg publicó su novela *Las extraordinarias aventuras de Julio Jurenito y sus discípulos* en 1921. El nihilista personaje mexicano (cuyo físico y ciertos rasgos morales recuerdan a Diego Rivera, amigo del autor entonces) tiene siete discípulos de otras tantas nacionalidades: Monsieur Dalais, Karl Schmidt, Alejo Spiridonovich, Mister Cool, Alexis Tishink, Ercole Bambucci, Ehrenburg mismo y el negro Aisha.
- 144 El poeta colombiano Miguel Ángel Osorio (1883-1942), alias “Porfirio Barba Jacob”, alias “Ricardo Arenales”, ya no hacía versos “sensuales”; vivía en México y colaboraba con la prensa “reaccionaria”.
- 145 Se burla de Miguel N. Lira, que había publicado hacía poco su “Corrido de Domingo Arenas”, el general tlaxcalteca que acompañó a Zapata durante la revolución.
- 146 Huerta no sólo no identifica a la lluvia con el deseo, tópico antiguo. López Velarde mismo (para no ir hasta el romano Catulo) lo había hecho en varias ocasiones.
- 147 Autor del comic de época, *Strange as it seems* (“Por raro que parezca”).
- 148 Inevitable leer en este juego de palabras un aviso de los futuros *Poemínimos*.
- 149 Salazar Mallén, tan flaco y desgarrado que, según Salvador Novo, tenía cuerpo de suástica, se le antoja a Huerta un émulo de otro personaje de comic, el Tribilín (Gooffy) de Walt Disney
- 150 *El Nacional*, 25 de julio de 1937, 2ª sección, p. 1.
- 151 No está registrada en su bibliografía (*Vida y obra de Alberto Quintero Álvarez*, tesis —inédita— de Araceli Álvarez Cederborg (UNAM, 1981).
- 152 Gorostiza viaja hacia un nuevo cargo diplomático en Italia mientras corrige con Ortiz de Montellano la edición de *Muerte sin fin*.
- 153 Los “labios sitibundos” son de un deplorable “Nocturno” de Rafael López: cuando alguien los besa es feliz, y luego “se le adelgaza la nariz / como la de los moribundos”. Deveras.
- 154 *Diario del Sureste*, 29 de julio de 1937, 2ª sección, p. 3.
- 155 Joan March Ordinas (1888-1960), el multimillonario catalán que financiaba a Franco.
- 156 Cita, de nuevo, el “Romance de Antoñito el Camborio” de García Lorca.
- 157 *Diario del Sureste*, 1 de agosto de 1937, 2ª sección, p. 3.
- 158 *El Nacional*, 4 de agosto de 1937, 2ª sección, pp. 1 y 4.
- 159 El artículo es reflejo en prosa de “Declaración de odio” (*PCEH*, pp. 102-105) que Huerta escribe y fecha este año. Está recogido en *Los hombres del alba* (1944), que ya se refiere al amor/odio que sentía por la capital de México:
- Esta ciudad de ceniza y tezontle cada día menos
puro,
de acero, sangre y apagado sudor.
Amplia y dolorosa ciudad donde caben los
perros,
la miseria y los homosexuales,
las prostitutas y la famosa melancolía de los
poetas]

- 160 Trabajó con Ernst Lubitsch en *Trouble in Paradise* (1936).
- 161 Como se verá más adelante (en la crónica 74) el pato Pascual (“Donald Duck”) de Disney les parecía a los jóvenes cinéfilos un proletario neurótico y egoísta; las simpatías ideológicas iban mejor al ratón Miguelito (Mickey Mouse), en quien observaban una conducta proletaria más constructiva.
- 162 En el poema (p. 104), Huerta enumera más personajes “zoológicos” a los que declara su odio:
- A tí, a tus tristes y vulgarísimos burgueses,
a tus chicas de aire, caramelos y films
americanos,
a tus juventudes ice cream rellenas de basura,
a tus desenfrenados maricones que devastan
las escuelas, la plaza Garibaldi [...].
- 163 Cita de nuevo la “Oda a Walt Whitman” de García Lorca.
- 164 Estos y los siguientes son todos personajes de los “monitos” (comics) que el diario *El Nacional*, como miles de otros en el mundo, publicaba los domingos: Popeye el Marino, Los sobornos del Capitán, El Reyecito, la curvilínea Betty Boop, etcétera.
- 165 *El Nacional*, 24 de agosto de 1937, 2ª sección, pp. 1 y 4.
- 166 “Mónico Neck” es Antonio Ancona Albertos (1883-1954), periodista y político yucateco, colaborador de *Diario del Sureste* y de *El Nacional*. Sería más tarde gobernador de Yucatán.
- 167 Nueva alusión a Salvador Novo, “poeta chofer”, como le dijo Carlos Pellicer, y editor de la revista *El chafirete*, chismes y cultura para los trabajadores del volante, caros a su deseo.
- 168 Donde se reúnen los “españoles viejos”, conservadores y simpatizantes de Franco.
- 169 Estas dos sociedades, junto con Acción Revolucionaria Mexicanista (ARM), la Unión Nacional Sinarquista y la Unión Nacionalista Mexicana reunían a la derecha radical, brazo civil —digamos— de los “Camisas doradas” del general Nicolás Rodríguez, al que Cárdenas había declarado ilegal en 1935 (luego de la famosa batalla entre jinetes y taxistas en el zócalo de la ciudad). La Confederación de la Clase Media, dirigida por Gustavo Sáenz Sicilia y patrocinada por los empresarios alemanes, era la organización más influyente en 1937. Para ésta y las futuras alusiones en este volumen a la ultraderecha mexicana del periodo, véase “Por la patria y por la raza: tres movimientos nacionalistas de clase media”, de Ricardo Pérez Monfort, en *Los empresarios alemanes, el tercer Reich y la oposición de derecha a Cárdenas* de Brígida von Mentz, Pérez Monfort *et al.* (México, CIESAS, 1988).
- 170 Lo hará en “Declaración de amor”, recogido en *Los hombres del alba* (p. 105 y ss):
- cómo te das, mujer de mil abrazos,
a nosotros, tus tímidos amantes:
cuando te desnudamos, se diría
que una cascada nace del silencio
donde habita la piel de los crepúsculos [...].
- 171 *El Nacional*, 29 de agosto de 1937, 2ª sección, pp. 1 y 4.
- 172 *Diario del Sureste*, 19 de septiembre de 1937.
- 173 Neruda estuvo en Colombo en 1929, luego de Rangún y Java, como cónsul.
- 174 *El Nacional*, 26 de septiembre de 1937, 2ª sección, pp. 1 y 3.
- 175 Se refiere a uno de los “Cantos de Iza” que dice: “hay azules que se caen de morados”.
- 176 Recuérdese que Pellicer acudió al congreso de escritores antifascistas de Valencia. En estas fechas ya ha salido de España y viaja por la alemania nazi, incluyendo Bayreuth donde escucha una ópera de Wagner.
- 177 *El Nacional*, 9 de octubre de 1937, 2ª sección, p. 1.
- 178 Las vistas del cine, que luego se llamaron “rollos cortos” y ahora “cortos”.
- 179 Que alcanzó los 300 km/hora en esos años, en un desierto de Utah, en un bólido atizado por un motor Rolls.
- 180 *El Nacional*, 2 de noviembre de 1937, 2ª sección, p. 1.
- 181 *El Sonámbulo* acababa de salir, publicado por las ediciones de Taller Poético.

- 182 *El Nacional*, 16 de noviembre de 1937, 2ª sección, p. 1.
- 183 Prados (1899-1962) vivía en Madrid y colaboraba en la Alianza de escritores antifascistas. *Llanto en la sangre*, de 1937, es uno de los libros inspirados por la guerra civil, junto a *Romances* y *El llanto subterráneo*. Llegaría exiliado a México en 1939.
- 184 El poeta Otero Silva (1908-1985) se levantó en armas contra las dictaduras venezolanas en 1928. Miembro del pc de Venezuela, es finalmente expulsado y se refugia en México poco tiempo después. Aquí publica su primer libro de poemas *Agua y cauce*, en 1938.
- 185 En julio de 1936, Alberti y María Teresa León, su mujer, pasaban sus vacaciones en esa isla de las Baleares cuando estalló la rebelión contra la república. No pudieron viajar hacia tierra firme sino hasta el once de agosto.
- 186 *El Nacional*, 23 de noviembre de 1937, 2ª sección, pp. 1 y 4.
- 187 Raschid-billah es el legendario califa de Bagdad; la torrecilla de La Nacional, ejemplo impar de la arquitectura del México de los treinta, corona el edificio que enfrenta al Palacio de Bellas Artes.
- 188 Louis Aragon (a quien en este momento ya no le hubiera gustado ser llamado surrealista), en su poema “La folle”.
- 189 *El Nacional*, 14 de diciembre de 1937, 2ª sección, p. 1.
- 190 El mítico centro delantero Horacio Cazarín, estrella entre los “once hermanos” del club Necaxa.
- 191 *El Nacional*, 21 de diciembre de 1937, 2ª sección, p. 1.
- 192 En la alameda central de la ciudad de México hay dos fuentes protagonizadas por estos personajes mitológicos.
- 193 Huerta cita el “Estatuto del vino” de *Residencia en la tierra*.
- 194 Ídem
- 195 *El Nacional*, 29 de diciembre de 1937, 2ª sección, pp. 1 y 4.
- 196 Michoacano (1889-1941), cuñado de Manuel Gutiérrez Nájera.
- 197 *Poemario* (1916) de Francis Jammes.
- 198 *Laudanza de Michoacán*, México, UNAM, 1937.
- 199 Los carros dormitorio, cuando los había en México, tomaron el nombre de su diseñador norteamericano.
- 200 La otra —la original, claro—, es la de Pellicer: Curazao.

49. El año poético¹

Podemos afirmar que el de 1937 ha sido un año de verdadera prueba para los poetas mexicanos, divididos en los bandos más curiosos que pueda uno imaginarse, y, en consecuencia produciendo poesía de las más variadas y extremas formas. Las hay dedicadas a la creación —¿creación?— de una poesía descastada, desplazada desde tiempo del territorio poético. Las hay entregadas a la búsqueda de una forma poética, la preferida por nosotros, a veces inencontrable, con frecuencia demasiado fácil y vulnerable. La mayoría sin embargo, se entrega a la poesía erótica, sin olvido del aspecto reforzado, cimentado sobre la tristeza, la melancolía, la soledad y la angustia.

1937, para los cuatrocientos veintitrés poetas que, aproximadamente, deambularon por la ciudad, fue una etapa decisiva, al grado que se puede vaticinar una próxima, forzosa o voluntaria depuración. Quedarán los verdaderos, el resto se colocará en las esquinas a pregonar fracasos, o se guarecerá en los cafés a rumiar, impublicables engendros.

Abordemos la esquemática reseña. Don Enrique González Martínez lanzó *Ausencia y canto*;² Jaime Torres Bodet, *Cripta*;³ Ortiz de Montellano, *Muerte de cielo azul*;⁴ Octavio G. Barreda, *Sonetos a la virgen*;⁵ Salvador Novo, una edición de *Poesías escogidas*;⁶ Xavier Villaurrutia, “Nocturno mar” y su notable “Nocturno rosa”;⁷ Miguel N. Lira, *En el aire de olvido y Corrido*;⁸ este último en calidad de bienvenida al poeta cubano Nicolás Guillén; Elías Nandino sus *Sonetos y Suicidio lento*;⁹ dos bellos libros; Luis Cardoza y Aragón, *El sonámbulo*, uno de los libros fundamentales del arte; Carlos Pellicer su *Hora de junio*, sin duda el más notable y leído y comentado de todos los volúmenes de versos editados en 1937. Alfonso Reyes, a última hora nos envió la bellísima *Cantata en la tumba de Federico García Lorca*.¹⁰

Los jóvenes —hablamos de los de veinte a veinticinco—, no se quedaron atrás, y fue *Raíz del hombre*¹¹ de Octavio Paz el haz de versos que inició una de las temporadas más brillantes, ricas y entusiastas de los últimos tiempos de la poesía mexicana, seguido

inmediatamente por *Vida a muerte* de Emmanuel Palacios;¹² *Palabra perdida* de Mauricio Gómez Mayorga;¹³ *Canto del viento* de Neftalí Beltrán¹⁴ y *Herido tránsito*, el más reciente y discutido libro de Enrique Guerrero.¹⁵ Además, debemos mencionar, porque en verdad se lo merecen, *Teporaca, un corrido de tierra fría*, por Heriberto García Rivas,¹⁶ ese modesto y trabajador poeta chihuahuense, *¡Oíd camaradas!* de Arnulfo Martínez Lavalle,¹⁷ interesante esfuerzo de algo poético que con el tiempo y el cariño a la obra revolucionara se logrará, y *Hambre* de Miguel Bustos Cerecero,¹⁸ con poemas casi perfectos en el estilo que el joven veracruzano se ha impuesto.

Se observa, pues, que existe y vive sin mando ni pretensiones, un grupo joven, prometedor y curioso. No tienen los libros juveniles alguna fea impaciencia “denunciada” no hace mucho, malévolamente, por quienes no los comprenden, ni los podrán entender por más lucha que hagan. Hay una ambición, la más noble de las ambiciones, por adquirir solidez, si es preciso por sobre los ataques y de las burlas. Por sobre la falta de maestros locales, los jóvenes se lanzan, no a la piratería internacional, sino en busca de la enseñanza mejor ejercida y con más méritos y autoridad.

Están poco después, a una altura aceptable y digna, un libro de María del Mar, *En ti solo distante*,¹⁹ y *Marea encendida* de Xavier Icaza,²⁰ volumen con más pretensiones que poesía. *De mi libro de horas* del ilustre y solitario vate don Francisco González de León;²¹ un tomo de Juan Manuel Ruiz Esparza;²² otro, *Poesías selectas* de don José de Jesús Núñez y Domínguez y otro más de Horacio Zúñiga.²³ Una obra merecedora de elogios es la de Daniel Castañeda;²⁴ Ricardo de Alcázar,²⁵ amigo de nuestro suplemento; José Inés Novelo,²⁶ clásico moderno y “modernista”, pero tan bueno como pocos; Rafael del Río con *Antena*,²⁷ simpáticos poemas, buenos sonetos y mejores versos humoristas; y Jorge de Godoy, aquel autor de *El libro de las rosas virreinales*, con “Un solo poema” a las niñas muertas de España.

Se publicaron además los siguientes libros notables de poetas extranjeros, si es que de extranjería poética está permitido hablar, con éxito de crítica y pecuniario: *Canto para soldados* y *Sonetos para turistas* del bardo cubano Nicolás Guillén; *Acero, Signo y Desnuda intimidad* de Pablo Rojas Guardia;²⁸ y *Agua y cauce* del venezolano Miguel Otero Silva. En España, Manolo Altolaguirre editó un pequeño y honroso libro de versos de Octavio Paz, con poemas inéditos, *Helena*, una breve antología de *Raíz de hombre* y *Tres cantos españoles*,²⁹ libro que pasa a formar lista de la nueva colección Héroe.

En el tercer *Taller Poético*,³⁰ dirigido por Rafael Solana, aparecen poemas de [Neftalí] Beltrán, Ramón Gálvez, Gómez Mayorga, Gutiérrez Hermosillo, Carlos Mata, Mercado Ramírez (tapatío), Palacios, Paz y Villaurrutia.

El número once de *Letras de México* estuvo dedicado a Alfonso Gutiérrez Hermosillo, con magníficos estudios de Agustín Yáñez y [Bernardo] Ortiz de Montellano sobre la obra del poeta desaparecido, su bibliografía completa y una selección de sus poemas, enriquecida con algunos versos inéditos.³¹ El número dieciocho de la misma revista

quincenal, fue casi íntegramente entregado a la memoria de Genaro Estrada, el más desinteresado amigo de la poesía, y de la obra de los jóvenes, muerto cuando su orientación era más necesaria que nunca.

Nota final. Ya para cerrar el año, apareció ruidosamente en el campo poético una nueva modalidad en el soneto, que posiblemente oriente o cambie la estética de los jóvenes, tan dados hoy por hoy a deslindar responsabilidades. Se trata de los *Sonetórpidos* lanzados por un nutrido grupo de intelectuales mexicanos con la ostensible intención, repetimos, de hacer escuela.³² Tienen los *Sonetórpidos* una clara raíz en lo más granado de la poesía castellana del siglo de oro, y, en sus relaciones con la obra contemporánea, podemos mencionar su íntimo acercamiento con la poesía folklórica (la negra principalmente), con la famosa jitanjáfora de Alfonso Reyes,³³ con los poemas de Eugene Galas, Pound, Eliot, y más que nada con la inmensa obra de James Joyce. De este último recordamos fragmentos de *Ulises* y lo que los editores de la *Revista Vertigral* han publicado con el título de *Work in Progress*. Ojalá que los esfuerzos de los *Sonetórpidos* no sean estériles.

50. La lectura del poema³⁴

Cuando la trágica belleza de Kay Francis se derrama en las salas cinematográficas, los espectadores perciben, inquietos y descentrados como si estuvieran rodeados por agilísimos escorpiones, el tibio, el vivo roce de miles y miles de orquídeas húmedas todavía del ambiente del trópico. Una mujer se ha entregado, dulcemente deshecha, a la lujuria masculina y a los dientes envidiosos de las mujeres.

De la misma manera el pensamiento escrito cae bajo los ojos devoradores, envidiosos y tímidos, burlones y suspicaces de los lectores empedernidos u ocasionales. Cuando lo que se lee es un simple artículo —¿quién habló por ahí de la pequeña inmortalidad de veinticuatro horas?—, el aire trágico es breve, pero ponzoñoso; si un ensayo, el drama principia a imponerse; y si de una novela se trata, lo trágico desenfrenado cobra su mayor altura y validez. Pero lo anterior, sin más, se queda así de chiquito al compararse con la revolución que en el complicado interior de los lectores estalla, en los azarosos momentos de la lectura de un poema.

Leer un poema es lo más comprometido del mundo. Corrientemente, en México, se *declama* la poesía, continuando cierta escuela pelliceriana, prolongando con malas artes el estilo de Alberti e imaginando la voz de Pablo Neruda. Pero, saliendo de la lectura pausada, arrastrada, profunda y amorosa, el poema se vuelve recitación y flor natural, provocando la risa y la conmiseración.

No hay remedio, los ángeles son contrarios al poema leído en voz alta, ante el silencio de una siempre al parecer selecta concurrencia. Y no sólo los ángeles, esos entes de

agua y azúcar, están representados en nuestro planeta por las personas que han hecho una profesión del sabotaje a la Poesía que aspira a ser melodía, voz viril, mensaje.³⁵ Y más: hay ocasiones en que la propia dicción de quien lee es falsa, fingida, y entonces, fraternalmente, los poemas se tornan chapuceros. Y otra cosa: lo fundamental en la lectura de un poema, es que la persona cuyos ojos se posan en él con el ánimo de pronunciarlo, halle el esencial, el justo latido de la composición poética, para así darle el ritmo adecuado, el tic tac que el poema reclama. Es falso que los lectores se sometan a la medida y forma de los versos; lo mismo leen apresuradamente y dando traspiés unas hermosas liras del argentino [Ricardo] Molinari,³⁶ que se desbocan al par del “Canto a la extensión mexicana”, pavoroso poema, digno sólo de compararse con uno que escuchamos un cinco de mayo en la plaza municipal de nuestro pueblo —nuestro pueblo es Silao de la Victoria— y que llevaba por título las siguientes líneas: “Epopéyico canto a la gloria inmarcesible de Zaragoza, seguido de un himno —parapachín, parapachín— al descubridor del Nuevo Mundo y homenaje final al probo regidor don Pablo Gutiérrez, cuyo entusiasmo y buena memoria nos han congregado aquí en este luctuoso día patricio”. (Obra seguramente de algún vasconcelista rezagado.) Decíamos que siempre será inevitable el hallazgo, por parte del lector, de aquello que más íntimamente refleja el sistema nervioso del poema, sustentándolo —recia armazón emocional— y protegiéndolo de las asechanzas y malignidades que anidan en el esqueleto de los “intérpretes”, traductores mediocres, recitadores y declamadores.

Una vez —y de esto a la fecha van corridos cinco o seis años—, viajando de Querétaro a la capital con toda la inquietud que las agonizantes vacaciones producen, leíamos por vigésima ocasión —pero, ¿podemos decir con seguridad la cantidad de lecturas que hemos hecho de un libro querido?— las *Canciones* de Federico García Lorca. Nos acompañaba un bullicioso grupo de estudiantes provincianos que venían a conocer en bandada la ciudad de México, y que, en un momento nuestro de imperdonable descuido, se apoderaron del libro, entregándose a la lectura en voz alta y por turno del cancionero, destrozándolo, mutilándolo hasta dejar una pesada sensación aérea de disgusto y malacrianza. Juramos que no es pedantería nuestra el recordar ni escribir esta anécdota que nos parece poco edificante —poco constructiva, diría un asambleísta— pero al mismo tiempo convulsa de significación. Sucedió, lo habréis adivinado, que los versos de Federico, de tan suave factura, delicados e infantiles, no expresaron ni remotamente la emoción a que nuestros jóvenes acompañantes estaban acostumbrados desde toda su vida. Lo sentimos hondamente, pero no pudimos evitarlo. Luego dijimos, con la menor de las pretensiones, algunos poemas de Gil Vicente, explicando, intentando explicar a nuestros rebeldes oyentes que los orígenes de la poesía de García Lorca se encuentran precisamente en los mejores clásicos, como más tarde tendría que demostrarlo un joven escritor mexicano prologando una todavía inédita antología del andaluz desaparecido.³⁷

No es suficiente con que un poema estimule nuestra imaginación. Es necesario también cobrarle verdadero amor, sentirse identificado con el autor, con sus palabras, con los espacios entre los versos, con el tipo de letra, con el papel en que los poemas están publicados, con el tiempo en que fueron escritos, con el ambiente en que los escribí, con todo eso, en fin, que hace el mundo palpitante del poeta: papeles, hombres amigos y enemigos, tinta, pensamientos contemporáneos, ideas en circulación, sistema monetario, etc. Es necesario que quien lea poemas tenga el grado de humanidad requerido por los poetas y su obra.

51. Elegía a ciertos poetas vivos³⁸

Vamos a decir ahora de ese melancólico vaivén que es la vida diaria de ciertos poetas, militantes activos en el amplio terreno de los jardines, alamedas, parques, cantinas y redacciones de periódicos. Se nos dirá que somos muy poca cosa para pretender pasar como cronistas de la vida de quienes, con voluntad de hierro y tenacidad de sitiadores de la Inmortalidad, cada día hacen un colosal esfuerzo para producir, pongamos por caso, ocho cuartillas con cuatrocientos ochenta alejandrinos, imperfectos si se quiere, pero nunca exentos de ese soplo soberano que la sagrada inspiración concede a los que la asedian con empeñoso deseo de poseerla íntegra y eternamente. Cuatrocientos ochenta alejandrinos diarios, y, para variar, una que otra docena de endecasílabos, no es cosa despreciable; menos despreciables son aquellos que los fabrican, y es por eso que nuestra intención ha caído ahora sobre la pléyade maravillosa de poetas productivos, verdaderamente productivos, ¡no como esos otros que hasta se han atrevido a creerse consagrados por el hecho de tener uno o dos libros inéditos!

En general, el tema es atractivo, subyuga, apasiona, conmueve, invita a la sonrisa más sincera y comprensible. Claro que, como todas las empresas trascendentes, tiene sus peligros, siendo uno de ellos el de ser nosotros poco menos que profanos, ya que solamente a los iniciados les está permitida la entrada al santuario de la Poesía trashumante y callejera. Sucede lo que en los campeonatos de dominó, en los cuales se necesita ser miembro activo de una cantina, o sea viejo lobo de bar, para tener derecho a intervenir en ellos... Nuestra intención es leal: reseñar un pedacito de vida sobrehumana.

Hemos escrito sobrehumana, porque para nadie es un secreto la calidad inmaterial de los poetas, y más tratándose de la clase que hoy, en los primeros meses de 1938, nos obsesiona y anima, sin otra meta definitiva que el boceto vital de aquellos personajes que, en luminoso momento, se lanzaron a la conquista del país de las maravillas, poniendo las bases del único decente y decoroso de los imperialismos. (Si lo anterior no

nos resultó lo suficientemente cursi, podemos escribirlo de otra manera. Por ejemplo: “de aquellos paladines hazañosos que, en nítido instante de celestial consejo, se arrojaron sobre la ciudadela de la Poesía, arrebatando a las musas la emoción y el sentido de lo exquisito y feliz.”)

Pero andaremos con cuidado, no sea que olvidemos la ruta verdadera, ya encaminados en ese laberinto de desmayos, simples ayes y despiadadas lamentaciones. No con pies de plomo, como quisiéramos, sí con pasos un tanto ceñidos al ritmo de lo observado. La paciencia, cuando se la usa con medida y discreción, es la madre de los buenos reportazgos. El nuestro, lo estamos presintiendo, no tendrá la bondad a que aspiramos, pero tampoco adolecerá de condenables faltas de atención.

Aquí están ellos, los poetas de labios temblorosos y ojos brillantes de fuego melancólico. Aquí se reúnen monótonamente día tras día. Cada uno de ellos quiere aparecer como “el último bohemio”, para lo cual algunos han llegado a vestirse perennemente de pana pintarrajeada, y usar grueso bastón y ancho sombrero peludo. Llevan un cargamento de poemas, y, cuando suena la hora de la lectura, “la hora propicia”, se hace en el aire, en los espectadores ocasionales, en la gente que pulula en redor, una cosa vaga, indefinible, que en todo caso llamaríamos sentido de lo realmente cursi y aparatoso. Ellos leen. Nosotros, a respetable distancia, hacemos que escuchamos. Principio y eje de la elegía: el desinterés consciente. Suenan fluidos endecasílabos. Tiemblan tibios aplausos y voces cordiales de admiración. Luego hay un espacio, cubierto apenas por un desesperante doblar y desdoblar papeles manuscritos o escritos a máquina y a renglón seguido. Se oye, al rato, un tamborileo de alejandrinos “a la manera clásica”, que lentamente se apaga, como si en vez de un ejército de nobles visitantes fuera una manada de intrusos indeseables. Aplausos opacos. El murmullo de aprobación se hace esperar: no llega. El poeta se sonroja, pide excusas y promete para la próxima sesión “otras cosas que empecé ayer sobre un tema virgen”. Entonces brotan risas y unas como ironías, que a nosotros nos parecen indebidas en un sitio donde la santidad es dueña de los espíritus.

Minutos más tarde, cuando la asamblea comienza a sentirse cansada de tantos versillos insignificantes acerca de la amada desaparecida entre “las densas mortajas del olvido”, y cuando ya el ambiente está cargado de pensamientos mortuorios —“¡oh, mis versos negros como excomuniones!”— y aleluyas por la llegada inminente de la primavera, percibimos todos, espectadores y poetas, un penetrante olor a loción rebuscada y la oscuridad se apodera del local, como si en vez de Salvador Novo hubiese entrado la primera parte de Polifemo. Los poetas callan, asombrados. Ha entrado Novo, el genio, el niñazo terrible, el escritor ante quien todo México tiembla. Le sigue, guardaespaldas gelatinoso, un ente que reparte con excesivas muestras de contentamiento ejemplares de una revista de poesía que, según él, le immortalizará definitivamente. Los poetas se dan de codazos, susurrando comentarios en torno al último chiste del fénix del siglo

xx. Algunos, novicios, se preguntan si ese tipo grandote es verdaderamente Salvador Novo, el “desmañado” prosista; los ya encarrilados por el sendero estrecho de la literatura, afirman con orgullo que sí, cual si estuvieran frente a Canguro el australiano o delante del hombre que fue jueves.³⁹ De todos modos —vaya con ese olorillo a loción— Novo es el amo y señor del cenáculo. Su arrogancia —bendita arrogancia la de los irresponsables— de autor del maravilloso *Breve romance de ausencia*, le da un aspecto de académico a la moderna, y, por oposición, sus “poemas”, escritos con el temor de ser olvidados por su selecto público, le coronan con los laureles de la sabia pedantería. Novo es así, y ni remedio.

Repentinamente, hacen su entrada varios de los escritores que el mismo Novo llama “fantasmas”. Traen una docena de ejemplares del último libro de ensayos del maestro: *En defensa propia*.⁴⁰ Los reparten entre los que el poeta mayor señala, mientras la duda se apodera de nosotros. ¿Existirá realmente Salvador Novo, o es una invención de unos cuantos desocupados? Fundadamente estamos por creer que el autor de los *xx poemas*⁴¹ jamás ha existido. Porque, ¿qué hace entonces entre esa parvada de hombrillos que recitan poemas terribles? Nos habían dicho que Novo es un personaje de selección, y aquí nos encontramos con alguien que no tiene empacho en aprobar o desaprobar los más abominables engendros que se han escrito en el continente americano.

Ahora los poetas recitan temblorosamente. La cosa no es para menos. Se encuentran frente a frente con el más hábil de los críticos del universo; delante del único ser que positivamente, y con todas las de la ley inhumana, puede lanzar en sus versos latinajos, frases léperas y cosas por el estilo, para el infinito placer de jovencitos chapuceros o mariquitas. Un poeta está hablando de “los océanos de azabache” y de “un santuario de divino miedo”. Hay un silencio espléndido, sólo turbado por el inquietante olor en espiral de la loción del maestro. Nosotros estamos anonadados, espantados ante la escena que se desarrolla en este sitio invisible para los milagros. Otro poeta está perorando sobre “los cortinajes de la poesía”, y el silencio y el olorillo continúan. Nos preguntamos si terminará a alguna hora el espectáculo, y todavía no tenemos tiempo para darnos una respuesta concreta, cuando la augusta figura del prosista y poeta magistral se incorpora. Puede darse por cerrada la sesión. Los poetas y poetitas zumban de alegría. Los “fantasmas” hacen valla. Sale Salvador Novo pretextando tener que recibir documentación para su próxima “La semana pasada”,⁴² en la cual, asegura, pondrá del asco a las organizaciones obreras y al editorialista de la revista *Futuro*.⁴³ Y desaparece dejando en el ambiente una sombra olorosa a Lagunilla o a mercado de La Merced. La hora vital ha llegado a su fin. Va haciéndose el vacío. Son contados los que tienen adoración suficiente para quedarse en el interior, hojeando las páginas de *En defensa propia*. A nosotros una fuerza poderosa nos arroja a los brazos del aire libre y puro.

A los poetas que hemos glosado podrían secárseles los sesos, como a los pajaritos, de tanto dedicarse al canto nocturno. Luego andarían volando, en círculo, sobre la ciudad, o adentro de su casa dorada o marfilina, atenaceados por la melancolía y cercados por un invisible hálito de impotencia. Pobrecillos poetas, en qué manos fueron a caer, pedazos de brisa, flores crepusculares, campanitas desafinadas, zenzontles palúdicos, peces tristes y lánguidos. No obstante su deliciosa inoportunidad, son ellos quienes, al amparo de esa entelequia que los jefatura, proporcionan al medio ambiente los matices y sonoridades suficientes para hacernos soportables los días ciudadanos.

Que nuestra elegía inofensiva y ausente de otra cosa que no sea el cariño y la admiración, no quede como un feo recuerdo en la mente de canarios de los homenajeados.

52. La realidad y el deseo⁴⁴

La poesía, queremos creerlo, es hija de la realidad. Acaso su hija exquisita, preferida, mimada. Realidad y poesía se producen siempre al mismo tiempo y en idéntico tono. Las dos, madre e hija, se producen con verdad, diríamos transcribiendo la popular y certerísima frase. Ser un hombre claro, diáfano, franco, generoso y amplio de carácter, quiere decir saber producirse con verdad, es decir, que sus rumbos externos son los luminosos de lo cierto y verificable.

Los hombres que parecen haber nacido en lo más profundo de un túnel, siempre tendrán el pensamiento turbio de los embusteros y el gesto evasivo de los que no saben cómo manejarse en el centro de la sociedad. Las personas que nacieron o parecen haber venido al mundo en la claridad de los valles, siempre tienen luz en las palabras y sinceridad en el sentimiento. A la sombra lenta siempre se opondrá la precipitada presencia del fuego. No hay remedio: ante una realidad, y con ella, está una gloria indiscutible; frente a una fea mentira, el aire se angustia y endurece. Por eso nos contaron que hay ángeles de las tinieblas y arcángeles sólo perceptibles a la luz del día.

Pero hay una realidad que no escapa a nadie y de la que nadie puede huir, porque su influencia es poderosa, perfecta y fulminante. Es la realidad afectiva en la cual los hombres naufragan sin sentirlo ni haberse dado cuenta de que iban a las ruinas. Ruinas que más tarde formarán los cimientos de la mejor construcción sentimental. Es la realidad amorosa, eje del mundo y centro imaginario del Universo, según el decir, o mentir, de los poetas de todos los rincones del mundo.

Lo sabe el poeta español Luis Cernuda, con nosotros y millones de hombres y mujeres del planeta. Su libro *La realidad y el deseo*, que no es una novedad en los escaparates de las librerías, se lo escuchamos leer por primera vez a Genaro Estrada en su casa de Las Lomas, cuando nadie, ni él, pensaba que moriría poco después. Aquella tarde, lue-

go de admirar maravillosas joyas bibliográficas —nos sorprendían ingenuamente todos los números uno de la *Nouvelle Revue Française*— y cuadros de Picasso, y los primeros números de la revista de Pablo Neruda, *Caballo verde para la poesía*, Genaro Estrada nos dio la sorpresa del gran libro de Cernuda, de quien solamente conocíamos poemas antologados por Gerardo Diego.⁴⁵

Fue mucho más tarde, pasada la sentidísima muerte de Estrada, que adquirimos el libro de Cernuda. El autor pertenece a la generación más brillante de escritores españoles de la actualidad, es decir, de los que marchan al lado del pueblo combativo. Alberti, Emilio Prados, Altolaguirre y muchos más son sus compañeros. El libro, editado en Madrid en 1936 por *Cruz y Raya*, contiene *Primeras poesías*, *Égloga*, *Elegía*, *Oda*; *Un río, un amor*, *Los placeres prohibidos*, *Donde habite el olvido* e *Invocaciones a las gracias del mundo*. En total, toda su obra comprendida desde 1924 hasta mediados de 1935. Toda una vida poética, considerando que los poetas españoles, con unas cuantas excepciones, no son nada prolíficos.

En alguna parte, y a propósito del libro de Luis Cernuda, dijo Benjamín Jarnés lo siguiente, que nos parece lo mejor que sobre *La realidad y el deseo* se ha escrito:

Luis Cernuda aparece ya súbitamente alzado en la historia literaria española como uno de los más firmes jalones. No se podrá cruzar por ella sin detenerse ante él. Su verso adquiere transparencias desconcertantes, desnudeces angustiosas. Un hombre cuyo sentido del amor ha de discrepar rotundamente del de muchos lectores se nos brinda en espectáculo —repito— angustioso. Y la expresión de esta acongojada intimidad no puede ser —dentro de su desnudez— más refinadamente poética. Atenido a los elementos esenciales —el agua, el aire, la llama, el viento— Cernuda extrae de ellos, con una magistral sencillez, las más luminosas imágenes. Pero su voz alumbraba penosas larvas de deseos, gérmenes sombríos de vida subterránea, monstruosa, agudamente triste. En lo más hondo se agita un montón de existencias fracasadas, de titanes mutilados, de enormes pájaros sin alas, que ya reptan, puesto que se ven condenados a no volar.

Y en los versos de Cernuda aparece el amor, con su escolta de resonantes deseos nunca ocultados: “Que ruido tan triste el que hacen dos cuerpos que se aman. / Parece como el viento que se mece en otoño”; o “Viértete, viértete sobre mis deseos, / ahórcame en tus brazos tan jóvenes, / que con la vista ahogada, con la voz última que aún abran mis labios, / diré amargamente cómo te amo”. Nada menos que una lección de vida, sombría si se quiere, pero vida, es la dada por el poeta en su libro. Porque tiene las cosas heroicas necesarias, las soledades poseedoras, las fragilidades inevitables. ¿Y qué cuando habla de “las gracias vagabundas de abril”? ¿Qué otra cosa es sino la gracia aburrida del poeta que ya ha adquirido su parte de mundo y sólo, en lo más profundo de su delirio, se dedica a llenar la soledad de los demás hombres con tristes, alegres, prudentes, experimentadas o amargas verdades?

53. El mundo del quebranto⁴⁶

Siempre necesitan los hombres que alguien venga a descubrirles mundos, lugares, situaciones ignoradas o apenas presentidas. No tienen valor ni iniciativa para localizarlos, como si la aventura no fuese por muchos motivos la palanca que los ha movido por todos los siglos. Se duermen, es lo más frecuente y triste, a la sombra de los laureles ajenos, soñando en lo que podrían hacer y no hacen por falta de energías y estímulo. ¿O no han tenido, diríamos, “chances”, o por qué aventurarse hacia rumbos desconocidos que a la mejor les resultan mortales? ¿Es que la llegada a un sitio desconocido no tiene todo el poder magnético indispensable para mover curiosidades, inteligencias y mover a los corazones al ritmo de la inquietud? Pero, otra pregunta, ¿a qué aventurarnos también nosotros por el mundo de las preguntas que no tendrán otra respuesta que el alzarse de hombros del interrogado, o el sonreír cariacontecido del vago mental?

Mejor será que entremos en materia. Y la materia será un mundo raro, nebuloso, en el cual el misterio es ignorado y las pasiones nacen al amparo de los deseos rotos por la raíz. Y más: quien nos ha descubierto ese mundo de penas y esclavitud desastrosa es apenas un joven. Un joven que, como Carlos Marx a su edad, escribe versos a su Jenny y manifiestos de lucha a sus camaradas. Hablamos de José Revueltas, hoy por hoy desempeñando comisiones en las lejanas, amables tierras de Yucatán, donde es seguro que no la pasa mal charlando sobre literatura con Ricardo Cortés Tamayo.

Este José Revueltas es muchos hombres a la vez y un solo revolucionario. Ágil —tiene mucho de ave del altiplano—, siempre despierto, sonriente y amigable, ha encontrado por ahí en las cosas que trajera de la Unión Soviética⁴⁷ un nuevo poema de Maiakovski, o se lanza a releer las páginas de *La montaña mágica* que tiene la tierna y científica declaración de amor de Hans Castorp a Madame Chauchat,⁴⁸ para seguir al rato hablándonos de la última composición de su hermano Silvestre,⁴⁹ de los dibujos apasionados de Raúl Anguiano,⁵⁰ de los insoportables jóvenes argentinos que trató en Moscú y, por fin, de sí mismo, mal y desconfiadamente. Está descontento de las poesías que no le permiten publicar,⁵¹ un poco satisfecho de los libros que lee —él nos descubrió el bellísimo *Libro de San Michel*—⁵² y en exceso intrigado con este relato, *El quebranto*, que con deliciosa timidez ha puesto en nuestras manos.⁵³

En *El quebranto*, Revueltas nos obliga a entrar en el mundo más doloroso y terrible que existe, si descontamos ciertos penales: los campos de concentración de Alemania y los barcos de muertos. Entramos en un reformatorio para varones, que sí los hay, aunque los niños ricos y sus mamás lo ignoren. No es otra cosa que densa niebla de rutina, repulsivo vaho de monotonía y perversidad, aliento de esclavitud y cinismo, siempre detonante cinismo, lo que se respira en las puertas y en el interior de los reformatorios, o como quiera llamárseles, que el ambiente es el mismo y a todos se llega por idéntica vía. En los reformatorios el joven queda partido por la mitad, para toda la vida incompleto,

con un trozo mínimo de espíritu, media sonrisa y un solo ojo para no ver más que el color gris. Y un solo sentimiento de desprecio, ese desprecio que a la larga se convertirá en muro inconmovible. La libertad, la alegría y las jovencitas que ríen en flor han quedado en el otro mundo. Porque el que hoy visitamos es el del quebranto. Entremos a él con Cristóbal, un joven, no como cualquiera otro, sino como un hombrecito sensible y espiritual.

Primero, la luz insinuante contra la inerte opacidad “que nos tiñe la carne de cosas inexpresables”. Se llega a un lugar de negación. Lugares de negación son los hospitales, los manicomios, los orfanatorios y las cárceles. Todo aquí es de una tristeza descarada. Todo aquí está regido por un formulismo de hielo mortal. Cristóbal sabe que está viviendo graves momentos, tiene en la mirada un poco de fiebre. Está detenido frente al primer verdugo del reformatorio. No se le escapará un solo sollozo. Quizá está melancólico, pero con “una melancolía burda, grosera, sin consideraciones. Posiblemente esa melancolía que hay en los manicomios, que es una melancolía llena de aberraciones, de anormalidades e indecencias”. Un grupo de muchachos le está observando majaderamente. Cristóbal está rebelde. Su dolor, su impotencia y su rabia son inconmensurables. Le insultan con todas las procacidades habidas y por haber.

Aquellas pequeñas bestias, guiadas por ese espíritu indecoroso al cual no se podía acostumbrar aún Cristóbal, empezaron a silbarle en esa forma particular en que se silba a las prostitutas. Obedeciendo a un impulso inexplicable, que en modo alguno podía ser el silbido, sino probablemente el otro extremo de la humillación y cólera que hacía unos momentos, extremo constituido por cierta curiosidad subconsciente y que el silbido había podido sacar a flote. Cristóbal volvió bruscamente la cara como si obedeciera al llamado. Las gesticulaciones y los aspavientos obscenos acrecieron entonces con mayor ímpetu todavía.

Frases sueltas y un trozo expresivo hemos transcrito apenas de *El quebranto*. Lo que en el mundo del quebranto se desarrolla —¿qué, esto parece cinta episódica?— no tenemos por qué descubrirlo nosotros. Revueltas lo ha hecho ya en forma sorprendente. Conózcase la obra y, sobre todo, conózcase al autor. Una y otro son la verdad con la pura piel sobre la carne, los huesos y la red arterial.

54. Fiesta del surrealismo⁵⁴

Con la sonrisa cordial siempre lista, el excelente fotógrafo Emilio Amero⁵⁵ nos advirtió que ya venía a México *El perro andaluz*, filme de Salvador Dalí y fotografía de Luis Buñuel;⁵⁶ después, que ya estaba aquí y que pronto lo proyectarían. Y lo presentaron, escapado por quién sabe cuál milagro de las garras de la censura, entre la sorpresa mal disimulada de numeroso público.

Aquello constituyó una verdadera fiesta, o mejor una *fiesta*. Un concienzudo profesional de la crónica diría que en la sala de conferencias del Palacio de las Bellas Artes no cabía la cabeza de un alfiler, así de cargada estaba la atmósfera de talento, pedantería y honrada curiosidad. Los cafés para la gente de letras se despoblaron; las dos docenas de poetas y las tres de poetitas brillaban; no faltó la poetisa tan parecida a Gabriela Mistral cuando joven, ni la otra, de quien dicen las lenguas cuadrículadas que es maravillosamente horrenda; estaban también, impertinentes como siempre, cinco universitarios de riguroso luto, como si fuesen las cuñadas de *Bodas de sangre*;⁵⁷ y un andaluz auténtico llegó a ver de qué se trataba. En fin, que los mármoles, no mentimos, se cuarteaban de pavor, asombro y piedad. ¿Qué va a pasar aquí, se preguntaban, con tanto señor, medio señor y señoras intelectuales? ¿Qué clase de bicho raro será ese *perro* de que tanto se habla? ¡Oh, mármoles ingenuos...! ¿Cómo sabéis que “el sentimiento de culpa no está lejano”, que dijera, para llegar al grano, el surrealista que nos visita?⁵⁸ Pero sí, no lo ignoráis; tenéis la misteriosa sabiduría de lo frío y “marmóreo”, además del grande, universal secreto para producir temblores de tierra. Sólo podéis conjugar: yo sueño, tú sueñas, él sueña, etc. Y permanecéis tranquilos.

Aparece Chaplin, con veinte años a cuestas. Es *Armas al hombro*, una comedia que es todo un monumento, llevándose las más sanas carcajadas de la temporada. Todo mundo —oh, sombrío mundo intelectual de México, cuya consigna acomodaticia es “no comprometerse nunca”—, todo mundo ríe, ríe sin pecado, sincera, apasionadamente, sin posturas, como si estuviese en el cine. Ríe, momento culminante, cuando Chaplin, hambriento soldado de las trincheras, se come el queso de la ratonera, tragedia comparable únicamente a la danza de los panecillos.⁵⁹ Ríen los intelectuales mexicanos —pintores, ensayistas, pensadores que hacen deporte en bicicleta, poetas de juegos florales—, cuando Chaplin maneja la ametralladora, cara a Napoleón III, y desafortunada para sus soldados en derrota. Ríen los hombres que parlotean el francés y dan clases en la lengua del “buen vecino” a norteamericanas otoñales.⁶⁰ Ríen las *vedettes*, triunfadoras, mostrando en vez de pintureros pañuelos, albos poemas en la solapa y camisas silenciosas, cuando no violetas en el sitio donde los demás llevamos la corbata, o calcetines rayados, según el más reciente alarido de la revista *Esquina*. Pero ríen ignorantes del sentido trágico de la comedia, Chaplin, una vez más, ha triunfado, convertido en dantesca encina y golpeando a la pedante oficialidad germana. Una victoria del genio siempre renovándose.

Luego, aparecen André Breton y su cabellera. Pronuncia varios lugares comunes sobre el surrealismo —¿por qué el surrealismo no había de tener también lugares comunes?— y se lanza al rato contra el cambio de título de *La edad de oro*, que hoy se llama “En las aguas heladas del cálculo egoísta”, denostando hábilmente al Partido Comunista Español y al pobre de Luis Buñuel, “sometido” a las contraseñas de una Internacional que no es la que tiene su sede en Coyoacán, pintoresca villa cercana a la ciudad

de México.⁶¹ Pero, M. Breton, ¿por qué no es usted más discreto? El nuevo título de *La edad de oro* no es tan cruel como quiere usted hacernos creer. Recordemos el párrafo del *Manifiesto comunista*:

La burguesía ha jugado en la Historia un papel altamente revolucionario. Allí donde ha conquistado el poder ha pisoteado las relaciones feudales, patriarcales e idílicas. Todas las ligaduras feudales que ataban al hombre a sus “superiores naturales” las ha quebrantado sin piedad para no dejar subsistir otro vínculo entre hombre y hombre que el frío interés, el duro pago al contado. Ha ahogado el éxtasis religioso, el entusiasmo caballeresco, el sentimentalismo del pequeño burgués, en las aguas heladas del cálculo egoísta. Ha hecho de la dignidad personal un simple valor de cambio.

Una noble, certera, descarnada crítica de la burguesía. Como descarnada, certera y noble es la crítica de Dalí y Buñuel en sus filmes. Ahora bien, confesamos que no nos inquieta su simpatía por el anciano protegido de Diego Rivera; León Trotski es también, en su género, un surrealista. Sí sentimos, en compensación, un poco de pesar, porque su talento, su posible “aerodinamismo moral”, su excelente y mal comprendida poesía y su magnífica prosa —hemos oído a los conocedores decir que el francés de usted, M. Breton, es el más bien escrito del mundo— se merecen mucho, muchísimo más. No podemos creer que usted se sienta muy halagado cuando le llaman “marxista puro”.⁶²

Y final. *El perro andaluz*, acerca del cual Luis Buñuel escribió: “Un filme sensacional”, esto es lo que piensa la inmensa mayoría del público que ha visto la película. ¿Qué podemos hacer para contradecir a estos adictos de la novedad, de cualquier novedad, aunque ésta lastime sus más íntimas convicciones? Este público imbécil califica de “maravilloso” y “poético” este filme que, en realidad, es sólo una pasional “invitación desesperada a perpetrar asesinatos.” Y lo escrito por Cardoza y Aragón: “La poesía es la única prueba concreta de la existencia del hombre. Y *El perro andaluz*, además de ser una invitación al crimen es una prueba irrefutable de la existencia de la poesía”.⁶³ Una película crispante, en suma, todavía aceptable, bien que con dificultades, que finaliza con dos exquisitas palabras: *Au printemps*, decidida cortesía para la ciudad y la noche. Salimos al mundo primaveral. En un prado de la Alameda Central, con las pupilas rotas y el desengaño a cuestas, un modesto perrillo nacional ladra soezmente a la luna.⁶⁴

55. Recuerdos a la bien plantada⁶⁵

López Velarde dijo de una mujer que era “alta como una buena intención”. Se trataba, con seguridad, de la paisana suya de oreja breve y largas arracadas, misma que salía

del baño “con las puntas de la cabellera goteando constelaciones”.⁶⁶ Teresa, catalana, llamada la Bien Plantada, en vía paralela, también es alta, y tanto, que “más altos que ella ya no hay sino el cielo y la noche”.⁶⁷ Noche y cielo contagiándola de su poder dominador, absolutista, íntegro y leal sobre los hombres que tienen la fortuna de contemplarla y de ser sus discípulos. Todo en torno a ella es cálido, maravilloso, sutil y bello. Simboliza, al igual que el tiempo veraniego, la azul caricia del Mediterráneo. Es una mujer por la cual se podrían poner las manos en la lumbre. Una perfecta criatura de Cataluña.

Para hablar de la figura y externas condiciones de la Bien Plantada, el glosador Xenius prefiere no cantar nada, no exaltar nada, no mezclar nada, y sí gusta de darnos los detalles exactos, abnegada medida que nos recuerda aquella descripción de una mujer que leímos hace bastante tiempo en un cuento indio, “Gomini”: todos los miembros de esta muchacha tienen la medida justa. No hay ninguno que sea demasiado fuerte o demasiado débil, demasiado corto o demasiado largo. Ninguna mancha enturbia la limpieza de su tez. En sus manos hay una porción de líneas felices: el grano de cebada, el pez, la flor de loto, el jarro y muchas más. Las palmas de las manos y de los dedos son rosados. Las articulaciones de los pies y rodillas vienen en suave transición. Los pies no son secos y en ellos no se perciben los tendones. Las pantorrillas están redondeadas suavemente. Las rodillas no son salientes, sino que se hunden en los muslos carnosos. Las caderas forman un círculo perfecto, bien repartido, simétrico y gracioso. Deliciosa es la parte que rodea al ombligo profundo, que se retira un poco. El vientre está limitado en la parte superior por tres graciosas arruguillas. Todo el espacio de su pecho está ocupado por los dos pechos de magnífico desarrollo en su arranque, y coronados por los pezones salientes; sus brazos son esbeltos y extraordinariamente delicados; y las palmas de las manos están adornadas con líneas que son augurio de dinero, grano y numerosa descendencia masculina. Sus uñas son como perlas, lisas y brillantes, bellamente encorvadas y suaves. Sus dedos son rectos, armónicamente y redondeados y rosados, y los hombros se hunden por ambos lados. Su nuca adorable y delicada tiene una redondez de concha. Su rostro parece una flor de loto. Sus labios son redondos y rojos y, en el centro, están claramente separados uno de otro; la graciosa barbilla no es demasiado pequeña; las mejillas son tensas y están justamente llenas. Sus cejas son como dos enredaderas; no se juntan en el centro, tienen una curva suave, son negras y lisas. Su nariz parece un brote de sésamo que aún no se ha abierto del todo. Sus ojos son alargados y brillan con un resplandor admirable; son negros en las niñas, blancos en derredor y en los ángulos, rojos; y no miran inquietos a uno y otro lado. Su hermosa frente semeja una media luna y le sirven de marco unos rizos que, en su belleza, parecen una diadema de zafiros. Sus lindas orejas cuelgan graciosamente como dos flores de loto marchitas. Su abundante cabello perfumado no es exageradamente ondulado y no muestra ningún brillo rojizo, ni aún en las puntas,

sino que en toda su enorme largura es liso y negro, por la calidad natural de cada uno de los pelos.

Más *details exact*,⁶⁸ mejor minuciosidad, solamente en las majestuosas, estatuarias medidas de Teresa proporcionadas por el viejo glosador Eugenio D'Ors, quien, al descubrirnos el movimiento y los ojos de la Bien Plantada asegura que “no puede decir más, por lo de no querer salir de una economía estrecha, que si el movimiento de la Bien Plantada es presidido por la música, la gracia de sus ojos debe caer bajo la competencia y jurisdicción de Urania, musa de la astronomía”, y a las pocas páginas, como si no bastase el fervor, nuevas y sorprendentes revelaciones: “las pestañas tejen sobre los ojos una dulce sombra, como la que proyecta sobre los mapas terrestres la jarcia tranquila de los meridianos y paralelos.”

En deliciosa síntesis, una doncella que sólo tiene en redor ensueño y ordenación, mas nunca desorden ni tormentas. Un símbolo de disciplina y austeridad; un ejemplo de sencilla delicadeza y obediencia a los claros designios de la fraternidad. ¡Qué enseñanzas las de la Bien Plantada! No en vano el glosador se detiene un momento y, francamente gozoso, exclama:

¡Si a esta escuela de la Bien Plantada acudieran las generaciones a ganar en serenidad, a curar de romanticismos, a salvarse de mentiras, a captar estilo y normas de belleza y buen vivir, y ante ella abjurasen todos de los pasados errores; y los ciudadanos, los poetas, los artistas, los arquitectos, los políticos, los negociantes, los maestros de escuela supieran desde el instante aquel infundir en las obras suyas y en su acción un poco del espíritu de esta inefable y profunda enseñanza!

Y entonces, amar a la Bien Plantada es encontrar el equilibrio, la medida y la concordia. Es amar la vida, pero con templadas convicciones. Amar lo que de noble, cordial y estimulante tiene la vida. No por otra razón la Bien Plantada es catalana. En ella vive, enérgica y peleadora, la *raza*, substanciosa, categórica y fina. No en vano, entre el ruido de la metralla, al lado de las gentes de Cataluña, está ella, “porque las mujeres son los palpitantes canales por donde llega a lo futuro la sangre ancestral y toda su gracia infinita”. Y aún más: cuando el odio amarillo contrahace con sus dedos venenosos las libertades de un pueblo que ha dado soberbios frutos, porque buena savia tiene, esta Teresa siempre florecida da “una lección de catalanidad eterna, de tradición, de patriotismo mediterráneo, de espíritu clásico”. Y siendo ella tan pueblo —tan esencial y fielmente pueblo—, siendo tan Bien Plantada como un árbol de poderosas raíces, la horrenda hipótesis traidora de que sea arrancada de cuajo desaparece para siempre, dando paso a la claridad y al frescor del triunfo.

¡Recuerdos a ti, profesora de vida, doctora en armonía!

56. La revolución agredida⁶⁹

Aquel que se une a la revolución corre su misma suerte, pues que ha vivido y sentido por ella, únicamente y solamente a través de ella, amándola sobre todas las cosas, considerándola, no como simple anécdota, sino como firme indestructible categoría; aquel que, en las preciosas mareas de la revolución, compone música, escribe manifiestos, hacer labor literaria o es un sencillo militante, ya puede estar seguro de haber hecho lo más alto y digno bajo el sol.

Por eso pensamos que quien, en la forma más incongruente y anormal, se subleva contra el movimiento ascensional de la revolución mexicana, jamás estuvo hermanado con ella en pensamiento ni en obra, y sí permaneció expectante aguardando el momento de intranquilizar, traicionando, rebajándose al nivel de cualquier cuchillero de barriada que espera a su víctima agazapado en un rincón.⁷⁰ Ambos, el traidor que huye por la sierra y el criminal que agrede por la espalda, no pueden merecer otra cosa que nuestra más apasionada condenación, sin dejar ésta de llegar también al rostro de los que torpemente propalan alarmas.

La revolución —y aquí deseamos aprovechar ideas de un camarada lejano—, no se alimenta de principios turbios ni canallescos. Ella, tan alta, tan cercana, pide a los hombres férreas convicciones, desea en sus entrañas algo más que frágil entusiasmo. La revolución es nuestra vida, y quien se cuela a la vida —a la Revolución— sin convicciones adquiridas a fuerza de estudio, es un mentecato. La vida, al igual que la revolución, es altiva, orgullosa, porque siempre tiene valor para presentar el pecho. De aquí que los traidores imaginen que van a dar infaliblemente en el blanco. Pero, no siendo la puntería ningún refugio de renegados, pueden fallar, además, porque les pesa que ya sumen millones los que trabajen por México a ritmo de progreso, en movimiento acelerado, tanto en lo social como en lo político y económico. Se equivocan porque no saben expresarse más que como traidores y dinamiteros de trenes, y este es un lenguaje que el pueblo repudia y por el que la juventud no puede sino sentir positivas náuseas físicas.

En cambio, México ha sabido escuchar a su dirigente y ha llegado a sentir por él un claro insobornable respeto; nunca el país ha escuchado a ningún presidente como escucha al actual; antes, los mexicanos vivíamos en el bendito reino de la indiferencia, pero como todos los reinados acaban en la bancarrota, el fracaso del indiferentismo se palpó, se hizo visible hasta para los tornadizos derechistas en la manifestación popular del histórico 23 de marzo de 1938,⁷¹ sintiéndose ya apenas en el aire un lejano olor a ceniza; y muy seguros de que la revolución que expulsa a [Plutarco Elías] Calles por indeseable, expropia a las petulantes compañías petroleras⁷² y se muestra generosa con los conspiradores y con los vencidos es NUESTRA revolución, porque en su seno hay verdad y pureza, porque consideramos que su cauce es el nuestro y que ese cauce nos conducirá hasta el socialismo.

La revolución mexicana —citamos a José Revueltas— “nos quiere construyéndola, ayudándola en sus problemas”. Ayudar, crear, construir... no olvidaremos nunca su mensaje a la juventud, señor presidente: es obligación y tarea nuestra. Alarmar, mentir, sabotear y emboscarse se conjugan en un solo verbo: traicionar. Lanzarse a una “rebelión” como lo ha hecho ese cosaco de San Luis Potosí, no significa otra cosa que demostrar de una vez por todas lo que siempre se fue: un antipatriota y un contrarevolucionario. Y si a lo anterior —¡como si no bastasen esos dos epítetos!— se agrega la vil conexión con intereses de países extraños a nuestra democracia.⁷³ El asunto es de una claridad meridiana: por muy potosino que se sea, lo descartado nadie podrá quitárselo. (Ya podemos, como los heroicos hermanos españoles, servir un plato de sangre de Almería a Francisco Franco, y ofrecer al cosaco traidor un plato de sangre ferrocarrilera.)

Defender a México de las agresiones internas y enfermas es una manifestación del disciplinado sentido que tenemos de la Revolución, y la esperanza en días de actividad económica sin perturbaciones que sólo avergüenzan a quienes la provocan.

57. Arturo Serrano Plaja (I)⁷⁴

En alguna página de sus *Vísperas de España*,⁷⁵ Alfonso Reyes habla de “la invasión napoleónica, que hizo sacar a España el pecho”, frase cuya aplicación en el actual momento es, más que certera, justa. La invasión italiana, alemana, marroquí, portuguesa, etcétera, ha hecho que España saque briosamente el pecho. Un metálico, vigoroso pecho nutrido con entusiasmo, sangre y poder juvenil. Porque, no cabe duda, la acometida es durísima, y más, despiadada y sostenida a fuerza de desafíos y humillaciones a las naciones que podrían intervenir de manera decisiva en el ya largo conflicto. Los dos cavernícolas tristemente célebres no se paran en medidas: pues que se juegan su fúnebre prestigio de valentones, tienen que ser desprendidos, derrochadores, aunque sus aeroplanos de guerra vuelen despeinando la cabellera de la gentil y tornadiza Mariana,⁷⁶ hundan a cada rato barcos mercantes de la Pálida Albión o devasten las bellas ciudades españolas del Mediterráneo. La política bestial de los irruptores es así.

Pero a las maniobras de los selváticos se ha venido oponiendo una cosa, a más de rara, desconocida entre los hombres del *fascio*, que se llama heroísmo, amor al suelo patrio, tenacidad en el combate por la cultura o, nada más, hombría, virilidad. España ha sacado el pecho. El asturiano, vasco, catalán, andaluz y castellano pecho. Y dentro de él, un corazón de gigante mitológico: Madrid, defendido por una sangre batalladora, inteligente y artista: la de sus escritores, la de sus poetas. A esa sangre voluntariosa, como si fuese un redondo, agitado glóbulo rojo, pertenece Arturo Serrano Plaja, poeta

cuya juventud ha sido y es para nosotros los hispanoamericanos de una monumental ejemplaridad.⁷⁷

Arturo Serrano Plaja —edad, veintiocho años—, antes de la guerra, había publicado *Sombra indecisa* (Hoja literaria, 1934, Madrid), con poemas de una suave elocuencia profética y una gran corrección. Poemas de un delicioso sabor clásico y un profundo, invariable sentimiento de odio. Un grupo de bellos poemas que nos lo entregaron totalmente, para no perderlo nunca, para que no nos lo mate la barbarie. Del poema “Alma en silencio” —tenemos a la vista las hojas literarias que en 1933 redactaba Serrano Plaja en compañía de [Enrique] Azcoaga y [Antonio] Sánchez Barbudo—,⁷⁸ poema de “paz y sosiego inesperados”, tomamos la byroniana estrofa final:

Abundantes y cálidas las lágrimas
correrán si al fin no se han secado,
y será el día de la cándida mañana,
llanto, puro llanto y tristeza.
Y la quietud sosegada de las almas
como el nimio, solitario sendero,
que cruza, en silencio de inquietudes,
la caída de la tarde blanda.

Una noble, lenta vibración la de “este breve y triste libro”, tan triste como si un alma amiga supiese la tristeza del poeta, que dice serlo “porque no estudio el misterio del llanto”. Pero nosotros sabemos que sí lo estudiaba, reclinado sin piedad sobre la angustia, sobre la nostalgia; sin burlas ni compasiones, sólo señalando al alzar los ojos:

¡Porque ha llegado la hora del odio
y vamos a caer, los unos al lado de los otros,
muertos, confundidos!

Y es que el poeta no puede ignorar nada. Condenado está de por vida y muerte a conocerlo todo: los horizontes inflamados, alguna vida clamando por el mar o las llanuras, lo silencioso, el amor y la tristeza, las navegables lágrimas —“salid, salid sin duelo lágrimas corriendo”—,⁷⁹ todas las fronteras, hoscas o risueñas; el más apartado cauce por donde deben correr los misterios, las ternuras, las sinceridades. Al poeta, no preguntarle nada. No se nos diga que es una seca consigna ni una mezquina súplica. La sabiduría nace del caos, de las tinieblas, que es donde viven los contadores de estrellas, o poetas. *Sombra Indecisa* es todo lo que se quiera, todo lo que no se pueda escribir por eso de desconsolador que es no alcanzar nunca una mínima esperanza.

58. Arturo Serrano Plaja (II)⁸⁰

El tiempo para el poeta es una voz inextinguible a la cual hay que oír en todo momento. El tiempo es como un temblor de alas ardientes que nunca cesan de agitarse. Y más cuando circunstancias dolorosas lo afirman. Entonces la obra poética surge y se desborda vertiginosamente, en forma de máxima energía. Es cuando el artista va enfrentando a los acontecimientos universales, se pone lívido de espanto, de alegría, de estremecimientos. Se convierte en un rebelde. Al antiguo odio desordenado, a la inútil y cansada ira, a la tristeza en vano y a las arrebatadas lágrimas de una tristeza que se derrumba, se superpone la juventud en busca de los brazos abiertos de la revolución. Atrás ha quedado la guerra civil sostenida en el interior del poeta. El sitio del corazón pertenece sinceramente, a todo lo que de varonil y vivísimo contiene el hecho revolucionario. Se presiente, se sabe, después de leer *Destierro infinito* (Ediciones Héroe, Madrid, 1936) que Arturo Serrano Plaja tendrá que llegar por ese camino a escribir su *Canto a la libertad*.

En la trayectoria poética de Serrano Plaja, *Destierro infinito* es un pequeño, casi anárquico libro de transición. Y si la transición es la edad amarga de los poetas, fácil es deducir que este libro es el más responsable, si no el más valioso en cierto sentido vital, de la obra del poeta español. No tiene, ya no puede —¿ni debe?— tener aquel estilo casi quejumbroso de lamentación juvenil que encontramos en su primer libro. Allá, Bécquer, Byron, Juan Ramón Jiménez; aquí, un sólo epígrafe: “Je sais que la douleur est la noblesse unique” de Charles Baudelaire. ¿Que raras veces es una guía el epígrafe? Pues al menos en *Destierro infinito* sí lo es, y bien apuntado. Los títulos de los poemas son, en la obra de Serrano Plaja, verdaderos hallazgos, y dan claramente razón a los epígrafes. En cuanto al contenido, ya veremos. “Oh mi sangre infalible”, “Destierro infinito”, “Presagio de la tierra” y “Elegía (Aída Lafuente, 13 de octubre de 1934)”, son los cuatro poemas que integran el pequeño libro. De ellos, el más rico, el más entrañable es el tercero.

El primer poema es amor, exaltado amor y lento, desesperado grito a la sangre que espera, belicosa o sonriente, a la amada. A la más inevitable de las amadas, cuyo sólo nombre levanta el “clamor insaciable de la estepa y los mares”:

Cómo espero a mi amada, oh varones del Sur
taciturnos alcaldes, cómo busco a mi amada
por las azules calles de vuestros municipios,
por las plazas azules de los ayuntamientos
busco, aurora, a mi amada,
por las altas ciudades pobladas de silencio
y por mi amargo lecho derrumbado
sin la cifra precisa de su temperatura.

Y todo para organizar espléndida bienvenida a la salvadora del poeta.

El poema que da su nombre al libro es un macizo de misteriosísimos alejandrinos. “Destierro infinito”, fuga suprema, iluminado paisaje con elementos de permanente secreto: los muertos impacientes, el corazón, las venas y el cielo en fatal desgarramiento, la tristeza y los astros, una mano crispada y las horas, “un labio que pronuncia la primera palabra”, los sepulcros, el viento lejano, un nudo fantasma con forma de paloma, “o pájaros sin aire para batir las alas”, “el amor, otras voces, y un sepulcro sincero”.

“Presagio de la tierra” es el más hondo poema. Es como un caliente embudo en el libro, a los pies del poeta. (“Cuando se milagriza una cosa es de aquel que la milagriza”, dijo por ahí alguien.) O mejor, “un surco profundo de llanto contenido”. Porque no hay nada más firme, ni más áspero, ni más dominador y eterno que la Tierra. Ella, inviolable, es el único “sincero testimonio del hombre”. El resto, si palpita, es un montón de huesos calcinados. “Presagio de la tierra” es un excelente poema, al mismo tiempo que una dolorosa invitación a vivir.

La “Elegía” a la heroína asturiana Libertaria, o Aída, Lafuente, posee, con su fiebre y su pesadumbre eso que el mismo Serrano Plaja llama “el más puro prestigio frenético del llanto”. Es un gran poema, sin duda. Nosotros, que también sufrimos con el suplicio y muerte de aquella joven camarada, sabemos que, si la llamamos, nada sino un vibrante ejemplo nos contestará. “Nada. Solamente el silencio / responde con su voz irrevocable.”

59. Rehabilitación de las palomas⁸¹

Rehabilitar quiere decir restituir una persona o cosa a su antiguo estado; reivindicar significa que uno recupera, por motivos de dominio, lo que le pertenece. Y si, pues creemos que las palomas son reivindicables, reivindicémoslas. Se lo merecen. ¿Qué culpa tiene la raza, con todas sus variedades y castas, del descarrío loco de unas cuantas?

Pero no se crea que sólo a las aves nos referiremos. Piénsese que también hablamos de los hombres apacibles y quietos como tórtolas; de la constelación titulada Paloma; de ciertas ondas espumosas que se forman en el mar cuando empieza a soplar viento fresco, frágiles enemigas de los llamados “burros”;⁸² y hasta de las mariposas nocturnas o *palomi-llas*; de los palominos y los palomos, vocablo éste último con cinco y seis significados, entre los cuales hallamos el siguiente: “el que con arrullos y caricias lleva las palomas ajenas al palomar propio”. Preguntamos, por último, si no es de justicia recobrar lo que nos pertenece, aquello de que somos dueños desde la infancia transcurrida en grandes patios provincianos —geranios, malvas, helechos, “rudas”—, a la sombra de los campañarios del cálido Bajío. No hay razón para denigrarlas, a las muy zureadoras, por el desliz de una inconstante parvada.

Amigos, perdonadnos, pero tiene la palabra la Poesía.

A los maricas, además de “madres de lodo” y “enemigos sin sueño del amor que reparte coronas de alegría”, les llamó García Lorca, en un bello momento de guerra sin cuartel, “asesinos de palomas”.⁸³ El granadino tuvo, sigue teniendo, razón. En sus versos, con gran frecuencia, aparecen palomas desnudas enfrentándose a crueles águilas de mármol con el carnicero pico en el cielo y la cola en la sepultura. Palomas victoriosas, sonando, zureando en la suavidad de las canciones y en el vienteillo de las baladillas, entre las rosas morenas de los romances y las despavoridas, desesperadas, sapientísimas barbas de ese buen señor con cucharas en las manos que se llama el Rey de Harlem.⁸⁴ (Pero este Rey está loco: le tiene rencor al Hudson, se divierte puerilmente con los cocodrilos y los monos en tanto que los negros, sus hermanos, lloran confundidos disfrazados de conserjes o mozos de *pullman*, construyen caminos en Georgia y a puñetazos y velocidad —[Jesse] Owens, Joe Louis—, con ímpetus que maravillan, se abren paso a través de la muchedumbre que bebe rubio whisky. “Entonces, negros, entonces, entonces...”.) Pero, ¿habitarán palomas en Harlem? Tenemos referencias de otros sitios en que no faltan, por ejemplo, en la Estatua de la Libertad, a la entrada del “puerto del planeta”, donde las palomas hallan, quizás, tranquilo refugio; a lo largo de los muelles, despidiendo a los transatlánticos que pelean por el cordón azul, como gentiles competidoras, jamás rivales, de las agilísimas y malhadadas gaviotas; en el Central Park, vivitas, animadoras, dóciles como cervatillos de parque nacional; y en la Biblioteca Pública, inquisitivas, sabias, nunca pedantes. ¡Qué alegría!, y qué dolor cuando se sabe que

Todos los días se matan en Nueva York
cuatro millones de patos,
cinco millones de cerdos,
DOS MIL PALOMAS PARA EL GUSTO DE LOS AGONIZANTES,
un millón de vacas,
un millón de corderos
y dos millones de gallos,
que dejan los cielos hechos añicos.

¿No es deprimente todo eso? Ah, palomas de esa ciudad que tiene “contrato para reorganizar el infierno”, cualquiera creería que no cabéis en ella, cuando en realidad sois dueñas de grande y preciosa parte de su vida. Nosotros quisiéramos hablar tan alto como los arañacielos (“Las nubes son los pájaros / y el sol el palomar”, escribió Gerardo Diego), para deciros nuestra muy mexicana admiración y nuestro desinteresado respeto.

Nunca hemos perdido de vista lo extraordinario que es volar. Volar como la imaginación vuela, palomas yanquis. Vuestras paisanas del Anáhuac desconocen los *docks*, la

estrecha, funeral Wall Street, la náufraga —por lo menos en un dibujo del pintor David Alfaro Siqueiros— Estatua de la Libertad, la gran Biblioteca Pública y el Central Park. Conocen, las muy sedentarias, tanto de Nueva York como nosotros, o sea, todo lo que el cinematógrafo, los servicios internacionales de información gráfica y las tarjetas postales —éstas aún no muertas del todo— nos han mostrado generosamente. Poco es, ya lo sabemos. Pero la imaginación, como el poeta surrealista, tiene sus bien fundadas razones. Y entonces tendríamos que lanzarnos, dando lírico traspiés, a Venecia (¡qué remedio!) a las lúbricas palomas del Louvre, a Constantinopla, a Kingston, al lado de los huelguistas pisoteados, a La Habana, a Río, a Pernambuco, etcétera. En cada selva, en cada ciudad habrá un grupo de palomas aguardándonos.

Y, se nos dirá, ¿las mexicanas? Ah, las mexicanas, tan cándidas y gozosas, meneadoras y coquetas. ¿Cómo las recordamos desprendiéndose de las cornisas conventuales, haciendo un murmullo de amor, melancolía y tedio! ¿Y de qué manera sus poetas las han cantado en relación con el pecho curvo de nuestras mujeres!⁸⁵ Y sufren, han sufrido. Nadie, ni acaso la buena intención de esta crónica-palomar las convencerá de su inocencia total. Las hemos visto enrojecer de pena. Pero ya van sabiendo que el *affaire* de unas pocas desmelenadas no las hiere en lo más mínimo. Están alzando el vuelo, las muy poéticas, de su mar de llanto. Es que no concebían la traición en su tribu, y la de sus “hermanas” potosinas les cayó como estación invernal insospechada y sin jardín de aclimatación a la vista.

Nosotros, para su rehabilitación, creemos haber puesto nuestros granos de maíz.

60. Henri Klotz en el Valle de México⁸⁶

El traído y llevado surrealismo, esa doctrina estética de tanta sencillez y de tanta confusión, tiene en su haber el nacimiento y desarrollo de ciertos tipos ejemplares, o prototipos, de los cuales se valen sus cada día menos abundantes partidarios para hacer más efectiva su labor apostólica. No nos referimos concretamente a ningún progenitor surrealista, ni tampoco cometeremos la torpeza de decir, por ejemplo: Ah, esa limitada novela, *Nadja*,⁸⁷ del diáfano y puro André Breton. Desde luego que no.

Por la razón sencilla de ser atacado sin descanso, el surrealismo ha llegado a convertirse en un lugar común, y no nos creemos en la obligación de citar tal o cual personaje: cualquier empleado de tercera de la secretaría que ustedes quieran podría, si se lo pidiese una comisión idónea de intelectuales mexicanos, dar amplias charlas sobre los dictados del pensar con ausencia de todo control ejercido por la razón, es decir, del automatismo psíquico puro. ¿Se entiende? Si no, aclararemos que nuestro rumbo se encaminaba de mostrar lo corriente que es ya el Surrealismo entre todos los hombres, a pesar de quererlo

tener guardado como oro en paño sus procreadores. La gran Revolución, en vez de hacerse añicos o enmohecerse en lo que pudo convertirse en su tumba, rebasó su cauce inundando con su maravilloso evangelio los humanos entendimientos, antes de su sagrado rocío, tan sedientos y desorientados.

Un prototipo surrealista, Henri Klotz, ocupará por hoy nuestra atención.⁸⁸ Que no se alarme la reacción por lo que vamos a escribir; la libertad de prensa, que otros confunden con la publicación de libelos, nos ampara. Además, la solvencia de la patria ideal de cuyo seno es hijo Klotz, sería, en dado caso de que nos procesaran, nuestra máxima defensa.

Henri Klotz es un joven pequeño burgués, estudiante de ciencias químicas, ex futbolista y, desde su llegada al mundo, incondicional apasionado del surrealismo. Buen chico, por lo demás, y muy sentimental cuando lo espían. Las malas lenguas —escribir la filosofía de la mala lengua es como una conminación—, que abundan en todas partes y se reproducen por millares, aseguran por su salvación que Henri Klotz es producto del talento creador de Ramón Gómez de la Serna. (Pensamos que, de haberlo conocido la deliciosa Minnie,⁸⁹ se habría suicidado en la primera mitad del segundo acto.) Habiendo vivido muchísimo tiempo desterrado de su país de origen, el dulcísimo suelo francés, acusado por autorizados alienistas de cometer punibles actos en contra de la santa moral y por propugnar, en tumultuosos mítines de franco carácter o matiz subversivo, la desaparición inmediata de la cortesía y del aburrimiento, pues considera que estas virtudes son contrarias al espíritu progresista del siglo xx. Nadie sabe dónde pasó los días, seguramente negros, de su destierro, siendo lo más seguro que las haya pasado en las profundidades desérticas del Sahara, o en el fondo del mar en busca de la piedra filosofal, o surrealistamente enamorado de una sirena veleidosa. Nada se sabe de cierto, repetimos, sobre el asunto de su exilio. Pero es el caso que hoy, cuando su recuerdo comenzaba a borrarse de la frágil memoria de los hombres, aparece en México, ante el jubiloso asombro de nuestro planetilla intelectual y de la sabida región más transparente del aire.

Henri Klotz, en consecuencia, es un viajero nada común. Apenas tiene días contados entre nosotros y ya el Valle está bajo su dominio, a merced de su juvenil impulso, pues según su propia confesión, no puede vivir tranquilo sin imaginarse, sin soñarse dueño, si no de todos los mares, continentes o constelaciones, sí de varios kilómetros a la redonda del suelo que sus pies de impaciente máximo pisan. No llegó a México por ninguna de las vías ordinarias; descendió con la primera lluvia de junio, goteando brillantes estrellitas, como cualquier Liliom.⁹⁰ Declaró venir directamente de una zona celeste donde todo es “atmosféricamente anonadador” y son desconocidos los actos de cortesía, de tedio, de disidencia y sabotaje; que ahí, en formula que a nosotros nos extrañó por lo poco original, “había pasado los mejores años de su vida”. A los periodistas díjoles venir a romper lanzas en defensa de *monsieur* André Breton, injustamente atacado, quizá por la envidia o la falta de capacidad compresiva de los tipos del altiplano patrio, o sea, del Anáhuac romántico y legendario. Que, con honradez que también

nos extrañó, habíase cumplido la profecía de su mismísimo padre, de Ramón el de las greguerías, que fue, según versión del propio Klotz, de esta guisa: “Quizá algún día quede solo sobre la cubierta Breton, aguantando el fuego de todas las escuadras”, lo que en regular romance significa que Gómez de la Serna pronosticó, señaló el momento solemne en que Breton se quedaría clamando en el desierto.⁹¹ Henri Klotz trae, pues, una honrosa misión: la defensa del incomprendido, del abandonado por la traición de sus antiguos cofrades de parto. Felicitémosle porque nos ha demostrado que todavía hay sobre la tierra, abnegación y fidelidad; y felicitémonos de poder contar —con los dedos naturalmente— a otro heroico surrealista. No todos los días nos es dada la dicha de palpar una existencia como la de este desmesuradamente rebelde Henri Klotz.

Pero, en vista de que los linotipos no esperan y esta crónica, por su importancia informativa tiene que ser dada a conocer sin más tardanza, suspendemos aquí la presentación de Klotz, prometiendo en cercano número de nuestro periódico dar detalles exactos de su labor reivindicadora.

61. Desventuras y suicidio de Henri Klotz⁹²

Triste misión la nuestra, de narrar con brevedad las desventuras y el inevitable suicidio de nuestro amigo Klotz. No quisiéramos hacerlo. Pero el deber informativo es mas fuerte que nuestra voluntad de no hacer nada. Hay deberes que se cumplen hasta con alegría; los hay que nos apasionan como si de amar se tratara; y se dan deberes que, por ineludibles, pesan como una tonelada de piedra sobre la conciencia. A estos últimos pertenece el de hoy. ¿Por qué, nos preguntamos angustiados, Henri Klotz sólo era conocido nuestro y ningún reportero le prestó el interés suficiente como para hacerse su amigo y no abandonarlo en sus tribulaciones? ¿Y por qué el afán de evitar escribir sobre seres desventurados y su muerte? No somos egoístas. Al contrario: más ampliamente ya no podemos obrar.

Pero es que Klotz, tipo caótico de la posguerra, si resucitase, nos reclamaría airado por no escribir acerca de sus últimos días. Y siendo los surrealistas como son, capaces hasta de tomarse en serio ellos mismos, mejor será que digamos, temerosamente, nuestras visiones finales de la vida del héroe. Aclaremos que ni de sus desventuras, ni de su estruendoso suicidio tenemos la culpa. También él, a su debida hora, se encontró solo en la cubierta de la lancha surrealista. No le salvó ni su contextura de habitante de las nubes, ni aun le dieron una mano quienes estaban obligados a dársela.

Henri Klotz, haciendo gala de su independencia, no se puso en contacto desde luego con M. Breton. Temía encontrarse con Diego Rivera y decirle que es, además de un “monstruo de inteligencia” (Elie Faure)⁹³ un caso extraordinario de *clownería*, dem-

ostrándose con la publicación *Choque*, en la que apareció un artículo del pintor de Coyacán, afirmando que el surrealismo es un arte de maricones. Klotz dejó correr el tiempo, pensando en mítines de calle y preparando manifiestos a la nación. Sí pensó encontrarse con Efrén Hernández, ya que en su *Breve historia de la literatura americana*, Luis Alberto Sánchez asegura que el autor de *El señor de Palo*⁹⁴ es un “joven escritor surrealista, autor de un cuaderno promisor, titulado *Tachas*,⁹⁵ solfeo de prosa joyciana”. Pero no encontró a Efrén, y, un tanto decepcionado, se echó a buscar prosélitos entre los habitantes de la Alameda Central, sitio en que se apareciera, una cruda noche de verano, el fantasma doloroso del Perro Andalúz. Y halló una docena de pioneros criollos del surrealismo, jóvenes dispuestos a emprender la cruzada reivindicadora. Unas cuantas inspiradas frases de Klotz y un regular almuerzo bastaron para convencerlos.

El primer mitin se llevó a cabo ante la impasibilidad del Benemérito Juárez, a quien los ángeles aún no acaban de coronar.⁹⁶ La cosa principió apaciblemente, hasta que nuestro moderno templario abordó las cuestiones fundamentales y espinosas del surrealismo. Entonces el desorden, como una porción de olas rebeldes, se hizo poco a poco dominador, no sólo del bien luminoso hemisferio, sino de toda la avenida. Fueron los setenta limpiabotas de la Alameda, con su prodigiosa intuición, los alborotadores. Los siseos y los gritos de reprobación alcanzaron tal poder, que los escasos mercenarios de Klotz aconsejaron a éste prudencia y siempre prudencia. Pero Klotz no escuchó los sabios consejos de sus alquilados, siguiendo fogosamente la exposición de la doctrina y lanzando centenas de salvazos intelectuales a los estultos desorientadores que sólo han visto en M. Breton un “chiflis”⁹⁷ y no llegan, en su ceguera, a percibir el carácter evangélico y noble del gran poeta francés.

Pero en un momento sublime, las dóricas columnas estriadas temblaron y agotóse la paciencia marmórea de los leones del monumento; un frío viento de tragedia sopló; las mujeres sufrieron un ataque de histeria agudísima y los hombres sintieron que habían perdido para siempre la facultad de soñar, y que de ahí en adelante serían como dice Platón que eran los habitantes de la Atlántida. Desencadenóse el huracán; la multitud curiosa y furiosa obligó a Henri Klotz y a sus ocasionales partidarios a huir. Lentamente, con esa lentitud guardiana del quebranto moral, se renovó la tranquilidad; los leones de mármol siguieron en reposo y las columnas apaciguáronse. Juárez el Impasible, continuó siéndolo.⁹⁸

Poco más tarde se supo que Klotz y su cuadrilla eran perseguidos por la policía. Las escenas que presenciamos fueron épicas. Los silbatos de los fieles guardianes del orden entremezclábanse con la desesperante sirena de los hombres del fuego, también partícipes en el filme. Las rotativas dieron a luz escandalosas extras, en que se hablaba del orden subvertido y perturbación de la paz pública; los bares y los cafés donde la intelectualidad se reúne se despoblaron; tembló oscilatoria y trepidatoriamente una vez más; los pegasos, aprovechándose de la confusión, emprendieron el ansiado vuelo; pasó

sobre la ciudad un hálito de sobrenaturalidad, como si los dioses del Olimpo protestaran por la agresión hecha a uno de sus más distinguidos miembros.

Pero, como dijera un húsar de la muerte, órdenes son órdenes. Y la policía (¡Síganlo por el aire en bicicleta, aunque no sepan astronomía!), la policía secreta y uniformada prosiguió la persecución, con tal saña que cualquiera hubiera dicho que andaban en busca del sátiro redivivo de Düsseldorf. Y en verdad que la huída de Kloz y testaferros semejó un trozo de una de esas películas de episodios que otra vez comienzan a estar de moda. Cuando ya, a la altura del Banco de México, creían los policías atraparlo, Kloz ordenaba a cualquiera de sus secuaces que le protegiera, entregándose, la retirada. La velocidad de Kloz era demoniaca; ni sus mismos pandilleros supieron cómo ni cuándo lo perdieron de vista. El caso es que en un momento, “el Zócalo, en el que cabe la más recia tempestad”, viose repleto de un público ansioso que contemplaba a un joven desmelenado escalando la fachada de la catedral; que pronto llegaba hasta el amarillento reloj y abrazaba a la más hermosa de las estatuas, quizá la Esperanza, esculpidas por Tolsá; que, dominando el vacío y la angustia trepidante de la multitud, gritaba que iba a morir por un ideal sacrosanto y que jamás el mundo, del cual se llevaba una impresión asquerosa, volvería a tener noticias suyas.

Y el espectacular suicidio consumóse. Kloz se lanzó al aire “planeando”, y cuando estaba a diez metros del suelo, se evaporó cual tenue suspiro de muchacha, igual que deben evaporarse los auténticos surrealistas al morir.

Las calles asfaltadas parecieron pocos minutos después anchos ríos de lágrimas. Algunos timoratos hablaron del Anticristo y nosotros, acongojados, comenzamos apresuradamente una invocación al recién desaparecido.

62. Voto por Carlos Pellicer⁹⁹

Día horrendo, el día en que no exista sobre nuestro planeta quién escriba versos. No queremos ni imaginarlo. Serían tiempos de barbarie y desolación, épocas de infortunio y quebranto, etapas de encanallamiento y hastío. Tendría que ser una era de completa oscuridad, porque sin iluminados rui señores la vida no es posible. En verdad, dicho sea en el tono más quejumbroso posible, nos veríamos envueltos en asfixiantes nieblas como criminal madeja de insensibilidad, añorando dorados tiempos ennoblecidos por la abundancia de bardos, vates, liróforos y portaliras endulzadores con su música de nuestros repetidos momentos de miseria moral, o vegetaríamos de caverna en caverna, lámpara eléctrica en mano, pretendiendo localizar al último amador de crepúsculos. Ah, qué horrendo día. Ni pensarlo, porque se nos viene encima la tristeza transformada en loba que no hubiese comido en una semana.

Mejor nos quedamos con el presente y sus cuatrocientos diecisiete abnegados merlines de la consonancia y el verso libérrimo. Y el presente, pese a los que se empeñan en ser más idiotas que los gatos persas, es un verdadero indicio de una nueva edad de oro, al grado que los que ya se sienten y regodean como clásicos se preparan a demostrar sus derechos para pensarse como tales, tomando en cuenta que los de atrás, o sean los muchachos que se agrupan o debieran agruparse bajo el pomposo denominador de juventud literaria, están empujando y abriéndose paso con ímpetus tan firmes y autoritarios como llenos de tenacidad y buena fe.

Tan colorido, impresionante, es el auge de la poesía, que nuestro periódico no ha podido menos que acoger y hacer suya la interrogación “inquietante” planteada por un meloso poeta, en el sentido de que es necesario indagar quién es el primer hacedor de poesía en México, si es que lo hay, para así terminar de una vez por todas con el andar a tientas en las guaridas, antros y talleres poéticos. La expuesta interrogación ha sido aceptada “en lo general”, es decir, que en principio es buena, estando lo escabroso en las discusiones punto por punto, poeta por poeta.¹⁰⁰

El público, ni tardo ni perezoso, y ésta es la perfecta frase de cajón, se ha precipitado a enviar a Doctor Mora 15 sus más o menos interesantes pareceres, yendo y regresando éstos del abuelo Enrique González Martínez al joven de veinticinco Octavio Paz, pasando por la tropical estación intermedia que jefatura Carlitos Pellicer, integrándose de tal manera un triángulo de sobra representativo. Dando paseos en torno al equilátero, los terribles cuanto justicieros espectadores han logrado percibir trabajosamente a Renato Leduc, que se nos ha quedado en París,¹⁰¹ y al jarocho con alma de pirata autor de *Madame Tentation*,¹⁰² que va a la misma ciudad sin quizás quedársenos en ella.

No se habla de otra cosa en las sobremesas que de la encuesta poética. Ya el truculento mundo del arte adiestra sus facciones de choque, las cuales estarán muy pronto prestas a romper endecasílabos por su candidato o candidatos, y no sería nada aventurado predecir que la lucha por entablarse presentará caracteres de una seriedad indefinible por ahora. Las rivalidades, que el selénico Solón de Mel titula ingenuamente: “distintas modalidades”, han recibido un refrescante y oportuno duchazo, y qué bien, porque no hay nada como el agua fría para sacudir modorras y pedestales de madera carcomida. ¿No temblarán los que tienen más años y menos poemas, o uno solo? ¿No estarán muriéndose de angustia los adolescentes con sus producciones hasta el cuello? Todo, hasta que se repitiera el gastadísimo tema del artepurismo, puede acontecer con la poesía como causante. Y ya se sabe que la señora poesía es, hablando espiritualizadísimo, algo así como el jardín de invierno para esos tiernos osos plateados con ojos y corazón humanos que son los poetas, reñidores y juguetones, brincando de témpano en témpano y lanzando inofensivos gruñidos octosilábicos.

Por lo pronto, nos es grato poner en consideración del público que en nuestro modesto concepto el mejor poeta de la hora actual patria es Carlos Pellicer, sobre quien

podríamos, en caso de tener derecho a lo superfluo, exponer varias docenas de elogios en su favor, cosa que, repetimos, consideramos innecesaria, pues todo el mundo sabe lo que el Maestro de Las Lomas representa continentalmente en el ruedo poético desde sus mozos cantos bolivarianos hasta las “Canciones de Peñíscola”,¹⁰³ dejando atrás uno o dos juegos florales en los que fuera victoriosamente derrotado por los profesionales en el plagio de la “Marcha Triunfal” rubendariana.

Carlos Pellicer, siempre en actividad, se halla en la hora solemne de su mejor y más acabada creación. No pertenece a un pasado cercano como el autor de *Los senderos ocultos*,¹⁰⁴ ni comienza a madurar como Octavio, ni mucho menos es un principiante como Ramón Gálvez.¹⁰⁵ Pellicer es un señor poeta de tremenda autenticidad, con un arraigo en América que difícilmente será superado. Los orígenes universales de su poesía y el gran corazón desangrado en cada uno de sus poemas, le hacen el primerísimo poeta de México.

63. El fantasma del nerudismo¹⁰⁶

Sin pretender ni desear siquiera una total, reaccionaria negación de la realidad que sacude al hombre, declaramos vertiginosamente que creemos en los fantasmas. Que creemos en ellos sin tretas prodigiosas del recuerdo ni mañas de la imaginación, sin mercedes del sueño ni temperaturas al rojo nieve. Que no por gracia de ilegales elucubraciones sabemos de ellos, y sí que los palpamos materialmente, como a cuerpos de amigos recién llegados de prolongado viaje.

Y que son bellos, con esa belleza sobrenatural de las raíces descubiertas a fuerza de músculos empeñosos, estando constituidos de grueso cristal amoratado por el insomnio —los fantasmas, como los ángeles, nunca duermen—, ojos lavados por la serena contemplación y unas manos en forma de alas cansadas. Son terribles, feroces como una jauría desencadenada y rabiosa, o mansos, las más de las veces, cual corderos simbólicos, o arrogantes, en ocasiones extraordinarias, como columnas rotas.

Como el del comunismo en el mundo de las ideas, el nerudismo recorre el territorio poético de América, y precisamente nuestro cada día más transparente país. Los dos, para nosotros, son excelentes camaradas. Los dos, con el mismo dialéctico poder, hacen a las viejas familias en declive cerrar sus ventanas¹⁰⁷ y a determinados poetas taponarse los oídos. El que procrearon los magníficos padres Marx y Engels no nos interesará, por ahora, en la medida en que quisiéramos; sí, en cambio, el otro fantasma, de una penetrante suavidad y extremos imperios de violencia y desnudez.

El nerudismo es una forma de poetizar, no una escuela consagrada, inventada por los mismos timoratos que hace algunos años fabricaron con envidiable paciencia el muñeco de paja del vanguardismo. Idéntico temor, igual miedo percibimos en el rostro de los

bancarrota: sienten quizás que se hallan a la orilla de un derrumbe, o al borde de una inundación sin remedio que cubriría las hierbas malas y arrancaría de cuajo los troncos carcomidos, llevándose por fluviales caminos y hasta el fondo del mar toda la podredumbre de versos despistadores, de poemas cuya perfección es vaciedad, y de poetas cándidos que todavía creen en los mensajes líricos conducidos por veloces, raudas golondrinas en sus tiernos picos.

El nerudismo, con ventaja sobre el vanguardismo, ha logrado hacerse de partidarios salidos de los batallones cerrados de los exquisitos, convirtiéndose de tal manera en bandera de combatientes dispares, disímbolos. (Los exquisitos, jefes natos del exquisitismo, o modo de cantar la primavera y su cortejo de cotiledones, no se han aliado a las numerosas castañuelas por amor al arte, sino por puro rencor a la patética atmósfera universal y a la flagrante, profusa impureza que Pablo Neruda descubre con el tacto, elemental y humanísimo tacto de sus poemas).¹⁰⁸

El primer Neruda, el de los *Veinte poemas de amor y la canción desesperada*, el de *El hondero entusiasta*,¹⁰⁹ no atemoriza a nadie, por encontrarse en él cierta originalidad erótica al parecer inabordable. Los primeros libros del gran chileno son como intocables. La invasión del nerudismo, o lo que sea, comenzó con los *Tres cantos materiales*,¹¹⁰ culminando con los dos tomos de *Residencia en la tierra*.¹¹¹ Este volumen es el causante del pavor nacido en las orejas de los —globalmente hablando— “gatos Félix de los ingenios”, hijos espirituales del genial dibujante Pat Sullivan.¹¹² Es un grueso conjunto de poemas con una poesía mayúscula: *Poesía* capaz de hacer vacilar los más confiados pedestales. De *Residencia en la tierra* y de los poemas españoles, léanse “Almería” y “El general Franco en los infiernos”.¹¹³ Viene ahí el gran miedo. Las acusaciones a los poetas jóvenes mexicanos, “mal orientados por el prosaico groserismo de Neruda”, se repiten cada tarde como turbias, pecaminosas puestas de sol. Acusaciones falsas, desde luego. No basta decirle “nerudita” a un poeta para silenciarlo. Es necesario demostrar que está torcidamente influenciado, o que plagia con todo descaro.¹¹⁴ Y ya se sabe que la ligereza en el opinar, ese sentirse cada uno el viejo *dómine* Menéndez y Pelayo, es lo que hace nacer la gravedad del asunto. Si se leyera más a los poetas jóvenes, se opinaría menos sobre ellos, pero bien.

Gómez Mayorga, Paz, Quintero Álvarez, Huerta,¹¹⁵ Enrique Gabriel Guerrero y dos o tres más que se nos escapan, están cargando con todo el peso de las falsas opiniones. Son ellos, gritan los progenitores de fantasmas, quienes imitan a Neruda abiertamente. Pero sólo gritan. Un verso, o tres o cuatro que se salgan de la línea ya vulgar, pero vulgarísima del todavía latente artepurismo, bastan para que los asustadizos, cumplidores a cabalidad del precepto antipoético de la no injerencia en lo social, echen a volar las campanas del pánico.

Mentira, gran mentira. El nerudismo es tan sólo un marroquí sin alfanje. El nerudismo es tan sólo un pretexto para lanzar ataques a otra cosa más honda: la Verdad

poética. Y la verdad siempre duele. El nerudismo, con su aparición, acabó con todas las falsedades. De ahí que le llamen devastador fantasma, y que justamente se le tema.

64. “Voy raramente al cine”¹¹⁶

La frase titular ¿reciente, antigua? de Paul Valéry, considerado por los bien informados en poesía como el poeta más distinguido de los tiempos actuales, siempre me ha causado una viva, interminable impresión de desasosiego. “*Je vais rarement au cinéma*”, pronunció el complicado, inteligentísimo y exigente autor de *El cementerio marino*, ese monumento de belleza metafísica. (“Oh Zenón, cruel Zenón, Zenón de Elea”).¹¹⁷ Y no lo dudo. Razones, y de qué peso, deben asistir al eminente y anciano académico francés para declarar, en forma asaz enfática, su ninguna pasión por un espectáculo que es la pasión en su apogeo, clímax de perfección y popularidad.

Ir raramente al cine, o dejar de ir totalmente, si es que alguna vez se ha ido, es —permítaseme un breve desahogo— un crimen de lesa humanidad. Porque, ¿no es la propia vida un prolongado melodrama, con reparto de papeles, ensayos, escenografía adecuada, diálogo, desarrollo, rodaje, corte, propaganda, mucha propaganda, pretenciosa *premier*, semanas taquilleras e inminente condenación a los cines encadenados en circuito? ¿Puede dejarse de asistir, con la frágil disculpa de descansar del rudo materialismo, a una función cinematográfica en que nos vemos reflejados desnudamente, tal y como no desearíamos ser en la vida cotidiana? ¿No es el cine, aparente prodigio de falsedad y engaño, o sea de poesía, la esencia de lo sorprendente y vital? ¿No en la pantalla nos estamos descubriendo sin riesgo de enrojecer, en el gesto de tal o cual actor, en la acción de determinada actriz?

¿No es el cine nuestra sombra, ora condenatoria, ora absolutoria, pero en cada minuto de celuloide fiel, leal? Preguntas éstas cuya respuesta considero innecesaria. Entonces, insisto en no tener dudas acerca de la intención implícita en la frase valeriana. Pienso que todo creador de arte puro, riguroso, tiene la honrada, la innegable tendencia a despreciar aquello que contraría su credo estético.

Los poetas puros tienen razones que los mortales distamos mucho de conocer. Que raramente vayan *au cinéma*, es comprensible y hasta forma parte de su modo de obrar artísticamente. No ignoro que la poesía pura no soporta que de simples acontecimientos estudiados, de crudas realidades se extraiga, y no por el mero afán de extraer algo, un sueño, por leve que éste sea. Y no un sueño cualquiera, sino uno de características muy particulares, tales como la Verdad, la Sinceridad y la Belleza.

¿Que lo anterior es contradictorio? Veamos: la pureza en poesía es indicio de alejamiento de lo real —pero no real en sentido peyorativo— y ostensible; los poetas puros,

con frecuencia más inteligentes que su obra, viven en un peligroso estado cerebral donde el análisis y el prejuicio intelectual (virtudes, sí, pero en este caso defectos) funcionan dictatorialmente, sin dejar a la humana pasión el más pequeño refugio donde guarecerse y animar en lo posible lo animable. La poesía pura y sus representantes en la tierra desean ser siempre testigos, personajes mejor, de fantasías monótonas, ininteligibles; la poesía pura es intransigente, lineal hasta el fastidio. De ahí que Valéry, poeta puro por excelencia, desdeñe de tal suerte el universal prodigio del séptimo arte. El ritmo de la mente valeriana no puede avenirse con la pantalla en blanco y negro, ni con el color artificial, ni con la soledad —soledad de cuatro o seis mil personas en compañía— del salón cinematográfico; la mente poética, construida a base de esencias naturalmente puras es de un tremendo, insobornable rigor, y no estaría por demás que ustedes se imaginaran lo trémula y ansiosa que debe ser, que es la voz de quienes la poseen.

Je vais rarement au cinéma! Qué lejana, ultraterrena, me parece la frase, ideal como epígrafe o sistema de vida de seres totalmente desentendidos del ágil y fecundo espíritu de nuestra época. ¿Cómo no asistir al espectáculo de mayor universalidad en los tiempos modernos?

No se puede negar que su afortunada intromisión en todos los aspectos de la vida ha convertido al cine en el eje imprescindible del mundo, ni que, declarándolo en forma también enfática, sin poesía, pero sin poesía *impura*, no existiría el Arte por medio del cual Anatole Litvak nos diera *La tragedia de Mayerling* y el siciliano Frank Capra, hoy de moda, *Horizonte perdido*.¹¹⁸

65. Coetáneos de la alquimia¹¹⁹

No queremos injuriarles, sino
más bien compadecerles. Tarde o
temprano cosecharán los frutos más
amargos de la mala semilla.

ENRIQUE HEINE¹²⁰

Nunca los siglos contemplaron semejante espectáculo; jamás el Hombre sintióse más avergonzado y poseído de tal sentimiento de vileza y deshonra; en ningún momento la Tierra vivió momentos como el actual, en que parece las hordas se han descontrolado —¿pero tuvieron control alguna vez?— definitivamente, con el fin exclusivo de ensangrentar la generosa tierra, las tiernas divagaciones de los ríos y el majestuoso movimiento de los océanos.¹²¹ Se necesitaría haber nacido con el cerebro enlodado, no ya

con los ojos comidos por vidrio en raspaduras, para no darse cuenta cabal de la brutal tragedia, de la despiadada farsa.

De ésta son actores —¡y qué actorazos, como que la disciplina del puntapié está en su apogeo!— los contemporáneos de la medicina diabólica, los “coetáneos de la alquimia”, como en justísimo instante los bautizara el secretario general de la CTM.¹²² Actores consumados, sorprendentes ases del embuste internacional, agilísimos chantajistas, maestros en el cavernario arte de escarnecer todo lo humano, estos elegidos del cretinismo saben desempeñar su papel, qué duda cabe, con gran derroche de escenarios y desmedido lujo de esa hueca, hábil por falsa demagogia en la que nadie, ni los mismísimos jefes de Estado que, además de claudicar ante ellos, les aplauden, pueden creer ni remotamente. La alarma que producen con sus desplantes de matoides les ha crecido, llegándoseles a formar con el tiempo un curioso complejo de superioridad, del que no se librarán sino cuando todo su teatro se venga abajo estrepitosamente. Mientras tanto, los primeros actores, el coro de mariscales, los y las segundas tiples, los partiquinos criollos, los dictadorzuelos petulantes, etcétera, se ven a maravilla en el cuadro sombrío apenas iluminado por la luctuosa llama que de la España invadida se desprende. Nada falta. La estructura es perfecta. El esperpento, que diría Valle Inclán, es la forma más acabada de la farsa.

Sin embargo, el fracaso elocuente de la burda comedia, su mecanismo artificial y su interior de subterfugios y canalladas indescritibles, obligarán a los tramoyistas a descender, acompañándose por un solemne coro de plañideras, el trágico y ensangrentado telón en cuya superficie estará grabado el bombardeo de Almería y una escena representando el incendio de una sinagoga.

Los bufones desaparecerán; es decir, la Selva Negra no habrá dado un paso adelante. La indigna engañifa de los vándalos, la sucia maniobra de los líderes con sangre de primera clase, la conducta miserable de los odiadores de profesión, todo, todo ese manojo raqueteril tendrá su aparatoso final. Los plagiaros del pasado, los desvalijadores de los sistemas de terror medievales, desenmascarados por la presión del Hombre (¡oh, divina soñarrera de las enormes democracias!), harán mutis en medio de la mundial rechiffa de quienes aspiran a una vida digna. Y el pueblo, ese noble y maravilloso pueblo pisoteado, respirará a plenos pulmones.

Enrique Heine, ese gran poeta alemán, ese bello judío “atrevido y doliente” (Thomas Mann), escribía en 1832, proféticamente:

Jamás pueblo alguno fue escarnecido más cruelmente por los hombres del Poder... Un puñado de hidalgueros (léase: un cabo y varios generalotes), que no han aprendido más que un poco de chalanería, prestidigitación y cubileteo u otra cualquiera industria de pícaros capaz de engañar a los aldeanos en las ferias, imaginan poder deslumbrar a todo un pueblo, al pueblo que ha inventado la pólvora, la imprenta y la *Crítica de la razón pura*. Esta innmerceda afrenta de

suponernos más tontos de lo que vosotros sois, de haber imaginado que podríais engañarnos, es la afrenta más ruin que nos inferís en presencia de los pueblos circunstantes.¹²³

Y estamos en el umbral de 1939.

Notas

- 1 *El Nacional*, suplemento cultural, 17 de enero.
- 2 Ediciones de Taller Poético.
- 3 Cripta fue publicado por la Editorial Cvltvra.
- 4 *Muerte de cielo azul*, poema en 14 sonetos, Ediciones Loera y Chávez, Cvltvra.
- 5 Ediciones Hipocampo.
- 6 Editorial Cvltvra.
- 7 *Nocturno Mar* fue publicado por Hipocampo. Años más tarde, Huerta contestará al “Nocturna rosa” en su propio poema “La rosa primitiva” (*PCEH*, pp. 146-147).
- 8 *En el aire del olvido* apareció en Editorial Fábula.
- 9 *Sonetos* en Publicaciones Literarias y Comerciales; *Suicidio lento* en Editorial Chápero.
- 10 Apareció en el número xx, 1 de diciembre de 1937 de *Letras de México*, y luego como separata.
- 11 Ed. Simbad.
- 12 Ed. Simbad.
- 13 Ediciones de Taller poético.
- 14 Editorial Chápero.
- 15 Ediciones de Taller poético.
- 16 Editorial Juventudes de México.
- 17 Imprenta Mundial.
- 18 Ediciones de México Nuevo.
- 19 Imprenta Fábula.
- 20 Editorial Letras de México.
- 21 Publicado por la UNAM con notas de Alfredo Maillfert.
- 22 Editorial Cvltvra.
- 23 *Sinfonías. Poemas*, Editorial Gómez y Rodríguez.
- 24 *Gesta de la Revolución*, Ed. Grafart.
- 25 Llamado “Florisel”, autor en 1937 de *La voz del silencio y la otra*, Ediciones de “La Voz Nueva”.
- 26 De ese año es *Abril*, Editorial Botas.
- 27 Ediciones del Saltillo, Coahuila.
- 28 Poeta venezolano, miembro del grupo de la revista *Viernes* (1936).
- 29 El libro, en efecto, contiene algunos poemas tomados de las anteriores plaquettes de Paz y los tres “cantos españoles”, pero no se tituló “Helena” —aunque contiene una sección llamada así— sino *Bajo tu clara sombra y otros poemas sobre España* y lo publicó Altolaguirre, con un comentario suyo, en sus Ediciones Españolas (Valencia, 1937).
- 30 Neftalí Beltrán participa con un poema sin título (“Has de ser siempre ausencia...”); Ramón Gálvez, “Ha llovido y sabemos”; Alfonso Gutiérrez Hermosillo con “Tierra”; Carlos Mata con “Poema”; Gabriel Mercado Ramírez con “Empezamos en éxtasis de besos, preguntas muertas”; Emmanuel Palacios con un “Fragmento”; Octavio Paz con “Sonetos”; Xavier Villaurrutia con “North Carolina Blues”; Mauricio Gómez Mayorga publica su “Visita nocturna” en el segundo *Taller Poético*.
- 31 De hecho, hay también comentarios de Villaurrutia, Jorge Cuesta y Rafael Solana, a quienes Huerta calculadamente deja sin mencionar.
- 32 En “La hora de los aficionados” (*Aquellas conferencias...*) Huerta evoca una breve polémica que retomaba en los mentideros literarios de México la idea de Aldous Huxley sobre si es más difícil escribir un soneto que un anuncio comercial. Quizás la polémica la provocó la aparición de una vasta colección de medios *Sonetos a la Virgen* del gran pintor Ángel Zárraga. Héctor Pérez Martínez, subdirector entonces del diario *El Nacional*, firmó como Dante Alighieri una *plaque* titulada *Sonetórpidos*, en supuesta traducción de Primo Carnera (boxeador famoso entonces), en unas imaginarias “Ediciones del Cabrito”. Veamos un típico sonetórpido:

RUEGO GERULA

Escucha, Gorombéndila querida,
el extremauncionismo repicario
que en do-re-mí de insano boticario
aquí meterolampio por tu vida.

Tamba tarimba, dijo el Inclanida
al clamidificar abecedario,
y yo incluyendo en el turiferario
voy tarimba que tamba por tu herida.

Oh Parimposia! Oh escuálida y morocha
saltimbánquida azul cuya garrocha
me rembiscambia en la predial flacura:

tu pendonismo irónico me prueba
que en el chisgarabís de mi taqueba
se hunde una pundilónica bravura!

- 33 Alfonso Reyes define las jitanjáforas como:
“Creaciones que no se dirigen a la razón, sino
más bien a la sensación y a la fantasía. Las pa-
labras no buscan aquí un fin útil. Juegan so-
las”. Tomó el nombre de un verso del cubano
Mariano Brull en “Leyenda”:

Filiflama alabe cundre
ala olalúnea alífera
alveolea jitanjáfora
liris salumba salífera...

- 34 *El Nacional*, 8 de marzo de 1938, 2ª sección,
p. 1.
- 35 Quizá tenga Huerta en mente la ya agonizante
tradición de las recitadoras, como la argentina
Bertha Singerman, tan presente en México por
su amistad con Vasconcelos y Pellicer durante
la década anterior, que llenaba teatros para
declarar poemas famosos.
- 36 El argentino Ricardo Molinari (1898-1957)
publicó mucho en 1937: *Nada, La muerte en
la llanura, Casida de la bailarina y Elegía de las
altas torres*.
- 37 Tiene que aludir a la *Breve antología de Gar-
cía Lorca* que preparó Juan Marinello para las
Ediciones de la LEAR, impresas por la Librería
Robredo en 1936.
- 38 *El Nacional*, 15 de marzo de 1938, 2ª sección,
pp. 1 y 4.
- 39 Lo del Canguro se nos escapa; *El hombre que fue
jueves* es la célebre novela de G.K. Chesterton.
- 40 “En defensa propia” forma parte de *En defensa
de lo usado y otros ensayos*, que acaban de publi-
car las Ediciones Polis.
- 41 Recogidos junto con las prosas de *Ensayos* en
1925.
- 42 “La semana pasada” apareció en la revista *Hoy*,
entre 1937 y 1943, y luego en la revista *Ma-
ñana*.

- 43 Es decir, Lombardo Toledano.

44 *El Nacional*, 28 de abril de 1938, 2ª sección, p.
1. Ignoro la causa del silencio de Huerta en el
mes y medio que hay desde el artículo anterior.
En el *El Nacional* publica, el 3 de abril, su poe-
ma “Esa sangre”, sobre la guerra civil española.

- 45 Gerardo Diego (1896-1987) había publicado
dos antologías de la poesía española.

46 *El Nacional*, 16 de mayo de 1938, 2ª sección,
p. 1.

- 47 Revueltas había acudido con la delegación del
PCM al VII Congreso de la Internacional Comu-
nista en agosto de 1935 y se quedó luego seis
meses más en Moscú y alrededores.

48 La pareja de amantes que intercambian radio-
grafías en la novela de Thomas Mann.

- 49 Su hermano Silvestre (1849-1940) está dedica-
do casi por completo a componer música para
el cine mexicano: *Redes* (1935), *Vámonos con
Pancho Villa* (1936), *Janitzio* (1936). Acaba de
regresar, cuidado por Octavio Paz y Elena Gar-
ro, de Europa, donde había acudido en 1937
con la delegación de la LEAR.

50 El pintor y muralista jalisciense Raúl Anguiano
(1915) era miembro de la LEAR.

- 51 Se conoce al menos un poema de Revueltas,
“Nocturno de la noche”, dedicado por cierto a
Efraín Huerta. Está en el tomo 11 de las *Obras
completas* de Ed. ERA. Por su parte, Huerta pu-
blicó en 1977 (en *Círculo interior*) “Revueltas:
sus mitologías” que habla de

ese joven hermano a quien una extraña tarde de
ardientes y vociferantes [sic], enterramos
en la misma fosa donde su hermano Silvestre
había reposado larguísima años.

- 52 El clásico relato (1929) del sueco Axel Munthe
sobre sus años de médico en Italia que culmina
con su conmovedora solicitud de ingreso al
Cielo.

53 El relato forma parte del libro *Dios en la tierra*,
de 1944.

- 54 *El Nacional*, 24 de mayo de 1938, 2ª sección,
p. 1.

55 El dibujante y cineasta Amero dirigió algunas
películas en los albores del cine mexicano; luego,

- en Nueva York, trabajó con García Lorca y Gilberto Owen en el proyecto *Viaje a la luna*.
- 56 En realidad, es un filme de Luis Buñuel, sobre un guión de Dalí.
- 57 La pieza de García Lorca (1933), que incluye este coro de solteronas sombrías.
- 58 André Breton había llegado a México el 18 de abril para entrevistarse con Trotsky. Ambos, más la firma de Diego Rivera, redactan el manifiesto *Por un arte revolucionario independiente*. Además de presentar el film de Buñuel, Breton dicta conferencias y viaja por el país (Puebla, Monterrey, Pátzcuaro). Parte de regreso el 1 de agosto (Cfr. *Breton en México* de Fabienne Bradu, Editorial Vuelta, México, 1996).
- 59 De otro film de Chaplin, *La quimera del oro*.
- 60 En la Escuela de Verano que dirige Julio Jiménez Rueda en la UNAM.
- 61 Huerta alude a la fortaleza donde vive refugiado Lev Trotsky.
- 62 Huerta pone en evidencia así su rechazo al Breton que ya lleva tres años denunciando a Stalin como el corruptor de la revolución soviética.
- 63 Cardoza había escrito esa frase en “André Breton en México” (*El Nacional*, 24 de abril de 1938, p. 3), que cita Huerta. El intenso escrito de Cardoza había sido el artículo disonante en la prensa de izquierda ante la visita de Breton, siempre caricaturizada por su trostkysmo. Cardoza volverá a usar la frase en *El Río: novelas de caballería* (p. 821), como título del capítulo en que resume su poética.
- 64 Unos días más tarde, (“La viga en el ojo ajeno”, 31 de mayo), Pérez Martínez retoma este artículo de Huerta para atacar a Buñuel y a Breton. Como nunca apareció perro alguno en el filme, “brigadas mixtas de intelectuales mexicanos en tenaz, minuciosa localización del perro más notable de los últimos tiempos [...] el sobrerrealista, suprarrealista, superrealista subrerrealista perro andaluz, tantas veces defendido, y tan mal, por la palabra de André Breton”.
- 65 *El Nacional*, 29 de mayo de 1938, 2ª sección, p. 1.
- 66 Cita “Mi pecado”, de *El minuterio*.
- 67 *La Ben Plantada*, en catalán, apareció en 1911 firmada por Xenius, *nom de plume* de Eugenio d’Ors.
- 68 “Detalles exactos”.
- 69 *El Nacional*, 2 de junio de 1938, 2ª sección, p. 1.
- 70 Huerta se refiere a la rebelión que protagoniza en San Luis Potosí el general Saturnino Cedillo, y que no tardará en ser aplastada.
- 71 De apoyo al presidente Cárdenas, por la expropiación petrolera, con participación de todas las fuerzas del llamado “frente popular”, incluyendo al PCM y a las federaciones de jóvenes socialistas.
- 72 En “Canto al petróleo mexicano” (PCEH, p. 535), un Huerta cantogeneralizado narra el asunto (“el michoacano ilustre incorporó / el oro negro al seno mexicano”).
- 73 La línea oficial fue que Cedillo recibía patrocinio de los gobiernos fascistas.
- 74 *El Nacional*, 12 de junio de 1938, 2ª sección, p. 1.
- 75 *Visperas de España* (Buenos Aires, Sur, 1937).
- 76 Es decir, de Francia, encarnada por la Marianne, ícono de enhiestas tetas y gorro frigio que, desde la Revolución, guía a la república.
- 77 Paz, que había intimado con Serrano Plaja durante su estancia en España, contagia de su entusiasmo a Huerta: no sólo es poeta, y el principal redactor de la inteligente *Ponencia colectiva* de la revista *Hora de España* durante el Congreso de Valencia (que impacta profundamente a Paz), sino que además es comisario político en el Quinto Cuerpo del ejército republicano en Teruel. Paz había traído todos los libros de su amigo y, puede suponerse, se los presta a Huerta. Un mes después de que aparece este artículo de Huerta, Paz publica una *plquette* titulada *Voces de España (Breve antología de poetas españoles contemporáneos)* con Letras de México, en la que incluye el “Canto a la libertad” de Serrano Plaja.
- 78 Los dos poetas que dirigían *Hoja literaria*.
- 79 Otra vez cita a Garcilaso.
- 80 *El Nacional*, 13 de junio de 1938, 2ª sección, p. 1 y 5.
- 81 *El Nacional*, 18 de junio de 1938.

- 82 Se refiere a las olas de pequeño tamaño, “palomas”, que no se “montan” como los burros, que son mayores.
- 83 En la “Oda a Walt Whitman” que Huerta tanto cita y que no modificó su homofobia.
- 84 Otra vez cita el *Poeta en Nueva York* de García Lorca, ahora “Canción del Rey de Harlem”.
- 85 El “pecho curvo” es el de la emperatriz de López Velarde en “La suave patria”, que se compara al pecho no de una paloma sino —como lo exige la rima— de una codorniz.
- 86 *El Nacional*, 2 de julio de 1938, 1ª sección, p. 3.
- 87 La novela de Breton, *Nadja*, había aparecido en 1928.
- 88 Henri Klotz es el heredero de una familia francesa cuya historia —imaginaria— narra Ramón Gómez de la Serna en la entrada “Suprrealismo” de su maravilloso *Ismos* (1931).
- 89 “Minnie la Cándida”, personaje de la ya citada pieza homónima de Massimo Bontempelli, estrenada en México en 1932 por el Teatro de Ulises.
- 90 Un personaje de Fritz Lang en su película homónima de 1934, con Charles Boyer.
- 91 Ya hemos detectado antes los ataques de Huerta al Breton antiestalinista. En su reciente “Discurso al Congreso de escritores”, Breton había conminado a “condenar al actual régimen que domina la Rusia soviética, y a su todopoderoso jefe, bajo cuya tutela ese régimen se convierte en la negación misma de lo que debería ser y de lo que ha sido. A ese régimen, a ese jefe, no podemos sino expresarles formalmente nuestra desconfianza”. (“Du temps que les surréalistes avaient raison”, recogido en *Manifestes du Surréalisme*, París: Jean-Jacques Pauvert, éditeur, 1962. p. 285).
- 92 *El Nacional*, 10 de julio de 1938, 1ª sección, p. 3.
- 93 Rivera fue muy amigo de Faure y de su hermano, el doctor Jean-Louis, en sus años parisinos; el primero lo acercó a Cézanne y el segundo asesoró su mural “La operación” que hoy adorna un muro de la SEP. Según el biógrafo de Rivera, Patrick Marnham (en *Dreaming With His Eyes Open*), Faure llamaba a su amigo “mon bébé monstrueux”, pero no agrega nada sobre su inteligencia.
- 94 *El señor de Palo* de Efrén Hernández había aparecido en 1932, publicado por Ediciones de Estudiantes, México.
- 95 *Tachas*, con epílogo de Salvador Novo, había aparecido en 1928, editado por la Secretaría de Educación Pública.
- 96 En el hemiciclo de Juárez, en la Alameda.
- 97 “Chiflis”, chiflado, es decir, loco.
- 98 El título del libro de Héctor Pérez Martínez.
- 99 *El Nacional*, 1 de agosto de 1938. 1ª sección, pp. 3 y 5.
- 100 A iniciativa de Huerta, Héctor Pérez Martínez, el joven Fernando Benítez, Solón de Mel y Luis Cardoza y Aragón, *El Nacional* convoca, entre burlas y veras, al concurso “¿Quién es el mejor poeta de México?”. Los ánimos se caldean y las propuestas llueven. Los redactores del diario se divierten y apoyan a Pellicer. Un “marica” vota por Villaurrutia porque “manejo de delicadezas y cultura, es autor de sonetos que conmueven al alma con gozo indefinible”. Bertha Singerman, de paso por México, organiza una lectura en Bellas Artes a favor de Pellicer, que declara ser “más famoso que la Emulsión de Scott”. Ermilo Abreu Gómez anota a Paz entre los finalistas, contra los Contemporáneos “individualistas, palpitación de residuos dictatoriales porfiristas”. El ganador será González Martínez, con Pellicer en segundo sitio, Paz en séptimo y Huerta en décimo. Años más tarde, Huerta recuerda: “Muchísimos lectores tomaron en serio el concurso [...] La gran final [...] dio resultados conmovedores: el poeta poblano Gregorio de Gante estuvo a punto de derrotar al maestro González Martínez, quien ganó en final de fotografía y por apenas una pluma de cisne. Creo recordar que algunos ocupamos un honroso sitio entre los primeros diez... Éramos los colaboradores de *El Nacional*” (*Aquellas conferencias...* p. 20.)
- 101 El poeta y periodista tenazmente bohemio, Renato Leduc (1888-1991), llegaría de regreso a México en 1942, ya casado con la pintora Leo-

- nora Carrington y publica su *Breve glosa al Libro de Buen Amor*.
- 102 El más reciente éxito de Agustín Lara era, en efecto, *Señora Tentación*.
- 103 Que Pellicer había escrito en ese pueblo español, durante su gira al Congreso de Valencia en 1937.
- 104 Es decir, el entonces decano de los poetas mexicanos, Enrique González Martínez.
- 105 Ramón Gálvez (1917) publicaría *Siluetas* en 1942. Colaboró en *Taller Poético*.
- 106 *El Nacional*, 8 de agosto de 1938. 1ª sección, pp. 3 y 4.
- 107 Parafrasea el ya citado “Primero de mayo en la España...” de Alberti.
- 108 ¿Quién no recuerda el famoso rechazo de Neruda contra los
poetas celestes, gidistas,
intelectualistas, rilkistas miserizantes,
amapolas surrealistas [...].
- en “Los poetas celestes” Es la parte v de “La arena traicionada” en sus *Obras completas*, I. Barcelona: Galaxia Gutemberg, 1999, p. 586.
- 109 *Veinte Poemas de amor y una canción desesperada* (1925); *El hondero entusiasta* (1923-1924) fue destruido por el poeta y sólo se publicó fragmentariamente en 1933.
- 110 *Tres cantos materiales (a la madera, al apio y al vino)* (1936).
- 111 *Residencia en la tierra* (1933).
- 112 Pat Sullivan es el creador del ya citado Gato Félix. Huerta juega con el epíteto que se le daba a Félix Lope de Vega y Carpio: “El fénix de los ingenios”.
- 113 “Almería” y “El general Franco en los infiernos” forman parte de *España en el corazón* (1937).
- 114 Al día siguiente aparece en el mismo diario, en la columna anónima “La viga en el ojo ajeno”, un comentario titulado “Neruditismo”. El autor, quizás Héctor Pérez Martínez, comenta de este último parrafo de Huerta que no se debe decir “nerudismo” sino neruditismo (quizás por el carácter infeccioso de la tendencia) ni escribir “influenciado”, sino influido.
- 115 Huerta, que se incluye en la lista por *esprit de corps* es, claro, uno de los imitadores más notorios. Véase, por ejemplo, “La poesía enemiga”, de *Los hombres del alba* (p. 84 y ss.) que, por cierto, parecería la versión en verso de este artículo. Le dice a la Poesía:
- Es inútil que suenen en los huecos del tacto
mustios intentos de crueldad pura y absoluta,
puesto que ignoras lunas y ruidos tímidos de
estrellas]
sobre la grupa tierna y suntuosa de la
madrugada, hacer florear escrúpulos]
o martillar furiosamente sobre azucenas tibias...
- 116 *El Nacional*, 29 de noviembre de 1938, 1ª sección, pp. 3 y 5.
- 117 Huerta cita la traducción de otro “exquisito”, Jorge Guillén, la canónica.
- 118 La de Litvak es de 1936 y narra las aventuras del príncipe austriaco Rudolph, encarnado por Charles Boyer, que se convierte en un estudiante adicto a las barricadas antes de ser enderezado por el amor de una señorita. La de Capra narra la llegada accidental de Ronald Colman a Shangri-La, su consecuente tedio y huida y la fatal nostalgia posterior.
- 119 *El Nacional*, 5 de diciembre de 1938, 1ª sección, p. 3.
- 120 El amor de Huerta por Heine, según confesión propia, comienza cuando lee su poema “Los tejedores de Silesia”, que considera “uno de los más notables poemas sociales de todos los tiempos” (“Memorias”, p. 28). Otra razón era, desde luego, el interés que le había dispensado Marx.
- 121 Huerta se refiere a la “Noche de los cristales rotos”, la *Kristallnacht*, cuando Goebbels ordenó a sus fuerzas destruir “espontáneamente” sinagogas y tiendas propiedad de judíos.
- 122 El camarada Lombardo Toledano, cuyo segundo a bordo es el treintagenario Fidel Velázquez.
- 123 La cita viene de *De l’Allemagne*, uno de los ensayos sobre *La escuela romántica* que Heine había escrito luego de su llegada a París el mismo año, con objeto de sumarse al romanticismo revolucionario. La lealtad de Huerta perdura

hasta el final. “Homenaje” dice (puesto en prosa): “Tú lo dijiste Heinrich, yo lo repito Heine:

mis opiniones están siempre en contradicción con mis sentimientos” (*PCEH*, p. 506).

66. Panorama de México. Toluca la guapa (I)¹

Por cautela —o porque no tienen que dar— algunas ciudades se nos entregan difícilmente. No penetramos en ellas sino después de repetidas visitas, sino después de un asedio formal, planeado casi en forma napoleónica y desarrollado al pie de la letra. Al pie de sus monumentos, de sus edificios, de sus templos; en el interior de sus casas, de sus jardines; en lo alto de sus torres, al abrigo de sus espadañas, en la fresca valleinclanesca de sus atrios; “en el barullo de sus estaciones”,² las ciudades —piénsese tan sólo en las del centro del país— se esmeran en poner el mejor de sus matices, el más amable tono de voz, como muchacha de dieciocho mayos en plena etapa de minucioso y exquisito aprendizaje de juventud. Nada raro es, así, que los hombres, ora de rodillas, ora de pie y dignamente, les declaren a las ciudades, cuando no su odio sollozante, su desmesurado amor incondicional. Pero, repetimos, las hay difíciles, hurañas, que no recatadas ni hipócritas.

La de Toluca, a 2 640 metros sobre el nivel de la undívaga llanura, con estrofas al hombro, es de esa manera: un tanto hosca, a primera vista; moderadamente seca, más tarde; discreta, poco después; acogedora, no en manera definitiva, al final del asedio. (Por la carretera, y a varios kilómetros todavía de la ciudad, existe un arco con la siguiente, optimista leyenda: “Toluca recibe fraternalmente”). Se rinde, sí, pero del espíritu del vencedor no desaparecen por mucho tiempo las asperezas primordiales. Para que éstas mueran de raíz, hácese necesarias la comprensión, la observación y el cariño. Encariñémonos un poco más con esa guapa ciudad, capital de un estado con un millón cientosesenta y cuatro mil ochocientos treinta y dos habitantes, según el censo de 30 de junio de 1938.

A ojo de buen turista de “fin de semana”, recorramos sus jardines. Nosotros, en las alamedas, en los parques, es donde pulsamos la sensación exacta de una ciudad; pero no faltan viajeros que se la hallen en la fachada del palacio municipal, o en la forma y

acabado de la cúpula más presuntuosa, o, en fin, en la calidad y prosperidad o decadencia del comercio —“El Nuevo Mundo”, “La Europea”, “Las Novedades”— que se acoge a la sombra y pétrea vitalidad de los portales, porque, recuérdese, rara es la ciudad mexicana sin ellos. Veracruz, descontando el “mar marino”, no se concibe sin su edificio de Faros; León, Irapuato, Puebla, Guadalajara, Celaya, Querétaro y hasta el propio puerto precitado, no podrían cabernos en el recuerdo sin sus portales. El de Mercaderes, de tan recorrido, nos lo callamos.

La Alameda, el parque Reforma y el paseo Colón, sin olvidar el gracioso y casi meridano jardincillo de santa Clara, son los sitios que agudizan la intimidad con Toluca (Toluca y no *Toloca*, como algunas personas sobradas de chispa acostumbran pronunciar) y nos la hacen armónica, cabal, aún antes, o en el preciso momento, de la temblorosa, cálida (la altura hace más meritorio el esfuerzo) y efervescente declaración amorosa.

La ciudad comienza a ablandarse. Escojamos el Reforma. Puede usted pasear, si gusta y si la tiene, del brazo de su novia, que a la “galana pólvora de los fuegos de artificio”³ no se hará la interesante, y menos si le toca en suerte una modesta feriecita. Sentimos desde luego un ambiente como de jardín desenterrado, no de la tierra ni del mar, sino de las cenizas. Mucho de pompeyano hay en este curioso parque. Si preguntásemos, distraídamente mirando al horizonte, por el clásico Vesubio, no nos extrañaría que nos lo mostrasen, y que después, con toda amabilidad, nos condujesen a las termas, o a ver las pinturas que dicen sobrevivieron a la catástrofe, o aun sorprendernos con el estado en que quedara la casa de una gran dama que ofrecía una recepción a sus íntimos de Roma. Pero no. Exceptuando unas cuantas colinas y un cerro que titulan de la Terezona —¿por qué? no lo sabremos— no hay más... Oh, sí, el Nevado.

Este sobrino del Popocatépetl, como que nos tira de las orejas con una ráfaga helada. Perdón, Xinantécatl hermoso, pero no lo hicimos adredemente. Tú, sin saberlo, has venido a redondear la postal pompeyana (¡esos poetas que se tutean con la Naturaleza, más nunca con la Fortuna!) proporcionando al quiosco interminado o mutilado, y a los macetones cortados a tajo, la pátina necesaria, el color ceniza que les estaba haciendo falta. Y al atardecer, cuando los árboles comienzan a cogerse de las manos, igual que deben seguir haciéndolo los cipreses de Florencia —¿o no, Carlos Pellicer?— una capa de frío, de melodioso frío, se tiende sobre los hombres y la ciudad.

La sana, la sencilla intimidad ha nacido.

67. Panorama de México. Toluca la guapa (II)⁴

La alameda toluqueña, ni breve ni pretenciosa, nos da una primera impresión de zona desespiritualizada. Pero si bien se la mira, posee, como la generalidad de las alamedas,

un buen secreto que no tarda en descubrirnos: el secreto del misterio, con todos sus atributos.

Y nos preguntamos si lo misterioso no es en efecto cualidad de alamedas. La de León, la de Querétaro, la de México. Recordemos: la leonesa tiene a su favor un esbelto aire de modernidad, y es quizás de las más elegantes del país; la queretana, inmensa, frondosísima, es ante todo un prodigio de trazo; la metropolitana —mármoles, bugambilias o buganvillas, y bronce— es como un puerto de alegre y bulliciosa, doliente y trágica, cosmopolita y romántica vida, sin la ventaja de las provincianas, que siempre están en las afueras de la ciudad, casi extramuros.

La alameda de Toluca, con todo y su abandono, o por esto mismo, no deja de ser bella y seductora. Sin los jarrones de horroroso gusto que la afean, vendría a ser como un jardín árabe en decadencia. Y ya se sabe que los árabes fueron, además, maestros en el arte de la jardinería. Pero lo que pierde en pasajera galanura, lo gana en austeridad, en sombrío recogimiento, en sensualidad. Sucede con ella que “evoca las livianas lujurias del verano”, como el Juan Ramón Jiménez de *Laberinto* acierta a decir.⁵ Y la evocación, sin llegar a los erizados límites de lo cursi (mas no se crea, el erizamiento en las cosas, animales y personas, o al revés, es puro camuflaje) es de una musical perfección que a los sentidos ambiciosos regala con noble munificencia. Se sabe, entonces, de lo que son capaces los narradores con fortuna, los líricos con audacia y los amantes con ambas cualidades. Y a paseo, al Colón.

Decir: “el otoño está bien maduro”, o “¡qué primavera más rebosante de salud!”, no tiene la menor cosa de extraordinario ni de desagradable, antes bien, es naturalísimo que tales frases se repitan; pero: “el invierno está en todo su esplendor”, es algo que críspa, desazona y quita todas, mejor, las escasas ganas de vivir que se tienen. El invierno es estimulante, invita al trabajo, acelera la vivacidad; pero que no lo motejen de esplendoroso, porque éste es vocablo frágil, y el invierno es todo lo contrario: metálico, marfilino, como nacido para resistir las peores expresiones en su contra.

En fin. Henos aquí, en el toluqueño paseo, curioseando a izquierda y derecha, en busca de algo distinto de las porfirianas macetas con cabezas de elefante que tanto se prodigan. El paseo es larguísimo, interminable, con una tupida arboleda a ambos lados. La leyenda asegura que no termina hasta topar con un pueblecillo todavía del Estado de México. Es tan profundo, nos aventuramos a creer, como los portales de la misma capital, a los que, a primera vista, achacamos un largo aproximado de tres kilómetros, aclarándonos más tarde que no, que apenas tienen uno y medio.

Varios monumentos en sus respectivas gloriets, entre los cuales no falta, no faltaba más, el del famoso almirante que le presta su nombre, hacen del viejo paseo un sitio buscadísimo por todos los visitantes, aunque sospechamos que las indispensables parejitas de la clase media que, como en el tango clásico, brindan suavemente por su querer, son sus legales usufructuarias, lo cual está muy bien, después de todo, vistos y oídos los

derechos de antigüedad. El amor, niño, joven o viejo, gusta del frescor y de la soledad, porque es planta delicada y que requiere maternales cuidados. Lo triste, si breve, dos veces triste.⁶ El doliente amor, el solemne amor de las quietas penumbras y primitivos misterios, es el que triunfa a la larga, porque no quiere nada con el estribillo ruidoso de las falsas pedrerías...

Esta tarde, Toluca flota en su melancolía de ciudad invernal. Y después de ver al amor en un relativo apogeo, se nos hace urgente un baño de luz artificial, de calles con movimiento, de portales profusamente iluminados. Pero ha llegado la señora noche. Una noche, por cierto, justamente desentristecedora, con la cual entablamos un diálogo acerca de si es o no auténtico un perro asirio petrificado que vimos en la puerta de una granja del Colón. Un perro asirio, sin tumbas, pero que de todos modos nos trajo el recuerdo de un poema de Federico García Lorca,⁷ y sobre el cual escribiremos en alguna otra ocasión, cuando ya Toluca la Guapa nos haya hecho entrega desinteresada de toda su amabilidad y nosotros sepamos corresponderla como ella se lo merece.

68. Fauna contemporánea. El aprendiz de nazi⁸

Hay escenas inolvidables. La que ahora deseamos describir no carece de interés, un interés muy especial, ya que tiene ciertos aspectos pintorescos de la vida ciudadana, y además, una íntima relación con el ambiente más desagradable que sobre la corteza terrestre, a manera de asfixiante capa gaseosa, se extiende amenazador y tremendo. Una escena curiosa, por otra parte.

Salíamos de una pequeña sala cinematográfica, de enfervorizar nuestras almas con varias sinfonías tontas, un episodio más de truculenta serie y dos noticiarios. Adivinábamos la noche fría, como nacida de invierno que concluye su vida. Mas no. Una heterogénea muchedumbre se agolpaba frente a un edificio, o mejor, frente a dos balcones, en uno de los cuales se hallaba colocado un inocente altoparlante que dejaba escapar la serie de argumentos dizque políticos más dislocada que habíamos oído hasta esa fecha. El sitio, sin llegar a caldeado, hacía olvidar el frío. Sin embargo, estábamos a punto de localizar a un tipo más de la contemporánea fauna: el aprendiz de nazi, digno sucesor del camisa dorada, aquel espécimen que el 20 de noviembre de 1935, por sus sangrientos desmanes en el zócalo metropolitano, se echó a las espaldas el desprecio del pueblo mexicano.⁹ En suma, otro fermento agrio.¹⁰

Los descontentos de profesión que utilizaban el reproductor no nos interesaron. Porque, ¿qué puede importar al movimiento revolucionario de México una trailla reaccionaria de esa categoría, integrada por cansados *bulldogs*, petulantes mastines, expangiristas del extinto Juan Vicente Gómez,¹¹ temblequeantes perdigueros y asustadizos

galgos como señoritos falangistas? Y luego, alborotando una vía importante, a una hora en que hasta el más modesto y emprendedor de los merolicos obtiene, sin mucho esfuerzo, la pródiga atención del público. Y más, descubriendo sin pizca de decoro, sin ningún sentido de elemental discreción, extraordinarias y brillantes disposiciones para la fanfarronería, lo que concluimos aceptando los progresos de su aprendizaje en el bien remunerado arte de invitar a la violencia. ¡Oh, el Pulpo Pardo —o, si os gusta más— el Gran Desbocado, es generoso con sus primerizos discípulos! Y más todavía, lo que nos colmó de estupor no fue precisamente el sollozar de aquellos “julietos” improvisados, sino la clase de público que les escuchaba. Era un público disímbolo, compuesto en su mayoría por suscriptores y lectores de periódicos “independientes”,¹² ociosos, distraídos, recién cenados, vigilantes de vehículos, billeteros, etcétera. Ah, y policías. El presidente de la república declaró días después, en tono justamente irónico, que “aquello era de la exclusiva incumbencia de la policía”. ¿No habéis oído decir que en México hay público para todo? Pues entonces, ¿cómo no habían de reunirse frente a los tristemente célebres balcones del edificio Cook más de setenta y tres personas, ansiosas, sin poderlo ocultar, de que en la ancha y fatídica calle de san Juan de Letrán¹³ sonara la hora de los hombres solos y las magdalenas de suelta trenza?

Esa noche salieron a flote, por encima de un mar de mezquindades, pero sin superarlo en cuanto a ausencia de moralidad, las bochornosas características del aprendiz de nazi, “machetero” de los procedimientos turbulentos, afanoso estudiante del sistema inhumano de los campos de concentración, esclavo mental de ese breviario del mesianismo germano que se llama *Mi lucha*.¹⁴ Quienes tuvimos oportunidad de captar tales detalles, ya podemos decir que no nos cuentan, que sí es cierto, que no es una leyenda lo del canallismo de esa subclase humana. Quienes cayeron ingenuamente en el grosero lazo de los maniqués fascitizantes, bien arrepentidos deben estar. Pedir la vuelta a las cavernas no es nada decente; el transeúnte pacífico, prevenido o no, al fin y al cabo conserva su independencia de criterio. La vociferante demagogia, la cobardía, “el corazón de papel mascado”, el resentimiento y la oratoria balconuda, son apenas unos cuantos rasgos del aprendiz de nazi, de ese paradigma de la mediocridad (y conste que no son los mejores entre los mediocres), de ese residuo de la edad media, vergüenza de todos los tiempos.

Sinceramente, nos resistimos a creer que la fauna contemporánea se enriquezca con la incorporación a sus filas de semejante tipo. El género turbio de la humanidad es difícil de situar. Quizá ni el más tolerante de los manuales de zoología lo soporte.

69. Fauna contemporánea. Las mujeres asnas¹⁵

La conmovedora, tristísima frase, pertenece a uno de nuestros escritores más finos y menos divulgados: Julio Torri, autor de ese trozo maravilloso de prosa poética que se

llama “La balada de las hojas más altas”, página de antología como pocas se hallan en la literatura contemporánea de nuestro país. Es una frase breve, concisa, madura: “Las mujeres asnas son la perdición de los hombres superiores”.¹⁶ ¿Terrible? No sólo terrible; aplastante, desoladora. Lo cierto es que ya no se concreta de tal manera una verdad tan simple. Hoy se acostumbra, en la conversación al menos, una especie fastidiosa de fraseo, petulante y hueca, nacida al amparo de cierto cinematógrafo de tercera clase y aplaudida, sancionada no sólo en los bailes donde impera Galileo con su orquesta de medio *swing*, sino hasta en los tes danzantes de las colonias pseudoaristocráticas.

Es un rasgo sintomático. La decadencia del buen gusto, al igual que la de los imperios, se acentúa cada día que pasa, como si la humanidad tuviera por destino la grosería, o simplemente el régimen fascista. Con la imaginación, cosa de origen turbulento, ya no se cuenta. Hay que recurrir a medios más baratos, y entre ellos, muy a la mano, encuéntrase la literatura vulgar, el cine y el radio. Este último invento es de una impiedad casi divina, nada perdona, es penetrante, lleno de baba y por lo general no es utilizado con objetivos decentes.¹⁷

El cine da para todo, y es el único responsable de que la mujer actual se comporte como se comporta, es decir, *normashearerescamente*. De la literatura, mejor ni hablemos; es un caso que rebasa los límites de lo sensato, pero los estragos que ha hecho pueden darle categoría de calamidad universal. Quedemos entonces en que lo superficial, si no *modus vivendi*, es un mal de tremendas consecuencias, y en que las mujeres asnas son, en la inefable fauna contemporánea, especímenes de dudosa bondad. Perdición —¡esta palabra, después de todo, sólo se usa en los tangos!—, o sencilla distracción de los hombres superiores, si existen, es dilema que sólo un espectador sin pasiones, o sea sin estructura moral, puede resolver. Ante cualquiera mujer, asna o sabia, angelical o demoniaca, fracasarían nuestros mejores proyectos. Entre la mujer de Enrique Heine, prototipo de fracasada (Heine no era tampoco un dechado de virtudes) y la esposa de Carlos Marx, la deliciosa Jenny, hay un abismo de kilométrica profundidad.¹⁸ Es en ese abismo donde la asnografía encuentra material. En ese abismo buceó Julio Torri para llegar a la conclusión que motiva estas líneas dislocadas.

Una mujer asna es como una tentativa frustrada para asesinar a un mal aprendiz de César, así de incómoda y desalentadora es. Una mujer asna, cuando no es una coqueta derrotada, es un ser de variable conducta que vive con la ilusión de verse un día con alas y volar, volar a cualquier parte, causando pavor con su perturbadora imagen de centauresca y mariposa. La mujer asna, es muy posible que usted la vea a diario, tiene una característica inconfundible: camina como si pensara que lleva sexualmente a todos los hombres a rastras por la calle, igual que caminaban ciertas jóvenes descritas por D. H. Lawrence en *Canguro*. Las mujeres asnas, exclusivo producto de nuestra época, florecen, como los microbios, únicamente en terreno fértil. La pequeña y gran burguesía (entiéndase que sólo lo más corriente de esas dos capas de la sociedad), suministran los ejem-

plares más caros. Pero quedan excluidas las “durbinistas”,¹⁹ por briosísimas y gentiles, las patinadoras, por poéticas, y en general, todas aquellas de fuerte espíritu deportivo, en consonancia con lo bello y animador del mundo. La deportista, bien plantada, es la rosa de los tiempos.

Las mujeres asnas serán también la perdición de un hombre superior, ¡un ario!, que por cierto maneja la propaganda del *reich*. Herr Goebbels perderá, se perderá por ellas, a pesar de que los puños convincentes de Max Schmeling²⁰ le han calmado bastante. Sería lamentable que el viejo continente se viera un día sin la fiesta pirotécnica de la demagogia nazi. Lamentable, pero... ¡apresúrense, asnas europeas!

70. Fauna contemporánea. El orientador²¹

Con mal disimulada molestia, el orientador se pasea por las calles de la ciudad. Charla. Discute y discurséa. Orienta. La fatalidad le ha señalado, con índice de fuego dulzón, como un piadoso, generoso, desprendido encaminador de destinos y de almas. Su sabiduría, vista discretamente desde el ángulo de lo consagrado como divino, casi casi le convierte en profeta. Sus profecías —pronunciadas entre golpes de pecho y puñetazos al aire— son hijas predilectas del espíritu santo, son quietas florecillas de gracia y virtud, son chorros de miel para los paladares insatisfechos de quienes brindan, por ejemplo, por el pronto y feliz retorno de las siempre bienamadas diecinueve compañías petroleras, o por la caída de Madrid en manos de los aguerridos flechas negras —¿recordáis Belchite?—²² o por la desaparición total de tanto y tanto “comunistoide”, vocablo, que conste, no inventó el autor de *Cariátide* y de *Camino de perfección*, Salazar Mallén. Pero no basta profetizar. Competir con las bellas, con frecuencia bellísimas húngaras quirománticas, no es tarea digna de profeta bien nacido; tampoco sería decoroso pasarse la vida leyendo el porvenir en las figuras caprichosas de los residuos de una taza de café turco...

Tales entretenimientos, cierto que no innobles, desmerecen ante los ojos de los fieles. Estos ya no creen, pongamos por caso, en las palabras de aquel buen señor ocupado de profetizar, desde el mediodía del primero de diciembre de 1934,²³ el inminente, ineludible, imprescindible —palabras cuya contundencia no os puede pasar inadvertida— derrumbamiento del régimen actual. ¡Cuatro años y un resto de semanas con la misma letanía! ¡Pero pobre: la *Providencia* en que anhelosamente confía, no le ha querido complacer! Por eso los fieles, los fieles lectores y suscriptores de los periódicos que nos previenen contra la atilesca invasión de los tremendos rojos, ya no creen así como así en las profecías, ni aunque se las endilguen por medio de un torturante magnavoz. Saben de sobra que los párpados de la sueca Greta Garbo y los labios de la desnuda protagonista de la cinta *Éxtasis*, no son ni más ni menos exóticos que una idea, simple o atolondra-

damente expuesta, de libertad y decencia. El exotismo, el infalible, imparcial tiempo lo descubre, sí es una gran característica de los profetas, irremediables habitantes del inmenso país de Mongo, regido por Ming, el del adusto ceño y las truculentas intrigas, dueño y señor de las zonas interplanetarias y barrios adyacentes.²⁴

Pero hablábamos del orientador, que es individuo terreno, y por ende palpable. Quede lo inasequible para los pitonisos que aguardan, las manos al cielo y un rictus de esperanza en la boca, el arribo a nuestro suelo —¡firmes, marchen, paso de ganso!— de la legión de la cruz disparatada. El orientador, tipo omnividente, se acerca más al apóstol que al profeta. Es, en consecuencia, doblemente extemporáneo, pero con triples derechos para pertenecer a la fauna cuyo estudio nos hemos echado sobre las espaldas... El orientador imagina salvar a la nación, él la cree perdida o a punto de perderse, con los conjuros más estúpidos que hayan brotado de cerebro humano, a excepción de las hechicerías de la madrastra de Blanca Nieves.

Su apostolado, convengamos en que lo ejercita para facilitar su clasificación, es el de la necesidad. Se mueve, cual aceitosa, escurridiza bestezuela, en una bruma de contradicciones que hacen el encanto de sus adictos ocasionales. Sin embargo, el orientador se siente un ser providencial. La humanidad, piensa, no tiene derecho a prescindir de mí. Soy quizás un dios menor, pero la flamígera espada que porto está bendecida por el que vive, y se aburre, en el cielo. La cruzada anticomunista,²⁵ de la cual soy el más modesto representante, tiene tanta necesidad de mí, que sería un ingrato, cuando no un renegado, si abandonara la lucha iniciada en san Juan de Letrán y rematada estrepitosamente allí donde las Atracciones Sotelo —tiros al blanco, caballitos, ruedas de la fortuna, automovilitos, chicotes, pulpos, etc.— ofrecen al pueblo diversión y alegría.

Se dice que lo semejante busca a lo semejante. Dígase también que el orientador busca al orientador; como es natural. Dios los cría y ellos se juntan. Dos orientadores no importan; en la Alameda Central hay bancas de sobra. Tres, cuatro, cinco orientadores, sólo distraen al transeúnte el mismo número de minutos. Ah, pero más de veinte orientadores conmueven. ¿Que cómo y para qué se reúnen? Es bien claro: los ángeles antisemitas reparten las circulares, con la orden del día y el tema a discusión. Ya reunidos, se piensa que falta poco para que el mundo —¡este mundo tan malo, desorientado y perverso!— se convierta en una gigantesca pocilga. Lo discutido y acordado en cualesquiera de sus reuniones a nadie interesa. El desabrido innato, o sea el orientador, posee la virtud, taquillera virtud, de los santones de feria, que cuando se cansan de fastidiar al siempre irreflexivo público que a veces les escucha, adoptan tiesas posturas de objetos de vitrina expuestos a la voracidad del mejor postor, aparecido siempre, ángel guardián previsor, encarnando a un exaltado antisemita, quien sin mucho esfuerzo logra animar —¡oh, el oro del pangermanismo nazi!— a los ingenuos aprendices de estilistas a proseguir “en la brega”, o mejor, en el escándalo infecundo y en el risible, ridículo mitinismo.

71. Itinerarios. Tampico: ida y vuelta²⁶

La ruta

Mi modesto conocimiento de carreteras se reducía a casi nada, hasta que una preciosa oportunidad me ha hecho recorrer la ruta México-Laredo, hasta Ciudad Valles, San Luis Potosí, y de esta población al puerto de Tampico. Las de México-Puebla, México-Cuernavaca-Taxco, México-Pachuca, México-Toluca, sumadas a pequeños viajes por “caminos reales” del interior del país y un inolvidable recorrido nocturno de Mérida a Uxmal, no constituían en manera alguna un récord envidiable.

Pero hoy me considero regularmente satisfecho. La carretera que acabo de conocer es la culminación de lo majestuoso y espléndido. La nación debería estar más orgullosa de poseer una vía de comunicación como ésta, trazada a través de la Sierra Madre Oriental, y pletórica de lugares magníficos, panoramas de sorpresa y pueblos tropicales que son una delicia constante. México, Ixmiquilpan, Zimapán, Tamazunchale, Valles y El Mante, son algunos de los puntos de mayor interés de la ruta, contando, desde luego, la atracción de los perfectos puentes plateados que permiten el paso sobre anchos ríos de curso caprichoso.

Ya en Tampico, aniquilado por un viaje de doce horas, recuerdo como escenas de *filme* documental: los ríos Axtla, Coy, Pujal, Tamazunchale, con sus respectivos, sobrios puentes, y el Guayalejo, que se pasa en chalán. Estos ríos, como ciertas lagunas de leyenda, parecen encantados. Y veo también, en la parte árida del estado de Hidalgo, caravanas de indígenas otomíes en miserable situación; y escuelas, muchas escuelas, contrastando con el paisaje hostil. Más acá (sobre Tampico empieza a soplar un viento moderado del norte), en lo más empinado de la cordillera, sitios impresionantes como el Cantil de la Mona, el del Espejo, la Loma de Aguayo, el Purgatorio, etcétera. En varios poblados, numerosos campos de turismo, restaurantes bilingües, excelentes gasolineras. En una de éstas, creo que en la de Jacala, conocí a un norteamericano que vive de vender pájaros tropicales, a los que previa y pacientemente enseña a emitir determinadas palabras inglesas. En esa ocasión llevaba uno que sólo había aprendido a gritar: ¡aló, aló! Un empleado de la estación de servicio me dijo que el mentado comerciante pasó una mañana con un ejemplar muy raro y muy escandaloso, de lo cual inferí, desde luego, que la Selva Parda de San Juan de Letrán comienza a ser conocida y apreciados sus habitantes por los parques zoológicos. Modestia aparte, creo tener un lector norteamericano: mi serie de artículos sobre la “Fauna contemporánea” no ha sido del todo intrascendente.

Entre Valles y Tampico se encuentra el ingenio azucarero El Mante, negociación expropiada por el gobierno federal el 18 de febrero de 1939, por considerar que “fue establecida por un grupo de personas que emplearon para ello fondos obtenidos del Banco de México, valiéndose de la influencia de que disfrutaban gracias a su posición privile-

giada y a los puestos públicos que servían”. El resultado del acto expropiatorio por causa de utilidad pública ha sido la organización de una cooperativa de participación estatal, con obreros y campesinos profundamente interesados en el funcionamiento perfecto del ingenio. El Mante es anchísimo, y en el centro de los inmensos plantíos se yergue retadora una soberbia chimenea, vertical como la confianza que los trabajadores tienen en sí mismos y en el régimen actual.²⁷

Y después, a derecha e izquierda del camino —un camino tan descuidado que nos hace añorar la limpieza de la gran carretera que abandonamos en Valles—, nutridos bosquecillos de palmeras silvestres, vegetación interminable y una brisa marina, penetrante y reparadora. Al cabo de 720 kilómetros: el puerto, corazón del petróleo.

El puerto

Tampico, puerto fluvial, se me aparece con un aspecto raro, como de ciudad asiática, esto es, con ese carácter internacional de los puertos de Oriente. Se extiende, con sus colonias, seis kilómetros sobre la ribera izquierda del río Pánuco, pero incluyendo Ciudad Madero, son dieciocho de extensión; cuenta la ciudad con cien mil habitantes, y hay que anotar que de 1914 a 1918, la población creció de dieciocho mil a ciento cincuenta mil, debido, todo mundo lo sabe, al auge económico de aquella época. En estos momentos, el muelle fiscal, con una longitud de ochocientos metros, se encuentra felizmente recargado de trabajo, y los obreros se turnan día y noche para acelerar las tareas de carga y descarga.

(Presiento que mi breve estancia no me permitirá observar sino unas cuantas cosas, quizás las menos características. Sin embargo, no logro evitar la anotación de algunos detalles.)

Además de por el Pánuco y el Támesis —y me remonto a mi cuarto año de primaria—, Tampico y Ciudad Madero están rodeadas por las lagunas del Champayán, del Chairel (ésta será desecada muy pronto para acortar la carretera Tampico-Valles, y evitar también la propagación del paludismo), la Escondida, de Tancal, del Camalote y otras, que no impiden el que Tampico carezca de agua potable y que sus habitantes se vean precisados a elegir entre la *Tripura-Water* y las “bolitas” y “flautas”²⁸ de cerveza, porque la única cervecería que expende lúpulo en jarras no soportaría la demanda. El problema, tan serio como el de urbanización (he visto en un viejo plano de 1920 el trazo torpe y codicioso de la colonia Lauro Aguirre, ex El Recreo, de la que sólo se salva una breve placita bellamente adornada con seis altivas palmeras), hace decir a los tampiqueños que no saben cómo no se han muerto todos de tifo. Sea lo que fuere, el caso es que todas las antesalas de los consultorios que he alcanzado a ver, estaban llenas de enfermos o de aspirantes a pacientes.

La ciudad, repito, es de una irregularidad que da miedo. Algunos edificios aún ostentan los estragos del último ciclón. La parte más uniforme, como sucede en todas

las poblaciones de importancia, es la colonia del Águila, sitio alto, bien urbanizado, con residencias petulantes que mucho contrastan con las endeble construcciones de Ciudad Madero, pobres e insalubres. El palacio municipal de Tampico es un estupendo edificio, modelo de discreción arquitectural; en cambio, la catedral es la más fea construcción religiosa del mundo, contando la de Guadalajara, México. Pero no sólo. A un lado del templo principal, se levanta, ¡y cómo no estalla!, el cine Alcázar, único rival en cuanto a vulgaridad bien lograda, del Alameda de la capital. El resto de los edificios es incoloro. Claro, mucho fue improvisación, aunque, en lo general, el trazo del primer cuadro es aceptable.

Me llama la atención cómo se habla inglés, sobre todo en los cafés y en los bares; y cómo, hasta en los mostradores de las tiendas, jóvenes y viejos juegan, ¡y se divierten!, ese juego tan bobo y tan banal que se llama cubilete. No, no me asusto ni mucho menos; recuérdese que en el Distrito Federal el juego está prohibido y que por consiguiente a un capitalino le resultan extrañas ciertas “libertades”. En fin, por algo los habitantes del D.F., se van los domingos a Tlalnepantla...

72. Itinerarios. Tampico: ida y vuelta (II)²⁹

La danza en persona

El general Moctezuma, este huasteco de pintoresca vida e inmenso sombrero tejano, es quien me conduce al café Ambrosius, recinto amplio y fresco, situado frente a Petróleos Mexicanos, ex edificio de *The Mexican Eagle Oil Company Limited*. Un cómodo restaurante, con siete mesas, un piano misterioso y cuatro lámparas, atendido por una jovencita europea, Margarita Verlage, verdadero prodigio de armonía femenina y juvenil arrogancia. No tardo en definirla: “la danza en persona”. Y pienso entonces en el ritmo deportivo, en las cálidas ondulaciones de la carretera panamericana, en los musicales cañaverales de El Mante, en el color del agua del río Guayalejo, en mi primera sensación, hace seis años, frente al Golfo. Me atrevo a musitar: “El hada armonía...”³⁰ Mi acompañante, mientras tanto, me conversa de Sandino, de la indiada huasteca, de “cuando Tampico derramaba oro a manos llenas”. Sobre esto último, le replico que yo no tengo la culpa de que ahora, por lo pronto, el derramamiento no se acostumbre, y que lo siento mucho, deseando para la gran ciudad porteña una nueva época de franca y decidida prosperidad. Se enfada y calla, pero a continuación prosigue su charla. Le oigo, sí, por el interés extraño de sus relatos, matizados sabrosamente con originales frases —“los que tenemos unos cuantos pajuelazos metidos dentro del cuero”— mas no pierdo de vista a Margarita. Mi danzarina, ¡qué joven!, tiene ojos azules, mediterráneos, cabellos rubios y una voz azucarada que me obliga a tener siempre listo

este que ya de por sí es el más desinteresado de los sentidos: el auditivo. Pero su voz, para su danza, no es absolutamente necesaria. Si no tuviera que informar a los abonados o eventuales clientes lo que hay de comer; si no existiera el terrible, imprescindible deber de pasar la cuenta; en fin, si no hablara, sería igualmente fascinante su agilidad, su gracia plástica, su correcta conformación física en flor de adolescencia. Su paso es largo y firme, silencioso como las ramas de un sauce. Cuando, rara vez, está sin hacer nada, todo su cuerpo es el mejor dibujo, la mejor melodía. (Baudelaire decía de una exquisita: “No pudo el tiempo romper la armonía chispeante de su andar y la elegancia indestructible de su armonía”).³¹ Moctezuma, en tanto, no para de fumar ni de hablar. Hay un momento en que me hace recordar al clásico guía del oeste norteamericano, aquel fiel camarada de los inmortales llaneros Wild Bill Hickok y Buffalo Bill Cody.

Pero pronto regresaré a México (“Allá, tras las montañas orientales”),³² la ciudad única —declaraciones de odio, declaraciones de amor—,³³ y esta Diana, diosa indiscutible, permanecerá fiel a sí misma, con su danza finísima y sus pupilas claras. Sólo el recuerdo será grato y perdurable. Su recuerdo y el de toda la sorprendente región: Árbol Grande, la Refinería de Ciudad Madero y Mata Redonda, Veracruz, importantes secciones del Sindicato de Trabajadores Petroleros de la República Mexicana. Y las lagunas, el mar siempre joven y el Pánuco.

La montaña mágica

Atrás, muy atrás, ha quedado el puerto. (“Un puerto es morada encantadora para un alma cansada de las luchas de la vida. La amplitud del cielo, la arquitectura móvil de las nubes, el colorido cambiante del mar, el centelleo de los faros, son prisma adecuado maravillosamente para distraer los ojos sin cansarlos nunca”. Baudelaire.)³⁴ Y estoy de nuevo en la montaña, prisionero del inmenso paisaje mexicano (“inmensidad, inmensidad arriba”):³⁵ variadísimas tonalidades azules, diversas vibraciones de jade, trazos grises y cafés de la más delicada naturaleza, líneas y manchas rojas como arterias y vísceras del gigantesco concierto. Esto es, de la salvaje sinfonía. (“El encinar solloza”).³⁶ Adormecido, escucho la romántica magia musical, en que se mezclan lejanos, lejanísimos silbatos de invisibles, inexistentes ferrocarriles cuesta arriba; sirenas de barcos que parten, de ambulancias desesperadas por las calles de una vieja ciudad; cantos de pájaros salvajes; gritos de torrentes arrolladores, gemidos de agua mansa; marimbas tropicales; clarines bélicos y batir de alas.

La sensación es imponderable. Este es un clima para convalecientes. Esto es la vida en su primitivo, legendario esplendor. Llego a pensar que las mezquindades, convertidas en plantas, no prosperarían aquí donde todo es pureza, donde todo es esbelto y gracioso y sano, donde el optimismo, el amor a la vida y el fervor por la belleza son los reyes de la música, de la soberbia magia de la tierra mexicana.

73. *Close-ups* de la ciudad. Sainete al aire libre³⁷

Esta tarde cálida, hija legítima de una primavera aún no madura; los edificios de la ciudad, los mudos así como los que hablan y los que cantan, cobran relieves gratos a la contemplación, sintiéndose que en todo el valle la temperatura, tierna, azulencia, no sume a los hombres en el bochorno típico de los feroces días caniculares. Hasta es posible que algunos ciudadanos, llevados por el ambiente ligero y suave o porque no pudieron salir de vacaciones a la costa, “vean venir” cierta brisa marina precursora de olas encrespadas o simplemente neurasténicas. Un ensueño, un espejismo, una añoranza; nostalgia, sensación de alivio. Lo que fuere. La tarde es propicia.

Pero los regímenes no son eternos; y a esta media tarde también, fatalmente, le llega su desquiciamiento. ¿Quién habría de decirle que sería apuñalada cobarde, arteramente, por una banda irrespetuosa de heroicitos de balcón, parapetados tras de una insignia, la nacional, que no tienen derecho a esgrimir? Es lamentable que esto, que pudo ser una sentimental elegía a la tarde perfecta, haya de convertirse, por obra y gracia de media docena de reaccionarios, en una vulgar crónica sobre las actividades de los Saltimbanquis de San Juan de Letrán. El carácter vulgar, que conste, deriva tan sólo de la calidad de los entes que integran el “benemérito” Partido Nacional de Salvación Pública, primero en su género en los anales de lo decididamente histriónico, de lo tristemente anodino.

Los motineros pretenden refugiarse en el artículo noveno de la Constitución,³⁸ acaso sin haberla leído con detenimiento. En el pecado llevan la penitencia, diría un manso cordero de Dios. Mas no exageremos. El noveno constitucional, digno de todo respeto, es demasiado alto para ellos; esa jauría desmelenada no merece siquiera entrar en la jurisdicción de ningún precepto constitucional, pues como bien lo dijo no hace mucho el primer magistrado de la nación, “son asuntos de la exclusiva incumbencia de la policía”. Lo que les ha valido el mote de alborotadores corrientes, mitoteros profesionales, etcétera. (Caben en éste etcétera los plásticos epítetos que el pueblo les endilga cada vez que pretenden hacer sus “pacíficas reuniones” para protestar. ¿Para protestar contra qué o contra quiénes? Este es el enigma. Porque ni los ociosos que reclutan en la Alameda Central para que los ovacionen, ni los dieciocho suscriptores de la prensa dizque independiente, que ahí van a refocilarse, en fin, ni los vendedores y vendedoras del “último de la suerte”,³⁹ podrían explicarnos qué es lo que se proponen los martiritos nazis del ya clásico balcón.) Después de aquella tarde echada a perder, nosotros no diríamos que los “salvadores” evitaran sus escandalitos nomás porque dificultan la circulación de los vehículos. El argumento policiaco, justo y atinado, tiene el énfasis característico de una prohibición. Por nuestra parte, nos apoyaríamos en algo más que en el tráfico entorpecido. Presentaríamos, por ejemplo, razones de estética.

“En nombre de la razón humana, protesto contra los terremotos de Lisboa”, exclamó Voltaire. Pero tampoco en nombre de la razón humana podría protestarse contra los

“emisarios divinos” del edificio Rule. A los irracionales hay que silbarles para que atiendan. Por eso resultan tan eficaces los silbatos de la policía y los silbidos del pueblo. Por eso también, cuando uno de los “salvadores” (“Érase un hombre a una nariz pegado, érase una elefante boca arriba”, soneteó Quevedo), chillaba que “el Partido Nacional de Salvación Pública es como una centella que cruza el firmamento avisando a los hombres de México su próxima integración a la paz y al orden”, oyose un musical murmullo que hizo temblar a los presentes. Un hálito de ultratumba se extendió sobre la ancha y soberbia calle. De pronto, un silbido clamoroso (los muertos silban al hablar) exclamaba: “Soy el espectro del general Juan Vicente Gómez. No os dejéis engañar por el elefante boca arriba que os grita desde ese balcón. Si os recita poesías, contestadle con un ladrillazo. Muerto y todo, nada me avergüenza tanto como haber dejado que ese pillastre me limpiara las botas y me estafara. Salud.” La última palabra casi se perdió entre los aullidos de terror y de indignación. Un segundo más tarde, el honorable cuerpo de bomberos hacía su emocionante aparición con el objeto de apagar “el fuego candente y castigante” (*sic*) de la oratoria del distinguido paquidermo, cuyo fin, a no dudarlo, tendrá lugar en el Cementerio de los Elefantes, ese truculento valle, u osario, donde van a morir, voluntariamente, los colmilludos decrepitos, si hemos de creer a Edgar Rice Burroughs, creador del mítico *Tarzán*.

Así fue aquella tarde, la voz encolerizada del pueblo, la sombra vengativa del extinto dictador venezolano y, digamos, el Destino, dieron fin a un sainete más del partidito ese de aprendices de nazis.

73. De entrega inmediata. Postal neoyorquina⁴⁰

Acabo de ver una película maravillosa, de una fuerza tremenda. Cuando la den en el Hidalgo, no dejes de verla. Nueva York está chiflada⁴¹ con el pabellón de la URSS, que se roba toda la exposición.⁴² Ya lo verás por lo menos en los noticiarios. Es algo aplastante. No es verdad que Nueva York sea el último baluarte del feudalismo. Por el contrario, es joven y generosa. México y la Unión Soviética son admirados y queridos, al menos por lo que yo he podido notar en el público y en los obreros huelguistas de los muelles, que me hablaron muy elogiosamente de *El Machete*.⁴³ Un día vendrás. Creerás, como yo, que aquí naciste, y que no te podrán sacar sin que te asfixies. Ya toda mi vida padeceré una enfermedad terrible: nostalgia de Times Square.

Descifremos la postal. La película maravillosa es *Alexander Nevsky*, dirigida por Sergei Eisenstein y D. I. Vasiliev y producida en Mosfilm Studios, URSS. Trabajan en ella los mejores artistas de la república, y las crónicas nos informan que supera a *Pedro el Grande*, otra soberbia producción soviética que hace poco ofreció la Universidad Obrera en el

ya clásico teatro Hidalgo. La acción de *Alexander Nevsky* se desarrolla en el siglo XIII de nuestra era, cuando Buti, hijo mayor de Genghis Khan, conquista Moscú y otras ciudades rusas. De lo cual se deduce que la cinta es espectacular y grandiosa, llevada a todo trapo conforme a las exigencias históricas.

Por lo que respecta al pabellón de la Unión Soviética, de todo corazón deseamos que sea más discreto y menos ostentoso que el presentado en París.⁴⁴ El de esa ciudad, según informes recabados en fuentes dignas de todo crédito, parecía un pabellón de nuevos ricos, afanosos y desesperados por mostrarse sobrados de riquezas. Pero en fin, ya los noticieros se encargarán de darnos una, como siempre, versión aproximada y periodística. Y que la gran ciudad que mira al Atlántico continúa chiflándose.

Por otro lado, Nueva York sí es el último baluarte del feudalismo. Pero un baluarte rodeado de juventud y de generosidad por todas partes; de otra manera no se comprendería por qué nuestro país y la Unión Soviética son tan admirados y queridos por los jóvenes y los trabajadores. Nueva York, ciudad de ciudades, ha sido denunciada repetidas veces por grandes escritores y por imparciales periodistas, los cuales han sabido penetrar en la entraña terrible de aquel “puerto del planeta”, y no buscaron solamente la panorámica, sino también el detalle; los *pickets*⁴⁵ infantiles, enternecedores y simbólicos; el ambiente en que vegetan los trabajadores que hacen los *subways*⁴⁶ y las alcantarillas; las tabernas de Chinatown;⁴⁷ las tragedias que se adivinan en los ojos, en las danzas nostálgicas de los hombres de color, etcétera. Claro que el lado soportable de la medalla es el sentimiento revolucionario, francamente antifachista de miles y miles de habitantes: juventudes progresistas, trabajadores rebeldes, organizaciones poderosas encargadas de mantener vivo el fuego de la Revolución. Por esto a R.⁴⁸ le pareció generosa y joven la ciudad; por eso algunos trabajadores huelguistas de los muelles le hablaron del desaparecido “Filoso”, hoy *La voz de México*.⁴⁹

Creer, a primera vista, que se nació en Nueva York, es rendirle a la más grande ciudad del mundo el mejor de los homenajes, así sea uno el hombre menos importante del mundo.

Pero, me pregunto yo, ¿podría R. escribir en Nueva York, es decir, en una auténtica urbe, con el estilo sorprendente que usaba desde la pequeña población de Nopala, pongamos por caso? Con franqueza, prefiero la prosa nacida en la altiplanicie mexicana que la producida, o por producir, en Manhattan, o en alta mar rumbo a la cada día más anciana Europa. Y no hablo de *El envenenado*,⁵⁰ novela corta escrita por R. bajo la luz del valle de México. A continuación me permito ofrecer un trozo, cogido al azar entre las cosas que de él guardo:

¿Cómo es su voz? No. No puede compararse con ninguna otra voz. Ni con pájaros, ni con violines. Es una voz sola y propia como una flor en medio del campo; fluye fresca y clara como agua entre las piedras, y acaricia el oído como una brisa de mayo las altas copas de los árboles. No es voz para reír. Oscura y temerosa, se asemeja a la hora, cuajada de luciérnagas, en que

la tarde de verano muere en brazos de la noche, constelada de amores y ruidos misteriosos. Si canta, canta triste y lejana, esbelta y entera como una caña; no es una voz quebradiza, movable como una mascada al viento, sino inmóvil, con el lujo sobrio de un icono toscamente tallado en madera y vestido de viejos oros venerables.

Allá lejos, ¿continuará la voz de R. tan limpia y segura como entre nosotros? ¿No sufrirá la prosa en medio de aquella barahúnda internacional? Ojalá que mis temores resulten infundados, y que la suave prosa de R. no tenga alteraciones perjudiciales.

Para finalizar, estimo que debo una explicación. En verdad, es raro que alguien se preocupe por los posibles desmerecimientos en la calidad literaria de otra persona. Esta persona es Rafael Solana, animador del *Taller Poético* y fundador, con Paz y Quintero, del *Taller*. Yo sólo me he concretado a acusar recibo de su postal, hacer algunas aclaraciones sin mayor autoridad que la que pudiera darme a conocer Nueva York a través de libros, reportajes y epístolas.⁵¹

75. Pláticas de arte y otras cosas. En torno a Walt Disney⁵²

Lo corriente en una conversación cualquiera es que aparezcan expresiones irónicas con la palabra “complejo” en medio. “Fulano tiene el complejo de la corbata azul”, “Mengano tiene el complejo de las levantadas tarde”, etcétera. Nada hay más popular en el teje y maneje de la charla cotidiana, habiéndose llegado al grado de que todo mundo se siente con legítimo derecho para endilgarle a su vecino más cercano los complejos que le vengan en gana. Y no ya en forma de recriminación vulgar, ni a manera de advertencia. Descubrirle complejos a una persona es casi una condenación. Nunca un insulto, desde luego.⁵³

Hemos visto personas orgullosas hasta el colmo porque poseen casi media docena de los famosos complejos. De lo que podemos deducir que los coleccionistas de complejos son una verdadera legión, una fauna contemporánea digna de mejor suerte. Los cafés, los bares, los casinos, los billares (“tienes el complejo de la carambola de tres bandas”), son criaderos, viveros de complejos, aunque en semejantes sitios se ignora quiénes son Segismundo Freud y el doctor [Alfonso] Millán.⁵⁴

Alguna ocasión, deambulando por esas calles, le oímos a un transeúnte esta frasecita gráfica y vengativa: “El complejo del hombre que compró un automóvil”. Un enemigo de las bocinas estruendosas no halló mejor expresión para demostrar su odio a los v8, cuyos conductores confunden las que deberían ser pacíficas avenidas con aligeras pistas para demoler toda clase de récords. Pero donde los complejos logran su línea más acabada es aquí: “El complejo del Pato Pascual”, expresión que se deriva seguramente de

aquella otra de que es autor Ortiz Ávila: “El Pato Pascual que todos llevamos dentro”. Cosa terrible, como puede verse tan a las claras.

Aun el de inferioridad queda pequeño ante el complejo del Pato Pascual, ese ente simbólico, ese proletario de la cinematografía animada, ese maravilloso gruñón, ese grumete tortuoso, Robinsón genial y marrullero. Y entonces viene la consabida pregunta: ¿quién que es no ha reído, con la risa más limpia del mundo, ante las gracejadas de *Donald Duck*? Para no reñir con el tiempo, recuérdense tan sólo *Don Pascual*, aquel corto maravilloso, suma de gracia y diversión. El gesto de Pascual cuando se le encoge el “sombrero de charro”, es la culminación de la tragedia y una de las escenas perfectas del sinfonismo tonto. En los cortos de Pascual hay de todo: rebeldía contra todos los regímenes habidos y por haber, es decir, descontento perenne, sublevación eterna contra el orden “sabiamente” establecido por los poderosos; malicia, habilidad, ingenio, travesura; y pequeñas traiciones, irrespetuosidad, descaro; hay también cierta dosis de filosofía de la vida, como que en realidad cada corto es un manual entre moralizador y educativo, bien que sin las tediosas moralejas de las fábulas clásicas.

La sinfonía tonta, consagración del arte fílmico, posee cualidades de tal naturaleza, que los peritos en cosas artísticas, en vez de romperse la imaginación en las exposiciones y en las galerías, fijáronse, atinadamente, en una sola escena de *Blanca Nieves y los siete enanos*, a fin de honrar uno de los museos más prestigiados de Nueva York. Es una escena bellísima: aquella del feroz buitre en espera de lanzarse sobre el cadáver de la bruja, en medio de la tempestad nocturna. No es pues de las partes dulzarronas de la película. Es un sólo dibujo. Y Walt Disney, personificación de la modestia, se gana en forma definitiva la inmortalidad. Claro que, como él lo dijo, no es creación personal. Todo el taller de Walt Disney debe sentirse orgulloso.

“Ah, si Leonardo viviera, qué gran placer encontraría en trabajar con nosotros”, dijo Disney cuando se le entrevistó a propósito de haber pasado una de sus obras a una galería de calidad. Y a fe que le sobra razón. Disney es también un tipo del Renacimiento. Y Leonardo De Vinci, hombre prodigioso, tendría en los talleres del dibujante norteamericano los mejores materiales para sus creaciones. ¡Qué sorprendentes cortos harían los dos, Disney y Leonardo! Pero, se me dirá, ¿no es mejor pareja para Walt Disney Miguel Ángel? Es muy posible, ya que el dinamismo del gran florentino se adapta perfectamente al del creador de Mickey Mouse. Sin embargo, Disney ve en Leonardo un ideal de arte.

Así pues, los tiempos contemporáneos, que algunos creen la culminación de la cultura, a pesar de los desmanes fascistas, tienen ya sus hombres-mitos: Chaplin, tan melosamente elogiado por Jean Cocteau;⁵⁵ Walt Disney, cumbre de la creación fabulosa, poética. No hay diferencia visible entre la danza de los panecillos y un gesto, cualesquiera, del Pato Pascual. Es el drama humano en proporciones niveladas. Es cuando no se discute si es o no arte el cinematógrafo: magia, fábula, poesía, todo se confabula prodigiosamente en el cerebro del artista para la realización acabada de la obra.

En un rincón de una de las pinacotecas más notables del mundo, hállase la obra del taller de Walt Disney. La noche cerrada, la lluvia cayendo sin piedad, y el ave de presa, hambrienta y traidora, mirando con ojos de ferocidad a la madrastra de Blanca Nieves, acosada por el grupo de enanitos. Sugerencia, misterio, sencillez, es decir, todo lo que una obra de arte requiere para serlo.

76. Los grandes poemas. “Caballero solo”⁵⁶

Es un poema de Pablo Neruda, el chileno a quien el visionario [Ermilo] Abreu Gómez, el de la sagacidad irrefrenable, considera como nuestro gratuito sustentador, sin otras razones que las que le asistieron no hace mucho, y tan mal, en el caso de *Las cien mejores poesías líricas mexicanas*,⁵⁷ es decir, razones como humo de cigarrillo barato. Un poema, decíamos, de Neruda, ese disecador de mares, barcos, habitaciones y perfumes. Se trata de “Caballero solo”, que es, si descontamos “Enfermedades en mi casa” y dos o tres más, lo más crudo y tremendo de su obra poética recogida en los tomos de *Residencia en la tierra*.

El poema se mueve sobre la verdad diaria, sobre la autenticidad del hombre solitario. Se nutre de esos detalles vulgares, casi intrascendentes, que dan los mejores matices a las ciudades, a las casas, a los cinematógrafos, a las alamedas, en fin, a todo aquello donde se respira humanidad corriente. No es el caso, como podría pensarse, del solitario contemplativo, benigno dispensador, justificador de todo lo injusto. No se refiere Neruda al narrador imparcial que todo lo ve con ojos de misericordia, y que sin mucho esfuerzo consigue satisfacer su curiosidad inconsistente. No es tampoco el paseo cotidiano del solitario, acostumbrado desde meses atrás a un paisaje acartonado y mudo. Es todo lo contrario: en “Caballero solo” aparece un material humano realmente melancólico, en verdad sucio y despiadado. Las mujeres y los hombres, “y los roncós gatos que cruzan mi jardín en tinieblas” surgen ante los ojos lentos del poeta “como enemigos establecidos contra mi alma, / como conspiradores en traje de dormitorio / que cambiaran largos besos espesos por consigna”.

Es un bajorrelieve de la soledad del hombre. O si se quiere, de la pura soledad: ¿quién no ha transitado, de noche, por esos tibios jardines de la ciudad de México, a la hora del amor tiernísimo, nervioso y desasosegado? Las parejas, entonces, se aman con un amor apresurado, como si fuese la última vez que se vieran. No es, ni con mucho, el suspirante amor de los jardines jalapeños. No. Es el amor de la intranquila, desesperante y encantadora altiplanicie, donde los hombres sudan secamente y las mujeres, deportistas o no, viven con una vida velocísima. En consecuencia, cuando la hora amorosa ha llegado, las parejas se aman con un amor de suicidas. De ahí que Neruda

diga que le rodea “un collar de palpitantes ostras sexuales”. Así, como las ostras, debe palpar el corazón de los moribundos, de esos moribundos de media calle o de quicio de cantina, con un aspecto terrible de felicidad por abandonar un mundo demasiado feroz. Y a la poesía, que nada deja pasar inadvertido, no le es gravoso denunciar esos crímenes, ese amor imperfecto, esa estupenda mediocridad que se adivina en quienes se hacen el amor, benditos, en los lugares donde el aire libre lo es menos que en otros sitios, abandonados, y por ende, igualmente mediocres y turbios. Porque el hombre es una residencia vulnerable, no una inexpugnable atalaya; porque el hombre es una víctima, un condenado a todas las fatigas inventadas por él mismo; porque el hombre, este desequilibrado hombre del siglo xx, ha de derramar lágrimas, cuando no de rebeldía insatisfecha, de miserable odio y cruel agonía. Esto lo saben también, ¿y por qué no habían de saberlo?, los hombres que hacen versos, esos “entenados de Apolo” dignos de mejor suerte, en suma, los poetas, escultores del sollozo y de la melancolía, pintores de la desesperación y del tedio, odiados como entes de otros planetas, desatendidos y despreciados como si fueran alimañas vulgares.

Se respira trabajosamente en este ambiente a un paso de la podredumbre moral. Se desea, en medio de tal suplicio, una buena atmósfera que caliente y estimule. ¿Es acaso ejemplar ver a los suaves enamorados atravesar los jardines “en uniformes regimientos melancólicos, / hechos de gordas y flacas y alegres y tristes parejas”?

Y no se hable aquí de casos especiales. Todas las parejas, en el fondo, protestan contra semejante clase amatoria, y al hacerlo, se sublevan contra la hostilidad de quienes las obligan a semejantes situaciones. No de otra manera se rebela el pequeño empleado, quien

después del tedio semanal, y las novelas leídas de noche en cama,
ha definitivamente seducido a su vecina,
y la lleva a los miserables cinematógrafos
donde los héroes son potros o príncipes apasionados.

¡Cuánta miseria, cuánta tragedia en ese simple detalle, más común de lo que se cree! Pero no es el pequeño empleado el único personaje del drama de “Caballero solo”. Hay también los jóvenes y las jóvenes estudiantes, y los mismos animales, y las abejas que huelen a sangre, y las moscas que zumban coléricas, y los primos y sus primas con sus extraños juegos, y los médicos, la joven paciente y su marido, y los profesores distraídos y los adúlteros, y más y más gente que no aparece en el poema, pero que anuncia su presencia como algo inevitable, como algo que se suma, necesariamente, al desfile de lo simplemente vital, a esa parada⁵⁸ de la vulgaridad. Si, de la vulgaridad y del fracaso, de la viciosa, desviada ternura y del crimen en botón.

Conmiseración y lástima, denuncia y verdad, son las causas originales del poema. Y una invitación a la rebeldía, al perfeccionamiento y la belleza, también. Pablo Neruda

al denunciar esos pequeños desquiciamientos de la sociedad contemporánea, no ha hecho otra cosa que sugerir una rectificación.

77. Los grandes poemas. “Oda a Walt Whitman”⁵⁹

Estaba Federico en la tumultuosa capital del cheque, a orillas del Hudson, haciendo suyo un verso del noble anciano de la gran barba: “Yo, Walt Whitman, un cosmos, el hijo de Manhattan, turbulento, fuerte, sensual; como, bebo, respiro...”.⁶⁰ El río era una hoja muerta, los rascacielos tristes índices y los muelles parecían dulces bestias en reposo. La noche neoyorquina era como un helecho gigante. Nueva York soñaba, de nuevo, en su formidable dominio sobre todas las ciudades del Universo. Federico García Lorca, en tanto, escribía la “Oda a Walt Whitman”. Suspiraba el granadino por la muerte, por su propia, cercana muerte, y por la muerte del nobilísimo poeta de la democracia. Lloraba Federico contemplando a los muchachos que no dormían y a los mineros, a los noventa mil mineros que espantaban el sueño. Y una voz, en medio de la penumbra vegetal y férrea, humana y líquida, una voz como una nube detenida sobre la ribera del río: “Me doy al barro para crecer en la yerba que amo...” Es la voz de Walt Whitman, hombre como una columna. Son palabras desnudas, heroicamente desnudas; versos sin rima, libres y salvajes como aves de la selva. El español se dirige al norteamericano: “Ni un solo momento, viejo hermoso Walt Whitman, / he dejado de ver tu barba llena de mariposas, / ni tus hombros de pana gastados por la luna”.

Eso es, gastados por la luna de Brooklyn, y por veinte lunas de otros tantos oficios como desempeñó el “anciano hermoso como la niebla”: impresor, carpintero, maestro de escuela, periodista; y caminante por la Unión Americana, en busca del ideal de un pueblo y como huyendo de la monstruosidad de una urbe que no era como sus campiñas de origen. Hombros gastados, también, por la soledad y por el sufrimiento: por la poesía. Y una barba blanca, genial, alborotada como la melena; barba llena de mariposas, sin duda, de las mariposas que vuelan sobre el césped, cuando el cansancio sume al poeta en un bochorno reparador, momento aprovechado por todos los timoratos del mundo para gritarle, impunemente, que es un grosero y un perverso, a él, herido desde siempre, perseguido por el idealismo, atenaceado por su propia, soberbia voluntad creadora. Mas descansa ahí, en el sitio “donde el Hudson se emborracha de aceite”, mientras los maricas lo señalan. Esos maricas denunciados por el granadino, esos maricas agrupados en los bares, “saliendo en racimos de las alcantarillas, / temblando entre las piernas de los chauffers / o girando en las plataformas del ajeno”.

Es la clave de la “Oda” la denuncia. García Lorca sentía verdadera asfixia en la Ciudad Imperial. La denunció, la condenó y al final, iluminadamente, rompió una

lanza por la inmortalidad del autor de *Leaves of Grass*. Porque es terrible, vergonzosa, la maniobra eterna de ese racimo humano, o mejor, menos que humano, bestial y tortuoso como un inmenso gato verde. Es cuando Federico habla, tuteando fraternalmente a Whitman:

Tú buscabas un desnudo que fuera como un río.
Toro y sueño que junte la rueda con el alga,
padre de tu agonía, camelia de tu muerte
y gimiera en las llamas de tu Ecuador oculto.

El poeta, recuérdese, es un hombre perdido fatalmente. El poeta es una agonía perenne. Los mordiscos que recibe en vida son poca cosa comparados con los que recibe después de muerto.⁶¹ A Whitman le persiguió durante su estancia en este planeta toda una confabulación de mentiras y falsedades, apenas amortiguadas por la admiración y el respeto que le guardaban miles de nacionales y extranjeros. No se debe olvidar que fue [Ralph Waldo] Emerson quien lo descubrió. Pero este hecho nada significaba para la ignorancia y el crimen. Nada significaba todavía para los emboscados, para los almacenistas de cieno y calumnia. De ahí la ira de García Lorca, ira sin piedad, sin tregua, sin cuartel:

¡Maricas de todo el mundo, asesinos de palomas!
Esclavos de la mujer. Perras de sus tocadores.
Abiertos en las plazas, con fiebre de abanico
o emboscados en yertos paisajes de cicuta.

Es nada menos que un grito de alerta para todos los hombres. No otra cosa son las denuncias apasionadas. Pero Whitman es el inalterable, el justo y noble. Su hermosa barba es como la del Cid: intocable, altísima y serena, fuerte y libre. Por eso puede descansar a orillas del Hudson, sin temor a las embestidas de los seres de “carne tumefacta y pensamiento inmundos”, al abrigo de los entes de cruel mirada verde, defendido por su valiente centinela: Federico. Guardado por la eternidad y por su propio, indeclinable ser. Él [Whitman] decía: “Soy divino por dentro y por fuera y santifico todo lo que toco y todo lo que me toca. El olor de mis axilas es tan fino como una plegaria. Y esta cabeza mía vale más que las iglesias, las biblias y los credos”. Y mágicamente decía también: “El sapo es una obra maestra de Dios”, completando sus cantos con una consigna sabia, profética y solemne: “Yo digo la palabra mágica primera y doy el santo y seña de la democracia”.

Un hombre así puede descansar, tiene derecho al descanso. Que no le hurten el sueño los canallas del planeta. García Lorca, el poeta fiel, se lo aconseja: “DUERME: no

queda nada. / Una danza de muros agita las praderas / y América se anega de máquinas y llanto”.

78. Los mejores poemas. “Yo era un tonto y lo que he visto me ha hecho dos tontos”⁶²

Este tomito de versos, escrito en 1929, juega un papel de intermedio en la obra del gran poeta andaluz Rafael Alberti. En el volumen *Poesía, 1924-1930*, el entreacto poético “Yo era un tonto y lo que he visto me ha hecho dos tontos”, epígrafe tomado de Calderón de la Barca, surge ante los ojos del buen lector como un recinto de gracia.⁶³ Pero de gracia humorística, cómica, desarrollado en torno a figuras universales del cinematógrafo, tales como Charlot (Chaplin, para nosotros), Buster Keaton, Harold Lloyd, y Harry Langdon, los tres últimos ya casi desaparecidos del firmamento filmico.⁶⁴

No es la agilidad popular de *Marinero en tierra* (“¡Por el mar, la primavera! / ¡A bordo va!”), ni la deliciosa ternura de *La amante* (“Madruga, la amante mía, madruga, que yo lo quiero”), ni la tremolante elasticidad, tan limpia, que hay en *El alba del alhelí* (“¡Vendo nubes de colores: / las redondas, coloradas / para endulzar los colores!”), ni la perfección clásica de *Cal y canto* (“Ara del cielo, dime de qué eres, / si de pluma de arcángel y jazmines, / si de líquido mármol de alba y pluma. / De marfil naces y de marfil mueres, / confinada y florida de jardines / lacustres de dorada y verde espuma”); no es tampoco el celeste, misterioso ambiente que se palpa en *Sobre los ángeles* (“Ángel de luz, ardiendo, / ¡oh, ven!, y con tu espada / incendia los abismos donde yace / mi subterráneo ángel de las nieblas”), ni la violencia de *Sermones y moradas* (“No abandonéis a aquel que os jura que cuando un difunto se emborracha en la tierra su alma le imita en el paraíso”), ni la condenación de *Con los zapatos puestos tengo que morir (Elegía cívica)*, poema definitivo de Rafael Alberti y punto de partida de sus creaciones revolucionarias.⁶⁵ El poema que hoy glosamos no es, ni con mucho, lo mejor del libro. Repetimos que es una pausa necesaria, inevitable en la obra de aquél a quien llamaban, cuando España era España,⁶⁶ “El Alegre”.

“Cita triste de Charlot”, “Harold Lloyd, estudiante”, “Harry Langdon hace por primera vez el amor a una niña”, “Buster Keaton busca por el bosque a su novia, que es una verdadera vaca (Poema representable)”, y “En el día de su muerte a mano armada”, son los cinco poemas burlescos del tomito que ahora nos ocupa. Todos giran alrededor de situaciones bufas de los mimos famosos del cine de ayer, muy superior seguramente al de hoy en cuanto a situaciones y recursos divertidos, aunque los Ritz,⁶⁷ los Marx y el extraordinario Joe E. Brown⁶⁸ estén haciendo lo posible por darnos una vida agradable.

Claro que abundan los cómicos finos, finísimos, en el cine actual, pero no se bastan por sí solos; tienen que reforzar el argumento, dramático o romántico, de los *filmes* de pretensiones. En cambio, aquellos cómicos del decenio pasado llevaban el peso de toda la cinta, ora de dos rollos, ora de largo metraje, cosa que también hacen hoy el Gordo y el Flaco,⁶⁹ quizás los cómicos menos soportables de los últimos tiempos. Chaplin, genio inmortal, incansable, siempre renovándose, continúa en decidido plan de superación; [Harold Lloyd] “Delgadillo” ha vuelto por ahí, con relativo éxito; Langdon y Buster no han regresado. Nótase, en consecuencia, un valor más alto en las producciones cómicas de hace diez años. Todavía no se ha hecho la cinta que supera a *El circo*.

De Charlot no podía hacer Alberti sino una cita triste. ¿Qué otra cosa puede sugerir el hambre? Y luego la ciudad, cualquier ciudad, que ofrece ni la más pequeña ocasión para lograr una reivindicación. Pero muchas cosas pueden hacerse:

Pero podemos bailar, árbol perdido.
Un vals para los lobos,
para el sueño de la gallina sin las uñas del zorro.
Se me ha extraviado el bastón.
Es muy triste el pensarlo sólo por el mundo.
¡Mi bastón!
Mi sombrero, mis puños,
mis guantes, mis zapatos.

Es un retrato magistral, trazado a base de rasgos clásicos, los de Charlot. Pero es también la tragedia en breves líneas. Es la eterna tristeza del *clown*, martirizado, ofendido, valiéndose de todas las mañas de su vida de *tramp*⁷⁰ para conseguir el mendrugo diario.

A continuación, Harold Lloyd, estudiante, fracasado siempre en todas sus clases, enamorado de la hija del rector, héroe de veinte partidos de rugby, etcétera. El cómico de las “gafas en flor” no sabe francés, ni entiende de latines ni de fieros logaritmos. Ama a Alicia, y ésta le corresponde con una “pena profunda de ecuación de segundo grado”. Ah, esos amores estudiantiles, tan delicadamente, tan dulce y deliberadamente idiotas. Mas nada se opone al rapto. Oigamos a Delgadillo gritar:

¡Alicia, Alicia, amor mío!
¡Alicia, Alicia, cabra mía!
Sígueme por el aire en bicicleta,
aunque la policía no sepa astronomía,
la policía secreta,
aunque la policía ignore que un soneto

consta de dos cuartetos
y dos tercetos.

En cambio, Harry Langdon es de una simpleza más conmovedora. Es un niño que gimotea. Es el tímido, el intrascendente, el blando. Su novia Mary así lo comprende: como un niño muy desgraciado, incapaz de establecer diferencias entre un gorrión y un angelito. El niño bobo que se despide, después de la entrevista amorosa: “¡Ooooooooooooooooooooooh! / ¡Se me ha roto el pantalooooooooón! / Good night, Mary”.

Donde el drama se hace realmente cruel es en el caso de Buster, aquel genial, desgarrado cara de palo. ¿Habéis olvidado que en una cinta de por los años 27 o 28, Buster se enamora de una vaca, Georgina, en una granja de Kansas? Es fantástico casi irreal, pero efectivo. Rafael Alberti coge el tema fielmente, y hace un poema representable: Buster busca a su novia por el bosque. La búsqueda es dolorosa, crispante. Abetos, alisios, pin-sapos, nada saben. Cuervos y lechuzas traidores la han sonsacado. Grillos y garrapatas se conmueven con el dolor del enamorado: “¡Señores, perdonadme, pero me urge llorar! / (Guá, guá, guá, guá.)”.

Y nada. La dulce niña o verdadera vaca está muy lejos, y tanto que cuando ya le faltaba sólo un cuerno, no podrá doctorarse en la verdaderamente útil carrera de ciclista... La monotonía del bosque es desesperante. Buster nunca sabrá nada. La conclusión es un ¡Pum! fulminante.

El último poema es una elegía. Después de la interrogación clásica “¿Quién ha muerto?”, el poeta informa que

A una reina se le ha perdido su corona,
a un presidente de república su sombrero,
a mí...
Creo que a mí no se me ha perdido, que a
mí nunca se me ha perdido nada, que a mí...
¿Qué quiere decir buenos días?

79. Los grandes poemas. “Esquemas para una oda tropical”⁷¹

Hemos visto, en esta serie de artículos agitarse los mundos más disímbolos. El de la soledad plena, con Pablo Neruda; el inmenso, arrollador ambiente de Whitman, entreabierto por el fervor de García Lorca; y un mundo especial en la obra de Alberti: el de los *clowns* con espíritu, con recio y simbólico contenido. En síntesis, tres planetas enemigos: el sitiado, el calumniado y el triste que hace reír. Los tres poseen una fuerza

tremenda y son igualmente templados y en idéntica forma endebles. Nos son familiares, por humanos; extraños, por indefinibles. Son seres, bellas cosas que oscilan entre las yerbas y las nubes, sin decidirse jamás por la copa o por el tronco de los árboles. El caballero angustiado no es más que el hombre en todo el apogeo de su desesperación; el poeta de la noble barba, ¿no es el rebelde cohibido?; y el payaso, el Charlot, o el Buster, o el Harold Lloyd, ¿no es quien recibe siempre los pasteles en pleno rostro?

Por lo anterior, y para no endurecer el ánimo, hemos escogido en esta ocasión un poema netamente, redondamente americano, que será, en medio de la pesadumbre de los versos ya glosados, como un claro fulgor de esperanza, de paz y anhelo. Será el trópico, el trópico de nuestra América. El saludable trópico de nuestro continente, gozado a través de la sinfonía pelliceriana: “Esquemas para una Oda Tropical”,⁷² título justísimo, pese a su modestia. Pero en verdad nombre ambicioso. Esto es, anhelante, como toda la poesía del poeta de las Lomas de Chapultepec, habitante de todos los puertos e islas de la tierra, revelador del misterio del David florentino, descubridor de Brujas (“Con la voz descalza / y el camino extranjero, sin preguntas, / te ando y te desando, / ciudad semilunar, aduana de la luna”),⁷³ apologista del mar Jónico y fiel descendiente del “prime-ro de los mexicanos”, de Cuauhtémoc.

Este poema de Carlos Pellicer, que a un europeo le sonaría a vibración de otro sistema planetario, nos ofrece a nosotros, hispanoamericanos, una visión acabada, perfecta, de esa zona bañada por las mejores brisas. Ese sitio con el que nos une algo más que la nostalgia.

Es como si se arrojara una piedra al fondo de un cenote, es decir, como si se quisiera acabar para siempre con el silencio de siglos que impera en la zona tórrida, lo cual no significa que la poesía, en este caso, sea una intrusa, una indeseable. No. Lo que sucede es que el trópico, otrora intangible, se ha echado en los brazos del artista, con todas sus voces, con todas las ansias, con toda la angustia de la selva desenfrenada. Desenfrenada, sí; mas no se crea que todo es torbellino. Hay en este poema un ambiente de paz, quizás de muerte, de serenidad, que hace el milagro de inquietar. De inquietar salvando, “palabra por palabra”, que es, en suma, la misión de la poesía.

Diríamos, con los riesgos consiguientes, que este poema de Pellicer hace más visible su madurez artística. Es muy probable que él no lo crea así; pero no existe en *Hora de junio* un poema, un esquema de poema superior al que ahora nos ha tocado comentar. La sonoridad, el ritmo heroico, la nota sinfónica, todo, fortalecido con los elementos más limpios, convierte a este poema en una sorpresa vertical, en un fruto desnudo. En una flor salvaje, golpeadora, una de esas flores que no sabe si asesinan o aligeran el espíritu. Porque la travesía es larga. Es una vuelta al mundo, asidos de toda la pasión en espiral que se desprende del Himalaya, del Ganges, de Oceanía, del Amazonas, de Chichén Itzá.

La nota mística la da una pequeña bestia. La iguana es misteriosa como su letargo: “Y la iguana nostálgica de siglos / en los perfiles largos de su tiempo / fue, es y será”.

De ahí al misterio no hay más que un deseo. Y ahora que se aparece el misterio digamos que todo el poema vibra de soplos encantadores, como si todos los merlines del mundo, habidos y por haber, se hubiesen dado cita, anudándose, en la “aventura espiritual” del poema. Por lo menos, el epígrafe es divino. La divinidad que se esconde, sin agazaparse, en las penumbras: “Nilu es el nombre de la noche. Es la primera palabra de Dios. Es la primera palabra del Verbo”, del *Libro de Chilam Balam de Chumayel*. No es una clave. No podría serlo. Es una insinuación llena de mitos, como todo lo que se deriva del aire americano. Nunca el poeta se ha desatado como en este caso. Se vacía, se transforma, se adhiere a la entraña misma del trópico. Decir:

En los estanques del Brasil diez hojas
junto a otras diez hojas, junto a otras diez hojas
de un metro de diámetro
florecen en un día, cada año,
una flor sola, blanca al entreabrirse,

es encontrar el horizonte, la consigna penetrante, la voz del trópico en toda su plenitud. ¿Elementos? Los pantanos, la espuma, los helechos, las ceibas, los lotos, las guanábanas, las brisas, etcétera. No hay nada que no sea fundamental, que no sea esencial. Las variaciones en el tono de voz (recuérdese que es “la oda tropical a cuatro voces”) no son sino lentos naufragios. Al final se encuentra la unidad:

Entonces seré un grito, un sólo grito claro
que dirija en mi voz las propias voces
y alce de monte a monte
la voz del mar que arrastra las ciudades
¡oh, Trópico!
y el grito de la noche que alerta el horizonte.

79. Españoles en México. José Bergamín⁷⁴

José Bergamín está en México.⁷⁵ Discreta, correctamente, el destacado escritor católico español nos trae su versión de los acontecimientos peninsulares. Versión clara, inteligente y fina, ajena a las pequeñas mezquindades. Versión de una dolorosa tragedia, en suma, sobre la que no se puede ni debe hacerse ningún comentario ligero.

La figura de Bergamín es delgada, apretada, como de español reconcentrado, de español que piensa y actúa, de español que es todo espíritu y ansia de salvación. Su talento

es como un suave relámpago. Un relámpago amigo, persuasivo, razonable, lógico. José Bergamín, hagamos luz, o penumbra, es el perfecto aforismo en torno a José Bergamín. Ahora que, él mismo lo ha escrito, “no importa que el aforismo sea cierto o incierto: lo que importa es que sea certero”.⁷⁶ Y Bergamín, al cabo de negaciones y contradicciones, resulta plenamente justo, es decir, certero. Sus palabras, en la conversación que él conduce, fluyen delicadamente, casi opacas, con esa opacidad de ciertos cristales misteriosos, sobre cuya superficie, se sabe bien, está toda la verdad, o si no toda, la mejor parte, la que nos importa. Son las suyas palabras aguzadas, espirituales hasta parecer espinas. Son las palabras de sus propios libros. Palabras, sonidos para condenar y blasfemar (¿no ha dicho José Alvarado que la poesía ha sido inventada para blasfemar?), o sea para hacer buena poesía: para jugar juegos descubiertos. Bergamín, fiel a sí mismo, a su tradición de hombre combativo, no gusta de la guerra de trincheras en la contienda intelectual. Y aquí la esencia del hombre; la eficacia de la obra bergaminesca estriba, en gran parte, en la polémica. Sus polémicas, sus críticas, siempre han ocasionado movimientos, reacciones saludables en las inteligencias de todos los matices. Es un hombre que tiene necesidad de lucha intelectual. Se diría, sin exagerar, que goza polemizando. Pero, ¿imagináis a Bergamín en la soledad? Sus luchas internas deben tener los caracteres de lo espantoso, deben ser diabólicas, pero llenas de luz: “Mi vida está tachada con una cruz; por la señal de la cruz me borro, me niego y me afirmo. Mi vida está detrás de la cruz, como el Diablo; por eso luchamos cuerpo a cuerpo, siempre, los dos; por el mismo sitio. Por la señal de la cruz venzo y soy vencido”.⁷⁷

Esta es la luz de un hombre del Mediterráneo, porque Bergamín, nacido en Madrid el 30 de diciembre de 1895, afirma que es malagueño, seguramente por ascendencia, educación y cultura. Otro español en México, el poeta Emilio Prados, también es de Málaga.⁷⁸

José Bergamín, licenciado en derecho, expresidente de la Alianza de Intelectuales Antifascistas, redactor del *Manifiesto de los escritores y artistas hispanos adhiriéndose a la república*, aquel manifiesto que habrían de traicionar Ortega y Gasset y Marichalar, entre otros.⁷⁹

José Bergamín, repetimos, es dueño de una extensa, intensa y madura bibliografía: *El cohete y la estrella*, con una caricatura lírica de Juan Ramón Jiménez, Madrid, 1923; *Tres escenas en ángulo recto*, Madrid, 1924; *Caracteres*, Málaga, 1926; *Enemigo que huye*, Madrid, 1929; *El arte de birlibirloque*, Madrid, 1931; *Mangas y capirotos (España en su laberinto)*, Madrid, 1933; *La cabeza a pájaros*, Madrid, 1934; *Laberinto de la novela y monstruos de la novelaría*, Madrid, 1935; *La estatua de don Tancredo*, Madrid, 1935, con otros ensayos, traducido al alemán y editado por Vita Nova, en Suiza; *Disparadero español* (ensayos) 1º y 2º tomos, Madrid, 1936. Fue director de la revista *Cruz y Raya* de 1933 a 1936, que es toda la vida de la publicación católica. Publicó *El Acabóse* en 1934 y *El Aviso*, 1935. Su más reciente obra es *El disparate en la literatura española*, París, Nouvelles

Lettres, 1939, con texto en español. Al mismo tiempo, Bergamín ha colaborado en revistas tan importantes como *Índice*, *España*, *Lunes del Imparcial*, *Litoral*, *Horizonte*, *Carmen*, *Los Cuatro Vientos*, etcétera. *Hora de España* y *Sur* de Buenos Aires, hasta su rompimiento con la señora Victoria Ocampo.⁸⁰ Y en diarios como *El Sol*, *Luz*, *Diablo Mundo*, etc. Se advierte pues que su obra no es algo disperso. La unidad salta a la vista. De otra manera no tendría Bergamín ese papel de esclarecedor que tiene y que todos sus compañeros le reconocen. Eso es, humana, intelectualmente hablando: un esclarecedor. A raíz de la inserción en *Hora de España* de sus sonetos “A Cristo crucificado ante el mar”, el poeta Antonio Machado escribió:

El maestro José Bergamín —ignoro cuál sea su filiación política, si alguna tiene—ha escrito recientemente tres insuperables sonetos. Tres sonetos en que parecen latir todavía las más vivas arterias de nuestro mejor barroco literario, y que figurarán algún día entre los mejores florilegios de nuestra lírica.

Dejemos, para tratado aparte (es Juan de Mairena quien habla), la significación de este resurgir del soneto en España. Anotemos que José Bergamín está muy de vuelta, acaso lo estuvo siempre, del culto algo estéril y, a mí entender, rezagado de nuestro barroco de superficie, con signo culterano o conceptista. Anotemos también que, a fuer de buscador de raíces, no reniega de la tradición hispánica ni de los precedentes más inmediatos de su propia obra, como lo prueba el verso de Unamuno, que reproduce a la cabeza de sus tres sonetos. Por esta razón Mairena lo hubiera incluido siempre entre los *originales*, nunca entre los *novedosos*.

La posición de Bergamín continuará siendo la misma: fidelidad, estudio, pasión, claridad. Tendrá idéntica situación de guía de sus contemporáneos, de guía de sí mismo, descontada la lucha, muy española, que le asaetea en todo momento. La lucha de los contrarios, pudiéramos decir. La misma lucha que persiguió a don Miguel de Unamuno.

81. Panorama de la ciudad. Invitación a Chapultepec⁸¹

En este sitio no hacen falta las campanas, ni la quebradiza melancolía. Aquí, en pleno domingo de primavera, el aire tiene una gracia sensual, ingenua, enemiga de la ciudad. La vida se afina, se afirma; no hay actitudes de pereza, no hay rostros barnizados de aburrimiento. Hay un fresco descanso, prolongado, independiente y espontáneo como las buenas acciones; un descanso, si se desea, hasta de la sensibilidad y de la imaginación. No hay cuestiones graves en esa vida, tan breve, del Bosque de Chapultepec. La sinfonía no es mañosa; es clara, plena de robustez y equilibrio, como si cada uno de

los árboles supiese en verdad que es un consumado primer actor, a juzgar por el aleteo perfecto, maduro de sus innumerables ramas.

Junto a Chapultepec, la Alameda y el jardín de Santiago Tlalotelco son apenas unos adolescentes aprendices de parques, y que nos perdonen Saturno, Venus, Apolo, y Mercurio, esas bellas estatuas que ignoran el profundo arte de sonreír.

La ciudad, domingo a domingo, se vacía en gran parte rumbo a Chapultepec. Esto lo saben todos. Lo que muchos ignoran es la enorme variedad de atracciones existentes en el grandioso bosque. Los parques infantiles, el zoológico, el invernadero, el descuidadísimo acuario, el lago, la sufrida fuente de Sancho Panza (“Y mientras, tú, en el viento”,⁸² admirable Don Quijote), el Castillo y su Museo, las grutas, etcétera, son, puede decirse, lugares comunes. Son de sobra conocidos y concurridos los conciertos que dirige don Miguel Lerdo de Tejada, ese anciano delicioso y batallador,⁸³ y los que organiza periódicamente una compañía cigarrera. El público de México es fervoroso; sabe aplaudir. Saborea con el mismo placer un ballet al aire libre y el poema “El brindis del bohemio”, “Carta a mi madre”, “Menelik”, u otros de la misma extensión, recitados con toda heroicidad por Manuel Bernal;⁸⁴ admira igualmente al doctor Alfonso Ortiz Tirado⁸⁵ y a las cuatitas Herrera, lindas cancioneras nortefías; se estremece en el mismo grado con un viejo vals mexicano y con la canción sabrosa de la pareja que integran Laurita y Ray. Y es que los trinos y las melodías románticas de Angela Peralta y de Juventino Rosas son los magos de la nutrida arboleda. La armonía, en un sitio pródigo como Chapultepec, no es de ninguna manera un concepto inasible, una “entelequia”, como dijera cualquier pedante de té y panecillos.

Sin embargo, se piensa que el Bosque de Chapultepec está regido por ciertas leyes mágicas, y que éstas mantienen una pugna constante con todos los reglamentos que prohíben esto o aquello. Estos reglamentos, por otra parte, no coartan la libertad. Existe, es claro, una excelente vigilancia, pero no una tiranía. Recuérdese que los numerosos “tarzanes” y los maniáticos de las fogatas son peligrosos hasta convertirse en la pesadilla de los guardias forestales. Los charros con traje de gamuza son finas personas, y su jefe es uno de los hombres más pintorescos y correctos, folklóricamente hablando, del Distrito Federal. El domingo, a determinada hora, el Bosque les pertenece por entero, y ahí van, al paso, echando estilo como buenos campeones de mexicanismo. Contrastan con los jinetes que montan a la alta escuela y con la soberbia gracia de las amazonas, walkirias domésticas, que dan el matiz cosmopolita a las calzadas. Pero todos, hasta el humilde charrito sin brillantes botonaduras, forman un recio y espléndido conjunto.

Pero decíamos que hay sitios un tanto ignorados. Uno de ellos es la pista de patinar, situada frente a la parada de los tranvías y muy cercana a la Tribuna Monumental, la eternamente vigilada por *El Sargento*, ese prodigioso y gallardo ahuehuete.⁸⁶ La pista de que hablamos es de cemento. Por tanto, es bastante raro encontrar allí un principiante. Las caídas deben ser dolorosas. En cambio, el espectáculo gana en brillantez y colorido

gracias a la presencia de agilísimas patinadoras y veloces y hábiles patinadores. Cuando no se organizan parejas de exhibición, los ases se colocan en el centro de la pista y ejecutan evoluciones que dejan sorprendida a la concurrencia. Y esto es todos los domingos. La chiquillería de la ciudad se da cita en ese sitio donde la destreza y la elegancia reinan sobre todas las cosas. Digno de verse es el gracioso espectáculo que ofrecen las jovencitas, altas y finas, con faldas de suaves o brillantes colores como corolas invertidas, asombrando al escaso público con sus pasos de danza. Es una impresión extraña, como de bien preparado ballet. Se diría que no se deslizan sobre ruedas, sino que vuelan. Pero que su vuelo es un vuelo discreto, como de quienes hacen concesiones al público, ese ingenuo público que no soportaría una trampa angelical. El domingo pasado nos tocó en suerte admirar a dos jóvenes estrellas del patinaje. Faldas amarillas y blancas. Edad, quince años a lo sumo. Habilidad, extraordinaria, como no se ven ni siquiera en los grandes desfiles del veinte de noviembre. Nada las perjudica. Se diría que se saben solas y que se entregan al ritmo como a una religión. Logran instantes de musical lentitud, momentos animados y largos minutos de increíble velocidad. Nos recordaron bastante a Blanca Nieves huyendo por el bosque, sin tocar el suelo, alígera, casi ave.

Y por las avenidas, las ciclistas, las hermanas espirituales de Diana Durbin. Estas carecen de la elegancia de las patinadoras. Ostentan cierta chocante rigidez, sobre todo cuando empiezan apenas a dominar los nervios propios y los del aparato. No tienen la soltura de los ciclistas, puesto que éstos acostumbran por lo regular máquinas de carrera. Sin embargo, se siente que desean competir. Las damas actuales son audaces. El deporte las subyuga. Es un buen síntoma para el porvenir de la nación que las mujeres dejen por algunas horas sus consabidas tareas y se dediquen a enaltecer la belleza del Bosque con su gracia siempre admirable y siempre femenina. No es raro encontrar por las calzadas de Chapultepec, entregados al noble deporte del pedaleo, a nuestros distinguidos escritores Julio Torri y Samuel Ramos, como una demostración de que el intelecto no está reñido con las actividades físicas.

82. Los héroes mandan. La ciudad enlutada⁸⁷

Acordaos de aquel día, acordaos
y no olvidéis que la sorpresa paralizó
el pulso y el color de los astros

R[AFAEL] A[LBERTI]

Agréguese a las ceremonias luctuosas, a las imponentes manifestaciones de duelo, al pesar de toda la república, un maravilloso gesto popular que consagra definitivamente,

en el corazón de los mexicanos, la memoria del aviador que nos ha abandonado.⁸⁸ Agréguese esta nota de emoción y ternura: el “Corrido de Francisco Sarabia”. O si se desea, ya que el pueblo es pródigo, la “Trágica muerte de Francisco Sarabia”. O el último en aparecer, “Otra águila azteca más que cae”, quizás el mejor de todos los documentales poéticos aparecidos durante los días angustiosos vividos por los capitalinos, y que enlutaron, como nunca, esta gran ciudad, fervorosa y noble.

Hace muchos años, el corrido, ya sobre los temblores, ora sobre el hijo desobediente y el padre consentidor, tardaban en aparecer bastante tiempo, el necesario para “parar” y “tirar”, con excelentes grabados alusivos; ahora no, porque el corrido marcha al compás de la rotativa y el fotograbado. La inspiración es la misma. La creación popular es espontánea y eterna. Los copleros nacionales no se detienen ante nada; escriben, cantan como verdaderos portavoces. Versifican con una facilidad extraordinaria, no importándoles la menor cosa ciertos problemas de métrica, que, por otra parte, les pasan inadvertidos.

Y ha sido junio, el mes propicio a la poesía, el señalado por la fatalidad:

Junio trágico y fatal
que ensombreces nuestro pueblo
hundiendo en el desconsuelo
con tu hálito mortal
de tragedia al mundo entero...

Las hojas color de rosa, amarillas y anaranjadas, eran en la ciudad vestida de luto como otras tantas flores de emoción y tristeza. El llanto nacional, derramando ante la tragedia, se refleja en estos corridos como no se reflejaría en un canto elegíaco construido con toda la retórica posible. Hay en ellos un no sé qué de lamentación antigua, de himno mitológico, de piedad heroica, infantil, universal, que nos conmueve hasta el infinito, haciéndonos adivinar sentimientos, los más honrados, hasta entonces escondidos en la entraña de este pueblo que llora frente al triunfo y que se desespera —pero con una desesperación digna de la vieja raza— ante la fatalidad, ante la traición del destino. Así cuando Emilio Carranza, igualmente cuando Sidar y Rovirosa chocaron con una formidable tormenta.⁸⁹ De la misma manera hoy, cuando una nave aérea mexicana caía sobre el Potomac, y con ella, el piloto duranguense Francisco Sarabia.

¡Triste destino el de las flores! Señaladas para la alegría, hubieron de trocar su papel por el del dolor. Recuerdo que mi oración, al saber que Sarabia saldría rumbo a la República Mexicana para besar a su madrecita, era la siguiente: “vienes volando, vienes volando”. No musitaba el poema completo, ni siquiera los más sentidos versos. Simplemente: “vienes volando...”. Pero después, cuando lo irremediable: “al lado de azucenas enterradas / vienes volando”; o estos cuatro versos:

Sobre tu cementerio sin paredes
donde los marineros se extravián,
mientras la lluvia de tu muerte cae,
vienes volando.⁹⁰

Fue una paralización absoluta de todos los resortes emocionales. La mañana era fría, llena de esos grises brillantes que acostumbra [Jesús] Guerrero Galván para sus fondos. La noticia era helada, rígida, con esa rigidez de los tipos de madera de setenta puntos.⁹¹ Sin embargo, yo tenía una obsesión. Me había levantado con una inquietud más limpia que cuando Sarabia estaba por llegar a Floyd Bennet y no se sabía de él otra cosa sino su paso sobre el estado de Virginia. La verdadera emoción me vino después de aquellas dos palabras, “ya aterrizó”. Era con seguridad todo el sentimiento contenido, apaciguado durante varias horas de letargo. Por eso, cuando leí las “extras” con la crispante noticia, mi oración siguió ininterrumpida: “vienes volando, vienes volando...”. Sí, era el vuelo más hermoso. Sarabia venía volando a nuestro corazón. Llegó, hermanos míos. Mentira su caída en el río Potomac. Su corazón, sus anchas pupilas, su enorme optimismo, nos llegaron ese mismo día. ¿Cómo explicar entonces la claridad de agua zarca del domingo pasado? Fue un domingo luminoso, como de plata pura. Tan sólo las palabras de queja lo hacían un tanto brumoso. Frente al palacio de comunicaciones, o en las calles, o mirando al cielo, me decía en silencio, con el ánimo ya vencido: “Mientras la lluvia de tus dedos cae, / mientras tu corazón desciende en gotas”. Era mi diaria palabra. Cuando la aparición del avión de bombardeo B-15, algo se destruyó en mí; todo el sentimiento se agolpó en mi pecho, destruyendo la falsa serenidad que me acompañaba. Nuestro piloto llegaba, iluminando nuestro querido Valle, esclareciendo el paisaje, inmortalizándose, renaciendo, bañándose con las lágrimas de miles y miles de mexicanos. Venía volando en su propia muerte, sobre nuestra vida, sobre los ojos ya agotados de su esposa, de sus hijos, de su madre. Sobre los ojos nuestros, que nada pedían, pero que clamaban en murmullos; que se sometían al *destino*, pero maldiciéndolo. Sarabia, treinta y nueve años, venía volando, “extendido en el aire de su muerte” rumbo a nosotros. Su presencia nos lo hacía más grande, más lleno de fuerza. En medio de las flores, los ojos dulcemente tristes de las mujeres del pueblo eran pequeños lagos en el crepúsculo. Las ágiles hojas de los corridos eran banderas de luto, los pabellones a media asta parecían cansados, abatidos. Vibraba en el ambiente un soplo de maciza resignación. México comprendía eso que los católicos llaman “la inteligencia de las cosas del cielo”.

A media tarde del domingo, cuando la carroza fúnebre atravesaba el paseo de la Reforma, seguida por miles de personas, la emoción alcanzó su grado máximo. Las compuertas del corazón, de puro sentir, estaban a punto de cerrarse, guardando para siempre un misterio: el de la sangre derramada, que será por todos los tiempos el más poético, el más popular de los misterios.

Sarabia, mientras tanto, seguirá volando, al lado de azucenas, al lado de nuestras almas, sobre los ríos enemigos y el Valle que le amará para siempre. Sarabia, héroe popular, mandará sobre las cosas de ese cielo que supo vencer.

83. El cazador de nubes. Emilio Prados, poeta⁹²

Yo lo he visto, de cara al cielo de nuestro Valle, angustiado, nostálgico, soñando con su Málaga de origen, aquella Málaga pisoteada por italianos, moros y teutones, esa Málaga frente al mejor azul del Mediterráneo. Le he visto, por estas calles de México, caminar persiguiendo nubes. Para su desventura, para su enfermedad, muy andaluza, de poesía, este junio se ha portado indecorosamente. Este junio nos ha perjudicado sin piedad; ha sido con excepciones contadísimas, un mes oscuro, de un gris parejo, desesperante. Algunas mañanas aparecía sorprendente; en varios crepúsculos no lo ha hecho del todo mal. Es cuando el cazador de nubes, de modo infatigable, se dedica a sus tareas con pleno gozo y entusiasmo. Logra brillantes hallazgos. Pero otra vez el sol se hace el interesante y huye. El cazador sufre, se descontrola. Málaga le vuelve al recuerdo. Se entristece. Lo que me apena en grande. ¿No me sucedería lo mismo en regiones de niebla interminable? Sin embargo, recordemos lo que de sí mismo explicaba Pedro Salinas. El autor de *Presagios* decía sentirse un extranjero en su patria. México era su Madrid.⁹³ Y ya a punto de regresar a su cátedra de Wellesley, anunciaba que se iba cargado de recuerdos del porvenir. “Los recuerdos del porvenir”, ese gongorino nombre de pulquería y también verso de un poema de Carlos Pellicer (*Camino*, “Concierto breve. Brujas”: “¡Y pasa un minuto y ya siento / los recuerdos del porvenir!”).⁹⁴ Lo anterior me hace optimista con respecto al cazador de nubes. Recuerdo que Federico García Lorca le dedicó “La balada del agua del mar”,⁹⁵ de donde son estos versos:

El mar
sonríe a lo lejos.
dientes de espuma,
labios de cielo.

El mar, desde esta región, siempre le sonreirá, aunque el cielo se muestre un tanto cuanto avaro de sus jardines colgantes. Estoy seguro de que su alborotada sangre de malagueño encontrará en estos sitios la serenidad que ambiciona. No importa que sus versos “Más alta vuela mi angustia / que por el cielo las nubes” le obsesionen hasta la intranquilidad. Instante ha de llegar en que la angustia se suspenda y las nubes, ágiles como niños o cervatillos, le sean gratas, afines, simplemente dueñas de su corazón.

Aseguro, por una larga experiencia en la materia, que los nubadales mexicanos no son tan ásperos como aparentan. Este junio ha sido un despiste: mucho de falso hay en sus abrumadores mantos de plomo.

El cazador de nubes, o sea el poeta español Emilio Prados, a quien me referí en esta misma página hace algún tiempo,⁹⁶ hallará entre las luces del altiplano más y quizás mejores elementos para su poesía. No digo que más amados; su ferviente amor a Málaga es intocable. Pero sí que tendrá un material magnífico. Esta tierra siempre está renaciendo, renovándose. Es, como la mismísima Andalucía, tierra propicia a los poetas. Es un país todo ternura. No importa que los canes, esos canes que quisieron tragarse la luna de un bocado, ladren y aúllen. Sus ladridos, sus aullidos son inofensivos. No hieren a los poetas. No rozan la Revolución. (Los canes, esos genios de la zapatería, talabarteros de la calumnia, remendones del alarmismo, morirán de fatiga, con la sucia lengua al viento y los colmillos gastados, como fierecillas hipócritas. Tienen, como aquellos retrógrados de que hablaba Enrique Heine, “la valentía de cien leones y la inteligencia de dos asnos”). Leones cansados, canes desdentados, asnos del talento. Entonces, ¿hay que temer algo?) Y el buen poeta pertenece a la *revolución*. El mal poeta, el que no desea nunca, jamás, ay, comprometerse, es una seta sin importancia. Al mal poeta, ¿quién no se ha fijado?, le patina el cerebro de pura cobardía, igual que a niña de quince años enamorada.

Sería necesario algo más que un artículo para glosar debidamente la obra de Prados, compañero de García Lorca y de Alberti. La revista *Hora de España* está llena de poemas suyos, magníficos. Ahora deseo hacer referencia a un pequeño volumen editado durante los meses de lucha en la península. *Cancionero menor, para los combatientes (1936-1938)*,⁹⁷ selección y notas por Manuel Altolaguirre. La impresión fue hecha en campaña, con papel fabricado exprofeso por soldados de la república, para las ediciones literarias del comisariado del ejército del este; guerra de independencia, año de 1938. La nota de Altolaguirre es clara y precisa: “Canciones y romances de Emilio Prados, dentro de la corriente de lo popular, en su cristal presuroso casi nunca opaco, reflejan colores y formas de sus márgenes fijas, paisaje superior, que no es atravesado por las aguas, cuyo reflejo es besado por ellas, como la vida misma besa recuerdos y esperanzas”. Y es la verdad. Desde las antologías del propio Altolaguirre, me sentí unido por un claro parentesco con el poeta, a quien las alas rotas del Destino trajeron a nuestro suelo, angustiado, mas esperanzado. Su angustia ya es una esperanza. Su anhelo es una reivindicación en marcha. En este momento recuerdo dos versos de alguno de sus romances: “Málaga, sobre tu puerto, / está la victoria anclada [...]”.⁹⁸

No soy derrotista. La presencia de Prados en México como que ha venido a resucitar mucho de muerto en mí. No me lo explico sino por la poesía, esta enfermedad que es medicina al mismo tiempo. Los poetas españoles, unidos, entregados al pueblo —y no es nuevo; es cosa de todos los siglos— se salvarán, salvarán al pueblo que acaba de ser humillado. La corriente de dispersión tendrá, tarde o temprano, cauce apropiado. En

ningún tiempo he tenido tanta confianza en la victoria como en estos días. Vuelvo a explicármelo por la poesía. Sé que Emilio Prados comprende lo que digo. Sé que muchos entienden mis palabras.

84. Los mejores poemas. La balada de las hojas mas altas”⁹⁹

¿Quién ha olvidado a Werther,¹⁰⁰ el de la angustia a flor de piel, paseando, o descansando a la sombra de los bien dibujados tilos de Wahlheim? Y sobre todo, ¿quién no recuerda los desesperados párrafos de su última carta a Carlota? Hay en la doliente misiva una súplica terrible:

Tu retrato, este retrato querido, te lo doy suplicándote que lo conserves. He impreso en él mil millones de besos, y lo he saludado mil veces al entrar en mi habitación y al salir de ella. Dejo una carta escrita para tu padre, rogándole que proteja mi cadáver. Al final del cementerio, en la parte que da al campo, hay dos tilos, a cuya sombra deseo reposar.

De nuevo las trágicas ramas de los tilos, con sus flores blanquizas, más llenas de dolor, más queridas quizás que los dos nogales del presbiterio del pueblo, un día cortados sin piedad por un cura inconsciente. Siempre en el paisaje dolorido que rodea al cuitado muchacho, surgen los tilos como símbolo de su triste fin. Una ocasión, al visitar Werther su pueblo natal, escribe: “Me detuve bajo el tilo que en mi infancia había sido objeto y término de mis paseos”. Es una obsesión en el impresionable joven. Es el amor a la naturaleza —Werther era pintor— en toda su minuciosa ternura. Sólo en el principio del fin perdió el suicida su admiración al paisaje. Estaba fuera del mundo visible. Se había encerrado en sí mismo. Entonces los tilos llorarían lágrimas a manera de lentas elegías. Y hablarían con pesadumbre, con suaves murmullos de pena vegetal. Y qué bello, qué significativo es que los árboles hablen, y canten, y sollozen y rían estremecidos por mil impresiones. Porque es la suya la mejor, la más sincera voz.

La literatura mexicana actual, cada hora más rica, cuenta en su haber con un bellísimo poema en prosa cuyo autor, Julio Torri, es el ejemplo más claro de elegancia clásica, finura e ironía. Su obra, por breve, dos veces buena es. Recordamos que en la revista *Examen*, de 1932, aparecieron tres poemas de Torri: “El raptor”, “Cursos veraniegos” y “Mujeres”; deliciosos, magistrales. “El raptor” dice: “Amigos míos, ayudadme a robar una novia que tengo en el Real de Pozos. Tendremos que sacarla de su casa a viva fuerza. Por eso os pido ayuda, que si ella tuviera voluntad en seguirme...” Son los de Julio Torri poemas de carácter diverso: sencillamente ágiles, burlones hasta provocar en el lector una sonrisa de piedad, cáusticos hasta la conmisericordia, trágicos hasta la sorpresa. Mas

la calidad es una y definitiva. El talento es uniforme, diríamos, pero logrando una clara superación en todo momento. Es ascendente. En suma, con Torri sucede que es difícil decidirse por determinado género de poemas. Todos son mejores, es la verdad. Hay en cada uno de ellos una intención definida. Recordemos tan sólo un trozo de uno que es quizás, con el comentado hoy en esta serie, el que mayor prestigio le ha proporcionado. “¡Circe, noble diosa de los hermosos cabellos! Mi destino es cruel. Como iba resuelto a perderme, las sirenas no cantaron para mí”. ¿No es todo un tratado de filosofía este delicioso fragmento? Cuánto podría decirse en torno a semejante resolución. Y es que Torri fustiga con las mejores armas. Inolvidable es para nosotros su poema sobre las mujeres asnas, causantes de la perdición de los hombres superiores.

Pero el turno es de “La balada de las hojas más altas”, leído la primera vez por nosotros en la *Antología de poetas modernos de México*, en ese recinto de quietud luminosa que es la Biblioteca Cervantes de esta ciudad.¹⁰¹ Nuestra impresión, por aquellos días de 1933, fue de sorpresa, primero, y después de respeto hacia el autor de tan preciosa joya. Torri se había captado, con un solo poema, toda nuestra admiración interminable. Nuestros cuadernos de notas y selecciones habíanse enriquecido con su prosa cautivadora, sugestiva, poética. Nos apenaba que el poema no fuese conocido por todos. Nuestra decisión, desde aquel momento, fue la de popularizar “La balada de las hojas más altas”. Algunas personas, atinadamente, se nos adelantaron. Qué bien. Pero escribir sobre el poema también era una obsesión. He aquí “La balada...”:

Nos mecemos suavemente en lo alto de los tilos de la carretera blanca. Nos mecemos levemente por sobre la caravana de los que parten y los que retornan. Unos van riendo y festejando, otros caminan en silencio. Peregrinos y mercaderes, juglares y leprosos, judíos y hombres de guerra: pasan con presura, y hasta nosotros llega a veces su canción.

Hablan de sus cuitas de todos los días, y sus cuitas podrían acabarse con sólo un puñado de doblones o un milagro de nuestra señora de Rocamador. No son bellas sus desventuras. Nada saben, los afanosos, de las matinales sinfonías en rosa y perla; del sedante añil del cielo, en el mediodía: de las tonalidades sorprendentes de las puestas de sol, cuando los lujuriosos carmeses y los cinabrios opulentos se disuelven en cobaltos desvaídos y en el verde ultraterrestre en que se hastían los monstruos marinos de Bocklin. En la región superior, por sobre sus trabajos y anhelos, el viento de la tarde nos mece suavemente.

Preguntamos si no es este poema la sinfonía más dulce y perfecta. Si “La balada de las hojas más altas” no la hubiera recitado Werther con emoción candorosa, como todas sus emociones. El personaje de Goethe no habría tenido necesidad de un puñado de doblones. Era desprendido y gustaba de regalar su dinero. Tampoco desearía un milagro. No. Werther querría su desventura nada agradable por toda su vida anhelante. El querría, sí, tener a mano sus colores para saber de las tonalidades desconocidas. Am-

bicionaba también, el afanoso amante, formar parte de esa región superior, donde el viento es leve como su tragedia, o recio como su desdicha frente a Carlota, cuando le dice que no hay otro camino que el que a todo y a nada conduce.

Los tilos mecidos suavemente, el recuerdo de Werther, la poesía, ¿hay otros temas más delicados y dignos de nuestra pasión?

85. Poemas españoles. Los de Miguel Hernández¹⁰²

Sucede a menudo que la nutrida hermandad de los poetas se hace más recia, más sólida y leal. Es cuando todos los emparentados por la sangre del verso júranse fidelidad y eterna comprensión; o cuando los poetas de un país determinado sufren una avalancha despiadada de obuses, soldados extranjeros y traición casi universal. Entonces, y sólo entonces, hemos logrado relacionar la imagen de un pueblo destrozado con el espíritu de un poeta. Horas después del paso de los bombarderos, en el pueblo no queda sino silencio, humo y llanto; en la vorágine de la lucha, el *poeta* deviene un ser semidestruído, con la ventaja de reaccionar posteriormente, cuando los imperativos se echan encima.

¡Y qué sana, qué vigorosa manera de salir de nuevo a la luz! El Poeta revive más hombre, con una poesía más luminosa y madura, al igual que un convaleciente de penosa enfermedad mira las cosas que le rodean con ojos recién nacidos. Los objetos y las intenciones se ven como en estío: perfectas, bien delineadas, y se tiene una visión acabada de los acontecimientos, del paisaje, del sufrimiento, de la alegría, del trabajo. Es cosa sabida por nosotros la desordenada angustia de tres años de guerra en la península. Ahora, como eterna llamarada, sólo nos resta una esperanza estatutaria, intocable como un corazón o como el deseo más puro que darse pueda. Alternativas de inquietudes y sosiego, es decir, constante alarma, sobre todo para los miembros de esa que hemos llamado hermandad de los poetas, malos y buenos, oscuros y claros, mediocres y capaces, jóvenes y ancianos. Sobre todo para nosotros, ya que nuestra atención habíase puesto desde tiempo atrás en ese joven ejemplar, humilde y callado como buen pastor —viven a nosotros las sombras de los personajes de Garcilaso—, como buen estudiante de poesía. Nuestra ignorancia sobre su destino es absoluta.¹⁰³ Sin embargo, por encima de lo pantanoso que es la desesperación, una clara ilusión nos lleva a recordarle, de la misma manera que durante meses y meses estuvimos recordando, pensando en todos los escritores y artistas que peleaban en defensa de la Segunda República.

Miguel Hernández debe saber que en México, a miles de leguas de su Orihuela de origen, nos preguntamos por él, por su voz varonil de poeta soldado, por su nobleza y por su ancho corazón de combatiente popular. Porque no es posible olvidarle. Porque no es posible olvidar a ningún español. La tragedia se nos ha quedado grabada en la

piel: somos como los marineros tristes que se tatúan, y apenas el ansia de más limpios rumbos nos alienta. Que estas líneas sean un juramento de fidelidad, y que se renueve —¿pero puede desgastarse?— cada vez que sea necesario. Se ama a la poesía sobre todas las cosas. Pero a los poetas, humanamente hablando, como siempre hemos hablado, hay que guardarles tanto cariño como a sus creaciones. Loadas sean por siempre la gracia, la belleza y la alegría, madres de la esperanza.

Los poemas “Visión de Sevilla”, “El sudor” y “Juramento de Alegría”, aparecieron en la revista *Hora de España*, en su número tres. “El sudor” es el poema logrado. Posee una perfección impresionante y una redondez sabrosa como la de los frutos. Nos ha recordado, a primera vista, cierto poema de Pedro Salinas en torno a las lágrimas. Es como un himno al trabajo, al sol, a la piel quemada, mojada de los hombres que laboran. Es un canto a los venturosos y al mismo tiempo una condenación para quienes hacen del ocio un estado profesional. A éstos les dice el poeta que morirán maloliento, que morirán apagados. Y en cambio, el sudor que ilumina la vida tiene cualidades desbordantes:

Hijo del movimiento, primo del sol, hermano
de la lágrima, deja rodando por las eras,
del abril al octubre, del invierno al verano,
áureas enredaderas.

[...]

Entregad al trabajo, compañeros, las frentes:
que el sudor, con su espada de sabrosos cristales,
con sus lentos diluvios, os hará transparentes,
venturosos, iguales.

Aquí ha encontrado Miguel Hernández esa clase de poesía tan anhelada y rara. Elogiar, como él lo hace, esa “vestidura de oro de los trabajadores”, es dar a la poesía toda la dignidad que merece. Se encuentran en el poema calidades, las más uniformes de riqueza y sinfonía, pocas veces logradas con las herramientas poéticas. ¡Las herramientas!, he ahí el problema. Pero Miguel Hernández sabe que las tiene, y las sabe usar debidamente. Nos viene a la memoria un auto sacramental que le publicara *Cruz y Raya* en 1934, *Quien te ha visto y quien te ve y sombra de lo que eras*, donde el poeta hacía versos como estos:

Con un agua tan clara y sucedida
como un viento evidente,
que no negaba su presencia íntima,
ni tampoco sus peces...

en los que ya se advierte la suprema adquisición, el indiscutible valor poético de todos los materiales y el afán por construir con todo el decoro que exige la tradición. Pero qué más, si en nuestras manos tenemos *El labrador de más aire*, ensayo teatral de Miguel Hernández, editado por Nuestro Pueblo en 1937. Aquí, bien que un tanto disparejo, el poeta pretende hallarse en una modalidad peligrosa. Lo logra, mas no totalmente; es un esfuerzo en su obra. Hemos notado que Miguel Hernández se siente atormentado por la búsqueda tremenda, ingrata de la poesía. Este libro de teatro, abierto y leído arbitrariamente, siempre y en todo momento nos ofrece poesía y poesía.

86. Españoles en México. Antonio Sánchez Barbudo¹⁰⁴

Y no nos interesa la literatura por la literatura, ni el arte por el arte, porque para nosotros arte o literatura es verdad, poesía, drama y no juego: es hombre, libertad.

ANTONIO SÁNCHEZ BARBUDO

No es posible hacer una referencia al Sánchez Barbudo de la actualidad (29 años) sin mencionar aquella *Hoja Literaria* de felicísima memoria que en Madrid editaron Arturo Serrano Plaja, Enrique Azcoaga y el propio A.S.B.¹⁰⁵ *Hoja Literaria*, publicación mensual de poesía y crítica, redactada con vigor y talento, regularmente impresa, presentaba un claro carácter juvenil y su voz era autorizada, escuchada, comentada y combatida. Respetada. La sección de notas, eje de su pensamiento, poseía un definido aspecto de valentía, llegaba a veces hasta el panfleto, pero en todo momento sentíase que representaba algo sustancioso y varonil, perecedero y auténtico. Reflejaba el nacimiento para la literatura española de un grupo bien preparado, audaz, insobornable, que nunca después se dejaría intimidar por los peores tropiezos. Un grupo dinámico por excelencia, emprendedor como el que más, consciente y en vías de madurez. *Hoja Literaria*, que ofrece el ejemplo muy leal de la calidad de las revistas jóvenes españolas, nació cuando en la península comenzaba la decadencia de las publicaciones literarias, entre las que se contaron muchas muy buenas, casi inmortales, como *Resol*,¹⁰⁶ de Galicia, y otras.

En cuanto a deliciosa insolencia, *Hoja Literaria* no podía menos que manifestarse enemiga de la decrepitud y del cansancio espiritual. “Respetables señores, no tratéis jamás de disculpar nuestra intemperancia, porque nosotros os despreciamos profundamente. Todos exclamáis: ‘¡Ah, juventud, también yo!’ Y no, caballero, usted no. No penséis haber comprendido. Porque vosotros no comprenderéis nada”. Frase que

nos pinta al Sánchez Barbudo de 1933, y de paso a casi toda su generación. Era, y no creemos absolutamente necesaria la aclaración, una bien perfilada curva de anarquía; un sonriente, retador caos juvenil; un salir atropellado, mas no vacío de calidad y entusiasmo y anhelo de combate y creación. Era el deseo hirviendo en aquella juventud del corazón de España; el árbol con sobrecarga de savia; la preocupación que florecía; el ímpetu que rompía las cadenas. Eran las promesas, destructoras, iconoclastas, irrespetuosas, desenfadadas, con ese matiz deportivo y sano de la mejor juventud. En *Hoja Literaria*, venían, además de los bellísimos de Arturo Serrano Plaja, poemas de A.S.B. Poemas limpios, suaves, melancólicos, dolientes, apagados, fríos. Y al mismo tiempo macizas, esclarecedoras e inteligentes notas que ya denunciaban al escritor de hoy. Notas de crítica, serenas o exaltadas, finas o severas, o bruscas: justas, siempre. Siempre fieles al espíritu juvenil, al ansia de perfección y justicia. Sánchez Barbudo era ya, en el principio de la década que está a punto de concluir, una seria esperanza para las letras hispanas. Hoy que le hemos conocido, alto, delgado, rubio, vivacísimo, nos alegra, nos conmueve que sea ya el A.S.B. que confiadamente esperábamos. Pero para encontrar la perfección es necesario caminar por cauces tremendos de incertidumbre, de inseguridad. Ay de los que llegan a la meta sin cicatrices, porque de ellos será el reino de la monotonía. El poeta, el escritor solvente no saldrá jamás del señoritismo acomodado.

Un día, y de esto la semana próxima se cumplirán tres años, la república fue traicionada por los achulados. Comenzaron los días de angustia. Poetas y artistas se adhieren a la causa indiscutible. En Sánchez Barbudo, desde tiempo atrás, había nacido la convicción que es lealtad y amor al *hombre*. Mantener a la cultura española, como ahora conservarla, en su plano superior, fue el papel de la mayoría de los intelectuales. Entre otras altas manifestaciones de inteligencia, fundóse en enero de 1937 la revista *Hora de España*, puesta al servicio de la causa popular. A.S.B. desempeña el papel de secretario de la importante publicación. La excelente revista recoge lo más selecto de las creaciones literarias de España. A.S.B., desde el primer número, inicia una ya autorizada labor de crítica. Publica hermosas narraciones (recuérdese *Sueños de grandeza*, novela) y bellos apuntes. En junio de 1938, en Barcelona, edita *Entre dos fuegos*, un libro que estamos releendo y sobre el cual escribimos en la revista *Taller* las palabras siguientes:

es un libro completo, como de quien, para llegar a escribir en ese tono conciso y maduro, ha tenido que pasar por el tormento de laboriosas especulaciones. Por lo tanto, no vacilo en decir que Sánchez Barbudo logró alcanzar la perfección a fuerza de correrías sobre llanos de prosas superficiales, para conseguir más tarde, ahora, merced a las antiguas indecisiones, una maciza forma de vivo contenido. Y no en la novela, no en el cuento, que son clases, diré atrevidamente, de reglamentación estricta, sí en la narración, madre joven de la epopeya.¹⁰⁷

En suma, podemos decir que este primer libro de Sánchez Barbudo es uno de los libros más hermosos escritos sobre la guerra. Un libro ejemplar, emocionante y dramático, producto del mejor equilibrio de la juventud del escritor español; bien articulado, grave en ocasiones, noble siempre, original por mil motivos. A propósito de *Entre dos fuegos*, escribía Rafael Dieste:¹⁰⁸

Ahora podemos ya decir, con toda la reverencia que nos merecen los misterios, que nos hallamos ante un libro de fragante y equilibrada madurez juvenil. Pero quizá es indispensable todavía decir algo que evite por completo posibles ambigüedades sobre lo que entendemos aquí por juventud de un libro. Joven es el “Werther”, pero entendámonos: su alcance reside en que es el libro de un hombre joven, y hay en sus páginas tal plenitud de humanidad —y tan completa y esclarecida cruz de “tránsitos”— que no hay hombre realmente maduro que no vuelva los ojos con enternecida admiración hacia su encanto y su sabiduría.

Esta admiración que le guardamos, nos hace exigir a A.S.B., hoy en su nueva patria, una obra de constante superación, que nos enorgullezca, y que dé a su España, en la reconquista, un estremecido timbre de gloria.

87. Españoles en México. Juan Gil-Albert¹⁰⁹

A cierta persona preguntaron: “¿Para qué sirve un poeta?” Y respondió: “Para lo mismo que cualquier otro hombre y, además, para hacer versos”.

Los antipoéticos —nutrida fauna, vergüenza de todos los rumbos— jamás comprenderán la esencia del epígrafe que antecede a estas notas. La antipoesía es necia, obtusa; está dentro de lo bestial, que no de lo primitivo. No les cabe en sus estrechas entendede-ras que el poeta sea un hombre, que se comporte regularmente como tal, que sirva para lo mismo que cualquier otro hombre, y que, además, tenga la respetable virtud de saber hacer poesías. Para los enemigos del poema, para los negados a toda expresión de belleza, por elemental que esta sea, el poeta no existe, no existe siquiera la poesía. Para ellos sólo tiene existencia su propio medio tono de mediocridad. Son hermanos siameses de los malos poetas —“recordad, nos ha dicho Eduardo de Ontañón,¹¹⁰ que fueron los malos poetas quienes asesinaron a Federico García Lorca”—, de los rimadores de picardías, de los soneteros sin fortuna y de los plagiarios inveterados. Los une la esterilidad, el miedo y la cobardía ante lo auténticamente bello y original. Haciendo memoria de nuestro amado Enrique Heine: “Tienen una gran idea de sí mismos; y es la única idea que tienen”. Lo cual, ¿no es para sublevar al más cándido?

Se nos ocurren las anteriores reflexiones siempre que tenemos en las manos, delante de los ojos y del corazón, dos o tres libros de poemas de impresionante calidad. Casi nos hemos acostumbrado a semejante reacción; la consideramos inevitable. Es algo así como una contradicción al egoísmo que se nos imputa. Y la verdad, la única verdad es que quisiéramos que, como en España, el pueblo conociera a sus poetas, se identificara con ellos; o al contrario. Porque todos los caminos conducen a lo popular, y el poeta, hombre fatalmente revolucionario, siempre, aunque en forma parcial lo ignore, estará del lado del pueblo, hermanado con él, protegido por él. Ayudándose mutuamente. Interpretándose. Salvándose o perdiéndose juntos.

Pensar en el pueblo español es pensar en sus poetas. Una vez más, nos complace presentar desde las páginas editoriales de este periódico, a uno de ellos: a Juan Gil-Albert, valenciano, y uno de los más finos espíritus de las nuevas generaciones españolas. Colaborador asiduo de importantes revistas y diarios de izquierda; autor de varios libros fundamentales, entre los que anotamos los siguientes: *Cómo pudieron ser* (Galerías del Museo del Prado, 1929); *Crónicas* (para servir al estudio de nuestro tiempo), 1932; *Disipadas mariposas* (una hoja suelta con prosa decorada por Juanino), 1935; *Candente horror*, (poemas), Valencia, 1936; *Misteriosa presencia* (sonetos) editorial Héroe, Madrid; y *Son nombres ignorados* (elegías, himnos, sonetos), Barcelona, 1938. Una obra con unidad y trayectoria. Producción sutil, delicada y leal, justamente comentada por autorizados críticos de la península y de América, quienes han visto en este joven levantino a un autor de limpios materiales literarios, clásico y moderno, llevado a la revolución y a la guerra por fatalismo y por convicción, a pesar de su origen acomodado, o quizá por ello mismo. El propio poeta, en una interesante nota prólogo a uno de sus últimos volúmenes, declara esto:

Nada podía hacer suponer en mi medio social, que algún día habría yo de repudiarlo de una manera tan vehemente. Pero los caminos que llevan a la revolución son diversos y distintos. Y en mi caso, los elementos nativos cultivados por la soledad y el dolor, habían de levantarse a su hora contra el mundo que hacía posibles tales desgastes solitarios. Cuando se es muy joven y se tiene un refugio grato y seguro, la protesta puede adoptar la forma de una impertinencia wildeana; porque, eso sí, nunca fui un sometido ni un claudicante, y la rebeldía puso a lo largo de mi adolescencia, un horroroso camino de vergüenzas y asco. ¡Lástima que tantas y tan nobles energías de juventud hayan sido consumidas en luchas baladés!

Es esta una confesión plena de honestidad. Es la confesión de un poeta, en otras palabras. Sólo los artistas tienen esa capacidad para ser sinceros; sólo ellos, por otra parte, tienen derecho para hablar así. Por eso la existencia de los antipoéticos, enemigos de la claridad, esclavos de la fangosa y maloliente mentira. Juan Gil-Albert, en esas palabras, entrega, está entregando, ofreciendo una vida: la suya propia. Y esto no podía ignorarlo el pueblo.

Cierta penetración, cierta ironía caracteriza los libros de Gil-Albert. En *Candente horror*, por ejemplo, está revelándose un aspecto, quizás el más inhumano, de la sociedad contemporánea. El poeta, después del ingenio, encuentra el drama, se encuentra con él. Ambos se descubren en esta cárcel de horror y angustia que llamamos mundo. La evidencia hace su aparición. Mueren el egoísmo; los ojos dejan de estar apagados. El horror, forma la más cruel, anida en el poeta. En un poeta culto como Gil-Albert. En un hombre inteligente, el terror hace su presentación. Una pálida, imborrable sombra cubre todo el pasado, negando la vuelta a las anteriores maneras de escribir, de concebir un mundo ya no sólo entrevisto, sino sufrido. Se ha hecho la luz, el fuego, la piedra encendida, en el corazón del poeta. *Candente horror*, sin embargo, es en la obra de Gil-Albert un libro de transición. No tardarían en aparecer los definitivos. Los de *Son nombres ignorados* nos parecen ya poemas completos, logrados al calor de la guerra, y en los que la actitud del poeta se define con caracteres firmes e imperecederos.

“Para mí, la naturaleza y su inusitado esplendor de siempre, sigue pulsando en los hombres la más entrañable necesidad de poesía”, dice Gil-Albert. Son como líneas autobiográficas del poeta valenciano. Los campos, las fábricas abandonadas, las vides (¡qué bello poema es el que dedica a la vid!) los muertos a quienes dirige palabras:

Reposad, gérmenes voluntarios,
si es que ahí se conquista el reposo.
Un presentido empuje está latiendo
cuando en polvo roídos por la muerte
tiemblan las avecillas prematuras
sobre un primaveral eco de sombras.¹¹¹

Y también la ciudad junto al mar de suaves brisas, y el póstumo homenaje a García Lorca en sonetos primorosos. Oíd:

Aquel pichón dorado que tuviste,
la pompa levantina de mi envío,
con las rosadas bridas del estío
pasó a ser de tu casa ornato triste.¹¹²

Juan Gil-Albert, poeta de elegante trazo, hombre de fina sensibilidad mediterránea, ha encontrado al fin el sereno camino que le corresponde. Muy nobles y muy dignos son los poemas de *Son nombres ignorados*. Las elegías, las brillantes elegías, los himnos y los sonetos, le confieren un alto título espiritual en el terreno de las letras españolas contemporáneas.

88. Trifulca en la poesía. Hablemos de los antipoéticos¹¹³

¡Hermosa colección de fantoches, pero los hilos se ven demasiado ciertamente!

ANDRÉ GIDE

Hace poco, semana más, semana menos, tuve el presentimiento de que la fauna contemporánea se enriquecería con nuevos ejemplares, raros o no, mas indispensables en la famosa, inmortal colección. Creía engañarme. Me sentía incapaz de buscar, de inventar, de inquirir. Había hablado alguna vez sin maligna intención de los antipoéticos. Pero dudaba de su existencia. Mi ingenuidad impedíame darle a un simple presentimiento carácter de verdad. Increíble me parecía entonces que viviesen semejantes criaturas.

Ya desesperaba, cuando el día 17 de julio un artículo publicado en esta página me hizo ver la luz;¹¹⁴ el alba, un alba especial, había llegado, y, sobre sus luces, los presentidos ejemplares se ofrecían a los ojos de los trasnochadores o madrugadores. Los antipoéticos se incorporaban a la nutrida fauna. ¡Y qué bien! No había para qué atrincherarse. Seré el primero en alegrarme si en verdad se arma la trifulca que desde un principio sugirió un representante al parecer auténtico de la antipoesía. Una trifulca poética. Trifulca provocada, buscada. Ya era tiempo de escuchar el grito de guerra: “¡Vates, apercibid vuestro cacumen! Porque los liosos, los antipoéticos han llegado, encizajando el ambiente con sus palabras, con sus blandos, cómodos, ademanes de aprendices de dómines. Rondan ya, los muy voraces, el panal de los versos”.

Si yo tuviese autoridad, exigiría a todos los poetas de México y sus alrededores que hiciesen acto de presencia en algún sitio, por ejemplo, en el Hemiciclo de Juárez, para protestar, organizar un plan de campaña y actuar con los medios más modernos que ofrecer pueda la profilaxis. El aburrido y viejo dios, a quien hay que recordar de tarde en tarde, ya no abriría la ventana para contemplar los bulevares de París: extasiado se quedaría con el espectáculo de la lucha entre los poetas y sus enemigos. Enemigos, sí. No nos hagamos tontos. Demos gracias a Nietzsche por haber descubierto lo que él llamo *ressentiment*.¹¹⁵ Y, ¿quién se atreverá a dudar?, en cada frase contra los poetas se esconde una profunda convicción de incapacidad, que no otra cosa es el resentimiento. Y luego, ¿no es un fracasado el resentido? De ahí que los antipoéticos, flores las más acabadas del vergel del resentimiento, se irriten, se exacerben hasta la locura por una sencilla anécdota. (Confieso que todo esto me divierte; pero también que me apena. No olvido a Machado cuando decía: “Todo, amigos, antes que engolados abogadetes de vuestras personillas...”¹¹⁶ Pero en fin, lo fundamental es que la gaya compañía de los hijos del sol, vulgo poetas, raza más abundante que las setas, ha sido habilidosamente zaherida. El pretexto ya no me interesa. Estoy muy lejos de los bizantinismos. Pero se ha arrojado una piedra a los poetas; se les ha tachado mezquinamente. Se ha dicho que

se ha rebajado la dignidad de la poesía, y se acusa a los poetas de tal rebajamiento; se ha dicho que la poesía sufre una crisis; se ha dicho que la poesía adolece de demasiado prosaísmo, etcétera. Como se ve, piedras arrojadas no faltan. Sólo que la expresión no es nueva. Es la antigua, sobadísima expresión de los agazapados, ahora en boca de los antipoéticos. Me parece extemporáneo referirme a problemas liquidados. Y más: creo innoble especular con la poesía y sobre la misión de los poetas. ¿Quién ha contestado algunas partes de cierto artículo mío, que, por otra parte no considero eje de polémicas? No creo que un rimador de picardías; dudo que haya sido un poeta mediocre; rechazo la idea del sonetero sin fortuna. (“¿Cabe pelear a sonetazos?”, preguntaba don Miguel de Unamuno). Sólo queda la verdad: un auténtico antipoético. A esta persona, a esta institución voy a intentar darle una respuesta. Me embarco en una aventura que en principio me repugna. ¿Hay absurdo más delicioso que hablar de lo inefable con un fantasma? Triste cosa es que un antipoético se refiera a la poesía: lamentable sería dejarle desgañarse impunemente. Así pues, con la venia de ese ejemplar antipoético, voy a permitirme “pensar inspiradamente”, aun con el riesgo, inevitable, de volverme abogadete de mi propia personilla. O mejor, de otras personillas. Bienvenida el alba de gas neón.

He sostenido siempre que la primera cualidad del poeta debe ser el desinterés. Desinterés, amplia generosidad. Que el poeta tenga conciencia del estricto destino que le han impuesto los ...dioses. Que viva su drama intelectual como un héroe. (¡Apolo me valga, estoy hablando en serio!), ajeno al desprecio y a la incompreensión de quienes quisieran verle morir de angustia en una charca de agua podrida. Que tenga fe completa en la poesía; que sufra por ella. Que su intuición creadora permanezca perpetuamente sana. Que su obra sea siempre una respuesta, un mensaje. Se es mucho cuando se es poeta, cuando se pertenece a una indudable casta espiritual, cuando se es dueño de una condición que no alcanzaron las mayorías en... ¿en qué reparto de premios? De una condición que no le impide ser el más humano de los hombres.

(Insisto: sólo pretendo contestar un ataque a los poetas. En general. Contra ellos, contra su obra —iba a decir: contra su esfuerzo— se han alzado en todos los tiempos sucias conspiraciones. ¿Cómo y para qué destruirlas? Hay gente que vive de eso. “Espiritualmente”, se entiende. Pero lo grave es que al resucitar la vieja encuesta “para qué sirven los poetas”, no creía todavía en la existencia de los antipoéticos —de los que están contra lo poético, no de los que carecen de matices poéticos, o apoéticos. No pensaba que hubiese alguien —si no me equivoco, estamos en el siglo xx— capaz de afirmar que “la poesía no es experiencia”, y que “en cuanto lo es, deja de ser poesía”. ¿Qué garantías puede ofrecer una institución incapaz de comprender lo que es dominar y experimentar un estado lírico? No recuerdo quién dijo que no es posible discutir sobre algo sin estar previamente de acuerdo con mucho. Y toda contradicción supone una extensa conformidad. Sin embargo, y ya para cerrar el paréntesis: ¿se concibe a un pintor sin técnica, sin oficio? ¿Es posible pensar en un poeta sin esas preciosas armas?) El mecanismo de

la poesía raras veces es captado por un lector comprensivo (no creo en la crítica poética); nunca un antipoético entenderá la mecánica del poema. Y ahora, y permítaseme sonreír, al preguntar para qué sirven los poetas, exclusivamente me refería a oficios u ocupaciones, cosas no ajenas a la realidad. Un poeta sabe combatir, desempeñar cualquier trabajo, rendir como el que más, etcétera. Cosas muy humanas, muy “stajanovistas”.¹¹⁷ Y como hombre que es, el poeta sabe rebelarse cuando le quieren herir con las lanzadas de la compasión.

No sé qué hay de académico —quizás el olor a pesebre— en algunas afirmaciones del antipoético de marras. No me refiero a cuando niega la calidad poética de las mujeres, ya que sobre ciertas aficiones se ha escrito, y practicado, demasiado tal vez. “Sin el tal vez”, me diría un suspicaz. Concretamente: la dignidad de la poesía se conserva im-poluta. Es verdad que no faltan en los parnasillos los consabidos artistas que casi deliberadamente se dedican a deshonorarla. Pero sobre tal asunto precisarían casos conocidos. De buena gana aceptaría ejemplos. Las nobles señoritas del Parnaso se verían en aprietos para sentirse agradecidas. ¡Y que bufe el eunuco! He escrito eunuco, no antipoético. Otra cosa: ¿en qué momento de la historia literaria no se ha dicho que la poesía estaba en crisis? Que vivamos la crisis, es distinto. No lo niego, y vuelvo a repetir: inténtese demostrar que los poetas son los responsables directos de tal estado. Por último, pregunto al antipoético: ¿de dónde baja usted, viejecito, con esa novedad del prosaísmo en la poesía contemporánea? (De nuevo me salta el olor a pesebre académico). ¡Pero si siempre los *antis* han manejado esa fórmula! “Esos poetas que hacen versos en prosa”, se dice en alguna parte de *Los mexicanos pintados por sí mismos*.¹¹⁸ Lo que pasa es que la comadrería no traga, no le da el golpe a la poesía. ¡Qué bien! Darle el golpe a la poesía es todo el problema. Problema fácil, al alcance de todas las fortunas mentales, señor antipoético. Ayúdeme, ponga algo de su parte. Salve usted el prestigio de su maravillosa fauna.

Olvidaba el complejo de inmortalidad. Creo que muchos poetas lo tienen, lo han tenido y lo tendrán. Lo siento mucho. Los poetas auténticos, es decir, los que saben que son poetas y lo siguen siendo con mayor sentido de responsabilidad, sus razones deben tener para creerse inmortales. Y entiéndase: cuando el poeta dice “yo”, quiere decir “mi obra”. En contraste, ¿qué bandera pretenden izar quienes se rebelan en nombre de su propia mediocridad?¹¹⁹

88. Pequeño guiñol. Introducción al estudio de Blasfemo y Masiosare¹²⁰

Verano de 1939. Ciudad de México. Paseo de la Reforma.

Hay en el aire una leve amenaza de lluvia. Los grandes árboles del clásico paseo se estremecen inquietos, o alborozados, ante la perspectiva de una saludable caricia celeste. Los automóviles, esas máquinas bárbaras, siguen como siempre, indiferentes al mundo

exterior, como si en verdad sus conductores, rumiantes de la técnica, fuesen los reyes del mundo, cuando apenas, y esto lo sabe cualquier peatón, son unos simples esclavos de las señales luminosas, del asfalto y del agente de tránsito en turno.

¿Esclavos los choferes?, se nos preguntará. Y contestaremos que sí. Que son esclavos de sí mismos, de su innegable superioridad, de sus nervios en tensión; de su serenidad, cuando son serenos; de su ignorancia, cuando desconocen una ruta; del “complejo del hombre que compró un automóvil”, si son propietarios del raudo aparato. Esclavos de los transeúntes, cuando estos, protegidos por un oportuno silbato, o por la luz roja, o por la ambarina, atraviesan la calle con el desdén en los labios y mirando con un supremo aplomo las salpicaderas, el número, la marca y a veces hasta el compungido rostro del que guía el automóvil. Es algo sublime el brillar de ojos de los peatones en el momento en que los coches se detienen, monstruos provisionalmente domesticados, ante la orden eléctrica o humana; hay peatones que se han vuelto desdeñosos y despreciativos por la sola causa de esos instantes en que se saben dueños interinos de un breve territorio; llega a formárseles una curiosa costumbre de mirar barriendo a todos los objetos y personas. En verdad intimida el gesto del transeúnte profesional, o sea el que cruza las calles leyendo un libro o un periódico, indiferente al impresionante roncar de los motores, sobre todo si se trata de uno de esos camiones que el pueblo ha calificado de “tiburones con ruedas”, o de uno de esos autos realmente conmovedores que marchan al compás de una música popular, mariachasca: “Aquella que va río abajo se llama Panchita...”.

Y ahora, esta tarde, los autos se deslizan casi con elegancia. Todos parecen estar cumpliendo un alto destino. El paseo de la Reforma —árboles inquietos, promesas de lluvia— se mantiene en un estado envidiable de ecuanimidad, cosa que Blasfemo, ese hombrecillo delgado y vivaz, no puede soportar. Porque la cita era a las cinco; y son ya las cinco y ocho minutos en el reloj de Colonia. Blasfemo, extraña situación en él, está a punto de olvidar el paisaje: la tierra, los árboles en vísperas de tumulto, el zumbido de los automóviles, las parejas que se aman, los solitarios —y él es un aprendiz de solitario— le pasan inadvertidos. Su pensamiento está en otra parte, clavado en una persona. En Masiosare, un extraño enemigo suyo, que no llegó a tiempo al punto fijado. Si pudiese fumar, parece decirse nuestro hombrecillo. Pero no; Blasfemo ha renunciado a todos los placeres fáciles. Se ha empeñado en que su vida, o por mejor decir, lo que le queda de vida, sea un prístino ejemplo para las generaciones venideras. El será el rayo fulminante, la ráfaga de virtud y limpieza moral, el relámpago condenatorio, el trueno destructor de los vicios. Será la tempestad devastadora. Su recuerdo, su tradición, inaugurará el reinado de los castillos de cristal. Ni inmoralidades ni desviaciones. Que ese Masiosare (que no acaba de llegar), se mantenga en sus trece, y que siga creyendo en la invulnerabilidad y efectividad de ciertos métodos políticos. Siempre chocarán el reconstructor y el indiferente. Y aquí, en esta narración, Blasfemo aspira, nos lo ha confesado enternecido, a salvar el país por medios drásticos, de aplicación inmediata, cuya fórmula

sólo él posee, en tanto que Masiosare, representante del más puro y encantador de los patriotismos, cree, o imagina creer, o le han hecho creer, o le han obligado a creer, que la salvación de la patria está en sus manos, en su iniciativa, en su vigorosa personalidad de tribuno y financiero.

Desaparecido el eje Roma-Berlín-San Juan de Letrán, queda él solo para continuar una leyenda de escándalo y de bien organizada desvergüenza. La mente de Masiosare está llena de guardias blancas y de ejércitos de sinarquistas.¹²¹ Una mente sublime, como la de su compañero. Por un acuerdo tácito, han escogido el más bello paseo de la república para comunicarse sus impresiones, monologar y meditar sobre los escabrosos problemas de palpitante actualidad. Ellos son los reformadores, los señalados por la mano divina para extirpar del enfermo cuerpo mexicano los venenos y lacras que lo torturan. Sin confesárselo, ambos han escogido ya el sitio donde deberá erigirse la estatua de bronce que los immortalice. Son ya, y qué bueno, un par de hombres felices. Tan felices como los árboles, y el aire, y la lluvia futura.

Mas he aquí que el esperado llega —Mesías rezagado—, alejando con su presencia toda amenaza de llovizna o aguacero. Masiosare, alto, lleno de energías, ojos que “lanzan chispas” como de iluminado, manos de boxeador de peso *welter*, asemeja la estatua del especulador bien administrado. Los dos afables enemigos se abrazan con efusión digna de mejor causa. La tarde, plena de inocencia, será el telón de fondo apropiado. Comienza el pequeño guiñol. Atrás quedan el hotel Reforma, altanero y ostentoso, el edificio del Partido Revolucionario Anticomunista, la estatua de Pasteur, tan noble y segura sobre su pedestal; queda, en fin, la bulliciosa ciudad de las radio-electrolas¹²² y los autos desenfrenados. Los dos personajes se encaminan hacia el Bosque. A la altura de la majestuosa columna de la Independencia, un espectador ajeno a sus terribles problemas, podrá observar cómo se crecen, cómo se inflan, cómo y de qué manera consiguen su propósito: competir en alguna forma con el airoso desplante del ángel dorado que en lo alto del monumento lanza desde hace años un soberbio reto a todos los traidorzuelos habidos y por haber. Ni Masiosare ni Blasfemo pueden evitar un suave temblor de angustia. El guiñol cobra caracteres de realidad.

90. Pregunta sin respuesta: ¿el drama del siglo?¹²³

Si tienes una lira transfórmala en orquesta
ALFONSO CRAVIOTO

En su breve ensayo “Orfeo y la RCA”, José Alvarado asienta esta tremenda frase final: “he aquí que encontramos de pronto que la música mecánica representa el drama del

siglo: Orfeo contra la RCA, y que en un humilde disco grabado existen al mismo tiempo la poesía y la verdad”.

La necesidad de la música, la atormentadora necesidad que tiene de emocionar-se, ha colocado al hombre moderno en brazos, en los fríos brazos de la mecánica. Y los dioses, “esos ingleses del cielo”, se han visto desterrados de un imperio que ya se hacía, según algunos, intolerable. Una nueva, vigorosa cultura se cierne sobre los hombres actuales. El misterio perdió sus preciosas cualidades, para convertirse en el movimiento más sencillo del mundo, ya sea que se aplique a un botón de un Zenith,¹²⁴ o que se ejecute en una de esas radio-electrolas, o “sinfonolas tragadieces”, que diría un adicto al espumoso ambiente de las cervecerías. (“La cerveza me teñirá de rubio las imágenes”. B. Jarnés). Porque es en estos sitios donde semejantes aparatos sentaron desde un principio sus reales. El público, al comienzo, juzgaba la cosa como pasajera, como que la moda no duraría arriba de medio año. Pero se equivocó redondamente. Las sinfonolas, ruidotecas baratas, se han impuesto: el público las busca, las desea, las exige. Los mismos restaurantes y cafés sintieron con la obligación de instalar un instrumento de esos. Instrumento que si bien constituye un auténtico tormento para los vecinos madrugadores, ofrece al público de la cervecería o del café el inefable gustazo de escuchar la pieza preferida por solamente diez centavos, o las cinco melodías de moda por un módico tostón. El diez y el tostón son la medida de las emociones.

Orfeo tiene que salir huyendo, escandalizado justamente, de esos lugares en donde la triunfante mecánica choca con su espíritu divino, estableciéndose así el escalofriante drama revelado por Alvarado. ¿El drama del siglo? Porque el hombre, desde que se sabe dueño y señor de las ondas hertzianas, no ha hecho otra cosa que gobernar, eso sí; arbitrariamente, y satisfacer a tontas y a locas, sus propios, nada organizados estados de ánimo. Y es que los dioses, las máscaras han huido. Queda tan sólo la sinfonola, bestia purificada o esfinge sin secreto, imperando soberanamente, absolutamente sobre el alma popular mexicana. Esto es trágico, se nos replicará. Pero no es así. Vamos a ver cómo y de qué manera la ociosidad, la diversión llega a purificarse, a esparcirse por suaves regiones de encantamiento.

Un curioso podrá observar las diferentes categorías de sinfonolas, con sólo un paseito por las calles metropolitanas. Los discos del mentado aparato musical, en el Café Rey, son contrarios, en sentido, clase y ritmo, a los de, por ejemplo, la cervecería Verde y Oro, y los de este antro de mediocre disipación a los de un restaurante más o menos bien situado, pongamos por caso el que se halla a un lado de la Cámara de Diputados, sobre Allende, en que las ratas y las lastimeras notas de *La Borrachita* (“¿Qué cosa es un centímetro cuadrado?”) no se cansan de acariciar ni de morder los pies de los confiados clientes, motivo por el cual Salubridad y un Orfeo poco autorizado, podrían iniciar un pleito que a la postre ganarían. Pero no se trata de esto. Lo fundamental es ir en busca de la esencia popular, y nada mejor que analizar gestos y situaciones disímboles. Esco-

jamos pues un recinto apropiado, o varios, si se quiere que nuestros propósitos se vean regularmente cumplidos.

He aquí una sinfonola de barrio. Digamos Santo Tomás o la Tlaxpana. *Cuatro vidas* ("Si tuviera cuatro vidas, cuatro vidas serían para ti"); *Desolación* ("Llevo mi senda sembrada de abrojos"); dos danzones, tres *blues* y un tango extremadamente llorón, son los amos del inquieto recinto. El público se entenece, verdaderamente se destroza el corazón con las notas y la letra de las canciones rancheras; siente o afecta una tranquilidad rayana en la indiferencia al escuchar el tango; agítase un tanto nervioso al oír los *blues*. Son, puede suponerse, emociones elementales, que nada dicen al observador, porque los estilos de música son ya clásicos, y además no se baila, no hay una fuga material, no hay más que el escuchar forzosamente sentados, distraídos. Por eso *Desolación*, la más bella y desgarradora de las últimas melodías populares, les coge indiferentes al parecer, cuando es muy posible que el corazón se les esté haciendo añicos. Pero el carácter sedentario de los concurrentes a las cervecerías es inalterable. Su diversión llega al masoquismo, y como lo saben, prefieren piezas dulzonas o tristes, pero nunca el ritmo feroz de otros discos. Esos otros discos que encontramos en lugares donde el baile es permitido. Donde el baile refleja el desquiciante drama que a lo mejor sí es el drama del siglo. Porque ya aparecen las sinfonolas con *swing*. Y esto es lo terrible, lo desconcertante, lo que sí motivaría un serio ensayo de estética en el siglo xx, este siglo reñido con todas las formas clásicas, cuando no consigo mismo.

El *swing* (balanceo), que por algún tiempo viose opacado por la angustiosa *Vereda tropical*, constituye una bella y compleja modalidad de la música popular contemporánea. Desde su nacimiento hasta su actual apogeo, se ha levantado una cegadora polvareda de alegría y agilidad. Las piernas, el tronco, la cabeza y los brazos de los bailarines adquirieron nueva vida. Una extraña vitalidad hecha de nervios, sangre, huesos, cuerdas de violín, notas de saxofón, golpes de batería y velocidades de clarinete; una vitalidad simbólica, asesina de las languideces inofensivas del *blues* y del cansado automatismo del *fox*. Pero hay más: los bailarines encontraron que poseen manos, y en ellas dedos, y entre éstos uno llamado índice. El índice y el balanceo hacen el baile moderno. Y no se dude: en ese dedo, en sus retos musicales, en su búsqueda minuciosa se halla resucitado el más antiguo de los complejos religiosos, peculiar en los pueblos refinadamente creyentes, sobre todo entre los viejos judíos fanáticos. El índice de los bailarines de *swing* engendra el baile más inquietante y el ritmo más de acuerdo con la época que, después de todo, no nos arrepentimos de vivir. Es cierto que el drama se agudiza. Pero es una razón más en favor de la teoría de José Alvarado.

Nacido el *swing* en el cabaret Savoy, el de Nueva York, se ha extendido rápidamente por todo el orbe. Los historiadores del futuro, de atreverse a hacer un chiste malo, dirán que fue un baile *swing* géneris de la época en que los locos frenéticos derribaban a

hachazos la antigua encina encantada, o sea el recuerdo plenamente vital y artístico de Goethe, y con ella toda la música, la poesía y la verdad alemanas.

¿Imaginan ustedes a un mexicano bailando *swing*? Juramos, por el mismísimo Orfeo, que no es totalmente ridículo, como podría suponerse a la ligera. El prestigio de la sinfonola (¡oh, Tommy Dorsey, oh, Cab Calloway!)¹²⁵ le salva de situaciones incómodas. Además, el mexicano baila con la misma sabiduría que canta. El *swing* no es un peligro para él. Al contrario, le resulta una salvación baratísima y eficaz. Aquí reside solamente una etapa más del drama insinuado. El nuevo paganismo es desenfrenado. Orfeo no hubiera resistido una hora, ya no digamos de *jitterbug*, pero ni siquiera de *swing*. Los bailarines se han olvidado de las cadencias tropicales. Les posee un espíritu nórdico, lleno de contorsiones y locuras. Les invade el frenesí. El frenesí de la sinfonola. El despiadado frenesí de la mecánica.

Sin embargo, son lugares, las cervecerías, los cafés, los restaurantes, de encantamiento. Una buena parte de verdad se encuentra allí. El esparcimiento se consigue, aunque sea contra todas las formas condenadas por los puritanos. La música mecánica es la mejor aliada del espíritu moderno. Orfeo, en su pugna perdida contra la RCA, nos ha regalado una época brillante. No ha sido olvidado, eso no; se le respeta como a un viejo símbolo fecundo en poesía y musicalidad.

Pero, ¿será verdad que el drama presente es el drama del siglo?

91. Pequeño guiñol: el chuan y el petimetre¹²⁶

Nuestro papel de duendes no debe tener secretos. Hemos ofrecido tan sólo dos personajes, dos peripatéticos sin fortuna, pero abarrotados de ideales. Dos hombres cuya máxima aspiración es representar nuestro tiempo. Por eso en este guiñol no caben los demonios, ni los endemoniados; carecen de rol las princesas y los ángeles salvadores desentonarían horriblemente. La calidad humana —¡qué bella expresión!— de nuestros Masiosare y Blasfemo, es suficiente. La república mexicana, nación libre y soberana, altiva y heroica, sana y juvenil, en plena etapa revolucionaria, tiene derecho a saber qué clase de hombres la habitan. Por tal motivo nos hemos abstenido de complicar el drama, o tragicomedia, que presentamos a la consideración del culto público.

Blasfemo y Masiosare, maravillosos muñecos de cuerda, no son, ni con mucho, vulgares cómicos de la legua. No. Ellos tienen a bien, a mucha honra, representar una secta: la de los que, sin querer avanzar, han retrocedido. La estúpida secta de los que no quieren gritar, como debieran hacerlo para ser leales consigo mismos, que la revolución ha muerto, sino que murmuran sobre que se le ha desvirtuado y desencaminado. La secta de los que no se atreven a ser siquiera románticos, lo cual sería por lo

menos una posición un tanto decorosa. Simplemente se titulan orientadores, cuando no reconstructores y salvaciones. Esta situación los pierde, los está aniquilando paulatinamente, porque cada día se definen con más claridad: se vuelven más guiñolescos hora tras hora. Y claro, es imposible que en un pequeño tablado tengan cabida tantos periodistas fracasados, tantos políticos resentidos —resentidos por incapacidad para comprender cómo es que marcha nuestro país— y tantos otros personajes y partiquinos sin la excelencia vital, humanísima y prometedora de Blasfemo y Masiosare.

Estos dos hombres viven, a pesar de su cercano parentesco con los arriba citados, en su propio mundo. Son ajenos al bullicio, a las murmuraciones, al mundanal ruido y sus desoladoras, desalentadoras consecuencias. Es triste —lo diremos en secreto—, pero son tímidos y egoístas. Es lo único que se les puede tachar. Les importa “su” presente, “sus” frases llenas de enjundia “sus” creencias. Son los perfectos reaccionarios, hueros y desteñidos, como los conceptos trascendentales del más sandio de los manifiestos a la nación. (“Y siguen más firmas”). El uno, medroso y encanijado, alto y leonino el otro. Antes y después de la inspiración, habría exclamado Aldous Huxley.¹²⁷ El caso es que Blasfemo y Masiosare constituyen, por sí mismos, todo un universo de esperanzas y deseos insatisfechos, si es que no un proyecto de paraíso terrenal, con solamente saurios y cactáceas en representación del mundo antiguo.

Masiosare es el *incroyable*¹²⁸ (el “incroyable” era el imbécil de su época, nos ha informado una personita cruel), el petimetre, altanero, insolente y ruidoso. Sólo le falta la peluca empolvada para recordar al saboteador de todas las revoluciones. Su bien cuajado espíritu de comerciante desaprensivo le coloca entre los más selectos grupos de provocadores. Él no lo sabe; prefiere ignorarse a sí mismo. Es demasiado orgulloso para tener un cuarto de hora diario de sincera autocritica. Masiosare es oratorio, estéril. Es uno de aquellos deliciosos rimadores de hace veinte años, ahora en vías de negar todo el arte existente, nomás porque sí y porque le parece en exceso atrevido y confuso. Acostumbra disfrazar su frenesí patriotero con estudiado desenfado. Es el “nada me importa” en persona. Y al pecar de chovinismo, alardea de imaginarse a la patria en un estado perenne de orden, pero precisamente de ese orden sabiamente establecido por la naturaleza en connivencia con los detentadores del poder material. Ya hemos dicho que es un admirador incondicional de las guardias blancas y de los sinarquistas. Sin embargo, y después de devorar todos los diarios y semanarios decididamente derechistas, se da el lujo de pensar independientemente, lo cual no deja de inquietar un poco a Blasfemo y hacerle pensar en la inconsistencia mental de su entrañable enemigo.

Blasfemo permite que le crean un tímido. Es su pose favorita. Si Masiosare es el *incroyable*, este Blasfemo, este hombrecito que tan bien se siente bajo las frondas rumorosas del Bosque, es el *chuan*,¹²⁹ es decir, el hombre de mentalidad clerical, el opositorista por sistema. Es, en una palabra, el cristero. Por eso no debe extrañarnos su simpatía por Masiosare, ya que éste adora a los sinarquistas, y estos personajes no son otra cosa que

los cristeros llevados a la ciudad, es decir, los asesinos de ejidatarios, agazapados en las poblaciones, en donde ya han comenzado a provocar a las organizaciones obreras, cosa que parece contradecir su consigna: “no somos ni revolucionarios ni reaccionarios”, “el sinarquismo es la religión del corazón”. Con claridad, es la beatería controlando a los campesinos y obreros sin conciencia de clase. Una vuelta por Querétaro, Celaya, Irapuato, León y Silao, es decir, por pleno Bajío, descubrirá a cualquiera los medios persuasivos —excomuniones, infiernos, mal de ojo, etcétera— que acostumbran los de la ya fatídica Unión. Pues bien, y digámoslo en su honor, Blasfemo tiene una bien sentada cabeza. Sabe pensar. A veces es certero y ágil. Es el “todo me importa”, mil veces más peligroso que el desenfadado.

En próxima ocasión conoceremos más a fondo las intenciones ocultas de nuestros personajes. Por lo pronto, creemos haberlos definido con suficiente claridad. El guiñol se ilumina. Los muñecos no tardarán en exigir vida propia. Juremos no negársela.

92. Pequeño guiñol: Masiosare se exalta¹³⁰

Para Masiosare, a quien algunos malignos conocidos se atreven a llamar Naziosare, todas las tardes son de una gran trascendencia política. En esto se parece a su íntimo Panoplio Gómez, el atrevidísimo lirida que llegó a rimar, en corrientes versos de plazoleta, malandrines con clarines y egoísmo con sinarquismo. Como vive, Masiosare, o cree vivir en un periodo dramático para la Humanidad, tiene que echar mano de todos sus recursos escénicos y hablar, caminando, con el cuerpo erguido, como de corredor de cien metros rompiendo el estambre de la meta, o como si estuviese en el balcón central del Palacio Venecia y su voz fuera escuchada por cientos de miles de fanáticos con el estómago acoceado por el hambre.

Pero no es así. Nuestro hombre, este ejemplar, este prototipo, tiene que concretarse a ser escuchado tan sólo por el nerviosillo Blasfemo, por las palmeras, por los ahuehuetes de hombros caídos y por uno que otro asiduo a la Calzada de los Poetas. De quien tiene que cuidarse positivamente es del agente de seguridad destacado en Chapultepec para investigar, para alumbrar el asunto de los misteriosos y sintomáticos robos acaecidos en la coquetísima Fuente de Don Quijote. El detective tiene instrucciones de detener a todos los sospechosos. Y el pobre Masiosare es uno de esos personajes que nunca pasan inadvertidos. Nos recuerda a un molino de viento loco, manoteando frente a la impávida llanura. Pero aquí el molino de viento, de largas aspas, carece de llanuras; cobijado por millones de hojas y ramas, Masiosare es un molinito doméstico.

—Y no lo dude, indescriptible amigo mío —discursea Masiosare—, la Humanidad camina dando traspiés, y esto desde hace varios años. Nadie lo ha podido impedir.

Nuestros líderes europeos se devanan los sesos buscando una solución, pero no la hallan, a pesar de sus estruendosos triunfos en África, Albania, Europa Central y España, en donde sus bravas tropas conquistaron tantos y tan merecidos laureles. Es verdaderamente lamentable que en esta América de Juan Manuel Rosas, Victoriano Huerta y Juan Vicente Gómez no se den caudillos como aquéllos. Es una muestra de la bancarrota americana. Pero ya el corazón de los reconstructores se hincha de sagrado entusiasmo. Una brillante aureola de orden, paz y libertad se vislumbra en el cálido horizonte. La voz del ágora impondrá su voluntad, aplastando con puño de hierro todas las ideas exóticas. Nuestro programa flotará en lo alto de la montaña de nuestras ilusiones. Ya no es posible soportar tanto comunismo. Y así sucesivamente...

(Masiosare, sin quererlo, nos ha recordado una escena pintada por Jakob Wassermann en *El hombrecillo de los gansos*.¹³¹ “Martes de carnestolendas en Nurenberg”. El desfile grotesco entra en su fase cumbre. Pasa un carro, en el que van sentados unos doctores de la ley y que mostraban este letrero: “Los llamados etceteristas y también los así sucesivamente”).

Palabras, palabras, palabras... exclamaría un hamletiano. Pero no; Blasfemo pretende ignorar quién es Hamlet. Blasfemo, espíritu esencialmente murmuratorio, ha escuchado pacientemente el batiburrillo masiosaresco, y sólo tiene estas palabras, que son misterio y enigma en los labios de un hombrecillo con presunciones de contemplar correctamente el porvenir. Blasfemo ha dicho:

—Es usted un vertiginista.

Con lo cual se viene abajo el maderamen oratorio del pechisacado panegirista de los enloquecidos por dogmas que avergonzarían a un hombre de la Edad Media. Masiosare, arquetipo de la salpicadura de fango de todas las revoluciones, se mantiene ahora en un silencio de camposanto. Diríase que mentalmente está tomando la medida para su ataúd. Porque este mundo está loco, porque su existencia de incomprendido es vacua, porque nada gana despepitándose en rabietas, y porque Blasfemo, en fin, y a pesar de sus escasas palabras, es un chapucero y un embarullador.

Así es como Masiosare se exalta y se desinfla, incapaz de soportar la menor crítica, por incomprensible que ésta sea. Y así es también como Blasfemo se crece. Ambos se van muriendo de soledad: el lírico y el aterrado, el chuan tortuoso y el vociferante petimetre, el del “hasta aquí” y el del vértigo, el silencioso clerical y el tumultuoso patriotero, el insípido y el necio.

“Es usted un vertiginista”... ¿Qué quiere decir? Más le hubiera valido a Masiosare oír un grito sabrosamente plebeyo, como por ejemplo: “Cállate, pulque a raíz”, u otro cualquiera del bien surtido léxico popular. Pero la fortuna le es adversa. Blasfemo, el apóstol de mantener las cosas siempre en su mismo lugar, lo ha destruido, bien que provisionalmente. El pequeño intrigante, el minúsculo petardista ha vencido al soflamo. El que quisiera hacer girar hacia atrás la rueda del tiempo, ha derrotado al incontrolable.

En cierta forma, el pensamiento cristero se ha impuesto. Masiosare no olvidará jamás el desconcertante retintín de la frase: “Es usted un vertiginista”...

La exaltación se pierde. Cuanto más Blasfemo gana la admiración de las estatuas, tanto más Masiosare pierde confianza en sí mismo y en sus planes de reconstrucción, convirtiéndose lentamente en uno de esos carcomidos molinos de viento que aparecen en las sinfonías tontas. Transformándose, en suma, en una triste y desventurada larva de un mundo superado.

Por otra parte, la entrañable enemistad se afianza. Los individuos que presentan más afinidades en el fondo, vienen a ser por lo general los enemigos más irreconciliables. El mundo no debe perder el íntimo espectáculo de este pequeño guñol. Se nos ha confiado que los Masiosares y los Blasfemos son numerosos, pero con franqueza, dudamos de que tengan las cualidades de nuestros personajes. Estos son auténticos. El mito le es ajeno. Por tal motivo nuestro interés de diablos cojuelos por sus significativas charlas. Y conforme avanza el tiempo, las concepciones masiosarescas se hacen más y más penetrantes, en tanto que los murmullos apagados del breve Blasfemo cobran tonalidades de fiereza y encono.

93. Estampa semifrívola: “Mujeres que pasáis...”¹³²

Hay mujeres que, a semejanza de ciertas versiones escalofrantes, caminan por la calle abriendo surcos, saturándose de la fragancia del verano, abrumadas de cielo plateado, despertando la admiración tumultuosa de los transeúntes, la envidia de sus compañeras y el asombro de las altas ventanas, de los helados maniqués y del boquiabierto vendedor de billetes de lotería.

Esas mujeres son las pertenecientes al selecto y altanero gremio de las bien plantadas, mexicanas hasta la médula, airosas como finos estípites, musicales como torneadas campanas, desenfadadas y suaves como auténticas hijas de la Altiplanicie, este territorio ideal para contadores de estrellas, cazadores de nubes y desventurados en busca angustiada de salud espiritual.

Las bien plantadas, retadoras y amables, hermanas en gallardía de la dama de *maillot* blanco que anuncia, y tan eficazmente, la insípida Coca-Cola, son las joyas preferidas de la ciudad, los diamantes más puros, las perlas más codiciadas. Siempre, ¿y por qué no?, están de acuerdo con la estación en turno. *Ton sur ton*, diría cualquier modisto.¹³³ Visten con gracia y olvido premeditado, quizás, de su atinada elegancia. Esto las hace maestras en languidez, vivacidades y alegrías. Cada una es embriaguez, estímulo y agradecimiento. Abrir surcos estremecedores está en su papel. ¿No es la tierra una nube fracasada, es decir, salvada para nosotros y para los pies de las mujeres que pasan por 16

de Septiembre, Madero, Juárez y otras avenidas tanto o más brillantes que las del centro comercial?

Pues bien, y sin ánimos irreverentes, digamos que nuestras sirenas criollas acostumbra los tratamientos embellecedores más de acuerdo con su piel y con su espíritu. Polvos, cremas, coloretes, cosméticos, lápices, esmaltes, etcétera, todo lo tienen como indispensable. La polvera, para no meternos en honduras, es un verdadero revólver automático. Una mujer dándose polvos es toda una manifestación guerrera. Su gesto, en ese momento, es definitivo. La polvera, diminuta, brillante, es un arma contundente. Pocos, contados hombres escapan del certero y mágico proyectil que es la barrita para los labios. En esa barrita se concentran todas las filosofías, y en ella el arte está aprisionado. ¿Puede darse otra cárcel de amor que supere el lápiz para los labios? Porque un observador experimentado —¿y quién no es, tratándose de damas, un observador experimentado?— habrá notado que la clave del poder femenino está en el matiz de su boca. Y los matices, como las formas de boca, son variados y su aplicación requiere largos y profundos estudios de la tez, de las pupilas y del cabello. Nada debe desentonar. Hay matices carmín, cereza, carmesí, naranja y rosa, sin olvidar ese color extraño —exótico, diría el tierno Lacentem, a cuyas órdenes nos ponemos— que algunas bien plantadas atrevidas, deliciosamente audaces, vienen usando este verano. Nos referimos al matiz bugambilia (buganvilla), u orquídea, que es ya el barroquismo en franco apogeo. Porque sucede que es un color detonante. En las calles, contra el gas neón, casi resulta ofensivo. Aconsejaríamos su uso exclusivamente dominical, pero sólo en los paseos por las afueras o por nuestros parques, donde no pueda rivalizar y competir con ventaja sobre el paisaje. Pero en fin, ellas mandan, y es posible que nos acostumbremos al bugambilia más pronto de lo que imaginamos.

Es laboriosísima la tarea que una “mujer culta” tiene que desempeñar para embellecerse. Y claro, el resultado no puede ser más efectivo. Y ahí van, “altas como una buena intención” (López Velarde), con sus vestidos semigruesos —seda con lana, probablemente—, de colores opacos, y echando el resto de gracia y encanto: de auténtico subdiosismo. Nosotros, pobres mortales, tenemos que concretarnos a decirlas, levemente, fugazmente, muy discretas palabras de rendimiento. A pesar de todo, a pesar del decoroso otoño, la “flor” del mexicano ha mejorado en forma visible. Ya casi no se dice. Se insinúa. Lo cual es un síntoma de buen gusto. Si las bélicas palabras “fuego a discreción” significan lo que pensamos, habremos encontrado la virtud del piropo. Y si no, pues es igual. Lo interesante es que el arte de “florear a las muchachas” ya no se hace al espantoso grito de “¡Zafarrancho de combate!” (Bibliografía: *Obras completas* de Emilio Salgari, con especialidad las dedicadas a la piratería en el Caribe).

Quede pues establecido que las hijas de la burguesía, tituladas por nosotros bien plantadas, pasan por nuestra vida como relámpagos de bien desarrolladas lecciones de estética; que su arte embellecedor es producto del tiempo y del magín de Max Factor;¹³⁴

y que su paso por las avenidas de la capital es el triunfo de la edad contemporánea. Nunca como ahora los dos versos del viejo José Juan Tablada han tenido tanto valor y actualidad. “Mujeres que pasáis...” Y también éstos, necesario complemento a una crónica semifrívola: “Mujeres *fire proof*, a la pasión inertes, / llenas de fortaleza, como las cajas fuertes”.¹³⁵

Pero hay más; codeándose con las exquisitas, sofisticadas hijas de la burguesía, pasan también las mujeres netamente populares, a quienes, a su tiempo, tendremos que hacerles una extensa nota. Se la merecen. Si no acostumbran valiosas cremas y cosméticos prohibitivos, en cambio poseen materiales de belleza que las bien plantadas jamás tendrán. Las mujeres de la clase media, y también las sirvientas, son dueñas de una rara especie de naturalidad que en nada se asemeja a la estudiada gracia de las altivas burguesas. El corazón popular es grande y pleno de energías. Las mujeres del pueblo, las de los barrios densamente poblados, tienen el alma sana y vigorosa.

Ahí tenemos los grandes óleos de Raúl Anguiano, en donde las flores morenas de nuestro pueblo se ofrecen en deliciosas y cándidas posiciones, protegidas por el brazo fuerte del gentil galán de camisa planchada y relucientes mancuernillas. Son documentos de nuestro tiempo. El pintor es fiel a sus modelos: los colores, vivos hasta el centelleo —fulgurantes, diríamos—, pasan al lienzo sin perder un sólo matiz. Y es que ya no se trata de la clásica indita con moños tricolores y falda con lentejuelas. No; nuestra mexicana actual, que sí se pone moños, pero de otra clase, es limpia y tersa como su pensamiento, a pesar del cinematógrafo, a pesar de las horas de aficionados en cualesquiera XIQWZ, y a pesar de las feroces tentaciones de los cabaretuchos de octava categoría.

Esta gran mujer (planchadora, lavandera, cosedora en La Merced o en La Lagunilla, reparadora de medias, etcétera), esta mexicana trabajadora, malamente explotada aún por el individuo que le vende perfumes y telas en abonos voraces, es la sal auténtica de la ciudad. Si la bien plantada es la preciosa flor de invernadero, la humilde salerosa es la naturalidad que dignifica todo lo que toca: su trabajo, las cremas baratas, las duras manos del novio.

La bien plantada es como la camelia que se deja perfumar; la mexicana sencilla es el geranio, el rojo geranio nacional.

94. Pequeño guiñol: murmuraciones de Blasfemo¹³⁶

A Blasfemo le pasa lo que al estupendo holgazán de una famosa leyenda costeña, que va más o menos así: “Érase que se era un corpulento, doble ancho veracruzano con alma de hamaca, tan minuciosamente perezoso, que no usaba reloj, sino calendario; cuya vida, en síntesis, no se regía por horas, sino por eras...” Y la verdad, los procesos mentales

de Blasfemo pueden competir ventajosamente con el personaje, casi mitológico, de la leyenda citada, que, por lo demás, nos merece el más amplio crédito, ya que el carácter tropical se presta a todas las formas de la indolencia y del dejar hacer y pasar.

Y este Blasfemo, con sus tortuosidades y lentitudes —¿quién señaló a quién por ahí como “maestro en lentitudes”?—, con su voz cansada y monótona, con sus rarísimos gestos anarcoides, no es otra cosa que un retrasado social, un auténtico parásito del pasado, digno rival del vertiginista Masiosare, último representante del jingoísmo¹³⁷ mundial, si exceptuamos a los paganos de la cruz poco más que disparatada.

Esta tarde, oh desdicha, está amenazada por la lluvia. Una espesa, oscurísima ceja viene descolgándose del lado de la Villa Madero, Chapultepec se agita; Blasfemo se inquieta; el vocinglero Masiosare no puede contener su precipitación. Los dos actores del guiñol, admiradores desesperados de “las guaridas lúgubres del nacimiento y del privilegio”, como escribe Galsworthy,¹³⁸ se sienten unificados frente al peligro celestial, sincera posición frente a la vida que, viéndolo bien, no es más que un método decoroso, incomparablemente superior al de la unificación por medio de balacitos o insultos mutuos, costumbre inmortalizada en las calles de Independencia de esta ciudad. De esta ciudad en donde el “olor a cebolla mojada” —¡ah, Pablo Neruda, cuántos crímenes se cometen en tu nombre!— y la indecencia fascista hacen causa común. De esta ciudad donde pueden respirar Blasfemo y Masiosare, uno, creyéndose el Fouquier-Tinville¹³⁹ de la edad contemporánea, y el otro imaginándose con toda buena fe el Mosley americano.¹⁴⁰ Esta tarde, repetimos, es de un macizo matiz violáceo, acentuado a cada minuto por la cercanía de la lluvia. Pero los inefables enemigos caminan, indiferentes al mundanal ruido. Para ellos es el silencio. Blasfemo es un espécimen que llamaríamos crepuscular. Masiosare, por el contrario, intenta proceder siempre por impetuosas reflexiones. En consecuencia, ambos están torcidos.

—Señor mío —comienza a murmurar Blasfemo—, es justo que reafirme ante usted mi modo de pensar. Nosotros los chuanes no creemos que ustedes, con armas demagógicas en la mano, logren reconstruir la nación. No somos tan románticos. Si nuestro sistema es lento (los legionarios cristeros no son cosa de hace una semana), los resultados de nuestra labor no pueden ser más satisfactorios. Recuerde tan sólo las marchas en Celaya y en Querétaro; recuerde las heroicidades sinarquistas en San Luis de la Paz y en Acámbaro. Somos los ángeles de las comunidades agrarias. (“Ángeles con caras sucias”, piensa Masiosare.) Usamos debidamente, cautelosamente de la acción directa, como pueden atestiguarlo los maestros rurales mutilados. Acuérdesse de la epopeya de “El Chaparro”. Acuérdesse de la más reciente de “La Hacina”, donde nuestro héroe, el guardia de asalto Elías Orozco incendiara con inspirada mano y poéticos lentes de aumento, cincuenta y siete toneladas de trigo, demostrando así la ineficacia del ejido.

Y es claro que nuestros métodos son mejores aunque piense usted que es puro sabotaje. Pero contra el comunismo, contra esa hidra de mil y una cabezas, todas las armas son legales. Nuestra acción, bien meditada, es más efectiva que sus discursos y panfletos,

entrañable Masiosare. Nosotros, por lo menos, tenemos suficiente decisión para sacar las castañas del fuego. Somos los pensadores. Ustedes son los frívolos.

Silencio. De ese silencio que se hace después del cinismo. Blasfemo, el agrio, parece estar satisfecho de su parlamento. No así su acompañante, hombre tonto en el fondo, que se muestra estupefacto, enloquecido ante las palabras del aprendiz de conspirador. Y es que Masiosare, por lo menos, habla de revolución, aunque no la entienda. Blasfemo no hace tal cosa. Blasfemo, parco en el hablar, es un fanático en bruto, incapaz de exaltarse, ni aun en las ocasiones más acaloradas. Los dos tipos son claros, meridianos: punciones de alfiler en el cuerpo robusto, bien emulsionado de la revolución. Habitantes de sentinas, salen al día casi a ciegas, con las entendederas más estrechas que de costumbre. El uno grita, escandaliza, interrumpe el tránsito, hace trabajar horas extras a la policía; el otro, espíritu de hamaca, se aferra a sus convicciones feudales. Y entonces, ¿qué hacer con ellos? ¿Sonreír conmisericordiosamente o cogerlos a puntapiés? Ni una ni otra cosa. El camino mejor es desenmascararlos, ofrecerlos a la curiosidad pública.

Un hombre del pueblo tiene derecho a decir: “Este cabulero de Blasfemo quiere engañarnos. No hay que ser”. Otro hombre del pueblo dirá: “Pues claro, hay que saber ser”. Y entonces se hace la luz. Cuando el pueblo desprecia, sólo dice que “no hay que ser”. Cuando el pueblo reprocha, agrega que “hay que saber ser”. El poder de la frase está en que es incompleta, en que deja a aquél a quien va dirigida un amplísimo margen para la autocrítica. El hombre del pueblo es dulce, cortés y persuasivo. Irónico, además, para redondear su carácter. No ordena, no, el mexicano. Prefiere sugerir, que es la cortesía llevada a su máxima expresión. El mexicano dice: “Esquina, por favor”, para no herir la susceptibilidad del chofer del Juárez-Loreto.¹⁴¹ Y si antes el hombre del pueblo le decía al provocador que no fuera malo, que se comprara su león (¡estupenda paradoja!), ahora, gracias al cinematógrafo inglés, le sugiere que adquiriera un Pígmalión.¹⁴² Concluyendo, pensamos que un hombre del pueblo diría a Blasfemo: “No hay que ser, compañero. Si usted cree que la revolución es una corriente Galatea, y que, por añadidura, usted es el indicado para modelarla, hágalo, pues, que ya conocemos sus capacidades escultóricas. Por lo demás, hay que saber ser, distinguido fascista”. No creemos a Blasfemo capaz de soportar semejante crítica.

Por lo pronto, la lluvia está encima. Masiosare acaba de abordar un Villa Álvaro Obregón. Blasfemo tiene que recurrir a un café de chinos, donde, ojalá, se encuentre a uno de esos irónicos mexicanos escépticos ante la calumnia y el crimen subterráneo.

95. Pequeño guiñol: “¡Qué grande es el infinito!”¹⁴³

Es un día nublado, pero caluroso, casi sofocante. Reina un silencio catedralicio; domina una calma chicha, diría un grumete. La ciudad peca de inocencia. Y sin embargo, se

presiente la tormenta: algo bochornoso, parecido al texto y dedicatoria del devocionario poético (*Horas de oro*) ofrendado por Manuel Machado al señor Francisco Franco;¹⁴⁴ se adivina la cercanía de lo intolerable.

Claramente se advierte ya el murmullo, el denso alacraneo de nuestros viejos amigos, Blasfemo y Masiosare, recién escapados de una tediosa sesión reconstructora presidida por los eximios Crisopeyo Locuaz y Cansado de la Parra, dirigentes de menor cuantía del modesto y camandulero sector reaccionario. Nuestros personajes vienen contentos, arrebatándose el uso de la palabra, manoteando a diestra y siniestra cual enfurecidos micos de miserable zoológico. Vienen de su paraíso, del edencito de los atorrantitos, dispuestos a definir de una vez por todas qué es qué. Y cómo brilla la sonrisilla aviesa de Blasfemo; cómo es de admirarse el efervescente cloqueo de Masiosare. Dan ganas de exclamar, como si se estuviese en la punta más alta del Popocatepetl: “¡Qué grande es el Infinito!”; o “¡Cuánta agua tiene el mar!”, frente al vasto ir y venir de las tiernas olas. Porque estos hombrecillos son justamente sugerentes, capaces de inspirar hasta a las piedras más reacias a la inspiración.

Porque no ha habido ningún acuerdo. Impera la desolación en el cotarro de los uncidos al carro del pasado. Nada se puede resolver. Los profesionales del menosprecio, empantanados hasta el cuello, guillotizados por su propio fango, son incapaces de mirar el futuro como es debido. Sucede que se trató en la sesión de dar una definición del movimiento revolucionario en México. Y claro, con semejantes concurrentes, hubiera resultado más sencillo precisar cuántos ángeles se pueden parar en la punta de una aguja que definir lo que es la Revolución mexicana, cuáles sus aspiraciones y de qué manera mantenerla en su plano decoroso actual.¹⁴⁵ ¿Pero es posible, se nos preguntará, que esos tipos pretendan adentrarse en los problemas revolucionarios, cuando con sus murmuraciones, que no con sus hechos, manifiestan un positivo desdén hacia toda forma de progreso y superación? Y bien, así es. La hipocresía es ancha, el infinito es grande, el mar no acaba nunca, la vida es múltiple, los caracteres son variadísimos: abundan los hombres con alma de rendija, abundan los monstruitos, abundan los barrocos, abundan los que siempre andan volando muy bajito, abundan... El cuerno de la abundancia es una miseria, es verdad, al lado de estos espíritus fulleros, de estas almas desafiladas por el rencor.

“Bueno es el mundo, ¡bueno! ¡bueno! ¡bueno!” Pero no tanto como para ponernos a disertar apasionadamente sobre el valor moral, si alguno tiene, de Blasfemo; o sobre las cualidades gimnásticas de Masiosare. Uno es entumecedor, rasposo como una mala comedia; el otro, con su aplastante lotería de chácharas babosas, es para desilusionar al más optimista. Blasfemo es un hombre en una madriguera; Masiosare es estólidamente absurdo. (A Blasfemo, en su primera juventud, le decían El Arroyuelo, por fresco y murmurador.) Si el uno permanece hundido en su resentimiento, como en una hamaca, el otro no puede vivir sin su desesperante chillonería de niño mal

educado. La aguda aspereza de Blasfemo no se lleva con el despliegue constante de tonterías de su compañero. Y entonces, ¿cómo quieren hacerla de niños terribles? Es incomprensible su posición “política”. Cuando se piensa que Blasfemo va a actuar decididamente, desaparece por escotillón; si se espera de Masiosare un discurso ponderado, no llega más que una retahíla insuperable de lugares comunes. Ambos son absoluta y abismáticamente pesados. Esto es: son los Tíos Pesados de los tiempos modernos.

Y a pesar de todo, ¡qué hábiles para calumniar y fomentar la desconfianza! Hijos espirituales de “las esferas distinguidas de la extorsión y el histrionismo” (A. Huxley), no pueden menos que recordarnos la facilidad, la extraordinaria facilidad con que ciertos aristócratas se vuelven bandoleros.

La pusilanimidad es complicada. El tesón de los retardados sociales es realmente abrumador. Su insistencia es a veces admirable. Se les admira como a los payasos que, viendo pasada su hora, no descansan en sus intentos vanos para hacer siquiera sonreír al público. Pusilánimes, echan mano de la calumnia como los terroristas de las bombas; subterráneos, alimentan la desconfianza con un cinismo idéntico al de los comerciantes que elevan los precios a sus artículos. Y menos mal que es una fauna destinada a desaparecer; que si no, buenos y amargos ratos pasaríamos, obligados a tropezarnos a cada momento con esos montones de aserrín, o forzados a hundirnos en ese cenegal de vacilaciones y tortuosidades. Iríamos cayendo, de abismo en abismo, a ese mundo, a ese universo de inseguridades y anarquías situado en el cerebro de los fabricantes de daños y embustes. Empresa pálida y fría, estúpida —estúpida no por otra causa sino porque la estupidez ha vuelto. “La estupidez ha vuelto, escribe el pacifista inglés arriba citado, como un rey, no; como un emperador, como un divino Führer de todos los Arios”.

Y es que, frente a los cánones farsantes de la moral y el mediocre pensamiento reaccionario, se levanta la revolución. Y la revolución no es un suspiro de los pueblos. Es una oleada, o mejor, una formidable sucesión de oleadas. La revolución es una constante exigencia; esto es, la revolución, para afirmarse, tiene que exigir y exigir. Un momento de tregua sería fatal para ella; un mínimo retroceso significaría la muerte de lo conquistado a fuerza de esa sangre cálida e indomable derramada en los campos y en las ciudades. La revolución es como un hombre siempre en guardia, en perpetua beligerancia. Por esto la odian y detestan los espíritus negativos y desorganizados.

Las vaguedades son ajenas a todo movimiento reivindicador. No por otra cosa nos hace cosquillas la deliciosa cuanto poética exclamación: “¡Qué grande es el Infinito!”, bandera imprecisa de los enemigos de México. Símbolo de estos hombrecillos que hemos presentado a favor de un guiñol sin más importancia: Blasfemo y Masiosare, aceitosos declamadores de la demagogia y el crimen.

95. Revista poética.¹⁴⁶ Poesía de *Taller*¹⁴⁷

En sus tres primeros números, la juvenil y ambiciosa revista *Taller* nos ofreció colaboraciones poéticas de Enrique [Gabriel] Guerrero¹⁴⁸ (“Cuadrante de la huida” y “Herido tránsito”), quien recién comienza a fungir de arcángel nuestro, vista la abundancia de demonios desorientados; Rafael Vega Albela,¹⁴⁹ debutante con éxito presente y futuro, sobre quien sería prematuro lanzar un juicio en estos momentos; de Alberto Quintero Álvarez¹⁵⁰ (*Saludo de alba*), autor de la poesía número cien de la última antología de Castro Leal;¹⁵¹ y de Huerta. Un brevísimo panorama de la poesía mexicana más joven. ¿Valioso? Es posible, pero yo tengo mis dudas. Porque es apenas una manifestación tímida; una insinuación de poetas que están esperando editores, ya que todos, o casi todos, tienen varios años de no publicar. Y a este paso, Quintero, por ejemplo, tendrá que cambiar el número de años del título de su libro inédito, y llamarlo, pongamos por caso: “Dieciocho años en una misma ciudad”, en vez de “Dos años bajo el mismo cielo”¹⁵² o como se vaya a llamar en definitiva. De los otros, quien más quien menos, tiene ya sus veintitantos poemas listos para las cajas o el linotipo. Pero, repetimos, los señores editores relumbran por su ausencia. Y a los poetas, que los devoren los lobos. O que se dediquen a hacer notas sobre volúmenes ajenos: decir que Samsa es el genio de todas las virtudes y reflejo de todas las voluptuosidades, o describir a León Chestov,¹⁵³ como hace el propio Quintero en los ratos de ocio que le deja la crítica cinematográfica. El caso de Enrique Guerrero, el fulminante Gabriel que otrora nos atemorizara con una serie de so-netos, se dedica pacientemente a demostrar cómo son los cimientos del nuevo edificio de la Lotería Nacional.

Aventura, experiencia.

Taller “saltó a la palestra”, no como una continuación ni con el indefinible lastre de *Taller Poético*, del cual diremos —de no resucitarlo Rafael Solana— que es de feliz memoria. El nuevo *Taller*, remozado, barrido, tapizado, renovado, surgió como una necesidad ineludible, como la publicación exigida por la juventud, esta juventud que antes se leía a sí misma solamente, y cuya desesperación empezaba a hacer crisis, es decir, a lanzar espumajos de rencor y de entusiasmos no canalizado. ¿Rencor contra quién? Pues contra el “mundo”. Una posición que hubiera caído en el más escandaloso de los romanticismos. Era una situación que amenazaba crear solitarios y murmuradores, es decir, estériles conspiradores de café y recámaras. Por eso la salida de *Taller* provocó tanto placer y asombro. Placer, porque se tendría al fin un lugar donde decir lo que siempre se tiene que decir; asombro, porque la audacia es siempre audacia, y atreverse a tanto, ¡a publicar una revista literaria!, ¡y de jóvenes!, constituiría ya una temeridad, además de hacerse sin subsidio de ninguna naturaleza, cosa que hacía más meritoria y plausible la causa.

Así surgió *Taller*, sin pretensiones, sin ostentaciones, sin miedo ni temor. Y en sus tres primeros números, manifestóse la poesía como una rama artística de que los jóvenes pueden prescindir. En el número uno, [Efraín] Huerta dio dos poemas escritos en 1935, “Verdaderamente” y “La poesía enemiga”, más dos de 1938, “Breve canto” y “Cuarto canto de abandono”, los dos primeros originados bajo la influencia directa de la *Antología* de Gerardo Diego,¹⁵⁴ de Alberti precisamente, y los otros nacidos de cierta aparatosa confusión de la que Neruda es un culpable de décimo orden. Poemas, en fin, distintivos de dos épocas definidas. En el segundo número, Quintero Álvarez llenó a satisfacción de la mayoría las páginas dedicadas a la poesía, presentando cuatro poemas con el título genérico de “El tiempo contemplado”, con una primera parte publicada con anterioridad en *Las cien poesías mexicanas modernas* escogidas por el licenciado Castro Leal.

El tiempo contemplado

La región poética de Quintero es quizás la más amable de las habitadas actualmente por los poetas. Porque sucede que el autor de *Saludo del alba* nos transporta, sin esfuerzo alguno, a zonas que, para los entorpecidos por la ciudad, resultan de ensoñación: a los campos, a los campos del Bajío, anchos y limpios, serenos y lentos. Y a sus montañas, mejor: a sus cerros, donde las cacerías cobran un aspecto de actos medioevales, de ritos casi religiosos. El poeta no olvida su adolescencia, nada lejana, por lo demás. Y desde la ciudad dice; sabe decir, enamorada y hondamente: “Un poco más Amor, un poco más, / y tendremos la misma libertad de los ciervos”. Dos versos que nos hacen respirar otro ambiente, otros cielos no manchados por la sucia tinta ciudadana creadora de ángeles ficticios,¹⁵⁵ hombres endurecidos por alcohol y rosas y oraciones despiadadas. Otro terri-torio, amable, acogedor, frágil en toda su belleza y sencillo y profundo como el Amor, como el Tiempo. Esto es, como el Amor y como el Tiempo, las dos entidades mágicas: “Entre tanto, está el sueño con su venda de olvido, / o el campo con sus bueyes, su cebada y sus árboles, / para hacernos durar y detenernos”.

En los tres últimos poemas, la forma se ilumina y el tono se desliza como sobre una llanura sin obstáculos. Ya hay la fluidez prevista desde los primeros versos. Pero también el drama. El drama del hombre en su soledad, en su campiña, bajo su cielo, entre las tierras sembradas; ahí donde el Amor, o se convierte en una estatua de la serenidad, o deviene pura disolución o tristeza. Sin embargo, leyendo a este poeta, he llegado a pensar en cómo escribe sus poemas. Me lo imagino creando sin tropiezos, con suave tinta azul y sobre papeles blanquísimos; sin atormentarse, como hacen otros; con una quieta seguridad; sin balbuceos. Y que corrige poco, o nada.

Porque yo amo el sencillo paisaje,
y la tierra que están labrando;

porque contemplo con íntima ternura
esas bandadas de las hojas muertas,
esas pilas doradas
que un viento bajo, rumorosamente,
arrastra sobre la antigua avenida,
sobre la arteria misteriosa de otoño;
porque entrego mi amor tan desnudamente,
y no miro el dolor ni el riesgo,
sino la serena inocencia;
porque soy joven y no significo sino una experiencia viva,
un testimonio de agonías ya sufridas,
pero también de pájaros...

Hay, pues, en la poesía de Quintero un aliento nada artificial. Sus experiencias poéticas carecen de las asperezas que querían hacerse clásicas. Posee las cualidades necesarias, imprescindibles, para madurar con naturalidad. Como no tiene prisa, es una de las más sólidas esperanzas para nosotros.

El mundo y los poetas

Una verdad como un puño es que los poetas no salvarán al mundo. Nunca lo han salvado, ni jamás lo salvarán. En todo eso, naturalmente, estoy de acuerdo con Octavio N. Bustamante,¹⁵⁶ aprendiz de ironista y fustigador “implacable”, quizás por compromisos de camarilla, de la poesía joven de México, y, además, al parecer, demasiado atascado para entender lo que se desea íntegramente al intentar una nueva forma poética, con un contenido nada artificial y, sobre todo, ampliamente humano (sobre el término “humano” hay mucho escrito; que no se quiera comprender, o se esté incapacitado para comprender, es otra cosa), profundamente humano. Pero, lo esencial sería ponernos de acuerdo en un problema: ¿el mundo está perdido? Los poetas creen que sí. Y sobre lo que creen y saben los poetas es terriblemente difícil teorizar. Pero ahí están sus poemas, que aseguran que algo anda mal en el planeta; que algún engranaje está roto. Y no lo dicen simplemente porque pertenezcan a la raza embarulladora y embustera. No. Si alguna vez han sido leales los poetas es ahora. Son, diría Cocteau, unos mentirosos que dicen siempre la verdad. Una verdad poética. La Poesía es una forma superior de la experiencia de lo vital.

Los poetas jóvenes de México no salvarán al mundo. Es posible. Pero, me pregunto, ¿lo salvará el señor Bustamante? ¿Será suficiente la *Teoría general de Cagancho* para detener a los bárbaros que en Europa han extraviado el freno? Endiosar a un torero no es misión de apóstoles. No es papel de dómines emboscados hacer una que otra sátira a costa de un grupo de poetas cuya misión fundamental es devolver a la poesía de México el decoro que otros poetas anteriores hicieron perdido. ¿Está claro?

Taller 3

Alguien dijo que los mejores poemas del *Taller* número tres, eran las preciosas viñetas de Jesús Guerrero Galván. No, no fue Bustamante; tampoco Barreda; ni Neftalí [Beltrán]. La verdad es que no recuerdo. Pudo haber sido Pedro Rendón; pudo haberlo dicho, en alguna sesión secreta (;más?) de fantasmas Rilque Olmedillo, con quien no hace mucho sostuve desde las columnas de entre semanas de *El Nacional*, y a regañadientes, una charla cuya brusquedad corrió parejas con su inutilidad. Pero no importa. Lo cierto es que aquella aseveración era excesivamente desviada. Porque en *Taller* tres aparecen “Preludio breve”, “Música de cámara” y “Ejercicio de estío”, de Gabriel Guerrero, y dos poemas de Rafael Vega Albela. Del primer poeta, el mejor poema es el tercero, más fino y delicado.

Por lo que respecta a Vega Albela, y perdóneseme el tono de respiragordo, sus poemas me agradan; el tono es incisivo, solemne y profético, como debe ser en general, el de toda la poesía que no se dedica a fabricar falso optimismo. Día llegará en que Vega Albela se defina con toda claridad. La de Guerrero es una poesía de temblores, diáfana y oscura, musical, con un cierto olor a humedad de zonas extrañas. Hay en “Música de cámara” este bellissimo trozo:

Este brillo de los pastos serenos
 es el desmayo último,
 el frágil reverbero que de la sombra nace
 nutriendo los reflejos profundos,
 las latas hierbas ágiles,
 los rojos animales que yacen descarriando;
 es el húmedo y floreciente beso de las tardes
 en las cámaras solas,
 el baile errante del invierno aflorando blanco,
 el sueño que se obstina dulcemente agregado
 a los brotes estériles, al fruto encarcelado,
 madurando su yermo abrazo en los días.

El cuarto Taller

El cuarto *Taller* estuvo dedicado a la Poesía, y es de todos los números el que más maduros frutos recoge. Aparecen Xavier Villaurrutia, José Bergamín, Emilio Prados, Rafael Solana y Octavio Paz, además del recientemente desaparecido poeta mexicano Enrique González Rojo,¹⁵⁷ de quien *Taller* publica “Elegías romanas”.

Siendo el número más logrado, más redondo, más definido, *Taller* alcanza ya el punto a que aspiraba, dejando de ser una simple promesa, convirtiéndose en una representación y en una bandera.

Villaurrutia dio un bellissimo poema, “Amor condusse noi ad una morte”, del que tomamos estos fragmentos, que hablan por sí solos:

Amar es una angustia, una pregunta,
una suspensa y luminosa duda;
es un querer saber todo lo tuyo
y a la vez un temor de al fin saberlo.
[...]
Amar es una insólita lujuria
y una guía voraz, siempre desierta.
Pero amar es también cerrar los ojos,
dejar que el sueño invada nuestro cuerpo
como un río de olvido y de tinieblas,
y navegar sin rumbo, a la deriva;
porque amar es, al fin, una indolencia.

De Bergamín aparecen siete sonetos, llamados por su autor “impuntuales”. Del malagueño Prados, el quién sabe por dónde cazador de nubes, se publica “Cuerpo perseguido”, Rafael Solana colaboró desde Europa, de donde acaba de regresar hablando mal del pobre Leonardo y de los voraces gondoleros venecianos, con dos poemas, entre los cuales hay estos dos versos optimistas: “Siempre hay un beso más que no hemos dado / y hay una estrella más, cuyo nombre no conocemos”.

Por último, debo decir que Octavio Paz se adhirió con su “Oda al sueño”, un poema extraordinario, en el que aborda un tema con que cualquiera otro hubiera fracasado. Paz se salva por su gran calidad, por su dominio sobre el verso y por su indeclinable y fiel amor a la Poesía.

97. Impresiones de un real de minas. La ciudad pródiga¹⁵⁸

El apacible viajero que atraviesa en ferrocarril la inmensa y fértil llanura del Bajío, campo de batalla de los guerrilleros más famosos de nuestra historia, llega a la modesta estación de Silao, se impacienta regateando las varas de limas y los preciosos sarapes de artisela, y continúa rumbo a Aguascalientes sin haber prestado atención al sencillo grito, o pregón del garrotero en turno: “¡Silao! Cambio de trenes a Guanajuato!” Y es que, claro, el tiempo ha hecho desaparecer muchos aspectos típicos de las estaciones. Por ejemplo, nosotros ya no alcanzamos a oír el famoso “¡Irapuato! ¡Águila¹⁵⁹ con los velices!”; ni nos consta el diálogo sinaloense:

—Oye, niño, ¿de dónde eres?

—Pos de Silao, pos de ónde.

—¿Y cuántos años tienes?

—Pos quince, pos cuántos.

—¿Piensas casarte?

—Ora, pos vaya.

Diálogo que, por otra parte, consideramos tan apócrifo y artificial como la nunca bien asendereada yunta y el inencontrable don Catarino, producto éste de la imaginación del dibujante Pruneda.¹⁶⁰ Y nada más.

Pues bien, decíamos que el viajero no se distrae haciendo conjeturas que a nada le conducirían. Lleva ya diez horas o más de traqueteo. No tiene por qué sospechar que a media hora de la estación donde se hizo de verdes limas y multicolores sarapitos, y bordeando, diríamos, el Cerro del Cubilete, centro geográfico de la República Mexicana, se encuentra la ciudad con tradición histórica más sugestiva y unidad física más notable, descontando Taxco por excepcional; la ciudad, al mismo tiempo que a primera vista más extraña, también más obsesionante: Guanajuato.

Fija en nuestra memoria y en nuestro cariño a la patria, Guanajuato significa el arranque de todo aprendizaje en torno a la Independencia. Los nombres ilustres se suceden unos a otros. Allí Aldama, Allende, Hidalgo; allí también las extraordinarias hazañas de don Pedro Moreno y el sacrificio de Mina; allí, aislado en cierta forma, Lucas Alamán. Y al lado de los grandes, las pintorescas figuras de los charros abajeños, de los “valientes guanajuatenses”, de los copleros, de los toreros y los artistas. Y los mineros. Los mineros de siempre: el recuerdo de los precursores y la presencia de los actuales, batalladores, combativos, conscientes de su papel en el desarrollo de la lucha de clases. Porque decir minería, o mejor, plata, es decir Guanajuato. ¿No se nos ha dicho desde pequeños que Guanajuato dio la tercera parte de la plata que circula en el mundo? Dio y sigue dando. Guanajuato es una ciudad pródiga.

Para un visitante afanoso, la ciudad de la plata resulta a la primera ojeada desconcertante. Absurda, si es posible. No se justifica de una manera lógica que pueda existir una ciudad con ese aspecto, con ese trazado fuera de toda ley de perspectiva. Pero un poco más tarde, olvidada la primera vista, Guanajuato se va entregando, confirmando con lentitud casi humana su fama de acogedora, de envolvente. Esta es la palabra: envolvente. “Es como un nacimiento”, decíamos, cuando apenas logramos entreverla. Y hace poco, en ocasión de la subida al poder del C. Enrique Fernández Martínez,¹⁶¹ Guanajuato volvió a sobrecogernos con su maravillosa escenografía, pareciéndonos más “lógica”, más fácil al entendimiento. Es verdad que para comprenderla tuvimos que echar mano de recursos desusados en otras capitales. No, no trepamos a los cerros. Simplemente a las azoteas. La espíamos, en suma. Espionaje que fue como una pequeña revancha de los frecuentes extravíos por sus callejones, cuestas y callejas.

Pero, ¿qué otra cosa se puede hacer en Guanajuato si no es perderse? Y resbalar, y caer, y levantarse para seguir el camino. No cejar. En Guanajuato hay que insistir. Insistir siempre. La ciudad es un remanso de paz, es verdad; pero no se deja sorprender. Una buena advertencia a los viajeros que la quieran conocer sería esta: “No olvide poner en su maletín, entre el dentífrico y la brocha, entre las mudas de calcetines y los pañuelos, una buena y selecta dosis de terquedad y cariño. Porque a esa ciudad hay que saber quererla. Quererla, ¿sabe?” Quieta, encerrada en su larga cañada, muellemente asentada sobre riquísimos filones del negro metal, Guanajuato es una ciudad que sabe hablar con franqueza, con sinceridad de provinciana noble.

Y hay además una cosa que sólo sucede en Guanajuato: es imposible decidirse por algo. Todo guarda una completa unidad. Los edificios se complementan unos a otros. Los templos, los palacios, los breves jardines, los bellísimos paseos y las casitas de adobe allá arriba, casi rematando los cerros, mantienen a todas horas del día y de la noche una armonía tan clara, tan perceptible, que se cree están ligadas con una materia más poderosa que la usual en la albañilería. (De adrede no mencionamos el teatro Juárez, que nada tiene que ver con Guanajuato.) “¿Podríamos encontrar por ahí un plano de la ciudad?”, interrogamos ansiosos. “Inútil buscarlo, nos contestaron seguramente en broma, nadie lo ha podido hacer”. Pero no importa. Como en ninguna otra parte, los dioses protectores del viajero se tornan visibles en Guanajuato. La sorprendente capital, cogida entre dos fuegos, se ve tiernamente obligada a darse por vencida. Empieza el descubrimiento y el redescubrimiento de los detalles, huyendo —repetimos que hay que ser leales con Guanajuato— de las horrendas vistas de a diez centavos. ¿Nombres? De ninguna manera. Todo es fantástico. Pero en fin, sólo este: Cachito de la Gloria, un barrio guanajuatense.

Para los artistas, Guanajuato es un cuento de nunca acabar. Es el paraíso de los acuarelistas, el edén de los dibujantes, el vértigo de los fotógrafos. El DAPP,¹⁶² no hace mucho, envió a Guanajuato a Paco Díaz de León.¹⁶³ El famoso tipógrafo regresó, además de convertido en un guanajuatense doble ancho, con una extraordinaria colección de fotografías, casi un centenar, a cual más de bellísima. Una colección para admirarla de rodillas. Una, sobre todas, llamó nuestra atención, porque revela el ambiente característico del Guanajuato a la luz de la luna: una iglesia, sorprendida en pleno encantamiento, en plena brujería. Labores de tal naturaleza deberían repetirse con más frecuencia, y ejecutarse siempre por artistas de la calidad de Díaz de León.

Dejar a Guanajuato es tremendamente difícil. Pero no se la deja. La copla se nos ha metido en las entrañas:

Adiós Guanajuato lindo,
ya me voy a la pasiaada,
a ver si puedo volver
o me quedo en la jornada.

98. Revista poética (1)¹⁶⁴

Pedro Salinas

El mes pasado, en su *raid* anual Boston-Los Ángeles-México, Pedro Salinas¹⁶⁵ se detuvo en Guadalajara, en Guanajuato y en Querétaro. En la primera capital, el distinguido (qué bien que todavía se pueda usar esta palabra), autor de *Seguro azar*¹⁶⁶ sustentó varias conferencias; en la segunda, dio un cursillo por demás interesante; en Querétaro no encontró a nadie que pudiera tener entusiasmo para escucharlo, lo cual es una verdadera lástima para la bella capital de provincia.

Y es claro, entre los tapatíos se cuentan docenas de personas con verdadero amor por las cuestiones de literatura que mal harían en dejar fenecer la vieja tradición cultural de su gran ciudad; y en Guanajuato existen, si bien no organizados, grupos con excelente preparación y la suficiente dosis de curiosidad por las cosas de la inteligencia; en Querétaro hay que utilizar los dedos de la mano para contar aquellas personas entendedoras de lo que una conferencia ofrecida por un intelectual hispano puede originar en el medio raquítico de una ciudad a seis horas de la capital de la república.

Pero ojalá no sea siempre así, Querétaro es una ciudad sensible, acogedora. Su tradición cultural está solamente en receso. Y de buena fe hay que desear que el homenaje a José Dolores Frías¹⁶⁷ no se quede en veremos. Un acto de tal naturaleza reviviría entre sus habitantes cultos el afán de mantener el antiguo y polvoso prestigio, muerto ahora entre pequeños problemas de segundo orden. No bastan *El Herald de Primavera* ni el de Navidad para ofrecer una idea de lo que se puede hacer, ya que la literatura de esas revistas anuales se pierde entre fotos de guapas muchachas “del vergel queretano” y reproducciones del patio del palacio federal o de los esbeltos botareles de santa Rosa de Viterbo.

Pedro Salinas debió darse cuenta de semejante estado de cosas. Su gran espíritu de buscador de esencias seguramente lo condujo al fondo del problema: Guadalajara —hay que interrogar a Agustín Yáñez sobre las claves y los resúmenes de su solar nativo— es una ciudad viva, vivísima; Guanajuato es una ciudad a la expectativa en todo momento y siempre en la mejor disposición de atender a sus visitantes ilustres; Querétaro se halla en estado latente, aguardando, mucho menos mustia que antes, el chispazo mágico que la despierte totalmente.

Guanajuato

En esta ciudad, si cae usted en manos de Mustafá, que es un mito como cualquiera otro, excepto el de el Pípila,¹⁶⁸ habrá perdido gran parte de su tiempo. Escápese de la anécdota y vaya a la leyenda y a la historia. Deje en paz la superficie y entiéndase con el fondo de la cuestión. Además de incomodarse entre los callejones de sesenta y cinco centímetros de ancho por veinte metros de profundidad, puede usted conversar, ya no digo con

don Fulgencio Vargas, institución venerable si las hay, pero con Manuel Sánchez Valle, incansable buceador de archivos, quien, si usted manifiesta interés, le conducirá a su rincón brujo (Guanajuato es una ciudad auténticamente bruja, de la misma manera que Querétaro es una ciudad auténticamente hechicera y Guadalajara auténticamente sugestiva, como una mujer de labios color bugambilia) y habrá de mostrarle tesoros en verdad deliciosos y colecciones poéticas de insospechable valor. Este joven investigador es descendiente directo del poeta Juan Valle,¹⁶⁹ atractiva figura de los tiempos de la Reforma.

J.J. Prado, joven abogado y amigo de la cada día remota infancia, es el encargado de difundir, desde las breves páginas de *El Noticioso*, semanario que necesita el apoyo que se merece, las manifestaciones culturales que tienen su origen en México. Escritor él mismo, cada ocho días suscribe “Chufias” y “Aerópolis”, secciones divertidísimas, a más de cuidar con celo casi maternal el volumen inédito de sus cuentos llenos de gracia y buen humor. En el semanario citado, Prado se encarga de reproducir poemas de gran calidad, narraciones de autores consagrados, etc., con lo cual llena una meritoria labor de divulgación.

Viven en Guanajuato, además de los nombrados, otros literatos con ambiciones e interés, salvados del que podría ser mediocre ambiente provinciano por su espíritu entusiasta y su penetración. Valtierra y Pacheco, entre otros, son dos jóvenes decididamente entregados a las cuestiones poéticas, y uno de ellos, Valtierra, tiene en cartera documentados ensayos sobre la poesía contemporánea de México.

Querétaro

¡Recuerdos de don Valentín Frías!¹⁷⁰ Inmensos conventos, el larguísimo acueducto, Casa Blanca, el cerro del Cimatario, etc. Cuántas y bellas cosas tiene esa delicada ciudad. Hace poco, conversando en el sombreado jardín Guerrero con don José Antonio Urrutia, este querido maestro se complacía rememorando sus tiempos de estudiante, cuando subía, en compañía de otros compañeros, a una torre propicia desde la cual admirar esos largos, interminables crepúsculos queretanos, matizados de los colores más extraños y sugerentes. El señor Urrutia, haciendo gala de su gran bondad, me felicitó por haberme aficionado a escribir cosillas en los periódicos, versos y demás, si bien, en cuanto a la poesía, me había vuelto “un poco modernista”. Yo quise recordarle una frase de Benjamín Jarnés que va más o menos así: “Comienzo apenas a escribir, para lo cual he pedido permiso. Lo seguiré pidiendo siempre”. Sin embargo, no dije nada. En realidad, no sabía a quien dirigirme para que me concediese licencia. Se escribe porque sí. Eso de las vocaciones nunca lo he entendido cabalmente, con seguridad porque carezco de ellas.

Querétaro es una ciudad ancha y luminosa. Mañanas claras, tardes de gran calma y puestas de sol que son un verdadero escándalo. Desde el histórico convento de la cruz puede dominarse todo un panorama sublime de juegos de luces, variaciones y caprichos.

Pero del lado de la estación, como quien va al bosque de eucaliptos, los crepúsculos “se aprecian mejor”. En general, el ambiente es subyugante. Y entonces me explico por qué la producción de los escasos poetas queretanos ofrece un peculiar matiz mortecino, con esporádicos brillos mal captados. Es que la ciudad, cuando se desenfrena, es absorbente, aniquiladora. Y los poetas tienen que darse por vencidos, o dedicarse a escribir en un tono lastimero, lleno de melancolías y abatimientos. Sin embargo, insisto en que lo que le pasa a Querétaro habrá de transformarse pronto en algo prometedor. El aparente cansancio que se respira allí no puede ser eterno.

No deseo de ninguna manera que algunas de mis afirmaciones se interpreten torcidamente. Tengo por la provincia, a la que siempre estaré ligado, un gran respeto y una admiración sin límites. Cuando me acerco a ella, pregunto por sus poetas y por sus cancioneros populares, cuya opinión sobre la ciudad en turno me parece de las más autorizadas. Después converso con los historiadores. Escapo de éstos para encontrarme con los artistas. Y regreso a donde los poetas y copleros. Por ejemplo, sé que en Saltillo viven Rafael del Río R. y Héctor González Morales,¹⁷¹ a quienes trato epistolarmente con bastante regularidad porque tenemos parentesco espiritual y porque sus gustos poéticos coinciden con los míos. Del Río es autor, González Morales es un apasionado. Pero en los dos, de visitar alguna vez Saltillo, encontraría los mejores guías y los compañeros ideales.

No, no quiero que se sospeche que aliento algún desprecio por la provincia. Repito: es una serena veneración lo que siento por ella, además de una gran esperanza en sus valores culturales.

Letras de México

En su último número *Letras de México*, que no es el pasquín “sinarquista” que algunos malintencionados imaginan, presenta poemas inéditos de Emilio Prados.¹⁷² Se titulan “Tres canciones de despedida y un insomnio”, y son excelentes, minuciosamente angustiados, como que el malagueño autor de ellos es la personificación de la angustia, cosa intercelestial que no debe confundirse con el amargo pesimismo que circula por ahí como moneda corriente.

La tercera “Canción de despedida” es ésta:

Una cosa es estar muerto
y otra es el cerrar los ojos
por temor a estar despierto.
Yo sé bien lo que es morir
y sé lo que es despertar
por temor a no dormir.
Dejadme morir despierto,
que yo no quiero soñar,

que dormir es estar muerto.
Lo que quiero es despertar
cuando se acerque a mi cuerpo
quien lo tiene que llamar.
Llámame, que ya lo espero
y ya no puedo esperar.

Pero donde Emilio Prados confirma su muerte y su resurrección, es en el “Insomnio”, poema lento, como escrito a la orilla del enorme y terrible pantano que es la noche y sus espesuras ilimitadas. Es un fluir desesperado, experimentado entre brumas de fiebre, cuando la sangre se agolpa en las sienes y el hombre, despedazado como en un desierto, siente sobre sus espaldas todo el peso del misterio. Sin embargo, “la ausente compañía me pulsa entre las horas”, verso final del “Insomnio”, es verso pendular, es decir, oscilante entre la esperanza y la tumba.

Carlos Augusto León

Venezolano, joven, revolucionario, pasó por México dejando un recuerdo que será imborrable. Ahora está en su tierra el amable “catire”, seguramente nostálgico de este país al que supo entender de manera total. Su poema “México”, todavía inédito y actualmente en poder de no se sabe si de José Revueltas o de Carnero Checa,¹⁷³ es una muestra de su calidad. Es sencillamente superior a los que escribiera recién llegado. Ojalá alguien pudiera rescatar para el acervo de la buena poesía ese gran poema.

Un hombre en la calle

El vate Leopoldo Ramos,¹⁷⁴ quien lanzó al mundo las composiciones del eximio lirida norteamericano James K. Brown,¹⁷⁵ acaba de echar al vuelo los esquilonos de su propio campanario, y perdiéndose después, por espacio de seis páginas, atesoradas en regio papel celofán, entre la multitud que grita y blasfema como haciendo coro al estruendoso concierto de las sinfonolas. *Un hombre en la calle* es el título de su más reciente plaqueta, de la que entresacamos estos dos versos, espumosos como el alba: “Locomotoras en sus carriles, / el Sol embiste las tinieblas...”.

Oro verde

Parece que no absolutamente conforme con el éxito de su “Oda al sueño”, Octavio Paz está por concluir el poema que sobre el henequén¹⁷⁶ comenzara a escribir precisamente en la tierra del autor de *Feria de frutas*, Clemente López Trujillo. Octavio Paz, y la mayoría con él, tiene cifradas grandes esperanzas en el poema mencionado. Pero ya se sabe que para Octavio no hay temas inabordables. Puede con todos, resolviéndolos en la forma admirable de siempre.

X. V.

En el prólogo del libro *Poemas escogidos*, de Efrén Rebolledo,¹⁷⁷ aparecido hace un par de meses, X. V. desarrolla un estupendo tema: Cómo leer a nuestros poetas. Es decir, cómo y de qué manera llegar a ellos, ya en obras completas, ora en antologías. Y a propósito de éstas y de las deficiencias de las existentes, el poeta de la “Nocturna rosa” plantea problemas en verdad serios. Llama la atención, en suma, sobre la excesiva ligereza de los autores de antologías. Presenta los casos modernos de Salvador Díaz Mirón, Manuel José Othón, Amado Nervo, Urbina, Tablada, González Martínez, López Velarde, y del propio Rebolledo. Por ejemplo, para quienes desconocen, o conocen mal a Tablada, este párrafo es una advertencia: “Lo mejor de José Juan Tablada se hallará fácilmente, maduro entre los árboles y plantas poéticas de un vasto jardín botánico que comprende desde el romántico sauce hasta la palmera enana, sin olvidar los inesperados, súbitos y fugaces hongos de su ingenioso arte menor”.

99. Revista poética (2)¹⁷⁸

“Si me lees, te leo”

Es fácil notar que la ya clásica expresión “Si me lees, te leo”, tan despiadadamente acostumbrada en otros tiempos por la inmensa mayoría de poetas inéditos, va poco a poco cayendo en desuso. Las causas pueden ser varias, entre las que me atrevo a señalar las siguientes: el público ha logrado cierta preparación contra las agresiones, y ahora bien en el café, ya en la calle, sabe resistir y oponerse con todas sus fuerzas a los ataques de los versificadores, quienes, apresurando inconscientemente su derrota, lanzan ofensivas a diestra y siniestra, sin táctica, sin un sistema sólido que les garantice una migaja de éxito; el público, también, ha adquirido una estable dosis de desconfianza ante las engañas, y es el primero en rebelarse contra los productos falsificados que circulan en el mercado. Y si a las razones anteriores se agrega la rapidez creciente de la vida, el encarecimiento del buen gusto, los conflictos europeos, el nada enigmático proceder de la Unión Soviética en la epopeya occidental, etcétera, se tendrá una visión más o menos clara de lo que en realidad acontece.

Refugios

Por los motivos antes expuestos, la pléyade de poetas hase visto obligada a buscar refugio contra los bombardeos de desprecio y falta de atención. Uno de ellos, fundado recientemente, abriera sus acogedoras puertas por el rumbo del teatro Hidalgo, precisamente en Regina y primer callejón de Mesones, con el benefactor nombre de Casa del Artista, y funcionando decorosamente con directiva, salas de exposiciones, casino, bibliotecas, salón de actos y demás compartimientos imprescindibles para el mejor desarrollo de una actividad desinteresada y optimistamente noble.

En martes...

“En martes, ni recites ni te embarques”, podría decirse por ahí envidiosamente. Pero no hay caso. Los martes son días de recitales en la mencionada institución. Días de embarcarse en la azarosa aventura de contentar los oídos de medio centenar de fieles. Octavio Novaro logró hacerse escuchar ahí por un escogido número de concurrentes, leyendo, en los ratos que el pianista y compositor Mauricio Muñoz le dejaba libres, varios de sus poemas, de los mejores precisamente, ante el aplauso y el júbilo de los oyentes. Pero de Novaro, que poco o nada tiene que ver con el grueso de los componentes del mencionado recinto artístico, tengo algo muy especial que decir, y aparte.

Sonetos y romances

Seis sonetos leyó Octavio Novaro el martes 10 de octubre. “Invocación a Guillermo Apollinaire”, “Preámbulo del amor”, “La palabra esperada”, “La mirada”, “El regreso” y “Alegría de la muerte”. De todos ellos encargóse la crítica a su debido tiempo, lo único que aquí puedo decir es que el primero es el más logrado y que, en general, todos guardan la compostura necesaria. Pero no es en el soneto donde la gente quiere, insiste en ver al mejor Novaro. Sobre esto se ha formado cierta confusión que muy mal haría yo en intentar aclarar. La confusión es parte integrante de la aureola del poeta.

Una mayoría, un tanto insincera, un sí es no es apática, se empeña en definir a Octavio Novaro como el autor de varios romances publicados con el nombre de *Canciones para mujeres*. Aquí el error. Hace tiempo, Rafael Solana rompió una lanza contra la muralla granítica levantada por los defensores de esa forma poética. Inútil. A todas luces inútil enfrentarse a quienes prefieren, por pura pereza, una composición donde la poesía se aparece en su estructura más endeble, más intrascendente y perecedera. Hablo, claro, del romance entre frívolo y jugueteón que hace Novaro. La pugna continúa, amortiguada, dándole poco a poco la razón a Solana.

Elegías

Otro es el caso cuando de “Elegías” se trata en la poesía de Octavio Novaro. En el *Taller Poético* número uno, creo, apareció “En la muerte de Adrián Osorio”, un poema que siempre ha sido clasificado como sencillamente bello, tanto por su sobria estructura como por la emoción de que está cargado. Ese poema, digo, define al verdadero Novaro. La prueba la tuve el martes del famoso recital, en que el poeta leyó su “Carta a nadie”, que es uno de esos poemas extraños y sorprendentes raras veces logrados. En la “Carta a nadie”, Novaro se encuentra nuevamente entre las materias vegetales a las que es tan afecto. La naturaleza del poema es eso: pura naturaleza encerrada entre el llanto incomprendido del que llora un bien malogrado. Un vegetal mustio, entristecido, es el tema sobre el que gira todo el dolor de la elegía. “A la memoria de don Carlos Pellicer” es poema de otro estilo. Menos grave, más suave y cariñoso, sin la reciedumbre de la “Carta”.

Otro martes

Los carteles señalaban el próximo martes como dedicado al recital de nuestro compañero Clemente López Trujillo. Sin embargo, la bien organizada desorganización de la Casa del Artista impidió al poeta yucateco decir sus composiciones, lo cual no quiere indicar que yo no haga los comentarios que se merece la obra más reciente de este delicado y fino artista, uno de los pocos que, al entrar al caserón tantas veces dicho, no puede ser consignado por allanamiento de morada, acusación que más de veinte debieran sufrir.

En tres grupos se dividía el recital preparado por Clemente; obra de 1935, “Primera infancia”; de 1936, “La amada y el más allá”; y el gran poema elegíaco “Soledades, muertes y niños”, escrito en torno a la sentidísima muerte del poeta Antonio Machado, y que data de los primeros meses, febrero o marzo, del año en curso.

Poesía a fuego lento

De la primera parte diría que está integrada por versos atrevidamente tímidos, fácilmente paladeables por sus demostraciones de grande y finísimo placer. Hay en todos los poemas una perenne ráfaga como de advertir la amargura de un destino inevitable; como de querer fundirse en los huesos del niño a quien habla el poeta. A quien musita en mil y una formas todas las cosas tiernas que a los pequeños deben decirse. La clave está aquí, cuando el poeta dice: “con un querer ser yo dentro de ti”.

Hay, distinguiéndose entre todos, este poema:

Como todos los niños del mundo
estás danzando entre los hombres.
Como todos los niños
te pones
en actitud de recoger el viento
con las manos y los ojos y el oído.
Como todos, como todos
los niños,
juegas con el agua y la tierra
y juegas el mismo
juego del hombre, con la muerte,
pero con una lucidez y un ritmo
que ya quisiera Dios para los pájaros
y el hombre, este hombre tan loco,
para sus palabras y sus gritos.

En la segunda parte, en “La amada y el más allá”, surge lo inevitable en poetas de la calidad y las cualidades de López Trujillo. Aparece, envuelta en un sudario de luces

y sombras, la Angustia. Pero una angustia muy especial, muy propia del poeta que comento. Quebradiza, ligera y madura al mismo tiempo, fértil y opaca. De mil formas, en fin, es la angustia que se atraviesa en el camino de esta poesía, de esta mortecina poesía de muertes y naufragios, desgajamientos y providenciales encuentros, o tropiezos, con la Verdad. Una verdad también muy característica de Clemente. En “El vértigo del sueño”, todo se reduce a querer marchar sobre todas las cosas, apretándolas, exprimiéndolas, recordándolas. Un ir y venir de penumbras y presentimientos, como que el tema central es la muerte, a la que hay que dar un tratamiento hasta humillante si se quiere. Pero de todos modos, el poeta sale del paso, se evade, ya no de sí mismo, pero de las múltiples tentaciones que le rodean, invitándolo, ora a la esperanza, ora al más delicioso de los escepticismos.

Un breve poema, en el que por cierto vuelven a aparecer los niños amados, es éste:

¿Cómo será tu nombre sin tu cuerpo?
Te nombraré en mi cuerpo, caminando...
Tus pies entre las piedras
y tu alma gimiendo entre mis dientes.
El hombre canta
y los ríos caminan y los niños
aprenden a morir cuando son hombres.
Y cuando mueren niños
los niños se hacen hombres...

“En la muerte de Antonio Machado” es un poema de gran extensión, nutrido de sugerencias, con algunas cosillas un tanto superfluas, pero desarrollado con el mismo grado de intensidad, de fiebre, con que López Trujillo trabaja sus creaciones poéticas.

A fuego lento es esta poesía, he dicho arriba. Y en verdad así es como se me aparece. Clemente ya no es el poeta de *Feria de frutas*. Es otro: en plena y vigorosa madurez en la fiebre de la poesía que debe brotar, que brota fatalmente con una larga cauda de dolor y estremecimientos agónicos. Los temas del poeta son numerosos. Uno, sin embargo, le obsesiona: la muerte. Y a la muerte sucede, debiendo antecederla, el suicidio. López Trujillo es un perito en ambas estaciones de la vida. Estaciones terminales, desde luego.

Taller V

En la cumbre de su quinto número, *Taller* enriquece su consejo de redacción con varios nombres españoles, transformándose de esta manera: director, Octavio Paz; secretario, Juan Gil-Albert; redacción, Ramón Gaya, José Herrera Petere, E. Huerta, Alberto Quintero Álvarez, Antonio Sánchez Barbudo, Rafael Solana y Lorenzo Varela.¹⁷⁹ Las palabras iniciales del número:

Queremos que nuestra revista sea el cauce que permita el libre curso de la corriente literaria y poética de la joven generación hispano-mexicana, al mismo tiempo que la casa de trabajo y de comunión para todos los escritores hispanoamericanos, angustiados por el destino de la cultura, en estas horas tristes, de anhelante espera que el mundo vive.

Este número de *Taller* trae “Urna de Alarcón”, por Alfonso Reyes; “Arte y moral de Alarcón”, por Antonio Castro Leal; “Soledad de la fisiología”, por Luis Cardoza y Aragón; “¡Qué encantadora fiesta!”, por José Herrera Petere; poemas de Lorenzo Varela; una serie de notas con el rubro de “La forma de las horas”; y al final, como suplemento, una antología de don Juan Ruiz de Alarcón, “Fragmentos sobre el amor y las mujeres” seleccionados y prologados por Castro Leal. Un número que es un auténtico *hit* en la hora actual.

“Soledad de la fisiología”, de Cardoza, es un poema tumultuoso, compuesto de todos los materiales, como una construcción en fiesta, estupefacta ante el asombro de descubrir cómo es extraordinariamente rico en elementos el mundo, el pequeño e inmenso mundo del hombre en una determinada soledad que lo muerde y punza con extraños dientes y agujas de otro planeta. Mundo subjetivo, mundo objetivo. Torrente verdadero de creaciones realmente subyugantes. Soledad de materia y sueño, ceguera ante todos los misterios humanos, luminosidad ante la maravilla de todas las cosas impuras.

Se necesitaría un volumen para hacer una crítica de la poesía de Cardoza. Cuando “El sonámbulo”, yo me atreví a escribir un artículo sincero, apasionado. Mas tenía el defecto de ser pura emoción. cosa que, si bien no está reñida con la crítica, dista mucho de ser su primera y única base. Sin embargo, parece que a Saucedo no le gustó mi trabajo, porque no hace mucho me amenazó con escribir un “Manual práctico para leer la poesía de Cardoza y Aragón”, dedicado a los atrevidos como yo. Con franqueza, creo que no debería escribir tal cosa.

Lorenzo Varela debuta en *Taller* con varios poemas y una excelente nota sobre el más reciente libro de Gabriela Mistral.¹⁸⁰ De la nota es este trozo:

Esta alegría que nos anuncia, que se anuncia ella misma por encima de *La canción de las muchachas muertas*, en la orilla final de las *Locas letanías*, esta promesa auroral, no salva por ahora el precipicio, el borde mortal a que se asoma la feminidad distendida de Gabriela, distendida entre Teresa de Jesús y Miguel de Unamuno, centrada a veces en el sol aplomado de Antonio Machado, pero siempre hecha astillas “Deshecha” su planta fecunda de dolor.

Quintero Álvarez suscribe una nota polémica titulada “Los inquilinos de la filosofía”.

Y es todo, por ahora.

100. Revista poética (3)¹⁸¹

Recital

El martes siete del presente, en la sala de conferencias del Palacio de las Bellas Artes, el poeta colombiano don Porfirio Barba-Jacob, ofreció a no menos de doscientas personas un recital con selecciones de su obra publicada e inédita. Además de la intervención del pianista don Manuel M. Ponce, las invitaciones razonaban que la obra lírica del trahumante poeta “no necesita encomios, pues ha sido considerada por la crítica y por el público de América como una de las más admirables manifestaciones del pensamiento y de la sensibilidad dentro de nuestro idioma”. La “fiesta de la inteligencia” llevó este orden: Poemas del ritmo antiguo, Génesis de la Canción de la vida profunda, Canción de la vida profunda, Elegía de Sayula, Primera canción de la soledad, La muerte del poeta, Canción de la alegría. Poemas intemporales, Imágenes, Sueños de Acapulco, Asfaltite, Nueva canción de la vida profunda, Segunda canción de la soledad, y Elegía de un amor imposible.

Al igual que las *plaquettes*, el recital fue extremadamente limitado. A quienes fueron, les costó \$3.00 la entrada. Esto era lo de menos; sin embargo, no pude asistir. Marco Antonio Millán y el propio Barba-Jacob, deben estar enterados de que lo siento mucho.¹⁸²

Pedro Garfias

En una velada conmemorativa de los aniversarios de la defensa de Madrid y del fusilamiento de Francisco Javier Mina, una jovencita española estuvo señalada con excelente tino para recitar el poema “España en México”, del poeta peninsular Pedro Garfias.¹⁸³ Después de las varoniles palabras del comandante Carlos Contreras, organizador del famoso Quinto regimiento (los mercenarios nazis no olvidarán el Jarama, ni los alígeros súbditos del primer ministro del reino de Italia ciertos acontecimientos acaecidos en Guadalajara), lo más emocionante del acto fue la recitación de Ofelia Guilmáin, quien dio al poema del popular poeta todo el gran sentido emocional de que es capaz una juventud que tendrá entre sus manos los destinos de la Tercera República española.

Alfonso Reyes también colaboró, Lorenzo Varela tuvo a su cargo la expresión de la juventud literaria hispana, José Bergamín pronunció frases de verdadero optimismo y lealtad. En suma: una velada de la inteligencia. La entrada fue gratis.

“Corrido de los tranvías”

Este corrido (música de “La maquinita”, o “El tren que corría por la ancha vía...”), circuló en lo más álgido del movimiento huelguístico de los compañeros tranviarios, con una estupenda ilustración de mi paisano Chávez Morado. En México es natural, tan natural como la inmovilidad de los volcanes y la existencia de la lucha de clases, que los grandes acontecimientos se vean reflejados, ya en los momentos de su desarrollo,

ora pocos días después, en esa manifestación del pueblo en la que don Vicente T. Mendoza¹⁸⁴ es todo un especialista. Las dos primeras estrofas del corrido tranviario van así:

El último día
del mes que corría
—octubre de 39—
...¡HUELGA!... No se mueve
ni un solo tranvía
de la inglesa compañía.
Suelto anda cada traidor,
pululan tantos falsarios,
que la huelga de tranviarios
reclama este pormenor.
Pueblo mexicano,
juzga como hermano,
dinos quien tiene razón:
si nuestros obreros
o los extranjeros
que exprimen a la nación.
No por dicha en versos cojos
es menos interesante
la realidad que el instante
ofrecemos a tus ojos.

Claro que Paco Díaz¹⁸⁵ no aprobaría el corte del corrido, porque no es tan auténtico como el del “Maldito a fuerza”. Pero no le hace. De todas maneras, incorporar este corrido a la larga lista de los compuestos en torno a la tragedia en que perdiera la vida el aviador Francisco Sarabia, sería un tanto cuanto atrevido. Más vale una buena reflexión final que veinte arrebatos iniciales.

Carlos Luquín

En el número 10 de *Letras de México* (apartado postal 1994), precisamente el que trae “Ha llegado el momento, jovencitos”,¹⁸⁶ truculento enigma teatral de Xavier Villaurrutia, varios poemas de Carlos Luquín, los cuales se caracterizan por su exquisita discreción. “Viva muerte”, soneto; e “Imágenes”, seis décimas de corte delicado de las que ofrecemos una, la número cinco:

La cristalina presencia
de la gota de rocío

aviva el contorno frío
de la herida de la ausencia.
La inmaculada conciencia
del cristal sobre la hoja
no puede lavar la roja
mancha de necio abandono
ni dulcificar el tono
amargo de mi congoja.

Carlos Luquín mantiene en la poesía un tono ponderado, serio y correcto. La clase de poesía que acostumbra, que cultiva, me obliga a pensar así. Es curiosa la vuelta al clasicismo que se advierte en el terreno, “en el campo” nacional poético. Hay cierta insistencia, cierta preocupación por la forma, lo cual, sea lo que sea, es un síntoma nada despreciable. Que la honradez ampare a los poetas que tal cosa envidiable pretenden. Entre otras cosas, la tendencia señalada significa que las pugnas han concluido y que ahora solamente existe la competencia entre la producción. Todo será cuestión de buen gusto. El único problema es el de público, en el que hay una gran mayoría que todavía cree en el fanatismo del estridentismo,¹⁸⁷ escuela finiquitada a la hora conveniente.

La muerte

Después de largas vacaciones, la señora Muerte ha vuelto a las andadas, tomándosela más en serio que nunca. Se la vacilan sólo aquellos que de plano confiesan abiertamente que esta vida no llega ni a reintegro, o que la Muerte es una tempestad en un vaso de agua. Esta última tesis la sostiene, parece sostenerla el autor de *Canciones para cantar en las barcas*, o sea José Gorostiza, de quien las multitudes empezaban a perder memoria, tragedia ésta a la que los escritores se hallan expuestos a cada rato.¹⁸⁸

Un día, en un Peralvillo-Cozumel, Rafael Solana me confesó que a él no le inquietaba, como a los otros poetas, que Gorostiza estuviera escribiendo otro *Cementerio marino*. En suma, que no había porqué permanecer sobresaltado frente al silencio; que los rumores eran demasiado inflados; que sí, que indudablemente Gorostiza era un positivo valor, pero que los temores parecíanle exagerados.

Y en verdad —y sin comulgar totalmente con el dicho de Solana— yo notaba, de oídas, que la camarilla o grupo que mantenía verbalmente el prestigio de Gorostiza se complacía demasiado en abultar las cosas. Pero llegó un momento en que los mismos partidarios del poeta sintieron decaer sus fuerzas. Y tal parece que, al fin, conminaron al nada pródigo a publicar por lo menos un anticipo, que creo dio a la luz la gaceta que regentea Barreda.¹⁸⁹ El anticipo prometió.

Y cumplió *Muerte sin fin* (poesía), Ediciones R. Loera y Chávez, México, 1939. Este ya es un libro cumplidor. Gorostiza ha pagado con creces la ansiedad en que mantuvo

a lo más selecto del “París”, a Solana, a Pepe Ferrel,¹⁹⁰ y al primero y último de los ansiosos, a mí.

Y como era de esperarse, el poema de Gorostiza, despertó y está despertando las más arduas polémicas. Mi labor de revistero se concretará a sólo reseñarlas. Mis lectores —optimista que soy— tendrán la bondad de disculparme si no tengo el atrevimiento de insinuar la menor crítica. Así soy de raro.

Críticas

Samuel Ramos, a quien debo los mejores minutos de sueño en las aulas de la Nacional Preparatoria, “en cuyos altos corredores”, etcétera, ha escrito en “La preocupación de la muerte”,¹⁹¹ lo siguiente:

Este problema (el de la Muerte) aparece hoy en conexión con una corriente de pensamiento que se ha llamado “La filosofía existencial”. Max Scheler, ha escrito un ensayo llamado “Muerte y resurrección”. Pablo Landsberg, un pequeño libro que titula *Experiencia de la muerte*.¹⁹² Todos los días aparecen obras literarias sobre el mismo tema. Por no citar sino algunos poetas mexicanos, seguramente obsesionados por esa idea, recuerdo la *Muerte de cielo azul*, de Ortiz de Montellano; *Nostalgia de la muerte*, de Xavier Villaurrutia, y un poema aún inédito de José Gorostiza, *Muerte sin fin*.

El párrafo anterior quiere ser una verdadera justificación de un extraordinario fenómeno planteado con todo vigor y decisión por los artistas y escritores de la última década. El propio Samuel Ramos, en otra parte de su ensayo y al hablar de lo que algunos hombres piensan de la muerte, dice: “No es (la Muerte) negación, sino afirmación y el momento en que empiezan a cumplirse todas las esperanzas...”.

Tan diferente como barrer y escribir en máquina, es la opinión sustentada por otro grupo de hombres no menos audaces. Estos ven en lo que a la Muerte se refiere tan sólo una expresión de indelicado y grueso pesimismo. Yo opino que este grupo, o no ha visto bien el problema, o se ha dejado arrastrar por superficies perfectamente discutibles. Quienes ven, por pura pereza, lo puramente externo, son los condenados, los expuestos a las tormentas más amargas. Sin embargo, el círculo infernal a donde vayan a parar sus huesos, será el mismo en el que terminen su peregrinación los tontos sin remedio.

Otro sector de críticos no se molesta tanto, sino que apenas llega a externar espumeantes juicios sobre lo más ligero de la obra de Gorostiza. Ciertamente que habría mucho que hablar en torno a la versificación de *Muerte sin fin*. Esa página literaria ofreció no hace mucho dos bellísimos fragmentos del libro que comento. Imposible sería transcribir uno o dos trozos del volumen. Me concretaré a presentar el bello poema que es el índice:

Lleno de mi, sitiado en mi epidermis
¡Más que vaso —también— más providente!
Pero en las zonas ínfimas del ojo
¡Oh inteligencia, soledad en llamas
Iza la flor su enseña
En el rigor del vaso que la aclara
Pero el vaso en sí mismo no se cumple
Mas la forma en sí misma no se cumple
En la red de cristal que la estrangula
¡Tan-Tan! ¿Quién es? Es el Diablo.

Desde luego, el señor José Martínez Ruiz tendrá que disculparme. Pero antes de leer lo que opina Azorín de los índices, *Seguro azar*, en el sumario de sus poemas, dejó al descubierto las inmensas posibilidades poéticas de la página o páginas que resumen el contenido de un libro de versos.

Neruda

El poeta chileno, seguramente ya en México,¹⁹³ ha venido convirtiéndose en una especie de coco de los poetas indefensos y de los lectores impreparados. No exageraría mucho si dijera que en la actualidad es el poeta más envidiado, incomprendido y combatido de América. Entre sus gratuitos enemigos se cuenta, dicen, el extraordinario Juan Ramón Jiménez, quien nada debería tener, por cierto, con esas desagradables cosas que engendran el odio o el desprecio.¹⁹⁴

Neruda es un enorme poeta. He dicho enorme, sí; y no me retracto.

Yo preguntaría: ¿Hay algo superior, en la actualidad poética americana, que *Residencia en la tierra*?

101. Las rabias irritantes de Enrique Heine¹⁹⁵

Cargado de tragedia y de una inmensa fuerza lírica, Enrique Heine pasa por el cielo europeo en una forma arrebatada y genial, como sólo pasan los señalados y los altos de espíritu, los ferozmente combatidos y aquellos a quienes corroen las pasiones. Su vida, en frío, es casi destellante. Podría decirse que en verdad el gran alemán no ha concluido su misión, y pasarán todavía muchas generaciones antes de que los hombres logren captar la esencia del problema que en más de una ocasión endureciera la vida inarmónica del autor de *De la Alemania*.

Porque Enrique Heine es un problema, un serio problema. Es discutido, atacado, zaherido. Para no ir más lejos, es decir, para no investigar de nueva cuenta en las preciosidades de los nazis de Alemania, recordemos que no hace mucho, probablemente un año, la legación alemana en México, protestó por el hecho de que algún articulista del diario *Excélsior* tuvo a bien llamar a Heine “gran poeta germano”. Los intelectuales de la citada legación alzaron la voz, “pusieron el grito en el cielo”. Pero bastó para que se callaran, esta sola noticia: “Heine nació en Düsseldorf el 13 de diciembre de 1799, de padres nacidos también en Alemania, donde adquirió la cultura, vastísima por cierto, que se refleja en sus libros”. La frase “gran poeta germano” se sostuvo y seguirá sosteniéndose. Ya hemos dicho que Heine carga todavía con el peso de cientos de odios y enemistades. Pero Heine no pasa, no se derrumba, no se derrumbará. Heine es más que un extraordinario poeta: es una gran conciencia. Y las grandes conciencias no mueren por los caprichos y reacciones de sus deturpadores. En esta hora, y con la despotricante realidad del mundo presente, el mensaje de Enrique Heine es algo vivo, latente, enaltecedor.

Es muy posible que se diga: escribir sobre Heine está pasado de moda. Pero no lo creemos así. Mientras más se penetra en la obra del gran alemán, tanto más resultan apasionantes sus fobias y sus amores, sus raros elogios y sus frecuentísimos sarcasmos. Y como no vamos a hacer una biografía —un simple y sencillo refrito—, sino a pasar en limpio algunas impresiones, nos atrevemos a suponer que no será absolutamente inútil ni despreciable nuestro trabajo.

Enrique Heine, ese bello judío “atrevido y doliente” (Thomas Mann), vive una vida realmente calamitosa, pletórica de rabias a cual más de irritante, cargado de contradicciones, como que era un poeta consistente e inconsistente al mismo tiempo, un hombre que hoy era el amo y señor de sus pasiones y mañana la víctima desventurada, y esto era seguramente la causa fundamental de sus ataques vitriólicos contra los farsantes, contra los hidalguelos que tiranizaban su patria y contra los que en aquel momento traicionaban a la Revolución francesa. Pero no sólo. Heine en su *Proteo multiforme*, un hombre que, como dice por ahí uno de sus comentaristas contemporáneos, “había nacido para quemarse”. “Un alma sin un cielo”, en suma. Por eso su gran fuerza de ensoñación, su desenfadada fanfarronería y su maravilloso y cruel ingenio.

Bástenos echar una ojeada en sus *Confesiones y memorias*, para darnos una ligera idea del Heine burlón, del mejor Heine. Cuando se refiere a los escritores, sabe decir con exactitud esto: “Nosotros tenemos nuestras predilecciones y escribimos por o contra una causa, por o contra una idea, por o contra un partido; pero las mujeres escriben siempre por o contra un hombre, o por mejor decir, a causa de un solo hombre”. Lo cual es, sin partidarios, una clara y neta verdad. La pasión intelectual del hombre es más certera y decidida; las mujeres, en cambio, son endebles, demasiado limitadas. Los hombres escritores, cuando poseen un argumento vital, pelean por una causa, o por una

idea, o por un partido: por un solo motivo. Las mujeres no tienen tal categoría. Reducen su acción a pequeñas cosas íntimamente sentimentales”. Y siguiendo con el mismo tema, dice estas palabras definitivas, que vienen a redondear el concepto anterior:

Nosotros, los hombres, mentimos a veces, y nuestras mentiras son poco delicadas. Las mujeres, como todas las naturalezas pasivas, rara vez saben inventar; pero tienen la habilidad de desfigurar los hechos consumados de una manera tan páfida, que esas falsificaciones refinadas son más perjudiciales que las invenciones groseras de los hombres.

Otra gran verdad sobre el mismo tema, pero ya precisando sobre la terrífica fantasía femenina y las falsedades demasiado ásperas de los hombres. Otro matiz de la pasión humana.

Pero si se trata de decirles a los académicos —estos personajes no cambian ni cambiarán— unas cuantas cosillas más o menos desagradables, entonces el poeta hace una rabieta y escribe: “...la Academia es un pesebre para literatos vueltos a la infancia, establecimiento verdaderamente filantrópico, y cuya idea se encuentra también entre los indios que fundan hospitales para monos ancianos y decrepitos”. De donde podemos concluir que en todas las épocas los grupos que se autonombran defensores del idioma, tienen que soportar las severas críticas de los independientes. A Heine le desagradaba particularmente la camaradería, así estuviera ésta representada por la Academia o por *madame* de Stael. A todo un líder de la joven Alemania tenían que mortificarle, no digamos los chismes de una francesa demasiado ligera, pero las salidas de tono de sus enemigos emboscados en un sitio inmerecido. Estas ocasiones eran las señaladas para que Enrique Heine desarrollara sus aficiones de fiero polemista. Pero no se crea que las polémicas del poeta alemán resultaban estériles. No. Siempre y en todo momento el impulso del escritor se encaminaba hacia una nueva libertad, tanto en materia literaria como política. El Heine débil —débil en el fondo, se diría en esta época— desaparecía para dejar el paso al Heine batallador y altivo. El soñador impenitente, el de la vida cómoda y apacible cede el asiento al sarcástico y agresivo.

Pero hay en el mismo libro una expresión muy posiblemente a favor de las mujeres. Es ésta: “Es siempre una cosa curiosa comprobar que tan pronto como la mujer llega a la conciencia de sí misma y su inteligencia se despierta, su primer pensamiento es un traje”. Indudable a todas luces. Las mujeres nacen, podría decirse, cuando descubren —y ya no volverán a hacer en su vida un descubrimiento de tales proporciones—, que ya es tiempo de que sus progenitores les compren “un vestido presentable”. Una mujer adquiere conciencia de su valer en el preciso momento en que la coquetería hace su aparición. A propósito, recordemos los comentarios de Enrique Heine alrededor de la dialéctica hegeliana: “... y la serpiente, ese doctor sutil, que ya seis mil años antes del nacimiento de Hegel dio curso completo sobre la doctrina hegeliana”. Y esto parece

decirlo Heine en serio, porque como él mismo lo dice, “puedo ser muy serio cuando es absolutamente necesario”.

En el libro *Lo que pasa en Francia* (1831-1832), Heine hace certeras alusiones a los hombres que dominaban en aquella época en la tierra de Voltaire. Sigámosle este párrafo definitivo:

Este indiferente, de la especie más profunda, que sabe guardar tan admirable medida en la claridad, el buen sentido y las imágenes de su estilo; este Goethe de la política (Thiers) es, sin duda, en este momento, el defensor más vigoroso del sistema Perier y, en verdad, con su folleto contra Chateaubriand casi ha aniquilado a este don Quijote de la legitimidad, que tan patéticamente cabalga su Rocinante alado, cuya espada es más brillante que afilada, y que sólo dispara preciosas perlas en lugar de buenas, vulgares y penetrantes balas de plomo.

Es al propio Chateaubriand a quien llega a llamar en otra ocasión “el caballero de la triste figura, el mejor escritor y el mayor loco de Francia”. Pero, ¿y cuándo a Lamartine él dice “el piadoso cabrito”?

Enrique Heine amaba de una manera muy particular, pero sin dejar de hacerles severas críticas, a los héroes de la Revolución francesa, ya que el gran poeta alemán se distinguió siempre por su desmedido amor al pueblo y a los dirigentes de éste. Muy pocos contemporáneos de la Francia de principios del XIX lograron captar con la precisión de Heine los acontecimientos históricos. Con dos o tres líneas, Heine precisa la calidad heroica de tres notabilidades: “Pero, digan lo que quieran los amigos ciegos y los enemigos hipócritas, La Fayette es, después de Robespierre, el carácter más puro de la Revolución francesa, y, después de Napoleón, su héroe más popular”. En torno al precursor de las brigadas internacionales, La Fayette, y el corso biografiado por Emil Ludwig, Enrique Heine hace la siguiente consideración, que hoy más que nunca reviste actualidad:

Sería ridículo medir la grandeza de ambos héroes con la misma escala y colocar a uno sobre el pedestal del otro. Sería ridículo querer elevar la estatua de La Fayette sobre la columna Vendôme, fundida con los cañones tomados en mil batallas y cuya vista, como canta Barbier, no puede soportar ninguna madre francesa.

Pero donde las rabias irritantes del atrevido y doliente escritor cobran mayor intensidad y poder sugestivo, es cuando toma la pluma para referirse a “la antigua encina encantada”, “al gran déspota”, al “viejo pagano”: a Goethe. Aquí sí que el joven alemán sale en defensa de los intereses literarios y políticos de su patria.

“Goethe tenía miedo —escribe Enrique Heine— a todo escritor original un poco decidido; alababa únicamente las inteligencias insignificantes; llegaron a extremarse tanto las cosas, que ser alabado por Goethe equivalía a mediocridad”. Pero las críticas

contra el noble y extraordinario burócrata de la corte de Weimer, no eran desiguales ni forzosamente injustificadas. No nos es posible dejar de transcribir las frases que Heine dedica en su libro *De la Alemania* al creador de *Werther*:

censurábamos la esterilidad de su palabra, el espíritu artístico que a causa de él se esparció por Alemania, que adormeció a la juventud y se opuso a la regeneración política de nuestra patria. Así el panteísmo indiferente fue atacado por los dos lados más opuestos: la extrema derecha y la extrema izquierda se aliaron contra Goethe, y mientras que un reaccionario golpeaba sobre él con un crucifijo, un demagogo le ponía la pipa delante.

Las frases de Heine son apenas una mínima parte de la polvareda levantada en torno al gigantesco escritor. Pero es el propio Heine el encargado de explicarnos el motivo de sus fieros ataques a Goethe. Lo explica en la forma sincera y desconcertante que acostumbra para todas sus cosas. He aquí la verdad desnuda:

sería difícil señalar el motivo que tuvo cada uno separadamente para declararle la guerra (a Goethe). No conozco con precisión sino el motivo de una sola persona, y como esa persona soy yo mismo, lo referiré con claridad. Confieso, con franqueza, que fue la envidia [...] Debo, sin embargo, añadir en mi alabanza que en Goethe jamás atacué al poeta, sino al hombre.

Heine, el gran amigo de Carlos Marx, era incapaz de canalladas como las que le atribuyen gratuitamente quienes han expulsado de Alemania sus obras. Heine mismo, en alguna otra página, confiesa la ciega admiración que sentía por Goethe, y así lo manifiesta, sin reparos ni dobleces, en el encuentro que tuvo con el inmortal autor de *Fausto*. La forma de narrar el famoso encuentro, o mejor, la visita del joven al maestro, es sencillamente conmovedora:

Cuando le visité en Weimar, mientras me encontraba en su presencia miraba furtivamente para ver si había cerca de él un águila con el rayo en el pico. Estuve a punto de hablarle en griego, pero como observé que comprendía el alemán, le dije en este idioma que las ciruelas de los árboles entre Jenay Weimar sabían muy bien.

No todo era vitriolo en los escritos de Heine. Hablamos, desde luego, de sus obras en prosa, no de sus poesías. En aquéllas Heine se manifestó en cada línea como un celoso defensor del presente y del porvenir de la Alemania de entonces, sojuzgada, como hoy, por gentes imprevistas que usaron modales de chalanería para envilecerla frente a las otras naciones europeas.

Notas

- 1 *El Nacional*, 15 de enero de 1939, 1ª sección, pp. 5 y 8.
- 2 Cita “La suave patria” de López Velarde.
- 3 Sigue con “La suave patria”.
- 4 *El Nacional*, 19 de enero de 1939, 1ª sección, p. 5.
- 5 Libro de 1913.
- 6 Parafrasea a Baltazar Gracián: “Lo bueno, si breve, dos veces bueno”.
- 7 Se refiere a “Paisaje con dos tumbas y un perro asirio”, de “Introducción a la Muerte (poemas de la soledad en Vermont)” en *Poeta en Nueva York* (1929-1930): “Amigo, / levántate para que oigas aullar / al perro asirio...”, etcétera.
- 8 *El Nacional*, 6 de febrero de 1939, 1ª sección, p. 4.
- 9 Ya nos hemos referido al 20 de noviembre de 1935, cuando los “Dorados” fascistas se enfrentaron en el zócalo de la capital con un grupo de comunistas y sindicalistas con saldo de un par de muertos humanos y varios equinos. Las fotografías de taxistas embistiendo caballos son famosas. Cárdenas ordenó al día siguiente la disolución de Acción Revolucionaria Mexicana.
- 10 Huerta se refiere al Partido Nacional de Salvación Pública (PNSP) que acaba de formarse y tiene sus oficinas en un edificio de la calle San Juan de Letrán en el centro de la ciudad. En adelante, Huerta se referirá al PNSP como “los pardos” (por sus camisas uniformes) o “los de san Juan de Letrán” por sus oficinas. De tendencia pro-nazi, el PNSP exigió destituir a Cárdenas, detener la sindicalización de los empleados públicos, eliminar toda forma de comunismo del gobierno, regresar a los exiliados a España y expulsar a los judíos, cuyos negocios llegó a atacar con violencia. El partido —por seguir la broma de llamar así a una organización que, como casi todas las de ultraderecha entonces, contaba con apenas unas decenas de fanáticos— desapareció tras la derrota del general Almazán.
- 11 El venezolano decidió que sus servicios de dictador y generalazo fuesen imprescindibles durante sólo veintisiete años, hasta 1935. Arturo Uslar Pietri, Miguel Otero Silva y Rómulo Gallegos, entre otros —la “generación de 1928”— lo combatieron ese año.
- 12 Algunos sectores del llamado “frente popular” del gobierno de Cárdenas, insistían en que fuesen sumariamente cerradas las publicaciones opositoras, sobre todo el diario *Excelsior* y la revista *Hoy*.
- 13 Avenida hoy llamada Eje Central Lázaro Cárdenas.
- 14 *Mein Kampf*, libro mitad de memorias y mitad proyecto político de Adolf Hitler, apareció en 1925.
- 15 *El Nacional*, 21 de febrero de 1939, 1ª sección, p. 5.
- 16 Ya nos referimos a esta frase que —obviamente— fascina a Huerta, en las notas al artículo número 5.
- 17 La LEAR y el PCM insistían en ese tiempo en la necesidad de nacionalizar las estaciones de radio —sobre todo la exitosa XEW (“La voz de la América Latina desde México”), y la XEB, que transmitía el programa de la colonia alemana pro-nazi— y ponerlas al servicio de la educación popular.
- 18 Heine se unió en amasiato en 1834 con una mujer “asna”, la analfabeta Crencence Eugénie Mirat, a la que llamaba “Matilda” en sus poemas. En cambio, su amigo Karl Marx se casó con la inteligente y noble y mítica Jenny von Westphalen.
- 19 Deanna Durbin era una estrellita mona de Hollywood que cantaba con cierta gracia.
- 20 El amplio Schmeling era el mandamás de los cuadriláteros en la categoría de los mastodontes. El doctor (en letras) Joseph Goebbels, ministro de propaganda de Hitler, tenía fama de muy aficionado a las señoras.
- 21 *El Nacional*, 28 de febrero de 1939, 1ª sección, p. 4. *El orientador* era un pasquín gratuito de propaganda hitlerista que se distribuye en las calles de México, se decía que patrocinado por la colonia alemana.

- 22 En agosto de 1937, en una batalla espeluznante entre el ejército leal y la brigada fascista italo-española de las “Flechas negras”, ese poblado cercano a Zaragoza quedó a tal grado destruido que los pobladores sobrevivientes decidieron construir uno nuevo, en la vecindad. Las ruinas del original Belchite siguen siendo testimonio de la fiereza de los combates de la guerra civil.
- 23 Es decir, la hora misma en que Cárdenas asume la presidencia del país.
- 24 Las películas en episodios con las aventuras de *Flash Gordon* eran enormemente populares.
- 25 Una vez más remitimos al lector interesado en la historia del fascismo vernáculo al libro de von Mentz *et al.*
- 26 *El Nacional*, 28 de marzo de 1939, 1ª sección, p. 5.
- 27 El ingenio fue un negocito que pusieron en 1930, luego de fundar el Partido Nacional Revolucionario, los generales Plutarco Elías Calles y Aarón Sáenz. Otro general, el presidente Cárdenas, les nacionalizó el ingenio, como señala Huerta, en 1939. Luego de que la industria azucarera mexicana se comenzó a colapsar —en eso está todavía—, el ingenio es reprivatizado en 1977. En 1998, la deuda de esa sola industria sumaba dos mil millones de pesos, a pesar de que el mexicano consume anualmente 160 litros de refresco en promedio. Hoy en día, el ingenio es propiedad del Grupo Aarón Sáenz, cuyo presidente es don Aarón Sáenz, ubicado en la avenida Gral. y Lic. Aarón Sáenz, de Ciudad Mante, Tamaulipas.
- 28 Apodos populares otorgados a la forma de las botellas.
- 29 *El Nacional*, 6 de abril de 1939, 1ª sección, p. 4.
- 30 “Era un aire suave, de pausados giros; / el hada Harmonía ritmaba sus vuelos”, escribe Rubén Darío en *Prosas profanas*.
- 31 Cita el “pequeño poema en prosa” titulado “Un cheval de race” (“Un caballo de raza”).
- 32 Ahora cita al Manuel José Othón de los *Poemas rústicos*.
- 33 Alude a sus dos poemas, “Declaración de odio” y “Declaración de amor”, ambos de 1937, que recoge en *Los hombres del alba*.
- 34 Ahora cita “El puerto”, también de los *Pequeños poemas en prosa*.
- 35 Y ahora, la mitad de un verso del “Idilio salvaje” de Manuel José Othón.
- 36 Del mismo poeta, ahora de “Noche rústica de Walpurgis”.
- 37 *El Nacional*, 15 de abril de 1939, 1ª sección, pp. 4 y 9. El artículo aparece en los días en que la “cargada” del Partido oficial, la CTM y lo que queda del frente popular cardenista, se lanza sobre el general Manuel Ávila Camacho, en quien encuentra al hombre idóneo para la presidencia del país entre 1940 y 1946. Las izquierdas, que tenían sus esperanzas puestas en el general Francisco Múgica, quedan, por decirlo así, sumamente desconcertadas.
- 38 Ese artículo estipula que no se podrá coartar el derecho de asociarse o de reunirse con cualquier objeto lícito, pero solo los ciudadanos de la República podrán hacerlo para tomar parte en los asuntos políticos del país. Ninguna reunión armada tiene derecho a deliberar.
- 39 Es decir, de un billete de lotería.
- 40 *El Nacional*, 9 de mayo de 1939, 1ª sección, p. 5.
- 41 “Chiflar” en México significa “silbar”, pero tenía en otros tiempos dos acepciones distintas: “estar chiflado” es estar loco; “chiflarse” —en el sentido que se usa en esta crónica— significaba engreírse, que se subieran los humos.
- 42 Se trata de la exposición mundial de Nueva York (1939-1940).
- 43 El periódico *El Machete* había sido fundado en 1924 como órgano del Sindicato de Obreros Técnicos Pintores Escultores y Grabadores Revolucionarios de México (SOTPEGR) por Xavier Guerrero, Rivera y Siqueiros. En 1925 pasó a ser órgano del PCM y continuó su accidentada vida hasta la década de los setentas.
- 44 El pabellón de la URSS en la feria de París, en 1937, había sido famoso por dos cosas: la *sexy* pareja proletaria que llevaba la hoz y el martillo (y que los parisinos apodaron “los que van a la Lubyanka”, es decir, a la prisión) y la velocidad con que los pintores le cambiaban el rostro a los líderes soviéticos caídos en desgracia que iban

- siendo sustituidos por los nuevos en el mural de la entrada.
- 45 *Picket* viene de *pick* (literalmente, “picar”). Un grupo de manifestantes que protestan es una *picket line*, lo que en español llamamos un “pique”, un grupo de personas con un objetivo común.
- 46 *Subways*: vías del tren subterráneo.
- 47 El barrio chino, que en Nueva York se encuentra al sur de Manhattan.
- 48 Se deduce que “R”, como lo veremos líneas abajo, es Rafael Solana.
- 49 *La voz de México* fue el órgano del partido comunista mexicano que sustituyó a *El Machete* (es decir, “el filoso”).
- 50 *El envenenado* es Rafael Solana acababa de aparecer publicado por sus propias Ediciones Taller.
- 51 Huerta visitará Nueva York en 1949. Dejará testimonio poético en “Los poemas de viajes” (pp. 159-161) y más elocuentemente, en “Junio, N.Y.” (p. 399) de *PCEH*.
- 52 *El Nacional*, 13 de mayo de 1939, 1ª sección, pp. 4 y 5.
- 53 Las teorías de Sigmund Freud se banalizaban ya en la prensa. Por “complejo” se entendía una idea, o grupo de ideas, parcial o íntegramente reprimidas, muy acentuadas por la emoción, que entraban en conflicto con otras ideas más o menos aceptadas por el individuo.
- 54 Se refiere al psiquiatra Alfonso Millán y Maldonado (1906-1975).
- 55 En su libro de 1937, *Mon premier voyage*, Cocteau narra cómo conoció a Chaplin en un viaje por barco y cómo se hicieron íntimos. En sus propias *Memorias*, Chaplin dice que hablaron quince minutos y luego se dedicó a evadir al poeta francés, quien le pareció muy aburrido.
- 56 *El Nacional*, 19 de mayo de 1939, 1ª sección, pp. 4 y 8.
- 57 *Las cien mejores poesías (líricas) mexicanas* fue una antología preparada por Antonio Castro Leal (1896-1981) en colaboración con Manuel Toussaint y Alberto Vázquez del Mercado, aparecida en 1914. En 1933 circulaba ya una tercera edición. El sentido de la alusión a Abreu Gómez se nos escapa.
- 58 Anglicismo: “parada” por *parade*, desfile.
- 59 *El Nacional*, 25 de mayo de 1939, 1ª sección, p. 5.
- 60 Cita la célebre sección 24 de *Song of Myself*, “Canto a mí mismo”, en la traducción de León Felipe. El poema está recogido en todas las ediciones canónicas de *Leaves of Grass* (“Hojas de hierba”).
- 61 La “Oda a Walt Whitman,” que por cierto apareció en México en un breve tiraje de 50 ejemplares en México, en 1934 (y nunca en España, en vida del poeta) pone en evidencia las contradicciones del homosexual García Lorca. El discurso gay actual acepta que el poema fija la diferencia entre el homosexual de “hermosa virilidad” —como Whitman— y la sexualidad degradada de los “maricas” afeminados. A Huerta no parece interesarle mucho esa diferenciación y, de hecho, parecería que niega la homosexualidad tanto de Whitman como de García Lorca.
- 62 *El Nacional*, 28 de mayo de 1939, 1ª sección, p. 5.
- 63 Huerta toma la frase de Calderón años más tarde para el poemínimo “Calderoniana”, que reproduczo en prosa: “Yo era un tonto y lo que he amado me ha hecho dos tontos”.
- 64 Chaplin prepara en estos tiempos el rodaje de *El gran dictador*. “Delgadillo” fue el nombre que los distribuidores en el orbe hispanohablante dieron a Harold Lloyd. Harry Langdon había estrenado *The Flying Deuces* en 1939 y Buster Keaton *Pest From the West* que, por cierto, sucede en México. Es curioso que Huerta no aluda a *El paseo de Buster Keaton* de García Lorca. No puede dejar de mencionarse que Keaton volvería a México en 1945, pobre y olvidado por Hollywood, y filma en Churubusco, entre otras, una película con... Antonio Espino “Clavillazo”, antes de su retorno triunfal al cine en serio gracias a *Film* (1965) con guión de Samuel Beckett y *Something Funny Happened on the Way to the Forum*, de Richard Lester. Muere en 1966.
- 65 *Marinero en tierra* (1924) *La amante* (1925) *El alba del alhelí*, (1925-1926), *Cal y Canto*

(1926-1927), *Sermones y moradas* (1929-1930) de Alberti, *Sobre los ángeles* (1927-1928), *Con los zapatos puestos tengo que morir* (1931).

- 66 El primero de abril de 1939, Franco había anunciado el fin de la guerra civil española. Poco después, Huerta escribirá una serie de *Poemas de guerra y esperanza* como “Esa sangre” (1938) en el que el nosotros de la poesía de combate ha cedido el sitio a un yo aturrido y apenado:

Yo era. Yo era simplemente
antes de ver esa sangre.
Ahora soy, estoy, completo,
desamparado, ensordecido,
demasiado muerto para poder, después,
ver con serenidad ramos de rosas
y hablar de las orquídeas...

- 67 La película de 1939 de los —francamente olvidables— hermanos Al, Jimmy y Harry Ritz era *El gorila*.

- 68 Dos altos momentos de Joe Brown y su descomunal bocota: su aparición haciendo el papel de Flute en *El sueño de una noche de verano*, la gran película de Max Reinhardt (1935), y el millonario enamorado de Jack Lemon (“nobody’s perfect”) en *Some Like It Hot* (1959) de Billy Wilder.

- 69 Como se llamó en el orbe hispano a Stan Laurel y a Oliver Hardy.

- 70 *Tramp*, vagabundo tramposo, bueno para nada.

- 71 *El Nacional*, 2 de junio de 1939, 1ª sección, p. 4.

- 72 Apareció en 1933.

- 73 El poema en cuestión es “Concierto breve”, de 1926.

- 74 *El Nacional*, 6 de junio de 1939, 1ª sección, p. 5.

- 75 Bergamín (1895-1983) llegó a México en el *Sinaia*, el 13 de junio, luego de una breve estancia en París a la caída de la república. Fundaría aquí la Editorial Séneca. Más tarde seguiría su exilio en Venezuela y Uruguay, antes de volver a España en los años setenta.

- 76 Contra lo que supone José María Pérez Gay, el aforismo no es de José María Pérez Gay, sino de José Bergamín (*El cohete y la estrella*).

- 77 Toma la cita de *La cabeza a pájaros* (Madrid, Cruz y Raya y Eds. Del Árbol, 1934).

- 78 Y también llegó a México en 1939, donde publicará sus mejores libros, sobre todo *Jardín cerrado*. Morirá ahí mismo en 1962. En 1937 había publicado *Tres cantos*.

- 79 Véase, páginas atrás, nuestra nota número ocho al artículo número 9, “Cartas de los intelectuales”.

- 80 El especialista Nigel Dennis explica este rompimiento: “Elocuente indicio del carácter incondicional de su defensa de los valores morales y espirituales de la República será la polémica carta abierta que escribe a Victoria Ocampo en el mismo mes en que escribe a Ramón. La carta a Victoria Ocampo es un ataque feroz contra Gregorio Marañón —*el más que médico o curandero de su deshonra, traficante de ella*—, quien, después de expresar su adhesión a la causa de la República, abandona España y acaba por refugiarse en Buenos Aires bajo la protección de Victoria Ocampo. Bergamín denuncia categóricamente *el escándalo de su conducta*—la del doctor Marañón y, por extensión, la de su protectora argentina.” Cfr. “El ramonismo (sin Ramón) de la guerra civil española: una carta inédita de José Bergamín”. *Boletín de la Fundación Federico García Lorca*, 5, junio 1989.

- 81 *El Nacional*, 9 de junio de 1939, 1ª sección, p. 4.

- 82 Cita “A Miss X, enterrada en el viento del oeste”, de Alberti.

- 83 (1869-1941), director de la Orquesta Típica de México y homónimo de su abuelo, el político liberal.

- 84 Manuel Bernal (1901-1975) cantante, locutor y legendario declamador mexicano de esos grandes clásicos del poema sentimental popular.

- 85 Alfonso Ortíz Tirado (1894-1960) médico que cantaba ópera y boleros, que a veces componía, en la XEW.

- 86 Uno de los últimos, majestuosos ahuehuetes que sembró ahí Netzahualcoyotl, hoy está ya muerto.

- 87 *El Nacional*, 13 de junio de 1939, 1ª sección, p. 4.

- 88 El gran Francisco “Pancho” Sarabia (1901-1939), ídolo del pueblo, murió cuando su avión, *El conquistador del cielo*, desplomóse al

- despegar de Washington rumbo a México. Cerraba un periplo que lo había llevado días antes a romper por tres horas el récord de Amelia Earhart en un vuelo México-Nueva York.
- 89 El sobrino de don Venustiano fue el primero en volar entre México y Washington, en 1928. Al emprender el regreso se le cruzó entre las nubes el funesto hado. Los aviadores de la Fuerza Aérea Mexicana Pablo Sidar y Carlos Rovirosa sufrieron parecida mala suerte y cayeron, en 1930, al procurar llegar sin escalas de México a Buenos Aires.
- 90 Cita el poema “Alberto Rojas Giménez” de Neruda (*Residencia en la tierra*).
- 91 El tamaño de los tipos en los titulares reservados para los grandes dramas de resonancia popular en los diarios vespertinos.
- 92 *El Nacional*, 21 de junio de 1939, 1ª sección, pp. 4 y 7.
- 93 *Presagios* (1923). Salinas había visitado México poco antes, invitado por Alfonso Reyes, y dictado conferencias en Bellas Artes y en la Casa de España. En algunas de sus cartas a Jorge Guillén se refiere con detalle a su visita a México.
- 94 *Camino* fue publicado por la Editorial Estrella en París, en 1929. Años más tarde, Elena Garro usará la frase para bautizar su primera, hermosa novela (1963).
- 95 “La balada del agua del mar” poema de García Lorca (1898-1936) de 1919 incluido en *Libro de poemas* (1921).
- 96 Véase atrás el artículo 44, “Llanto en la sangre”.
- 97 *Cancionero menor, para los combatientes 1936-1938* (1938) de Emilio Prados, con selección de Manuel Altolaguirre (1905-1959).
- 98 Cita “Granada y Málaga (romance fronterizo. Invierno 1936)” recogido en *Llanto en la sangre. Romances 1933-1936* (Ediciones españolas, Valencia, 1937),
- 99 *El Nacional*, 27 de junio de 1939, 1ª sección, p. 5.
- 100 *Werther* personaje y novela (1774) de Johann Wolfgang Goethe (1749-1832).
- 101 La Biblioteca Cervantes, donde también había conferencias y exposiciones, fue creada por Jaime Torres Bodet cuando dirigía del departamento de bibliotecas de la Secretaría de Educación Pública en 1924. Estaba integrada al edificio de la secretaría. Su acervo se integró a la que ahora es la Biblioteca de México, en el edificio de la Ciudadela.
- 102 *El Nacional*, 8 de julio de 1939, 1ª sección, p. 5.
- 103 El poeta había logrado huir a Portugal. Ansioso de saber de su familia —su último hijo había nacido en enero de 1939— regresó a Orihuela (Alicante) y cayó prisionero en Sevilla. Cuando Huerta escribe este artículo, en efecto, nada se sabe de él. Se le había puesto en libertad en septiembre de 1939, vuelve a Orihuela y es detenido de nuevo. En Madrid se le condena a muerte en marzo de 1940. Conmutada la sentencia, se le envía a prisión y muere de tuberculosis en la cárcel de Alicante en 1941.
- 104 *El Nacional*, 12 de julio de 1939, 1ª sección, p. 5. Octavio Paz había iniciado el trato entre su generación y la de *Hora de España*, a cuyos miembros dedica Huerta sus siguientes artículos. En octubre de 1938, Paz redacta para la revista *Ruta* una exaltada y extensa reseña sobre libros de tres de ellos: “A tres jóvenes amigos (Poesía y verdad)”, los mismos tres escritores de quienes escribe ahora Huerta: Sánchez Barbudo, Gil-Albert y Serrano Plaia. En su artículo, Paz —como Huerta ante Miguel Hernández— expresaba la angustia de ignorar el paradero de los poetas: “¿Cómo sin llanto y veneno en la sangre, puedo yo existir aquí, confiadamente, abandonado a la sola gracia del aire [...] mientras vosotros, en la guerra, eleváis un lento, frenético himno, una perdurable estatua que sonríe al espanto?” (*Ruta*, 5, octubre 15 de 1938, pp 52-58.)
- 105 Publicó cuatro números en 1933 con obra de algunos ultraístas y poetas del 27.
- 106 Entre 1932 y 1936, desde Santiago de Compostela, *Resol* (“Hojilla volandera del pueblo”) publicó diez números bajo la dirección de Arturo Cuadrado. Rafael Dieste y García Lorca colaboraron y debutó en ella Alvaro Cunqueiro. La revista quiso revivir en Buenos Aires luego de la derrota republicana.

- 107 En “Tres libros españoles”, *Taller* 1, diciembre de 1938.
- 108 Rafael Dieste (1899-1981) escritor español colaborador de la revista *Hora de España*, exilado en México, específicamente en Monterrey, y luego en Buenos Aires.
- 109 *El Nacional*, 14 de julio de 1939. 1ª sección, p. 4.
- 110 El escritor y editor burgalés Eduardo de Onaño funda y dirige en México las Ediciones Xóchitl. Regresa a España en 1949.
- 111 Cita “Palabras a los muertos” en *Son nombres ignorados*. Ediciones de Hora de España, 1938.
- 112 Cita uno de los “Dos sonetos a Federico García Lorca”.
- 113 *El Nacional*, 21 de julio de 1939. 1ª sección, p. 4.
- 114 Se refiere a un artículo de un tal “M. Rilque Olmedillo” titulado “¿Sirven los poetas?” que, tomando el epígrafe de Huerta en el artículo sobre Gil-Albert, ataca a Huerta el día 17. “Rilque Olmedillo” latiniparla a Huerta llamándolo *Ortus*: sostiene que es un irracional, un sentimental y un retórico que ha convertido la poesía en oratoria disfrazada, para concluir que un verdadero poeta no se hace preguntas tan tontas, y menos en público. Durante las siguientes semanas habrá un intercambio de opiniones entre Huerta y el misterioso “Rilque-Riquelme” que llevarán como título general el que pone el diario: “Trifulca en la poesía”. Los rumores sobre quién se esconde tras el pseudónimo de “Rilque Olmedillo” serán motivo de discusión en los días por venir.
- 115 En *La genealogía de la moral*.
- 116 En “Miscelánea apócrifa”, *Hora de España*, agosto de 1938, pp. 5-12.
- 117 En un episodio célebre de la *agitprop* soviética, se narra que durante una gira por Ucrania, el comisario Konstantin Petrov explicó a un minero la importancia de aumentar la producción. El minero, Alexei Stajanov, bajó a la mina, a media noche, y extrajo cien toneladas de carbón. La hazaña se convirtió en modelo de comportamiento y surgió el “estajanovismo”, es decir: el afán por exceder las cuotas de producción. Stalin presentó luego al movimiento como el que “prepara las condiciones de la transición del socialismo al comunismo”.
- 118 *Los mexicanos pintados por sí mismos, tipos y costumbres nacionales*, de varios autores, fue publicado por la Imprenta M. Murguía en 1854.
- 119 “Rilque Olmedillo” responde al “celoso, undívago y oscuro vate” Efraín Ortus al día siguiente, 22 de julio, en el mismo diario, con el artículo “Musas manoseadas”. Reitera que Huerta confunde “la poesía con la oratoria” y que sus “discursos poéticos apenas y registran sus ruidos personales, estrictamente físicos”, oratoria “de los poetillas, bajo la advocación del mayor orador de América, Pablo Neruda”. El hecho de no saber dónde está la poesía, dice “Riquelme”, convierte a Ortus en otro anti-poético, si bien “vergonzante”, que no tardará en volver a “nuestras filas”. Como los suyos, Huerta reclama “el imperio de la conciencia” en poesía, pero sólo para convertir ese llamado a “un puro estado lírico en que lo romántico es el primer peligro”, y en el que han caído Ortus y los suyos. Citando a Gide, Valéry y Mallarmé, “Riquelme” defiende a “la fría razón”, como guías del poema. “Dejen de referir a los actos externos de su vida personal o a sus relaciones afectivas, pasionales, románticas, el laurel de la poesía”. Evitarán de ese modo aquello de lo que más adolecen los jóvenes, ese “defecto mayúsculo” del toqueteo que hace a su poesía una “cosa manoseada y manida”. Clemente López Trujillo terna en la “trifulca” el día 28, en el mismo diario, con “Ideas sobre la inmortalidad y las piernas de los poetas” (28 de julio). Especula sobre si detrás del seudónimo “M. Riquelme Olmedillo” se ocultan Agustín Yáñez, Salvador Novo, Xavier Villaurrutia, Antonio Acebedo Escobedo, Andrés Henestrosa, Héctor Pérez Martínez o hasta... Efraín Huerta mismo.
- 120 *El Nacional*, 27 de julio de 1939, 1ª sección, p. 5.
- 121 El sinarquismo fue un movimiento de perfil nacionalista y ultra-católico de posiciones adversas al comunismo, al protestantismo, a la masonería y a los judíos, que tuvo arraigo sobre

- todo en la zona del Bajío (véase *El sinarquismo, el cardenismo y la Iglesia. 1937-1947*, de Jean Meyer, Ed. Tusquets, 1996). El 10 de julio de este año 1939, en Celaya, varios sinarquistas mueren a manos de fuerzas del orden durante un mitin. Algunas otras escaramuzas seguirán hasta 1940. La Unión Nacional Sinarquista aún existe.
- 122 *Radio-electrola* es el nombre con que la compañía de aparatos eléctricos RCA Victor lanzó, a finales de la década de los veinte, los primeros radio-tocadiscos caseros. La gente lo cambió a “vitrola”.
- 123 *El Nacional*, 29 de julio de 1939, 1ª sección, p. 5.
- 124 Otra compañía fabricante de radio-fonógrafos.
- 125 Célebres directores de orquestas populares norteamericanas de la época y algunas que le siguieron, sobre todo Calloway, que llegó a tocar con los Blues Brothers en la década de los setentas.
- 126 *El Nacional*, 1 de agosto de 1939, 1ª sección, p. 5.
- 127 Es el imbécil de Mr. Barbecue-Smith quien dice esa frase en *Crome Yellow*, la novela que Huxley había publicado en 1921.
- 128 *Increíble*, en francés.
- 129 El chuan, “que remaba La Mancha sin fusiles” (López Velarde) es el legitimista católico que se opuso a la revolución en 1789.
- 130 *El Nacional*, 12 de agosto de 1939, 1ª sección, p. 5.
- 131 Jakob Wasserman publicó *El hombrecillo de los gansos* en 1915.
- 132 *El Nacional*, 18 de agosto de 1939, 1ª sección, p. 5. El título cita los versos de Tablada: “Mujeres que pasáis por la Quinta Avenida / tan cerca de mis ojos, tan lejos de mi vida”.
- 133 *Ton sur ton* es un tipo de tejido combinado de lana. El uso popular significa algo bien coordinado.
- 134 La compañía norteamericana fabricante de cosméticos.
- 135 Sigue citando el poema de Tablada.
- 136 *El Nacional*, 23 de agosto de 1939, 1ª sección, p. 5.
- 137 Huerta traduce violentamente la expresión *jingismo*: nacionalismo extremo, chauvinista y agresivo.
- 138 El inglés John Galsworthy (1867-1933) había recibido el premio Nobel en 1932.
- 139 Antoine Foucquier-Tinville (1746-1795), célebre proveedor de materia prima para guillotina por su rígido desempeño como fiscal revolucionario.
- 140 Sir Oswald Mosley (1896-1980), político británico fundador del Partido laborista independiente en 1931 y de la Unión Fascista Británica en 1932.
- 141 Años más tarde, Huerta incluirá en *Los eróticos y otros poemas* (1974) un poema titulado “Juárez-Loreto” que narra un viaje en autobús por esa ruta: “La del piernón loco me rebasó por la derecha...”.
- 142 En ese año se estrena una versión cinematográfica de la pieza teatral homónima de George Bernard Shaw en la que el famoso fonetista Higgings educa a la flor de asfalto Elisa Doolittle y la convierte en una dama. Años después, la comedia musical *My Fair Lady* hará aún más célebre la historia. El título, claro, alude al mito de Pígmalión, escultor febril que fabrica para su uso personal a una perfecta Galatea de mármol que a fuerza de amor adquiere vida.
- 143 *El Nacional*, 31 de agosto de 1939, 1ª sección, p. 5.
- 144 Manuel Machado publicó *Horas de oro* (*Devocionario poético*) en 1938. Pocos le han perdonado al poeta, muerto en 1947, su decisión de apoyar la sublevación franquista contra la república y que uno de los sonetos del libro estuviese efectivamente dedicado a ensalzar al alzado.
- 145 Huerta repite la línea del PCM que, en esos días, decide finalmente apoyar la candidatura presidencial del general Manuel Ávila Camacho (unos meses más tarde, en su congreso de marzo de 1940, esa decisión y la energía de su “comisión depuradora” —que *depura*, en serio, hasta a los depuradores— conducirá lo que queda del Partido a una de las crisis más profundas en su historia de crisis profundas).

- 146 *El Nacional*, 24 de septiembre de 1939.
- 147 Cuenta Huerta que la revista *Taller* (diciembre de 1938- enero/febrero de 1941) se llamó así porque una amiga de los jóvenes poetas, Carmen Toscano, llegó un día al café fascinada por haber visto un negocio que se llamaba “Taller de lunas” (“Conversación con Efraín Huerta”, *La brújula en el bolsillo*, 2 febrero de 1983, p. 22).
- 148 Enrique Gabriel Guerrero (1914), poeta y arquitecto, había publicado *Cuadrante de la huida* en las ediciones de Taller Poético en 1936 y, en la misma editorial, *Herido tránsito*, en 1937.
- 149 Rafael Vega Albela (1913-1940) nunca recogió en volúmen su poesía.
- 150 Alberto Quintero Álvarez sacó en 1936 su *Saludo del Alba*, *Cuatro años de poesía* con una presentación afable de Enrique González Martínez, en la Editorial Diana.
- 151 En 1939, Antonio Castro Leal publica *Las cien mejores poesías mexicanas modernas*, (de Manuel Gutiérrez Nájera a Ramón López Velarde) y reedita *Las cien mejores poesías líricas mexicanas*.
- 152 Finalmente aparece la recopilación de su poesía escrita entre 1936 y 1942 en el libro *Nuevos Cantares y otros poemas* (1942).
- 153 El filósofo ruso-judío había muerto en 1938. Quintero había escrito sobre él en el número 3 (mayo de 1939) de *Taller*; su comentario sobre *La metamorfosis* de Franz Kafka apareció en el 2 (abril).
- 154 Gerardo Diego (1896-1987) publica *Poesía española*, (1932 y 1934) que difunde la poesía de sus compañeros de generación (1927).
- 155 Se estará refiriendo al “Nocturno de los ángeles” de Villaurrutia.
- 156 El abogado Octavio N. Bustamante (1903-1966) colaboró en *Letras de México*, es el autor de una *Teoría general de Cagancho* (1934) que ensalzaba al diestro Joaquín Rodríguez llegado de Triana a torear en México, donde tuvo tal éxito que lo eligió como residencia.
- 157 Enrique González Rojo (1899-1939).
- 158 *El Nacional*, 2 de octubre de 1939, 1ª sección, p. 5.
- 159 En este contexto, *jáguila!* significa “mucho ojo”. Se parece a *jaguas!*, el tradicional grito de los mercaderes que lavaban su espacio en el mercado arrojando cubetadas de agua. Se sigue usando en México para significar *andarse con cuidado*.
- 160 Salvador Pruneda (1895-1985) periodista y caricaturista veracruzano, creador de la tira cómica “Don Catarino y su familia” publicada desde 1936 en *Últimas Noticias*.
- 161 Enrique Fernández Martínez, (1896-1968) gobernador de Guanajuato, fundó en San Miguel Allende el Instituto Allende junto con el escritor norteamericano Dickinson Stirling.
- 162 El Departamento Autónomo de Publicidad y Propaganda coordinaba la divulgación de noticias del régimen cardenista.
- 163 Francisco Díaz de León (1897-1976) grabador, pintor y fotógrafo, alumno de Jean Charlot, fundó la Escuela de Artes del libro para la enseñanza de grabado, encuadernación y tipografía.
- 164 *El Nacional*, 15 de octubre de 1939, suplemento cultural, p. 3.
- 165 Salinas había salido de Santander al comenzar la guerra civil y radicaba ya en Middlebury, en los EUA. Invitado a México por Alfonso Reyes, realiza la gira a que alude Huerta. En México le dejó a Bergamín el manuscrito de *Literatura española siglo XX* que aparecerá publicado por Séneca en 1941. Hay referencias a este viaje en su *Correspondencia (1923-1951)* con Jorge Guillén (Barcelona: Tusquets, 1991).
- 166 *Seguro Azar* (1929), de Pedro Salinas (1892-1951).
- 167 José Dolores Frías (1891-1936) poeta y periodista queretano. Publicó en 1933 unos *Versos Escogidos*.
- 168 Juan José Martínez (a) “Pípila” es el héroe popular por antonomasia de la guerra de independencia en Guanajuato que, cubierto por una loza, accedió a la puerta de la alhóndiga y le prendió fuego, lo que permitió su toma por los insurgentes.
- 169 Juan Valle (1838-1864) poeta guanajuatense ciego, “cívico de la revolución reformista” por su composición “Guerra Civil”.

- 170 Valentín Frías fue el cronista de esa ciudad y autor de la imprescindible colección de *Leyendas* locales.
- 171 Rafael del Río R. (1915) y Héctor González Morales (1917), poetas de Saltillo, fundaron la revista *Papel de Poesía* “la biblia literaria coahuilense”. Ambos autores publicaron en varios periódicos y revistas de la época.
- 172 El gran poeta de la generación del 27 ya estaba refugiado en México.
- 173 Genaro Carnero Checa, periodista peruano entonces exiliado en México.
- 174 El vate Leopoldo Ramos, mediano nativista imitador de López Velarde.
- 175 El lirida James K. Brown, desde luego, no existe: su inicial y su apellido suenan a *cabrón*.
- 176 El poema es “Entre la piedra y la flor”.
- 177 Publicados por la editorial Cvltvra.
- 178 *El Nacional*, 29 de octubre de 1939.
- 179 A poco del desembarco del *Sinaia*, Paz invita a sus amigos españoles a colaborar en *Taller* y, con la venia de Huerta y de Quintero Álvarez, ofrece a Gil-Albert el puesto de secretario de redacción. Solana había pagado y armado el primer número. Paz y Quintero Álvarez los siguientes tres. Huerta participaba poco. Luego Solana, que había dirigido las Ediciones de Taller Poético —no la revista— sale de viaje a Europa. En editorial sin firma y refiriéndose a sus amigos exiliados, Paz declara:

A partir de este número, *Taller* verá enriquecido su consejo de redacción con la presencia de algunos nombres españoles. Al recoger su fraternal colaboración no hacemos mas que ahondar y proseguir, ahora de un modo más visible, uno de los propósitos esenciales que dan sentido a nuestra revista: el de nuestra fidelidad a la cultura y, especialmente, a la causa viva de la cultura hispánica. La presencia de Sánchez Barbudo, Gil Albert, Gaya, Lorenzo Varela y Herrera Petere en la redacción de *Taller* nos confirma la comunidad de nuestra tradición, de nuestra fuente, y nos entrega la certidumbre de una apasionada coincidencia en la preocupación y angustia por algunos temas. *Taller*, más que una revista de coincidencias, sin em-

bargo, será ante todo una revista de confluencias.

- Solana habría de incomodarse por la llegada de lo que llamó “la influencia española”. Puede leerse la historia completa de esta nueva etapa de la revista en “Regreso interno”, de mi *Poeta con paisaje*.
- 180 Lorenzo Varela (La Habana 1917) debuta en *Taller* en octubre con un fragmento de su poema “El Heroe”. Sus obras: *Elegías españolas* (1941) y *Torres de Amor* (1942). El libro de Mistral es *Tala, poemas* (Sur, Buenos Aires, 1938).
- 181 *El Nacional*, 26 de noviembre de 1939, suplemento cultural, p. 3.
- 182 Es obvio que Huerta ironiza no sólo en estas palabras, sino en todo lo que se refiere al recital del colombiano, considerado de derechas y colaborador de *Letras de México*.
- 183 Pedro Garfías (1901-1967), ultraísta poeta salmantino que llegó a México en el *Sinaia*. Su libro más relevante fue *Primavera en Eaton Hastings* (1939). Vivió en varias ciudades de la república y eligió Monterrey para vivir su vejez y su muerte.
- 184 El músico Vicente T. Mendoza (1894-1964) estudió abundantemente la música popular mexicana en innumerables libros.
- 185 Paco Díaz, posiblemente Francisco Díaz de León, (1897-1975) pintor, cuentista, ensayista y editorialista de varias revistas de la época como *Mexican Art & Life* (1937-1940).
- 186 El número 10 de esa revista publica en efecto la pieza en un acto *Ha llegado el momento* (sin el “jovencitos” que le agrega Huerta): una estampa de costumbres burguesas decadentonas que no tenía por qué entusiasmar al cronista.
- 187 El estridentismo, versión veracruzana del futurismo italiano, había logrado cierto alboroto a la mitad de la década anterior con revistas y libros de poemas de Manuel Maples Arce y Germán List Arzubide, entre otros.
- 188 Gorostiza acaba de publicar *Muerte sin fin* en las ediciones de Loera y Chávez.
- 189 En efecto, adelantó dos fragmentos en el número 11 (15 de noviembre de 1939) de *Letras de México*.

- 190 El periodista José Ferrel había luchado contra la dictadura de Porfirio Díaz en las páginas de *El Demócrata* con los Flores Magón en 1911. Se acercó más tarde a la poesía y tradujo a Rimbaud, a Lautréamont y a otros franceses durante la década.
- 191 Publicado en el número 10 (15 de octubre de 1939) de *Letras de México*.
- 192 Paul Ludwig Landsberg publicó *Die Erfahrung des Todes* en 1937. El libro había circulado en México casi inmediatamente, antes de la traducción peninsular de 1940. El libro, más nietzscheano que existencialista, hace un análisis filosófico de la vida como «ausencia presente» y de la muerte como una «presencia-ausente». Impresionó a varios de los Contemporáneos, sobre todo a Villaurrutia y a Gorostiza.
- 193 Neruda llega a México como cónsul de Chile el mismo día en que Mornard asesinó a Trotsky, el 20 de agosto de 1940. En un recuadro de *El Nacional* (18 de agosto de 1940) Cardoza anuncia:

Neruda trabajará entre nosotros, donde tiene innumerables y fervorosos amigos; coincidirá con viejos compañeros que le conocen y le quieren sin haberlo visto antes, y que saben lo que significa su gran poesía y su clara, alta conducta de hombre. ¡Salud, Pablo Neruda!
- 194 Juan Ramón despreciaba a Neruda, ese “simbólicamente hipopotámico”, como lo llama en “¿América sombría?”. *Repertorio Americano*, agosto de 1943.
- 195 *El Nacional*, 24 de diciembre de 1939. Suplemento, p. 3.

Aurora

Roja, de Efraín Huerta, se
terminó de imprimir en los talleres de
Solar, Servicios Editoriales, S.A. de C.V.
el día 13 de diciembre de 2006. La formación tipográfica fue
realizada en tipo Adobe Garamond de 11, 10 y 9 puntos. La edición
consta de 50 ejemplares impresos en papel cultural de 90 g.
El diseño de portada y de interiores estuvo a cargo de Lorena
Howard.